

El ÚLTIMO VIAJE a casa

El último viaje a casa

MARIE J. CISA

Corrección: Sandra García @correccionessandrag

Diseño de cubierta: H. Kramer

A todas esas personas que sin importar las dificultades, miran el futuro con esperanza y optimismo. A quienes encuentran la fuerza cada día y nunca dejan de soñar.

Índice

Prólogo

WAYCROSS, GEORGIA
1974

El sol de la mañana aparecía, alargando las primeras sombras, infinitas, agonizantes, como si pretendieran alcanzar la oscuridad de la noche. El canto de algunas cigarras se mezclaba con la brisa y el sonido de los automóviles que circulaban por la interestatal.

La sangre que manchaba el asfalto agrietado se mostraba de un color cobrizo, regalando insolentes destellos que destacaban en el suelo gris y polvoriento. El cadáver de la mujer presentaba una tez amoratada, con multitud de golpes y rasguños, en la que destacaba el blanco de sus ojos inertes, que miraban al cielo mientras de sus labios, en una desagradable mueca, emanaba un silencioso grito de horror. Alrededor de su cuello había también marcas de un morado más oscuro.

—Todo parece indicar que la han estrangulado, aunque los golpes pueden ser también la causa de la muerte; el hueso occipital está hundido —dijo el detective Hunter Reed, de cuclillas, observando el cuerpo sin vida de la mujer con la frialdad otorgada por la experiencia —. El forense nos sacará de dudas.

Su compañero, el detective Fred Kelly, asintió mientras realizaba anotaciones en una pequeña libreta.

—Parece un crimen pasional. Un ladrón cualquiera no se molestaría tanto —señaló.

—Yo no lo tendría tan claro. Le han arrancado los pendientes —añadió Hunter señalando los lóbulos ensangrentados de la mujer. La violencia emanaba de cada centímetro de su cuerpo.

—¿Sabemos ya de quién se trata? —preguntó Hunter mientras se incorporaba. Fred asintió.

—Se llamaba Julia Preston. Su bolso, así como algunas pertenencias han aparecido en el coche que hay aparcado unos metros más allá. Aunque parece que se han llevado todos los objetos de valor.

Los detectives miraron a su alrededor buscando cualquier detalle que les permitiera llegar a una conclusión. Se encontraban junto al edificio principal de un área de descanso abandonada, donde la vegetación había recuperado parte del terreno que le habían arrebatado años atrás. Las ventanas del edificio, todas rotas, se asimilaban a grandes ojos cuadrados, guardianes ciegos de aquel lugar desangelado.

Hunter miró hacia el coche, cuyas puertas, tanto las del conductor como la del copiloto, estaban abiertas. Los dos detectives sabían qué se extrapolaba de ese detalle.

—¿Se sabe algo de la otra persona?

Fred pasó hacia atrás una de las páginas de su pequeña libreta. Nada más llegar a la escena del crimen él se había centrado en el automóvil mientras su compañero examinaba el cadáver.

—Hemos encontrado los documentos de un tal Melvin Johnson, aunque por el momento no hay rastro de él. Los agentes están peinando el perímetro.

—¿Sospechoso? —preguntó Hunter. Fred encogió los hombros.

—Por el momento, ambas hipótesis son válidas. Sin embargo, no es lo único que hemos encontrado —dijo Fred mostrando una hoja plegada.

—¿Qué es eso?

—Una nota. Estaba en el salpicadero. Al parecer la víctima, la señora Preston, había sido citada por una tal Grace.

Tenemos que aclarar el asesinato de su marido. Nos vemos en el área de descanso abandonada cerca de Waycross, en la autopista 84.

Grace

Hunter miró a Fred con suspicacia.

—¿Un asesinato de por medio? Esto no pinta nada bien.

—Daré la orden de que avisen a la familia. Han confirmado por radio que la han localizado. Son de Blackville, Carolina del Sur. Esperemos que puedan ayudarnos a arrojar algo de luz sobre todo esto.

Capítulo 1

Tampa, Florida
2018

Lucy respiró hondo mientras escuchaba el podcast de una reconocida psicoterapeuta. *Mi consulta en cualquier parte*, se llamaba el programa. Se suponía que debía ayudarla. Se suponía.

> *No importa lo que sea que nos suceda, siempre encontramos a otra persona que convierte nuestros problemas en preocupaciones insignificantes o más bien, en simples dolores de cabeza que no merecen más atención que la de un par de minutos: el tiempo justo de cambiar de canal o bajar por el ascensor.*

Una sonrisa brotó de sus labios. No sabía si aquello le iba a ser útil o, por el contrario, era una absoluta pérdida de tiempo.

> *En ocasiones, nuestros problemas no nos dejan ver la realidad de la vida; aquello que está ocurriendo justo delante de nuestras narices y que ignoramos porque somos incapaces de observar la situación con un mínimo de perspectiva…*

Tenía suficiente. Detuvo el podcast y puso la radio. Cualquier canción era mejor que la voz remilgada de la psicoterapeuta más famosa de la costa este. Además, ella no estaba tan mal. La vida se trataba de momentos y la suya se encontraba entre uno y otro, pese a que ni ella misma sabía lo que quería decir. Avanzó un par de metros y de pronto se detuvo bruscamente.

—¡No puede ser! —exclamó, estaba atrapada en un atasco y Lucy los detestaba, más aún porque ella creía que su vida se encontraba en un atasco tanto profesional como sentimental.

Antes de verse obligada a sentarse detrás de un volante para ganarse la vida, trabajaba como actriz de doblaje. Apenas terminó el instituto, se fue a Miami para estudiar traducción y doblaje y con poco más de veinte años ya estaba buscando una oportunidad para hacerse un hueco en la industria. Grabó algunos anuncios, pero después de varias decepciones aceptó un puesto de locutora de radio en West Palm Beach, lo cual distaba mucho de sus verdaderas aspiraciones.

Partes del tiempo para los turistas, información del estado de las playas, dónde era tal concierto, qué calles estaban cortadas al tráfico

por obras… En fin, no era lo que había soñado, pero lo consideró como una oportunidad para trabajar más la voz y demostrarse de lo que era capaz. Además, por entonces tenía que hacer frente a los pagos del crédito universitario, por lo que no le quedaba más remedio que encontrar un empleo más o menos estable con el que ir reduciendo sus deudas. Tenía el apoyo de su padre y de su abuelo, aunque nunca le gustó eso de que le sobreprotegieran. La decisión de estudiar doblaje fue solo suya, por lo que debía afrontar las consecuencias. Siempre fue responsable en ese aspecto.

Sin embargo, no todo fue tan dramático. A los pocos meses de terminar sus estudios se presentó a una audición para el doblaje de una serie y la eligieron, por lo que su periplo por la radio duró muy poco. A partir de entonces tuvo la suerte de encadenar un proyecto con otro. Su caché aumentó y llegaron las superproducciones, las series infantiles de éxito, algunas películas muy taquilleras… Para ella era fantástico sentirse parte de algo visto por miles de personas y, al mismo tiempo, ser una perfecta desconocida, como una infiltrada. Había perdido la cuenta de las veces que había ido al cine y se había quedado viendo los créditos finales para ver su nombre ahí: Lucy Johnson. Las primeras veces no podía dejar de preguntarse si alguien más se habría fijado en su nombre. Ilusiones de novata. Nadie se fijaba en los créditos de las películas.

Las cosas le iban bien en lo profesional hasta que comenzó a tener molestias en la garganta y a quedarse afónica más de lo normal. En un principio lo achacó al estrés o incluso al haber trabajado de más en los últimos meses, por lo que decidió tomarse unas vacaciones, descansar y retomar fuerzas. Sin embargo, al poco de regresar sufrió los mismos problemas: perdía la voz tras varias jornadas de grabación o no conseguía modularla como debía. Acudió al médico y tras varias pruebas le diagnosticaron nódulos en las cuerdas vocales. Algo preocupante para una actriz de doblaje.

Le recetaron algunos ejercicios y tratamiento con una logopeda, pero apenas mostró mejoría. En contra de la opinión de los médicos, siguió trabajando, forzando la garganta por encima de sus posibilidades, por lo que no hizo más que empeorar la situación. ¿Qué consiguió? Que la cirugía fuera la única opción si quería tener alguna posibilidad de alargar su carrera.

Aunque la solución parecía clara, la realidad distaba de ser sencilla. Todavía no había podido liquidar sus deudas universitarias, por lo que quedarse sin trabajar quedaba descartado. A eso había que sumarle que su seguro médico no cubría el total de los procedimientos que necesitaba para poder salvar su carrera.

No solo no podía seguir trabajando con su voz, sino que necesitaba dinero para mantener a raya los gastos. Todo eso la llevó a

buscar trabajo desesperadamente; así llegó a conducir un taxi por la ciudad de Tampa. Aunque lo cierto era que siempre le gustaron los coches, por lo que no fue tan horrible. Su padre arreglaba todo tipo de cacharros en la granja y a ella le encantaba sentarse y observar cómo manejaba las herramientas.

Pero la razón principal de por qué los aborrecía, no era porque estuviera perdiendo tiempo y dinero, sino porque, en ellos, sus pensamientos comenzaban a tener vida propia y eso no le gustaba ni un pelo. Había conseguido su sueño, ¿por qué demonios unos bultitos en la garganta estaban a punto de acabar con él? Estaba frustrada.

Por si todo esto fuera poco, su vida sentimental también estaba en aprietos. Era el otro aspecto de su existencia que estaba tan detenido como el coche en el que se encontraba. El protagonista de esa parte se llamaba Adam: treinta y dos años, viudo y con una hijita encantadora que siempre conseguía despertar su lado más tierno, sin contar que él era muy atlético y atractivo.

Su relación con Adam se remontaba a su mejor año como actriz de doblaje. Se conocieron en una presentación de la escuela donde iba Garret, su ahijado, que al mismo tiempo era el hijo de su primo Lamar y su mejor amiga, Serena. Les bastó un par de palabras para quedar. A partir de entonces la relación cuajó desde el primer momento. De la noche a la mañana habían conformado una especie de familia, como si Adam y su hija formaran parte de un pack de *familia rápida.* Era superior a ella, pues siempre tuvo un vértigo irracional a formar algo sólido. Sin embargo, trató de convencerse de que sus problemas profesionales terminaron por afectar la relación.

¿Era eso cierto? Ni siquiera ella lo sabía. Así llevaba unos cuantos meses, sumida en un eterno atasco.

Mientras esperaba dejar atrás el soporífero momento en que se encontraba, en la radio comenzó *Demons* de Imagine Dragons. No era lo más actual del momento y eso le gustaba. Además, sonreía al pensar que eso era un síntoma preocupante de que la juventud iba quedando atrás y comenzaba la lenta y desesperada añoranza a los tiempos pasados. Cuando se publicó esa canción, ella trabajaba en sus primeros proyectos de grabación, por lo que siempre le guardó un cariño especial. Sin embargo, mientras mataba el tiempo enredando los rizos de su pelo, la canción le provocó tal nostalgia que apagó la radio. Aunque resultó que el silencio le era aún más insoportable, por lo que la encendió de nuevo y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la había visto comportarse de una manera tan extraña. A ambos lados de su coche, los respectivos conductores se entretenían uno con el móvil y otro quitándose algún resto de comida de los dientes. Nada de lo que preocuparse. El tío de los dientes le sonrió y ella le devolvió la sonrisa mientras subía la ventanilla.

Su vida estaba a punto de cambiar para siempre y ella parecía estar preparándose sin ni siquiera saberlo. Pisó levemente el acelerador y avanzó tanto como le permitió el coche que estaba delante cuando sonó su móvil. Una notificación de WhatsApp y varias opciones pasaron por su cabeza: ¿Sería Adam? ¿Serena? ¿O el cretino de Nick, el propietario de la compañía de taxi para la que trabajaba? Seguramente querría saber por qué no atravesaba el arcén para salir del embotellamiento o circulaba por la acera esquivando a los peatones. Lo único que le importaba era que su cuenta estuviera lo suficientemente abultada al final del día. Por ello, ante las posibles opciones, dudó entre dejar el móvil o cogerlo en ese momento. Pero el efecto atasco le hizo querer buscar cualquier fuente de entretenimiento, por lo que se decantó por la segunda opción.

> Buenos días, soy Dylan Foster.
> Contacto con usted para contratar sus servicios en lo referente a trasladar a una anciana y le requeriría que fuera cuanto antes. El motivo de que contacte con usted es que la anciana ha insistido en que quiere que sea una mujer la que la lleve. Por cierto, fue Nick Avera quien me facilitó su contacto.
> Espero su respuesta.

Lo primero que hizo fue reírse al imaginarse al cabrón de Nick intentando engatusar a ese tío para que le confiara llevar a esa pobre anciana. Su jefe era el típico tipo que se pasa el día sentado en un cochambroso despacho, fumando cigarrillos mentolados, ingiriendo la peor dieta imaginable y protestando acerca de lo mal que va la economía, el país y lo que él considere oportuno.

De todas formas, el mensaje de ese tal Dylan Foster le pareció extraño, por lo que decidió llamar a Nick.

—No me importa que no haya sido culpa tuya, Lucy. Tú pagarás la reparación. —Ese fue su recibimiento. Estaba convencido de que se estrellaría tarde o temprano.

—Relájate, Nick. He recorrido medio kilómetro en la última hora. Como mucho habré recalentado un poco el motor.

—A veces pienso que quieren matarme a disgustos. Quieres cobrar a final de semana, ¿no es así?

—Por eso te llamaba, Nick. Me ha escrito un tal Dylan Foster. Dice que le has pasado mi número para que recoja a no sé qué anciana.

Murmuró por lo bajini algo indescifrable. Era su manera de recordar algo, como si fuera el ruido que hacía su cerebro cuando entraba en funcionamiento.

—Ah, sí, Dylan Foster, lo tengo anotado por alguna parte. ¡Por el amor de Dios! Se supone que son ustedes los que deben encontrar clientes, no yo. ¡Aquí lo tengo! Sí, me ha llamado hace unos cinco minutos y le pasé tu número.

—¿Y por qué le diste mi número? —preguntó Lucy para saber los motivos que tendría Nick de darle el viaje a ella.

—Pidió que fuera mujer y joven —respondió— La única eres tú. De hecho, la única mujer que trabaja conmigo eres tú —finalizó Nick —. ¿Vas a recoger ya a la abuela?

Lucy asintió en silencio como si él pudiera verla. Pensando en la extraña petición.

—En cuanto salga del atasco. Solo quería asegurarme.

—Pues ya estás segura. El tío me ha enviado una propina de cincuenta dólares por facilitarle el contacto de una conductora. Por lo visto la vieja es un poco tiquismiquis.

—¿Te ha pagado cincuenta dólares? ¿Por nada? —exclamó Lucy.

—¿Cómo que por nada? ¿Acaso no le he dado tu número? Eso se llama trabajo de oficina, Lucy. Cualquiera puede estar dando volantazos de un lado a otro, pero dirigir una empresa, eso es muy diferente —dijo Nick pavoneándose.

—Está bien, Nick. No te sulfures. Le contestaré de inmediato. Supongo que le has informado de la tarifa, porque ¿no pensarán que en esos cincuenta dólares estaba incluido el importe del viaje? ¿Quién paga? ¿Él o la anciana?

Lo último que Lucy necesitaba era discutir con una viejecita acerca del precio que tenía que pagarle. No había cosa que le diera más temor más que montar un numerito y aparecer en un video de redes sociales. Además, para ella era importante recalcarle que gran parte de su sueldo entraba por las comisiones.

—La anciana —respondió Nick.

—¡Joder!

—¿Qué cojones sucede ahora, Lucy?

—Nada, nada. Voy a ir a por esa anciana y a terminar cuanto antes con esto. Pero no quiero reprimendas si hay problemas con la tarifa. No llevaré mucho tiempo trabajando aquí, pero me huelo algo raro.

—Olvida las conspiraciones y haz tu trabajo. Déjale claro cuál es la tarifa antes de que suba al coche y así no tendrás problemas. Si se opone, pisa el acelerador y *arrivederci*.

—Gracias por el consejo, Nick —dijo con ironía antes de colgar. Después agarró de nuevo el móvil y releyó el mensaje que le había enviado ese Dylan Foster y le contestó:

> Cuente con mis servicios, señor Foster. Envíeme la ubicación o dígame dónde puedo recoger a la señora. Una vez me diga el destino, le informaré de la tarifa.

Por suerte, el señor Foster contestó a los pocos segundos enviándole la ubicación y el lugar donde debía ir: una residencia de ancianos estatal a las afueras de la ciudad.

Desconozco las tarifas de esta ciudad, pero ¿cree que con doscientos dólares cubriríamos los gastos del viaje?

—¿Doscientos dólares? —gritó.

En ese momento se vio en una encrucijada moral bastante curiosa. Obviamente, la cantidad que le había ofrecido superaba con creces el coste del viaje, pero ¿cuándo había sido la última vez que había ganado esa cantidad? Mejor dicho: ¿Había cobrado alguna vez esa cantidad por un viaje? La respuesta era no.

Le contestó que estaba en un atasco, pero que estaría allí lo antes posible.

No se preocupe. Ella se llama Grace, la estará esperando. Recuerde que ha de dejarla en la residencia estatal. Le agradecería que me avisara una vez la deje allí.
Muchas gracias.

Lucy frunció el ceño mientras observaba la pantalla del móvil. Aquello le seguía oliendo raro. Le ofrecían doscientos dólares por un trayecto que no superaba ni los cincuenta y le confiaba el que dejara a la anciana en esa residencia. ¿Y si ella se oponía? ¿Y si esa Grace no estaba en sus cabales y huía o algo así? Lo de que ofreciera tanto dinero podía ser señal de que no iba a resultar tan sencillo.

El lugar que le habían indicado era una zona residencial de las afueras. Lo que ella agradecía, pues siempre le habían gustado más los arrabales de una ciudad que el bullicioso centro. Quizás era por el hecho de haberse criado en una granja, corriendo de un lado a otro, jugando con cuanto se le ocurría y siempre disfrutando de la brisa clara del campo.

Su padre y su abuelo, aunque este último había fallecido hacía poco más de un mes, vivían en una granja en el condado de Pasco, no muy lejos de Tampa. Para ella ese lugar tenía todo lo importante para ser feliz. Además, la naturaleza la hacía experimentar la verdadera sensación de libertad; su cuarto de juegos era todo aquello que tenía delante: piedras, palos, un riachuelo. Y aunque en la adolescencia, aquel paraíso se transformó en una prisión aburrida y de la que quería marcharse a la menor ocasión, cuando pasó los veinticinco volvió a echar de menos el olor del rocío de la noche, el silencio solo roto por ladridos o algún grillo, el olor del café en la terraza e incluso el sonido de la camioneta de su padre.

Por esa razón, a medida que se alejaba del centro de la ciudad y el monótono asfalto iba dejando paso al tímido vigor de la naturaleza, se sintió mejor y, sobre todo, más positiva. Atendiendo las indicaciones del móvil, llegó a la calle donde debía estar esperándola su próxima pasajera. Era una calle pequeña, flanqueada por casas unifamiliares de distinto color, pero de igual forma. Se apreciaba que era un barrio tranquilo.

Avanzó lentamente por la calle hasta que se fijó en una mujer sentada correctamente en un banco con una maleta junto a sus pies. Miró a un lado y a otro y no vio a nadie más en la calle, por lo que supuso que debía tratarse de la anciana que debía llevar hasta la residencia.

—¿Es usted Grace? —preguntó cuando llegó a su altura. La anciana, de espaldas a ella, se tomó unos segundos antes de girarse.

La mujer la miró fijamente durante unos instantes. Su expresión era más de curiosidad que de desconfianza. Sus ojos eran grandes y de un azul muy intenso, que contrastaba con su pelo plateado y perfectamente peinado en suaves ondas que reposaban sobre los hombros. Pese a las arrugas que sesgaban su rostro, el paso del tiempo había sido benévolo con ella, conservando gran parte de la belleza que debió lucir en su juventud. Sus cejas eran oscuras, muy expresivas y sus labios, pintados de un tono bermellón, hacía que fuera imposible determinar su edad, como si divagara entre la madurez y la senectud. Todo esto era rematado por un elegante conjunto de chaqueta y falda a juego, de un celeste claro, que le añadía el porte de una aristocrática de película de los años treinta.

—¿Usted es la conductora que han contratado mis sobrinos? —preguntó con cierta altivez, pero con una sonrisa en sus labios que Lucy no supo traducir.

Sin embargo, cuando le iba a contestar, advirtió que alguien las observaba desde una de las ventanas de la casa que había justo detrás. Fue cosa de un segundo, pues cuando miró, la cortina se movió levemente y la figura oscura que había tras ella, desapareció. De nuevo sintió esa sensación extraña, de algo que no puede ser y es, como cuando creía que veía a su abuelo por la calle, observándola, pese a haber fallecido.

—¿Me está escuchando? —insistió la anciana.

—Disculpe. Contactó conmigo el señor Dylan Foster.

—Mi sobrino —dijo ella con disgusto—. Supongo que le habrá dicho que me lleve a la residencia estatal, ¿o me equivoco?

Pocas veces Lucy se había achantado en su vida, pero esa mujer desprendía una fuerza arrolladora que le hizo quedar sin palabras. Sin embargo, a ella le resultó evidente que a la anciana no le hacía gracia eso de la residencia y que su sobrino prefería pagar doscientos dólares antes que enfrentarse a ella. Quizás el educado Dylan Foster era quien ella había visto al otro lado de la ventana, pensó.

—Eso me ha dicho, sí —contestó escueta, pues no quería inmiscuirse en asuntos familiares, sin embargo, en ese momento se planteó una cuestión. Esa mujer parecía estar en sus cabales. Si se negaba a ir a la residencia, cosa que intuía que iba a ocurrir, ¿debía oponerse?

—Bien, pues terminemos con esto de una vez —dijo Grace mientras cogía la maleta. Lucy dio un paso hacia delante para tomarla, pero la mujer se movió y ni siquiera le dio la oportunidad—. Atrás, bonita. Todavía puedo valerme por mí misma, aunque los estúpidos de mis sobrinos piensen todo lo contrario.

Para Lucy el mensaje fue claro, por lo que fue a la parte trasera del coche y abrió el maletero. Grace puso la maleta en su interior y después se fue a sentar en el asiento del copiloto. Lucy detestaba que sus clientes se sentaran ahí.

—Fantástico —murmuró. Se subió al coche y arrancó el motor.

Ya sentada y a punto de quitar el freno, se fijó en que la anciana la miraba fijamente. ¿Acaso no se esperaba que su conductora fuera una joven afroamericana? Pensó.

Lucy nunca había tenido problemas por su color de piel, pero sabía que con la gente mayor había que andarse con cuidado. Por ello, se limitó a conducir y a llegar a la residencia lo antes posible.

Capítulo 2

Los primeros minutos del trayecto fueron bastante incómodos, pues se había establecido un silencio que al parecer ninguna quería mantener. Lucy lo confirmó cuando la miró de reojo y ella también lo estaba haciendo, lo que le provocó una vergüenza casi infantil. Luego de unos minutos sucedió lo mismo. Finalmente, la anciana sonrió y miró por la ventana.

—Me llamo Grace Cooper —dijo mientras su atención se mantenía en la carretera.

—Yo soy Lucy. Un placer.

Grace asintió con esa sonrisa que tanto la desconcertaba; era apenas una ligera torsión de sus labios. Después suspiró y cruzó las manos frente su pecho.

—Quiero disculparme por mi comportamiento. Sé que usted no tiene culpa de nada, pero tengo problemas familiares y estoy un poco alterada.

—No se preocupe —dijo Lucy con desenfado— y por favor, no me llame de usted.

Ella asintió.

—Ni tú a mí —dijo mirándola de reojo—. Ya soy lo suficientemente mayor como para que me lo recuerden a cada momento.

—Trato hecho, Grace.

—Estupendo. ¿Así que Dylan ha hablado contigo? Vamos a la residencia, ¿verdad?

Lucy se volvió a sentir incómoda. Ella era conductora de taxi, no mediadora de familias en problemas.

—Es lo que me ha pedido, sí.

—En ese caso, esto te pertenece —dijo Grace sacando un pequeño sobre del bolso—. Hay dos billetes de cien dentro. Es lo que Dylan te prometió, ¿verdad? Me ha pedido que te lo entregase.

En ese momento Lucy se sintió fatal. No solo había cobrado una cantidad exacerbada, sino que, además, llevaba a una anciana a una residencia en contra de su voluntad. Le hacía falta el dinero, pero ella no era así.

—¿Sabes qué? Quédate con cien. Te vendrá bien en la residencia para ir a almorzar y esas cosas.

Grace clavó sus ojos azules en Lucy antes de soltar una carcajada que la pilló por sorpresa. ¿De verdad esa mujer estaba tan lúcida como

aparentaba?

—Es un detalle muy bonito por tu parte, pero este dinero es de mi sobrino, por lo que yo no lo quiero. Le tenías que haber pedido el doble o incluso el triple, ese cobarde te lo habría pagado con tal de desprenderse de mí.

Lucy sonrió mientras veía como dejaba el sobre junto a la palanca de cambios.

—Como tú digas.

Ir hasta la residencia, despedirse de ella y que todo se quedase como una anécdota. Ese era el objetivo de Lucy.

Grace suspiró.

—Cómo cambia todo cuando te haces viejo. No te das cuenta y llega el día en el que tu propia familia no quiere saber nada de ti. No exagero. Mis sobrinos han tenido el detalle de reservar una plaza en la residencia por los próximos dos años. Supongo que esperan que estire la pata en ese plazo.

—Tal vez hayan pensado que allí estarás atendida —dijo Lucy sin retirar la vista de la carretera.

—No necesito que nadie me atienda, cariño. En cuanto a eso, se nota que no conoces a mis sobrinos. Seguramente me veas como una anciana, alguien que ha de echarse a un lado y no molestar, pero yo todavía quiero vivir, ver cosas; no encerrarme en una residencia esperando la muerte. Un amigo mío solía decir que la muerte nos alcanzará tarde o temprano, pero que hay que hacerla sudar. Pues yo estoy dispuesta a hacerlo.

Pese a lo desconcertante de la situación, Lucy pensó que la energía de esa mujer era asombrosa y, en cierto modo, adictiva. Era la típica persona de la que se podían aprender muchas cosas.

—En eso tienes razón, Grace.

Ella le agradeció las palabras con esa peculiar sonrisa.

—Ya… ¿Puedo pedirte un favor?

Lucy tragó saliva nerviosa. Las cosas podían complicarse.

—Claro.

—Puedes negarte, pero antes de encerrarme en el matadero, me gustaría pasear un poco por la ciudad. No soy de aquí. No hace falta que vayamos a ningún sitio en concreto, tan solo ir con el coche de un lado a otro.

Lucy no supo qué decir, pues a simple vista, no le pedía nada fuera de lo común. Además, ella iba a ser el verdugo que la llevaría hasta el «matadero» —refiriéndose a la residencia—, era lo mínimo que podía hacer: la última cena del condenado. Era cierto que después de recibir los doscientos dólares, ella había pensado en visitar a Serena, su mejor amiga, que estaba casada con Lamar, uno de sus primos. Era lo único que le hacía dudar su petición de alargar el viaje.

Además, también estaba el hecho de que Dylan Foster le había pagado doscientos dólares para que llevara a su tía a la residencia.

—No quiero inmiscuirme en temas familiares, Grace, pero tu sobrino ha pagado por que te lleve hasta la residencia. Sé que no lo entenderás, pero debo cumplir con mi trabajo.

De nuevo se quedó mirándola fijamente. Su expresión no se turbó en absoluto.

—Tienes toda la razón. Me guste o no, mi sobrino te ha contratado y tú debes cumplir. Llévame a la residencia.

Su reacción desconcertó a Lucy, pero optó por no comentar nada y seguir conduciendo para llegar lo antes posible a la residencia. El viaje no duró más de diez minutos, hasta que llegaron a su destino.

Lucy miró la fachada del lugar y pensó en que la apariencia de ese edificio no encajaba con la imagen de Grace ni con los doscientos dólares que su sobrino le había pagado para que la llevara hasta allí. No se trataba de uno de esos lugares que parecen el paraíso en la tierra, con amplios jardines, piscina, zonas recreativas. La residencia que tenían frente a ellas era todo lo contrario; reinaba el hormigón, el cemento y el sonido de los cláxones de los coches de la interestatal.

—Así que esta es la residencia —dijo Grace con una mueca de asco en sus labios.

—Eso parece —respondió Lucy apagando el motor. Dejar allí a esa mujer le parecía poco menos que un pecado.

—Bueno, Lucy, te agradezco mucho que me hayas traído. Ya puedes escribirle a mi sobrino y decirle que has cumplido —dijo sin retirarle la mirada, instándola a que cogiera el móvil y le obedeciera.

—¿Quieres que te ayude con la maleta?

—No será necesario. Avísale, por favor —insistió. Lucy ladeó la cabeza y desbloqueó el móvil.

«Hazlo y punto» se decía mientras tecleaba el mensaje, pensando que una vez le escribiera a su sobrino, la mujer se bajaría del auto y esta extraña historia llegaría a su fin.

—¿Ya le has escrito, querida? —preguntó. Lucy le mostró la pantalla del móvil donde podía leerse:

> Hola, señor Foster. Solo he de decirle que su tía Grace ha llegado sana y salva a la residencia.
> Muchas gracias por su confianza.

Mientras la anciana leía el mensaje, comenzó a rebuscar en su bolso, Lucy pensó que iba a ofrecerle un caramelito o algo típico de las abuelas, pero lo que hizo la dejó con la boca abierta una vez más.

—¿Estás libre? —preguntó de repente.

—¿Cómo dices?

—Esto es un taxi o como se llame, ¿no es así? Si no me equivoco

acabas de terminar un servicio. Te pregunto si aceptarías otro viaje.

La había pillado desprevenida y no sabía qué contestar.

—Ah, no lo había pensado, yo…

—Mira, solo quiero dar un paseo por la ciudad y conocer el lugar en el que voy a pudrirme los próximos años. Mi sobrino te ha pagado doscientos dólares, ¿verdad? Pues yo te ofrezco otros doscientos por llevarme de ruta turística por Tampa. Quizás este sea mi último viaje.

La cara de Lucy se encendió como un tomate. ¿Qué demonios le ocurría a esa familia para ponerle sobre la mesa cuatrocientos dólares en menos de una hora?

—Eso es mucho dinero, Grace. No puedo aceptarlo.

—Cóbrame lo que quieras y el resto considéralo propina. ¿Eso significa que aceptas?

En ese momento pasaron miles de ideas por su cabeza. ¿Era moralmente correcto aceptar esa cantidad de dinero de una anciana que estaba viviendo una situación personal cuanto menos estresante? Claramente no, pero conseguir cuatrocientos dólares, quitando la comisión de Nick, en un solo día de trabajo no ocurría todos los días.

—De acuerdo, acepto —dijo finalmente, arrancó el coche y se alejaron de la residencia estatal—. ¿A dónde quieres ir?

Grace sonrió y levantó las manos.

—La verdad es que no conozco mucho la ciudad, así que lo dejo a tu elección.

Lucy asintió en silencio mientras pensaba a dónde podría llevarla. Lo más cercano del lugar donde se encontraban era Busch Gardens, un parque temático. Se trataba de uno de los símbolos de la ciudad y fue la primera parada. A continuación, siguieron en dirección sur hacia Ybor City. Los edificios de la época colonial encandilaron a Grace.

—Todo eso es precioso. Cuando una piensa en Florida se imagina solo playa, sol, caimanes y fiestas, no sé si me explico —dijo Grace mientras observaba fascinada a través de la ventana.

—Es normal. La mayoría de la gente que viene aquí lo hace por vacaciones —explicó Lucy—. Pero hay mucho más. Yo, por ejemplo, me crie en una granja en el interior del estado.

La anciana se sorprendió sobremanera.

—¡Vaya! ¿En una granja? Eso sí que no me lo imaginaba de Florida.

Las dos rieron de forma sincera. La energía electrizante de Grace se había transformado en algo completamente distinto. Dejaron atrás la zona colonial y cruzaron el puente en dirección a Davis Island, una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

—Quién sabe si nos encontraremos a algún famoso.

—¿Hay famosos por aquí? —preguntó Grace.

—En Miami viven muchos más, pero alguno se deja caer por aquí.

—Vaya… No me equivocaba en eso de que tenía todavía muchas cosas por ver.

Lucy sonrió. La anciana iba despertando su ternura poco a poco.

—¿Dónde vivías antes? —le preguntó de manera tan innata que no fue hasta después cuando pensó que quizás había ido demasiado lejos.

—Oh, yo he vivido siempre en Charleston, Carolina del Sur. Mi marido falleció hace poco y tuve que venir aquí para aclarar algunos aspectos de la herencia.

Lucy se arrepintió de haber preguntado.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo ella con una media sonrisa—. No tuvimos hijos y mi marido nunca pensó que fuera a marcharse tan temprano. ¿Quién vive pensando en la muerte? Eso es imposible. El caso es que mi marido, Spencer Cooper, no era ningún genio de los papeles y mis sobrinos se aprovecharon de ello para que este dejara un testamento a su favor. Son sobrinos por su parte y siempre les guardó mucho cariño. Se fue sin saber qué clase de alimañas eran.

Lucy hizo un gesto comprensivo, pero no dijo nada porque no tenía la menor idea de qué podía decirle tras lo que ella le había contado. De repente, advirtió que aquella mujer de sesenta o setenta años se había quedado sola y en la calle de la noche a la mañana. Aunque después pensó que quizás la historia no era tal y como ella se la estaba contando, después de todo la conocía desde hacía un par de horas. Aun así, mantuvo una política de no intervención y pensó en la manera de desviar la conversación. En los últimos minutos la había observado con atención mientras hablaba. Su presencia no dejaba de sorprenderla, así como los rasgos de frescura y juventud que sobresalían de su rostro arrugado.

—Lo mejor es centrarse en el futuro —dijo Lucy como única vía de escape sin pensarlo mucho.

—¿En el futuro? —dijo Grace sarcástica—. A mi edad el futuro importa bien poco. Nos concentramos en el presente y nos lamentamos del pasado; de las oportunidades perdidas. Te voy a dar un consejo, Lucy, y créeme cuando te digo que habla más la experiencia que yo misma. ¡Hazlo!

Lucy la miró confundida.

—¿El qué? —preguntó Lucy.

—Lo que sea que sientas que debas hacer. Si tienes un sueño, persíguelo, día y noche, sin descanso, si amas a alguien, lucha por ese amor. Es preferible mil veces fracasar que estar preguntándote durante el resto de tu vida qué hubiera pasado.

Pese a la hilaridad con la que hablaba, Grace había conseguido remover ciertos elementos de su interior que, por entonces, no estaban

definidos. Eran como piezas de un puzle que flotaban a la deriva en un mar de dudas y miedos. *¡Hazlo!* Ese consejo era peligrosamente ambiguo. Grace continuó:

—A mí, por ejemplo, me habría encantado ser cantante. Suena ridículo, ¿verdad? Una anciana diciéndote que en su juventud le hubiera gustado encabezar las listas de la época. ¡Nina Simone! ¡Cómo la envidiaba!

—¿De verdad? —exclamó Lucy—. Yo soy actriz de doblaje. No es exactamente lo mismo, pero entra dentro del mismo saco, trabajo con mi voz.

—¡No me lo puedo creer! —dijo juntando sus manos en señal de sorpresa. Lucy asintió y le dio una lista de los proyectos en los que había trabajado. Grace reconoció algunas películas, pero por lo general no parecía ser muy aficionada a la televisión—. Eso es fantástico, pero, y perdona que te lo pregunte, ¿por qué conduces un taxi? Sé que no es asunto mío.

—No te preocupes. No es la primera vez que me lo preguntan. Tengo un problema de nódulos en la garganta y me es imposible trabajar de lo mío en estos momentos. Antes de eso tengo que operarme y hacer una rehabilitación larga y costosa, por lo que tengo que ahorrar un poco.

Grace la miró con cierta compasión. Sus ojos marinos brillaron por un segundo y sus labios hicieron el amago de pronunciar unas palabras que jamás salieron de ellos.

—La vida siempre impone sus planes, pero, en este caso, estoy segura de que volverás al lugar que te corresponde sin esos malditos nódulos.

—Eso espero. ¿Y tú qué? ¿Alguna vez cantaste en algún lugar?

Grace esbozó una sonrisa y su mirada se volvió nostálgica por unos segundos. Lucy pudo percatarse de cómo sus recuerdos la trasladaban al pasado.

—No tuve la oportunidad. Como te he dicho, la vida suele imponer sus planes. He vivido en Charleston toda mi vida, pero mis orígenes están al otro lado del océano. Nací en Irlanda, en una pequeña ciudad llamada Ennis. Emigré siendo una niña a los Estados Unidos.

—¡Eso no me lo esperaba! ¿Viniste con tus padres?

A veces, Lucy tenía serios problemas para enfocar su entusiasmo o, más bien, para emplearlo en el momento adecuado. Era un poco impulsiva.

Nada más pronunciar la última palabra, el rostro de Grace se oscureció como no lo había hecho antes. Sus labios, apretados y en tensión, se abrieron lo mínimo para responderle.

—Viajé con mi abuela. —Fue su lacónica respuesta. De repente,

Lucy tuvo la sensación de que había sido esa niña que emigró de su país, la que le respondió.

—¿Cuándo fue eso? Si no es indiscreción.

—No, en absoluto. Es solo que hacía mucho tiempo que no pensaba en aquellos años. Ha pasado mucho tiempo, pero si mi anciana cabeza funciona medianamente bien, creo que embarqué hacia Estados Unidos a mediados de los años cincuenta.

Lucy vio como sus ojos se perdían más allá de la ventanilla y supo que estaba recordando más de lo que quería. La nostalgia se había apoderado de ella.

Capítulo 3

CHARLESTON, CAROLINA DEL SUR
1955

La bocina del barco resonó por todo el puerto, pero enseguida su estruendo se hizo silencio por el clamor del gentío, el ruido de los camiones que habían acudido a cargar las mercancías del buque y los gritos de los agentes que procuraban dominar aquella hueste que acababa de desembarcar con sueños de una vida mejor.

—¡Salgan de la zona de carga! ¡Salgan de una maldita vez! —exclamaba uno de los guardias mientras señalaba de manera amenazante con la porra el camino a seguir.

—Los que tengan la documentación en regla que la tengan en mano. Los que no, esperen ahí —vociferaba otro.

—¡Quítense de en medio! —gritaban desde los camiones.

La multitud obedecía a duras penas, confusa ante la cantidad de directrices que llovían sobre ellos. La gran mayoría había idealizado la llegada a Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, los amos del mundo libre y trataban, no sin esfuerzo, de procesar el contraste de la realidad frente a sus ensoñaciones. Aquel lugar idílico donde iban a forjar una vida nueva y próspera los había recibido con el cielo encapotado y una fina lluvia que caía mecida por el viento, incordiando a todos por igual. El suelo estaba encharcado y el olor a pescado, tanto fresco como podrido, se entremezclaba con el fuerte olor de los motores diésel, del carbón y de las inmundicias que se vertían directamente sobre el océano. La puerta al paraíso soñado se asimilaba más a la puerta trasera del infierno.

De esta agitación formaba parte una anciana y una niña, que no superaba los ocho años, y que seguían la irregular fila que se extendía hasta la salida del puerto como un río a punto de desbordarse.

—Tranquila, Grace. Seguro que tu tío nos está esperando al otro lado —decía su abuela mientras avanzaba lentamente y sujetaba con decisión los hombros de la pequeña. Esta asintió y se dejó llevar por ella.

En su silencio horadaba la pena de encontrarse en un lugar tan radicalmente distinto a su hogar. Aquel país extraño en el que acababa de desembarcar era gris y maloliente, opresivo en todas sus formas. Más allá del puerto veía grandes edificios que le recordaban a las altas torres de un castillo en ruinas que había a las afueras de Ennis, su ciudad natal. Ese castillo, por capricho del destino, era sombrío y el

viento aullaba entre sus ruinas como si un grupo de fantasmas estuvieran celebrando un fastuoso banquete. Grace temblaba de miedo solo de recordarlo. Pero estando allí, estando en aquella ciudad extraña que la recibía con frío, lluvia y gritos, tenía la sensación de estar salvando las murallas derruidas de aquel fantasmagórico castillo para adentrarse en su oscuridad.

—¿Te estás mojando? —le preguntó su abuela Roisin mientras le ajustaba la chaqueta—. Compraremos un paraguas en cuanto nos sea posible.

—Seguro que el tío Connor trae unos cuantos para nosotros —dijo Grace recuperando la ilusión al instante, habilidad únicamente en manos de los más pequeños.

La sonrisa de la nieta reconfortó a la abuela, que se convenció de que todo saldría bien y de que la mala fortuna que los perseguía desde hacía años se habría quedado al otro lado del océano.

El padre de Grace había perdido sus cultivos en el periodo de la guerra y la luz se había apagado en su interior. Aun así, en 1948, el matrimonio concibió una hija, Grace. Su madre, Martha, esperaba que fuera un revulsivo para que su marido volviese a ser el de antes, pero eso no ocurrió. Al poco de nacer Grace, su padre falleció de un ataque al corazón. En cuanto a Martha, había pasado de la esperanza del renacimiento de su marido a la desolación más absoluta y, sin darse ella cuenta, la misma oscuridad que había consumido a su marido surgió en su interior, amargando sus días, haciéndola enfermar y conduciéndola hasta el triste final que tuvo lugar a finales de 1954. Sin más familia y preocupada por el futuro de su nieta, Roisin decidió ponerse en las manos de su hijo menor, el cual se había marchado a los Estados Unidos años antes en busca de una vida mejor.

Este, Connor Murray, había emigrado poco después de la guerra. Siempre fue un joven descentrado y con facilidad para meterse en problemas, por lo que su madre no puso impedimento en que hiciera las maletas. Su instinto no le falló. En las continuas cartas que Connor enviaba, les relataba la abundancia del trabajo, el dinero que ganaba, las cosas que podía comprarse, inimaginables para Roisin. En esas misivas pasó de un joven emigrante trabajador hasta un empresario que vivía de manera desahogada en Charleston, que podía rodearse de algunos lujos y emplear gran parte de su tiempo a aficiones tales como el golf, la pesca o el tenis. Esto fue suficiente para que Roisin se propusiese la opción de trasladarse junto a Grace a Charleston, siempre teniendo en cuenta el bienestar de la pequeña y su futuro. A la anciana le dolía en el alma su tierra, donde habían fallecido su hija y sus antepasados, y donde ella esperaba ser enterrada también.

Connor aceptó y animó a que se trasladasen a Charleston lo antes posible, pues no permitiría que su sobrina quedara en manos de

orfanatos o instituciones públicas mientras él estuviera en el mundo. Estaba dispuesto a erigirse como cabeza de familia y eso enorgullecía a Roisin.

Meses después, abuela y nieta esperaban a Connor refugiadas de la lluvia bajo un saliente de un edificio. La escasa claridad del día decaía a medida que pasaban las horas. Grace temblaba de frío, por mucho que Roisin intentara arroparla y miraba con impaciencia a un lado y a otro preguntándose cuándo aparecería su hijo. Había hablado con él la última vez por teléfono, poco antes de embarcar, dándole toda la información acerca a la fecha de llegada prevista del buque a Charleston. La travesía había transcurrido con normalidad, por lo que la fecha que le había comunicado era la correcta.

—Debe estar ocupado con sus asuntos, Grace. Pero vendrá de un momento a otro, ya lo verás.

La pequeña asintió. Pese al frío y la lluvia, la novedad de todo lo que se mostraba ante ella le entretenía y la espera no le estaba resultando extenuante como a su abuela que, aparte de la preocupación, experimentaba los achaques propios de su edad.

Las farolas se encendieron y todo adquirió un tono amarillento. La lluvia remitió a los pocos minutos, pero los constantes reflejos teñían de mil matices la ciudad. Eso sí sorprendió positivamente a Grace. Animada, comenzó a tararear una copla que su abuela le cantaba antes de dormir. Roisin escuchó su suave voz y cerró los ojos, imaginándose que continuaban en la que siempre había sido su casa, con el crepitar de la chimenea y su hija tejiendo con una sonrisa. Cuánto le dolía extrañar lo irrecuperable.

Movidas por la voz de Grace, Roisin derramó unas lágrimas mientras suplicaba que Connor apareciese.

Por fin, un coche, que rodaba más lento que el resto, se desvió hacia ellas y se detuvo justo enfrente. ¡Era Connor!

—¡Hijo mío! —dijo Roisin lanzándose a sus brazos y siendo recibida con el mismo cariño por parte de su hijo.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, madre!

Los dos se fundían en un abrazo mientras Grace los observaba, todavía bajo el saliente del edificio. Reconoció en su tío Connor gestos y similitudes que recordaba de su madre. Sin embargo, Grace no experimentó ningún sentimiento de familiaridad, lo que se expresaba en su rostro serio y sus ojillos casi cerrados, desafiantes.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo Connor poniéndose a la altura de su sobrina y agitando la mano sobre su cabeza. Era la primera vez que se veían. Roisin se puso junto a su nieta.

—¿Has visto qué preciosidad? Solo Dios sabe todo lo que ha tenido que pasar. Espero que sea misericordioso con ella y no le haga sufrir tanto como a mí —dijo la anciana.

—Ten por seguro que no, madre —dijo Connor incorporándose—. Ahora vayámonos, hace demasiado frío. Monten en el coche. Se suponía que mi chófer tenía que recogerlas hacía un par de horas, pero ese incompetente está enfermo y no me ha avisado hasta hace media hora. ¿Han tenido que esperar mucho?

—Nada comparado con estar juntos de nuevo, hijo.

Los tres montaron en el coche y Connor condujo veloz hasta su casa. Roisin estaba encantada de que su hijo al fin hubiera aparecido y de la habilidad con la que conducía entre aquel tráfico, como un verdadero americano. En cambio, Grace, que iba en el asiento de atrás, se mantenía en silencio y estudiaba continuamente a su tío Connor, lo que a este empezaba a incomodarle, procurando no cruzar su mirada con la de ella a través de los espejos.

No pasó mucho tiempo cuando Connor se detuvo junto a un edificio y señaló que habían llegado a casa. Al momento, el rostro de Roisin se turbó, pues aquel lugar distaba mucho de la residencia que su hijo había descrito en sus cartas. La vivienda ajardinada en la que vivía se había convertido en un edificio antiguo de tres plantas. La pobreza podía verse en la calle, en la basura desbordando los contenedores y las miradas de algunos transeúntes a los que no parecía importarles la lluvia para estar ociosos en la calle.

—¿Aquí vives, hijo?

Connor respondió molesto, farfullando como un gato.

—Por desgracia, madre, aunque es algo temporal. Estoy en disputas legales con la actual propiedad y mientras tanto no puedo vivir allí. El constructor se saltó ciertos permisos y ahora el ayuntamiento quiere echarme a mí el muerto. ¡No lo voy a permitir! Además, esta ciudad crece como la espuma y pronto esta zona se revalorizará. De momento, ya he comprado un apartamento en este edificio, que es donde vamos a vivir hasta que se solucione las disputas con el ayuntamiento. Cuestión de semanas, día más o día menos, pero se solucionará pronto.

El apartamento de Connor Doyle ocupaba la tercera planta del edificio y habría consistido en un bonito ático si no fuera porque el edificio tenía disposición de cubo, como si años atrás hubiera sido una fábrica o un almacén de mercancías. Connor le explicó a su madre que en Estados Unidos siempre estaban innovando y buscando la manera de mejorar lo ya existente. En esto Roisin no estaba de acuerdo.

—Si algo funciona, ¿por qué hay que cambiarlo, Connor? Creo que eso puede comprenderse tanto en Irlanda como aquí.

—No me hables de Irlanda, madre. Allí no se progresa. La vida avanza en círculos y, salvo casualidad, las cosas se siguen haciendo como hace quinientos años.

Connor dejó la única maleta que traían abuela y nieta en el suelo

y cerró la puerta del apartamento. Se mostraba feliz, pero al mismo tiempo cada uno de sus gestos parecían contener una angustia, un hálito de preocupación que no adquiría forma, pero del que su madre se percató.

—La tradición no es mala, hijo. Es lo que nos une; la voz del pasado que nos enseña a cómo vivir el presente y afrontar el futuro.

Connor le hizo un gesto con la mano.

—Esa mentalidad es inútil en América, madre. ¿De qué sirve la tradición si los tiempos cambian continuamente?

Roisin no contestó. Su atención estaba fija en el apartamento al que acababa de entrar. Durante años, recibió cartas en las que su hijo le explicaba su buena vida y los buenos negocios que había emprendido. En las misivas reducía su profesión a comerciante, otras veces a empresario y algunos símiles más que no definían claramente su ocupación. De todas y cada una de esas designaciones se acordó su madre mientras observaba lo que la rodeaba. Todo parecía muy viejo y desgastado. El suelo tenía desconchones por todas partes y el papel de la pared estaba desprendido por las esquinas o remendado de manera cutre. Los muebles eran pocos y ajados, y la decoración era prácticamente inexistente. Connor advirtió la expresión de su madre e intervino para tranquilizarla.

—Ya te he dicho que es temporal. Vamos, las llevaré a su habitación.

Las condujo por un corto pasillo hasta una habitación donde había una litera, una mesa y una silla. Todo estaba impregnado de polvo y el ambiente cargado, como si alguien hubiera tratado de limpiar la estancia de manera apresurada y la suciedad se hubiera quedado flotando en el aire.

—Irá bien abrir la ventana. La verdad es que paro poco por casa. ¿Qué le voy a hacer? Hay que atender los negocios continuamente.

Grace, siempre siguiendo los pasos de su abuela, entró en la habitación y la observó con curiosidad.

—¿Te gusta, pequeña? —preguntó Connor. La niña asintió—. Vaya, ¿es que no sabe hablar todavía?

—Es tímida —señaló Roisin.

—Ya lo veo —dijo Connor mirándola de reojo—. En fin, tendrán hambre, ¿verdad? Voy a buscar algo de comer y regreso enseguida. La cocina está… quizás debería reformarla más adelante, pero no tengo todavía una idea clara de cómo quiero dejar el apartamento. Sí, más adelante; hay que hacer las cosas bien.

Con ese discurso, Connor se marchó del apartamento y abuela y nieta se quedaron solas. Mientras sacaban la ropa de la única maleta que llevaban, mantuvieron un silencio casi solemne. Las dos se hubieran sorprendido de saber que, pese a los muchos años que las

separaban, sus pensamientos discurrían por la misma senda.

Aun así, las primeras semanas con Connor no fueron tan complicadas como auguraba esa primera noche. Este se pasaba fuera la mayor parte del tiempo y en ocasiones hasta se ausentaba varios días. Poco a poco, Roisin y Grace se acostumbraron a los extraños horarios de su anfitrión y conformaron los cimientos de su nueva vida en los Estados Unidos. Roisin consiguió que su nieta ingresara en una escuela de caridad cuyas clases impartían en la iglesia del barrio. El reverendo Logan enseñaba a un pequeño grupo todas las mañanas, en un horario que oscilaba entre las diez y las doce del mediodía. Allí Grace aprendió a leer —lecturas religiosas mayormente—, las matemáticas más básicas y algunos matices de la historia de los Estados Unidos. Sin embargo, lo que más le llamó la atención eran las clases de canto, que eran impartidas los viernes por el grupo del coro que acudía a la iglesia a ensayar.

Todo sucedió cuando el reverendo Logan echó en falta a la pequeña Grace, precisamente después de haberla visto entrar a la iglesia. Era un viernes y, preocupado, el sacerdote registró la iglesia hasta que dio con ella. Esta estaba escondida tras un banco, hecha un ovillo, mientras observaba los ensayos del coro. Cuando él le preguntó qué hacía allí, Grace le contestó que quería aprender a cantar. Aquello lo conmovió y no puso impedimento en que la pequeña ensayara con el coro, especialmente después de escucharla entonar la suave melodía del *Angelus*.

La complicidad de Grace con la música, las melodías, los tonos y el ritmo fue inmediato. Grace, que por entonces tenía nueve años y casi doce meses viviendo en Charleston, se convirtió en la sensación del barrio. En las misas, su voz, aliñada con su semblante angelical, era el reclamo principal, el punto focal que llegaba a igualar el protagonismo del reverendo Logan.

Fueron tiempos felices para Grace, al menos en apariencia. Mientras su abuela estuviera con ella, la felicidad colmaba su alma y comenzaba a sentir aquel lugar como su hogar. Sin embargo, Roisin encontró un trabajo remendando ropa en un taller cercano y había ocasiones en las que Grace se quedaba sola; ya fuera en casa, jugando con sus amigos o paseando sin rumbo mientras canturreaba. Fue por entonces, al encontrarse sola en el apartamento con su tío Connor, cuando su creciente felicidad comenzó a resquebrajarse.

Pronto descubrió de primera mano lo que era la ruindad y la falsedad, quizás cuando todavía era demasiado pequeña para tal hallazgo. Su tío Connor se mostraba agradable y positivo siempre que su abuela estuviese delante, pero su actitud se oscurecía en cuanto Roisin se alejaba. La ira parecía dominarle y cualquier cosa que hiciera Grace le incordiaba sobremanera, reprendiéndola

constantemente.

—No te quiero oír cantar de nuevo, ¿está claro, niña del demonio?

Esas palabras, la pusieron sobre amenaza de lo que se avecinaba. Pese a tener nueve años, los vaivenes de la vida le habían hecho madurar antes de tiempo y, aunque aún era una niña, sabía cuándo era mejor mantenerse callada.

—¿Cómo puede ser que ya no quede comida en esta casa? —gritaba Connor fuera de sí cuando veía la alacena casi vacía—. Estúpida niña glotona.

No obstante, el cambio de Connor era tan notorio cuando Roisin estaba presente, que Grace optó por no decir nada. Además, temía que su abuela le echara en cara que era una mentirosa o que Connor tenía motivos para increparle de esa manera. Por aquellos años, aprendió a vivir en un complicado equilibrio entre el continuo maltrato de su tío y el cariño que le dispensaba su abuela y que no estaba dispuesta arriesgar. El uno contrarrestaba al otro y Grace se conformó con eso.

Su vida discurría tal como el primer día, sin nada nuevo a lo que aferrarse, sin embargo, hubo un antes y un después el día que su abuela le regaló una radio de segunda mano por su décimo cumpleaños. Para ella supuso toda una revolución, ya que comenzó a escuchar la música que sonaba entonces, oxigenando su gusto musical después de años de rigidez y monotonía en el coro de la iglesia. Los credos, las plegarias y los rezos en latín dejaron paso a Frank Sinatra, Elvis Presley, Nina Simone, Miles Davis, Brenda Lee… Este torrente musical cambió la mentalidad de Grace, que concibió la música como un vasto universo que explorar. Raro era el momento que no susurraba canciones, entonaba melodías o se atrevía a dar voz a sus propias creaciones. Tan solo guardaba silencio cuando se quedaba a solas con su tío Connor.

No mucho después de que Grace cumpliera doce años, la salud de Roisin comenzó a resentirse y a los pocos meses tuvo que guardar cama de manera permanente. Esto supuso que Grace, dejara sus escuetos estudios y buscara un trabajo, ya que su tío Connor no quería que estuviera holgazaneando en esa maldita iglesia. Nubes oscuras se arremolinaban en torno a su futuro.

Su tiempo libre lo dedicaba por completo a su abuela, a quien peinaba, cantaba canciones o le contaba cualquier hecho relevante que hubiera sucedido entre sus vecinos para entretenerla.

—Mi pequeña Grace —decía Roisin con un hilo de voz mientras acariciaba el rostro de su nieta—. Pronto serás toda una mujer. Qué pena que no pueda verlo.

—No digas eso, abuela. Ya mismo te recuperarás. Solo necesitas descansar.

Roisin sonreía melancólica. En los últimos años, había guardado silencio. Su sentimiento como madre le había hecho confiar ciegamente en su hijo, pero, en ese momento, que se veía postrada en una cama, le preocupaba lo qué sería de Grace. Las dos se habían creído en un principio los embustes de Connor, pero con el tiempo los escuchaban con resignación o hasta los ignoraban. Las disputas legales con el ayuntamiento se habían eternizado, sus ausencias tenían aroma de alcohol y tabaco, y en bastantes ocasiones, acudieron al apartamento hombres malhumorados en su búsqueda.

Todo alrededor de él parecía corromperse, hasta él mismo. Se había quedado más delgado y su rostro había adquirido un perfil aguileño y desconfiado. Vivía en continua tensión. Tan solo recobraba la calma cuando visitaba a Roisin, hecho que no se prolongaba más de dos minutos al día. En cuanto salía de la habitación volvía a protestar por todo, a fumar de manera compulsiva y a echarle la culpa a su sobrina de todas las desgracias que le ocurrían.

Sin embargo, Grace no fue consciente de la delicada situación en la que se encontraba hasta que su abuela falleció al año siguiente.

El funeral se quedó grabado en su cabeza. Tan solo su tío y ella estaban en el cementerio para despedirla. Pero aquello no era lo que más le había dolido, si no el hecho de que su tío no hubiera sido capaz de afrontar los gastos del sepelio. Fue ella quien tuvo que malvender entre lágrimas la mayoría de las pertenencias de su abuela, así como la radio que ella le había regalado. A la tristeza por su muerte, tenía que sumarle la pérdida de casi todas las cosas que le recordaban a ella.

Esa misma tarde, cuando volvieron a casa, Connor se mostró tal y como era. Recogió lo poco que quedaba de Roisin y se lo llevó para empeñarlo por unos pocos dólares.

—Me he arruinado manteniéndote —le recriminó—, pero ahora vas a pagarme. Quiero todas las semanas tu sueldo sobre la mesa, ¿me has entendido?

Grace asintió en silencio.

En los años próximos, Grace trabajó sin descanso. Era inteligente, aprendía rápido y Connor se percató de ello. Este no tardó en ofrecerla para que trabajara como asistenta en las zonas más adineradas de Charleston, con la intención de que la hicieran interna, aunque nadie quería hacerse cargo de ella siendo tan joven. Además, Grace no ponía impedimento en trabajar las horas que fuese, pues prefería eso a estar en la compañía de su tío.

Este, por su parte, estaba cada vez más consumido. Ya no escondía su adicción por el alcohol y se pasaba gran parte del día borracho, despilfarrando el dinero que Grace conseguía con su trabajo. Por si su situación no fuera suficientemente penosa, en los últimos

años desarrolló también una adicción por el juego que le hizo acumular deudas considerables con varios prestamistas de la ciudad. Desesperado, le exigía a Grace que consiguiese más dinero, pero hasta él era consciente que su sobrina no podría saldar sus deudas. En la contradicción en la que vivía Connor, todo esto no era inconveniente para que continuara culpándola de todas sus penurias.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar cuando Grace cumplió dieciséis años. La niña se había convertido en una mujer callada pero fuerte, estoica y muy calculadora. Se aplicaba en el trabajo y entregaba a su tío una parte de su sueldo con tal de que la dejara tranquila. Era igualmente paciente y sabía que pronto llegaría el momento en el que podría marcharse de allí y comenzar su propia vida en otra ciudad. Para ello, guardaba cada semana una pequeña cantidad de dinero.

Connor, dotado con la suspicacia de la necesidad y la maldad, y conociendo la inteligencia de su sobrina, intuía que ella estaba tramando algo y se mostró todavía más arisco. No obstante, su alcoholismo jugaba en su contra y le costaba hacer memoria de lo que hacía o decía, haciendo más complicado tratar con él.

Pero el destino los sorprendió una vez más. Grace trabajaba por las mañanas para una familia pudiente de la ciudad. La señora de la casa, una tal Ava Douglas, quedó prendida del buen hacer de la joven y entabló una especie de amistad con ella. Cuando supo de las malas condiciones en las que vivía junto con su tío, se prometió buscarle un empleo lejos de él. Mediante contactos, ofrecimientos y curiosidad, averiguó que una familia de Blackville a la que conocía estaban buscando una chica joven para que se incorporara como interna.

La señora Douglas contactó con tal familia y les dio unas estupendas referencias de Grace, a la cual invitaron a para entrevistarse con ella. Connor enloqueció en cuanto tuvo noticia de ello, pero Grace lo convenció al decirle que le enviaría una parte del sueldo y que, además, lo dejaría solo de una vez. Connor vio el trato con buenos ojos, pero insistió en acompañarla a Blackville para asegurarse de que esa familia era gente honrada. Aunque Grace no imaginó que sus intenciones serían otras bien distintas.

A los pocos días, Grace y su tío Connor se reunieron con Julia Preston, la señora de la casa. Era una señora correcta, decidida y de mirada suspicaz que parecía tener todo bajo su control. Por tanto, no tardó mucho en percatarse del mal estado de Connor y su sed de dinero. Este hacía continuas insinuaciones de recibir un pago a cambio de la contratación, como si se tratara de una especie de intermediario. Para sorpresa tanto de Grace como de Connor, Julia aceptó a entregarle una pequeña cantidad, así como enviarle un parte del sueldo de la joven hasta que esta fuera mayor de edad. Después, sería

Grace la que tendría que decidir si quería seguir enviando dinero. Lejos de ser una propuesta, aquello fue más bien una imposición por parte de Julia Preston, y Connor, incapaz de defender su posición, aceptó a la primera de cambio.

Todos acabaron complacidos. Connor regresó a Charleston con más dólares de los que pensaba y un pequeño sueldo durante los próximos dos años, y todo a costa de su sobrina. En cuanto a Grace, había conseguido de una vez alejarse de su tío y podía empezar a poner los pilares de su nueva vida. Por último, Julia Preston estaba contenta de haber encontrado justo lo que estaba buscando y de haber librado a Grace de una compañía tan despreciable como la de su propio tío.

Capítulo 4

TAMPA, FLORIDA
2018

Lucy era una joven observadora. Por ello, sabía que siempre había un momento en el que las personas mayores desconectaban de la realidad. Se quedaban con la mirada perdida, la boca entreabierta y permanecían así unos minutos, navegando por sus peculiares mundos, ajenas a cuanto ocurría en ese momento. Tal vez, pensó Lucy, fuera el tiempo que necesitaban para viajar a su pasado, como si tuvieran que pasar miles de páginas para retroceder al momento exacto que deseaban recordar.

Así fue exactamente cómo se quedó Grace después de que ella le preguntara en qué fecha emigró a los Estados Unidos, recordando, pero sin dar más información.

—Así que vino a este país en los años cincuenta —dijo Lucy elevando el tono de voz para sacarla de aquel trance. Grace giró lentamente la cabeza hacia ella y la miró durante unos segundos antes de regresar por completo a la realidad.

—Sí… los años cincuenta.

—Eso fue poco después de la Segunda Guerra Mundial, ¿no es así?

Ella asintió en silencio mientras sus movimientos recuperaban la viveza que habían mostrado antes.

—Sí. fue una época muy dura…

—Tuvo que ser muy difícil dejar su hogar —insistió Lucy, como si sus palabras fueran los tirones que Grace necesitaba para ser la misma que antes.

—La vida antes era muy distinta a la de ahora. Después de que murieran mis padres, el concepto de hogar se difuminó para mí; simplemente dejó de existir. Por entonces lo importante era tener un techo bajo el que cobijarse por las noches y un plato de comida caliente en la mesa.

Lucy vio como Grace, poco a poco, volvía a ser ella, pero en una versión más tenebrosa. Incluso parecía que no tenía ganas de hablar. Siempre había sostenido que trabajar en un taxi te daba ese superpoder; la de intuir si tu cliente quiere mantener una conversación o, por el contrario, prefiere pasarse todo el viaje mirando por la ventanilla. Y en ese momento su pasajera estaba algo melancólica. Dejaron atrás Davis Island y Lucy decidió llevarla hasta

el Raymond James Stadium. Sin embargo, aunque había algo de asombro en su rostro, podía decirse que el paseo de la ciudad había quedado en un segundo plano.

Lucy comenzó a sentirse incómoda. Hasta hacía unos minutos habían mantenido una conversación muy agradable, hasta podría decirse que habían conectado, pero en ese momento se arrepentía de que no se hubiera bajado en la residencia estatal. No obstante, decidió insistir una vez más. El silencio le resultaba insoportable.

—Es una pena que no tuviera la oportunidad de intentar ser cantante.

Con esto recuperó la atención de Grace, que se volvió hacia ella con un atisbo de curiosidad.

—¿Y eso por qué?

—Tienes porte de artista, no sé si me explico. Soy capaz de imaginarte recibiendo un premio o paseando por una alfombra roja.

Por primera vez desde hacía un buen rato, Lucy vio una sonrisa en sus labios.

—Te lo agradezco.

—Tan solo digo lo que veo.

Estuvieron paseando cerca de veinte minutos más, hasta que Grace le dijo que estaba cansada. Había sido un día muy largo para ella.

—Puedes dejarme cerca de la residencia. Me vendrá bien estirar un poco las piernas antes de meterme en aquel cuchitril.

Lucy frunció el ceño. ¿Pasear? ¿Con la maleta a cuestas?

—Pero ¿no será mejor que te deje en la puerta? Lo digo por la maleta.

Grace se llevó las manos a la frente.

—¡La había olvidado! Pero tienes toda la razón. Sería estúpido estar dando vueltas por ahí con la maleta, ¿no?

Lucy asintió sin saber bien cómo interpretar sus palabras. A lo mejor había sobrestimado su estado de salud y no estaba tan lúcida como aparentaba.

—Te dejo en la residencia entonces, ¿no? —insistió para asegurarse de que las dos estaban en la misma sintonía.

—Sí, claro. Ahora que lo dices será mejor que vaya primero allí y solucione todo el tema del papeleo. Maldita burocracia. Estoy segura de que mis sobrinos no han movido un dedo y tengo que pasarme un buen rato rellenando formularios.

—Puedo echarte una mano si quieres.

Ella negó con la cabeza.

—¡Desde luego que no! Seguro que tienes cosas que hacer o más pasajeros que recoger. No te preocupes por mí. Es más pereza que otra cosa. A mi edad siempre estamos cansados o, si no, lo aparentamos;

un poco como los niños. En parte, convertirte en un anciano es como regresar a la infancia, pero de manera inversa. Poco a poco te desligas del mundo que te rodea, te prohíben conducir o tomarte una copa de vino y eres incapaz de entender el idioma en el que hablan los más jóvenes.

Lucy se sorprendió de su reflexión.

—No lo había visto de esa manera.

—Todos los días se aprende algo, querida. Anda, ahí está la residencia. Detén el coche y me bajaré aquí mismo. Puedo recorrer a pie los últimos metros.

—¿Estás segura, Grace?

—Completamente —dijo mientras abría la puerta. Sin embargo, justo antes de poner sus pies en la acera, se giró hacia Lucy—. Por cierto, me ha encantado el paseo. Te lo agradezco mucho.

—Soy yo la que tengo que darte las gracias —dijo Lucy aceptando que el final de su historia con Grace se aproximaba y de que pronto lo que había vivido las últimas horas se convertiría en una anécdota más que contar.

—Es bueno que las dos estemos tan contentas. Por cierto, ¿crees que podrás recogerme mañana para dar otro paseo?

La pregunta de Grace la pilló desprevenida. Tenía la habilidad de esconder sus intenciones hasta el último segundo.

—¿Quieres dar otro paseo? —preguntó Lucy algo confusa.

—¡Mañana mismo! —exclamó Grace—. ¿Te viene bien a las once?

De nuevo Lucy se sentía arrinconada. Sus frases parecían venir desde distintos puntos del coche. El problema no era dar un paseo con Grace. Lo que la echaba para atrás era el que la anciana malgastara su dinero haciendo paseos, aparte de que intuía que la podía meter en problemas. Decir que no era tan sencillo…

—Podría ser, a esa hora estoy de turno —respondió Lucy.

—¡No se hable más! —exclamó Grace, pero antes de que se bajase, Lucy puso su mano sobre su brazo. Fue un movimiento innato, impensable si se hubiese tratado de cualquier otro cliente. Grace miró su mano y después la miró a ella.

—¿Sucede algo?

Lucy estaba confusa. ¿En qué momento ella se había hecho con las riendas de la conversación?

—Puede que te parezca una tontería, especialmente después de aceptar tus doscientos dólares, pero me preocupa que te gastes demasiado dinero.

Ella la miró con ternura y sonrió. En sus ojos parecía haber una porción diminuta del océano.

—Te entiendo, Lucy, pero no te preocupes por el dinero, ¿de acuerdo? Sé perfectamente en qué me lo estoy gastando y créeme que

es en lo mejor en que me lo puedo gastar.

Dijo esto con tanta seguridad, que no tuvo dudas de que le decía la verdad y con eso se sintió más tranquila.

Las dos se bajaron del coche y esta vez dejó que Lucy le sacara la bolsa del maletero. Era lo mínimo que podía hacer por doscientos dólares.

—Entonces mañana a las once —preguntó Lucy para confirmar nuevamente.

—Mañana a las once. Estaré esperándote aquí.

Se despidieron y Lucy volvió al coche y se marchó sin más. Estaba sumida por un nerviosismo constante, como si no se acabara de creer lo que había ocurrido.

—Cuando recupere la voz podría grabar un podcast. ¡*El taxi de Lucy!* —dijo en voz alta.

Con la convicción de que no era una mala idea, encendió la radio y subió el volumen. Se acababa de dar cuenta de que con lo que le había pagado el famoso sobrino y la propia Grace, ya podía aparcar el coche y dar su día por cumplido. Era una suma tan grande que al día siguiente podía permitirse empezar a trabajar cuando llegara el momento de recoger a Grace.

En ese instante comenzó a pensar en los lugares por los que pasearla al día siguiente; quería sorprenderla. A ese tipo de clientes había que mimarlos y mucho. Pensó que podía llevarla hasta Rowlett Park, después quizás al museo de ciencias e industrias. Incluso al Tarpon Lake si Grace estaba dispuesta a pasear un buen rato. Estaba tan emocionada que pasaban mil sitios por su cabeza, aunque finalmente no estableció ninguna ruta. Lo mejor era esperar a las once de la mañana del día siguiente y ver de qué tenía ganas la anciana. Tal vez la primera noche en la residencia no le sentara bien o agriara su humor.

Eso la hizo recapacitar acerca de lo que le había contado, el hecho de que emigró de Irlanda siendo apenas una niña tras la muerte de sus padres. Pensó en cómo debió sentirse y en qué debió pasar por su pequeña cabeza al ver que dejaba atrás todo lo que conocía y llegaba a un mundo nuevo. Sin embargo, no debió irle mal del todo, puesto que se le veía una mujer sana y con recursos.

Sonrió a medias. Había algo en lo que le había dicho Grace que le recordaba a su propia vida. Desde luego no habían vivido lo mismo, pero sí percibió alguna semejanza en el hecho de que sus vidas no eran tan corrientes como las del resto. Sin ir más lejos, el pasado de Lucy no podía considerarse como «común». Se había criado en una granja perdida del condado de Pasco, junto a su padre, su tío, sus dos abuelos y sus primos. En cuanto a su madre, se fue cuando ella aún no caminaba y luego falleció. Eso le contaron cuando tenía quince años,

pues según su padre ya tenía la edad suficiente para entender la situación. Esto provocó que sus figuras de referencia fueran solo hombres, por lo general chapados a la antigua, trabajadores, educados y no muy locuaces.

No obstante, su tío Linus se alistó a los Marines, decisión que sería seguida por Lester, el mayor de sus hijos en cuanto cumplió la edad mínima obligatoria, Su padre y su abuelo siguieron en la granja y fue con ellos con quien estableció una relación más cercana. La prueba de ello era que solían tomarse una cerveza casi todas las tardes en el porche de casa; era una especie de costumbre después de la jornada de trabajo. Lucy, por supuesto, los acompañaba mientras vivía allí. Era una especie de rito sagrado en el que el tiempo parecía detenerse. No había hora o reloj que marcase ese instante; era el sol, al rozar con su cadente redondez el horizonte. Por ello, en invierno era más temprano y en verano más tarde, aunque no les importaba, simplemente era el momento adecuado. Escogían sus respectivas bebidas y caminaban hacia el porche como si se tratasen de religiosos acudiendo a la llamada del rezo. Se sentaban y se encendían un cigarrillo. Y así, mientras el sol se escondía lentamente, ambos repasaban con escuetas palabras los pormenores del día, que por lo general solían ser pocos, ya que trabajaban codo con codo. Lucy solía sentarse en la escalera que bajaba del porche hasta el jardín, aunque más que jardín era una extensión de hierba que se prolongaba hasta el límite de los árboles frutales. Lo más curioso de todo es que, pese a que tuviera cosas que contarles, ya fuera de la escuela o de cualquier otro aspecto de su vida, guardaba silencio y se limitaba simplemente a estar. Eso era suficiente para ella.

Si bien, habían pasado años desde que no vivía en la granja, aún, al llegar el ocaso, sentía un pellizco en su interior. Todavía, cuando iba a visitar a su padre, si el atardecer llegaba estando ella allí, realizaban el rito sin que ninguno de los dos necesitara decir una sola palabra. En cuanto a su abuelo, siguió fiel a la tradición hasta que la enfermedad acabó por postrarlo en la cama.

Lucy sentía que una parte de ella añoraba esa vida, el reposo, el refugio que significaba el vivir con su familia. La tranquilidad y el silencio de las noches bajo el cielo estrellado. Infinidad de detalles que podría poner por escrito y que le llevarían toda una vida. Por ello siempre le venía a la cabeza una pregunta que le resultaba intrigante e incómoda al mismo tiempo: ¿era normal añorar el pasado o era un síntoma de que una parte de ella se negaba a avanzar?

Era difícil de aclarar. Cuando se marchó de la casa de sus padres para comenzar sus estudios de doblaje, no tuvo problemas para buscarse la vida. En esos años, volver a la granja era una opción que no contemplaba. Estaba cansada de la monotonía, quería ver mundo,

vivir y experimentar todo lo posible antes de que se lo contasen. ¿Por qué entonces tenía esa nostalgia? ¿Ya había saciado su curiosidad? ¿El mundo, antes inmenso y mágico, se había vuelto pequeño y simple?

Esto último bien podría ser un resumen de cómo se sentía por entonces, las muchas dudas que no la dejaban pensar con claridad.

Detuvo el coche bajo el semáforo y pensó en Grace. De alguna manera, su compañía la hizo sentirse mejor; le aportó las energías suficientes para plantearse las cosas con más optimismo.

Sin embargo, cuando llegó a su apartamento, aquel tierno brote de ilusión se desvaneció. Nunca le gustó estar sola ni tampoco estaba acostumbrada a ello y el silencio de su solitario hogar parecía estar empeñado en recordárselo. ¿Había cometido un error al dejar a Adam? Esta era otra cuestión sobre la que podría extenderse casi hasta el infinito.

Nunca tuvo un motivo concreto que justificara su decisión. Incluso nada más decirle que la relación se había terminado, mientras se alejaba de él entre lágrimas, dudó de si había hecho lo correcto. Era un hombre agradable, atento, cariñoso, divertido… ¿Era por Amy, su hija? No podía utilizarla como excusa. Le encantaba estar con ella, sentirse querida, que se muriese de ganas por jugar a las muñecas, que la maquillase. ¿Qué fallaba entonces? ¿Por qué había puesto fin a esa relación? Una vez más, no tenía la respuesta. Eso la hacía pensar que quizás era ella el problema; no quedaba otra opción. Era cierto que los nódulos de su garganta la habían obligado a un cambio radical en su vida, pero ¿hasta el punto de echar por la borda la mejor relación que había tenido hasta la fecha?

Lo único que le levantaba el ánimo, era pensar en qué le depararía Grace al día siguiente. Al pasar un par de horas con ella podría cubrir parte del cupo diario y terminar antes su jornada. A Nick le importaba poco cuántas horas condujese mientras cumpliera con la cantidad establecida, lo que tenía sus cosas buenas y sus cosas malas.

Al día siguiente se levantó temprano y desayunó mientras veía alguna noticia que otra en su móvil, alternándolo con algún video gracioso. Después estuvo pensando en dónde podía llevar a Grace, pero su cabeza no estaba por la labor y decidió no darle más vueltas.

La anciana estaba en el mismo lugar donde la había dejado el día anterior, en la calle de la residencia, pero lejos de la puerta principal de la misma. En cuanto vio a Lucy, levantó la mano y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, querida.

—Buenos días, Grace. ¿Cómo ha ido? ¿Te han tratado bien?

Sin embargo, la anciana levantó la mano.

—Lo primero es lo primero. Ya tendremos tiempo de charlar tranquilamente. ¿Cuál es la tarifa?

Lucy no supo qué responder. No había sido borde, sino brusca; la típica forma de ser de una mujer cuya personalidad está forjada a fuego en su interior.

—Ni siquiera has cerrado la puerta y…

—¿Qué te parece cien dólares por, digamos, dos horas?

—Yo… Lo veo bien, pero…

—No te preocupes —la interrumpió—. Comprendo que si circulamos muchos kilómetros habrá que añadir unos dólares más. ¿Te parece bien?

¿Cómo iba a negarse? Había días que para hacer cien dólares tenía que emplear cuatro o cinco horas.

—Me parece fantástico —finalizó.

—Bien —dijo dedicándole una amplia sonrisa—. Ahora alejémonos de este lugar. Ah, qué sitio tan horrible. Mi habitación es un cuchitril, una celda de una prisión. Los cuidadores me han ofrecido pañales. ¡Pañales! ¿Te lo puedes creer? Ven a una anciana y piensan que no es capaz ni de ir al servicio. Buena les ha caído conmigo. Tengo más energía que todos ellos juntos. Disculpa que hable más que un loro, pero llevo muchas horas en silencio.

—No te preocupes, Grace, y siento que sea un lugar tan terrible. ¿No puedes vivir en otro sitio?

Ella ladeó la cabeza y tardó varios segundos en contestar. Lucy tuvo la sensación de que buscaba las palabras adecuadas para responderle.

—No hasta que solucione el tema de la herencia con esos usureros. Tengo unos ahorros, pero quiero asegurarme y hacer todo correctamente. Si mi marido levantara la cabeza…

—Todo se solucionará. Estoy segura. Tus sobrinos deben ser muy astutos o estúpidos al enfrentarse contigo.

Grace soltó una carcajada.

—Te sonará un poco arrogante, pero tienes razón. Pero te diré una cosa: no hay nada más peligroso en el mundo que un estúpido que se cree astuto. Es como darle dos pistolas a un mono.

—¡Muy buena comparación!

—En fin, no malgastemos el tiempo hablando de mis sobrinos. ¡Quiero conocer la ciudad!

Lucy condujo hasta el Henry B. Plant Museum. Se trataba de un hotel convertido en museo que parecía a su vez un castillo y un palacio señorial. Una mezcla perfecta que sabía que encandilaría a Grace.

—Una auténtica maravilla.

—Yo no he entrado nunca, pero dicen que su interior es precioso. —Grace la escuchó atentamente—. ¿Quieres entrar a echar un vistazo?

—Quizás otro día. A mi edad hay que priorizar y saber elegir muy bien cómo gastar el tiempo.

Lucy no dejaba de asombrarse. En su cabeza parecía tener respuesta para todo.

A continuación, se pusieron rumbo al Tampa Theatre. Su rostro se iluminó en cuanto vio la enorme marquesina que sobresalía de la entrada principal del edificio, que parecía haber conservado el esplendor de la edad dorada, con sus luces y neones.

—¿Cuántas grandes actrices habrán pasado por aquí? —dijo Grace con su mirada ensoñando acerca de esa posibilidad.

—Probablemente muchas —contestó Lucy que, por suerte, pudo estacionarse justo enfrente para que Grace pudiera contemplar el edificio tranquilamente. Del teatro emanaba un aura especial, como si conservara en sus ladrillos las infinitas horas de arte que se habían representado en su interior.

—Si quieres entrar, dímelo. Puedo esperar aquí sin problemas —le insistió. Aún tenía en la cabeza la respuesta que le había dado antes, le salió de manera natural.

—No te preocupes, Lucy. Cuando quiera entrar a algún sitio, te lo diré —dijo con una sonrisa.

Esa fue la tónica general del paseo a lo largo de la ciudad. Le mostró algunos de los lugares más emblemáticos, algunos restaurantes y sitios con encanto para pasear bajo el atardecer, pero su reacción fue siempre la misma. Alabó todo desde el coche y con eso parecía tener suficiente. A Lucy no le extrañaba, ya que por mucho que le fascinara su personalidad, no dejaba de ser una anciana a la que habían despojado de cuanto tenía en una ciudad en la que jamás había estado.

Al cabo de una hora, después de atender su teléfono móvil, Grace le pidió que la llevase de vuelta a la residencia. Lucy le dijo que aún podían pasear, que cien dólares era más que suficiente para estar un rato más, pero le dijo que tenía algunos asuntos que zanjar con la residencia.

Lucy sintió lástima por ella. ¿Acaso llegar a su edad era claudicar ante los demás? ¿Quedar en manos de las nuevas generaciones y postrarse a sus deseos, quieras o no?

—Seguro que hay otra solución. Quiero decir, ¿es que no puedes negarte sin más y vivir donde quieras? —preguntó Lucy nuevamente. Grace ladeó la cabeza como si le diera la razón a medias.

—Eso mismo pienso yo, Lucy, pero ya ves cómo están las cosas. Hasta que no me asegure de que tengo los fondos suficientes, no pienso correr ese riesgo. Sé que mi situación no es la mejor, pero también sé que podría ser mucho peor si me quedo con unos pocos centavos en la cuenta. En estos casos hay que ser paciente. Sí. Es la

única opción.

Después de que le dijera eso se sintió muy mal por haberle cobrado cien dólares. Sin embargo, a la par que ese pensamiento se desarrollaba en su cabeza, surgió otro que se enfrentaba ese planteamiento. De ser cierto lo que le había contado, ¿cómo podía haberse gastado trescientos dólares en sus servicios en dos días? No tenía ningún sentido. En otra situación le habría planteado su duda en ese mismo momento, pero no quiso importunarla más de lo que ya estaba.

—Bueno, hemos hablado mucho de mí, pero ¿tú qué?

—¿Yo? —dijo Lucy algo incómoda, su última reflexión le había ocasionado cierta desconfianza hacia ella.

—Claro. Ayer me dijiste que te habías criado en una granja, que tenías nódulos en la garganta y poco más. Perdona si no es así y me contaste algo más. Mi cabeza no es infalible.

—No te preocupes —respondió. La verdad era que Grace recordaba a la perfección todo lo que había contado el día anterior.

—¿Y qué más? ¿Estás casada? ¿Tienes pareja? ¿Novia?

—¿Novia?

—No te ofendas. Soy muy moderna en ese aspecto.

Lucy se rio.

—Yo tampoco tengo nada en contra de las lesbianas, pero no, no lo soy. De hecho, terminé hace poco con un chico. Es algo complicado.

Grace asintió en silencio, dándole pie para que continuara. Lucy la miró de reojo, perpleja. Una parte de ella tenía ganas de contarle cómo había sido su relación con Adam y de la manera en la que ella le había puesto fin. Pero justo en ese instante llegaron a la residencia. Ella la miró con ironía.

—¡Te has librado por hoy, Lucy! Pero mañana será lo primero que te pregunte.

—¿Mañana? Pero, Grace, en tu situación… quiero decir, me has dicho que tu situación económica no es la mejor y que tienes que esperar hasta solucionar el tema de la herencia.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —dijo mirándola fijamente.

Lucy pensó que había sufrido un principio de demencia o algo así, pero lo descartó en cuanto ella comenzó a reírse a carcajadas.

—Perdona. Te estaba tomando el pelo. En efecto, te he dicho que tengo que solucionar algunos problemas, pero no te preocupes. Sé perfectamente cuánto dinero puedo gastar. Además, ahí dentro me dan de comer y no tengo que pagar alquiler, al menos por ahora. Lo único positivo de todo esto es que no tengo muchos gastos.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Un buen susto de vez en cuando es bueno para el corazón y las venas. Adiós, nos vemos mañana a la misma hora.

Lucy pensó en como una mujer que recién conocía era capaz de hacerla sentir tan bien. ¿Era posible que su relación con ella se viera estimulada por el hecho de que no tuvo una madre presente? Pese a que nunca le faltó cariño y su padre la crio feliz, moviéndose siempre en ese estrecho equilibrio que solo los padres solteros experimentan, nunca tuvo una figura materna. Supuso que esa carencia natural le acabó afectando. Mientras conducía hacia su apartamento, se sintió triste: no era fácil aceptar que una herida del pasado influía en su presente. Por eso dudaba. ¿Debía seguir su instinto y abrirse completamente a esa mujer?

Capítulo 5

A las once de la mañana del día siguiente, Grace volvía a subirse al coche, decidida a cumplir lo que le había prometido el día anterior.

—Cuéntame esa historia tan complicada de amor que tuviste. —Fue lo primero que dijo.

—Buenos días, Grace.

—Oh, déjate de formalismos. Me lo vas a contar, ¿verdad? Ni siquiera hace falta que me lleves hasta un lugar en concreto, con estar dando vueltas con el coche me es suficiente… si me lo cuentas claro.

Era muy convincente, como si supiera qué palabras emplear en cada contexto. Lucy pisó el acelerador sin rumbo, tal y como ella se encontraba en ese momento.

—Está bien. Se llama Adam, ¿vale? Lo conocí porque su hija va al mismo colegio que mi ahijado.

—Mmm. Interesante. ¿Está casado? ¿Por eso es complicado?

—¿Por quién me tomas? No, su mujer falleció hace un par de años.

Grace le devolvió una sonrisa y la invitó a continuar.

—La verdad es que no tengo nada malo que decir de él. Es un buen hombre, me quería, es guapo y me trató fenomenal.

Grace se acarició el mentón.

—¿Su hija no te traga? Tal vez si le dieras más tiempo.

—Oh, ¿Amy? No, es un encanto. Sería injusto decir que ella tuvo algo que ver en que yo dejara a su padre.

—Así que lo dejaste tú. No te entiendo, Lucy. Por lo que me has dicho es un hombre maravilloso.

—Ya te he dicho que es complicado.

De nuevo, Grace mostró una pose reflexiva. Lucy sintió miedo de lo que podía decirle.

—Por lo que me has dicho, diría que el problema lo tienes tú.

Un tiro certero. En el centro de la diana. El derechazo de un boxeador que gana el combate por KO en el primer asalto. Lucy suspiró y se mantuvo en silencio. La anciana advirtió su malestar.

—Perdona por meterme en asuntos que no me incumben. Apenas sé nada de ti. No debería juzgarte.

—Tranquila. Es solo que nadie me había dicho algo así. Y no es que no lo hubiera pensado, pero escucharlo de otra persona es diferente.

—Como te he dicho, no es asunto mío. Pero, sí, es complicado.

Solo tú sabes las razones exactas que te han hecho actuar de esa manera. ¿Eso te convierte en mejor o peor persona? No, Lucy. Solo quien vive en sus propias carnes una situación tiene la potestad para justificarse.

Lucy asintió levemente. ¿Cómo conseguía esa mujer hondear en su interior de esa manera?

A partir de ese momento, el tono de voz de Grace cambió y se mostró mucho más alegre. Resultaba evidente que intentaba animar a Lucy, lo que consiguió pasados unos minutos. Olvidaron la conversación acerca de Adam y las dos pasaron a comentar aquello que iban viendo por las ventanillas del coche. Los comentarios suspicaces de Grace y las ocurrencias de Lucy les provocaron numerosas carcajadas.

En contra de lo que parecía en un principio, el paseo fue terapéutico para las dos y cuando llegaron a la puerta de la residencia, Lucy lamentó que el tiempo se le hubiera pasado tan deprisa. No obstante, antes de bajarse, Grace le pidió que al día siguiente volviera a recogerla.

—Tendré que hacerte una pequeña rebaja —dijo Lucy mirándola por la ventanilla.

—Escucho ofertas —respondió Grace mientras se alejaba y se despedía moviendo la mano.

Lucy la observó con una sonrisa en los labios. Hasta se arrepintió de no haber sido más sincera en lo referente a Adam, pero la reconfortó el tener otra oportunidad al día siguiente. Grace le había contado sus problemas, había confiado en ella sin conocerla de nada. ¿Acaso eso no era suficiente para fiarse de ella?

Sin embargo, Lucy estaba a punto de descubrir algo que la haría dudar de cumplir su palabra de recogerla al día siguiente. Sucedió por casualidad, una concatenación de hechos que la llevó a estacionar el coche un poco más delante de la residencia.

Cuando Grace se bajó y llegó a la entrada del edificio, desapareció de los ojos de Lucy. Fue ahí cuando esta recibió una llamada de Nick. Por lo general, su móvil estaba conectado al manos libres, pero cuando el taxi estaba recién arrancado, tardaba como un minuto en enlazar el dispositivo. Por eso, ella decidió estacionar y atender la llamada.

—Hola, Nick.

—Ah, es mala señal que contestes. ¿No tienes ningún cliente?

—Acabo de dejar a la anciana.

—¿La anciana? ¿Qué anciana?

No era de buena memoria. Afortunadamente, Lucy sabía la manera idónea de hacerle recordar.

—La tía del sobrino que te dio una propina de cincuenta dólares.

—Ah, Dylan Foster. Una excelente persona. ¿Por qué estás con la anciana?

—Me ha contratado los últimos días. Quiere que la pasee por la ciudad y…

En ese preciso momento, la conversación con Nick quedó en un segundo plano. A través del retrovisor, Lucy vio que Grace salía de la residencia, miraba a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse que alguien no la veía, y después se alejó caminando en dirección opuesta a donde ella se encontraba. Hasta ahí todo normal. Pero lo que le pareció extraño es que otro taxi la recogiese justo enfrente de la residencia. ¿Estaba haciendo lo mismo con otros taxistas? ¿La anciana pasaba las horas paseando por Tampa? A Lucy no le encajaba que, después de los últimos días, llamara a otro compañero para que la llevara a cualquier parte. ¿Por qué no se lo dijo a ella?

En ese instante, Lucy decidió seguirla. Despachó rápidamente la conversación con Nick. El taxi en el que había subido Grace pasó por su altura y continuó avanzando por la calle. Ella esperó que se alejara lo suficiente para que no la viera y, después, pisó el acelerador.

Guardó varios coches de distancia, asegurándose siempre de no acercarse demasiado. El taxi se dirigía al centro de la ciudad, lo cual seguía siendo completamente normal. Pero Lucy sentía curiosidad, por lo que no la perdió de vista. Luego de casi diez minutos, el taxi de Grace se detuvo en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Entonces, ella se bajó y entró en el hotel.

Lucy pensó que lo que estaba siendo era ilegal y sumamente estúpido, pues cabía la posibilidad de que fuera a visitar a alguien, un familiar, un abogado, quién sabe. Sin embargo, estaba molesta y no sabía qué quería descubrir de Grace, por lo que se quedó allí esperando a que saliera. No fue hasta dos horas después, cuando Lucy se percató de su estupidez y se marchó a su apartamento.

Mientras conducía de regreso, procuró organizar sus ideas, buscar una explicación coherente al hecho de que la engañase de esa manera, pues era obvio que Grace pasaba las noches en el hotel. No pudo encontrar ninguna explicación, pero al menos sí le vio sentido a su facilidad para pagarle unas cantidades de dinero que superaban con creces el servicio que le ofrecía. ¿O es que había algo más? Tendría que descubrirlo a la mañana siguiente.

Habían vuelto a quedar a las once de la mañana en la puerta de la residencia, pero en esa ocasión Lucy decidió corroborar lo que había descubierto el día anterior. Se levantó temprano, se tomó rápidamente un café en casa y se dirigió al hotel donde había visto entrar a Grace el pasado día. Aparcó cerca y se sentó en una cafetería que había justo enfrente de la entrada principal. Tan solo tenía que esperar allí a que Grace saliera por la puerta. Eso ocurrió pasadas las diez y media.

Entonces vio a la anciana salir y subirse a un taxi que esperaba junto a la puerta. Sin embargo, antes de subirse, se giró hacia atrás e intercambió unas palabras con una persona a la que Lucy no llegó a ver, lo que la exaltó aún más. En ese momento, sus dudas se incrementaron, y comenzó a pensar que todo lo que le había dicho era mentira.

Ahí se le ocurrió llamar a la residencia y preguntar por Grace Cooper haciéndose pasar por un familiar. Sacó el móvil y buscó el número en internet, pero justo cuando iba a llamar, se arrepintió. Estaba yendo demasiado lejos. Grace no tenía ninguna obligación de ser sincera con ella. Pagaba sus servicios y eso era todo lo que debía preocuparle. ¿Qué le importaba a ella donde durmiera? Sin embargo, la curiosidad la invadía. ¿Sería ese tal Dylan Foster su sobrino realmente? Recordó a la persona que las miraba desde la ventana el primer día que la recogió: ¿sería la misma con la que había mantenido una breve conversación en la puerta del hotel?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta, pero tenía que ponerse en marcha para acudir a su cita de las once con Grace precisamente. Mientras conducía, dudaba si debía preguntarle acerca de lo que había descubierto. La lista mental de pros y contras que había hecho no le fue de mucha ayuda. Eso era lo que más le inquietaba.

Como cada día, Grace la esperaba con una sonrisa junto a la residencia. Ahí Lucy se dio cuenta de que siempre aguardaba su llegada, no frente a la puerta principal, sino un par de metros antes. Quizás no quería levantar sospechas del personal del lugar, pues seguramente se extrañarían al ver a una anciana rondando por allí todos los días.

—Buenos días, Lucy —dijo Grace nada más subirse al taxi. No obstante, su expresión cambió pronto.

Lucy la recibió con los labios apretados en una sonrisa forzada, las cejas arqueadas y sus ojos derrochando desconfianza. Nunca había sido buena ocultando sus pensamientos. Era como si su rostro hiciera una máscara con ellos y los luciera en todo momento.

—Hola.

Grace la miró, percibiendo que algo había cambiado en ella, pero no dijo nada al respecto.

—¿Crees que podremos ir hasta Clearwater? Estoy dispuesta a pagar más si es necesario.

Lucy asintió en silencio y se puso en marcha sin decir ni una palabra. Más que molesta con Grace, lo que realmente le ocurría era que no sabía cómo afrontar la cuestión del hotel. ¿Debía decírselo o ignorarlo por completo? A veces, con las palabras en sus labios, se giraba hacia ella y se arrepentía en el último segundo, centrando de

nuevo la atención en la carretera. Lo único que consiguió fue que ella también se sintiera incómoda. La tensión fue creciendo dentro del coche hasta que Grace decidió ponerle fin.

—¿Qué te ocurre, Lucy?

—¿A mí? —dijo ella.

Grace miró hacia los asientos traseros.

—No, me refiero a mi amiga invisible. ¿Te encuentras bien, querida? Avísame si necesitar ir al baño y pararemos en la estación de servicio más próxima.

Tras decir esto, Grace guardó silencio y miró tranquilamente por la ventanilla. La estaba poniendo a prueba. Una risilla nerviosa escapó de los labios de Lucy y como no dijo nada en los siguientes cinco minutos, Grace volvió a la carga, como si mantuviera una conversación con su amiga invisible.

—¿Qué dices, querida? Ah, bueno, no podemos hacer nada si la conductora es de pocas palabras. Todo el mundo tiene un día malo, ¿verdad?

—No tengo un día malo —contestó Lucy.

—¡Vaya! Hemos conseguido que abra la boca. Tal vez en un par de semanas averigüemos qué le sucede.

Lucy cogió aire y lo soltó lentamente.

—Sé la verdad, Grace —dijo sin más.

En ese momento, ella la miró desencajada. Por primera vez estaba sin palabras, acorralada, presa de una súbita angustia que la había pillado desprevenida.

—La verdad —susurró perdiendo un poco la compostura.

Lucy asintió con vehemencia.

—La verdad, Grace. Sé que no estás durmiendo en la residencia, sino en un hotel en el centro.

Grace se sorprendió, pero mucho menos de lo que Lucy esperaba. Hasta podría decirse que se tranquilizó un poco. ¿Acaso lo del hotel era tan solo la punta del iceberg?

—Ah, eso. ¿Cómo lo supiste? ¿Me has seguido? —dijo sin alterarse.

Lo había vuelto a hacer. Si durante unos segundos Lucy tuvo el poder en la conversación, la anciana se había encargado de arrebatárselo y ponerla entre la espada y la pared. Grace había empleado un tono desamparado en la primera parte, mientras, que al final empleó un tono duro y amenazante, dejando claro que ella tampoco había actuado de la manera más idónea, pidiéndole explicaciones por ello.

—No directamente. —Lucy no iba a reconocer que la había seguido como una psicópata en ciernes—. Fue por casualidad. Me dirigí al centro a recoger a un cliente y te vi entrando en el hotel.

Ella la miró con aires de sospecha, como si adivinara que no le estaba contando la verdad.

—¿No has pensado que quizás haya ido a visitar a alguien?

Lucy se sentía acorralada.

—Claro que lo pensé, pero me extrañó que no me pidieses a mí que te llevara. —Esta respuesta la salvó, al menos de momento, porque no se fiaba nada de lo que pudiese decir.

—Supongo que no tiene más sentido negar la evidencia. En efecto, Lucy, estoy hospedada en ese hotel. No pienses que mentí en lo que te he contado acerca de mis sobrinos. Hablaste con Dylan y le puedes preguntar si así te quedas más tranquila. Desde que los abogados se entrometieron en la resolución de la herencia, he estado esperando la luz verde para acceder a una cuenta bancaria en la que he ido depositando pequeñas cantidades a lo largo de muchos años. La cuenta está a salvo de la depredación de mis sobrinos, lo que me da alas para vivir a mis anchas. No pienses que soy millonaria, simplemente tengo un buen colchón y muy pocos gastos. Eso es lo que me permite hospedarme en un buen hotel y pagar como se merece a la mejor taxista de la ciudad.

Tenía sentido, pero Lucy todavía tenía dudas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó.

Grace levantó las dos manos como si no conociera la respuesta.

—¿Qué te digo? Los ancianos tenemos una visión de las cosas que no se parece en nada a la de la gente joven y a veces hacemos las cosas más complicadas de lo que son. Además, como mis sobrinos pagaron dos años de estancia, estoy intentando que me devuelvan el dinero alegando que utilizaron una de mis cuentas sin mi permiso. Sé perfectamente que no me van a dar ni un centavo, pero disfruto solo con imaginarme sus caras. Eso les costará miles de dólares en abogados.

Aquella treta para vengarse de sus sobrinos le sacó una sonrisa a Lucy. ¿Tenía tanta importancia que aquella mujer, que conocía desde hacía unos días, no le contase el detalle del hotel? En ese momento Lucy se dio cuenta de lo exagerada de su reacción y se relajó.

—En ese caso, tienes todo mi apoyo —le contestó—. La residencia tenía un aspecto horrible.

Ella asintió.

—Ahora que estamos siendo sinceras, querida, ¡No tengo la menor idea! No he pasado del vestíbulo.

Las dos rieron a carcajadas mientras recorrían los últimos metros del Howard Franklin Bridge. Las vistas desde allí eran fantásticas.

—Por cierto, Lucy, estoy valorando la posibilidad de instalarme en la ciudad. Todavía no es seguro, pero es una opción que va ganando espacio en mi cabeza. Lo que sí es seguro que me quedaré

como mínimo un mes. No conozco a nadie en la ciudad más que a ti, ya que mis sobrinos quedan descartados. Me has caído muy bien, conduces de maravilla y eres honrada, lo que es muy importante para mí.

—Cuántos halagos —respondió Lucy ligeramente azorada.

—Los que te mereces, querida. La pregunta es, ¿quieres trabajar en exclusiva para mí? No te daré mucho la lata, pero necesito alguien en quien confiar en esta ciudad y que pueda ayudarme. Te ofrezco mil dólares a la semana.

Lucy dejó de pestañear y comenzó a abrir la boca sin emitir sonido, por su mente no dejaba de resonar: ¡Mil dólares! ¡Cuatro mil al mes!, le encantaba esa idea, pero no sabía qué hacer con Nick.

—Eres muy generosa, Grace, y no me malinterpretes, estaría encantada, pero tendría que hablar con mi jefe; el taxi es suyo después de todo.

A Grace le pareció correcto.

—Está bien. ¿Puedes llamarlo ahora? Yo misma hablaré con él.

—¿Ahora?

—Es buena hora. Son las once y media. Además, tengo que saberlo cuanto antes. Por ti no hay inconveniente, ¿no es así?

—No, claro. Es una oferta muy generosa.

Lucy seleccionó el contacto de Nick Avera y el manos libres comenzó a sonar. Iba a ser una conversación interesante.

—¿No encuentras los papeles del seguro? No te andes por las ramas, ¿es muy grave?

—Hola, Nick —dijo obviando su peculiar saludo—. Estoy con la señora Grace Cooper.

—¿La vieja de la residencia?

—En manos libres, Nick —lo interrumpió.

—Oh, lo siento mucho, señora Cooper. Dirigir una empresa me tiene al borde del infarto las veinticuatro horas del día y a veces soy demasiado brusco. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Grace se acercó ligeramente hacia el móvil como si así Nick pudiera escucharle mejor.

—Nick Avera, ¿verdad? Un placer —dijo con sarcasmo—. Verá, Nick, quiero contratar a Lucy para que conduzca para mí de manera exclusiva. ¿Lo entiende?

Lucy constató la sorpresa causada en Nick al tardar varios segundos en contestar.

—¿Solo para usted? Puedo ofrecerle un servicio personalizado si lo desea. Tendrá a su disposición a todos mis conductores. El precio sería…

—No me ha entendido, Nick o quizás no me ha escuchado —dijo Grace—. Quiero que sea Lucy, no otra persona. Ahora hablemos de

números. ¿Qué comisión se lleva usted de lo recaudado por Lucy?

—Un treinta por ciento.

—Eso quiere decir que, si le pago a Lucy mil dólares a la semana, usted se llevaría… ¿trecientos dólares? ¿Lucy solo cobraría setecientos? ¡Es muy poco dinero!

—¿Poco dinero? No se entrometa en asuntos de los que no tiene ni idea, señora.

A partir de entonces comenzó un duelo verbal muy interesante, una negociación entre dos partes que defendían sus intereses con ahínco, bordeando el fino límite entre la imposición y el respeto. Lucy se limitó a escuchar. En un primer momento, temió que Nick pusiera fin a la conversación despidiéndola, pero al cabo de unos minutos, advirtió que él estaba en su salsa en la confrontación; era el tipo de personas que siempre tenía una respuesta en la boca y, por lo tanto, sabía moverse en una conversación que pronto se convirtió en una discusión acalorada.

Luego de unos quince minutos, llegaron a un acuerdo: tenían que dirigirse de inmediato a la central de la compañía, donde Nick les entregaría un coche normal de los que tenía para rentar, sin licencia de taxi, para que Lucy pudiera trabajar para Grace en exclusiva y él pudiese asignar otro conductor al vehículo que dejaban allí. Grace pagaba un alquiler por el coche, lo cual era todo el dinero que le entregaría a Nick, ya que el sueldo de Lucy quedaba exento de su treinta por ciento. Eso sí, ella tendría que pagar la gasolina y gastos de mantención del coche.

Aclarado todo y ya en el nuevo coche, Grace le pidió que la llevara a tomar un café. Ya no estaban en Clearwater, sino en Temple Terrace, donde se encontraba la central. Lucy conocía bien la zona, así que condujo hasta una cafetería cercana donde vendían unas pastas deliciosas. Por primera vez desde que Lucy conoció a su peculiar pasajera, su relación iba más allá de los viajes.

—Ha sido un día interesante —dijo Grace mientras soplaba la humeante taza de café que tenía en las manos. Lucy había pedido un refresco de limón.

—Y que lo digas… jefa. Ahora puedo llamarte así, ¿no?

Ella se rio.

—No lo había pensado, aunque puedes llamarme como quieras.

—Eso está hecho, jefa. —Lucy sonrió ante la extraña situación en la que se encontraba, pues nunca se le pasó por la cabeza trabajar como chófer ni tampoco era su vocación. Sin embargo, reconocía que se despertó en ella una extraña ilusión al saber que durante el siguiente mes vería a Grace todos los días, que la llevaría de un lado a otro y, sobre todo, que seguiría conociéndola.

La rutina siguió siendo la misma los días siguientes. Alrededor de

las once la recogía en el hotel y a continuación conducía por las diferentes zonas de la ciudad. Grace quería ver la ciudad de arriba abajo antes de tomar la decisión de dónde instalarse.

En definitiva, pasaban muchas horas juntas y rara vez estaban calladas sin más. Un día, Grace, haciendo gala una vez más de una memoria sublime, le preguntó acerca de Adam. La última vez que habló con ella del tema, no fue del todo sincera, así que Lucy decidió redimirse.

—Creo que estoy enamorada de él —le dijo tras un breve resumen —. Un hombre maravilloso, con una hija encantadora, al que rechacé sin ningún argumento válido.

La cara de circunstancia de Grace lo decía todo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Estás segura de que no hay nada más?

Lucy suspiró. Sí había algo. Un miedo muy profundo que formaba parte de ella y del que nadie sabía nada. Era su secreto. El velo invisible que la acompañaba siempre.

—No estoy segura.

Se dirigían en el coche a Apolo Beach, al sur de Tampa, al atardecer. La nostalgia y la melancolía parecían flotar en el ambiente, impregnándolas a ambas.

—Lo que te voy a decir es un tópico, pero es cierto. Debes escuchar a tu corazón. Solo a él. Puede que no te guste lo que escuches, puede que si le haces caso te metas en problemas, eso es lo de menos. Lo peor de todo es escuchar a tu corazón a diario sabiendo que ya es tarde. Por eso el amor duele a veces, porque el corazón es ciego y sordo, y lo que un día era amor con el tiempo se convierte en desesperación. Créeme, sé de lo que hablo.

Capítulo 6

BLACKVILLE, CAROLINA DEL SUR
1964

La residencia de los Preston se encontraba en las afueras de Blackville. Para llegar hasta allí había que tomar la carretera setenta y ocho en dirección a Williston y desviarse a medio camino por un sendero de tierra que conducía hasta los terrenos de la familia, los cuales se extendían más allá de una densa arboleda, quedando la casa protegida de la vista de los coches que pasaban por la carretera.

Es por esto, que los vecinos de Bsealackville sabían poco de los Preston, al igual que los Preston sabían poco de los vecinos. La residencia de la familia estaba en un punto intermedio, en tierra de nadie. Los lindes de la propiedad estaban vallados y cuando no marcados por hileras de árboles que los distanciaba más todavía del resto del mundo.

Quien siguiera el camino de tierra y rodeara la arboleda se encontraría con una gran residencia de estilo colonial, con la madera lacada en color blanco que la hacía parecer la perla desprendida de algún pendiente. La fachada estaba presidida por un gran balcón desde el cual podían vislumbrarse los límites de las tierras que les pertenecían.

Más allá de la casa se encontraban los cultivos de tabaco del señor Preston, sin embargo, por mucho que le costase reconocerlo, buena parte de su fortuna no provenía de sus tierras, sino de la herencia de sus padres. Al ser hijo único, recibió de ambos varios millones de dólares y, de su padre, una empresa de transportes con sede en Columbia, que era la principal fuente de ingresos de los Preston y la cual le tenía ocupado gran parte de su tiempo. Su flota de camiones movía mercancías por Carolina del Sur, Carolina del Norte y Georgia, aunque el negocio estaba en decadencia desde hacía años. Los costes habían subido y el mayor número de empresas que se ofertaban le habían obligado a bajar los precios, lo que repercutía directamente en sus ingresos, que iban reduciéndose año tras año.

Por ello, Richard Preston pasaba numerosas jornadas fuera de su residencia de Blackville, pues no estaba dispuesto a que la empresa familiar agonizase en sus manos. Además, la necesitaba para mantener su costosa inversión en la plantación de tabaco.

Por eso, Grace no conoció al señor Preston hasta muchos días después de su llegada a Blackville.

—Es un hombre muy ocupado —dijo Dorothy, la hija de Quinn, la cocinera y asistenta principal de los Preston. La primera había comenzado a trabajar en la casa después de dejar la escuela. Tenía la misma edad que Grace e hicieron migas rápidamente.

En un principio, Grace no comprendía para qué necesitaban tres empleadas en la casa, puesto que Richard se pasaba de viaje la mayor parte del tiempo y el hijo del matrimonio estaba estudiando fuera. No obstante, no tardó en descubrirlo.

Julia, la mujer que le había librado de las garras de su tío y esposa de Richard, era exigente hasta el extremo, correcta en sus formas, pero intolerante respecto a fallos o al trabajo mal realizado. Exigía que la casa estuviese impoluta en todo momento, tarea a la que se dedicaban principalmente Grace y Dorothy. Ambas tenían una rutina inamovible en la que, según el día que fuera, debían limpiar a conciencia determinadas estancias. A esto se le sumaba la compra de alimentos y todo lo que hiciese falta, lavado de la ropa, transporte y recogida del correo en la oficina de Blackville y otras tareas que las jóvenes se repartían y que llevaban a cabo de la mejor manera posible. Mientras tanto, Quinn, la madre de Dorothy, se encargaba de la cocina, tanto para Julia como para los empleados de las plantaciones que almorzaban en una pequeña casa que había al otro lado del camino, junto a la casa principal.

—Llevo aquí más de dos semanas, Dorothy. ¿Es normal que se ausente tanto tiempo? —preguntó Grace mientras doblaban las sábanas de todas las camas de la casa, tarea que debían realizar una vez cada tres días, hubieran sido usadas o no.

—Pues vas a tener suerte de poder conocerlo hoy. En ocasiones pasa casi un mes de viaje.

Grace reflexionó mientras caminaba hacia Dorothy sujetando una sábana por sus puntas. Pese a que su situación allí no podía compararse con la vida de penurias que experimentó en Charleston, veía un poco forzada su situación en casa de los Preston. Pensó que quizás la exigencia de Julia por los detalles más nimios era una respuesta a las largas ausencias de su marido, como una manera de mantener la cabeza ocupada. Entonces pensó que, si ella estuviera casada, no le gustaría que su marido se ausentara durante tanto tiempo. Más bien, no lo permitiría.

Dorothy sujetó esas puntas con sus dedos y terminó ella sola de doblar la sábana.

—Ten —dijo dándosela a Grace—. Pásale la plancha para que no quede ninguna arruga.

Grace asintió, puso la sábana perfectamente doblada sobre la tabla y le pasó la plancha por encima.

—¿El señor Preston regresa por algún motivo especial? —

preguntó Grace—. Como has dicho que normalmente pasa más tiempo fuera.

Sin embargo, la pregunta iba a caer en el olvido. Dorothy movió la cabeza de arriba abajo tan bruscamente que su pelo negro y ondulado se desparramó sobre su rostro. Enseguida, las dos comenzaron a reírse.

—Esta felpa me viene grande. ¿Por qué no me haces una de tus trenzas? Debes ser buena peinando si Julia te pide que la peines.

—Nunca he peinado un pelo como el tuyo ——dijo Grace recogiendo la frondosa melena afro de su amiga—. Y la señora solo me lo ha pedido un par de veces

—A mí en dos años nunca me lo ha pedido.

—¿Y te extraña? —preguntó Grace sarcástica. Dorothy se rio. A diferencia de Grace, ella era más basta e impulsiva. Pensaba menos a la hora de hablar y eso en ocasiones le jugaba malas pasadas.

—¿También le cantas?

La pregunta hizo a Grace sonrojarse. Siempre que se quedaba a solas comenzaba a cantar algunas de las canciones de la iglesia o de las que escuchaba en la radio, las pocas veces que Julia la encendía. Pese a que había cantado en la iglesia, el paso de los años le había desarrollado una vergüenza terrible a que alguien la escuchara cantar.

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué lo niegas? Te he escuchado cantar *Jailhouse Rock* un par de veces. No suenas igual que Elvis, pero tengo que reconocer que no se te da mal.

La cara de Grace estaba tan roja que sus ojos azules parecían dos botones sobre un tapiz.

—De pequeña cantaba en la iglesia —dijo con voz queda.

—¿De verdad? ¿En Charleston?

Pese a que estaba a la espalda de Dorothy, Grace asintió en silencio. Para ella, Charleston era sinónimo de su tío Connor, al cual consideraba la persona más repugnante del mundo. En ocasiones, especialmente antes de conciliar el sueño, se preguntaba cómo sería su vida de haber continuado viviendo con su tío. ¿Qué le habría obligado a hacer con tal de procurarle dinero? Esos pensamientos atormentados se convertían en ocasiones en pesadillas que la despertaban sobresaltada. Habían transcurrido varias semanas desde que lo vio por última vez, tiempo suficiente para que tuviera la sensación de que hubieran pasado siglos desde que dejó Charleston, aunque, al mismo tiempo, reciente como para pensar que la amenaza de que regresase era real.

—Ya está lista tu cola —dijo Grace en cuanto terminó de peinar a su amiga. Dorothy se observó en el reflejo de la ventana. Quiso la casualidad que, en ese preciso momento, Julia se encontrase al otro

lado de la ventana, en uno de los paseos que solía hacer por la finca en ausencia de su marido para comprobar que todo estaba según había ordenado.

—Excelente peinado, Dorothy —dijo Julia apareciendo por la puerta que daba al exterior y que las jóvenes mantenían abierta para que entrara la luz del sol. La joven, avergonzada, agachó el rostro y cogió otra sábana del montón. Grace se quedó quieta, pero pronto descubrió en Julia espasmos en sus labios, brotes de una sonrisa contenida.

—La he peinado yo —dijo Grace. Julia le hizo un gesto con la cabeza para indicar que intuía precisamente eso.

—¿Quién si no? Se te da muy bien, Grace —dijo Julia—. Veo que están atareadas con las sábanas. ¿Les queda mucho?

Dorothy y Grace se miraron.

—Media hora como mucho, señora Preston —respondió la primera.

—En ese caso, hablaré yo con tu madre. No te preocupes. Sigan con su tarea.

Tras la marcha de Julia, Grace se acercó a la puerta y la observó mientras se dirigía al otro lado de la casa. La señora Preston era una mujer que llamaba la atención tanto por su belleza como por su elegancia, de la cual cuidaba todos los detalles. Tenía el pelo de color cobrizo y le llegaba por debajo de los hombros. Sus ojos, claros, de un gris verdoso, se conjugaban con sus facciones, delicadas, pero al mismo tiempo custodiada por una mirada intensa. Para Grace, Julia Preston se convirtió en su referencia como mujer, en un espejo en el que mirarse y compararse continuamente.

—No se le escapa nada —dijo Dorothy cuando se aseguró que la señora Preston ya no podía oírla.

—Eso es bueno, ¿no? Tenías que haber visto cómo manejaba a mi tío cuando nos reuníamos. Tiene presencia y eso lo envidio.

Dorothy se rio.

—Otra definición más correcta sería estirada y pretenciosa, ¿no lo crees?

Grace se giró hacia Dorothy. Su admiración por Julia le hizo mirarla con desdén.

—¡Eso es injusto! La señora Preston nos trata muy bien. Solo dices eso porque es exigente. Le gusta que las cosas estén perfectas, ¿acaso eso es malo?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. A veces parece que la señora Preston vive en el siglo pasado. Se pasa los días sola en una gran casa con tres sirvientas a su servicio mientras unos cuantos negros se desloman trabajando en las plantaciones.

—¡Yo no soy ninguna sirvienta!

Dorothy sonrió sarcástica.

—Claro, nos llaman asistentas, empleadas… ¿Qué más da el nombre? Es lo que somos, Grace. —Antes de continuar, hizo una exagerada reverencia—. Somos empleadas de la magnífica, impecable y noble residencia de los Preston.

Grace no pudo evitar reírse.

—Creo que te he apretado demasiado la cola. No te llega la sangre a la cabeza.

—Bah, sabes que llevo razón, pero no tengo ganas de discutir. Ah, ¿vendrás este fin de semana a Blackville conmigo? Mi madre va a tomar café con una amiga suya y he pensado que podríamos dar una vuelta.

—¿Una vuelta? —preguntó Grace confundida ante la propuesta de su amiga.

—Sí, ya sabes. Mi madre estará en Blackville un par de horas y durante ese tiempo podremos ir a donde queramos. Me han dicho que hay un sitio que vende los batidos a buen precio. Quizás conozcamos a alguien.

Una extraña turbación invadió a Grace. Ante ella se estaba abriendo un mundo completamente nuevo, inexplorado y atractivo al mismo tiempo.

—¿A quién quieres conocer? —preguntó Grace con el ceño fruncido. Dorothy la miró como si estuviera loca.

—¿A quién no le funciona el cerebro ahora? Los peones de las granjas de alrededor suelen tener libres los fines de semana y muchos se reúnen en Blackville. Ah, cuánto tienes que aprender todavía. Pero no te preocupes, vendrás conmigo y lo verás con tus propios ojos.

Grace se acercó a Dorothy como si le fuera a revelar un secreto.

—¿Te refieres a conocer chicos? —dijo tapándose la boca con las manos y sintiendo un ardor que ascendía desde su estómago.

—Más o menos. ¿Quién sabe? ¿Estará tu príncipe azul esperándote?

—¡No seas tonta!

Dorothy se reía a carcajadas mientras sacaba otra sábana de la cesta.

—Vamos a terminar de una vez —dijo Grace—. Julia quería hablar con tu madre, ¿qué crees que será?

Su amiga encogió los hombros. No parecía muy preocupada.

—Seguramente sea algo relacionado con el regreso de Richard y Edward.

Grace se extrañó. En los últimos días, había entrado en su cabeza un torrente de novedades que le era complicado retener.

—¿Edward?

—El hijo de los Preston. Está estudiando en Columbia. Es un chico

muy mono, aunque demasiado pazguato para mi gusto. Viene cada dos o tres meses y pasa un par de días en casa.

Grace frunció el ceño. Había visto algunas fotografías del joven por la casa, pero, hasta ese momento, no había pensado en él como persona física. Algo muy extraño.

—¿Qué quieres decir con pazguato?

—Bueno, lo conozco desde que éramos pequeños, pero, al mismo tiempo, es como si nunca lo hubiera visto, ¿sabes? Es muy callado y mira de una manera muy extraña.

—¿De una manera extraña? ¿Es bizco?

Dorothy soltó una carcajada.

—No, no quería decir eso. Lo que digo que es muy observador y más callado que un tronco. Hay veces que le hablas y él solo te devuelve una sonrisa o mueve la cabeza de un lado a otro.

—Es tímido, ¿no? —preguntó Grace.

—Más o menos. Yo diría que es tímido consigo mismo. Seguro que le da vergüenza hasta mirarse al espejo.

—¡Qué exagerada!

—Ya lo verás, porque te aseguro que oírlo, lo oirás bien poco. Tan solo habla con su madre o con su padre.

—¿Y qué hace cuándo está aquí?

Dorothy encogió los hombros.

—Pasa mucho tiempo en su habitación. Lee mucho y le gusta estudiar o investigar o cosas así. Todo un cerebrito. A veces queda con sus amigos en Blackville, aunque me extraña bastante que tenga amigos.

—Pues has puesto bonito al señorito Preston —dijo Grace.

—Oh, pero no pienses que me cae mal. Es muy educado, eso sí. Creo que su madre lo ha protegido demasiado. Es hijo único y sus padres se volcaron con él, especialmente su madre. Ya sabes que la señora Preston no tiene término medio. La cuestión es que el muchacho es un *sinsangre*, como dice mi madre.

—¿Un *sinsangre*? —preguntó Grace con el ceño fruncido.

—Un pollerudo. Dice que es lo que les suele ocurrir a niños que son muy protegidos por sus padres. Sé de lo que hablo. Los dos nos hemos criado en esta finca y prácticamente lo he visto crecer. Lo más seguro es que acabe en los brazos de alguna ricachona engreída del condado. Él se pasará la mayor parte del tiempo trabajando y su querida gastándose la pasta. ¿Te recuerda eso a alguien?

—Vaya piquito tienes, Dorothy —dijo Grace un poco sorprendida por la conclusión a la que había llegado su amiga, aunque no compartía con ella la opinión que tenía de Julia.

Era cierto que esta tenía un carácter en cierta manera complicado, pero quizás tenía razones para mostrarse de esa manera. No solo tenía

que convivir con la ausencia de su marido, sino que debía añadirle la de su único hijo. ¿Acaso Dorothy no podía relacionar estas ausencias con el carácter frío y exigente de la señora Preston?

La soledad era algo que Grace había experimentado y que le resultó duro después de haberse criado en un ambiente cálido, siempre bajo el cariño protector de su abuela y su madre, aunque esta en menor medida. Cuando vivía en Charleston sola con su tío detestaba que este coincidiera en el apartamento con ella, pero, a la vez, sentía un cierto alivio al escuchar al otro lado de la puerta el ruido de la silla al arrastrarse, sus suspiros, el repiqueteo metálico de los cubiertos o el sonido del whisky al caer sobre el vaso. La soledad no le resultaba tan abrumadora en aquellos momentos. Esta reflexión la llevó hasta la señora Preston. Quizás su obsesión por la limpieza no era más que su necesidad de verlas atareadas por los pasillos de la casa, de saludarlas al coincidir en alguna de las habitaciones. En definitiva, de dotar de vida su propia casa.

Capítulo 7

Cuando el sol ya declinaba por el horizonte, sonó el claxon de un coche que se detenía frente a la casa. Los mozos que trabajaban en la plantación, que en ese momento soltaban sus aperos y se disponían a marcharse, levantaron el brazo y saludaron al señor Preston, que les devolvió el saludo al bajar del vehículo. De la puerta del copiloto bajó un joven con el pelo claro, rostro a medio camino entre la juventud y la niñez y mirada dubitativa que parecía buscar desesperadamente donde posarse.

—Ese es Edward Preston —dijo Dorothy golpeando con el codo a Grace. Ambas se encontraban en su habitación en el primer piso. Grace se acercó más a la ventana, aunque se aseguró que no la veían desde abajo.

—Ya lo veo. Se parece un poco a Julia.

—Y ese otro es Richard Preston, el hombre más ocupado del mundo. Seguramente Julia te lo presente más tarde —dijo Dorothy.

Aquello sucedió aproximadamente una hora más tarde. Julia llamó a Grace y le presentó a su marido y a su hijo.

—Un placer que trabaje con nosotros —saludó Richard, que parecía un hombre muy educado y correcto. Edward, en cambio, murmuró algo que Grace no llegó a entender.

—Este es mi hijo —dijo Julia.

—Un placer. —Grace sonrió. Edward no dijo nada, sino que se limitó a hacer un saludo con la cabeza, tal y como Dorothy le había dicho.

Grace se quedó mirando durante unos segundos al joven, el cual centraba su atención en cualquier cosa menos en ella. Sus miradas se cruzaron durante un segundo, un instante en el que ambos sintieron una sensación extraña en su interior, como el eco lejano de una tormenta bajo un cielo despejado.

El resto de la noche transcurrió con normalidad. La familia Preston cenó y después fueron a ver la televisión en una acogedora salita. Mientras tanto, Dorothy y Grace recogieron y fregaron los platos. Tras eso, Quinn preparó comida para las tres y se sentaron en la mesa de la cocina.

En ese momento, compartiendo la cena con Quinn y Dorothy, Grace no podía sentirse más feliz. Tenía un trabajo que, aunque no le apasionaba, le permitía ganarse la vida de manera honrada y seguir ahorrando para sus planes de futuro; además trabajaba para Julia

Preston, una mujer a la que admiraba. Su vida parecía discurrir sobre raíles.

Pero las primeras impresiones rara vez son las más acertadas, lo que Grace aprendió a su llegada a Charleston con su tío Connor y refrescó cuando transcurrieron varios meses de su llegada a la casa de los Preston. En primer lugar, el trato que Julia tenía con ella se agrió poco a poco. Era como si la señora de la casa le hubiera dado cuartel las primeras semanas para después mostrarse cómo era realmente. Le reprendía duramente cuando no hacía las cosas tal y como ella las había pedido, aunque fueran nimiedades. Cierto que esto no ocurría todos los días, pero sí varias veces en semana, especialmente cuando su hijo y su marido se encontraban fuera. Cuando estaban en casa, la actitud de la señora Preston se endulzaba y se mostraba más tolerante tanto con Grace como con Dorothy. A Quinn, quizás por tema de edad, nunca le alzó la voz. De hecho, esto llamó la atención de Grace, que acabó por preguntarle a su amiga el motivo.

—Mi madre es muy buena, apenas habla, trabaja como la que más y obedece sin rechistar. No lo digo porque sea mi madre, pero no creo que haya mejor empleada en el mundo —decía Dorothy—. Pero si le gritas o si ella interpreta que le estás faltando el respeto, entonces se convierte en una mujer distinta; como si un volcán dormido entrase en erupción de repente, sin avisar, arrasando con todo a su paso.

Grace nunca supo si lo que le había contado Dorothy era cierto o no, pero tampoco vio a nadie que se atreviera a increpar a Quinn en todo el tiempo que trabajó para los Preston.

Lo que sí percibió Grace fue la animosidad de otro miembro de la familia. En este caso fue Edward el que se mostró a la joven de una manera fría, siempre guardando las distancias.

Edward había llegado a la conclusión de que con la nueva chica del servicio se sentía incómodo, era un rechazo innato que no podía controlar, hasta tal punto que evitaba salir de su habitación.

Algo en ella no le gustaba, por lo que trataba de evitarla en todo momento, lo que le resultaba complicado viviendo bajo el mismo techo. No podía hacer nada para no encontrarse con ella, en el jardín o incluso en Blackville, donde coincidieron en un par de ocasiones. Su respuesta en esta situación fue siempre la misma: ignorarla o saludarla de tal manera que resultara evidente su desgana. Como era de esperar, esto no hizo más que hacerle sentir más incómodo y confundido. Tan solo estaba relajado en la soledad de su habitación.

Esto terminó por agotarlo, por lo que decidió que estaría fuera de casa el mayor tiempo posible. Algo que a su madre no le gustó, pues pensaba que iba a tener compañía durante el verano y estaba sucediendo todo lo contrario. La ausencia de su hijo se sumaba a la falta constante de su marido, lo que terminó por agriarle el carácter.

Grace, que acabó por darse cuenta de la actitud esquiva del joven, se lo comentó a Dorothy, la cual, sin darle mucha importancia, encogió los hombros y le dijo: «Ya te he dicho que es un chico muy raro».

—La señora está más extraña que nunca —dijo Dorothy, mientras miraba por la ventana como Julia daba un paseo y se quedaba mirando un punto fijo—. Yo creo que como el señorito comenzó a salir y hacer su vida, se dio cuenta de que se quedaría sola nuevamente.

—Es posible —afirmó Grace—. Aunque se supone que eso ocurriría tarde o temprano. Julia es inteligente y ya debería esperarlo. Si te digo la verdad, me siento aliviada si Edward se marcha de una vez a Columbia.

Dorothy frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Me da mala espina. Creo que no le caigo bien. ¿Has visto cómo me mira? Por no decir que apenas me dirige la palabra.

—Nunca ha sido muy sociable. No deberías preocuparte.

Pero Grace no compartía la tranquilidad de su amiga.

—Quizás sea porque apenas le conozco, no sé. ¿Y si le comenta algo a su madre?

—¿Qué le va a decir a Julia? ¿Que te despida? ¿Les has dado algún motivo?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces no le des más vueltas —dijo Dorothy—. Evítalo tú también y así no podrá acusarte de nada, si es que pasa por su cabeza hacer una cosa así.

Grace consideró oportuno el consejo de su amiga y decidió aplicarlo siempre que le resultara posible. Tampoco podía ignorar al hijo de los Preston de manera descarada, pues eso también podía reportarle problemas. Esto provocó que los encuentros casuales entre los dos jóvenes se convirtieran en momentos muy incómodos para ambos. Al mismo tiempo, se producían situaciones esperpénticas cuando la casualidad —que era mucha al vivir bajo el mismo techo— los hacía encontrarse en los pasillos, el jardín o en cualquier otra estancia de la casa.

En una ocasión en la que Grace estaba limpiando el suelo de la planta superior, Edward salió de su habitación y se encontró con la joven arrodillada en el suelo, apenas a unos pocos metros de su puerta. Durante unos pocos segundos, ambos se miraron fijamente antes de que Edward volviera a cerrar la puerta bruscamente.

—Está como una regadera —susurró Grace mientras volvía al trabajo. Sin embargo, a los pocos minutos, la puerta se abrió de nuevo y Edward apareció al otro lado del umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro —dijo Grace sin mostrar simpatía.

Sin decir nada más, Edward salió de su habitación y pasó junto a ella alejándose rápidamente.

En otra ocasión, Edward paseaba a solas por el jardín cuando, al pasar por el lateral de la casa, se encontró con Grace, que hacía lo mismo. Cara a cara, lo más normal era que ambos se saludaran al menos. Ella, dispuesta a ignorarlo también, no estaba segura de qué hacer y se quedó mirándolo a la espera de que el joven mostrara sus cartas primero. No obstante, este no tuvo impedimento para retirar su mirada y seguir su camino como si ella no estuviera allí.

«¿Es que está por todas partes?», pensó Edward mientras dejaba atrás a la joven. Estaba cansado ya de sentirse incómodo en su propia casa. Además, consideraba que Grace siempre estaba predispuesta a ganarse a su madre, ya fuera peinándola, remendando sus vestidos, encerando sus botas… Se prestaba a todo continuamente y eso lo aborrecía. Al igual que encontrársela mientras paseaba por el jardín, ¿lo hacía aposta? No le extrañaría.

Su madre ya le había comentado en más de una ocasión las bondades de la nueva empleada de la casa. Ella no le hablaba mucho de Grace, pero cuando lo hacía, sentía como su sangre hervía. Ya sabía que cuando su madre lucía un esplendoroso peinado, Grace estaba detrás. Valoró la posibilidad incluso de comentarle a su madre la incomodidad respecto a la joven, aunque se contuvo. Su lado más racional tomó el control y optó por guardar silencio. Sabía que no era justo que la joven perdiera su empleo por su culpa, lo que llevó a un planteamiento que desconcertó: ¿cuál era el verdadero motivo de su rechazo a la joven? Esa pregunta cayó a plomo sobre su pensamiento y le mantuvo ocupado durante muchas horas. La lista de cosas que no le gustaban de Grace era larga, pero supo ser lo bastante objetivo como para fijarse en que ella no le había dado motivo alguno.

Pero eso no reducía su incomodidad. Lo único que deseaba por entonces era marcharse de Blackville y formar su propia vida. ¿De verdad Grace había sido la desencadenante de todos esos pensamientos? La confusión de Edward se propagaba por su cerebro como las raíces de un árbol.

Cada vez más convencido de pasar más tiempo en Columbia, tuvo lugar una situación que marcó al joven. Eran las cinco de la tarde y por la residencia de los Preston se extendía un silencio absoluto. Tal era la quietud que, a lo lejos, podía escucharse las azadas de los mozos al clavarse sobre la tierra. Edward, como era costumbre, se encontraba en su habitación, leyendo mientras los tibios rayos de sol caían sobre las hojas. Dorothy y su madre se había ido a Blackville para encargar la compra de la semana, por lo que Grace era la única que trabajaba

en la casa en ese momento.

En esa tranquilidad, los gritos de Julia alertaron a Edward, que enseguida salió de su habitación para ver qué estaba ocurriendo. Su madre estaba furiosa y gritaba totalmente fuera de sí.

—¿Es que no puedo estar tranquila ni un día? —gritó Julia. Edward la escuchó y caminó con cautela por la primera planta de la residencia. Los gritos provenían de abajo—. ¡No quiero tus disculpas! Dime, Grace, ¿es tu primer día aquí?

Edward se acercó a la escalera y bajó lentamente hasta que desde su posición pudo ver qué estaba ocurriendo. Julia y Grace se encontraban en la puerta del salón principal. La primera estaba iracunda, echando fuego por los ojos, mientras que la segunda agachaba el rostro humildemente. Ver aquella escena sacó a Edward una sonrisa que, a medida que comprendía lo que estaba ocurriendo, se convertía en un gesto de desconcierto. ¿Cuánto tiempo había deseado ver a la joven en una situación así? Su hartazgo hacia ella lo había convertido casi en una fantasía. Sin embargo, en esa ocasión, cuando por fin vio hecho realidad su oscuro deseo, no sintió satisfacción alguna. El motivo por el que su madre estaba reprendiendo a Grace era peculiar. Al parecer, la joven debía haber limpiado el salón principal por la mañana, pero por algún motivo que no pudo escuchar, Grace avisó a Julia de que lo haría por la tarde.

—Usted me dio su consentimiento, señora —dijo Grace con un hilo de voz.

Julia tenía la costumbre de pasar un rato por las tardes en el salón, donde leía o veía la televisión si no encontraba nada más que hacer. Seguramente su madre se olvidó de lo que le comentó Grace y para cuando fue al salón, se encontró todo removido y a la joven limpiando. Si algo no toleraba Julia Preston era ver alterado sus planes por circunstancias ajenas a ella.

—¿Se supone que debo amoldarme a los horarios de mis empleadas? —gritaba Julia. Grace se limitaba a guardar silencio. Por su parte, Edward comenzó a considerar injusta la actitud de su madre. Si ella le había avisado y su madre le había dado el visto bueno, ¿por qué la reprendía de esa manera?

De súbito, experimentó la necesidad de bajar y mediar a favor de la joven, por la cual sintió una lástima que entró en confrontación por lo que había sentido anteriormente hacia ella.

Cuando la discusión terminó, antes de que su madre pudiera percatarse de su presencia en la escalera, regresó sobre sus pasos. Ya en su habitación se paró a reflexionar acerca de lo que había ocurrido. Rato después, cuando ya Quinn y Dorothy regresaron, Edward se encontró con Grace. La joven tenía los ojos vidriosos y enrojecidos por el llanto. Por primera vez, Edward sintió el impulso de hablarle.

Quería decirle que no se preocupara y que disculpara el carácter de su madre. Sin embargo, la joven estaba tan agitada que no le prestó la menor atención, lo cual no le dio pie a Edward a expresarse.

Eso le dio que pensar. Había ignorado a la joven durante mucho tiempo, llegando incluso a retirarle el saludo. Seguramente, ella lo vería el hijo mal criado de una familia rica, pero él no era así y no le gustaba en absoluto que pensaran eso de él. Era la primera vez que se preocupó de lo que Grace pensara de él y eso le hizo lamentarse de su actitud con ella. Pensándolo fríamente, Grace era una empleada ejemplar, que se esforzaba en hacer bien su trabajo. ¿Cómo había podido percibir eso como algo negativo?

Desde ese día, Edward se esforzó por mostrarse más agradable, ya no solo con Grace, sino con Dorothy y el resto de los empleados. Sin embargo, fue un proceso paulatino. Su timidez actuaba como coraza y en ocasiones le resultaba difícil saludar o mantener una breve conversación, especialmente tras ser consciente de la actitud huraña que había mantenido hasta entonces.

Todo lo que antes aborrecía de Grace fue transformándose e incluso la observaba como quien espera descubrir o conocer más de una persona. También Dorothy advirtió el cambio de actitud del joven, pues este encontraba más fácil entablar una conversación con ella en vez de con Grace.

—Buenos días, Dorothy —dijo Edward al coincidir con la joven. Esta, extrañada, lo miró como si no acabara de creérselo.

—Buenos días, señor.

—Hace un día fantástico. ¿Sabes si a mi madre le hará ilusión almorzar en el porche?

Dorothy estaba perpleja.

—Es posible.

—Muchas gracias, Dorothy. Se lo comentaré. Espero que no les cause mucha molestia.

Estas breves conversaciones con Dorothy o las que mantenía con algunos de los mozos que trabajaban en la plantación era muy importantes para Edward, pues se reafirmaba así su nueva actitud, además de sentirse más cómodo en su propia casa. Con Grace seguía existiendo una brecha, aunque él consideró que el tiempo acabaría por normalizarlo todo. Tal fue así, que el Edward siempre callado, de mirada intensa y escurridizo se convirtió en un chico jovial, predispuesto a la conversación y empático.

—El asado estaba delicioso —dijo Edward después de un almuerzo, al pasar frente a la puerta de la cocina.

—Muchas gracias, señor —respondió Quinn. Dorothy observaba en silencio.

—En la residencia de Columbia se pelearían por un plato así. Las

cocineras de allí no saben lo que es la sal ni mucho menos la salsa.

Así, de manera distendida, se produjo una conversación entre Quinn y Edward, de la que Dorothy era testigo. No obstante, todo cambió cuando entró Grace a la cocina. Su reacción al encontrarse a la peculiar estampa fue lanzar miradas de duda hacia un lado y a otro.

—Espero que haya sobrado para que puedan almorzar —dijo Edward. Quinn guiñó el ojo con malicia.

—No se preocupe. Siempre preparo un poco más para nosotras. Le agradezco su preocupación.

—Me quedo más tranquilo —dijo Edward—. En fin, que pasen buena tarde.

Cuando se marchó, Grace esperó a que Quinn se retirara para comentar con su amiga lo sucedido.

—¿Me lo explicas?

Dorothy encogió los hombros.

—Me encantaría, pero no tengo ni idea de lo que le pasa al señorito. Ha cambiado, está claro; al menos es para mejor.

Grace se quedó pensativa.

—¿Sabías que ahora me saluda cada vez que me ve? —dijo—. El otro día incluso me preguntó si pensaba que iba a llover.

—Da un poco de miedo, ¿no lo crees?

—¿Miedo? —preguntó Grace.

—Ese cambio tan repentino. Una vez escuché que hay personas que tienen doble personalidad. Es decir, dos personas en una sola. Normalmente son criminales y esa clase de cosas —explicó Dorothy.

—Ya me quedo mucho más tranquila —bromeó Grace.

Capítulo 8

Con el paso de las semanas, el cambio de actitud del único hijo de los Preston fue asentándose. Edward se sentía mucho mejor al saludar y conversar con los empleados, preguntándose por qué no lo había hecho antes. Creyó que la actitud de su madre, siempre clásica y correcta influyó en él hasta que fue capaz de pensar por sí mismo, aunque reconocía también su parte de culpa. Además, siendo la mayoría de los empleados de su quinta, encontró cierta compañía. Relacionarse con gente de su edad dentro de su entorno le hizo ver la residencia de Blackville de una manera muy distinta.

Pero tenía todavía una espinita clavada. Grace continuaba mostrándose esquiva y apenas le daba pie a mantener una conversación. Cada vez empleaba más tiempo en pensar la manera de ganarse el favor de la joven. Además, la observaba ya no con hastío sino con gracia. Sabía que era una excelente peluquera, que le gustaba cantar y que se le daba terriblemente mal la cocina, como comprobaron él y su madre cuando Grace tuvo que hacerse cargo de la cena al encontrarse Quinn y Dorothy indispuestas. Curiosamente, su madre no le tomó a mal y aquello se convirtió en una anécdota.

—Ya sé a quién llamar cuando quiera envenenar a alguien —dijo Julia.

A Edward ya no le importaba que su madre le hablara de ella, más bien buscaba siempre desviar la conversación hacia ese punto. Pero Edward no supo medir el entusiasmo que crecía dentro de él. Joven como era, sus sentimientos rara vez encontraban el punto medio. Reconocía en ella cierta gracia de la que Dorothy carecía, desprendía ternura y eso le resultaba adorable.

El año pasó muy rápido y casi sin darse cuenta se encontraban en el verano de 1965. Edward regresó de nuevo a la casa, aunque esta vez por una estancia que se prolongaría hasta mediados de agosto. En cuanto a Richard, tal y como le contó Dorothy, este solía dejar zanjados sus asuntos para intentar pasar el máximo tiempo posible con su familia, lo que rara vez solía ocurrir. El señor Preston siempre encontraba la manera de ocuparse.

—Está obsesionado con la plantación de tabaco. Pienso que el señor Richard solo sabe trabajar, estar ocupado. Si no es así, no sabe lo que hacer.

—Al menos Julia estará más entretenida, ¿no es así? —preguntó Grace.

—La verdad que ni Richard ni Edward le dedican mucho tiempo. Uno está con la plantación y otro encerrado en su habitación con sus libros. Menos mal que Julia sabe entretenerse sola, aunque a veces sea a nuestra costa.

Grace asintió. Había amanecido nublado y aunque la humedad resultaba molesta, una suave brisa refrescaba el ambiente. Seguramente, sobre sus cabezas, se estaba preparando una de esas tormentas de verano en las que parece que las nubes tienen prisa por descargar el agua.

Las dos jóvenes se apoyaron sobre la valla de madera que separaba la parte ajardinada de la plantación y observaron el trabajo de los mozos. Todos eran afroamericanos jóvenes que trabajaban de sol a sol y soñaban con ahorrar lo suficiente como para marcharse a la ciudad. En ese momento, Richard hablaba con el capataz, Nolan Sanders, un hombre entrado en años con aspecto de un ranchero de Texas, que dirigía la plantación en ausencia del señor Preston. No escuchaban el tema de la conversación, pero por los gestos de uno y otro parecían estar en desacuerdo, lo que, por otra parte, era bastante común.

Algunos de los trabajadores se percataron de la presencia de las dos jóvenes en la valla y comenzaron a hablar con ellas. Por entonces, Grace y Dorothy tenían diecisiete años y estaban en ese momento tan fugaz en el que la belleza y el candor se entremezclaban con la mujer en ciernes, otorgándolas de una belleza única que llamaba la atención de todos los que trabajaban en la plantación. Las jóvenes, que empezaban a ser conscientes de su influencia, entraban en el juego y reían con ellos.

Por su parte, Edward, que veía esta situación desde su ventana, quería acercarse hasta allí y unirse a la conversación, especialmente después del cambio de criterio respecto a las chicas. Incluso estaba cada día más atento a que no se cometieran injusticias con ellas, lo que provocó algunas diferencias de opinión con su madre.

—¿Qué has dicho? —preguntó Julia, una vez que Edward le pidió que no fuera tan estricta con Grace.

—Que no pasa nada porque termine mañana. Llevan trabajando todo el día. Todos nos equivocamos. —Jamás, hasta ese instante, Edward se había entrometido en los asuntos de su madre. La casa, como si hubiera estado escrito entre las normas más sagradas de la existencia, era potestad de Julia y ella hacía y deshacía a su voluntad.

Edward se marchó a su habitación y ella no dijo nada, se quedó pensativa junto a la ventana. Por primera vez surgió en su cabeza una idea amenazante que no pudo justificar más que con su propio racionamiento. Su mirada se perdía en la imagen de las dos jóvenes que caminaban por el jardín hacia la parte trasera de la casa. Por ello

se sorprendió cuando entró al salón y vio a su hijo pegado a la ventana, mirando fijamente hacia donde se encontraban ellas.

Sin hacer ruido, sibilina como una serpiente, caminó hasta su espalda y centró la mirada donde él la posaba: Grace y Dorothy hablaban con varios trabajadores, riéndose, según su percepción, como desvergonzadas.

—¡Esto es inaceptable! —gritó, alarmado a Edward, que no se había percatado de su presencia hasta ese momento y tuvo que apoyarse en el cristal para no caer al suelo.

—¿Qué pasa, mamá?

—¡Esas dos! —dijo señalándolas—. En vez de estar trabajando están perdiendo el tiempo con los peones.

Julia se disponía a ir en busca de ellas cuando, de repente, su hijo le dio nuevas razones para preocuparse.

—No tendrán nada que hacer por el momento. ¿Es que acaso tienen que estar ocupadas las veinticuatro horas del día?

Julia no contestó. Se quedó de pie junto a la puerta, de espaldas a su hijo. Aquella idea extendía raíces por su cerebro y, de alguna manera, se convertía en real. Sin decir nada, continuó la marcha y fue directa hacia la valla donde se encontraban las jóvenes. A medida que se iba acercando, los muchachos se dieron cuenta y regresaron al trabajo a toda velocidad, sin decirle nada a ellas, que, desconcertadas, descubrieron lo que estaba ocurriendo cuando se giraron y se encontraron con el rostro iracundo de Julia Preston.

—¿Para esto les pago? ¿Para que se pasen la mañana pavoneándose como desvergonzadas?

Los gritos de Julia fueron tales, que incluso su marido se acercó, alarmado.

—¿Qué sucede, Julia?

Su esposa señaló a las jóvenes, que miraban al suelo en completo silencio.

—¿Es que no te importa que tus empleadas estén paseando ociosas, distrayendo a los peones?

Richard las miró y después se giró hacia donde supuestamente estaban los trabajadores, los cuales habían desaparecido hábilmente entre la vegetación de la plantación. A diferencia de su mujer, Richard era más indulgente. Viajar continuamente, visitar las grandes ciudades del país, conversar con otros empresarios errantes como él, le permitió tener una visión más acorde del mundo y de cómo este había cambiado los últimos años. Las reglas establecidas, la manera de relacionarse, todo estaba cambiando. En los bares Frank Sinatra se escuchaba junto a Little Richard, Chuck Berry y, por supuesto, Elvis. Todo era diferente: los músicos se subían encima de los pianos, tocaban la guitarra dando saltos o moviendo la cintura como si esta se

fuera a desmontar. Por no mencionar a los desmelenados que se encontraban en la costa este y que poco a poco se extendían por el país. Julia, en cambio, nunca había salido del condado de Barnwell, donde la vida, para lo bueno y para lo malo, iba más despacio.

Fruto de este aislamiento, la concepción de la realidad de Julia se reducía a la finca donde residía, al club de campo donde solía pasar los domingos y a los chismorreos que compartía con otras señoras que compartían las tertulias con ellas. Esta estrechez de miras era parte intrínseca de ella. Los prejuicios, la desconfianza hacia toda aquella persona que no fuera acaudalada o su convencimiento de que su voluntad estaba por encima del resto conformaban una mujer fuerte a la vez que frágil, de la misma manera que un esplendoroso edificio levantado sobre terreno fangoso, al que una simple tormenta puede cubrir de barro y suciedad, y una ligera sacudida derribarlo.

Por esto y tantas cosas más, Richard mantuvo la calma y se mostró conciliador.

—Será mejor que vuelvan al trabajo —les dijo a las jóvenes, que se retiraron apresuradas. Julia clavó los ojos en su marido.

—¿Eso es suficiente? ¿Crees que no volverán a hacerlo?

Nolan Sanders, con un cigarrillo humeante en los labios, se ajustó el sombrero y apoyó sus manos en la hebilla del cinturón. En silencio, observó la discusión del matrimonio Preston sin disimular una sonrisa burlona en sus labios, hasta que finalmente Richard regresó con él. Estaba claramente airado y con la frente perlada por el sudor.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Nolan sin mostrar mucho interés, casi como si no le importara la respuesta. En realidad, nada parecía preocuparle.

—¿Quién comprende a las mujeres? —se lamentó Richard—. En fin, ¿qué crees que es lo mejor para la plantación? Estoy conforme con la calidad de las hojas, pero la producción es insuficiente.

Nolan se quitó el cigarrillo de los labios y miró hacia el lado norte de la finca, al final de la zona cultivada de tabaco. Por allí, había como cinco acres de terreno baldío, arrebatado al bosque hacía años y donde crecían matorrales y algunos pinos.

—Podríamos trabajar esa zona, pero requerirá tiempo y nuevas manos.

Richard frunció el ceño.

—¿Con estos trabajadores no tenemos suficiente?

—Los negros trabajan bien, pero hay que estar encima de ellos constantemente —dijo con una mueca amarga. Por su cabeza se lamentó de no poder utilizar el látigo para hacerles más «productivos», tal y como hacía su abuelo en la finca de Alabama donde se había criado. Pero incluso una persona como él, con métodos que provenían de otros siglos, sabía que sus palabras podían enfadar al señor Preston,

más progresista en ese sentido.

—Contratar más trabajadores… ¿De qué número estamos hablando, Nolan?

—Un par de ellos, al menos. Puedo encargarme yo.

—Cuatro, no más —señaló Richard.

—No se preocupe, jefe. Los pondré a trabajar como borricos en esos acres. Puede que con tres buenos hombres tengamos suficiente.

Así lo acordaron y fue ahí, en algo tan insignificante como contratar unos nuevos trabajadores, cuando el destino de los Preston quedó escrito.

Los días siguientes a lo ocurrido con Grace, Dorothy y los trabajadores, las jóvenes se esforzaron en no dar un nuevo motivo a la señora para que las reprendiese.

—Julia tiene razón —les decía Quinn a modo de advertencia.

—Pero no teníamos nada que hacer —se excusó Dorothy, cuya agitación coloreaba de un tono rojizo la piel morena de su rostro, dándole un aspecto cobrizo—. Tan solo estábamos paseando.

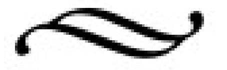
—No tienes que convencerme, hija.

—¡Pero es cierto! Díselo tú, Grace.

Las tres estaban en los dormitorios destinados al servicio, que se encontraban en un ala reservada de la primera planta. Allí había varias habitaciones de las cuales solo dos estaban ocupadas: donde dormía Quinn y la que compartían Grace y Dorothy.

—Solo paseábamos —dijo Grace sin mucho convencimiento.

—A la vista está que eso no es cierto. ¿Por qué sino iba a regañarlas la señora Preston?



Pasados unos días, Grace esperaba que aquel asunto hubiera caído en el olvido. Ella, más que nadie, lamentaba haber importunado a Julia, la mujer que le salvó de las garras de su tío. Hubo momentos en los que pensó que quizás la señora Preston podía ponerse en contacto con su tutor para comunicarle acerca de su comportamiento. Después de todo, no era mayor de edad y dependía legalmente de él. Por ello, se aplicó al trabajo de una manera frenética, incluyendo tareas que no estaba obligada a realizar. Se levantaba antes incluso de que saliera el sol y hacía las primeras labores en la cocina, disponiéndolo todo para que Quinn preparase el desayuno en apenas unos minutos. Además, en esas horas en las que el resto dormía y solo se escuchaban las conversaciones lejanas de los trabajadores que comenzaban su jornada, Grace canturreaba algunas de las canciones que había

escuchado en Blackville o en la radio. El eco de la soledad y la quietud se aliaban con su voz, quedando las melodías suspendidas en el ambiente, como si se encontrara en un auditorio silencioso que deseara escucharla. Esos ratos se habían convertido en un ritual sagrado para ella, su timidez desaparecía y exploraba un rincón de su interior que creía extinto hacía muchos años.

Amparada en la soledad, no advirtió que su nueva rutina no había pasado inadvertida.

Desde hacía días, Edward sentía una vigilancia constante por parte de su madre. Había ocasiones en las que ni su mirada estaba a salvo de la inquisitiva fijación de Julia por averiguar dónde ponía los ojos o incluso qué pasaba por su cabeza. Estar a solas le resultaba complicado si no era en su habitación con la puerta cerrada y, aun así, ella pasaba unas cuantas veces por el frente dando fuertes pisadas para remarcar su presencia. Pero lo peor para Edward era soportar la curiosidad de su madre, sus preguntas o sus conversaciones absurdas para averiguar algo que solo ella sabía.

—¿Así que no hay ninguna chica por ahí, Edward? No me creo que un chico tan guapo pase inadvertido —insistía Julia, cuyas conversaciones con su hijo siempre se centraban, tarde o temprano, en la misma cuestión.

—No tengo nada que contarte —contestaba él con un gesto incómodo. Para un chico tímido y reservado había fronteras que nadie podía atravesar. En ese sentido, la preocupación de Julia no venía a causa de no haber tenido noticias de chicas por parte de su hijo, sino precisamente a raíz de eso.

—¿Estás seguro?

Richard, que se encontraba leyendo el periódico junto a ellos, advirtió la insistencia de Julia.

—No te molestes, querida, pero te aseguro que a su edad no se suelen contar esas cosas… y menos a una madre.

Edward miró a su padre con un gesto contrariado de reproche y agradecimiento. En parte porque tenía razón, aunque no le ayudaba a zanjar el tema con su madre, que podía interpretar su silencio como discreción.

El extraño comportamiento de Julia llegó a preocuparle, pero no tuvo agallas para planteárselo abiertamente ni para comentárselo a su padre. Edward huía de los conflictos siempre que podía y más cuando estos escapaban a su control. Esta actitud estoica podía ser confundida en algunas ocasiones con cobardía o apatía, aunque la realidad era que el joven demostraba la habilidad de escoger dónde centrar sus pensamientos y sus preocupaciones.

Además, gran parte de sus intereses estaban centrados en su regreso a la universidad, donde estudiaba Economía y Finanzas con el

objetivo de tomar las riendas de la empresa de su padre cuando llegase el momento. Por tanto, tenía la tranquilidad de que pronto se libraría de la presión asfixiante de su madre, razón de más para no revelarle su molestia. Por entonces, Edward tenía diecinueve años y estaba viviendo aquel dulce momento de la juventud en el que el mundo se hace pequeño y maleable si se tiene la voluntad necesaria. Pero este pensamiento era igualmente traicionero. En un principio, había encontrado en su marcha a la universidad un alivio y se sentía feliz por ello, pero en cuanto cambió su actitud en la casa, el marcharse se le antojaba como un mal trago. Le resultaba confuso el choque de esos dos sentimientos en el que irse o quedarse se traducían en una sensación agridulce. Le resultaba complicado aceptar que, tras su marcha, todos continuarían sus vidas allí, que él sería el extraño a su regreso, meses después.

Con el paso de los días, esa turbación le afectó al sueño. Una parte de él se sentía ajeno en su propia casa. Cuando conseguía dormir, su mente divagaba por una extraña sensación que había brotado en su interior, haciéndose real. Entonces, se despertaba con el corazón acelerado, sudando, jadeante como si no hubiera estado dormido. La mayoría de las veces le era imposible volver a dormir y se quedaba tumbado en la cama esperando el amanecer.

Fue en una de esas ocasiones, desvelado y confundido, cuando decidió levantarse y salir al jardín en busca de aire fresco. Fue hasta la cocina y salió por la puerta trasera para evitar hacer ruido. Era todavía de noche, pero el canto de algunos pájaros pregonaba que no faltaba mucho para las primeras luces del amanecer. Se había criado en esa finca y el paso de los años le había hecho conocer cada detalle, cada sonido. Sintió el fresco en el rostro y sus pensamientos se aclararon al instante. Algunas luciérnagas revoloteaban junto al castaño que había al lado de la casa y se paró a contemplarlas. Un alboroto de tímidas luces amarillas sobre los matorrales, una estampa que le permitió despejarse unos minutos. Transcurrido este tiempo, el horizonte se tiñó de un azul más claro, mientras que la oscuridad de la noche retrocedía paulatinamente. Descartó volverse a la cama, pero tampoco quería continuar paseando sin rumbo sobre el jardín, por lo que regresó sobre sus pasos. Pero estaba tan abstraído en sus pensamientos que no se fijó en la luz que salía por la ventana hasta que prácticamente se encontró frente a la puerta. Había alguien en la cocina, pero no podía ver de quién se trataba. Pensó en Dorothy, pero sabía que ella detestaba madrugar; ¿Quinn? Rara vez bajaba tan temprano. En sus cábalas tampoco entraban sus padres. No era típico en ellos. Solo quedaba una posibilidad y eso lo puso nervioso.

Sintió curiosidad y con mucho cuidado, se acercó hasta la puerta y pegó la oreja. En el interior de la cocina, Grace cantaba una canción

de Nina Simone, *Love me or Leave me*, aunque incluía algunas estrofas que Edward no había escuchado antes y que no hacía más que enriquecer la canción. La melodía terminó de embrujarlo. La voz dulce y delicada llegaba débil al otro lado de la puerta, pero aun así podía escucharla sin ningún problema.

Fue entonces cuando Grace, decidió tirar la basura y abrió la puerta que llevaba al jardín. Por otro lado, Edward se detuvo a escuchar tras esta, por lo que de un momento a otro se encontraron de frente sin saber cómo reaccionar.

—¡Señor! —exclamó Grace mientras la basura se desparramaba por la cocina.

—No te asustes —dijo Edward juntando sus manos.

Los primeros rayos de sol no habían brotado todavía, por lo que fue un milagro que nadie más en la residencia de los Preston se despertara.

—No… Lo siento. Es que creía que todos estaban dormidos. —En ese instante Grace se percató de que quizás Edward la había oído cantar y se azoró—. ¿Qué hacía ahí fuera? ¿Puedo ayudarlo en algo?

Edward no había pensado la respuesta y tardó más de lo normal en contestar. Tiempo en que los dos se sintieron muy incómodos. Finalmente, se decantó por contar la verdad… a medias.

—No, no te preocupes. Me he desvelado y decidí pasear un poco. He salido por esta puerta para no hacer ruido. Disculpa si te he asustado. No era mi intención.

Grace se relajó viendo la inocencia que brotaba de su rostro. Dorothy y ella habían hablado mucho de Edward. El hijo de los Preston les resultaba un chico raro, de pocas palabras y mirada extraña, aunque Grace tuvo una sensación muy distinta en ese momento, mientras lo miraba fijamente. Pese a ser unos años mayor que ella, él no lo aparentaba. La piel de su cara relucía todavía imberbe y tras sus gestos podía adivinarse el niño que fue un día.

Entre los dos se instauró de nuevo un silencio incómodo, al que no ayudaba la timidez de ambos, la oscuridad que había y menos que Edward estuviera en pijama. De haber sucedido la misma situación durante el día, las sensaciones hubieran sido muy distintas para ambos.

—No te preocupes. A estas horas no suelo esperar visitas —dijo Grace con una sonrisa. De repente, se vio obligada a retirar la mirada —. Supongo que volverá a la cama. Es muy temprano.

—Oh, no lo creo. Estoy acostumbrado a madrugar. En la universidad nos levantábamos muy temprano.

Grace asintió. Pese a que Edward y ella llevaban varias semanas viviendo bajo el mismo techo, era como si se conocieran por primera vez.

—Si quiere le preparo algo. Iba a hacer un poco de café —dijo Grace.

—Estaría bien.

Edward se sentó junto a la mesa dudando de qué debía hacer, cómo debía sentarse o cómo poner sus brazos sobre la mesa. Tenía la sensación de que toda su persona quedaba bajo la supervisión de Grace.

—¿Así que estudias en Columbia? —preguntó Grace. El joven agradeció en su interior que ella tomara la iniciativa.

—Mis padres me enviaron allí cuando terminé el instituto. —A medida que hablaba, Edward pensaba en cómo continuar la conversación—. ¿Tú a cuál vas?

Solo después de pronunciar esas palabras, Edward se dio cuenta de lo ridículo de su pregunta. Fue tan absurda que Grace soltó una carcajada. Pese a su error, verla reír de aquella manera le pareció agradable.

—Lo siento. Claro, si estás aquí…

—Cuando era pequeña estuve en una escuela caritativa que organizaba el párroco de la iglesia, en Charleston.

—¿Eres de Charleston? Mi amigo Joey es de allí —preguntó Edward obviando a propósito lo de *escuela caritativa* y poniendo todo su entusiasmo en el hecho de que su amigo fuese natal de la misma ciudad que Grace. Ella percibió algo infantil en sus palabras.

—No conozco a ningún Joey —contestó ella obviando su pregunta. Su pasado era un monstruo del que trataba de alejarse día tras día—. Aquí está el café. ¿Con leche? No me sale tan bueno como a Quinn.

Edward dio un pequeño sorbo y sonrió.

—Está fantástico. No le hace falta ni azúcar.

—Yo sí le pondré un poco —dijo Grace. Una parte de ella había reaccionado al piropo de Edward, como la llamita de una cerilla en mitad de la noche. ¿Qué significaba eso? No lo sabía, pero tampoco lo ignoraba.

—¿Siempre ha vivido aquí? —preguntó ella. Edward asintió.

—Todo esto pertenecía a mis abuelos.

—Es un lugar muy bonito —aportó Grace.

Edward ladeó la cabeza y alzó los hombros.

—Antes me gustaba más. ¿Ves donde comienza la plantación? Toda esa zona era bosque que se extendía hasta el otro lado de la finca. Ahí solía jugar cuando era pequeño.

Grace miró a través de la ventana y, mientras lo hacía, Edward la observó tranquilamente, sin la fugacidad de la timidez, como si la hubiese descubierto por primera vez. Llevaba el pelo recogido en un moño, del que colgaba una cola que caía suavemente sobre sus

hombros. Sus ojos azules, intensos, concentrados en el paisaje, parecían irradiar luz propia, mientras que sus rasgos eran delicados, con la armonía de la mejor escultura. Estaba tan embelesado, que Grace le sorprendió cuando volvió a girar la cabeza hacia él.

—¿Ocurre algo? —preguntó Grace.

Edward dio un sorbo al café para disimular.

—Nada, nada. Creo que es demasiado temprano para ver donde acaban las plantaciones —señaló. Grace esbozó una sonrisa.

—Ya está amaneciendo.

En ese instante, el horizonte se dibujó de un azul claro y las formas del exterior cobraron vida. Los árboles, las plantas de tabaco mecidas por el viento, todo parecía estar esperando la primera luz del día para resurgir de la oscuridad. Sin embargo, aquella primera claridad tenía también otro significado para él y es que corría el riesgo de que su madre lo sorprendiera en la cocina. No estaba haciendo nada malo, pero intuía que Julia le pediría explicaciones de qué hacía a esas horas a solas con Grace. El simple hecho de pensarlo le hizo ruborizarse.

—Muchas gracias por el café —dijo Edward apurándolo de un trago—. Creo que intentaré dormir un poco más.

—Muchas gracias. Me alegro de que le haya gustado —respondió Grace. Ambos se pusieron de pie y se miraron antes de despedirse.

—Me pasaré otra mañana si me desvelo. Si no te importa —dijo Edward.

—Cuando quiera, esta es su casa —respondió Grace con una sonrisa. Aquello fue suficiente para que Edward se mostrara distinto el resto de la jornada.

Capítulo 9

En los siguientes días, Edward continuó bajando poco antes del amanecer. La primera conversación había sido agradable y lo mantuvo de buen humor durante horas. La inseguridad y la timidez seguía dominando sus gestos, pero, poco a poco, fue mostrándose más relajado, siendo entonces cuando Grace conoció al verdadero Edward; muy distinto del que Dorothy le había descrito. El joven era divertido, inteligente y perspicaz en sus palabras. Además, era más maduro de lo que aparentaba en un primer momento, lo que la sorprendió de sobremanera, como si hubiera conocido a una persona totalmente distinta.

—Te prometo que no lo entiendo —decía Grace—. ¿Cómo no le puede gustar hablar? Es como respirar o comer o parpadear.

A Edward le causaba mucha risa, aunque siempre procurando no hacer ruido. De vez en cuando, ambos miraban de reojo a la puerta entreabierta de la cocina, desde donde podía vislumbrarse el principio de la escalera que llevaba hasta las habitaciones.

—A ver, dicho así, suena un poco ridículo.

—¡Muy ridículo! Ahora mismo está hablando, ¿no?

—Pero ahora sí quiero hablar —dijo Edward.

Grace sonrió y sus ojos relucieron con malicia.

—Entonces, si no me equivoco, a usted le gusta hablar conmigo.

Edward sintió un látigo de calor en su interior, aunque torció el gesto.

—Me gustaría más si no me trataras de usted. Eso me hace sentir como un dinosaurio o algo así.

Grace se rio.

—De acuerdo. ¿Te puedo tutear entonces?

—¡Por favor! Aunque cuando esté mi madre delante, ya sabes. Es un poco exigente para esas cosas.

Grace estuvo a punto de decirle que conocía de sobra a lo que se refería, aunque consideró en el último segundo que no tenía tanta confianza con él.

—No te preocupes. Será nuestro secreto —dijo guiñando un ojo—. Entonces, dime, te gusta hablar conmigo, ¿no es así? No pienses que te vas a librar de responder.

Edward alzó las manos como si no pudiera explicarse mejor, pero no pronunció ni una sola palabra. Apretaba tanto los labios que estos lucían blanquecinos.

—A lo mejor estás aquí por el café —dijo Grace.

El joven contuvo una carcajada. Grace, con los brazos en jarra, se acercó a Edward y lo observó atentamente.

—¿Y si es por el café? —preguntó. Él movió la cabeza de un lado a otro, aunque sin dejar de mirarla.

Ella se rio. Grace comprendía el trasfondo de su silencio y ambos jugaban al mismo juego. Sin embargo, nunca, hasta ese momento, habían estado tan cerca el uno del otro. La hilaridad, por tanto, se diluyó rápidamente y el sonido de sus respiraciones rellenó el silencio. Por fin, Edward movió los labios.

—¿Ocurre algo? —preguntó con un hilo de voz. Sus ojos se perdían en los azules de Grace.

—No estoy segura.

Aquella ocasión fue especial para los dos. Por primera vez experimentaron un sentimiento mutuo, una atracción correspondida que se reflejaba en los ojos de la persona que tenían en frente. Sin embargo, para Grace significó mucho más, pues para ella, el descubrimiento fue repentino e inesperado. El crujido de la madera de un mueble de la cocina los trajo de vuelta a la realidad y les hizo actuar como si nada hubiera sucedido entre ellos.

Lo que había empezado como una casualidad se había convertido en una necesidad secreta entre ambos, el origen de una complicidad que aumentaba día tras día. Incluso Grace comenzaba a mirar hacia la puerta, nerviosa, si él se retrasaba; lo mismo sucedía cuando Edward era el primero en llegar. No obstante, ocultaban esa ansiedad y se regocijaban cuando por fin estaban a solas. Pronto la confianza dio paso a un coqueteo sutil, a un juego arriesgado pero adictivo en el que los dos se entendían a la perfección.

—Lo dices por ser amable —decía Grace una de esas mañanas en las que la confianza, la complicidad y el flirteo eran ya la tónica general.

—¡Te prometo que no! Pero si tienes dudas, déjame escucharte otra vez —decía Edward.

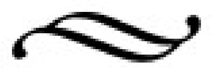
Este le había confesado que la había escuchado cantar la primera vez que bajó a la cocina. Grace se puso roja y le dijo rápidamente que cantaba simplemente porque estaba aburrida. Sin embargo, Edward era consciente de que eso no era del todo cierto. La melodía que salía de su garganta era perfecta, la letra cobraba vida en su voz.

—No doy conciertos, lo siento —dijo Grace con una sonrisa.

—Pues deberías. La gente pagaría por verte. Yo pagaría.

Grace quería dejar el tema a un lado, pero al mismo tiempo sentía una satisfacción indescriptible al escuchar los halagos de Edward. ¿Dar conciertos? ¿Cobrar por cantar? ¿Dedicarse a ello? No era la primera vez que esa idea pasaba por su cabeza, pero siempre acababa

descartándola. ¿Cómo dedicarse a la música viviendo en Blackville? Ni aunque todos los habitantes le pagaran un dólar, podría vivir de ello. La única posibilidad que tenía, si es que perdía la cabeza y se atrevía a intentarlo, era mudándose a Los Ángeles, a Nueva York, Boston, las grandes ciudades donde estaban los clubs, donde miles de artistas cantaban a diario; donde el rock, el blues y el jazz flotaban en el ambiente.



Grace no tardó mucho en contarle a Dorothy sus encuentros con el hijo de Julia. Se reservó parte del entusiasmo que le generaba, así como los sentimientos que comenzaban a surgir. De hecho, Edward y ella acordaron mantener aquellos encuentros en secreto, pero Grace sintió la necesidad de compartirlo con su amiga: quería escuchar su opinión.

—¿Con el señorito Edward? Es cierto que últimamente se comporta como una persona medio normal, pero, chica, qué ojito.

Grace sonrió con la complicidad de quien sabe mucho más de lo que se ve a simple vista.

—Solo es un poco tímido.

—¿Un poco, Grace? Saluda de manera rara, no habla casi nunca y se pasa la mayor parte del día encerrado en su habitación. No sé, no es que sea muy normal —expuso Dorothy señalándose las sienes.

Grace tuvo que contenerse para evitar salir en defensa de Edward, pero, al mismo tiempo, comprendió que era mejor que Dorothy continuase teniendo esas ideas acerca de él.

—Cada uno es como es —dijo sin ánimo de discutir—. Es un chico muy simpático.

—Eso no te lo discuto —interrumpió Dorothy— y, además, educado.

—Así es. ¿Sabías que monta en bicicleta y juega al fútbol? Incluso ha conseguido una decena de medallas.

—¿Lo dices en serio? Siempre me ha parecido un poco enclenque. Como es así delgaducho.

—Pues ya ves.

En ese momento, Dorothy cogió la escoba que estaba junto a ella y la abrazó de manera sugerente.

——¿Vas a convertirte en la nueva señora Preston? —dijo antes de reírse a carcajadas. Grace, azorada, balbuceó durante unos segundos antes de poder dar una respuesta.

—No tienes remedio. Edward es muy agradable y es guapo, no

tiene sentido que diga lo contrario, pero no podría faltarle el respeto de esa manera a Julia.

—¿Quién puede oponerse al amor? —continuó Dorothy mientras bailaba con la escoba—. A tus pies, mi señora.

—¡Qué pesada eres!

A Dorothy se le saltaban las lágrimas.

—Te conozco mejor de lo que piensas. Esa mirada, la manera en la que has hablado de él… ¿Suenan campanas de boda?

Grace sacudió con el trapo el trasero de su amiga, que se apartó de un salto.

—No se puede hablar contigo —dijo Grace.

—Está bien. Ya paro, futura señora Preston —finalizó Dorothy mientras Grace movía la cabeza.

Mientras las dos jóvenes mantenían esta conversación, Richard Preston, Nolan Sanders y un joven algo desaliñado mantenían una conversación en el caserón de los trabajadores. El viejo capataz sacó su paquete de cigarrillos y ofreció uno al joven, que lo aceptó con descaro. En cuanto a Richard, él fumaba de manera esporádica para probar en su propio paladar el tabaco de su plantación y rechazó la invitación de su capataz.

—Lamento mucho el retraso, jefe, pero no hemos tenido suerte con los últimos negros. Holgazanes y mal encarados. He estado hablando con otros capataces y tienen los mismos problemas. Muchos se están yendo a las ciudades y cada vez resulta más complicado encontrar buenas manos que trabajen la tierra.

Richard repartía su atención entre Nolan y el desconocido joven que fumaba tranquilamente junto a él.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó.

Con un gesto seco, Nolan señaló hacia el joven, que apuró la calada y ofreció la mano a Richard.

—Me llamo Jimmy Lamburq, jefe.

—Richard Preston —contestó este con un ligero desconcierto.

—Este muchacho lleva varios días merodeando por Blackville pidiendo trabajo —dijo Nolan—. Según me ha dicho, no tiene donde caerse muerto, ¿no es así?

—Así es. Me marché de Nashville después de la muerte de mi madre. Quería empezar de cero, pero no he hecho más que arrastrarme de un lado a otro hasta llegar aquí. Necesito un poco de estabilidad.

Richard observó atentamente al joven. Este sonreía de manera socarrona y sus ojos, azules y astutos, parecían desafiar a cuanto le rodeaba. Tenía el pelo negro, más largo de lo normal, y continuamente se pasaba las manos por él para apartarlo hacia un lado. Su flequillo, ladeado, caía descansando sobre sus cejas, le daba

un aire a Elvis Presley.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Richard.

—Dieciocho cumplí el mes pasado.

—¿Cómo has acabado en Blackville?

—Tss, ni siquiera yo tengo una razón. En un principio quería instalarme en Indianápolis, pero ya ve usted dónde he acabado. No tenía mucha pasta en mis bolsillos y acepté un par de trabajos. Después, cosas de la vida, me dijeron que había una fábrica en Chattanooga que necesitaba a unos doscientos operarios. ¡Música para mis oídos! Pero cuando llegué allí, la fábrica se había incendiado y la compañía se negó a reabrir. Hubo denuncias y todas esas cosas, salió en muchos periódicos. Después de eso, he trabajado aquí y allí, sin rumbo, hasta llegar a Blackville.

Nolan sonrió ante la verborrea del joven. Hasta Richard parecía impresionado.

—¿Te ha comentado Nolan qué necesitamos en esta plantación?

—Solo me ha dicho que buscaba hombres con ganas de trabajar. Tengo dos manos, ¿sabe? —dijo Jimmy alzando las suyas propias—. Estas dos pueden encargarse de cualquier cosa.

La conversación no se extendió mucho más y el joven Jimmy Lamburq fue contratado. Como no tenía donde hospedarse, Richard le ofreció el caserón de los trabajadores de manera provisional, en aras de que buscara un alojamiento propio en los meses siguientes, cuando consiguiese ahorrar lo suficiente.

Ese mismo mediodía, el viejo capataz puso a trabajar a Jimmy en los nuevos acres que iban a formar parte de la plantación. Debía arrancar los matojos, retirar los troncones y dejar el terreno despejado para que el tractor pudiera arar la tierra sin problemas. Mientras trabajaba, Nolan lo observó con un cigarrillo en los labios. El chico tenía fuerza y se aplicaba al trabajo, pero también percibió miradas de curiosidad hacia la residencia de los Preston, algo que no le gustó en absoluto.

—¿Qué miras, pequeño diablo? —le preguntó.

El joven, que se había quitado la camisa, se incorporó mostrando la perfección de sus líneas y la simetría de un cuerpo joven que había sido sometido a grandes esfuerzos desde muy joven.

—Solo me preguntaba quién vivía en esa casa. ¡Nunca he visto una casa tan blanca, jefe!

—Eso a ti no te importa —respondió Nolan con un mal gesto.

—Está bien, jefe —dijo Jimmy volviendo al trabajo. Cogió el pico y lo descargó sobre unas raíces gruesas y resecas que se extendían por el terreno. Cada vez que golpeaba la tierra, se levantaba una nube de polvo que lo envolvía por completo. Precisamente, desde una de las ventanas de la casa, Richard y su esposa observaban atentamente el

trabajo del nuevo mozo, quien llamaba la atención tanto por su juventud como por el color de su piel.

—Parece trabajador —dijo Julia—. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho. Joven y fuerte. Justo lo que necesitábamos.

Julia asintió mientras veía al joven lanzar el pico sin descanso. Su torso desnudo desprendía vigor y energía, como una bestia salvaje que hubiera evolucionado lo suficiente para destinar sus fuerzas al trabajo humano.

—Me gusta que sea blanco —dijo Julia sin retirar la mirada—. Si las cosas van bien puedes nombrarlo segundo capataz. Nolan no durará eternamente.

—Eso es mucho correr. Esperemos a ver cómo se desenvuelve los próximos días. Le he pedido a Nolan que no le quite la vista de encima y me informe cuando regrese.

Julia se giró hacia su marido.

—¿Te marchas otra vez?

Richard asintió.

—Es probable que consiga una fusión con una pequeña empresa de transporte de Covington. Sería el primer paso para entrar en el mercado de Atlanta. Estaré fuera un par de días solamente.

Acostumbrada a los constantes viajes de su marido, Julia le dedicó una media sonrisa y volvió a centrar su atención a la ventana. La llegada del joven Lamburq no había pasado desapercibida en la residencia de los Preston, como la brisa que agitaba las hojas de la plantación. Todas se movían, pero ninguna lo hacía igual que las demás.

—¿Quién es ese? —dijo Dorothy mientras caminaba junto a Grace en dirección al caserón de los trabajadores. Nolan las había llamado, aunque no conocían el motivo. Su amiga miró hacia el desconocido joven y este la saludó con un gesto en la cabeza. Por el camino que cruzaba la plantación se acercaba Nolan.

—Es un chico… Interesante —dijo Grace.

Dorothy estiró sus labios en una mueca divertida.

—¿Más interesante que tu querido señorito Preston?

Entre risas, las jóvenes llegaron hasta el caserón, que en esos momentos estaba completamente vacío. Nolan llegó segundos después.

—Mi madre me ha dicho que viniéramos. ¿Qué ocurre?

Nolan, con el cigarrillo entre sus dedos, señaló hacia el joven, que estaba sentado sobre un montón de tierra.

—Ese va a dormir aquí una temporada. Necesitará sábanas, alguna manta, jabón y esas cosas.

Dorothy miró más allá de Nolan.

—¿Te refieres al nuevo? —preguntó.

—Sí, me refiero al nuevo. Tráele lo que pueda necesitar, pero no

mucho más. Esto no es un hotel. Si quiere algo más que vaya a Blackville y se lo compre. ¿Entendido, señoritas?

Las jóvenes asintieron.

—Ah, y no estaría mal que limpiaran un poco esto. Los negros lo dejan todo hecho un desastre —al decir esto, el capataz miró de reojo a Dorothy.

Esta tensó las mandíbulas. Sus ojos, relucientes de ira, se clavaron en Nolan, que parecía no importarle en absoluto. Grace sabía que la relación entre su amiga y el capataz era tensa, especialmente por cómo Nolan se refería a los negros, pero hasta ese momento nunca había sido testigo de un choque entre ambos.

—Si tienes problemas con los negros, ya sabes dónde está la puerta.

Nolan esbozó una sonrisa oscura y se acercó lentamente hacia Dorothy, la cual retrocedió un par de pasos hasta que su espalda chocó con la pared.

—Cuidado con lo que dices, negra —mientras hablaba Nolan miraba a Dorothy de arriba abajo; una mirada que a Grace le recordó a su tío Connor y le estremeció—. Ahora, obedece. Tienes suerte que no pueda ponerte la mano encima.

—Sería lo último que hicieras en tu vida —dijo Dorothy.

Nolan la miró fijamente, sonrió y se marchó caminando lentamente. Nada más irse, Grace trató de dar consuelo a su amiga, la cual estaba nerviosa y con los ojos vidriosos por el llanto.

—Maldito viejo —decía Dorothy una y otra vez—. Lo único que me reconforta es que algún día bailaré sobre su tumba.

—Y yo cantaré —dijo Grace.

—Anda, vamos a traer las cosas para el nuevo y limpiemos un poco. No quiero volver a encontrarme con ese desgraciado.

Capítulo 10

Las jóvenes regresaron a la casa y cogieron todo lo necesario. Sin embargo, cuando se disponían a volver al caserón, Quinn le pidió ayuda a su hija y Grace tuvo que ir sola de vuelta. Una vez allí, se dispuso a limpiar y a prepararlo todo lo más rápidamente posible, pues no se sentía cómoda estando a solas en un lugar en el que diez o doce hombres iban a asearse, cambiarse de ropa o beberse una cerveza después del trabajo. ¿Qué pensarían si alguien la veía salir de allí? Estaba a punto de marcharse, cuando escuchó un ruido proveniente de la puerta. Rápidamente, se giró y vio la silueta de un hombre, una figura sombreada por el sol de la tarde y que Grace no pudo reconocer en un primer momento.

—¿Eres mi compañera de habitación? Eso no me lo habían comentado. —La voz de Jimmy Lamburq pilló por sorpresa a Grace.

—Ya me marchaba. Te traía algunas cosas para que pudieras dormir.

—¿Ya te vas? Ni siquiera nos hemos presentado. Soy Jimmy.

Grace sonrió. El joven estaba frente a ella, con la mano extendida, sin camiseta y un cigarrillo en los labios que le hacía cerrar levemente el ojo derecho a causa del humo.

—Deberías vestirte —señaló Grace retirando la mirada del torso del joven.

—Oh, cierto. Soy un insolente, ¿verdad? Tengo la camisa aquí mismo. Dame un segundo. Supongo que no es la mejor manera de conocernos. Eso es. Ahora estoy más presentable. Empecemos de nuevo. Soy Jimmy.

El discurso acelerado del joven y el ver cómo se ponía la camisa a toda velocidad, sacó una sonrisa a Grace que no pasó inadvertida para Jimmy.

—Grace Doyle.

—Un placer. ¿Qué haces por aquí, Grace? Pensaba que mis compañeros eran todos negros.

Grace señaló hacia las mantas que había encima de la cama.

—El señor Sanders me pidió que te trajera esas cosas. Me ha dicho que vas a vivir aquí de manera temporal.

—¡Correcto! ¡Y menos mal! Porque, la verdad, no llevo ni dos dólares en el bolsillo. Estoy en deuda con el señor Preston, sin duda.

Jimmy asintió a la par que se sentaba sobre la cama. Del bolsillo de su chaqueta sacó el paquete de cigarrillos y se lo lanzó a Grace, que

lo cogió al vuelo por pura casualidad.

—Sírvete.

—No fumo —dijo Grace devolviéndole el paquete.

—¿No? Más cigarrillos para mí. Dime, ¿dónde vives tú? ¿En esa casa blanca gigantesca?

Grace sonrió. Había algo en ese joven que le llamaba la atención, aunque no sabía definirlo. Los mechones de pelo moreno cayéndole sobre un lado de la frente le daban la imagen de un niño travieso y su mirada intensa, la de una fiera a medio domar.

—Así es. Con la familia Preston. ¿Los conoces?

Jimmy se arrascó la cabeza de una manera divertida.

—Antes hablé con el señor Richard como te dije; el cabeza de familia supongo. ¿A quién más tendría que conocer? Me vendría bien para ubicarme.

—No hay mucho más que conocer. El señor Preston, Richard, viaja mucho por negocios y su hijo, Edward, pasa la mayor parte del año en Columbia. Podríamos decir que quien realmente vive aquí es Julia Preston, la esposa de Richard. En cuanto al servicio, aparte de mí, está Dorothy y su madre Quinn; ya las conocerás.

—Muchas gracias por ponerme al día. No soy muy bueno con los nombres, pero alguno retendré.

Grace sonrió de nuevo.

—¿Recuerdas el mío?

Jimmy levantó el dedo índice y pensó durante unos segundos.

—¡Grace Doyle! Imposible olvidarlo —dijo guiñando un ojo. Esta se despidió de él y salió del caserón en dirección a la casa.

—Aquí estoy si te apetece un cigarrillo —exclamó Jimmy. Ella, sin detenerse, se giró a medias y le levantó el pulgar—. Si vienes con un par de cervezas seríamos el equipo perfecto.

Aquella imagen de Grace sonriendo mientras se despedía de Jimmy fue vista por Edward desde la ventana de su habitación. Había estado allí desde que Grace se dirigió sola al caserón y Jimmy entró minutos después. Durante el intervalo de tiempo que permanecieron los dos en el interior, Edward no retiró sus ojos de allí, desesperado e iracundo al mismo tiempo. ¿Con quién estaba enfadado? Con nadie, pero con todos a la vez. ¿Quién era el joven que acababa de llegar y hablaba con Grace con esa confianza? ¿Acaso se conocían de antes? Las preguntas caían en cascada dentro de su cabeza y lo anegaban de dudas. Intentó serenarse, sin embargo, esa noche apenas probó bocado. Cuando regresó a su habitación, en vez de echarse a dormir, se situó de pie junto a la ventana, con la mirada fija en el caserón. Por una de las ventanas sobresalía una luz amarillenta, señal del que el joven seguía allí. ¿Por qué? Los mozos siempre se marchaban de la finca al terminar la jornada. Durante la cena quiso preguntarle a su

madre por él —su padre, para variar, se había marchado de nuevo—, no obstante, optó por guardar silencio y resignarse. La ignorancia era un corrosivo veneno para Edward.

A la mañana siguiente, desvelado, sintió un alivio en su interior cuando escuchó cerrarse la puerta de la habitación de Grace. «Es ella», pensó. En ese momento desaparecieron muchos fantasmas que pasaban por su cabeza y hasta llegó a sonreír. Se vistió, se arregló un poco el pelo y bajó a la cocina dispuesto a convencerse de que nada había cambiado entre Grace y él. Al entrar en la cocina, la encontró de pie frente a la cafetera.

—Buenos días —dijo Edward, tras cuya sonrisa ocultaba sus preocupaciones de las últimas horas.

—Hola, Edward —dijo Grace.

El muchacho se tomó a mal que Grace no dijera nada más y, de repente, se sintió incómodo. Su relación con ella había cambiado de manera drástica, o esa era su sensación.

—Oye, ¿tú sabes quién está durmiendo en el caserón de los trabajadores? Me pareció ver la luz encendida antes de acostarme —dijo Edward sin darle importancia a sus palabras. El ajetreo continuo de sus piernas revelaba su nerviosismo, pero la mesa lo ocultaba y Grace lo ignoraba.

—Es el nuevo trabajador que ha contratado tu padre. Un chico de nuestra edad, más o menos. Jimmy Lamburq se llama. Es muy simpático.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Edward era una puerta al tremendo vértigo que sentía en su interior. Una mezcla de miedo, rabia y frustración que no llegaba a comprender. Era como si presintiera que estaba a punto de recibir un golpe, pero fuera incapaz de predecir de dónde.

—No lo sabía —fue su lacónica respuesta. Grace sirvió dos tazas de café y las puso sobre la mesa.

—¿Y por qué duerme aquí?

Grace encogió los hombros.

—Por lo que me contó, no va muy bien de dinero y tu padre ha decidido ayudarlo. Eso dice mucho de él.

Poco a poco, Edward fue recuperando la calma, disfrutando de su conversación con Grace. Volvieron las risas, las bromas, los planes de futuro, una posible visita conjunta a Blackville, pero todo iba a terminarse de pronto.

La oscuridad del cielo comenzó a clarear, señal de que pronto debería regresar a su habitación. Sin embargo, ocurrió algo que llamó la atención de ambos. Apenas los primeros rayos de sol se descubrían, los mozos llegaban a la finca de los Preston y se dirigían al caserón antes de empezar la jornada. Estos no recordaban que una parte se

había convertido en la vivienda temporal del joven Jimmy, por lo que en cuanto entraron y encendieron las luces, el joven se llevó un susto muerte.

—¡Malditos morenos! ¿Es que quieren matarme de un infarto? —la voz de Jimmy sonó en el silencio, haciendo que Grace se dirigiera de un salto hacia la ventana. Edward, en cambio, se quedó sentado, con las manos en torno a la taza de café y la palabra en sus labios.

Desde el caserón llegaban matices de la discusión entre los mozos y Jimmy.

—¡Quéjate al señor Sanders! —dijo uno.

—¿Es que quieres que te llamemos más tarde? Levanta el culo de la cama. Es hora de trabajar —dijo otro.

—Podían haber llamado a la puerta, por lo menos. Esta misma tarde instalaré un timbre —dijo Jimmy. Grace se reía cada vez que escuchaba las ocurrencias del joven.

—Ese Jimmy está como una cabra —exclamó ella.

Cuando Edward vio la sonrisa en los labios de Grace experimentó un desánimo absoluto, como si hubiera sido vencido antes de siquiera empezar a luchar. De repente, lo único que quería era marcharse de allí cuanto antes, pues Grace prefería escuchar a ese Jimmy a través de la ventana en vez de hablar con él. Reconocerlo era igual de doloroso que el hecho en sí. Se despidió de Grace y se fue a su habitación.

El final del verano fue testigo de cómo la relación entre Edward y Grace se diluía poco a poco. Para mediados de agosto, ella había dejado de bajar a la cocina temprano —principalmente porque en verano se acostaban mucho más tarde—, por lo que los encuentros se redujeron. A veces coincidían en Blackville o paseaban por la finca cuando Julia se marchaba al club de campo, pero no fue igual. Por si fuera poco, Jimmy enseguida cayó en gracia a casi todos y se había convertido en el centro de atención. Bebía y fumaba con ellos, gastaba bromas continuamente y paseaba por la finca como si hubiera nacido en ella. Su desparpajo y su actitud arrolladora eran demasiado para Edward, que sentía como se achicaba cuando estaba frente a él, como si se sintiera menos hombre. A esto se sumó su convencimiento de que Grace sentía algo por Jimmy, lo que provocó que el ya de por sí introvertido se mostrara más reservado todavía. Al menos, la presión que sentía por parte de su madre fue a menos, lo que le permitió estar más tranquilo. Pasados unos días, regresó a Columbia y durante los meses siguientes, no regresó a Blackville. Le había quedado muy claro que Grace no lo echaba de menos y lo único que quería era olvidarse de ella; que se convirtiera en una persona más de las muchas que conocía.

No obstante, el destino de los Preston recayó una vez más sobre

Nolan Sanders. El viejo capataz seguía buscando trabajadores que incorporar en los nuevos acres de la plantación y tras semanas de búsqueda, había encontrado lo que buscaba. Se encontraba en el peor tugurio de Blackville, un bar a las afueras que era frecuentado en su mayoría por afroamericanos, inmigrantes y gente de paso. Algunos de estos buscaban trabajo, aunque otros simplemente paraban a refrescar la garganta mientras huían de su pasado. El sheriff no intervenía mientras no causaran problemas.

—Me hacen falta tres hombres, pero se les ve fuertes. Quizás sea suficiente con ustedes —dijo Nolan mirando fijamente a los dos hombres que estaban sentados al otro lado de la mesa. Se trataba de dos afroamericanos, jóvenes, pero recios, con las manos callosas por el trabajo.

—Estamos a su disposición —dijo el que estaba sentado a la derecha. Era la voz cantante. No obstante, Nolan los miraba con los ojos entrecerrados.

—Son dos putas gotas de agua.

—Somos gemelos

El capataz soltó una carcajada.

—Hay que joderse. ¿Por qué no me lo han dicho antes? Pensaba que me había pasado con el whisky. En fin, ¿tu nombre, moreno?

—Marcus Johnson —respondió.

—¿Y el tuyo? —dijo Nolan señalando a su hermano.

—Melvin.

El capataz dio una calada al cigarrillo y lo soltó en el cenicero de manera que el humo formó una especie de muro entre él y los dos hermanos.

—¿Alguno sabe conducir?

Los dos levantaron la mano.

—Eso está bien —dijo Nolan—. La finca de los Preston está a más allá de Blackville, hacia el noreste. ¿Tienen dónde quedarse?

—No, señor.

Nolan se rascó la barba de dos días que lucía. Debía encontrar una solución cuanto antes. Había transcurrido casi un mes desde que contrató a ese joven fanfarrón y el señor Preston se impacientaba por sacar rendimiento a esos malditos acres. Ya le había dicho a Richard lo difícil que era encontrar unos buenos trabajadores, sin embargo, esos jóvenes le daban buena espina. El problema era que Jimmy Lamburq ocupaba el caserón. ¿Dónde dormirían ellos? Podría meterlos provisionalmente junto a Jimmy y pedirle permiso al señor Preston para construyeran una pequeña casa al otro lado de la plantación. Estaba seguro de que aceptaría lo que fuera con tal de tener buenos resultados en la plantación con los nuevos trabajadores.

—Está bien. Encontraremos una solución. Lo importante es que se

incorporen hoy mismo. ¿Tienen inconveniente? —preguntó Nolan.

Los dos hermanos negaron al unísono.

—¡Cuánto me alegra de oír eso! Bienvenidos a la finca de los Preston.

Capítulo 11

Tampa. Florida
2018

Habían pasado dos semanas desde que Lucy trabajaba con Grace. Esa tarde la había dejado en la puerta del hotel. Se despidieron como siempre y acordaron que la recogería al día siguiente para ir a un centro comercial. Mientras conducía a su apartamento se encontró con un atasco, según pudo ver, un choque de tres coches dejaba solo una pista disponible. Encendió la radio y comenzó a escuchar algunas canciones de moda. Sin embargo, la poca movilidad comenzó a desesperarla, porque el aburrimiento la llevaba irremediablemente a pensar y cuestionarse las decisiones que había tomado el último tiempo.

Tenía un buen trabajo, había conocido a una mujer fascinante y ganaba un buen sueldo. Las cosas iban bien. Sin embargo, tenía una sensación extraña, como si hubiera olvidado algo, pero no supiera exactamente el qué. Miró a su alrededor e incluso su bolso: las llaves, la cartera… No sabía qué estaba ocurriendo hasta que desbloqueó el móvil.

—Maldita sea —susurró mientras apoyaba la cabeza en el volante. Había olvidado que al día siguiente era el cumpleaños de su ahijado, el hijo de Serena y su primo Lamar. Tampoco parecía el fin del mundo, pero para ella lo era. La fiesta de cumpleaños se celebraba en la casa de Serena por la tarde. Eso significaba que tenía toda la mañana para comprar el regalo. Aunque, igualmente, ese seguía siendo el menor de sus problemas.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Sabía que tendría que hablar con Serena y recordó algo que Grace le dijo:

> *Lo malo de huir de los problemas es que tarde o temprano te los acabas encontrando. Crees que eres libre, que te has salido con la tuya, pero cada segundo que pasa te vas acercando más y más hasta que, de repente, los tienes delante.*

Adam era eso de lo que tanto huía. Era cierto que había cortado con él hacía algún tiempo, pero quizás no lo hizo de la mejor manera. En parte confiaba en que el tiempo acabara con los rescoldos de su

relación hasta que esta formara definitivamente parte del pasado, pero cuando se quiso dar cuenta, los rescoldos habían prendido fuego al bosque.

Tomó el teléfono y marcó el número de Serena.

—¿Lucy?

—Hola, Serena. ¿Te pillo en buen momento?

—Oh, sí. Estoy preparando la cena. Ya sabes lo que significa.

Lucy sonrió. Era su momento, su espacio protegido de paz. Dejaba a su hijo al cuidado de Lamar y se encerraba en la cocina a preparar la cena con una copa de vino y un poco de música.

—Perdona por molestarte en tu santuario. ¿Está nervioso el pequeño Garret?

—¿Nervioso? De eso nada. Es tranquilo como su padre. Por cierto, vendrás mañana, ¿no? En los últimos días, solo hemos hablado de tu último trabajo, lo de la anciana esa, pero he dado por hecho que podrías venir. ¿O acaso me llamas para decirme todo lo contrario? ¡No puedes faltar y lo sabes! —Serena fue incrementando el tono a medida que hablaba—. ¡Eres su madrina!

—Por supuesto que voy a estar en el cumpleaños. ¿A partir de qué hora hay que estar allí?

—A partir de las cuatro, pero tú puedes venir cuando quieras. No tendría ni que decírtelo.

—Lo sé, lo sé. Es que con todo esto del trabajo estoy un poco despistada.

—El trabajo, ya… —El tono que empleó Serena no le gustó ni un pelo. Se veía venir desde kilómetros.

—Sé perfectamente lo que quieres decir, Serena. Pero te aseguro que no te he llamado por ese motivo —mintió Lucy.

—¿De verdad que no? De acuerdo. Pues hablemos de otra cosa. ¿Le has comprado el regalo a Garret? Si no es así, por favor, necesita un abrigo nuevo; no cabemos con tantos juguetes. Un pantalón también estaría bien. Ah, y calcetines…

—¿Pretendes que mi sobrino me odie? —exclamó—. No pienso comprarle por su octavo cumpleaños unos calcetines.

Lucy estaba muy nerviosa. Sentía como la pregunta estaba en la punta de su lengua, esperando a salir disparada de un momento a otro.

—Tenía que intentarlo, Lucy. Ya me entenderás cuando tengas que andar por el salón de tu casa esquivando soldaditos, dinosaurios, motocicletas y robots del espacio exterior.

Lucy sonrió, aunque no precisamente por expresar su felicidad. Era consciente de que Serena estaba jugando con ella. La conocía demasiado bien como para saber el porqué de su llamada y sabía que iba a jugar hasta que no le quedara más remedio que escupir la

pregunta. Entonces, ¿valía la pena dar tantos rodeos? Efectos secundarios del orgullo.

—Mañana tendré que hacer hueco y llenar mi habitación para hacer un poco de espacio en el salón. Porque ya sabes que no vienen solo los amigos de Garret; algunos padres se quedan tomando una cerveza. ¿Debería preparar a terraza? El problema es que da el sol todo el día y puede que sea demasiado caluroso…

—¡Está bien! Tú ganas, Serena. Eres la mejor en este juego.

—¿Acaso lo dudabas?

—¿Él va a ir al cumpleaños?

Él. Dos letras para resumir una relación de cuento de hadas, un hombre maravilloso, una niña dulce como el azúcar y una mujer que decidió tirarlo todo por la borda. Llamadas perdidas, mensajes sin leer, noches en vela e intentar odiar a un hombre del que seguía enamorada.

—Sí. Me lo ha confirmado esta mañana. Pero eso no debería extrañarte. Es amigo nuestro y no tenemos nada en su contra. De hecho, en este caso, tú serías la mala de la historia.

—Eso ya lo sé, Serena. Jamás te pediría que lo dejaran de lado por lo que pasó entre nosotros. Era por simple curiosidad —dijo.

Pero ella sabía que no era curiosidad. Era miedo, vértigo a las alturas mientras saltaba por el borde de un precipicio. Quería olvidarlo y al mismo tiempo saber de él. Que se alejara un millón de kilómetros, pero no perderlo de vista. Una contradicción constante que ni ella misma comprendía. ¿Qué le diría cuando se reencontrase con él? ¿Cómo debería actuar? ¿Y con la pequeña Amy? Después de todo, ella no tenía nada que ver. El problema era que los sentimientos de Lucy hacia Adam no habían desaparecido, seguían intactos y eso podía hacerla flaquear. Además, sabía que ella era la única persona que podía poner fin a esa situación revelándole el porqué de su decisión. ¿Acaso él conocía el motivo de su ruptura? Por supuesto que no. ¿Cómo podía explicarle que le daba pánico formar una familia? Pero no por el hecho de sentar la cabeza o porque una parte de ella creyera que era demasiado joven. No, sus motivos eran más intrincados, retorcidos y tóxicos que todo eso. Su madre murió muy joven, después de haberla abandonado a ella y a su padre, para vivir su vida. Y su abuela materna, de la que apenas sabía nada, también se fue, dejando a su abuelo sumido en una depresión perpetua. Esas heridas, esas ausencias femeninas habían hecho mella en ella, le afectaban y condicionaban su relación con el resto del mundo. ¿Quién le aseguraba que no era la próxima en hacer lo mismo y abandonar una familia? Jamás podría hacerle eso a Amy.

—¿Sigues ahí, Lucy?

—Sí, perdona. Estaba pensando.

—Oye, sé que puede resultarte difícil o incómodo, pero somos adultos. Hazlo por Garret, ¿de acuerdo? ¿Puedo confiar en ti?

En ese instante, una idea pasó por su cabeza y fue directamente a su boca, sin filtro alguno.

—No te preocupes por nada. Estaré en la fiesta de mi sobrino y le regalaré una docena de calcetines.

—¡Eso quería oír! —exclamó Serena.

—Pero me gustaría hacerte una pregunta. Verás, Grace, la mujer que me ha contratado está sola en la ciudad. Es muy simpática, todo un encanto. ¿Te importaría que viniese conmigo?

—No veo por qué no.

Pese a que Serena no puso impedimento, Lucy era perfectamente consciente de lo raro que sonaba su propuesta. Cuando colgó, se imaginó a Serena llamando a voces a Lamar, diciéndole que su prima iba a ir con una anciana, que estaba fatal y todas esas cosas. Pero le daba igual. Además, ni siquiera se lo había planteado a Grace todavía.

No tuvo su respuesta hasta la mañana siguiente, cuando la llamó por teléfono al hotel. No le dijo exactamente el motivo por el cual quería que la acompañase, tan solo le comentó que era el cumpleaños de su sobrino y que podía acompañarla si lo deseaba. Era algo así como un plan alternativo.

—¿Cuántos años cumple el muchacho? —Fue su respuesta.

—Ocho.

—¿A qué hora es la fiesta?

—A las cuatro.

Pese a sus preguntas, todavía no le había aclarado si iba a acompañarla o no.

—¿Qué te parece si me recoges a las tres?

Lucy sonrió.

—Entonces, ¿vienes al cumpleaños?

—¡Claro que sí! ¿Sabes cuánto tiempo hace que no voy a una fiesta de cumpleaños? A mi edad, ya no se celebra eso de cumplir años. Nos vemos a las tres.

Lucy estaba más tranquila, pues ya sabía que cada vez que ella acudía con un problema, Grace la escuchaba y le daba la solución con una facilidad pasmosa. «La simpleza es la clave», solía repetir.

Al ver que tendría la mañana libre decidió poner un poco de orden en su apartamento —lavadoras, secadoras, limpiar el polvo—, después se arregló y llamó a su padre para preguntarle si iba a ir al cumpleaños, pero le dijo que ya le daría el regalo cuando fueran a visitarlo a la granja. Le ofreció recogerlo, pero se negó igualmente.

A las dos y media de la tarde salió en busca de Grace. Cuando llegó a la puerta del hotel ella estaba con la mirada atenta en la carretera. A su lado, había una enorme bolsa de la que sobresalía un

paquete envuelto que resultaba todavía más grande.

—Creo que eso no cabrá en el maletero —dijo Lucy en cuanto bajó del coche. Ella sonrió y movió la cabeza de un lado a otro. Era evidente que no había tenido en cuenta ese detalle.

—Tal vez en los asientos de atrás —dijo señalando a la puerta trasera. Lucy miró el regalo y después miró el auto.

—¿Qué le has comprado? ¿El castillo de Disney World?

—¡Qué exagerada! Solo es un detalle —dijo ella.

—No cabe en el coche, Grace.

Sin embargo, ella no iba a darse por vencida tan fácilmente.

—Que sí, los respaldos de los asientos se pueden bajar, ¿no es así? Pues bájalos. Tal vez si lo cruzamos entre el maletero y los asientos traseros podamos cerrar la puerta.

—Pero ¿qué es? —insistió Lucy.

—Ya lo verás en la fiesta.

—No entiendo por qué no me lo dices —dijo mientras luchaba con el asiento para bajar el respaldo. Nunca había sido muy buena para esas cosas en las que se necesita más maña que fuerza—. ¡Esto no baja!

—Tiene que haber una palanca o un botón —dijo Grace.

—Tampoco es que me sirva de mucho eso.

—¡Déjame intentarlo a mí!

La apartó y comenzó a trastear en torno al asiento trasero hasta que por fin pudo bajar el respaldo.

—¿De verdad no sabías hacerlo? —le preguntó. Lucy movió la cabeza de un lado a otro. En todo el tiempo que llevaba trabajando en la compañía de taxis jamás había tenido que hacer algo así. Por fin, después de veinte minutos encajando el regalo como si se tratase de un puzle, pudieron cerrar la puerta del maletero.

—Esperemos que sea más sencillo sacarlo —dijo.

La casa de Serena y Lamar estaba como a una media hora de camino, por lo que llegarían más o menos a las cuatro. Para Lucy pensar que Adam estaría allí, que la saludaría y que la buscaría con la mirada constantemente, la hizo ponerse muy nerviosa a medida que conducía.

—¿Por qué me has invitado al cumpleaños de tu sobrino, querida? —preguntó Grace mientras se retocaba el peinado mirándose al espejo.

Lucy la miró de reojo pensando en qué podía decirle ¿Que le temblaban las piernas por el simple hecho de pensar que iba a ver a Adam? ¿Que el hombre del que seguía enamorada iba a estar también allí? En su cabeza sonaba demasiado inmaduro.

—He pensado que te gustaría, no sé, algo diferente. Pero no te preocupes, en cuanto quieras marcharte, me lo dices y nos vamos.

Grace frunció el ceño.

—Oh, a mí me encantan los niños. Siempre quise tener hijos, pero Dios no me concedió ese don.

Lucy se reprendió en silencio. Ahora se sentía fatal por ella.

—Lo siento mucho.

—No tienes nada que sentir, Lucy. Hace ya muchos años que lo de ser madre dejó de ser una posibilidad para mí. Hace treinta o cuarenta años sí me habría afectado, pero ahora… —Lucy respiró aliviada, aunque su tranquilidad no iba a durar mucho—. Como no me has entendido, te repetiré la pregunta. ¿Por qué me has invitado al cumpleaños de tu sobrino?

Lucy tragó saliva.

—Ya te lo he dicho —contestó sin darle más importancia.

Ella asintió.

—Lo intentaremos otra vez. ¿Por qué me has invitado…?

—¡Vale! No te lo has tragado, ¿no? ¿Hay alguna manera de engañarte? ¿Trabajas para la CIA o algo así?

—Sentido común, Lucy. A veces no se necesita más que un poco de sentido común. El otro día me comentaste que conociste a Adam a través de Serena, porque sus hijos iban a la misma clase. He supuesto que él estaría en el cumpleaños y eso a ti te pondría de los nervios. ¿Me equivoco?

Lucy detuvo el coche bajo el semáforo y la miró muy seria.

—¿El FBI quizás?

—He dado en la diana, ¿no es así? Puedo seguir si quieres.

—No será necesario. Sí, te he invitado porque Adam estará en la fiesta y necesito tener a alguien a mi lado un apoyo.

En ese momento, Lucy vio que los ojos de Grace se humedecían ligeramente. Sin decir nada, puso su mano sobre la de ella y le dijo:

—Cuenta conmigo, Lucy.

Capítulo 12

Lucy relacionó la emotividad de Grace con las tensas situaciones que habría vivido con sus sobrinos en las últimas semanas y eso le despertó su lado más tierno. La energía de la que hacía gala, la seguridad, todo lo que destacaba en ella, se cubrió para sus ojos de un halo de vulnerabilidad. ¿Quién era esa mujer realmente? ¿Por qué le resultaba tan especial? Mientras conducía, pensó en llevarla un día hasta la granja. Ese pensamiento no fue a más porque llegaron a la casa de Serena

—Respira hondo —dijo Grace mientras esperaban a un lado de la reja de la entrada. Lucy tenía los ojos cerrados y respiraba como un profesor de yoga en plena fase de relajación.

—Eso intento, pero lo único que consigo es ponerme más nerviosa.

—¡Vaya! —exclamó Grace.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucy abriendo solo el ojo derecho.

—El papel de regalo se ha estropeado un poco —dijo pasando su mano por encima.

—Lo extraño es que el paquete no se haya hecho pedazos. No sé cómo hemos podido sacarlo del maletero.

Entraron por el lateral de la casa para ir directamente a la zona del jardín y encontraron una jauría de niños corriendo como locos de un lado a otro. De pronto vieron a Garret que las saludó levantando la mano sin detenerse.

—¡Lucy! ¡Bienvenida! —exclamó Serena. Se dieron un abrazo y Lucy le presentó a Grace, la cual arrastraba tras de sí el enorme paquete.

—Un placer, querida. Esto es para el pequeño Garret.

Serena abrió los ojos de par en par.

—¿Eso? Vaya… no sé qué decir. ¡Es gigantesco! No tenías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia. Es el cumpleaños del muchacho.

Serena, un poco avergonzada por la excesiva generosidad de Grace, llamó a su hijo, que acudió volando en cuanto vio el paquete recubierto de papel de regalo.

—¿Eso es para mí? —gritó.

—Enterito —dijo Grace.

—Antes de nada, dale las gracias a Grace.

Garret miró a la anciana, frunció el ceño y después se acercó a su

madre.

—¿Quién es esa señora? —preguntó. Las tres se rieron.

—Es una amiga de tu madrina. Anda, dale las gracias y un beso.

El muchacho, más confiado, obedeció a su madre y después se lanzó encima del paquete como si se tratara de una bestia hambrienta. El papel de regalo volaba por todas partes mientras sus amigos, con los ojos relucientes de fascinación, hacían un corrillo a su alrededor. Lucy tenía tanta curiosidad que incluso se tomó la licencia de hacerse un hueco entre los niños.

—¡Es el castillo de Harry Potter! —gritó Garret. Sus amigos entraron en éxtasis mientras observaban la imagen de la caja. En ella se veía un impresionante castillo de Hogwarts construido con miles de piezas de Lego. Serena no sabía cómo reaccionar, ni Lucy tampoco.

—Pero, Grace, ¿cuánto te ha costado?

Fue lo primero que a Lucy se le vino a la cabeza. Era el castillo de Lego más grande que había visto en su vida. La anciana le quitó importancia al precio mientras Serena balbuceaba palabras sin sentido.

—Es… cuántas piezas… la mitad del salón por lo menos.

Alarmado por los gritos enfervorizados de los niños, Lamar acudió al lugar.

—¡Mira, papá! ¡El castillo de Harry Potter! —gritó Garret. Lamar miró a Lucy. Estaba tan sorprendido que ni siquiera se percató de la presencia de Grace.

—Tu madrina se ha vuelto loca por lo que veo.

—No ha sido Lucy, si no ella —dijo Serena señalando a Grace. Entonces, Garret, en frenesí, se lanzó a los brazos de la anciana.

—¡Te quiero, abuela Grace!

—¡Oh, no hay de qué, Garret! Ahora es cosa tuya cuidarlo como es debido. Ya eres un chico mayor.

Entonces, Lucy se fijó en que los ojos de Grace tenían el mismo aspecto que en el coche. Estaba emocionada. Además, no dejaba de mirar a Lamar de una forma diferente, casi con nostalgia. El primo de Lucy también se dio cuenta por lo que tomó la bolsa y los papeles de regalo y les avisó que los llevaría a la basura. Cuando desapareció por el salón, Lucy levantó su regalo. Le había comprado el juego del *Monopoly* y, cómo no, un par de calcetines. Garret lo abrió y le dijo que le había encantado, aunque toda su atención estaba en el regalo de Grace. Nada podía superar a Hogwarts.

—Será mejor que pasen a la terraza. Estamos ahí tomando café. ¿Qué desean beber? —preguntó Serena.

—Un café estaría bien —contestó Grace con una sonrisa.

—Y yo una limonada —dijo Lucy.

En cuanto se quedaron solas, Lucy se puso frente a Grace.

—¿Te sientes bien, Grace?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que cuando viste a mi primo me pareció que te quedaste pensando en algo.

—Tienes razón, Lucy. La verdad es que me recordó a un viejo amigo de mi juventud. Ya sabes que con la edad nos ponemos más nostálgicos —dijo Grace quitándole importancia.

—Ah, ¿sí? Un día me contarás aquello, nunca has hablado mucho de tu juventud —dijo Lucy. Grace sonrió

—¿Me estás diciendo vieja? —respondió Grace.

En ese momento, Lucy no pudo contestar nada más, porque Amy, la hija de Adam, gritó su nombre y vino corriendo hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja. Lucy no tuvo tiempo a reaccionar cuando ya tenía a la pequeña entre sus brazos, estrechándola con todas sus fuerzas. No le dio tiempo siquiera de saludarla cuando vio a un hombre de cabello rubio perfectamente peinado junto a la cristalera de la terraza, era Adam, observándolas con una media sonrisa. Por suerte, Grace cumplió su palabra y antes de que Lucy se pusiera más nerviosa, se acercó a la pequeña.

—¿Quién es esta princesita?

—Me llamo Amy.

Lucy había perdido la noción del espacio. En sus esfuerzos por disimular, se centraba en la pequeña, pero de reojo miraba a Adam, que se acercaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos. Conocía ese gesto que desprendía prudencia, timidez y hasta cierta lástima. Seguramente se estaría preguntando qué fue, qué hizo, por qué se tuvo que marchar sin dar explicaciones. No le había dirigido la palabra y los remordimientos se extendían ya por cada célula de su cuerpo. Soltó a la pequeña en el suelo, que, lejos de marcharse, se quedó junto a ella y la cogió de la mano. Le dedicó una sonrisa y en cuanto alzó el rostro, se encontró cara a cara con Adam.

—Hola —dijo él sin sacar las manos de los bolsillos. Lucy notó como sus mejillas ardían.

—¿Qué tal, Adam? —dijo con una sonrisa forzada. Grace continuaba conversando con Amy. Como una forma de permanecer a su lado.

—Bien. ¿Cómo te va en el taxi?

Lucy asintió y acto seguido señaló a Grace.

—Precisamente quiero presentarte a Grace Cooper. Ahora trabajo en exclusiva para ella.

Grace le estrechó la mano con una sonrisa en sus labios. Sin embargo, Lucy advirtió cierta malicia en su rostro, como si tramara algo.

—Así que tú eres Adam. Lucy me ha hablado de ti.

Ese golpe bajo, Lucy no lo esperaba y su cara así lo expresó.

—¿De veras? —dijo Adam entusiasmado—. Espero que no te haya contado nada malo.

—Oh, no te preocupes. Aunque tampoco te lo diría.

Justo después, los dos comenzaron a reírse mientras Lucy tenía cara de asustada. Estaba fuera de juego. Más bien, estaba fuera del estadio. Se dirigieron a la terraza y allí presentó a Grace a algunos amigos y otros padres del colegio. Con unas pocas frases, ella se ganó a todos, tomando el papel de abuelita dulce y ocurrente que siempre tenía palabras bonitas por respuesta y una sonrisa para todos. Lucy estaba deseando quedarse a solas con ella y preguntarle a qué estaba jugando. Adam, que estaba sentado justo enfrente de ellas, intentaba a la mínima entablar una conversación con Lucy, pero ella conseguía eludirlo con respuestas cortas o inmiscuyéndose en las propias conversaciones de Grace.

—He hablado con tu padre, Lucy. Me ha dicho que no puede venir —le dijo Serena. Aquello fue una bocanada de oxígeno.

—Así es. Estuve hablando con él, pero no logré convencerlo. Ya sabes cómo es. Tiene sus rutinas, sus costumbres. Además, cada vez le da más pereza conducir.

—¿Está muy lejos la granja? —preguntó Grace.

—Una hora. Puede que menos. Se tarda más por el último tramo, que es un camino de tierra que se convierte en un barrizal cada vez que llueve. Por allí tienes que moverte sí o sí con una pickup.

Pasado un rato, Adam no insistió más, aunque Lucy podía sentir como a veces sus ojos se posaban en ella. Su atención estaba en la visión periférica de sus ojos, donde podía verlo, donde lo miraba y se preguntaba, un millón de veces, si había hecho lo correcto al dejarlo.

—¿Cómo vas? —le preguntó Grace al cabo de una hora y media. En todo ese tiempo no había parado de hablar con uno y con otro, Adam incluido. Por suerte, Garret ya había soplado las velas, lo cual abría la veda para que los invitados pudieran marcharse.

—No es la mejor tarde de mi vida.

—Lo estás haciendo muy bien, Lucy. Casi no se te nota lo tensa que estás.

Lucy tuvo que esforzarse para contener la carcajada. No fue porque le hiciera gracia su comentario, sino porque estaba llegando al límite. Por ello, decidió que había llegado el momento de emplear el comodín que tenía guardado bajo la manga. Se puso en pie y se giró hacia Grace.

—Tú mandas, Grace. Te llevaré al hotel ahora mismo.

Ella la miró con reproche. Serena se levantó al oírla.

—Debes estar cansada de tantos chillidos —dijo señalando a los niños.

Lucy confiaba en que le siguiera la corriente, pero, por un segundo, temió que no lo hiciera.

—Oh, los niños no me molestan en absoluto. Son cosas de la edad, ya saben.

—Puedes volver cuando quieras, Grace. Le enviaré una foto a Lucy cuando Garret haya montado el castillo.

—Me encantaría —respondió Grace.

Se despidieron de todos moviendo las manos en el aire y se dirigieron a la salida. En cuanto a Adam, ni siquiera lo miró directamente. Quería que le quedara claro que estaba conforme con la decisión que había tomado. Solo cuando cerraron la puerta, se relajó.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Lucy.

—¿Te refieres a lo Adam? Quería ver de qué pasta estaba hecho. Pero, si te sirve de consuelo, Adam me ha parecido un hombre maravilloso.

—¿Por qué me serviría como consuelo? Ya te dije que sigo sintiendo cosas por él.

Grace encogió los hombros.

—Mejor sentirlas por un hombre bueno, ¿no crees, querida?

—Bueno, lo importante es que ya se ha terminado la fiesta. No podía soportarlo más. Por cierto, bonito regalo.

—En la tienda me dijeron que eso les gusta a todos los niños.

—Eso seguro.

Montaron en el coche y Lucy le preguntó si la llevaba al hotel o a alguna otra parte. Estaba emocionalmente agotada y por eso, mientras Grace contestaba, ella apoyó la cabeza en el volante y cerró los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Grace.

—Ha sido más difícil de lo que pensaba. Lo peor de todo es que no paro de plantearme si cometí un error o no al cortar con él. Pero, al mismo tiempo, no quiero pensar más en ello.

Grace le puso la mano en la espalda.

—No tengo la respuesta para eso, aunque aún no entiendo tus motivos. —Lucy continuaba con la cabeza apoyada en el volante—. No me gusta verte así. ¿Qué te parece si nos tomamos una cerveza en el bar del hotel? De vez en cuando es bueno despejarse. Te vendrá bien para aclarar las ideas.

Lucy aceptó y se dirigieron hacia allí.

Eran cerca de las ocho y la cafetería del hotel estaba a rebosar, aunque no tuvieron problemas para encontrar una mesa junto a una fuente. En el escenario, un saxofonista tocaba riffs de las canciones más conocidas del último siglo. Lucy pidió una cerveza y Grace un Martini. Bridaron y durante unos minutos se quedaron en silencio, contemplando el ajetreo de su alrededor. Los tragos le hicieron bien y no pasó mucho tiempo cuando levantó la mano y pidió otra cerveza.

—Tenías sed.

—Es bueno despejarse, ¿no es verdad? Me lo has dicho antes.

Grace puso cara de abuela gruñona.

—En efecto, te lo he dicho, pero recuerdas que debes conducir después. Puedes beber todo lo que quieras, pero si lo haces, prométeme que dormirás aquí.

Lucy frunció el ceño.

—¿Aquí? ¿Te refieres al hotel?

—Exactamente. En mi habitación hay dos camas. ¿Hay trato?

El camarero puso sobre la mesa la última cerveza que Lucy había pedido. La oferta de Grace era peculiar, pero era una muestra más de lo atenta que era con ella. Le daba reparo tomarse tanta confianza, pero, al mismo tiempo, supo que hacía lo correcto.

—¿No te importa que me quede a dormir? ¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Lo último que quiero es que te pongas al volante con unas cuantas cervezas. Así es como ocurren las desgracias. Nunca me lo perdonaría.

—Te lo agradezco —dijo antes de dar otro trago—. Entonces, ¿Adam te ha dado buenas sensaciones?

Grace mojó sus labios en el Martini y asintió.

—Puedo equivocarme, pero por lo que he visto, parece buena persona. Además, está loco por ti. Por no decir que su hijita te adora.

Lucy cogió aire y digirió lo que acababa de escuchar. ¿Por qué las relaciones eran tan complicadas?

—¿Conclusión?

—Eso depende de ti —respondió Grace.

Lucy suspiró. Grace tenía razón en que la decisión solo podía tomarla ella.

—Todavía lo quiero —al decir estas palabras, Lucy sintió una llama en su pecho—. Eso no puedo negarlo, pero hay cosas que me hacen huir, alejarme de Adam y su hija. Siento que en algún momento les fallaré, que no estaré a la altura.

Grace se inclinó hacia ella.

—El futuro es una incógnita. Lo que tú creas que vaya a pasar solo existe dentro de ti.

—Ese es el problema. Lo que hay dentro de mí —dijo. Grace le dedicó una tierna sonrisa.

—Aun así, no debes martirizarte. Puede que necesites tiempo para aclararte, lo cual no tiene nada de malo. El amor, queramos o no, es muy complicado. No debes tomar ninguna decisión a la ligera.

—Y que lo digas. —Lucy levantó los ojos de la mesa y los fijó en ella—. ¿Alguna vez viviste algo parecido? Parece que hablas por experiencia propia.

Ante la pregunta, Grace experimentó uno de esos cambios

repentinos de actitud. Sin embargo, habían pasado mucho tiempo juntas y Lucy empezaba a reconocer el significado que escondían sus gestos. En ese momento, una tensa sonrisa estiró sus labios a la par que sus ojos se perdían en algún rincón de su memoria. Lucy se preguntó cuál habría sido el alcance de su pregunta para ella. La tónica general era que sus conversaciones girasen en torno a la vida de Lucy, sus problemas, sus pensamientos…

—Nuestras vidas son únicas, Lucy, y todo lo que en ellas nos sucede. No seríamos capaces de soportar nuestras desgracias si no tuviéramos al menos el consuelo de lo único, lo irrepetible. Todos lucimos orgullosos nuestras cicatrices precisamente por eso, porque son únicas. Pero respondiendo a tu pregunta, diría que sí; hubo un tiempo en que las dudas ennegrecían mi corazón.

—¿De verdad?

Ella movió la cabeza de arriba abajo lentamente.

—Lo malo del amor es que no sabes que te has equivocado hasta que es demasiado tarde.

Capítulo 13

BLACKVILLE, CAROLINA DEL SUR
MAYO DE 1965

La primavera había florecido con fuerza en la residencia de los Preston. El frío más desapacible se reservó a unas escuetas horas de la madrugada y miles de flores irrumpieron en la superficie, como un espontáneo brote de vida que pretendía perpetuarse antes del estío.

La extensión de las plantaciones lucía de un verde intenso y vigoroso cuando el sol estaba en todo lo alto, mientras que, a primera hora de la mañana, bañados por el rocío de la noche, el verdor se engalanaba con miles de destellos. El canto de los pájaros era constante y su vuelo frenético alrededor de los árboles donde descansaban sus nidos. Miles de insectos, abejas, escarabajos, hormigas, todos se paseaban en sus quehaceres, ansiosos por volver a la vida después de un largo invierno. El paisaje, irradiaba alegría.

El sol, caluroso pero reconfortante al mismo tiempo, relucía en las espaldas desnudas de los trabajadores, entretenidos en depurar la tierra de las malas hierbas que habían surgido por doquier. Como cada primavera, Nolan Sanders había dispuesto una enorme barrica de agua fresca bajo un enorme castaño que regalaba su sombra y que, al mismo tiempo, se alzaba como frontera entre el lateral de la residencia de los Preston y la propia plantación. Junto al tronco también se levantaba una estructura de madera, resquicio de una construcción anterior que había quedado en desuso y que una hiedra había cubierto en gran parte. A ambos lados, algunos matorrales culminaban la escueta frontera entre la plantación y el resto de la finca de los Preston.

Este lugar, por tanto, era peculiar. La disposición de los matorrales y la hiedra daban lugar a un resquicio que protegía de miradas curiosas tanto desde la plantación como de la casa. Había que detenerse y mirar entre las hojas, las ramas y la sombra del castaño para tener una imagen medio clara del lugar.

Era ahí donde solían verse Jimmy y Grace, siempre y cuando encontraran un hueco entre las muchas tareas que tenían que realizar a lo largo del día. Pequeños encuentros donde fumaban un par de cigarrillos y hablaban tranquilamente. En algunas ocasiones, cuando disponía de más tiempo, Grace se las ingeniaba para preparar un poco de limonada. Jimmy la aceptaba de buen gusto, pero el muchacho

prefería siempre una cerveza.

—¿Has escuchado ya la última de los Rolling Stones? —preguntó el joven mientras se azuzaba su pelo ya despeinado de por sí. Grace expulsó suavemente el humo del cigarrillo y asintió. A Jimmy le gustaba mucho el rock y procuraba estar atento de las últimas novedades del momento. Su personalidad, sus formas y sus gestos abrazaban a la perfección el incipiente género.

—*Paint it, Black* —dijo ella con una sonrisa. La claridad iluminaba su rostro y sus ojos azules parecían tener luz propia.

—¿Te ha gustado?

La joven ladeó la cabeza.

—Soy más de los Beatles, aunque está bien.

Jimmy se puso las manos sobre la cara.

—No hablas en serio. ¿Los Beatles? Al principio, tss, pasable, pero sus canciones me parecen todas iguales. Música para jovencitas, nada más.

—Bueno, yo soy una jovencita, ¿no?

—Oh, pero tú tienes oído y cantas muy bien. Alguna vez que otra te he oído.

Grace lo miró con los brazos en jarra, exagerando su indignación. Atrás había quedado el tiempo que se moría de vergüenza al pensar que alguien la escuchase cantar. Más o menos, desde que coincidió con Edward en la cocina. No había pasado mucho tiempo, pero, aun así, tenía la sensación de que habían transcurrido milenios. Acordarse de él le hizo sentir un escalofrío, aunque rápidamente lo borró de su pensamiento.

—No sabía yo que me escucharas. ¿Tengo mucho público?

—Bah, tampoco te des tanta importancia.

—¿Quieres decir que no canto tan bien? —dijo Grace mirándolo con malicia, pillando desprevenido a Jimmy, que inmediatamente intentó reconducir la conversación.

—¡Si antes dije todo lo contrario!

Grace soltó una carcajada.

—No te preocupes. Me aseguraré de que no vuelvas a oírme.

—¿Así tratas a los amigos? Muy bonito, señorita Doyle. Por cierto, esta noche iré a Blackville a dar una vuelta. Hay un concierto en el Blackie Black. ¿Te apuntas?

Grace frunció el ceño, pensativa. El Blackie Black era uno de los pocos bares del pueblo y el único lugar donde las bandas de la zona podían ofrecer conciertos. Por lo general, no eran muy buenas y la mayoría del público las ignoraba mientras bebían en las mesas o en la barra. Un garito oscuro y maloliente que subsistía gracias a los trabajadores de las plantaciones de la zona y a la historia, mito por aquellos días, de que Elvis había actuado allí cuando todavía era un

completo desconocido. Debido a esto último, el Blackie Black se aseguró un flujo continuo de clientes, que solían salir de allí bastante desilusionados. Todo lo que encontraban de la supuesta actuación del incipiente Elvis era unas camisetas en las que podía leerse: *Elvis shook his hips for the first time in the Blackie Black*. Se vendían a cuatro dólares.

—Te lo agradezco, pero si mal no recuerdo, la señora Preston regresará esta tarde con su hijo. Seguro que viene con una lista de tareas bajo el brazo. Por el momento, tenemos que dejar la habitación de Edward impoluta.

—Bah, perro ladrador poco mordedor.

Grace sonrió.

—Eso lo dices porque le has caído en gracia a la señora Preston.

Jimmy se acarició el rostro.

—Mi encanto es irresistible, ¿verdad?

Los dos se rieron a carcajadas y sus risas se escucharon al otro lado de los matorrales, justo donde Johnny Clambore, uno de los trabajadores, rellenaba de agua una jarra de latón. Este esbozó una sonrisa e intentó ver un poco más allá de la vegetación, pero finalmente, se marchó.

—¿Todavía buscas a Jimmy? —preguntó Johnny cuando llegó a la altura de los gemelos, los que había contratado Nolan, hacía unos meses.

—¿Dónde está? —preguntó Melvin lanzando los guantes de faena al suelo. Marcus, su hermano, lo observó con una mueca divertida en los labios.

Lo que menos le preocupaba era dónde se encontraba Jimmy. Sin embargo, Melvin, que en los últimos meses se había ganado la confianza de Nolan Sanders y del señor Preston con su trabajo y sus dotes de mando, no iba a permitir que este se escaquease de nuevo. Cada vez sonaban con más fuerza, los rumores que apuntaban a que Nolan Sanders iba a abandonar la plantación, lo que significaba que el puesto de capataz quedaría libre. Melvin, pese al poco tiempo que llevaba trabajando para los Preston, era señalado por todos para reemplazar al viejo capataz y estaba dispuesto a dar credibilidad a los rumores.

—Tras la barrica y los matorrales junto a la casa —respondió Johnny—. El bribón está con una de las chicas del servicio. Me cambiaría por él, para qué negarlo.

Melvin resopló y tensó la mandíbula. Sin decir nada, se dio la vuelta y miró hacia la ranchera que había estacionada junto al almacén, lo que le puso más furioso todavía.

—El muy bastardo no ha hecho nada. Los sacos de abono siguen amontonados en el remolque de la ranchera. ¡Le dije hace tres horas

que los llevara al almacén!

—Pasar el rato con una jovencita es más apetecible que descargar sacos, Melvin —dijo Johnny. Sin embargo, este último no entraba en razón.

—Se va a enterar.

Marcus miró a su hermano con preocupación. Lo último que deseaban era perder el empleo por culpa de una estupidez.

—No merece la pena, hermano. ¿Acaso eres el capataz de la finca? Deja tranquilo a ese piel de leche. Coméntaselo mañana al señor Sanders y él sabrá lo que hacer. Lo único que vas a conseguir es meternos en problemas.

Sin embargo, Melvin parecía estar movido por una ira indescriptible, por un fuego que iba mucho más allá del escaqueo del joven.

—¡Me importa una mierda! Hay mucho que hacer y pocas manos. ¿Es que les da igual que esté todo el día vagueando de un lado a otro?

—Esta mañana ha puesto las vallas de ese lado —explicó Johnny señalando hacia el lugar en cuestión como si pretendiera exculpar al joven, pero Melvin ya se había encaminado hacia la barrica mientras farfullaba palabras que solo él comprendía. Que Jimmy se escaqueara de sus tareas era solo la punta del iceberg de su indignación.

Caminaba cabizbajo, dando fuertes pisadas que levantaban una polvareda a su paso, mientras miraba con el ceño fruncido hacia la vegetación que se alzaba tras la barrica. A medida que se acercaba, pudo distinguir dos siluetas, una que permanecía allí, quieta, sentada, y otra que se alejaba en dirección a la casa. Incrementó el ritmo, se movió de un lado a otro intentando averiguar quién era la figura que se alejaba, cuál de las jóvenes sería. Sin embargo, para cuando estuvo lo suficientemente cerca, tan solo pudo confirmar que Jimmy era el que estaba sentado entre los matorrales. La otra persona ya había entrado en la casa.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —dijo Melvin irrumpiendo entre los matorrales como si de un animal salvaje se tratase. Jimmy se llevó tal susto que estuvo a punto de caer al suelo.

—Joder, negro. ¿Es que quieres matarme?

Melvin apretó los puños.

—¿Qué estás haciendo aquí? —insistió.

—Solo me fumaba un cigarrillo.

—¿Tú solo? —dijo Melvin encarando al joven. Este retrocedió un par de pasos, pero no le apartó la mirada.

—¿Eso qué te importa?

Melvin fue consciente de que su brusca curiosidad carecía de justificación. Además, también sabía de los problemas que podía buscarse si el joven se quejaba de él ante Nolan o el señor Preston. Era

la palabra de un blanco contra la de un negro; la historia de siempre.

—Vuelve al trabajo ahora mismo.

Jimmy advirtió su prudencia y se creció.

—¿Desde cuándo me das órdenes? Nolan es el capataz, no tú.

Melvin sonrió, iracundo. Nada más le hubiera gustado en ese momento que propinarle un buen puñetazo a Jimmy para que aprendiera la lección, pero eso era ir demasiado lejos. Tenía que ser inteligente. Ya podría desquitarse cuando fuera nombrado capataz.

—Fúmate el maldito cigarro y carga los sacos de una vez. Mañana tenemos que abonar esos acres y no podemos perder tiempo cargándolos, ¿entendido?

Jimmy asintió y expulsó el humo justo en la cara de Melvin.

—Alto y claro, pero me quedan todavía un par de caladas. Iré en cuanto acabe.

—Como no estés cargando sacos dentro de dos minutos te borraré esa estúpida sonrisa —dijo Melvin antes de lanzar otra mirada a la casa y marcharse justo por donde había venido. En cuanto a Jimmy, esperó que se fuera y después se giró hacia el punto en el que se había fijado Melvin.

—¿Qué mosca le ha picado a este negro?

Pensó que, quizás, Melvin sentía algo por Grace y estaba celoso de él, lo que le pareció lo suficientemente gracioso como para reírse a solas. No obstante, aquel pensamiento no abandonó del todo su cabeza y durante el resto del día estuvo dándole vueltas. Las continuas miradas de rencor que Melvin le dedicaba dieron fuerza a esa teoría.

Ajena a todo esto, Grace regresó a la casa y fue directa a su habitación donde Dorothy escuchaba música mientras dormitaba en la cama. Con los ahorros de los últimos meses habían decidido comprar un tocadiscos, así como algunos vinilos, aunque solía ser Grace la que se encargaba de adquirirlos. Curiosamente fue gracias a Jimmy, cuyo entusiasmo por la música rock había despertado la curiosidad de Grace. Esta le contó que ella y Dorothy se habían comprado un tocadiscos, pero que tenían problemas para encontrar discos nuevos.

—Es muy frustrante. Voy cada poco a Blackville, pero allí rara vez puedo encontrar música de ahora. Todo lo que venden es de segunda mano y muy antiguo.

—¡Yo tengo la solución! En Orangeburg hay una tienda de música enorme. Tendrán como diez estanterías altísimas y repletas de discos. Una vez hablé con el dueño. Se trata de un tío que viaja una vez cada tres meses a Los Ángeles para comprar las últimas tendencias. Es simpático, aunque más tacaño que un perro hambriento. Cuando quieras podemos ir. Creo que hay una línea de autobús que va hasta allí.

Desde entonces, Grace y Jimmy iban a Orangeburg una vez al

mes, después, claro está, de pedir permiso a la señora Preston. Las primeras veces tuvieron lugar poco después de que Edward retomara sus estudios en Columbia. Salían por la mañana temprano y regresaban para después del mediodía con varios discos bajo sus brazos. Lo pasaban genial escuchando algunas pistas en la tienda, decantándose por un disco u otro o tomándose una Coca Cola en una cafetería cercana.

Jimmy siempre encontraba la manera de hacer reír a Grace, incluso cuando los pensamientos de ella divagaban por reflexiones más solemnes. Aquella costumbre se mantuvo hasta que la señora Preston se negó en un par de ocasiones a que Jimmy malgastara su tiempo acompañándola hasta Orangeburg. No insistió, ya que estaba al tanto del creciente mal humor de Julia, pero, aun así, continuó yendo sola en busca de sus discos. No le importaba. Ser independiente formaba parte de ella y sería con el tiempo una pieza clave de su personalidad.

Esa tarde, Julia estaba ausente al haber ido a recoger a Edward, por lo que el tocadiscos de Dorothy y Grace sonaba sin riesgo alguno de que le cayera una regañina por parte de la señora Preston, que últimamente atribuía a la música sus intensas jaquecas.

—¿Dónde estabas? En nada nos tendremos que poner a limpiar la casa de arriba abajo —dijo Dorothy sin abrir los ojos. De fondo sonaba *We can work it out*, de los Beatles. La pegadiza melodía hizo a Grace mover la cabeza al ritmo de la canción, agitándose el flequillo sobre su frente.

—Estaba con Jimmy. Me he encontrado con él y hemos estado hablando un rato.

—Recuerdas que hoy regresa Edward, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que no pasa aquí un par de días? Sé que me has dicho muchas veces que no, pero ¿pasó algo entre ustedes? Ya sabes que soy una tumba.

—Tú misma te has contestado. Solo somos amigos —dijo Grace secamente.

—Está bien. Si tú lo dices. Solo te lo decía por tu nuevo amiguito.

Grace miró fijamente a su amiga. Dudaba de cuáles habían sido sus intenciones al decirle eso. Sabía que a Dorothy no le caía muy bien Jimmy, pues este despreciaba en ciertas ocasiones a los afroamericanos, aunque con ella siempre había tenido buenas palabras. Sus faltas de respeto parecían estar más ocasionadas por su ímpetu que porque lo creyera realmente.

—¿Qué quieres decir con eso? Edward y yo no somos nada. Además, ya sabes cómo es. En realidad, me recuerda un poco al señor Preston. Seguro que cuando tenga su edad se pasa el día encerrado en su despacho, atendiendo sus negocios o viajando de una ciudad a otra.

Jamás podría estar con un hombre así.

—La verdad es que, si la otra elección es Jimmy, no sabría decirte cuál es la que más te conviene. Ese tampoco está bien de la cabeza.

—¡Jimmy solo es mi amigo! —respondió Grace con sus dos mejillas sonrosadas—. En cuanto a Edward, es el hijo de la señora Preston. Eso define toda mi relación con él. Además, ¿a qué se debe este juicio? ¿De qué se me acusa?

Dorothy se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—¡Espera, espera! ¿No te besaste con Jimmy cuando fueron a Blackville? No vayas de mosquita muerta.

—¡Solo sucedió una vez! Hace tiempo de eso. Ni él ni yo lo mencionamos. Lo hemos olvidado.

Eso no era del todo cierto, pues Jimmy había intentado emular en un par de ocasiones el beso que se dieron meses atrás en Blackville, aunque Grace no se lo había permitido. Ni siquiera ella recordaba cómo había sucedido ese beso al que Dorothy se había referido. Habían ido juntos para ver una película en el cine móvil que paraba esos días en el pueblo.

Ese día en concreto daban *El precio de la muerte*, un thriller que Grace encontró escalofriante y que le hizo buscar los hombros de Jimmy en más de una ocasión para librarse de la tensión de la pantalla. El sentir con sus propias manos el torso musculado del joven y el sentirse protegida, le había hecho brotar un deseo súbito en ella, inexplicable, temperamental. De repente, los labios de Jimmy se habían convertido en objeto de su deseo. El joven se había percatado también de la mirada reluciente de Grace, de su boca entreabierta y jadeante, y de cómo ella se acercaba cada vez más a él. El beso duró unos pocos segundos. Grace sintió un calor intenso originándose en su interior, extendiéndose por todo su cuerpo, pero que, al cabo de un suspiro, se convirtió en algo hueco, sin alma. Le resultó complicado refrenar la excitación de Jimmy, cuyas manos ascendían por sus muslos, bajo su falda. Afortunadamente para ella, el hecho de que hubiera más gente, le sirvió de pretexto para evitar que aquello fuera a más.

Desde entonces había surgido entre los dos una tensión constante, que se incrementaba o decrecía según la situación, aunque Jimmy siempre se mostraba predispuesto a retomar lo sucedido en el cine. Él pensaba que todo aquello formaba parte del juego femenino, de la seducción, de la vergüenza de una joven recatada que quiere esperar al momento idóneo para convertirse en una mujer y, por tanto, dejaba a Grace que impusiera su criterio, convencido de que tarde o temprano llegaría el momento.

—Ya… —declaró Dorothy con aires de sospecha—. Pero no besaste al señorito Preston, ¿verdad? Supongo que eso significa que

Jimmy es más amiguito tuyo de lo que lo fue Edward.

Grace miró enrabietada a Dorothy, aunque su única respuesta fue una media sonrisa. Ya que no le diría que estaba nerviosa por la llegada de Edward y que se había dado cuenta de que le importaba más de lo prudente.

—¿Estás aquí? —dijo Dorothy.

—Perdona. Estaba pensando

Dorothy arqueó las cejas.

—Últimamente estás muy extraña.

Sin embargo, Grace no tenía más ganas de discutir y sabía cómo poner punto final a la conversación.

—¿Quieres que hablemos de Marcus y Melvin? Es un buen tema de conversación.

Dorothy se incorporó.

—¡Eso es un golpe bajo! —exclamó—. Además, no estamos haciendo nada malo.

Grace se acercó al tocadiscos.

—Por supuesto que no, pero ¿no creen que deberían decirle a Melvin que Marcus y tú se ven desde hace semanas? Tú sabes que Melvin está loquito por ti.

—No es tan fácil. Ya sabes cómo son los hombres. Ellos no hablan de esas cosas y Marcus no tiene ni idea. Lo último que quiero es causar problemas entre los hermanos. Me limito a no darle falsas esperanzas a Melvin. Tarde o temprano pillará el mensaje, ¿no crees?

—Entonces Marcus ignora que su hermano tiene el mismo gusto que él. La verdad es que es complicado —dijo Grace.

—Te ha costado reconocerlo. Antes no eras tan cabezota.

Grace sonrió.

—Oh, Dorothy, ya no soy la niña ingenua y asustada que llegó a la residencia de los Preston. Además, he tenido una buena maestra.

—En eso tienes razón; en lo de la maestra, por supuesto.

Las dos se rieron. Después, Grace detuvo el disco que giraba, le dio la vuelta y lo puso de nuevo, colocando con mucho cuidado la aguja. Sonaron las primeras notas de *Day Tripper* y Grace comenzó a bailar.

—*Got a good reason, for taking the easy way out…* —canturreó Grace. Dorothy se puso de pie sobre la cama de un salto e igualmente empezó a bailar.

Rápidamente una sonrisa se instaló en el rostro de las jóvenes, que, por un momento, se olvidaron del mundo que les rodeaba. Todo era música, melodía, ritmo y sentimientos. Grace acompañaba las voces de John Lennon, las envolvía con diferentes tonos y falsetes, alargaba las estrofas o remarcaba la finalización de estas con los movimientos de su cuerpo. Dorothy, concentrada únicamente en

disfrutar, se dejaba llevar por la energía de su amiga. Grace había cambiado mucho en los últimos meses y aunque seguía siendo una chica callada, la música tenía la capacidad de transformarla en una persona totalmente diferente. Sus pupilas se dilataban y sus ojos relucían con un brillo especial y único; todo su cuerpo desprendía una fuerza que trascendía lo físico, que contagiaba a quien la observara. Su voz, sólida, dulce y sensual al mismo tiempo, se apoderaba de todas las canciones, otorgándoles un toque personal que las embellecía y las convertía en piezas únicas, exclusivas de quien pudiera oírla en ese momento.

La fiesta duró hasta que Quinn aporreó la puerta y entró en la habitación con el gesto serio. Desenchufó el tocadiscos y apuntó a las jóvenes con su dedo índice.

—¡Les tendría que dar vergüenza! ¿Han pensado en lo que podría ocurrir si la señora Preston regresara y se encontrara este despropósito? ¿Qué cara se me quedaría a mí? Eh, ¿tienen cerebro dentro de sus cráneos? Un día conseguirán matarme a disgustos.

Ni siquiera Dorothy discutió en esa ocasión. Sabía que su madre estaba en lo cierto. Quinn, que aún se mostraba indignada, se pasó un pañuelo por la frente para secarse las gotas de sudor.

—¡Inaudito! Recojan de inmediato la habitación y bajen a la cocina. Son como niñas pequeñas. Debo tenerlas junto a mí para asegurarme de que no hacen ninguna trastada. —De nuevo les apuntó con el dedo—. Las quiero abajo en cinco minutos. ¡Ni uno más! Y si vuelvo a oír una de esas horribles canciones, arrojaré el tocadiscos por la ventana.

En cuanto Quinn se marchó, Grace y Dorothy rompieron a reír.

—Puede que nos hayamos pasado —dijo Grace.

—Es posible. ¡Pero volvería a hacerlo ahora mismo!

En otra ocasión, Grace se habría mostrado más preocupada por su comportamiento, pero a pocas horas de la llegada de Edward, su cabeza estaba más inquieta de lo normal. Las ganas de volver a verlo se entremezclaban con la incertidumbre de cómo se desarrollaría la convivencia, especialmente con Jimmy.

Horas después, Edward y Julia llegaron a casa, ambos se dirigieron a su habitación hasta que se reunieron en el comedor a la hora de la cena.

—¿Ha estado todo a su gusto, señora? —preguntó Quinn acercándose a la mesa. Tras ella, caminaba Grace para recoger los platos.

—Todo estaba fabuloso, Quinn. Muchas gracias —dijo Julia con una sonrisa que se esfumó rápidamente de su rostro, como un reflejo absorbido por la oscuridad. Su mirada se posaba en Grace, hacia la cual sentía una animadversión cada vez mayor.

Esta se había convertido en el último año en una mujer de esplendorosa figura, elegante, pese a ir vestida con la ropa del servicio y graciosa en cada uno de sus gestos. Sus ojos azules parecían capaces de encandilar a aquel que aquella se propusiese. Pero más allá de su aspecto, lo que desconcertó a Julia esa noche fue una mirada de su hijo hacia Grace.

—¿Todo bien, hijo? —preguntó Julia pillando por sorpresa a Edward. Este miró a su madre extrañado por su pregunta.

—Claro, mamá. La cena estaba deliciosa —contestó el joven. Quinn y Grace agradecieron sus palabras con un leve gesto.

Julia afinó la mirada. Grace se había dado la vuelta y se disponía a salir del comedor cuando lanzó una fugaz mirada a su hijo, aunque este pareció no percatarse. Pese a que no dijo nada, Julia fue incapaz de quitarse de la cabeza la atención que Grace había despertado en Edward. Las conclusiones a las que llegó no le agradaron en absoluto y eso la llevó poner un remedio que evitara nuevos problemas: no le quitaría los ojos de encima y trataría de mantenerlo alejado de Grace en todo momento.

A la mañana siguiente, Edward no podía dejar de pensar en que si Grace estaría en la cocina como lo había hecho el año anterior, antes incluso del amanecer. Eso sería una señal de que quizás podían retomar su amistad. Había pasado toda la noche pensando en su situación después de que no pudiera quitarle los ojos de encima. Pensaba que la amistad de Grace había sido algo normal entre dos jóvenes, pero luego de haberla visto sintió ese mismo vértigo de los meses anteriores. Decidido, bajó las escaleras y caminó despacio hasta la cocina que se encontraba a oscuras, ella no estaba ahí. Decepcionado, volvió tras sus pasos y se acostó nuevamente. ¿En qué estaba pensando? Sabía que hablar con ella podría traerle problemas, pero era algo que lo superaba.

Ese mismo día, Julia insistió para que su hijo la acompañara al Club de Campo, estando fuera casi todo el día. Así pasó casi toda la semana que Edward tenía de vacaciones, por lo que fue imposible volver a entablar alguna conversación con Grace.

Por su parte, Grace se sentía algo melancólica, ni siquiera se había juntado con Jimmy a conversar y Dorothy tampoco le sacaba palabra.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —preguntaba. La actitud de Grace comenzaba a preocuparle.

Además, Grace a veces ni siquiera contestaba, girándose hacia la pared, lo que irritaba a Dorothy.

—Soy tu amiga, me puedes decir si te ha pasado algo.

Grace le insistía que no, que solo estaba cansada. Sin embargo, el malestar en ella era real y se había originado tras el regreso de

Edward a Blackville. Por una parte, quería conversar con él, recuperar la intimidad que tuvieron hacía meses, pero la otra, la más racional, le advertía del tremendo riesgo que correría con Julia. Además, esta lo mantenía ocupado todo su tiempo, lo que era lógico, pues no veía a su hijo a menudo. Sin embargo, intuía otras intenciones en su actitud respecto a su hijo.

El último día que Edward estuvo en casa, le pidió a su madre poder quedarse, pues no habían parado de hacer actividades desde que llegó de vacaciones y casi no había podido descansar. Sin más excusas para sacarlo, accedió. Era la última tarde, al siguiente día volvería a la universidad.

Edward decidió que iría a ver las plantaciones de tabaco, pues hacía tiempo que quería inmiscuirse más en los negocios de su padre, sobre todo sabiendo que esa plantación le traía más gastos que beneficios.

Mientras caminaba por un camino lateral, se encontró con uno de los gemelos que había contratado su padre la temporada anterior.

—Buenas tardes, señor Preston —dijo el hombre tomando su gorra.

—Buenas tardes… perdón, ¿cuál de los dos eres? —preguntó Edward con una sonrisa incómoda.

—Tranquilo. Soy Marcus, el que a veces hace de chófer —dijo este sonriendo.

—Gracias por aclararlo. ¿Cómo van las cosas por acá? —preguntó.

—Muy bien, todo está como siempre. Nada de lo que preocuparse.

—¿Y los trabajadores están contentos?

—No nos quejamos. Solo ese tal Jimmy que reclama por todo. Pero fuera de eso, nada más.

Edward se quedó pensativo. Era cierto que ese Jimmy nunca le gustó, pero siempre lo justificó por su cercanía con Grace.

—Permiso, señor, tengo que llevar estos clavos para cerrar una cerca —dijo Marcus—, si gusta, puede buscar a mi hermano. Él está al tanto de todo y podrá serle de más ayuda Es uno igualito a mí, aunque un poco menos agraciado.

A Edward le causó gracia.

—Creo que lo he visto —respondió amigable.

Edward decidió buscar a Melvin para que le diera más información, pero cuando caminaba hacia el caserón, vio que Grace llevaba una cesta con ropa atrás de la casa. Desvió el camino y apareció por el otro lado.

Grace, al verlo tan cerca, soltó la fuente con la ropa que quedó desparramada por el piso.

—Casi me da un infarto —dijo Grace poniendo su mano en el

pecho.

—No era mi intención, disculpa. —Edward se apresuró a ayudarle a recoger la ropa—. Espero que no tengas que lavar esto otra vez.

—Creo que sí —dijo Grace mirando unas sábanas que tenían algo de tierra.

—Lo siento, si quieres te ayudo a lavar —dijo Edward sintiéndose culpable de hacerla trabajar de más. Grace soltó una carcajada que lo contagió de inmediato. Ambos no podían parar de reír sin saber muy bien el motivo.

En ese instante, ambos se dieron cuenta de que se sentían bien al lado del otro, que había una energía que fluía de forma natural.

—Lo siento, no puedo parar de reír al imaginarte con ese traje lavando las sábanas.

—¿Crees que no sé hacerlo? —preguntó Edward—. ¿Quién crees que lava mi ropa en la universidad?

—Alguien a quien le paguen tus padres —indicó Grace con brillo en los ojos.

—¡Me pillaste! —respondió Edward mordiéndose el labio—. Pero al menos tenía que intentar no quedar como un inútil.

—Nunca he creído que seas un inútil. Podrías ser alguien raro…

—¿Cómo raro? —la interrumpió Edward.

—¡No!, perdón, no quise decir eso, solo es que me ha parecido raro que antes quisieras ser mi amigo y de pronto dejaras de hablarme.

—Creo que yo he pensado lo mismo. Quizás la rara eres tú.

Grace sonrió y se sintió emocionada de volver a hablar con Edward, especialmente después de que él le confesara que había pensado lo mismo que ella. ¿Acaso todos esos meses sin dirigirse la palabra no habían sido más que un malentendido? Su emoción se vio interrumpida cuando vio que Julia los miraba desde el balcón, por lo que recogió lo que faltaba de ropa y se despidió.

—Me hubiese gustado hablar más, pero ahora me tengo que ir. Quizás en su próxima visita si es que no se le olvida que existo —dijo sarcástica mientras tomaba el cesto de la ropa y se alejaba.

—Quizás… —respondió él sintiéndose feliz en ese momento, por esas pocas palabras compartidas, pese a los días que estuvo de vacaciones.

Lo que no entendía, era por qué Grace se había esfumado de repente. No le dio más vueltas y miró la hora. Se dio cuenta de que ya tenía que marcharse. En cuanto se giró, vio a su madre en el balcón y en ese momento comprendió por qué Grace se había ido. Eso le dio una nueva esperanza; ella solo había escapado porque vio a Julia.

Cuando llegó a la casa, su madre ya había bajado la escalera.

—Mamá, ya me voy —dijo acercándose a ella para besarle la

mejilla—. Iré por mis cosas para volver a la universidad.

—Está bien, hijo. Afortunadamente ya queda poco para acabar tus estudios. Te echaré de menos.

—Yo también, mamá.

Edward se dio la vuelta para ir a su habitación.

—¿Qué estabas haciendo en el patio trasero? —preguntó Julia de repente. Edward se giró y le sonrió sin maldad.

—A la chica del servicio se le había caído la ropa y como estaba cerca, le ayudé a recogerla. Es lo que tú me has enseñado. Ser siempre un caballero.

Julia forzó una sonrisa como si se estuviera satisfecha por su respuesta. Luego, Edward subió las escaleras, para bajar a los pocos minutos e irse otra vez a la universidad.

Capítulo 14

ORANGEBURG, CAROLINA DEL SUR
SEPTIEMBRE DE 1965

Grace caminaba con las manos en los bolsillos y sus brazos apretados en torno al cuerpo, mientras tarareaba canciones y paseaba por la ciudad de Orangeburg. Se dirigía a la tienda de discos, embutida en un grueso y pesado abrigo. Llevaba consigo veinte dólares y esperaba encontrar algo que mereciera la pena y, quizás, disfrutar en un batido de chocolate, aunque esto último no lo tenía tan seguro. Ese año el otoño se había presentado demasiado frío para su gusto y lo mismo se decantaba por una taza de té caliente.

El cielo encapotado había convertido al sol en una luz turbia, una mera claridad que quedaba en manos de una brisa que soplaba desde antes del amanecer. Las hojas muertas de los árboles iban de un lado a otro, arremolinándose junto a las aceras y los coches que había aparcados en la calle.

Casi todas las veces que Grace había visitado Orangeburg había ido acompañada de Jimmy. Ir con él era sinónimo de diversión, risas y una visita a algunos de los pubs, donde ella se pedía una Coca Cola y él una jarra de cerveza. A ella le fascinaba la facilidad del joven para entablar una conversación con cualquier persona, pese a que la acabara de conocer. A partir de ahí, cualquier cosa podía suceder. Además, sabía ganarse a los camareros, lo que se traducía en una ronda gratis o un par de hamburguesas que Grace y él devoraban entre risas. Igualmente, debido a las continuas visitas a la tienda de discos, Morgan, el hombre que la regentaba, les dejaba escucharlos o les hacía un precio especial. Todo ello gracias a la locuacidad de Jimmy. Se comportaba como si el mundo fuera su casa, su hogar; cualquier cosa estaba a su alcance. En una ocasión, Grace le preguntó cómo lo hacía, cuál era su secreto para meterse a todos en el bolsillo.

—La verdad que nunca lo he pensado —afirmó Jimmy encogiendo los hombros—. Creo que siempre he sido así. En mi casa siempre hubo problemas y la calle resultó ser un lugar mucho más agradable.

Grace lo observó con ternura, sorprendida de la triste realidad que se escondía tras sus palabras.

—Debiste sufrir mucho —comentó ella poniendo su mano sobre la suya. Jimmy dio rápidamente la vuelta a su mano y sujetó suavemente

la de Grace.

—Puede que haya merecido la pena, ¿no crees? —dijo guiñándole un ojo.

—Menudo cuidado hay que tener contigo —alegó ella. Sin embargo, tras la sonrisa de Grace se camuflaba una leve desilusión.

Jimmy era divertido, sorprendente, pasional, pero, al mismo tiempo, esa parecía ser su única versión. En el fondo, era un chico de lo más simple, de escasa reflexión y eso era algo que Grace echaba en falta. Cuando ella alcanzaba el límite de su personalidad, rápidamente sus pensamientos iban en busca de Edward. El único hijo de los Preston era la antítesis de Jimmy, pero era inteligente, sensible y reflexivo. La profundidad de su persona contrarrestaba su personalidad callada e introvertida.

Estos eran los pensamientos de Grace mientras paseaba por Orangeburg aquella mañana. En soledad se había acostumbrado a divagar entre los dos jóvenes, sintiéndose que se encontraba en medio de ellos. A Jimmy lo veía a diario, lo que podía explicar la confianza que tenían. En cuanto a Edward, este no había ido a la residencia desde que tuvieron esa breve conversación en el patio trasero, ¿por qué continuaba rondando en su cabeza? Suspiró y cogió aire con decisión, como si necesitara fuerzas para aclarar sus pensamientos. Era cierto que sentía algo por Edward, pero su gratitud a Julia le impedían dar un paso adelante. Sin embargo, al mismo tiempo, eso le llevaba a reflexionar acerca de cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia Jimmy. ¿Eran simplemente amigos? Se besaron una vez, fue ella la que buscó sus labios, ¿cómo podía explicar eso? Todos esos sentimientos se traducían en un inexplicable rencor hacia Edward.

Estaba tan inmersa que no se fijó en que había pasado de largo la tienda de discos. Lo advirtió cuando llegó al final de la acera y un coche tocó el claxon al ver que la joven se disponía a cruzar. En ese momento, Grace se dio la vuelta y cuando lo hizo, se quedó perpleja. Tras ella, a la altura de la tienda, estaba Edward con un disco bajo su brazo. El joven ojeaba el escaparate tranquilamente. Ella se acercó lentamente, sorprendida y sobrecogida al mismo tiempo. ¿Qué estaba haciendo él en Orangeburg? Debería estar en Columbia.

—¿Edward?

Este se sorprendió al escuchar su nombre y se giró rápidamente hacia ella. Su rostro de sorpresa se transformó rápidamente en una sonrisa.

—¡Grace! ¡Qué sorpresa!

—Lo mismo digo —dijo ella deteniéndose frente a él—. ¿Qué haces por aquí?

La pregunta tenía todo el sentido del mundo. La ciudad de Columbia quedaba como a sesenta kilómetros de Orangeburg.

—Tenía el día libre y me habían hablado de esta tienda.

Grace sonrió incrédula.

—Yo también venía a buscar algunos discos. Dorothy y yo nos compramos un tocadiscos.

Edward asintió sin perder la sonrisa.

—Lo sé. Mi madre me lo comentó.

Un silencio incómodo se instauró entre los dos, lo que a Grace le resultaba complicado de entender. Después del tiempo que habían pasado juntos, después de las muchas conversaciones que habían mantenido en la cocina, su relación se había diluido hasta convertirse en un ente extraño que ninguno de los dos era capaz de descifrar.

—Es cierto. Perdona, es que no esperaba verte por aquí. ¿Cómo te va por Columbia?

—Bueno, me paso los días estudiando, no tengo mucho que contarte.

Las escuetas palabras de Edward sorprendieron a Grace. En ese instante se percató de que él era el único que tenía la capacidad de hacerla dudar de sí misma.

—En ese caso, ya nos veremos cuando regreses a casa —dijo ella dando un paso hacia la entrada de la tienda. Él se turbó, dudando entre abrirle la puerta o echarse a un lado—. Me alegro de que estés bien.

—Gracias… ¿Tú estás bien?

La pregunta de Edward fue tan forzada que incluso Grace sonrió irónica. Ella se sentía molesta con él y así lo expresaba con su indiferencia, pero, a la vez, deseaba que la conversación se prolongara mucho más.

—Aprovechando mi día libre de la semana —explicó ella sobriamente. Tenía su mano apoyada sobre la agarradera de la puerta, pero sin abrirla. Edward asintió y miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de algo.

—Eso es bueno. ¿Dorothy también está por aquí?

—¿Dorothy? No, ella tenía libre ayer. He venido sola.

La mirada de Edward se iluminó.

—Yo también he venido solo —dijo—. Iba a venir con una amiga de la universidad, pero se ha resfriado. Así es que no me quedó de otra que venir hasta acá por el disco que habíamos encargado.

Grace asintió, pero no dijo nada, solo pensaba en esa última frase: «el disco que habíamos encargado». Esa amiga ¿era algo más? ¿Por qué le daba tanta importancia? Mientras Grace no sabía cómo reaccionar ante el súbito malestar que había surgido en su interior. Lentamente, abrió la puerta de la tienda y sonaron los cascabeles que había justo encima. Morgan, que estaba al otro lado, limpiando algunos discos, levantó la cabeza.

—Me alegro de verte.

Grace se dio la vuelta para entrar.

—¡Café! —exclamó Edward para llamar su atención. Fue como un grito desesperado.

—¿Cómo dices? —respondió ella sorprendida. La cara de Edward estaba roja como un tomate.

—Digo que, si tienes tiempo, no sé, si te apetece, podemos tomar un café.

Grace sonrió y soltó la puerta, que volvió a cerrarse. Morgan hizo un mal gesto y se centró de nuevo en sus discos.

—Claro.

—Hay una cafetería justo ahí.

Ella sonrió y los dos se pusieron en camino. Grace se acordó de las muchas veces que había ido con Jimmy a esa misma cafetería. ¿Harían algún comentario?

No volvieron a dirigirse la palabra hasta que estuvieron sentados en la cafetería y la camarera les trajo las bebidas: un batido de chocolate para ella y una limonada para él. Dieron algunos sorbos hasta que sus miradas por fin se encontraron. Ella parecía recriminarle algo mientras él se mostraba relajado y tenso al mismo tiempo.

—No te he visto antes por aquí —dijo ella—. Suelo venir casi todos los jueves.

—¿De veras?

—Sí.

Estuvo a punto de decirle que Jimmy la acompañaba, pero por algún motivo que escapaba a su comprensión, no lo hizo. Dio un sorbo a la pajita y esperó a que él contestara. En su situación, Jimmy no habría callado ni un segundo y ya le habría sacado alguna carcajada.

—Yo no tengo mucho tiempo. A veces vengo otros días. Normalmente no se lo digo ni a mi madre. Se preocupa demasiado por mí.

—Te quiere mucho.

—Eso no lo dudo.

Edward bajó la mirada hasta la mesa, donde sus dedos repiqueteaban de manera nerviosa. Sus labios comenzaron a moverse como si estuviera masticando las palabras que iban a salir de su boca.

—¿Te ocurre algo? —dijo al fin. Grace clavó sus ojos en él.

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

—Es que tengo la sensación, no sé, de que estás enfadada conmigo. Puede que solo sean cosas mías, pero es lo que veo.

Grace torció el gesto, aunque en su interior agradecía la apreciación de Edward. Aquellas palabras tenían un significado mucho más profundo. Era evidente que él tampoco había dejado de pensar en ella los últimos meses.

—No me pasa nada importante —contestó secamente—. Es solo que ¿Cuánto tiempo hace que tú y yo no intercambiamos algunas palabras, Edward? ¿Desde ese día que se me cayó la ropa? Aunque me gustó hablar contigo, no podríamos decir que eso fue una conversación como las de antes.

—Lo sé.

—Simplemente desapareciste —indicó Grace dando rienda suelta a sus sentimientos. Lejos de sentirse mejor, su frustración hacia Edward era mayor.

—Tenía que volver a Columbia.

Grace sonrió irónica.

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso. Pensaba qué éramos amigos, aunque supongo que para ti no era más que una empleada de tu casa.

Edward tragó saliva mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Yo no quería ser tu amigo, Grace. Pensé que te habías dado cuenta. Por eso preferí alejarme.

—¿Darme cuenta de qué?

El joven movió la cabeza de un lado a otro y sonrió. Los nervios emanaban de cada gesto de su cuerpo. Murmuró entonces unas palabras que Grace no llegó a descifrar. La joven inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Qué has dicho?

—Comencé a sentir cosas por ti.

Grace no podía creer lo que acababa de escuchar. Todo lo que pudo hacer fue mirar a Edward como si se tratara de un fantasma que acaba de surgir ante ella. El joven, en cambio, se había liberado y se sentía con ánimo de continuar su discurso. Haber sido capaz de llegar hasta allí, le insuflaba fuerzas.

—Cuando te conocí, sentí algo extraño. No me sentía cómodo a tu lado, pero no sabía el motivo. No sabía cómo procesarlo, por eso me comportaba de esa manera.

Grace era incapaz de pensar. Echó en falta uno de los cigarrillos de Jimmy, le irían bien para calmarse. Estaba tan alterada que no se percató de que Jimmy pasó por su cabeza como una persona más, del montón, como lo harían Nolan Sanders o el señor Preston.

—Yo…

—No quiero que te sientas incómoda —añadió Edward.

—Has dicho que sentías cosas por mí. —El joven asintió—. ¿Ya no?

Ninguno de los dos advirtió que fuera había comenzado a caer las primeras gotas de lluvia. El cielo estaba tan cerrado que parecía que el atardecer se había adelantado unas cuantas horas.

—¿Qué quieres que te diga?

La pregunta de Edward desconcertó a Grace. Nunca había visto sus ojos de un azul tan intenso.

—La verdad —susurró Grace.

El joven se tomó unos segundos.

—Te sigo teniendo dentro de mi cabeza, pero la distancia lo hace más soportable.

—Entonces, ¿por qué te alejaste?

—Supongo que escogí la salida más fácil. Vi cómo mirabas a Jimmy y pensé que sentías algo por él. Simplemente me puse celoso. Ahí me di cuenta de que me gustabas.

Grace se sentía en el borde de un oscuro precipicio. El rencor hacia Edward desapareció de súbito. Quizás ella le había dado motivos para pensar eso, aunque no sabía bien cómo ubicarse en esa situación, pues su cercanía con Jimmy vino precisamente a raíz del alejamiento de Edward.

—¿Por qué pensaste algo así?

Edward apretó sus labios.

—Es lo que vi —se limitó a contestar.

Sin embargo, Grace se sintió dentro una espiral o más bien de un huracán que amenazaba con arrastrarla hacia un lugar incierto. Había besado a Jimmy, ¿acaso Edward tenía razón? Estaba claro que su intuición no se alejaba tanto de la realidad.

—No siento nada por Jimmy.

—No tienes que darme explicaciones.

—No te las estoy dando. —La mano de Grace se acercó a la de él, tocándose tal vez por primera vez. Edward sonrió y alzó los dedos para pasarlos suavemente sobre su piel—. Todavía no me has contestado.

Edward la miró fijamente.

—¿Todavía sientes cosas por mí? —insistió Grace. Su voz se quebró al pronunciar esas palabras. Su corazón comenzó a latir más deprisa.

—Mi respuesta será la misma que la tuya. Solo así evitaremos más confusiones.

Grace asintió y observó su mano entre los dedos de Edward. El roce de su piel era distinto al de Jimmy.

—Tu madre jamás lo permitiría. De no ser por ella, yo seguiría en Charleston, viviendo con mi tío. No puedo faltarle el respeto de esa manera ni arriesgar mi empleo. ¿Qué sería de mí?

Edward, lejos de desanimarse, miró a Grace con esperanza.

—Si mi madre es lo que nos impide estar juntos, entonces ya sé la respuesta.

Tenía razón. Grace se había declarado al señalar a Julia como la causa de no mostrar sus sentimientos hacia él. Cuando advirtió la

verdad que había trascendido de sus palabras, se ruborizó. Apartó su mano y suspiró angustiada.

—¿Sabes una cosa? —dijo el joven agachando la mirada—. Es la primera vez que vengo a Orangeburg. Hace poco, mi padre me contó que tú solías venir aquí en tus días libres. Me dijo que Jimmy siempre te acompañaba, pero que en las últimas ocasiones habías venido sola. No quiero que pienses que trato de averiguar todo lo que haces. La conversación surgió por curiosidad y no comenté nada al respecto. —Suspiró—. Tenía muchas ganas de verte. Pese a que intenté alejarme de ti, no he sido capaz. Por eso estoy aquí y por eso llevo toda la mañana en la tienda de discos. Además, me inventé lo de mi compañera. Supongo que eso me hacía sentir menos ridículo.

Las miradas de ambos se encontraron de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Grace. Se sintió aliviada al saber que no existía ninguna amiga.

—Solo quiero estar contigo. Soy consciente del riesgo que supone para ti y por eso entenderé tu decisión, sea cual sea.

—Es complicado, Edward.

La respuesta de Grace zanjó la cuestión por el momento y los dos se quedaron en silencio. Al cabo de unos minutos, Edward se levantó y pagó la cuenta.

—No quiero entretenerte más tiempo. Tan solo quería que lo supieras —dijo él de pie junto a la mesa.

—¿Te vas?

Edward señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Pensaba en caminar hasta la estación de autobuses.

—¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto.

Así, los dos salieron de la cafetería y comenzaron a caminar bajo la ligera llovizna que caía. La estación de autobuses estaba a pocas calles de distancia, aunque coincidieron en atravesar un parque para acortar el camino.

Edward caminaba serio, ceñudo, con las manos en los bolsillos y el disco encajado en su brazo. Grace, en cambio, lo miraba continuamente. Algo había cambiado en él. Era más alto y su rostro era ya el de un joven que miraba hacia el futuro. Transmitía seguridad.

—¿Cuándo regresarás a casa? —preguntó Grace.

—No lo sé. Quizás en Navidad.

—Ojalá que sea antes.

Los dos se detuvieron al unísono. Poco les importaba la lluvia. El mundo se reducía a la persona que tenían en frente.

—Puede que el próximo jueves venga otra vez a Orangeburg.

Ella asintió y dio un paso hacia el joven.

—Yo también. Pasaré aquí todo el día.

—Resulta agradable estar rodeados de desconocidos, ¿verdad? Nadie nos conoce, nadie nos juzga —dijo Edward. Una repentina brisa arrastró hasta él el perfume de Grace, ese aroma tan característico que era capaz de reconocer a kilómetros de distancia. Sin decir nada, alzo sus manos y la pasó por sus mejillas sonrojadas, retirando algunas gotas de lluvia. La joven entreabrió sus labios y suspiró. Edward acarició su rostro con las yemas de los dedos a la par que ambos se acercaban.

—¿Cómo es posible que me hubiera olvidado de tus ojos?

Ya podían sentir cada uno el aliento del otro.

—El mundo se puede ir al infierno en este momento —dijo Grace. Fue entonces cuando los labios de los dos se unieron en un largo y delicado beso. Los brazos de Edward la estrecharon con fuerza y el disco cayó al suelo. Poco a poco, el beso encendió la pasión que tanto tiempo habían contenido. Grace sintió una explosión de calor que ascendió desde su vientre e hizo temblar su cuerpo y aferrarse a él con todas sus fuerzas.

—Dime que no tienes que irte todavía —susurró Edward cerca de su oído.

Las palabras del joven se sentían tan bien, que podría haberse quedado el día entero cerca de él, pero de pronto un miedo a que los vieran se apoderó de ella y regresó a la realidad. Se separó y miró a su alrededor. Respiró aliviada cuando se cercioró de que nadie los había visto. Tan solo ellos estaban en el parque.

Sin pensarlo, se lanzó de nuevo a los brazos de Edward y se fundieron en nuevo beso que los transportó a un otro universo. La atracción que sentían el uno por el otro se había desbordado y no encontraban otra manera de saciarla más que con sus labios, con sentir el cuerpo del otro entre sus manos.

Una pareja de ancianos que paseaba por el parque les hizo retomar el paso entre risas, alejándose de allí rápidamente para evitar que les reprendieran por su actitud. Por ello, casi sin darse cuenta, llegaron hasta la estación de autobuses.

—¿Ahora qué? —preguntó Edward. Grace encogió los hombros sin perder la sonrisa.

Experimentaba tal felicidad en su interior que era incapaz de pensar con claridad, aunque al mismo tiempo se preguntaba qué ocurriría si Edward o Jimmy supieran que había besado al otro. Eso era lo único que le enturbiaba en ese momento.

—Los jueves serán nuestros días —dijo Grace. Edward sonrió.

—Será la semana más larga de mi vida.

Ella sonrió. Sus ojos relucían con luz propia.

—Nadie debe saber esto, Edward. Prométemelo.

Él sujetó sus manos con firmeza.
—Lo prometo

Capítulo 15

La semana siguiente se antojó como un siglo para ambos y a medida que se aproximaba el día, los nervios se hicieron presa de ellos. En esa ocasión, Grace ni siquiera invitó a Jimmy a que la acompañara, por temor a que este aceptara. La idea le resultaba tan insoportable que, a principios de semana, lo evitó con tal de que nadie la acompañara hasta Orangeburg, como finalmente sucedió.

Grace bajó del autobús y enseguida comenzó a mirar a su alrededor, esperando reencontrarse con Edward. Sin embargo, pasaron los minutos y cundió el desánimo en ella. Tal vez Edward hubiera decidido no ir o se hubiera arrepentido. Esos pensamientos le causaban un sufrimiento que solo se desvaneció cuando vio al joven bajarse de otro autobús, como unos veinte minutos después de su llegada.

El encuentro entre ambos fue torpe. Se quedaron de pie, uno frente al otro, sin saber cómo saludarse y sin dejar de sonreír.

—Pensaba que no venías —dijo ella.

—Aunque tuviera que venir caminando —contestó él.

Ese día pasearon sin rumbo por las calles de Orangeburg, siempre con una conversación en los labios, salpicados de risas. En algunas ocasiones, sus manos se encontraban y se agarraban durante unos segundos para después soltarse en cuanto un desconocido se cruzaba en su camino.

—¿Tu madre sabe que estás aquí? —preguntó Grace.

—Por supuesto que no —contestó—. ¿Cómo van las cosas por casa? ¿Alguna novedad?

—Poco. Bueno, sí que hay algunos roces entre Jimmy y Melvin. Ya sabes que Nolan Sanders está cada vez más ausente.

Edward dibujó una sonrisa agria en el rostro.

—¿No se soportan?

—Más bien yo diría que chocan. Son dos maneras opuestas de ver el mundo.

Después de pasear, visitaron la tienda de discos, almorzaron en la cafetería y visitaron varios pubs, en los cuales Grace había estado con Jimmy. Esto le ocasionó una sensación extraña que no supo definir y que tardaría en desvanecerse.

El tiempo, inmóvil durante la semana, voló aquel jueves y antes de que se dieran cuenta, se encontraban despidiéndose en la estación de autobuses. Allí se hicieron la promesa de verse al jueves siguiente.

Pasada una semana, de nuevo se encontraron en Orangeburg y estuvieron gran parte del día hablando. No les importaba si estaban sentados en un banco, en la cafetería o paseando de un lado a otro. Cuando estaban juntos sentían que todo lo demás carecía de sentido. Sin embargo, la soledad de la pareja, las conversaciones y los besos pronto les resultó insuficiente. El roce de la piel del otro era como un elixir que les hacía experimentar una necesidad real, un instinto que cada vez les era más complicado mantener a raya.

Los jueves se habían convertido en algo especial, en un día mágico para ambos. Sus vidas oscilaban en torno a ese día de la semana en la que ambos podían ser ellos mismos en Orangeburg, ciudad que se había convertido en un bastión para sus sentimientos. Al jueves siguiente, Edward la sorprendió con un fino colgante de plata.

—Es precioso. No debías haberte molestado.

—¿Acaso no fue tu cumpleaños hace poco? Me hubiera encantado poder celebrarlo contigo.

Grace sonrió con ternura.

—Lo cierto es que te eché de menos. Dorothy y Quinn me prepararon un pastel y soplé las velas por la noche. Ah, y Jimmy me regaló un paquete de cigarrillos.

La sonrisa del joven se agrió, aunque la mantuvo. Le resultaba incómodo aceptar que Jimmy continuara viviendo tan cerca de Grace. Confiaba en ella, pero, aun así, no podía evitar sentirse incómodo cada vez que lo recordaba. Hizo un esfuerzo y procuró recuperar la alegría que había experimentado hasta ese momento.

—No puedo creerme que tenga ya dieciocho años. El tiempo vuela —dijo Grace. Se detuvo frente a un escaparate y colocó sobre su pecho el collar. Edward, sin ninguna maldad, observó cómo el colgante caía encima del pecho de Grace, quedando entre la silueta de sus senos cubierta de ropa. La mirada de la joven estaba fija en el cristal, mientras que Edward tan solo tenía ojos para ella. Lentamente, se acercó hasta ella, rodeó su cintura con las manos y la besó en la mejilla. Grace se giró hacia él y sus labios quedaron a muy poca distancia.

Volvieron a la realidad en cuanto un coche pasó junto a ellos, pero, desde ese momento, la atracción entre los dos se incrementó hasta cotas que jamás habían imaginado. Al cariño que sentían se añadió la necesidad de lo físico, del contacto continuo, de sentir el calor de la piel del otro. Grace recordó entonces el día que besó a Jimmy, lo que sintió cuando sus manos recorrieron su cuerpo. Había pasión, pero lo que sentía hacia Edward iba mucho más allá. Era deseo, una llama contenida en una jaula que se derretía poco a poco. Cada jueves ambos regresaban con un sabor agridulce.

Ya en noviembre, el deseo de ambos acabó por desbordarse. Esperaban junto a la puerta del cine a que pudieran entrar. Podía decirse que la idea de ver una película había surgido de ambos, pese a que ninguno lucía gesto alguno de entusiasmo. Era la hora del almuerzo y no había nadie más allí, lo que explicaba el retraso del acomodador, que esperaba inútilmente que alguien más acudiera a ver la película.

—Abrirán las puertas de un momento a otro —dijo Edward. Grace asintió.

Por fin, el acomodador, un adolescente vestido con un chaleco que le quedaba corto, abrió la puerta y los acompañó hasta sus asientos, aunque quedó un poco ridículo al no haber nadie más en sala. Aun así, tuvieron que esperar diez minutos más hasta que por fin comenzaron a reproducir la película. Sin saber por qué, los dos percibían lo absurdo de la situación, extendiendo una tensión que les resultaba misteriosa y atractiva al mismo tiempo.

—¿Crees que podremos ver la película antes de fin de año? —dijo Edward con sarcasmo. Grace esbozó una sonrisa. Sus dientes relucieron bajo sus labios.

—Creo que ya empieza.

En ese momento, las luces se apagaron por completo y el reproductor escupió un halo de luz blanquecina sobre la pared. Sin embargo, la atención de los jóvenes no estaba en la pantalla. Grace había dejado caer su brazo sobre Edward y este la acariciaba suavemente, pero apenas transcurrió unos segundos antes de que los dos supieran que eso era solo el principio. Antes de que se dieran cuenta, los dos se fundieron en un beso que se alargó y que, aun así, les pareció insuficiente.

—Esta vez no quiero marcharme sin estar contigo —susurró Edward. Ella besó sus labios una vez más. El placer y el deseo se habían apoderado de ellos.

—No tenemos donde ir —dijo Grace.

Edward miró hacia la pantalla sin fijarse en la película.

—Hay un lugar a las afueras. Sé que suena una locura, pero allí… —Edward no pudo continuar, o más bien no supo cómo hacerlo. Grace, por su parte, se encontraba ante el dilema de dejarse llevar o mostrarse como una chica correcta, esas de las que tanto hablaba la señora Preston.

—¿A qué estamos esperando?

Edward y Grace salieron apresurados del cine y el rostro de sorpresa del acomodador, que entró enseguida en la sala y, tras cerciorarse de que todo iba bien, dio una voz para que detuvieran la cinta. Rápidamente, cruzaron la ciudad en dirección a un pequeño hotel de carretera, temerosos de que se les echara el tiempo encima.

Cuando llegaron, Edward entró en la recepción y le pidió a Grace que lo esperara fuera. Dos minutos después, salió con una sonrisa y la llave de la habitación en sus manos.

La joven mantenía el rostro agachado y procuraba pasar desapercibida. Quizás por el hecho de ser consciente de lo que iba a ocurrir, sentía una gran vergüenza, como si estuviera a punto de hacer algo horrible. De reojo observaba a Edward, el cual le dedicaba una media sonrisa mientras se dirigían a la habitación. Cuando llegaron, Grace respiraba agitada, presa de un gran nerviosismo.

—Aquí estaremos tranquilos —dijo Edward abriendo la puerta. Las bisagras chirriaron, como si pretendieran poner en aviso al resto de las habitaciones. Sin embargo, el hotel era poco transitado y discreto; idóneo para la joven pareja.

Consigo llevaban un par de refrescos y unos discos que Grace había comprado, pues esto último era el motivo de su visita a la ciudad, al menos para todos aquellos que habitaban en la residencia de los Preston.

Sin embargo, apenas se cerró la puerta, sus ojos se encontraron de nuevo con un millón de preguntas. No obstante, no les hizo falta decir nada para obtener la respuesta. Poco a poco se acercaron hasta que sus labios volvieron a unirse. La sed que sentían solo podía saciarse en los labios del otro y, aun así, necesitaban más.

—¿Estás segura de esto? —preguntó él, consciente de lo que significaba dar el siguiente paso. En Grace, en cambio, no hizo más que aumentar el deseo debido a la consideración de Edward. No solo la besaba, sino que cuidaba de ella, la protegía al mismo tiempo que sus manos luchaban por desnudarla en un arrebato descontrolado. Un mundo nuevo surgía en ese momento. El impulso viril del joven la hacía sentirse más mujer, apretando sus caderas contra él, escuchando y dejando a su cuerpo tomar el control.

—Sí, si es contigo —dijo ella separándose de él.

Sus labios volvieron a encontrarse, con más furia y ansiedad. Sin pudor alguno, movidos por el deseo descontrolado que se había apoderado de ellos, se desnudaron. Ninguno de los dos tenía experiencia, se dejaron llevar tan solo por sus instintos, como si tuvieran que adentrarse por un desconocido pero placentero camino. Los movimientos de ambos se acompasaban y el placer se hizo más intenso. Los besos dejaron paso una respiración entrecortada, a una intimidad que solo dos personas enamoradas conocen cuando unen sus cuerpos.

—Hazlo —dijo Grace sujetando con firmeza el rostro de Edward. Este, que sabía a lo que se refería, asintió. Movió su cintura suavemente y Grace se mordió los labios. Rápidamente se aferró a la espalda de Edward y clavó sus uñas en ella. Una sensación lacerante,

muy intensa, le hizo estremecerse de dolor.

—¿Quieres que pare? —preguntó él. Ella, retorciendo sus labios, movió la cabeza de un lado a otro y apretó su cuerpo para instarle a seguir. El joven retomó de nuevo su impulso y pronto ella dejó atrás el dolor para sentir un placer infinito y misterioso, tan solo interrumpido por la efusividad de ambos. Al poco acompasaron sus movimientos, descubrieron lo que escondían sus cuerpos y se convirtieron en uno.

Cuando todo acabó, rendidos, se quedaron tumbados en la cama, mirando al techo como si se tratara de un firmamento estrellado. Ambos respiraban.

—¿Cómo hemos podido vivir sin esto? —dijo Edward. Grace rompió a reír.

—Ha sido… Ha sido…

Pero él no le dejó contestar y la besó nuevamente.

—Te quiero, Grace.

Capítulo 16

Blackville, Carolina del sur
Diciembre de 1965

Grace experimentó un escalofrío. Llevaba varios segundos con la mirada perdida. Edward regresaba a la residencia de los Preston para celebrar la Navidad, por lo que se quedaría durante unos días, lo que le alegraba y preocupaba al mismo tiempo. Por ello, en silencio, pensaba en muchas cosas a la vez: no quería que la relación saliera a la luz —solo Dios sabía cómo reaccionaría Julia—, aunque, al mismo tiempo, trataría de encontrar la manera de pasar tiempo a solas con Edward.

Esa noche, cenaron solos Julia y Edward, pues Richard no había llegado. Cuando Dorothy y Grace fueron a retirar los platos, hubo un leve movimiento de Edward para rozar la mano de Grace que lo hizo sonreír.

Esa sonrisa llamó la atención de Julia, que la miró con desprecio.

—¿Todo bien? —Edward miró a su madre extrañado por su pregunta y las chicas se quedaron quietas sin saber qué decir. Luego de un momento, Dorothy intervino:

—Todo bien. ¿Le ha gustado la comida? —preguntó. Grace se mantenía inmóvil.

—Sí. Edward, ¿a ti te ha gustado? —inquirió enfocando su mirada en su hijo.

—Claro, como siempre la cena estaba deliciosa —contestó el joven. Dorothy y Grace movieron la cabeza y caminaron hacia la cocina.

—Grace, un momento —dijo Julia de repente—. ¿Puedes acercarte?

La joven miró los platos que sujetaba en ese momento, pero Julia insistió. Desconcertada, volvió sobre sus pasos y regresó a la mesa.

—¿Ocurre algo?

—Quería preguntarte, ya que has estado mucho tiempo con nosotros, ¿cómo te encuentras aquí?

La cuestión de Julia pilló a todos por sorpresa. Los platos estuvieron a punto de escurrirse de las manos de Grace. Más que por el peso, por los temores de la joven.

—Estoy… muy bien, señora. No hay día que no agradezca que me contratara.

Julia asintió altiva, orgullosa, como si quisiera dejar clara su magnanimidad y su poder.

—Es muy considerado por tu parte. ¿Cuánto tiempo hace de eso? Todavía recuerdo la reunión con tu tío Connor, pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de que sucedió hace una eternidad. Pero no hace tanto, ¿verdad?

Grace tragó saliva. Intuía que las palabras de Julia no eran otra cosa que una amenaza o una advertencia, quizás. Mantuvo su mirada fija en la señora Preston. En la periferia de su atención quedaba Edward, que no era más que una figura borrosa en ese instante.

—El tiempo pasa muy deprisa, señora —contestó todavía sujetando los platos. El ligero temblor de sus manos hizo repiquetear los cubiertos, a lo que Grace respondió con una leve sonrisa.

—Y que lo digas, Grace. Solo tengo que mirar a mi hijo para comprobar lo rápido que transcurre el tiempo. Se escapa de nuestras manos como el agua. Por cierto, Grace, ya cumpliste dieciocho años. ¿Has pensado en qué hacer en lo referente al porcentaje que le enviamos mensualmente a tu tío? Lo recuerdas, ¿verdad?

Grace cogió aire. Su tío Connor era una pesadilla convertida en realidad, alejada de ella, pero todavía latente como un mal recuerdo.

—No lo he pensado, señora. Lo lamento.

Julia sonrió.

—No importa. Es solo que se me ha venido a la cabeza y me ha parecido buen momento para comentártelo.

—Se lo agradezco.

Julia sonrió con exagerada molestia.

—No tienes nada que agradecer. Ah, ¿cómo podría no cuidar de ustedes? Ya mismo Edward conocerá a una buena mujer y formará su propia familia. ¿No es así, Edward? Me quedaré sola en esta finca, al menos hasta que mi marido se jubile. Espero, hijo, que me bendigas con muchos nietos. Nada me haría más feliz que ver esta casa llena de pequeños Preston, Dios lo sabe.

Este miró a su madre y asintió sin mucho convencimiento. Julia continuó su discurso.

—Ah, puedo imaginarme hasta el día de tu boda, hijo. Será grandioso. Será lo más comentado en el condado. Ya lo creo, mi pequeño casado con una joven de buena familia: una Mitchell; una Walton… ¡Hay muchas candidatas que matarían por caer en tus brazos! Es lo mínimo que te mereces, hijo. Sé que eres joven, pero debes tener cuidado de no manchar tu nombre. Un error lo es para toda la vida. ¿Cuántas lagartonas se acercarían a ti con tal de sacarte un collar de perlas? De esas tienes que huir como si se trataran de víboras. ¿Me comprendes? Claro que sí. Eres un chico inteligente. Tenlo siempre en la cabeza. Tienes una posición, un estatus. Eres un

Preston, nunca lo olvides.

Cuando terminó, Julia miró de nuevo a Grace como si esperara un comentario por su parte. La joven no supo cómo reaccionar.

—Puedes retirarte, querida.

La joven se marchó. Las primeras lágrimas cayeron por sus mejillas en cuanto llegó a la cocina y tuvo la certeza de que nadie la vería llorar. Respiró hondo para calmarse, pero se le escapó un sollozo que llamó la atención de Dorothy, que estaba tras ella, limpiando la encimera.

—¿Qué sucede, Grace?

Esta movió la cabeza de un lado a otro.

—Nada. Será un poco de alergia. Nada más.

Pero Dorothy no era tan ingenua. Se acercó a su amiga y la observó de cerca. Tenía los ojos rojos por el llanto y el rostro encendido. No expresaba tristeza, sino ira o quizás una mezcla de ambas.

—¿Qué mosca le ha picado a la señora Preston? —insistió—. Ya sabes que no has de tenerle en cuenta todo lo que dice.

Grace dibujó una media sonrisa en sus labios. Sí le había dicho algo. Tras su discurso clasista y rancio, se escondía una advertencia, un disparo al aire con el que pretendió dejar clara que su hijo jamás tendría una relación con alguien como ella. Sin embargo, Grace cayó en la cuenta de que su amiga no estaba al tanto de lo que estaba ocurriendo. Solo ella y Edward conocían la verdad, de momento, por lo que carecía de sentido llenarse la boca con explicaciones que Dorothy no iba a comprender.

—No quieres hablar, lo capto, pero no me niegues que te ha pasado algo. No estabas llorando cuando saliste de la cocina hace cinco minutos.

—Ha sido la señora Preston —respondió Grace con voz queda, queriendo dejar claro que no quería hablar del tema.

—¡Lo sabía! La señora está muy alterada últimamente. No sé qué demonios le ocurrirá. ¿Será la menopausia esa? Le preguntaría a mi madre, pero no creo que le siente muy bien. De todas formas, no le des mucha importancia. Los años no le están sentando bien. Siempre ha sido exigente, pero no desde luego como ahora. Supongo que tendrá algo que ver el que el señor Preston se pase fuera la mayor parte del tiempo. Ya sabes a lo que me refiero.

La ignorancia de Dorothy respecto a la realidad restaba importancia a sus palabras. No menospreciaba el apoyo de su amiga, simplemente era consciente de que el discurso de ella cambiaría radicalmente si conociera la verdad. ¿Había llegado el momento de contarle lo que estaba ocurriendo? Tarde o temprano tendría que contárselo todo.

Sin embargo, no tuvo tiempo recapacitar mucho más, pues Quinn entró en la cocina transmitiendo las indicaciones que le había comunicado la señora Preston.

—Hay que llevarle un plato de comida a Jimmy —dijo. Dorothy sonrió irónica y señaló a Grace.

—¿Otra vez? —exclamó Dorothy—. ¿Es que ahora trabajamos para él?

Quinn la reprendió con la mirada.

—Son las órdenes de la señora Preston —sentenció.

—Que le lleve la comida su amiguita —dijo Dorothy señalando a Grace. Esta la miró molesta.

—¿De qué estás hablando? Además, creo que esta noche iba a Blackville, al Blackie Black.

—Me importa bien poco donde esté Jimmy —confesó Quinn toscamente. No le hacía falta levantar su voz para impregnarla de autoridad—. La señora Preston me ha pedido que le dejemos un plato de comida en el caserón y es lo que vamos a hacer. Hace mucha humedad, Dorothy. Será mejor que te cubras un poco. No quiero que te resfríes.

Esta miró a su madre.

—¿Por qué tengo que ir yo? Grace y él son amigos —insistió la joven haciendo hincapié en esa cuestión.

Grace no dijo nada. Sus preocupaciones estaban en otra parte, lo que no pasó inadvertido para Quinn.

—¡No me importa de quién sea amigo! La señora Preston me ha dejado claro que quiere que seas tú la que lleves la comida. ¡Fin de la discusión! Es tarde y quiero terminar de una vez.

A regañadientes, Dorothy cogió la bandeja que había preparado su madre y salió en dirección al caserón en el que vivía Jimmy. Su madre acertó de pleno en cuanto a la humedad y pronto sintió una brisa fría alrededor de su cuello. En silencio, refunfuñando, protestó por no haber cogido nada para echarse por encima. En cuanto llegó a la puerta, la aporreó y esperó un par de segundos, pero no hubo respuesta. Repitió el proceso hasta que, cansada de esperar, la abrió y entró para dejar la bandeja con la comida. Salió a los pocos segundos de regreso a la casa, ignorando que, a la distancia, oculto entre la vegetación, Melvin la observaba iracundo. Rechinando los dientes, maldijo a Jimmy y se perdió entre la oscuridad.

—¿La señora Preston ha indicado que debía ser Dorothy la que llevara la comida? —preguntó Grace en cuanto se quedó a solas con Quinn. Esta, siempre de pocas palabras, se giró hacia ella y la miró atentamente.

—Eso me ha dicho. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Crees que hay algún motivo en concreto para que envíe a Dorothy en vez de a ti?

—Ninguno —respondió Grace mostrándose tranquila.

—Eso crees —dijo Quinn—. Llevo muchos años sirviendo a los Preston, Grace, y puedo decirte, sin miedo a equivocarme, que conozco a la señora Preston mejor de que lo que ella se conoce a sí misma. Soy muy observadora y me valgo de ello para no meterme en problemas. Tú has cambiado mucho desde que llegaste aquí. Te has convertido en una mujer, ¿me equivoco?

La joven no comprendía del todo la intención que escondían las palabras de Quinn o, más bien, no quería comprenderlo. ¿Acaso Quinn sospechaba de ella? ¿Los había visto a Edward y a ella en Orangeburg? Eso era imposible. Quinn tan solo salía de la residencia para ir a Blackville o a Walterboro, su ciudad natal. Sin embargo, el extraño comportamiento de Julia al terminar la cena le hacía poner todo en duda. ¿Sabían todos más de lo que ella suponía? Si era así, ¿cómo se habían enterado?

—Los años pasan para todos, supongo —respondió Grace eludiendo la respuesta.

—En eso tienes razón. Pero te diré una cosa, jovencita, que espero te sirva en un futuro. Cuando los muchachos se convierten en hombres, apenas se aprecia. Por lo general son más inmaduros y simples, aunque nunca lo vayan a reconocer. En cambio, cuando una jovencita se convierte en mujer, cambia el brillo de sus ojos, su mirada desprende posesión, fortaleza, el surgir de una futura madre en ciernes; sus ojos hablan para quien puede escucharlos, Grace.

—No sé qué quieres decir, Quinn.

El corazón de Grace latía desbocado. Quinn parecía estar tanteándola, revoloteando a su alrededor como un águila antes de lanzarse sobre su presa.

—Tal vez me haya equivocado —dijo la madre de Dorothy desprovista de toda gravedad. Un cambio tan repentino que desconcertó a Grace más todavía—. Discúlpame.

—Tranquila.

El sonido de la puerta al abrirse las interrumpió y la conversación que acababan de mantener pasó a un segundo plano. Grace tardó unos segundos en procesar lo que había sucedido. ¿Por qué Quinn le había hablado de esa manera? De haber sido Dorothy no le hubiera preocupado, pero Quinn era el tipo de persona que rara vez hablaba y, cuando lo hacía, era porque tenía algo importante que decir.

—Jimmy no estaba. Se lo he dejado encima de la mesa.

Lo sucedido aquel día marcó un antes y un después para Grace. Ella fue la primera en percatarse de las enrevesadas raíces que se estaban propagando por la residencia de los Preston.

A los pocos días, el señor Preston regresó a la finca y Nolan Sanders, el que había sido su capataz durante los últimos veinte años,

presentó su dimisión, lo que pilló a todos por sorpresa. Era cierto que había rumores, pero nadie pensaba que Nolan fuera a dar el paso. Richard intentó retenerlo ofreciéndole un sueldo mayor, pero el veterano capataz ya había tomado su decisión. Una cosa a su favor es que era un hombre de palabra.

—Los tiempos cambian, señor Preston. En cuanto a mí, puede que sea el momento de colgar las botas. La juventud viene pisando fuerte y hay que dejarles sitio.

Richard frunció el ceño. Estaba a medias de acuerdo con las palabras de su excapataz y profundamente preocupado por quién habría de sustituirlo.

—En ese caso, no me queda más que agradecer tu dedicación todos estos años, Nolan.

Nolan estiró sus labios en una mueca y ojeó la plantación que se extendía frente a ellos. Entre el verde destacaban los trabajadores como pájaros gigantescos en busca del grano. Una parte de él pensaba que aún tenía fuerzas para mediar con ellos e imponer su autoridad, pero su cuerpo le indicaba lo contrario. Por primera vez en su vida, Nolan Sanders rehuía el discutir, el trabajo; incluso le resultaba difícil entender la manera de hablar de los más jóvenes. No, había llegado el momento de decir adiós.

—Y yo le agradezco a usted su confianza, señor Preston. Da gusto trabajar con hombres como usted.

—El orgullo es mutuo, entonces —dijo Richard algo desanimado. Hasta el último momento mantuvo esperanzas de convencer a Nolan para que continuara en su puesto; su confianza en él era absoluta. ¿Quién podría sustituirle? Quizás él tuviera la respuesta—. Sin embargo, antes de marcharse, podría ayudarme por última vez.

—Por supuesto. Dígame.

—Conoces a la mayoría de estos trabajadores como la palma de tu mano. Necesito uno en el que yo pueda confiar. Será difícil que esté a tu altura, pero en estos momentos me conformo con que sea lo suficientemente competente como para que no me decepcione.

Nolan Sanders estiró sus labios en un mohín y se ajustó el sombrero. Una mueca descubrió sus dientes amarillentos. Observó el paisaje de nuevo. Las camisas claras de los trabajadores destacaban entre el verde de la vegetación, mientras el sol del atardecer caía plomizo con infinitos rayos anaranjados, que adquirían textura propia al mezclarse con el polvo.

—Johnny es el que más tiempo lleva trabajando aquí —sugirió Richard, aunque sin mucho convencimiento.

—Es un buen burro de carga, pero huye de la responsabilidad. Ponlo al frente y esto será un caos en cuestión de días.

El señor Preston se azuzó el rostro. La ausencia de Nolan Sanders

se le hacía más alarmante todavía.

—A mi parecer, el mejor hombre que tiene ahora mismo es uno de los gemelos, Melvin. Sé que no lleva aquí mucho tiempo, pero puede tratarse del hombre que está buscando. Ya sabe que no siento predilección por los negros, pero es la verdad.

Richard dio valor al consejo de Nolan. Se despidió de él y reflexionó hasta alta horas de la madrugada cuál iba a ser su elección. Por fin, al día siguiente nombró capataz a Melvin. Poco tardó Richard en comprobar que había tomado la decisión correcta y que la intuición de su antiguo capataz seguía intacta. Mucho más joven, Melvin era enérgico, exigente, pero justo al mismo tiempo. Otro punto a su favor era que, al ser afroamericano, los trabajadores que casi todos lo eran, a excepción de Jimmy, lo veían con buenos ojos y lo obedecían de buena gana. Además, hablaba a Richard con mucha franqueza, exponiéndole los problemas, las posibles soluciones y qué haría él si estuviera en su mano tomar la decisión final. Esto hizo que, después de un mes, la relación de Melvin con Richard fuera espléndida. Raro el día que los dos no paseaban por la plantación.

Pero no todos estaban conformes con la decisión tomada por Richard. Julia le recriminó en un par de ocasiones la desfachatez de nombrar capataz a un negro, aunque su marido no tuvo en cuenta sus palabras y esquivó el conflicto dentro de lo que pudo. Lo único que le preocupaba era el rendimiento de sus tierras; lo demás le resultaba indiferente. Sin embargo, otro que se opuso abiertamente fue Jimmy, quien afirmaba una y otra vez sufrir la obsesión de Melvin hacia él.

—Ese negro no hace más que tocarme las narices —decía asqueado—. La tiene tomada conmigo.

Grace, que fumaba un cigarrillo, sentada sobre un tocón, no le prestaba atención. Habían transcurrido unas semanas desde la marcha de Nolan Sanders y no le dio importancia alguna a que Melvin fuera nombrado capataz. Era un hombre competente y responsable.

—¿Me estás escuchando? —dijo Jimmy después de que Grace no le contestara.

—Estaba pensando —respondió ella posando sus ojos sobre él.

—¿En qué? No puedo imaginarme que haya algo en este mundo más interesante que yo.

Grace lo miró fijamente y le sacó la lengua con un gesto divertido. Jimmy sujetaba una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Su pelo seguía estando despeinado, al igual que su cuerpo se mostraba endurecido por el trabajo en la plantación. Seguía siendo el mismo, pero Grace, o más bien su cabeza, insistía en que algo había cambiado en él. Era más impetuoso, más rencoroso y en ocasiones violento, aunque no con ella; era más como una actitud general, una frustración constante. Grace valoraba la posibilidad de

que, detrás de su cambio de actitud, estuviera su continuo rechazo a intimar con él, lo que le hacía sentirse culpable.

—En cosas sin importancia.

—Serían importantes si no me prestabas atención —dijo Jimmy sentándose a su lado, piel con piel. Desde hacía semanas, intentaba repetir el beso con Grace, pero esta mantenía la distancia, lo que desquiciaba al joven más todavía. Decidido, pasó su brazo por encima del hombro de la muchacha, que, como si un tentáculo venenoso se hubiera posado sobre ella, arqueó la espalda y se libró de él.

—Tengo que irme —dijo Grace—. He de volver al trabajo.

Jimmy se incorporó y la cogió de la mano.

—Lo pasaríamos muy bien, cariño —dijo él con una sonrisa.

—¿No lo pasamos bien ya? —Ella percibió cómo tiraba de su mano hacia él, pero, aun así, se mantuvo en su sitio.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Con un gesto brusco, Grace se apartó de él, aunque no perdió la sonrisa. Cada vez le resultaba más complicado mantener su relación con Jimmy mientras ocultaba la verdad con Edward.

—Esto es todo lo bien que te lo vas a pasar conmigo. —Y tras esto, Grace se fue en dirección a la casa, haciendo un aspaviento al girarse. Jimmy se quedó allí viendo como Grace se alejaba poco a poco, contemplando las líneas de su figura y recreándose con ella.

—Podemos probar. ¡Así saldremos de dudas! ¿Qué me dices? —gritó.

—¡Hasta la vista, Jimmy! —dijo ella.

Mientras Grace se alejaba, comenzó a preguntarse por qué seguía viéndose a solas con Jimmy. Cada vez le parecía menos gracioso e incluso se sentía incómoda estando a solas con él. Cuando llegó a su habitación, se sentó sobre la cama y suspiró. Al cabo de unos segundos, Dorothy entró y ocultó rápidamente la sonrisa que llevaba en los labios. Julia estaba en casa, lo que significaba que no podían escuchar música.

—¿De dónde vienes? —preguntó Grace.

—He estado dando un paseo. Hace una tarde fantástica.

Grace afinó la mirada.

—¿Sola?

—Me he encontrado con Marcus cerca de la plantación. He estado charlando un rato con él.

—¿Cuántas veces te has encontrado con Marcus en las últimas semanas?

Dorothy puso los brazos en jarra.

—La curiosidad mató al gato, bonita.

Grace sonrió, aunque no había alegría alguna en ese gesto, sino más bien preocupación. Dorothy seguía sin saber nada de la relación a

escondidas que ella mantenía con Edward. Pese a que tenía simpatía por Jimmy e incluso hubo momentos en los que se planteó salir con él, la irrupción de Edward había terminado por dejarlo de lado. En parte sabía que no podía contarle la verdad, pero no le gustaba que Jimmy viviera de falsas esperanzas. Era complicado.

—¿Hay novedades con Melvin? —preguntó Grace. Por suerte, Dorothy también tenía su propio drama romántico.

—Bueno, eso de ser capataz le ocupa la mayor parte del tiempo, pero creo que sospecha algo. Está cada vez más frustrado y enfadado.

—Jimmy me ha contado algo parecido. Dice que lo trata peor que Sanders.

Dorothy asintió.

—Me preocupa, aunque ya sabemos todos que, en ocasiones, Jimmy tiene mucha fantasía. ¿Crees que será cierto lo que te ha contado?

Grace hizo un gesto ambiguo.

—Me gustaría pensar que no.

Ambas compartían las mismas dudas y, por casualidad, llegaron a la misma conclusión.

—¿Crees que la actitud de Melvin estará relacionada contigo? Quizás esté celoso o algo por el estilo —dijo Grace. Dorothy torció el gesto—. ¿No lo has comentado con Marcus? Ya llevan viéndose unos cuantos meses.

—Lo he hablado con él, pero insiste en que por el momento es mejor no decirle nada a su hermano. Lo ha intentado en varias ocasiones, pero al parecer Melvin tiene puesta una venda en los ojos y más desde que lo nombraron capataz.

—El pobre tiene que estar sufriendo mucho —dijo Grace.

—¿Qué puedo hacer? No es mi culpa ni la de Marcus. Supongo que se solucionará con el tiempo. Esperemos que pronto.

Grace reflexionó acerca de las palabras de su amiga. Marcus y Melvin tenían una relación especial. Eran hermanos, pero estaban muy unidos. Hasta donde sabía Grace, ambos habían tenido una vida difícil y desde muy jóvenes habían tenido que luchar para salir adelante. Grace se preguntaba constantemente porqué Marcus no hablaba claro con Melvin acerca de su relación con Dorothy. Sin embargo, ella estaba viviendo algo parecido con Jimmy, por lo que prefería no entrometerse más allá de las cuestiones que su amiga le planteara abiertamente.

Capítulo 17

A principios de 1966, el statu quo en la residencia de los Preston era tan inestable como frágil. Jimmy continuaba quejándose del trato que recibía por parte de Melvin, llevando las quejas a la señora Preston, que no hacía más que enturbiar su ya agrio carácter. El señor Preston trataba de poner orden en sus cortas estancias en casa, intentando mediar entre las quejas de Melvin y las protestas de Julia por la manera en la que el capataz negro trataba al único trabajador blanco de la plantación. En cuanto a Grace, esta comenzó a sentir pena por Jimmy, a quien veía como un desgraciado marcado por la mala fortuna. Esto le hizo ser más compresiva con él mientras relegaba su relación con Edward a los encuentros de los jueves en Orangeburg. El hecho de que este estudiara fuera le venía bien para no añadir más problemas a la vida en la casa de los Preston.

Sin embargo, la situación continuó complicándose a cada día. Jimmy había pasado de la resignación a la rabia y raro era el día que no discutía abiertamente con Melvin, teniendo que interponerse los demás para evitar que llegaran a las manos.

Por ello, justo después del desencuentro entre ambos, Jimmy fue en busca de calma a su escondite particular en la finca: los matorrales que cercaban el castaño, el mismo lugar donde siempre se veía con Grace.

Ofuscado, atravesó los matorrales partiendo varias ramas a su paso.

—Estúpido de mierda —farfulló mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla. Estaba tan alterado que se le cayó el mechero sobre la poca hierba que había. Al mismo tiempo que se agachaba, escuchó el rumor de las hojas y pensó que Melvin lo había seguido para terminar lo que habían empezado. Por ello, se incorporó rápidamente con los puños dispuestos a lanzarlos contra su oponente. Sin embargo, para su sorpresa, fue Dorothy la que apareció allí.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó la joven alertada por la actitud de Jimmy.

—¡Joder! Creía que era Melvin.

Más relajado, se encendió el cigarrillo y comenzó a caminar hacia un lado y a otro. Las cosas no le iban bien a Jimmy, quien se desesperaba con facilidad.

—¿Se han peleado otra vez? —preguntó Dorothy.

—No sé qué cojones le pasa a ese… malnacido. Lo único que va a

conseguir es que le clave un cuchillo en el estómago.

A Dorothy le dolieron las palabras de Jimmy, aunque por nada del mundo iba a confesarle cuál podría ser el motivo de su actitud. Su relación con Marcus permanecía en secreto y así tendría que continuar por el momento.

—¿Dónde está Grace? —preguntó Jimmy de repente—. Ayer no bajó, ¿está enferma o algo?

—Estará ocupada con la señora Preston.

Jimmy sonrió a medias y se fumó el resto del cigarrillo, ignorando por completo a Dorothy, la cual acabó por marcharse. En ningún momento hubo una relación de amistad entre ambos. Sin embargo, aquel encuentro inesperado y fugaz al mismo tiempo eran graves consecuencias para el futuro de los Preston.

Después del desencuentro con Jimmy, Melvin había convencido al resto para que lo dejaran tranquilo. Como capataz se veía en la obligación de hacerlo entrar en vereda, razón que lo hizo ir tras él. No supo adónde había ido, aunque sí estaba al tanto de su predilección por aquel recoveco que había entre los matorrales que indicaban el final de la plantación, cerca de la propia residencia de los Preston. Malhumorado, Melvin se encaminó hacia allí dispuesto a dejar clara su autoridad, sin embargo, hizo mucho más que eso. A medida que se acercaba, distinguió la figura de Jimmy acompañado de una de las empleadas de la casa. Su corazón comenzó a latir más deprisa, pero casi se detiene cuando pudo ver que se trataba de Dorothy. Su reacción fue la de quedarse inmóvil, sumido en una fiebre de pensamientos que le ocasionaron un sufrimiento real. ¿Cuántas veces había oído que Jimmy se veía con una de las empleadas ahí mismo? Durante todo ese tiempo, Melvin se convenció de que se trataba de Grace, pero se había equivocado. Las piezas encajaban dentro de la cabeza de Melvin. El continuo rechazo de Dorothy que le dijo que estaba saliendo con alguien, los límites que la joven imponía cuando él intentaba acercarse habían cobrado vida en la figura de Jimmy.

Desde la distancia, vio a Dorothy regresar a la casa. En ese momento pensó en ir hasta allí y darle una buena tunda a Jimmy, pero se contuvo por la única razón de no perder su empleo. No después de todo lo que habían sufrido.

Levantó la mirada y vio pasar por una de las ventanas de la casa a Richard Preston. Se había ganado su confianza y pensó que quizás podía utilizarla para desprenderse de quien él consideraba era el único obstáculo entre él y Dorothy. Además, el propio Melvin no creía que estuviera actuando de manera desinteresada o egoísta. Jimmy era un holgazán que no hacía más que escaquearse. Tenía un don innato para huir del trabajo y aparentar que hacía precisamente todo lo contrario. Solo su locuacidad y su desparpajo lo salvaban. Pero eso se había

terminado. Melvin iba a hablar seriamente con el señor Preston para comunicarle su decisión de prescindir de Jimmy.

La conversación entre el capataz y el señor Preston tuvo lugar dos días más tarde, mientras ambos paseaban entre los cultivos de las hojas de tabaco. Era tarde, al ocaso, cuando el sol descansaba. Richard escuchaba seriamente y con atención, mientras que Melvin procuraba no excederse demasiado. Aquello, sencillamente, eran sus quejas frente a un mal trabajador; no podía trascender nada más de sus palabras.

—Te agradezco tu sinceridad, Melvin. ¿Desde cuándo sucede esto?

Melvin ocultó una sonrisa de triunfo. Iba por el camino correcto, aunque tenía que mostrarse cauto.

—Solo puedo corroborarlo desde que me nombró capataz, señor. Fue entonces cuando me percaté de la actitud de Jimmy.

Richard asintió con un gesto de gravedad.

—¿Cuál piensas que es la solución?

—Considero que le he dado suficientes oportunidades para redimirse y, aun así, sigue dejando bastante que desear. Si de mí dependiera estaría en la calle desde hoy mismo.

No era tan fácil. Eso es lo que pasó por la cabeza del señor Preston. Su esposa le había insistido en más de una ocasión acerca de la fijación que tenía su nuevo capataz con Jimmy. Ella lo defendía argumentando que desde primera hora Melvin se metió a Jimmy entre ceja y ceja, que la había tomado con el muchacho, el cual se llevaba sus broncas, hiciera lo que hiciera.

—Déjame valorarlo y te daré una respuesta en estos días.

—Como usted mande, señor —respondió Melvin un poco desilusionado. Por unos instantes había creído que Jimmy sería despedido esa misma tarde, aunque no le importaba esperar si aquello tenía lugar en los próximos días.

A la mañana siguiente, se puso pletórico cuando uno de los mozos le avisó de que el señor Preston quería verlo en su despacho. Estaba convencido de que le iba a comunicar su aprobación para que se desprendiera de Jimmy, lo cual haría al instante. Melvin saboreaba la victoria de camino hacia el despacho del señor Preston cuando, de repente, fue testigo de algo que cambió por completo su ánimo. La puerta del despacho de Richard estaba abierta de par en par y en el interior se encontraban, además de Richard y Julia, el propio Jimmy.

Por el rostro serio y ceñudo del joven, Melvin supuso que ya habían mantenido con él una conversación al respecto. Jimmy lo miró de reojo sin ocultar su enfado. Igualmente, la señora Preston lo observaba con desdén e indignación. Richard era el único que se mostraba más o menos sereno. Melvin percibió un ambiente hostil y

quiso mostrarse cauto.

—¿En qué puedo ayudarles?

Julia clavó sus ojos en su marido, incitándole a hablar. Este se agitó en su asiento y carraspeó en un par de ocasiones.

—Atendiendo a lo que me dijiste, Melvin, he tenido una conversación con Jimmy.

Melvin asintió. En parte comprendía la presencia de Jimmy en el despacho. Lo que le había desconcertado era que Julia Preston también estuviera allí. Hasta esa fecha, todos los asuntos relacionados con la plantación los había discutido exclusivamente con Richard. Además, estaba al tanto de las buenas relaciones del joven con la señora, a quien le caía bien Jimmy. Él era el único que abiertamente no soportaba sus tonterías.

—Hay que aclarar algunas cosas —irrumpió Julia. Melvin se giró hacia ella, sorprendido. Jimmy permanecía en silencio, cabizbajo pero desafiante al mismo tiempo.

—Hemos mantenido una conversación muy seria con Jimmy. Sin embargo, él asegura que sus acusaciones son infundadas —dijo Richard muy lentamente, midiendo sus palabras mientras repartía su atención entre Melvin y Julia. Debía mantener un complicado equilibrio entre los designios de su esposa y las quejas de su capataz.

—Lo que quiere decir es que mientes. Por si no lo has entendido —dijo Julia bruscamente.

Melvin no sabía muy bien cómo reaccionar. Miró a Richard y este asintió levemente. Al menos iba a tener una oportunidad para explicarse. Le resultaba increíble que estuviera en esa tesitura.

—Lo he entendido, señora Preston. En cuanto a la mentira de la que se me acusa, no sé a cuál se refieren.

Richard se giró hacia el joven.

—¿Jimmy?

Parecía reticente a hablar en un principio.

—Este negro la tiene tomada conmigo. Todo lo que hago está mal.

—Puede que el problema sea que no haces nada —interrumpió Melvin.

—¡Vete al infierno! —increpó el joven.

—¡Silencio! —dijo Richard golpeando la mesa. La cara de indignación de su esposa lo irritaba más todavía—. Debería echarlos a los dos a la calle. Sin duda, así solucionaría todos los problemas.

El señor Preston hubiera valorado realmente esa opción si no fuera porque se arriesgaba a perder a tres hombres, pues se figuraba que la marcha de Melvin significaría también la de Marcus. Si apenas tenía tiempo para mediar en esos problemas, mucho menos para buscar a nuevos trabajadores y designar otro capataz. No. Debía

encontrar la manera de hacer funcionar la plantación con los hombres que ya tenía a su disposición.

—Melvin, eres el capataz y no me has dado motivo para desconfiar de ti. ¿De qué manera se te ocurre que podríamos arreglar esto? Que quede claro que, por el momento, no voy a prescindir de ninguno. Consideren esto la última oportunidad.

Las palabras de Richard encendieron el rostro de Julia, que bufó iracunda a la par que movía la cabeza de un lado a otro. En resumidas cuentas, lo único que ella veía en ese momento era a tres blancos atentos a las ideas de un negro.

—Si cumpliera con lo que se le ordena no tendríamos ningún problema —añadió Melvin. Jimmy apretó sus puños con rabia, aunque era consciente de que debía mantener la compostura.

—No voy a discutir acerca de quién tiene razón y quién no. Quiero soluciones y que esta plantación siga adelante. ¿Está claro?

Melvin y Jimmy asintieron. Julia continuaba paseando por la habitación como una fiera alrededor de su presa. Era curioso que en ese preciso momento el pensamiento de cada uno de los que se encontraban en el despacho era radicalmente distinto, opuesto. Tanto que, si hubieran compartido sus preocupaciones, habrían descubierto la catástrofe que se estaba cocinando silenciosamente y a fuego lento en la residencia de los Preston.

—Quiero que conste que trato de igual manera a todos. Poco me importa cuál sea el color de su piel. Pueden preguntárselo al resto de los trabajadores.

—Claro. Seguro que los otros negros te defienden.

—Tranquilízate, Julia —dijo Richard.

—¿Acaso pretende que instauremos una asamblea de negros? No sé si reírme o llorar.

Jimmy dejó escapar una carcajada ante las palabras de Julia. Melvin se sentía humillado, pero se mantenía en silencio, como una estatua. No era nada nuevo para él y sabía dominar el fuego que se prendía en su interior.

—Sí, puede que no sea tan buena idea. Espero que lo entiendas, Melvin —dijo Richard, serio pero respetuoso.

Julia sonrió irónica, pero no dijo nada. Continuaba paseando.

—Soluciones, Melvin. Es lo único que me importa. Dentro de poco tendré que ausentarme de la finca y quiero marcharme tranquilo.

—Me parece increíble que no veas lo inepto que es —susurró Julia, aunque lo suficientemente alto para que todos lo escucharan. Su marido le pidió que se calmara y le hizo un gesto a Melvin para que respondiese.

—Lo único que se me ocurre es establecer una especie de calendario. El trabajo es siempre el mismo. Puede que sea más fácil

organizarnos si cada uno tiene claro lo que tiene que hacer.

Jimmy agachó el rostro, sesgado por una mueca desagradable. Richard parecía convencido.

—Así podremos ver si tus acusaciones son ciertas o no —concluyó—. ¿Todo en orden?

Melvin y Jimmy asintieron de nuevo.

—Pueden volver al trabajo. En cuanto a ese calendario, lo quiero en mi mesa lo antes posible.

Melvin fue el primero en salir del despacho. Estaba tan furioso que lo último que quería era girarse y ver el rostro desafiante de Jimmy. ¿De qué manera el joven siempre conseguía salirse con la suya? Aunque su holgazanería le importaba poco en comparación con lo que había visto el día anterior: Jimmy y Dorothy estaban al otro lado del seto, tras la barrica. ¿Cómo podía siquiera conversar con ese desgraciado? Tan solo pensar que Jimmy fuera el motivo que no le permitiera estar con Dorothy le hacía enfermar. Quizás debía hacer caso a su hermano, que ya le había insistido en varias ocasiones en que se olvidara de ella.

Las siguientes semanas, Jimmy se resignó y siguió las indicaciones del maldito calendario impuesto por Melvin, pues sabía que necesitaba que pasara un poco de tiempo antes de volver a escaquearse. Ahí se reflejaban las tareas que cada mozo debía realizar, por lo que no tenía excusa alguna si no cumplía su trabajo. Por tanto, la primera que percibió los cambios fue Grace, la cual solía verse a diario con Jimmy, ya fuera al mediodía o después de cenar, cuando se fumaban un par de cigarrillos.

Por entonces, Edward había pasado cerca de una semana en casa, pero había regresado a Columbia con la excusa de impartir clases y ganarse así su propio dinero.

—Hay muchos alumnos que deben aprobar antes que termine el año y a mí me viene bien para no olvidar conceptos —le explicaba a su madre, que se horrorizaba ante la idea de que su hijo fuera pagado con unos pocos dólares a la hora.

—Es lo mejor que puedes hacer, hijo —decía Richard—. Saber lo que cuesta ganar dinero es el primer paso para valorarlo.

Claro está que el motivo de Edward era otro bien distinto. Se moría en deseos de estar junto a Grace, pero a la joven pareja le resultaba agotador vivir contenidos, en tensión porque los descubrieran. Además, si estaba fuera, siempre podían reencontrarse en Orangeburg. En cambio, mientras estuviera en la casa, era impensable que pudieran pasar fuera el día, aunque dijeran que iban a sitios distintos. La relación entre ambos se encontraba en su punto álgido, lo que provocaba que el interés de Grace por Jimmy cayera en picado. Si antes esperaba ansiosa pasar un rato con él y reírse de sus

ocurrencias, ahora lo hacía por costumbre y por no contrariarlo. Pese a su actitud, lo consideraba un buen muchacho; un pobre diablo sin fortuna.

Por ello Grace seguía saliendo cada noche al jardín con un par de cigarrillos en la mano, pues sabía que Jimmy la estaría esperando.

—Tienes cara de cansado —le dijo la joven en cuanto se encontró con él tras la barrica. Jimmy llevaba un cigarro encendido colgado de sus labios y una lata de cerveza en la mano. Su saludo fue un gesto tosco.

—¿Cómo quieres que esté? Ese negro ha decidido explotarme.

Grace miró en silencio hacia más allá de los matorrales. A lo lejos se vislumbraban las luces de la pequeña casa donde vivían los dos hermanos. Ella sentía lástima por Melvin, pues sabía que seguía intentando conseguir una cita con Dorothy. Cualquier otro se hubiera retirado después de tantas negativas. ¿Por qué seguía castigándose de esa manera? En su opinión, lo único que podía ocurrir era que los hermanos se peleasen cuando se descubriese la verdad. De hecho, Dorothy y Marcus tampoco lo tenían nada fácil para estar juntos. En algunas ocasiones, Grace les echaba un cable, aunque por lo general optaba por no inmiscuirse.

—El señor Preston le ha dado el visto bueno al calendario —dijo como si eso justificara la actitud de Melvin. Eso fue lo que entendió Jimmy, que expulsó el humo asqueado.

—No me hagas hablar del señor Preston. No tiene ni puta idea de nada. Es un estúpido.

Grace percibió odio en las palabras de Jimmy, como si tuviera más motivos para despreciarlo de esa manera.

—No deberías hablar así de él. Podría haberte echado sin más.

—Que se atreva.

La joven se quedó en silencio. Estaba claro que Jimmy estaba enfadado. No iba a ganar nada insistiéndole. Miró hacia el cielo y sonrió al ver las estrellas que brillaban en la oscuridad del firmamento. Sus pensamientos oscilaron hacia Edward. Faltaban tan solo tres días para el jueves.

—¿Qué harás en tu día libre? —La pregunta de Jimmy fue un puñal de hielo que atravesó el pecho de Grace. Se había llevado tal sorpresa que fue incapaz de responder en un primer momento y Jimmy continuó—: Lo digo porque me vendría bien despejarme un poco. ¿Cuánto tiempo hace que no vamos a Orangeburg? ¿O al Blackie Black?

El corazón de Grace se aceleró.

—No lo he decidido todavía —respondió. Jimmy no le quitaba los ojos de encima.

—¿Sobre qué tienes que decidir? ¿Es que acaso tienes más planes?

Grace podía sentir como la mirada de Jimmy se hacía cada vez más pesada, inquisitiva, desconfiada.

—Nada, ya sabes. Es solo que todavía no lo he pensado.

Jimmy sonrió.

—Tengo entendido que todos los jueves vas en busca de tus discos, ¿no es así?

—Claro.

La joven advirtió en ese momento que hacía varias semanas que no adquiría ningún disco. Ni siquiera visitaban la tienda. En la residencia de los Preston se habían acostumbrado a sus idas y venidas a Orangeburg, además de que había transcurrido el tiempo suficiente como para que el tocadiscos dejara de ser una novedad. Ni siquiera Dorothy le preguntaba ya qué disco había comprado. Miró la hora. Era un buen momento para marcharse.

—¿Qué has comprado últimamente?

Era una pregunta inocente, sin maldad o eso quería pensar Grace, pues los ojos de Jimmy seguían fijos en ella.

—La verdad que Morgan está un poco flojo. Está empeñado en comprar discos de bandas desconocidas.

Jimmy sopesó la respuesta. Grace se esforzó en actuar con normalidad.

—Sé a lo que te refieres. A veces es un poco cabezota.

Grace respiró aliviada y a la menor oportunidad cambió el tema de la conversación. Aprovechó que Jimmy mostró mejor humor y estuvieron charlando un rato más antes de irse a dormir.

Al día siguiente, la única obsesión de Melvin era encontrarse con Jimmy a solas, quería preguntarle por Dorothy. Sabía que estaría toda la mañana revisando el vallado de la finca. Tan solo tenía que esperar a que se alejase lo suficiente. Después le dejaría las cosas claras.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcus mientras desayunaban.

—No he podido pegar ojo —respondió Melvin con la mirada perdida.

Su hermano no insistió.

Los hechos se precipitaron horas después.

Hacía tiempo que Jimmy percibía que la actitud de Grace con él era diferente. Desde que ella lo besara, se había ido alejando paulatinamente hasta apenas estar presente en su día a día. Él se preguntó el motivo, pero pronto la curiosidad se convirtió en algo más profundo, una sensación de celos que le empujaba a intentar averiguar el motivo por el que Grace había cambiado tanto. Así, tras darle vueltas, sopesó que quizás ella había conocido a otra persona. ¿De quién se trataba? Era una pregunta complicada. Aquella idea estuvo dando vueltas en su cabeza hasta que ella misma, con su comportamiento extraño y esquivo, acabó por avivar la sospecha del

joven. No obstante, fue Melvin aquella mañana el que provocó que Jimmy sospechara abiertamente que Grace mantenía una relación a escondidas.

Él estaba trabajando en el vallado, concentrado en sustituir los alambres corroídos por el óxido mientras las gotas de su sudor caían desde la punta de su nariz. Tenía las palmas de las manos repletas de pequeños cortes provocados por los alambres que escocían como el mismísimo demonio. Pero no le importaba. Lo único que deseaba era terminar de una vez. Odiaba la maldita alambrada.

Por ello, no se percató de la presencia de Melvin hasta que su sombra incidió sobre él. Rápidamente se giró y se incorporó, pero apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de recibir el primer golpe. Un directo que lo lanzó al suelo.

—¿Crees que no sé lo que haces todas las noches? —La voz de Melvin sonaba lejana, pese a que sabía que él lo había golpeado. Un zumbido intenso se instaló en sus oídos y el polvo que se levantó a su caída terminó de cegarle.

—Te has vuelto loco…

—Te he visto. Todas las noches con ella, pero eso se ha terminado, ¿me has entendido? O si no, la próxima vez te colgaré de un árbol. De todas formas, con esto seguro que no te olvidarás.

Por primera vez en mucho tiempo, Jimmy sintió miedo y sin darse cuenta comenzó a gritar. Los trabajadores tardaron poco en llegar y él recuperó la compostura, aunque se sentía igualmente humillado. Sin embargo, las palabras que Melvin le había dedicado no pasaron inadvertidas: «Todas las noches con ella…». Se refería a Grace. Todo encajaba. Por eso Grace se mostraba distante con él, porque seguramente se veía a escondidas con ese negro. Además, nunca se había puesto de su parte cuando él le contaba sus problemas; siempre eludía criticar abiertamente a Melvin. ¿Cómo había podido estar tan ciego?

Esa misma noche, mientras fumaba un cigarrillo en el caserón, decidió no ir a los matorrales tras la barrica como era su costumbre, cayó en la cuenta de lo nerviosa que se puso Grace cuando él le preguntó qué disco había comprado últimamente en Orangeburg. ¿Acaso lo de las continuas visitas a Orangeburg no eran más que una excusa? ¿Era allí donde se veía con Melvin? Podía ser así, puesto que el negro solía tenerle ocupado gran parte del día en los arrabales de la finca y apenas trataba con nadie más. Podían pasar uno o dos días antes sin saber nada de Melvin o de cualquier otro mozo. Además, el capataz acudía de vez en cuando a los pueblos y ciudades cercanas para comprar abonos, aperos o para realizar algún trámite en nombre del señor Preston. En ese instante no lo recordaba, pero ¿cuántas veces habría coincidido las ausencias de Melvin con los días libre de Grace?

¿Cómo nadie se dio cuenta?

Pero eso iba a cambiar pronto. Los golpes que había recibido por parte de Melvin le habían dado la excusa para no trabajar en unos cuantos días. Tan solo tenía que esperar al jueves próximo y trasladarse a Orangeburg sin que Grace ni Melvin lo supiesen. Los pillaría infraganti y se lo comunicaría a Julia, lo que sería suficiente para echar al negro y dejarle el camino libre hacia Grace.

Dio la última calada con una sonrisa en los labios.

Capítulo 18

ORANGEBURG, CAROLINA DEL SUR
JUNIO DE 1966

Grace sonrió cuando el autobús se detuvo en la estación de Orangeburg. Pese a que eran las diez y media de la mañana, el tránsito era escaso y apenas había una docena de pasajeros que esperaban a que llegase otro autobús de algún pueblo o ciudad cercano.

—Buenos días, señorita —dijo el conductor al pasar Grace junto a él. Esta le devolvió el saludo con un gesto y bajó del autobús. La recibió un aire caliente y húmedo, una brisa pesada que pregonaba una tormenta de verano dentro de unas pocas horas.

Se había familiarizado con el clima del condado de Barnwell y hasta con las propias costumbres de sus gentes. No muy lejos de la estación, la cual no era más que una pequeña oficina con una marquesina y un amplio aparcamiento que se extendía por toda la calle, varias ancianas siempre discutían los días en los que el tiempo parecía cambiante, como si aquella incertidumbre les afectara de algún modo. Aquella mañana, mientras Grace dejaba atrás la estación, se fijó en las ancianas y corroboró lo que había pensado hacía tan solo unos segundos.

—El autobús con destino a Blackville sale dentro de quince minutos —escuchó gritar al revisor, que era igualmente el oficinista de la estación. Algunas personas se acercaron.

Para Grace no fue más una voz lejana que no quería volver a escuchar hasta transcurrido mucho tiempo, una eternidad quizás. Dentro de unas cuantas horas aquella voz señalaría su regreso a un nuevo adiós a Edward. Pero no quiso pensar en ese momento. Cogió aire y dibujó una sonrisa en sus labios. Atravesó un par de calles y se dirigió a la cafetería donde ella y Edward solían quedar. Era el punto de reunión, el lugar seguro en el que podían encontrarse. A medida que sus encuentros de los jueves se convirtieron en una costumbre, acordaron guardar un mínimo de precauciones para evitar ser descubiertos. Por regla general, él solía ser el primero en llegar a Orangeburg, siempre alrededor de las nueve de la mañana. Después acudía hasta la cafetería, donde esperaba a Grace mientras se aseguraba de que nadie conocido apareciera por allí. Luego iban al hotel que se había convertido en su refugio.

—Tentamos demasiado a la suerte, ¿no crees? —le dijo Edward una vez, mientras dormitaban abrazados después de hacer el amor. Por la ventana, cubierta con las cortinas, entraba la luz tibia y desganada del atardecer. Grace descansaba la cabeza sobre su pecho; pocas veces se había sentido más cómoda.

—Puede que tengas razón. Pero estoy dispuesta a correr el riesgo —dijo ella estrechándolo entre sus brazos. El peligro de que los descubrieran era para ellos inexistente en aquel momento.

Ese día Grace se detuvo frente a un escaparate y se observó en el reflejo del cristal. Mientras se repasaba el peinado con los dedos trataba de explicar el porqué de sus últimos pensamientos, los cuales habían surgido sin previo aviso. Se lamentó de que hiciera tanto calor y del sudor que comenzaba a brillar sobre su frente. Retomó el paso y continuó hacia la cafetería.

Sin embargo, se encontraba como a unos cien metros cuando se fijó en que Edward la esperaba en la acera de enfrente. En cuanto este vio a la joven, la saludó enérgicamente con el brazo. Grace se acercó a él sin comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Edward se quitó importancia encogiendo los hombros.

—Nada en especial —dijo. Grace se fijó en que escondía la mano izquierda tras su espalda.

—Entonces, ¿por qué no vamos a la cafetería? —Grace afinó la mirada. Cada vez sentía más curiosidad por esa mano que Edward ocultaba. ¿Le habría comprado algo?

—Sí, claro, pero antes me gustaría darte esto —dijo el joven descubriendo su mano izquierda. En ella sujetaba una pequeña caja aterciopelada de color oscuro. Grace abrió sus ojos sorprendida.

—¿Qué es?

Edward le tendió la caja y ella la cogió entre sus manos. Temblando, nerviosa, la abrió. En su interior había dos pendientes de plata con una perla engarzada en cada uno. Sin duda, eran los pendientes más bonitos que Grace había visto. Brillaban como si una luz emanara de ellos.

—¿Te gustan? —preguntó él después de que Grace estuviera varios segundos en silencio. Toda su respuesta fue un movimiento confuso de la cabeza de arriba abajo, boquiabierta como si no fuera capaz de creérselo.

—Mucho… pero, Edward, esto te habrá costado una fortuna. ¿Por qué has hecho una cosa así?

El joven sonrió orgulloso.

—¿Es que no le puedo regalar unos pendientes a…? —Las palabras murieron en sus labios. Era la primera vez que esa palabra, la que había evitado, aparecía ante él a la hora de referirse a Grace. Fue

algo momentáneo, sin embargo—. ¿Es que no puedo regalarle unos pendientes a mi novia?

Grace se azoró. La distancia, la discreción y el hecho de que solo pudieran verse una vez a la semana había convertido su relación en algo que ellos ni siquiera sabían identificar. Ella sí pensó en aquello más veces, pero nunca se atrevió en plantearle a Edward una cuestión que no iba cambiar nada en su relación. ¿Qué más da que se llamasen amigos, novios o como fuera? Pero, precisamente en el momento que Edward se refirió a ella como su novia, Grace sintió una emoción inmensa recorrer todo su cuerpo, un pálpito de alegría e ilusión que la desbordaba y que le hacía sentirse como las primeras veces que se veía con él. Sin duda, algo nuevo acababa de surgir entre ambos.

—¿Tu novia? —dijo mirándolo fijamente. Él comprendió la trascendencia del momento.

—Mi novia. Suena bien, ¿verdad?

—Estupendamente.

Un largo beso selló aquel momento mágico y después, entre risas, decidieron pasear por el parque cercano. La humedad de agosto y las últimas lluvias habían revitalizado la vegetación. Los árboles se mostraban exuberantes, luciendo un verde intenso en sus hojas, desafiando al calor.

Paseaban tomados de la mano, experimentando la misma ilusión y preocupación por el futuro. En alguna ocasión Edward le había pedido que se mudara con él a Columbia, pero Grace ponía freno a su entusiasmo. No podía traicionar a Julia de esa manera.

—Compréndeme, Edward. Tu madre hizo mucho por mí. No puedo fallarle de esa manera.

—¿Y si ella descubriera lo nuestro? ¿Qué pasaría entonces?

Grace sintió una presión sobre su pecho.

—No hablemos de eso.

Pasearon durante un rato más hasta casi las doce del mediodía, cuando decidieron por fin dirigirse a la cafetería. A esa hora apenas había un par de clientes y les atendieron rápido. En pocos minutos tenían unos refrescos y un plato de galletas por cortesía de la casa. Pese a que solo acudían allí los jueves, se habían convertido en clientes conocidos por parte de los camareros en algunas ocasiones los invitaban a un plato de patatas, un trozo de tarta o una Coca Cola.

Con mucho cuidado, Grace abrió la caja de los pendientes y los observó de nuevo.

—¿Seguro que te gustan? Si no puedo cambiarlos por otros —dijo Edward. Grace sonrió con ternura.

—Qué bobo eres. Me encantan. Pero me siento un poco mal.

Edward frunció el ceño.

—¿Eso por qué?

—Yo nunca te he regalado nada.

—Oh, vamos, Grace. ¿Hablas en serio?

Ella encogió los hombros.

—¿Te sentirías mejor si me hicieras un regalo?

—Es posible.

Edward reflexionó durante unos segundos.

—Está bien. ¿Qué te parece pasar un fin de semana en la playa? ¡Unas vacaciones! No habría mejor regalo.

Grace soltó una carcajada.

—Buen intento.

—Te compraré pendientes cada jueves hasta que aceptes —dijo el joven.

—Yo iría andando a la playa si pudiera, pero ya sabes cómo es tu madre. Últimamente está un poco tirante.

—Lo sé, pero es por la plantación. A veces pienso que no soporta que Melvin sea capataz. Es superior a ella. No puede evitarlo.

—Bueno, según tengo entendido, a Melvin no le queda mucho. Tu padre está buscándole un sustituto.

Edward asintió con gravedad.

—Es por lo que sucedió entre Melvin y Jimmy, ¿no es cierto? ¿Qué pasa con esos dos?

Grace levantó las manos de la mesa y arqueó los labios.

—A veces cuando dos personas chocan no hay que buscar ninguna explicación. Creo que simplemente no se soportan y a la mínima están discutiendo. La verdad es que es un milagro que tu padre no los haya despedido. Me sabría mal por ellos, pero sería lo más razonable después de los problemas que han causado. Al menos yo lo veo así.

—Tienes razón. Si Nolan Sanders continuara como capataz ya los habría sacado a porrazos de la finca, pero mi padre no es así. Él es más tranquilo en ese aspecto.

Estuvieron cerca de dos horas más en la cafetería. Almorzaron y conversaron siempre con una sonrisa en los labios, disfrutando de un jueves más que se quedaría en el recuerdo. Sin embargo, ninguno de los dos podía imaginarse que era la última vez que iban a coincidir en Orangeburg. El destino se había puesto en su contra y todo lo que sucedió en las últimas horas parecía tener como objetivo precipitar el final de la pareja.

El segundo autobús que partió de Blackville con destino a Orangeburg llegó a la ciudad alrededor de la una del mediodía. En él iba Jimmy, ojeroso por las varias noches en vela, la resaca y los celos ocasionados por sus propios pensamientos. Esa misma mañana no había visto a Melvin en la plantación, lo que le causó una sonrisa irónica y colérica al mismo tiempo. Sus pensamientos estaban en lo

cierto; todo parecía indicar que así era. Por ello, decidió seguir adelante con su plan. Informó a Julia que debía atender un asunto de urgencia que le incumbía y se marchó sin darle más explicaciones. La señora Preston se quedó muy preocupada y en un estado casi histérico que sufrieron Dorothy y Quinn.

Cuando Jimmy puso sus pies en el pueblo miró a su alrededor y pensó a dónde ir.

—A la tienda de discos —sentenció. Así, caminando apresurado y ojo avizor llegó hasta a tienda sin que allí hubiera rastro de Grace o de Melvin. Ofuscado observó el escaparate. Morgan, el propietario, estaba ocupado reorganizando una estantería. Sin saber a dónde dirigirse, Jimmy optó por entrar a la tienda.

—Vaya, chico. Hacía mucho tiempo que no te veía, ¿quieres la última de los Rolling? —dijo Morgan con una sonrisa. No obstante, la borró en cuanto se fijó en el rostro taciturno de Jimmy.

Este movió la cabeza de un lado a otro.

—Solo quiero hacerte una pregunta. ¿Has visto por aquí a Grace? La joven con que solía venir aquí.

Morgan se rascó la mejilla recién afeitada y asintió.

—La he visto últimamente, aunque hoy todavía no. Es jueves, ¿verdad? Siempre viene los jueves, es curioso.

—Quiere decir que sigue viniendo por aquí —insistió Jimmy.

—Oh, desde luego. Ya no compra tanto como antes, pero el chico con el que viene sí que me ha comprado varias veces. Un joven encantador.

Jimmy apretó los dientes de rabia. Pero había algo en las palabras de Morgan que se le escapaba.

—¿Te refieres al negro? —preguntó. Morgan frunció el ceño.

—¿El negro? ¿De qué negro hablas?

Jimmy no ocultaba su sorpresa. ¿Acaso Grace se veía con otro?

—¿Ella no viene aquí con un negro?

Morgan dejó los discos sobre la mesa.

—Nunca he visto a esa chica con un negro —dijo el hombre ofuscado—. No. Viene con un muchacho blanco, no sé, de tu edad, más o menos, aunque vestido más elegante.

Jimmy no dijo nada más. Se dio la vuelta y salió de la tienda muy confundido. Se puso un cigarrillo en los labios y trató de pensar con claridad. El bochorno del mediodía y los nervios le hicieron sudar. Caminaba nervioso de un lado a otro, buscando respuestas que no encontraba. Finalmente, llegó a la conclusión de que necesitaba una cerveza para aclarar sus pensamientos. Dio la última calada al cigarrillo y se encaminó hacia la cafetería más cercana, donde curiosamente había ido en unas cuantas ocasiones con Grace. Sin embargo, a medida que se iba acercando y el interior se hacía más

visible a través de los cristales, fue aminorando el ritmo, sobrepasado por la sorpresa. Se quedó de pie entre dos coches, como una estatua de cemento que se hubiera endurecido en ese preciso momento. Apretaba los puños con tanta fuerza que sus dedos crujieron bajo la presión a la que los sometía.

Si sus ojos no lo engañaban, estaba viendo a Edward y Grace sentados en una mesa, riéndose, cogidos de la mano. Jimmy se adelantó un par de pasos, con cautela para que no lo descubrieran. El corazón le latía con furia. ¿Edward había sido el motivo por el que Grace siempre había guardado las distancias con él? Se sintió estúpido, ninguneado. Pero el colofón de su indignación se produjo cuando ella y Edward se besaron. En ese momento, Jimmy estaba a unos pocos metros y no pudo ser mejor testigo. Lentamente, se dio la vuelta y se alejó. Estaba dolido y se sentía traicionado. Grace había jugado con él durante meses. Eso le dolía más que el hecho de que se hubiera decantado por el único hijo de los Preston. Aunque eso era otra cuestión. ¿Cuál sería la opinión de Julia acerca del nuevo romance de su hijo? Esto último le sacó una sonrisa y le hizo sentirse un poco mejor. Casi no podía contener las ganas que tenía de regresar a Blackville y contárselo todo a Julia.

—Seguro que se te borra esa sonrisa, Grace. Me juego lo que quieras a que sí.

Capítulo 19

Tampa, Florida
2018

Lucy estaba feliz. Había sido una buena idea pasar la noche con Grace. Hacía mucho tiempo que no se reía tanto y sentía que ella también había experimentado lo mismo. Lo estaba pasando de maravilla.

No recordaba cuánto tiempo llevaban en el bar del hotel. Hablaron de todo y de nada. Al principio todo se centró en la relación de Lucy con Adam y los miedos innatos de ella que la obligaron a poner fin a la relación. Sin embargo, pese a la confianza que había desarrollado con Grace y las muchas cervezas que bebió, no acabó por serle sincera del todo. No le habló de su madre ni de sus abuelas, las tres figuras femeninas de su familia que le habían faltado y cuya ausencia había calado en ella en la manera de relacionarse con los demás. Rato después dejaron de hablar de temas tan serios y hablaron de estupideces, ojearon a los chicos del bar e incluso Grace consiguió que las invitaran a una ronda. Ella desprendía ese magnetismo.

Casi al final de la jornada hubo un momento extraño. El bar estaba abarrotado y se había iniciado una especie de competición entre varias mesas que consistía en cantar la canción que el saxofonista tocaba en ese momento. Era divertido y ambas aplaudían cuando una mesa terminaba de cantar. Fue entonces cuando ocurrió. Más allá de la puerta del bar podía verse sin problemas el *hall* del hotel, por donde había un continuo ir y venir de huéspedes, nada especial. De pronto, Lucy sintió una opresión en el pecho. Durante unos segundos creyó ver a su abuelo, el mismo que había fallecido hacía poco. Fue una imagen fugaz. Aquel hombre pasó de largo por la puerta del bar caminando de manera apresurada, Lucy pensó que fue por esa razón que estaba confundiendo a otra persona con él, pero no pudo evitar sentirse incómoda durante unos segundos.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Grace.

—Sí, claro, estoy bien —contestó con una sonrisa en sus labios. No era la primera vez que creía ver a su abuelo después de su funeral, por lo que no le dio más importancia—. Cosas mías. No te preocupes.

Para cuando subieron a la habitación, Lucy se había bebido seis cervezas y Grace tres Martini, por lo que estaban muy contentas y no podían terminar una frase sin reírse a carcajadas. Culminaron la noche

cuando pidieron un par de pizzas y se la llevaron a la habitación. La cara del botones lo decía todo: en uno de los mejores hoteles de Tampa, el muchacho se había paseado por los pasillos con dos cajas de pizza que un repartidor había dejado en la recepción.

—Está deliciosa —dijo Grace. Sujetaba las porciones de pizza de una manera muy graciosa, como si le quisiera otorgar finura a sus gestos.

—La pizza es mi plato favorito. Además, le puedes echar los ingredientes que quieras. ¡Es la comida perfecta!

La imagen era inusual. Estaban las dos sentadas, cada una sobre su cama, con la caja de pizza abierta mientras veían la televisión. Sin embargo, no tardaron mucho en dormirse. La cerveza y los Martini eran un estupendo somnífero y ninguna de las dos pudo recordar quién se durmió primero.

A la mañana siguiente, cuando Lucy abrió los ojos, tardó varios segundos en recordar dónde se encontraba. La pasada noche no había advertido la decoración tan recargada, la gruesa moqueta y los enormes cuadros en los que se representaban la costa de Florida hacía como cien o doscientos años, pues lucía como un vergel con un par de casas salpicadas aquí y allí.

—¿Cómo estás, querida?

La voz de Grace fue un bálsamo que la hizo que volviera a caer en la cama, totalmente relajada. En menos de un segundo supo dónde se encontraba y porqué.

—Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

—A eso se le llama resaca. Nada menos que seis cervezas —dijo Grace sentándose al borde de la cama.

—De vez en cuando viene bien para desahogarse —dijo Lucy mientras se incorporaba. Cuando logró despejarse un poco se sorprendió de encontrarse a Grace perfectamente vestida. Incluso tenía sobre sus rodillas un pequeño bolso—. ¿Qué hora es?

—No te preocupes. Solo son las nueve y media. Es temprano.

Lucy se levantó de un salto. Si Grace ya estaba vestida era porque necesitaba que la llevara a algún sitio. La confianza no era excusa para no ser profesional.

—Estaré lista en cinco minutos.

Ella sonrió.

—Tranquila, Lucy. Tengo que hacer unos asuntos, pero he pensado que me vendría bien pasear un poco. Es lo que necesito después de los Martini y la pizza.

—Entonces, ¿no me necesitas?

La anciana movió la cabeza de un lado a otro sin perder la sonrisa.

—Lo más probable es que estés libre el resto del día.

Lucy frunció el ceño. Le pareció curioso que Grace no quisiera que la acompañase.

—Como quieras. Aprovecharé para ir a casa y puede que vaya a visitar a mi padre. ¿Estás segura de que no me necesitarás?

—Completamente. Me comentaste que tu padre vive en una granja en el condado de Pasco, ¿verdad?

—Tienes buena memoria —apuntó.

—Lo que a mi edad es como tener un superpoder. De verdad, no te preocupes.

Sin embargo, sus palabras consiguieron en Lucy todo lo contrario. Percibió en ella cierta urgencia, como si pretendiera despacharla cuanto antes.

—¿Va todo bien?

—Estupendamente bien —contestó ella sin dar más explicaciones, lo cual de por sí ya era anómalo.

Lucy no se convenció. Sin saber nada más, estaba segura de que iba a marcharse y a dejarla sola en la habitación en cuestión de minutos. Su mirada, aunque estaba centrada en ella, desprendía nerviosismo.

—¿Es por lo de las cervezas? Te prometo que estoy bien. No es mi primera resaca. Me vendría bien un café, pero puedo llevarte a donde necesites.

Ella quitó importancia a la cuestión.

—No te preocupes, Lucy. Tú tómate el día libre. Te avisaré si te necesito, ¿de acuerdo?

A Lucy no le quedó más remedio que aceptar. Lo cierto era que no le sonaba tan mal eso de tener el día para hacer lo que quisiera. Llevaba varios días diciéndole a su padre que lo visitaría en cuanto le fuera posible.

—Como quieras, Grace. Tú eres la jefa.

La anciana sonrió.

—Así me gusta. Ahora tengo que irme, pero he dejado indicaciones en la recepción para que puedas desayunar en el buffet. Está todo pagado, así que no te cortes. Los huevos revueltos están fantásticos.

—Te lo agradezco, pero creo que tendré suficiente con un café.

—Lo que quieras, pero no pagues ni un dólar. Está todo incluido en mi cuenta.

Tras eso, se despidió y la dejó a solas en la habitación, todavía sentada sobre la cama y mirando a su alrededor para ubicarse. Era la primera vez que veía a Grace alterada, presa de los nervios, como si fuera a llegar tarde a algún sitio. No dejaba de sorprenderle su actitud, pero, después de todo, pensó que tendría sus motivos y no le dio más vueltas.

Cuando bajó al buffet se vio rodeada de infinidad de olores que le abrieron el apetito. Sin embargo, optó por no poner a prueba su estómago y se conformó con un café para llevar. Además, pese a que era temprano, quería aprovechar el día y pasar el mayor tiempo posible con su padre. La granja estaba como a una hora de camino, cerca de Wesley Chapel, aunque todo dependía del tráfico que hubiera en las carreteras que salían de la ciudad hacia el condado de Pasco. Sacó el coche del estacionamiento del hotel y condujo hasta su apartamento, donde se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Justo después, sin perder ni un minuto, se puso en camino.

A medida que se alejaba del centro de la ciudad pensó en Grace y valoró la opción de llamarla. No sabía cómo explicarlo, pero tenía la sensación de que algo no iba bien, pero cuando tan solo le faltaba pulsar la pantalla de su teléfono, optó por no hacerlo. ¿Acaso Grace no tenía derecho a ir sola a hacer sus asuntos? Pasaron muchas cosas por su cabeza, la mayoría absurdas, por lo que finalmente se convenció de que lo mejor era llamarla por la tarde con la excusa de saber qué harían al día siguiente

Estaba claro que el exceso de cerveza de la noche anterior le había enturbiado los pensamientos, así como su reencuentro con Adam. ¿Cuánto tiempo tardaría en olvidarlo por completo? Hubiera pagado miles de dólares por saberlo.

En ese momento, como si el destino quisiera darle un guiño, sonó una notificación en su teléfono móvil. Tras recorrer unos pocos metros, el semáforo de la avenida se puso en rojo y pudo ver que se trataba de Adam: quería quedar con ella para hablar acerca de su relación. Respiró hondo y procuró no cometer ninguna tontería.

—Nuestra relación —dijo en la soledad del coche—. No hay ninguna relación, Adam. Acéptalo de una maldita vez.

Notó sus ojos más húmedos de lo normal, pero no aceptó bajo ningún pretexto que estuviese a punto de llorar. Había tomado una decisión respecto a Adam y estaba dispuesta a mantenerse firme, aunque tuviera que sufrir en silencio. Pese a que estaba sola, sintió que, si lloraba, que, si se dejaba llevar por sus sentimientos, sería como claudicar ante él, como si le diera la razón.

Valoró la opción de contestarle, pero por suerte el semáforo se puso verde y tuvo que soltar el móvil. ¿Qué podría decirle? Si había un motivo por el cual Lucy no quería coincidir con Adam, era porque no tenía un motivo real para ignorarlo o para retirarle la palabra. Él no le había hecho nada, su hija era encantadora y ella era una estúpida.

Se sintió un poco mejor cuando dejó atrás la avanzadilla de la ciudad y ante sus ojos surgieron los prados verdes cubiertos de hierba y las primeras arboledas que anunciaban que la naturaleza volvía a ser

la protagonista del paisaje. El tráfico se redujo bastante y sintió como su cuerpo se relajaba. Volvía a casa y eso era más que suficiente para sentirse la persona más afortunada del mundo. Pronto el fino y oscuro asfalto dejó paso a una carretera polvorienta y llena de socavones. Redujo la velocidad y se tomó el trayecto con calma.

No tardó mucho en ver los buzones y las alambradas de sus antiguos vecinos. Muchos habían fallecido y sus hijos habían dejado las tierras olvidadas, pero perduraba todavía parte de la esencia de los buenos tiempos, o al menos eso era lo que ella se esforzaba en creer.

Pero lo que realmente la emocionó fue vislumbrar entre la hilera de árboles la casa de su padre, su hogar. Se trataba de una casa de madera de dos plantas cuya fachada estaba pintada de un verde claro, con las columnas del porche de entrada de un tono blanco que añadía frescura y suavidad a sus líneas. Alrededor de la casa crecían un gran número de matorrales que daba la sensación de que la estructura se apoyaba directamente sobre ellos.

Apenas avanzó hacia la casa, su padre, que se encontraba en el porche, se puso de pie y bajó las escaleras con los brazos abiertos.

—Por fin mi pequeña Lu se digna a visitarme.

—Hola, papá —dijo mientras se bajaba del auto. Justo después se abrazaron con fuerza. Sentir sus brazos fuertes alrededor de su cuerpo siempre era reconfortante.

—¿Y ese coche? —dijo sin dejar de abrazarla.

—Es el que me ha dejado Nick para trabajar con la anciana esa de la que te hablé. ¿Lo recuerdas? Ahora soy una especie de chófer privado.

—Ah, claro. No voy a mentirte, lo había olvidado.

Sus palabras, al igual que el pelo cano y rizado, le recordaron que su padre se estaba convirtiendo poco a poco en alguien mayor.

—Vas a tener que hacer más sudokus.

Entre risas se dirigieron al porche y se sentaron allí. Pese al calor y la densa humedad, a la sombra corría una brisa ligera que permitía estar más o menos bien. El sol estaba en todo lo alto y varias cigarras los acompañaban con su canto ronco e infinito.

—¿Cómo estás? —preguntó Lucy. Leroy, el padre de Lucy, no era un hombre muy hablador, mucho menos cuando se trataba de sus sentimientos.

—No me quejo. Se me hace extraño pasar tanto tiempo solo —dijo mucho más de lo que Lucy esperaba. Mientras hablaba, sus ojos se posaron sobre la tierra que les había dado de comer durante tantos años.

Lucy asintió comprensiva, aunque al mismo tiempo se giró y miró a la casa que había al otro lado de la granja, como a unos doscientos metros.

—¿El vecino no te hace compañía? —preguntó Lucy.

Leroy chasqueó los labios. Lucy se refería a su otro abuelo, aunque denominarle con ese término no era del todo justo. Entre su padre y ella lo llamaban míster simpático.

—Sigue siendo igual de cretino. Si sigo cuidando de él es porque no puede valerse por sí mismo. Ya sabes que tu abuelo se encargaba de él hasta que su cuerpo se lo permitió.

Lucy suspiró. No. A excepción de la muerte de su abuelo Marcus y de que su padre se encargaba de su odioso otro abuelo, nada había cambiado en casa. Una ráfaga de aire hizo sonar el atrapasueños que colgaba de una de las vigas del porche. Un sonido dulce que la trasladó hasta su niñez.

—Mmm. Viene agua —sentenció Leroy. Lucy miró sorprendida hacia el cielo. Las pocas nubes que había estaban lejísimos de allí.

—¿Estás seguro?

Él la miró con desafío, cerrando los ojos casi por completo y rascándose la barbilla.

—Completamente. A ti ya se te ha olvidado cómo se vive aquí, Lu. No nos hace falta móviles ni satélites ni nada de eso que no hacen más que complicar las cosas. La mayoría de las veces tenemos la respuesta delante de nuestras narices. Dentro de un buen rato, probablemente antes del amanecer, esas nubes estarán soltando agua sobre esta tierra. Nos vendrá bien. En estas últimas semanas no ha caído ni gota.

—Eso es bueno —dijo Lucy. Quería preguntarle cómo se encontraba tras la muerte de su padre, pero intuía que le cambiaría el tema—. Ayer creí ver al abuelo Marcus.

Leroy torció los labios en un mohín.

—¿Al abuelo? Eso es imposible, Lu. O quiero seguir pensando que lo es.

—Ya lo sé. Me ha pasado solo en un par de ocasiones, pero me cuesta quitármelo de la cabeza.

Su padre escupió la cerveza.

—¿Cómo que en un par de ocasiones?

—Es lo que he visto. Siempre como un hombre a lo lejos. Creo que mi subconsciente me está jugando una mala pasada.

Él asintió de tal forma que estuvo cerca de clavarse la barbilla en el pecho.

—Eso es lo que es. Cosas mentales. La gente no va por ahí viendo fantasmas, Lu. Seguro que hay alguna explicación.

—Eso mismo pienso yo —respondió Lucy—. ¿Tú cómo lo llevas? Debes echarlo de menos.

Encogió los hombros y dio un trago a la cerveza.

—Claro que le echo de menos, era mi padre. Pero es ley de vida.

Nadie sabe el tiempo qué tenemos en este mundo antes de pasar al siguiente.

Le sorprendió su respuesta, aunque no tardó en cambiar de tema.

—Oye, hace tiempo que no sé nada de Adam y su hija. ¿Todo bien?

Esta vez fue ella la que asintió y bebió de la lata de Coca Cola. No le había contado a su padre que había puesto fin a su relación con Adam. Como si pretendiera demostrar que era fiel hija suya, intentó cambiar de tema inmediatamente.

—Ah, todo perfecto. El trabajo, ya sabes. Pasan los días y apenas nos vemos.

En ese momento, Lucy pensó si él se habría dado cuenta de su interés por cambiar de conversación, al igual que ella se dio cuenta de cuando él lo hizo. Demasiados pensamientos en tan poco tiempo.

—Ahora que mencionas lo del trabajo, ¿cómo te va con esa anciana? Te trata bien, ¿verdad?

—Muy bien, papá. Es una mujer encantadora.

Leroy sonrió satisfecho.

—Eso es bueno. Además, me quedo más tranquilo sabiendo que no tienes que estar de aquí para allá con el taxi. Solo hay que ver las noticias para darse cuenta de cuántos pirados hay en este mundo. Por cierto, ¿cómo tienes la garganta? Estoy deseando que vuelvas a tus grabaciones. Eso sí es un trabajo en condiciones. No me malinterpretes. Te ganas la vida de manera honrada. Es solo que…

—Tranquilo, papá. Lo he entendido. Pero he tenido suerte. La mujer con la que estoy trabajando ahora me paga bien. Unos cuantos meses así y tendré suficiente para iniciar el tratamiento. Quién sabe si de aquí a un año puedo estar de nuevo en el estudio.

—Dios te oiga, Lu. Dios te oiga.

Al poco, el calor se hizo más intenso y entraron a casa. A la altura del techo se encontraban los grandes ventiladores que giraban día y noche en verano, aunque siempre que Lucy volvía a verlos se llevaba una pequeña desilusión. De pequeña tenía la sensación de que eran tan grandes que incluso podría subirse en ellos como si se tratara de un tiovivo, aunque por suerte nunca lo intentó.

—¿Otra vez con los ventiladores? —le preguntó su padre.

—Siempre pienso que son más grandes.

—Tendrías que haberme avisado que venías —dijo después de abrir la nevera. La luz blanquecina se reflejaba en su rostro decepcionado.

—Me apaño con lo que sea. No tengo mucha hambre —mintió Lucy. Solo había desayunado un café y estaba hambrienta.

—Hay unos cuantos huevos, algunas patatas…

—¿Le pregunto al vecino si tiene algo en la nevera?

Leroy la miró como si hubiera dicho la mayor de las estupideces. Después, frunció el ceño y puso cara de pocos amigos, como si de repente se hubiera enfadado con ella.

—¿Qué dijiste antes de mi papá? —preguntó aún con la nevera abierta. El resplandor del frigorífico le daba cierto aspecto fantasmagórico que iba de perlas con la dirección que iba a tomar la conversación.

—Que me pareció verlo en estos días. Pero no te preocupes por eso. Es normal. En psicología seguro que tiene un nombre.

Cerró la nevera, no antes de sacar una cerveza, se apoyó contra la encimera y cruzó los brazos.

—Lo sé. Es solo que acabo de recordar una cosa de tu otro abuelo, ya sabes, míster simpático. Uno o dos días después de la muerte de mi padre, cuando me pasé por su casa para llevarle la comida y preguntarle qué necesitaba. Ya sabes que era mi papá quien se encargaba de tratar con él y no sé, me vi en la obligación de continuar. El caso es que me recibió más huraño que de costumbre. Estaba enfadado y decepcionado al mismo tiempo. Entonces me dijo: «Pensaba que estaba mejor. Lo vi pasear alrededor de la casa. Se le veía más recuperado». Me quedé de piedra, Lu. Que ese viejo loco me dijese eso me puso la piel de gallina. Ya sabes lo enfermo que estaba mi papá. No sé qué pretendía al decirme una cosa así, pero me enfadé tanto que estuve a punto de tirarle la comida en la cara.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad que no fui muy diplomático. Le dejé la comida en el suelo y lo mandé al infierno. A lo mejor no estuvo bien, pero es lo que sentí —dijo mientras abría otra lata de cerveza—. Si él fuera más joven o yo más mayor le hubiera pegado un puñetazo.

—Puede que tal vez lo viera —dijo Lucy—. De todas formas, es un hombre mayor y puede que no esté en sus cabales.

—No, Lu. Ese tiene todos los tornillos en su sitio. Háblale de cantidades a la hora de cosechar; calcula hasta el último gramo. Mi papá estaba demasiado enfermo y apenas podía levantarse de la cama. No digamos salir de la habitación, bajar las escaleras y pasear. Imposible. Ese viejo siempre ha tenido un sentido del humor macabro. ¡Ni siquiera acudió al funeral! Estoy convencido de que le importamos una mierda.

Dejando atrás el desprecio de su padre, esa información a Lucy le resultaba interesante teniendo en cuenta las súbitas apariciones de las que ella había sido testigo. ¿Habían sido reales o fruto de su imaginación? ¿Estarían relacionadas con lo que le acababa de contar acerca de míster simpático? Quizás eso era ir demasiado lejos.

—¿Por qué no me lo has contado cuando te dije que me había parecido ver al abuelo? —preguntó Lucy.

—Simplemente no caí, pero no hablemos más de ese desgraciado. Suficiente tengo con compartir terreno con él. Volvamos a lo que nos preocupa. ¿Qué preparamos para comer?

No se pusieron de acuerdo, así que tuvo que convencerlo para que fueran a comer a un restaurante. Para Lucy, visitar la casa de su padre era sumergirse en la nostalgia de los recuerdos y mientras discutían acerca de cómo cocinar los pocos ingredientes que tenía en la nevera, ella le insistió en que fueran al Molly's Old Kitchen: un restaurante improvisado que seguía subsistiendo perdido entre las granjas. Un sitio pintoresco y único, que distaba mucho de cómo Lucy lo recordaba.

Almorzaron unas costillas acompañadas de patatas asadas y regresaron a casa en silencio. Leroy y ella sentían esa nostalgia que brota después de comprobar que ciertas cosas que los hicieron felices habían dejado de existir. Al regresar, su padre preparó café y se sentaron de nuevo en el porche. El cielo lucía por entonces encapotado, con unas nubes grises que avanzaban lentamente. Leroy después de dar el primer sorbo al café, hizo un gesto con la cabeza y señaló al cielo.

—¿Qué te había dicho? En nada estará lloviendo.

Lucy asintió haciendo un mohín con los labios. No iba a darle la razón tan fácilmente. Además, ella seguía dándole vueltas al hecho de que el vecino o míster simpático hubiese visto a su abuelo Marcus caminar alrededor de la casa poco antes de fallecer. «Eso era imposible», pensó. Comprendió que debía existir una explicación racional, pero en ese momento era incapaz de encontrarla.

Con las primeras gotas de lluvia, Lucy decidió regresar a Tampa, no sin antes prometerle a su padre que lo visitaría en los próximos días.

—Aquí estoy cuando quieras, Lu. Esta es tu casa.

Lucy asintió y le dio un abrazo.

Capítulo 20

Cuando llegó a Tampa, el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Allí el cielo estaba despejado y se respiraba un ambiente distinto. Era como si las luces, los edificios y el hormigón de las aceras recalentaran el ambiente. Estacionó el coche y cogió el móvil. Tenía la intención de llamar a Grace para preguntarle cómo le había ido al día, pero en vez de eso se vio de nuevo leyendo el mensaje que Adam le había enviado horas antes. ¿Qué tenía de malo tomar un café?, pensó. No debería afectarle tanto si tan claro tenía que no quería continuar su relación con él. Sus dedos flotaban sobre la pantalla, a escasos milímetros del teclado, como si ellos tuvieran la respuesta. Respiró hondo y cuando iba a contestar, Grace la llamó en ese preciso momento y alejó los fantasmas que rondaban por su cabeza.

—Hola, jefa. Estaba a punto de llamarte.

—Un placer escucharte, querida —dijo con una voz melancólica. Eso alertó a Lucy y se preocupó.

—¿Cómo han ido esos asuntos? ¿Está todo aclarado?

—La verdad, mejor de lo que esperaba. Ha sido un día largo, pero ya estoy en el hotel descansando. Por cierto, habrás desayunado antes de marcharte, ¿no?

Lucy sonrió. A Grace no se le pasaba nada por alto.

—Me tomé un café. Mi estómago no estaba para mucho más.

—Bueno, algo es algo. ¿Has ido a visitar a tu padre? ¿Cómo está?

—Bien. Hemos pasado un rato estupendo. ¿Necesitas algo? Ya estoy en Tampa.

—No te preocupes. Por hoy ha sido bastante. Eso sí, mañana necesito que me recojas temprano. ¿Podrás estar aquí a las nueve?

—Claro, no hay problema —respondió Lucy, agradecida de que no tuviera que recogerla. Estaba cansada y tan solo tenía ganas de tumbarse en el sofá y ver la tele hasta quedarse dormida.

A la mañana siguiente, exactamente a las nueve menos diez, estaba frente a la puerta del hotel. No le dio tiempo a retirar las llaves del contacto cuando Grace cruzó el umbral y apareció junto al coche.

—Buenos días, Lucy —dijo nada más cerrar la puerta. Estaba vestida de manera impecable con una chaqueta y falda azul claro que iba a juego con sus ojos.

—Hola, Grace. ¿Todo bien?

—Estupendamente. Cuesta reconocerlo, pero mi cuerpo no es el mismo después de tres Martini.

Lucy sonrió mientras la observaba de reojo.

—¿A dónde quieres ir?

—Oh, hoy tenemos que ocuparnos de un asunto serio. No llevo mucho en la ciudad, pero tengo que decirte que me ha encantado. Me gustaría quedarme aquí una temporada, pero si amplío mucho más mi estancia en este hotel tendré problemas con el banco.

—¿Estás pensando en alquilar un apartamento? —preguntó Lucy. Grace sonrió.

—No, querida. Soy de la vieja escuela y alquilar no va mucho conmigo. Lo que quiero es comprar una casa. ¿Crees que puedes ayudarme?

Lucy quedó boquiabierta. ¿No podía prolongar su estancia en el hotel y prefería comprarse una casa? Tampa no era una ciudad precisamente barata.

—¿Una casa?

—Una casa. Ayer pedí información a un par de agencias inmobiliarias y me recomendaron la zona de Port Richey. Siempre he querido vivir en una casa frente al mar.

Lucy seguía alucinando.

—¿Port Richey? Allí las casas valen una fortuna. Acabas de decirme que el hotel es demasiado caro. No entiendo nada —dijo casi gritando. Su capacidad para sorprenderla no tenía límites.

—Una semana en el hotel es más de lo que pagaría de hipoteca al mes, Lucy.

En eso tenía razón, pero, aun así, no terminaba de encontrarle sentido. De nuevo regresaron a su cabeza teorías alocadas acerca de los motivos que podía tener Grace para querer comprar una casa de manera tan repentina. ¿Estaría relacionado con el tema de la herencia? ¿Era su única opción para que no le quitaran el dinero? Lucy se moría de ganas de preguntárselo, pero no quería inmiscuirse en sus asuntos.

—Entonces, ¿vamos a Port Richey? Hay un buen trecho hasta allí.

—Allí tenemos que ir. De hecho, un agente inmobiliario espera mi llamada cuando llegue. Me dijo que podría mostrarme unas cuantas casas.

—Lo que tú mandes, jefa.

Port Richey era una zona residencial, con grandes casas rodeadas de amplios jardines. Sin duda, un lugar idílico en el que vivir. Cuando Lucy le avisó que se encontraban a pocos kilómetros, Grace llamó al agente inmobiliario y quedaron con este en su oficina, la cual era una coqueta casita que llamaba la atención por su cursilería. Era como la casa encantada de un cuento para niños, con las paredes pintadas de rosa y las molduras en un verde claro.

Se presentaron y mantuvieron una breve reunión en la oficina

fantasiosa. El agente se llamaba John Allie y se pavoneaba de ser, humildemente, el mejor agente inmobiliario de Port Richey.

—Si alguien quiere comprar, soy su hombre. Si alguien quiere vender, soy su hombre —decía con una sonrisa perfecta. Físicamente se parecía al novio de Barbie.

Por unos segundos, Lucy temió que Grace se dejara llevar por su encanto y la palabrería, pero ella acabó pronto con sus dudas.

—Le seré franca, señor Allie.

—Oh, llámeme John, señora Cooper. ¿Puedo tutearla?

—Prefiero que no, señor Allie, y le agradecería que no me interrumpa. Su negocio es vender y mi intención es comprar, así que no es necesario que me agasaje más de lo necesario.

La cara del agente estaba blanca como la leche.

—Por Dios, señora Cooper, mi última intención sería…

—No perdamos más tiempo en eso —dijo Grace alzando su mano —. Quiere llevarse su comisión, ¿verdad? Pues pongámonos manos a la obra. Como le decía, estoy buscando una casa con vistas al mar, con mucha claridad. Absténgase de mostrarme adosados o urbanizaciones pretenciosas; insisto en que quiero una casa independiente. No quiero saber nada de vecinos que no pagan la cuota de la comunidad o que rentan sus casas a veraneantes molestos. ¿Me ha comprendido?

John Allie asintió lentamente y comenzó a teclear en su computadora. Su desconcierto se convirtió en una seriedad profesional. Mientras buscaba en sus archivos, Lucy lanzó una mirada a Grace estilo: «¿Se puede saber qué te pasa?». Ella contuvo la sonrisa y le dio a entender que después me lo explicaría.

—¿Es para usted sola o va a vivir con su…?

El agente estaba nervioso. Resultaba evidente que estaba acostumbrado a llevar la voz cantante. Grace le había sacado de su zona de confort y estaba decidida a jugar con él.

—Es mi hija —soltó de repente. John no sabía cómo reaccionar. Grace era blanca, y Lucy de tez morena; ella era una anciana y ella una joven de veintipocos. Seguramente, en ese momento el pobre de John estaría haciendo cuentas para calcular con cuántos años la tuvo.

—Su hija… Claro. ¿Cómo he podido ser tan despistado? Mi mujer me lo dice siempre. ¡Soy malísimo con los parecidos!

Pero Grace no había terminado de machacar a aquel hombrecillo que se hacía cada vez más pequeño.

—Mi hija es adoptada, señor Allie, aunque no sé el motivo por el cual estamos hablando de mi vida privada. ¿Puede decírmelo usted?

Lucy estaba a punto de reírse a carcajadas. Le suponía un esfuerzo terrible no hacerlo.

—¿Yo? No he querido molestarla. Lamento mucho todo esto. Las circunstancias, ya sabe. Son tan diferentes que había malinterpretado

sus palabras.

—¿Diferentes? ¿Se puede saber qué pensaba?

—Dale un respiro, Grace —susurró Lucy.

Por suerte lo hizo. Durante los próximos cinco minutos se disculpó de todas las maneras posibles, se ofreció a invitarlas a comer e incluso a abonarles la gasolina. Cuando minutos después se quedaron a solas —mientras John recogía las llaves de las casas que les iba a mostrar— Lucy le preguntó a Grace a qué había venido su actitud con el agente inmobiliario.

—¿Acaso lo conoces de antes?

—Para nada, cielo. Simplemente, he establecido mi posición —dijo ella tranquilamente—. Además, no me gusta la gente pretenciosa. En mi vida he aprendido que a los fanfarrones hay que mantenerlos a raya.

—No tenías que exagerar. Te ha faltado darle una paliza o atarlo a una farola.

Grace se rio y le dedicó una mirada condescendiente.

—A veces hay que ser así, Lucy. Estos agentes inmobiliarios se creen los reyes del mambo y si les das un dedo, se quedan con el brazo entero. Ya verás cómo resulta muy sencillo negociar con él, si es que llega ese momento. Estoy segura de que nos ofrecerá descuentos sin parar.

Efectivamente, eso fue lo que ocurrió. John Allie les mostró cuatro casas, las cuales todas se ajustaban a los requisitos de Grace. Bien iluminadas, amplias, con vistas al mar y, casualmente, en todas podía conseguir una rebaja del precio que oscilaba entre el diez y el quince por ciento.

—Tengo prisa, señor Allie. ¿Cuál de las que nos ha mostrado podría ser mía en el plazo de unos pocos días?

—El plazo es más un asunto de los bancos, señora Cooper. Aunque la primera y la cuarta, como ha visto, están listas para ser habitadas.

—No se preocupe por el banco. Ahora, ¿puede dejarnos a solas? Quiero hablar tranquilamente con mi hija para tomar la mejor decisión.

El agente se marchó haciendo una reverencia y ambas se quedaron solas frente a la fachada de la última casa que les había mostrado.

—¿Cuál es tu opinión?

—La verdad, Grace, todas son fantásticas. Daría lo que fuera por vivir en alguna de ellas.

—Eso es bueno —dijo Grace—, pero ya has escuchado al agente. Tenemos que elegir entre la primera y la cuarta.

Lucy frunció el ceño y reflexionó acerca de la cuestión. La

primera casa que les había mostrado era una antigua residencia que había sido reformada por completo. Era de formas geométricas, cubos que se superponían entre sí y diferentes alturas que destacaba entre la vegetación como si un niño gigante hubiera dejado olvidado sus Legos a medio construir. Bonita, diáfana, espaciosa, pero para su gusto no encajaba bien con Grace. En cambio, la cuarta estaba más en consonancia con ella. Era una casa construida en madera, que seguía una distribución más clásica, pero que requería un tratamiento especial todos los años para evitar que la madera se pudriese debido a la humedad del océano.

John Allie paseaba nervioso por la acera de enfrente y simulaba usar su teléfono mientras las observaba de reojo.

—A mí me gusta más esta. No sé, te veo viviendo aquí.

Grace cruzó los brazos y se centró en la fachada.

—Pensamos lo mismo.

—El único inconveniente es el tratamiento de la madera que ha mencionado. No estaría de más saber cuánto sale. Es un gasto con el que debes contar.

Ella movió la cabeza a ambos lados.

—Más que un inconveniente, yo lo veo como una oportunidad. ¡Señor Allie! Venga aquí.

Lucy la miró sorprendida. Comprar una casa era una decisión demasiado importante como para hacerlo en cuestión de una hora y media, que era el tiempo que habían tardado en ver las cuatro casas.

—¿Lo vas a hacer?

—A las dos nos gusta, ¿no es así? A mi edad no puedes pensarte mucho las cosas.

No le dio tiempo a replicar porque John Allie había acudido a la llamada de Grace como un perro fiel. Esta le comunicó su deseo de adquirir la última casa que les había mostrado, aunque le sugirió que el precio era demasiado elevado teniendo en cuenta el tratamiento que debía recibir la madera anualmente. Esa era la oportunidad que había mencionado Grace antes.

—Ya le he dicho que me corre prisa. Mi banco espera una llamada para realizar la transacción, así que espero que podamos solucionar esto cuanto antes.

John Allie estaba avasallado tanto por la energía de Grace como por la posibilidad de cerrar una venta ese mismo día. Sin embargo, como Lucy ya comprendía el juego de Grace, decidió sumarse para tensar la situación más todavía.

—No te preocupes, mamá. ¿Cómo se llamaba ese agente de Marthas Vineyard? No está muy lejos de aquí.

—Concédanme tan solo unos minutos. Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

Veinte minutos después, Grace cerró la compra de la casa a un precio irrisorio si se tiene en cuenta que el primer valor que les comunicó John Allie. Aunque también Grace tuvo suerte de que el propietario estuviera pasando un mal momento económico y estuviese abierto a aceptar cualquier oferta medianamente razonable.

Pasaron el resto del día en la oficina de John, realizando el papeleo y consiguiendo la aprobación por parte del banco de Grace. El sí llegó rápido, el propio director del banco se lo comunicó a Grace por teléfono, y por primera vez Lucy se preguntó cuánto dinero tendría realmente en la cuenta. Ella no tenía un interés en su dinero, era simple curiosidad.

No obstante, pese a toda la celeridad que Grace quería imponerle al proceso, la compra no se oficializó hasta el día siguiente, momento en el que John Allie les entregó las llaves y las invitó a recomendar su servicio a familiares y amigos. Enseguida, se dirigieron a su nueva propiedad.

Era una casa de dos plantas rodeada por un jardín cuyo lado oriental se zambullía directamente en el océano. Este lucía manso entre los canales y la geografía del lugar. Los mosquitos revoloteaban en la orilla. En la planta principal se encontraba una amplia terraza a la que daba sombra la planta superior. La cara que daba al mar estaba repleta de vistosos ventanales que permitían la entrada de los rayos de sol hasta los rincones más escondidos de la casa. Además, la madera, barnizada en un color claro, daba una sensación de amplitud que nos hacía sentir como si formara parte del mismísimo océano.

—Es preciosa, Grace. Cada segundo que paso en ella me gusta más. ¡Felicitaciones!

Ella no ocultaba su fascinación. Desde que habían entrado se había quedado embelesada mirando más allá de los ventanales. Sin decir nada, abrió un poco uno de ellos y el dulce rumor del agua llegó hasta sus oídos. Un sonido que le encantaba y que le hizo cerrar los ojos.

—Es un sonido mágico, ¿no crees? La melodía del océano. Tiene música propia. El agua tiene su música.

Lucy se puso a su lado y asintió. Hasta ese momento no la había visto tan emocionada. Sin saber qué decirle, puso la mano sobre su hombro y ella le devolvió una sonrisa tierna. Sus ojos relucían con el mismo color del océano que se extendía frente a ellas.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Ahora? Habrá que redecorar un poco la casa, ¿no crees?

Miraron a su alrededor para hacer una evaluación rápida de la situación. Los pocos cuadros que había repartidos por la sala principal representaban motivos marinos. En otra pared había un ancla que iba a juego con la lámpara de color bronce que colgaba del techo. Algunas

plantas de interior aportaban un poco de verde que rompía con la monotonía cromática. No resultaba desagradable a la vista, pero tampoco era lo último en decoración.

—Un lavado de cara no le vendría nada mal —dijo Lucy—. ¿Tienes algo en mente?

—No me gusta la moda actual. Detesto lo diáfano. No quiero convertir la casa en una caja de zapatos vacía.

—Te entiendo.

Se pasaron el resto del día estudiando la casa al detalle, habitación por habitación. En la planta principal, además del salón y la terraza, había un cuarto de baño, la cocina y otra sala que estaba amueblada como un despacho, con un escritorio gigantesco de madera del que Grace quiso desprenderse. Cuando Lucy le preguntó para qué utilizaría ese cuarto, parecía convencida de la respuesta.

—Lo convertiré en una especie de conservatorio privado. Compraré un piano, un buen reproductor de música y una estantería para llenarla de discos.

—¿Tocas el piano?

Grace pareció no escuchar su pregunta, pero al cabo de unos segundos le respondió.

—Aprendí cuando era joven. Tendría veintipocos años quizás. Me encantaba tocar el piano, pero después lo dejé y postergué siempre el momento de tener uno. Ya ves, ¿cuántos años han pasado desde entonces? ¿Cuánto tiempo he estado esperando el momento idóneo? Siempre pensamos que tendremos tiempo para todo, que la vida es larga, pero no es así, Lucy. Cuando te quieres dar cuenta te has convertido en una anciana que tendrá que luchar contra la artritis para tocar un par de notas seguidas.

—¿Cuándo te gustaría instalarte?

Grace encogió los hombros.

—¿Crees que mañana será posible?

Lucy suspiró.

—Tendremos que pasar el día de compras.

—Eso haremos, Lucy. Empezaremos mañana a primera hora. Esta noche comunicaré al hotel que hoy será mi última noche.

A Lucy no dejaba de sorprenderle la energía de Grace. Mientras regresaban al hotel, contactó con una empresa de limpieza para que acudieran a la casa por la mañana.

—Supongo que tendré que subirte el sueldo —dijo Grace de repente.

—¿Cómo dices?

Ella la miró con el ceño fruncido, como si Lucy hubiese cometido un error imperdonable.

—¿De verdad piensas continuar con el mismo sueldo ahora que

tienes que conducir el doble de distancia?

Hasta ese momento, Lucy no había caído en ese detalle. Hacía ya bastantes días que, cuando estaba con Grace, no sentía que estuviera trabajando. Ella se había convertido en una amiga; incluso podía afirmar que percibía en ella el cariño de una abuela o algo por el estilo. Quizás se estaba aferrando a esa figura femenina que tanto necesitó en su vida.

—Bueno, supongo que ahora que tienes una casa no necesitarás mucho mi servicio, ¿no?

Su gesto se tensó más todavía.

—¿Qué te hace pensar eso? Todavía tengo muchos asuntos entre manos y te necesitaré. No eres muy buena vendiéndote, ¿lo sabías?

—Ya me pagas bastante bien, Grace. Eso es lo que quiero decir.

Ella se rio.

—Ya ajustaremos cuentas más adelante. Pero quiero que sepas que todo este trabajo será remunerado.

—¡Olvídate de eso! —dijo Lucy.

—No se puede hablar contigo. En fin, nos vemos mañana temprano.

Capítulo 21

Al día siguiente, la empresa de limpieza ya había dejado la casa reluciente, sin una mota de polvo, y se dispusieron a organizar la inmensa compra que había realizado Grace durante la mañana. Un rato después, fueron a tomar un café y a continuación a un supermercado. Cuando por fin se sentaron tranquilas eran como las ocho de la tarde.

—Suficiente por hoy —dijo Grace dejándose caer sobre una de las sillas nuevas de la terraza. Algunas tenían todavía el plástico sobre los respaldos. Lucy la imitó y suspiró aliviada al sentir un poco de descanso en sus piernas. No estaban acostumbradas a tanto ajetreo.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Lucy mirando fijamente al horizonte, donde el sol se sumergía lentamente en el océano—. Estas van a ser tus vistas todos los días.

—No creo que llegue a acostumbrarme de algo tan hermoso.

En ese instante, varias gaviotas pasaron volando con un vuelo raso y se convirtieron en siluetas oscuras sobre el cielo anaranjado. El mundo entero parecía estar en calma. A lo lejos, como diminutos puntos blancos, se vislumbraban algunos barcos.

—Entonces, ¿te quedas esta noche? ¿Tienes todo lo necesario? —preguntó Lucy, quien vio un atisbo de duda en sus ojos. La casa estaba habitable, pero todavía había multitud de cosas por medio.

—En eso estaba pensando, aunque la verdad no veo por qué no. La nevera está llena de comida, mi habitación está preparada y el salón está más o menos decente. Hace unos días no tenía casa. No puedo quejarme.

Lucy tuvo la sensación de que sus palabras no expresaban todo lo que pasaba por su cabeza. Había algo más.

—¿Estarás bien sola?

—Oh, por supuesto. Eso es lo que menos me preocupa. Te lo aseguro. Además, no puedo pedirte que te quedes aquí conmigo. Tienes tu vida y cosas que hacer.

Lucy sonrió.

—Entonces, si no me necesitas, será mejor que me vaya. Prefiero evitar conducir de noche si me es posible —dijo—. ¿A qué hora quieres que venga mañana?

—Alrededor de las diez. Ah, ¿y qué te parece si cuando acabemos de arreglar todo eso salimos a tomar algo? Tiene que haber bares cerca de aquí.

—Es un plan fantástico —dijo Lucy guiñando un ojo.

La invitación se hizo realidad dos días más tarde, cuando por fin dieron por finalizada la instalación de Grace en su nueva casa. Lucy se arregló en una de las habitaciones y cuando estuvo lista, bajó al salón. Ahí estaba Grace, que le dijo que solo le faltaba rematar su maquillaje. La acompañó hasta su habitación. Ella se acicalaba cuidadosamente enfrente del espejo y Lucy hacía tiempo releyendo los últimos mensajes que Adam le había enviado. «¿Cuándo se le acabaría la paciencia y dejaría de escribirme?», pensó. Suspiró y rápidamente Grace intuyó que le ocurría algo.

—¿Problemas?

—Nada importante.

—¿Es por Adam? Se llamaba así, ¿verdad?

Lucy asintió en silencio. Era inútil negarse a hablar.

—Me volvió a escribir hace poco. —Automáticamente guardó el móvil en el bolsillo—. Pero no le he contestado. Es mejor así.

Grace no dijo nada. Continuaba aplicándose maquillaje con precisión milimétrica. Con el paso de los segundos, Lucy se sintió incómoda. Ella le había preguntado, ¿por qué no decía nada? Estar en silencio se le hacía insoportable.

—¿Es otro de tus juegos? ¿Me vas a torturar como a ese pobre agente inmobiliario al que dejaste sin comisión?

—Yo no le comenté nada de su comisión. Fue por voluntad propia. Si no te he hablado era porque pensaba que ibas a continuar.

—Pues ya no tengo nada más que decir al respecto. Cambio.

Grace se rio de nuevo. Estaba disfrutando.

—Has dicho que es mejor no contestarle. ¿Lo es?

Lucy se enfadó un poco.

—Lo es porque mi intención es no volver con él. No entiendo por qué esa idea no entra en tu cabeza. —Lucy se alteró un poco y al segundo se dio cuenta de que quizás había alzado demasiado la voz—. Perdona, no me resulta fácil hablar de esto.

Estaba nerviosa y casi sin darse cuenta comenzó a caminar de un lado a otro de la pequeña salita que se encontraba frente a la escalera. Cuando se alteraba se le hacía imposible quedarse quieta. No prestaba especial atención a nada, las cosas que estaba viendo eran simplemente objetos que no le originaban ningún pensamiento concreto. Sin embargo, las puertas de las habitaciones estaban abiertas y cuando pasó frente a una de ellas vio una bolsa de viaje que le llamó la atención. Lucy estaba segura de no haberla visto antes. Esa bolsa de cuero reseco, repleta de arañazos, no estaba por la casa antes. Sus nervios se esfumaron de repente y su atención se centró por completo en ese detalle. Grace, que estaba terminando de maquillarse, se percató de su silencio y salió en su búsqueda.

—¿Qué sucede? —preguntó con curiosidad.

Lucy, sin dejar de mirar hacia la bolsa de viaje, la señaló. Saltaba a la vista que no era nueva y que no se trataba de un artículo de decoración. Se trataba de una bolsa de viaje que pertenecía a alguien y no estaba segura de que fuera de Grace.

—¡El bolso! —exclamó Grace. En su gesto se podía advertir la sorpresa.

—No lo había visto antes. ¿Es tuyo? —preguntó Lucy.

Grace suspiró y sin decir nada, se acercó al umbral y cerró la puerta de la habitación. ¿Qué estaba ocultando?

—Hay poco que contar. Pertenecía a mi marido. Estaba convencida de que sus sobrinos se desprenderían de ella y he conseguido que me la enviaran. Dentro no hay más que ropa.

Dijo esas palabras con tal despreocupación que Lucy se convenció de que estaba siendo sincera. Sin embargo, mientras regresaban a la habitación, se fijó en que Grace la estaba observando de reojo, como si quisiera asegurarse de que sus ansias exploradoras no iban a ir más allá. Terminó de maquillarse poco después y por fin se marcharon.

No tuvieron que caminar mucho hasta que llegaron a una calle donde había bares y restaurantes. Se notaba la presencia de turistas. Era un día entre semana y la afluencia era más que notable. Hacía una temperatura fantástica, por lo que se sentaron en una terraza y tomaron algo antes de ir a cenar.

En un principio, el tema de conversación osciló en torno a la casa y las cosas que Grace quería comprar para dejarla definitivamente a su gusto. A Lucy no dejaba de sorprenderle la rapidez con la que la había adquirido, por lo que le preguntó abiertamente si había sucedido algo con los sobrinos de su difunto marido. Grace le aseguró que no, que todo estaba bien y que simplemente pecaba en ocasiones de ser impulsiva.

—Una cosa es ser impulsiva y otra es comprarse una casa en un plazo de veinticuatro horas.

Grace le dio un trago a su Martini antes de responder.

—Querida, con lo que me costaba dormir en ese hotel, puedo asegurarte de que no he cometido ningún error. Te agradezco que te preocupes por mí, de verdad, pero no sufras tanto. No estoy perdiendo la cabeza ni nada de eso.

Lucy no quedó convencida del todo, pero por sus palabras supo que quería zanjar ese tema. No podía negar que en torno a Grace había algunos cabos sueltos que le incomodaban y a los que no podía encontrar ninguna explicación. Las disputas con los sobrinos de su marido, las gestiones que cada semana debía atender sin que Lucy la acompañara, el cómo apareció en su vida. Detalles que la hacían preguntarse quién era realmente esa mujer y cuáles eran sus

intenciones. Pero, al mismo tiempo, encontró en ella una calidez y una comprensión que hacía tiempo que echaba en falta. Parecía ser capaz de afrontar cualquier cuestión sin despeinarse y a veces pensaba que no había nada a lo que ella pudiera temer.

Al rato fueron a un restaurante chino y cenaron tranquilamente. La comida estaba buena y el menú era un cliché en sí mismo: pollo agridulce, rollitos de primavera, pato confitado, arroz, pan de gambas… Pasaron un buen rato y se rieron a carcajadas mientras Lucy intentaba enseñarle a utilizar los palillos para llevarse la comida a la boca. Varios trozos de pollo acabaron en el suelo.

—Las diez y cuarto —dijo Lucy. Pensó que Grace le pediría que la acompañara hasta casa, por lo que comenzó a caminar hacia esa dirección.

—¿Ya quieres marcharte? ¿Dónde quedó eso de que la noche era joven? —dijo sin moverse del sitio.

Lucy se giró sorprendida. Bajo el neón del restaurante, su estampa lucía rejuvenecida. Tuvo la sensación de que estaba observando a la Grace de hacía treinta o cuarenta años.

—Estoy abierta a todo. ¿A dónde quieres ir?

Grace señaló hacia unos bares de los cuales llegaba música y algunas risotadas. Se veía ajetreo de gente junto a la puerta.

—Allí hay marcha. —Esas palabras le sonaron muy extrañas en boca de Grace.

Se pusieron en camino. La calle estaba animada. Todo el mundo parecía estar pasándoselo bien.

—¡Es un karaoke! Has bebido demasiados Martini si piensas que voy a cantar.

Grace soltó una carcajada traviesa. La conocía demasiado bien como para saber que, en un rato, estaría subida al escenario, cantando ante una decena de desconocidos que se reirían de ella.

Entraron en el karaoke y Lucy se llevó a Grace a una de las mesas más alejadas del escenario. Una mujer de unos cuarenta años cantaba *I will survive* a toda voz, pasando por alto la entonación, ritmo y melodías. Aun así, el público aplaudía después de cada estrofa y cuando terminó de actuar, le pidieron otra canción. La mujer hizo una reverencia y dijo que volvería después de una copa. Todos en el bar aplaudimos su decisión y el camarero que se encontraba en la barra tocó una campana que enfervorizó más todavía a la clientela. Aburrirse allí era imposible.

—Hemos dado con el sitio idóneo. Me alegro de que mi nueva casa no esté tan lejos —dijo Grace.

Brindaron por sus palabras y vieron la próxima actuación. Un hombre delgaducho, vestido con un pantalón de pana y un jersey de rombos, tenía el micro en sus manos y andaba de un lado a otro del

escenario mientras sonaban los primeros acordes de *Sweet Child'O Mine*. Grace conocía la canción e hizo un gesto de sorpresa.

—Una decisión valiente.

Lucy asintió mientras Axl sonaba dentro de su cabeza. Aquel hombre delgado, de escaso pelo y vestido como jubilado, no tenía aspecto de poder hacerse con la canción. Sin embargo, todos enloquecieron cuando se acercó el micrófono a los labios y comenzó a cantar con una voz fuerte y afinada

Cuando terminó la canción, la campana de la barra volvió a sonar. Ahí supieron que eso significaba que el establecimiento invitaba a una consumición al artista. Después actuó una pareja que cantó *Unchained Melody*, aunque no consiguieron que sonara la campana. El ambiente se relajó un poco y surgieron conversaciones en la mayoría de las mesas. Ahí fue cuando Grace pilló a Lucy con la guardia baja una vez más.

—Así que Adam ha vuelto a escribirte.

—Es un hombre tenaz.

—Eso ya lo veo. Todavía sientes algo por él, ¿verdad? —dijo. Lucy agachó la mirada para no enfrentarse a sus ojos.

—Se me pasará.

Grace suspiró reflexiva.

—No lo entiendo, Lucy. Si no tuvieras sentimientos hacia él, no insistiría, pero no es el caso. Aunque me lo niegues, sé que estás enamorada de Adam y él lo está de ti. Forman una gran pareja, esa es mi opinión.

—Está bien saberlo.

—Mírame, Lucy. No entiendo por qué te escondes. Incluso ahora estás huyendo de mí.

Grace estaba hurgando en la herida con precisión milimétrica.

—Yo no huyo de nada, es solo que estas cosas no son tan fáciles.

En ese momento no había nadie en el escenario y uno de los camareros se puso junto a la pizarra y la señaló buscando la próxima actuación. Todo el mundo miró a su alrededor en busca del próximo artista. Grace le estaba hablando, pero ella no la escuchaba, tan solo quería escapar de esa encerrona.

—Quiero cantar —dijo de repente.

—¿Cómo dices? —dijo Grace.

Lucy ya se había levantado. Cantar delante de desconocidos era un paraíso en comparación con esa conversación. Sin darle oportunidad para que replicara, levantó la mano y todos aplaudieron.

—Vamos, Grace. El público espera.

Ella la miró con una sonrisa en los labios y se levantó decidida, provocando otra ovación. En cuanto a Lucy, le temblaban las manos y tenía la garganta seca. Apuró la cerveza y subió al pequeño escenario.

—¿Qué quieren cantar? —preguntó el camarero con una tableta en la mano y su dedo índice apuntando a la pantalla. Lucy miró a Grace. Se había quedado en blanco.

—¿Algo de mi época? ¿Conoce a Gigi?

¿Gigi? No era la primera vez que Lucy había escuchado ese nombre. Era solo un vago recuerdo, pero estaba segura de que alguna vez había oído hablar de esa cantante. Era de los sesenta o los setenta. Sin embargo, por la expresión del camarero, no estaba del todo claro que hubiera alguna canción de Gigi en la lista de canciones del karaoke. Mientras buscaba, Grace cogió los micrófonos y le tendió uno de ellos. Justo después, reluciente por el foco que incidía directamente sobre ellas, se llevó el micrófono a los labios.

—Están a punto de disfrutar de la mejor actuación de la noche. —Sus palabras arrancaron otra salva de aplausos. Se la veía segura de sí misma. Buscaba al público con la mirada y paseaba por el modesto escenario como si quisiera asegurarse de que todos le prestaban atención. A su lado, Lucy parecía un árbol reseco después de un incendio.

—No encuentro nada de Gigi —dijo el camarero. Grace lo observó con una leve desilusión.

—Elige tú, querida.

Lucy se quedó inmóvil. Suficiente tenía con respirar. Pensó en las canciones que se sabía, pero en ese momento no era capaz de recordar la letra de ninguna. Estaba sufriendo y Grace lo advirtió.

—¿Qué te parece *My Way*, de Sinatra?

Lucy asintió sin más. Quería terminar cuanto antes con aquel tormento. A los pocos segundos comenzaron a sonar los primeros acordes de la canción. Lucy estaba quieta como una farola, con el micrófono justo delante de su pecho. La imagen que tenía de sí misma era la de una niña a punto de salir corriendo y tal vez lo hubiera hecho de no ser porque Grace acaparó todo el protagonismo en cuestión de segundos.

Enseguida comenzó a moverse al ritmo de la canción, siempre con una sonrisa y moviendo sus brazos con suavidad. Incluso desprendía cierta sensualidad, lo cual dejó a más de uno boquiabierto.

—*And now, the end is near…*

Pese a que las dos comenzaron a cantar al unísono, pronto Lucy fue incapaz de continuar. Su timidez quedaba patente en la débil voz que llegaba al micro, mientras que la voz de Grace brotó clara y perfectamente afinada. Lucy no pudo más que unirse al resto de personas que había allí y disfrutar de su espectáculo. Su cuerpo acompasaba su voz y sus ojos azules se paseaban sin reparo alguno entre el público.

—Vamos, pequeña —dijo en un descanso entre estrofas. Un ligero

empujón por su parte la hizo acabar en el centro del escenario. Totalmente sobrepasada por la situación, Grace la cogió de la mano y le puso el micrófono frente a los labios—. Enséñales lo que sabes hacer.

—*Regrets, I've had a few…* —la acompañó en un primer momento, pero en cuanto comprobó que la confianza crecía dentro de Lucy, apartó su micro y se limitó a apoyarla en las notas más altas. Su garganta no necesitó mucho más para comenzar a resentirse, pero no iba a dejar que le arruinara ese momento. Una ligera ronquera apareció en su voz, pero, aun así, sonaba bien. Lucy cerró los ojos y se dejó llevar.

Sus voces se unieron en la tercera estrofa. Lucy no hacía más que cantar mientras que Grace se iba amoldando a su voz. Cuando terminaron, cogidas de la cintura como dos divas, todos se pusieron de pie y la campana de la barra comenzó a tronar. Humildemente, Lucy se separó de Grace y le hizo una reverencia. Ella alzó sus brazos y entonces lo vio. Había algo en su mirada. Sus ojos desprendían una energía única y poderosa. Su pecho se inflaba y desinflaba por la agitación, aunque sobre su piel no tenía ni una sola gota de sudor. Le recordó a una emperatriz, a una mujer que se sabe superior al resto de mortales que la rodean.

—Ha sido impresionante —dijo Lucy cuando bajaron del escenario.

—Formamos un dúo fantástico.

—¿Formamos? —Lucy preguntó sorprendida—. Has sido tú quien los ha vuelto locos. De verdad. Es como si hubieras cantado toda tu vida. ¿No tienes nada que contarme?

Grace se quitó importancia.

—Canté en algunos clubs cuando era joven, pero poco más. Se trataba de un hobby.

—Pues tienes un talento increíble, Grace. Me has puesto la piel de gallina.

Regresaron a la mesa y les trajeron la ronda de la casa. Brindaron y el resto de las mesas las acompañó. La gente las felicitaba y las animaba para que volviesen a subir al escenario. Lucy tenía tal nivel de adrenalina en sangre que no le pareció tan mala idea. Sin embargo, para su sorpresa, Grace le dijo que tenía suficiente. De repente era como si el cansancio se hubiera apoderado de ella. Su mirada desprendía cierta melancolía que Lucy no supo identificar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Una sonrisa fugaz apareció en sus labios.

—Perfectamente, Lucy. Por un momento me he sentido como cuando tenía veinte años.

Capítulo 22

BLACKVILLE. CAROLINA DEL SUR
JUNIO DE 1966

Julia se encontraba frente a la ventana de su dormitorio. Era una agradable mañana de fines de junio. La primavera se escabullía lentamente mientras el verano se asomaba sin prisa. El tiempo transcurría lento, pero a paso firme, como si estuviera temeroso de que su propio devenir alterara la tranquila vida de Blackville.

Hacía ya una semana que su marido estaba fuera, atendiendo los negocios o utilizándolos como excusa para hacer lo que le viniera en gana, o al menos eso quería pensar Julia. Así era más fácil. Su matrimonio se había convertido en un yermo desangelado. Ni siquiera podía recordar cuándo había sido la última vez que Richard le había hecho sentirse una mujer. A cada regreso de su marido solían acostarse, pero aquello se había convertido más en un protocolo que una muestra de amor o pasión. Para Julia aquellos momentos eran inocuos como el almuerzo, estériles, un procedimiento por el que tenían que pasar por el mero hecho de ser marido y mujer. Lo detestaba. El placer era inexistente cuando Richard estaba con ella. Necesitaba sentirse deseada, poseída por unos brazos fuertes que la hicieran sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo. Cerró los ojos y experimentó un ligero cosquilleo ascender por su estómago.

A lo lejos, los mozos trabajaban en las plantaciones, cubiertos por una ligera nube de polvo que teñía el ambiente rojizo. Melvin, el negro insolente, como ella solía llamarlo, continuaba actuando como capataz, ya que Richard no había podido encontrarle sustituto. Sus continuas ausencias no le permitían dedicarle todo el tiempo necesario a la plantación y Melvin había vuelto a erigirse como su representante en la finca. Jimmy no sufría ya su constante acoso, aunque a ella le constaba que el negro seguía hablando mal de él a sus espaldas e incluso tenía la desfachatez de compartir su descontento con su marido. Este no se daba cuenta de que, si no hacía nada al respecto, los negros se adueñarían de la finca en unos pocos años. Todos los mozos eran negros, al igual que Dorothy y su madre, la excepción era Jimmy. Era cuestión de números. Ella le insistía una y otra vez, pero él no la escuchaba. El paso de los años lo había convertido en un hombre terco y corto de miras. Estaba convencida de que, si no fuera por ella, todo lo que el apellido Preston significaba se habría perdido

hacía años.

Acompañando a ese pensamiento, la imagen de Grace surgió ante sus ojos. La joven salía de casa escoba en mano para retirar el polvo y las hojas resecas que habían caído sobre el porche. Un acceso de ira se apoderó de ella y golpeó el cristal con sus manos. Habían transcurrido seis días desde que Jimmy le confesara lo que había descubierto en su visita a Orangeburg.

—Grace se estaba besando con Edward. Lo vi con mis propios ojos. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevan viéndose a escondidas?

Jimmy le contó todo lo que vio, nunca relató una historia con tanto detalle. Los vio besarse en la cafetería, la que no estaba muy lejos de la tienda de discos. Se reían, se besaban y hablaban sin parar. Existía entre ellos una complicidad desbordante, una energía que cualquiera que les echara un vistazo podría captar.

—No debe ser la primera vez que se ven. —Jimmy atacaba con audacia el punto débil de Julia. No era ningún secreto que la señora Preston tenía grandes planes para su hijo y que, en lo que a él respectaba, el futuro de Edward estaba atado a su voluntad.

Julia estuvo a punto de perder el control y encararse con Grace esa misma tarde, pero finalmente pudo controlarse pese a que apenas podía mirarla a la cara. La bilis ascendía hasta su boca cuando la joven se refería a ella con una bonita sonrisa en su rostro. ¿Cómo se había atrevido a faltarle el respeto de esa manera? ¿Acaso creía que ella iba a permitir que engatusara a su hijo? En su odio silencioso se convenció de la frialdad de Grace y de su apariencia falsa e interesada: su dulzura, su educación y su predisposición a agradarla en todo momento no eran más que una pútrida fachada de traición. Cogió aire y trató de tranquilizarse. La agonía había sido larga, pero por fin había llegado el momento de ajustar cuentas con ella. La soledad en la que se encontraba la obligaba a ser meticulosa y a pensar en todas las consecuencias posibles. Igualmente, necesitaba tiempo para valorar bien qué opciones tenía y cuál era la mejor manera de proceder.

Por tanto, empleó esa semana en buscar una jovencita adecuada para su hijo. Era fundamental que Edward encontrara otra chica con la que divertirse. Eso haría más fácil su distanciamiento con Grace. Tras varios días indagando, averiguó que una familia que conocía del club del campo, los Mitchell, tenía una hija de su misma edad. Julia había tratado con ellos en multitud de ocasiones y tenía garantías de que se trataba de una familia honrada y de sólidos principios morales. Por ello, no tardó en comentarle a la madre de la joven la posibilidad de organizar un encuentro informal para que sus hijos se conocieran. Anne Mitchell era el nombre de la joven. Una chica de veinte años con el rostro delicado, pelo castaño y una expresión dulce que Julia estaba convencida de que le encantaría a su hijo.

En cuanto a Grace, en un primer momento pensó en despedirla, pero finalmente se convenció de que la joven podía servirle para asegurar la permanencia de Jimmy Lamburq en la finca. Esto último era también muy importante para la señora Preston.

Fue después de comer cuando Julia mandó llamar a Grace. Le dio el mensaje a Dorothy, que rápidamente fue en busca de su amiga a su habitación, donde Grace escogía la ropa que iba a ponerse al día siguiente. Era la tarde del miércoles y las ganas de reencontrarse con Edward se habían apoderado de ella. Al día siguiente, ambos tenían previsto encontrarse de nuevo en Orangeburg.

—La señora Preston quiere verte —dijo Dorothy después de entrar a la habitación.

Grace frunció el ceño. No le gustaba que Julia quisiera hablar con ella el día antes de su jornada de descanso. No quería que nada pusiera en riesgo aquel día. Por otro lado, hacía ya bastante tiempo que la señora Preston no la llamaba.

—¿Te ha dicho para qué?

Dorothy se dejó caer sobre la cama.

—¿Bromeas? Ve con ella cuanto antes. No está de buen humor.

—¿Y cuándo lo está? —dijo Grace con un gesto serio procurando averiguar qué le depararía la conversación. No le gustaba guiarse por su instinto, por ello no podía identificar la creciente incomodidad que experimentaba.

Sin perder más tiempo, salió de la habitación y se dirigió a la pequeña salita de la planta inferior, donde la señora Preston solía pasar las tardes leyendo, haciendo croché o viendo el televisor. Mientras bajaba la escalera captó la fragancia de su perfume. Llegó a la salita y se detuvo en el umbral uniendo sus manos en señal de espera.

—¿Quería verme, señora Preston?

Del interior provenían los disparos y gritos de algún western que veía en la televisión, pero esa algarabía cesó de pronto.

—Pasa, Grace.

Solo cuando la joven dio un par de pasos hacia el interior de la salita pudo ver la figura de Julia junto al televisor. Vestía un pantalón abombado y una camisa blanca que relucía con los rayos de sol que entraban por la ventana. Llevaba el pelo recogido en una coleta, lo que le otorgaba a su rostro un carácter afilado, amparado por una mirada inteligente. Grace se maravilló en silencio de su presencia, aunque se percató de que estaba un poco más delgada. Sus pómulos parecían dos islotes que sobresalen de un océano en retroceso.

—Siéntate —dijo Julia con una sonrisa forzada y desconcertante al mismo tiempo, señalándole a un butacón. Ella se sentó en el otro y así quedaron ambas, frente a frente. Estuvieron en silencio durante

unos segundos durante los cuales Julia no le quitó ojo de encima.

—¿Sucede algo, señora?

—¿Qué día es hoy? —preguntó Julia de repente. Grace tragó saliva.

—Miércoles, señora.

Julia asintió.

—Por tanto, mañana es tu día de descanso, ¿verdad?

Grace hizo un esfuerzo por mantener la calma. Su intuición era por entonces un grito desesperado.

—Así es.

—Todos necesitamos descansar. ¿Qué sueles hacer? —Julia permanecía con una sonrisa tensa en el rostro. Un gesto inamovible que alteraba cada vez más a Grace.

—Ya lo sabe, señora. Voy hasta Orangeburg, a la tienda de discos. Conocí a unas chicas y suelo almorzar con ellas o tomar café.

Las manos de Julia estrujaron el reposabrazos del butacón y el cuero crujió entre sus dedos. Grace se fijó en su gesto, pero actuó como si no hubiera ocurrido.

—¿A unas chicas?

Durante una semana se había cohibido. Había decidido a esperar hasta el miércoles, al día antes de que ella y su hijo volvieran a encontrarse, con el fin de que Grace se derrumbara por sí sola, pero cada vez le resultaba más difícil contenerse.

—Sí, señora —contestó Grace.

—¿Mañana irás a Orangeburg?

—Es probable.

Julia afinó la mirada. Grace, simplemente, estaba sobrepasada por la situación. No podía creer que hubiera llegado a oídos de la señora Preston la relación que mantenía con su hijo. ¡Era imposible! ¿A qué venía entonces todo eso?

Sin decir nada, Julia se levantó. Le hizo un gesto con la mano a Grace para que permaneciera en su sitio y durante unos segundos caminó por la salita mientras se repasaba los dedos de una mano con los de la otra. Acarició suavemente su alianza, así como el resto de los anillos que lucía.

—He hablado con mi hijo esta mañana —dijo sin detenerse. Grace palideció—. Esperaba que viniese antes de retomar el curso, pero, al parecer, ha conocido a una jovencita, a la hija de los Mitchell; alguna vez han venido aquí. El señor Mitchell tiene un bigote exageradamente largo. Seguro que lo recuerdas. Es un inversor petrolífero. Muy rico.

—Lo recuerdo, señora —dijo Grace como si acabará de recibir un disparo en su pecho y estuviera a punto de fallecer.

—Anne Mitchell se llama la chica. ¿No te parece una buena

noticia?

—Sí, señora Preston.

—No soy estúpida, Grace. Sé que mi hijo se habrá divertido con alguna pelandrusca, jóvenes sin decoro que se desvisten a la mínima. No lo culpo. Es propio de su edad. Sin embargo, es mejor dejar atrás esas compañías y centrarse en una mujer de verdad con la que afrontar una vida juntos. ¿Sabías que incluso están planeando una comida entre ambas familias? Oh, mi Edward se está convirtiendo en todo un hombre. En cuanto a la comida, la celebraremos aquí, en casa; será una estupenda velada en el porche. Ahora hace menos calor y la temperatura es muy agradable.

Grace procuraba dominar el temblor que se extendía por su cuerpo. Aquello era como si una pesadilla hubiera abandonado el mundo de los sueños y se hubiera hecho realidad.

—¿No tienes nada que decir, Grace?

—Me alegro por él —dijo con un hilo de voz. Su mirada estaba fija en el reflejo de la pantalla del televisor. La conversación se había convertido en un sinsentido.

Fue entonces cuando Julia se giró hacia Grace y se acercó lentamente hacia ella hasta tal punto que sus rostros estaban a pocos centímetros.

—¿Cómo puedes seguir mintiendo de esa manera? Después de todo lo que he hecho por ti; después de sacarte de la depravación del desgraciado de tu tío, ¿así me lo pagas?

—Yo…

—¡Silencio! ¡No quiero escuchar ni una palabra!

La ira se apoderó de Julia. Después de tantos días le dio rienda suelta y los reproches cayeron sobre Grace como una cascada interminable de gritos e insultos. Pasados unos minutos, Julia necesitó recuperar el aliento. Bruscamente se pasó la manga de la camisa por los labios, húmedos por la saliva que habían escupido sus gritos. Grace, aún sentada, sollozaba con la mirada fija en el suelo. Las lágrimas caían por su rostro hasta que la gravedad las hacía caer sobre sus brazos. Respiraba agitada. El aire no saciaba sus pulmones y su rostro estaba encendido.

—Quiero a Edward, señora Preston —murmuró Grace cuando encontró las fuerzas necesarias, aunque sus palabras no hicieron más que despertar el lado más iracundo de Julia.

—¡No vuelvas a pronunciar el nombre de mi hijo! ¡Maldita desvergonzada! ¿Crees que no sé qué es lo que quieres? Pensabas que ibas a solucionarte la vida abriendo tus piernas, ¿verdad? Debería avisar de inmediato a tu tío Connor para que se haga cargo de ti.

La amenaza de Julia fue suficiente para que Grace comenzara a llorar.

—¡Por favor, señora Preston! No puedo volver con él. Antes prefiero malvivir en la calle.

—¿Y qué debería hacer contigo? Me has fallado. No puedo confiar en ti.

Grace lloraba, pero, de pronto, se calmó y recuperó la compostura.

—Yo lo quiero, señora. Se lo juro por mi propia vida.

—¡He dicho que no quiero que menciones a mi hijo! Considéralo muerto para ti —dijo Julia con tono amenazante. Grace levantó la mirada y decidió enfrentarse a ella.

—Ya soy mayor de edad. No puede obligarme a ir con mi tío.

Julia sonrió.

—Te lo diré de otra manera. Tienes tres opciones. —Julia se dirigió cerca de un escritorio—. Uno, llamo a tu tío y le digo que ya no trabajas más conmigo. No creo que quiera perder el dinero que le envío todos los meses. Seguro te llevará a algún lugar donde pueda obtener más de ti.

Julia abrió el cajón y sacó una bolsita de terciopelo.

—Opción dos, llamo a la policía y le cuento que me has robado muchas joyas. Estas precisamente —dijo Julia levantando la bolsita—, las encontré bajo tu colchón. Seguro que si la policía revisa en tu habitación encontrará muchas cosas mías escondidas.

A Grace se le humedecieron los ojos. No podría ganar esa batalla; todos creerían a Julia. Además, si encontraban cosas de ella en su habitación, la que compartía con Dorothy, esta podría verse involucrada.

—Eso es mentira, señora Preston. Yo nunca he tomado nada de esta casa. Todos lo saben.

—¿Estás segura de que todos lo saben? —preguntó Julia con una sonrisa sarcástica—. Yo estoy segura de que hago tronar los dedos y tengo varios testigos de mi lado.

—No es justo…

—La vida no es justa —la interrumpió Julia—. Pero como yo te aprecio y creo que no ves tu situación con claridad, te voy a dar una tercera opción. Te olvidas de mi hijo y no te vuelves a entrometer en los planes que tiene con Anne Mitchel.

La ansiedad aprisionó el pecho de Grace. Toda su vida se había derrumbado en cuestión de segundos. Edward, su trabajo… ¿Qué sería de ella? No podía pensar con claridad. Estaba aturdida, como un boxeador después de recibir varios puñetazos.

—¿Quieres seguir trabajando aquí?

Grace asintió.

—No tengo donde ir, señora Preston.

—¿Elegirás la tercera opción y te olvidarás de a mi hijo?

Una mueca de dolor tomó el rostro de Grace. Solo ella sabía de la magnitud del golpe que acababa de recibir.

—Haré lo que me pida.

Julia le puso la mano en la cara.

—Traicióname una vez más y yo misma te haré sufrir lo indecible.

Después la soltó con un mal gesto y Grace tuvo que poner sus manos para evitar golpearse.

—No quiero que le hables ni que lo mires a no ser que sea estrictamente necesario. Nunca estarás a solas con él en el salón ni en el jardín ni en ningún sitio. A partir de ahora tienes terminantemente prohibido entrar a su habitación, incluso aunque él te lo pida. ¿Lo has comprendido? Ya sabes qué ocurrirá si incumples estas normas. No hace falta que te lo repita, ¿verdad?

Grace no podía sentir más dolor en ese momento. Estaba ocurriendo muy deprisa, pero la trascendencia de las palabras de Julia era inmensa.

—No, señora.

—Bien. Pero si te soy sincera, aún no puedo fiarme de ti, no hasta que un hombre te controle como es debido. Las mujeres como tú no aprenden de otra manera. Necesitas un marido y creo que ambas conocemos al hombre idóneo.

Grace abrió los ojos por la sorpresa. La angustia había dejado paso a la estupefacción. ¿Era cierto lo que estaba escuchando?

—No pienses que ignoro lo que sucede en mi casa, Grace. Eso no sería más que otro insulto por tu parte. ¿Crees que no estoy al tanto de la relación que has mantenido con Jimmy? Había noches que escuchaba sus conversaciones desde la ventana de mi habitación. Lo conoces bien y aprenderás a amarlo con el paso del tiempo. La vida no es un cuento de hadas.

Se asfixiaba. La falta de aire era una sensación tan real que incluso se llevó las manos al cuello, como si quisiera librarse de una soga invisible.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con una mezcla de terror e incredulidad.

Julia sonrió altiva, aunque tensa al mismo tiempo.

—Si quieres seguir viviendo aquí, te casarás con Jimmy. Estoy al tanto también de los problemas del joven. Podría decirse que son tal para cual.

Grace se sumergió en esa posibilidad y la valoró en el poco tiempo en el que Julia esperaba una respuesta por su parte. ¿Hasta qué punto la señora Preston tenía potestad para decidir su futuro marido? Se sentía en el borde de un precipicio oscuro, desconocido y del que no podía escapar… o quizás sí. La otra opción era escapar y

emprender una nueva vida lejos de allí. Alguna vez había pensado en mudarse a Los Ángeles para intentar ganarse la vida como cantante, pero ¿eso era una posibilidad plausible? Nunca se había subido un escenario, si dejaba de lado su etapa en la iglesia. Recordó los rostros maravillados de los fieles que acudían y se maravillaban con su voz. ¿Podía hacerlo de nuevo? Era sencillo. Tan solo tenía que mandar a la señora Preston al infierno y largarse. Sin embargo, tanto si se quedaba como si se marchaba, en ambas renunciaba a Edward.

Julia se impacientó y la apuntó amenazante con el dedo.

—Pobre de ti si piensas que tienes otra opción aparte de casarte con Jimmy. Es tu única oportunidad de quedarte en esta casa.

Casarse con Jimmy. El simple hecho de construir esa frase en su cabeza le parecía un disparate. Lo había besado una vez y habían compartido muchas conversaciones, pero jamás había experimentado un ápice de lo que sentía por Edward. ¿Cómo iba a soportarlo? ¿Qué pensaría Edward de ella?

—¿Cuándo… cuándo sería la boda? —dijo Grace con voz temblorosa.

Julia sonrió.

—Cuanto antes. Ya se conocen, por lo que es tontería postergarla mucho. Después del enlace vivirán en el caserón donde Jimmy reside en estos momentos. Lo acondicionaremos para que resulte más acogedor. Puedes ver que, pese a tu traición, soy bondadosa contigo. Creo en las segundas oportunidades, Grace y estoy dispuesta a correr el riesgo. Eres afortunada, aunque en estos momentos te sientas desgraciada. Sé que llegará el día en el que me agradecerás todo esto.

Grace escuchaba las palabras de Julia como si no estuvieran dirigidas a ella, como si se tratara de una escena de la que formaba parte de manera incorpórea, espiritual. Al mismo tiempo, se percató de que el discurso de Julia emanaba cierta premeditación. No sabía cómo había averiguado su relación con Edward ni iba a preguntárselo, pero la manera que la había abordado no era impetuosa ni precipitada. Eso le hizo llegar a la conclusión de que posiblemente Jimmy no solo estaba al tanto de los planes matrimoniales de Julia, sino que los había aprobado.

—Jimmy…

—Está al tanto —interrumpió Julia—. No es ningún secreto que deseo mantenerlo en la plantación, pues me niego a tener un rebaño exclusivo de negros a mi servicio. Tengo planes, Grace y tú puedes formar parte de ellos o terminar en la cárcel. O siempre puedes regresar con tu tío. Le alegrará ver en la mujer en la que te has convertido.

Finalmente, Grace claudicó. No dijo que sí, tan solo hizo una pregunta que aclaró la decisión que había tomado.

—¿Edward está con otra chica?

Julia asintió con una sonrisa y el gesto de triunfo en su rostro.

—Por supuesto, Grace. Ya lo verás cuando sea la cena de compromiso; no tendrás que esperar mucho. ¿No te parece que ya has tenido suficiente? Él se encaprichó contigo y obtuvo lo que quería. Los hombres son así, eso deberías saberlo. Y aunque lo de ustedes haya sido pasajero, no quiero que su futura esposa tenga motivos para cancelar la boda. Dame un solo motivo y lo pagarás caro.

Grace salió de la salita quince minutos más tarde. Caminaba como un fantasma desconocedor de su propia existencia, vagando penosamente hasta su habitación. Por suerte o por desgracia, pues no era capaz de ver más allá de su propio dolor, Dorothy no se encontraba allí. Se acercó a la ventana, observó el sol de la tarde caer sobre la plantación, donde media docena de bultos oscuros agitaban las hojas y se movían como hormigas. No sabía lo que estaba haciendo o más bien le costaba aceptarlo: se había aproximado a la ventana con la finalidad de encontrar a su prometido, de ver a Jimmy por primera vez como su futuro esposo.

Las lágrimas continuaban deslizándose por sus mejillas, siguiendo el surco húmedo de las anteriores. Sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro. ¿Dónde estaba?, se preguntaba.

El sonido de unos pasos a su espalda le sorprendió. Pensó que era Dorothy, aunque el sonido no se correspondía con el que hacía su amiga al caminar. La madera del suelo crujía más de lo normal. Cuando se dio la vuelta, vio a Jimmy en el umbral. Tenía los brazos cruzados, la camisa ligeramente abierta y el flequillo moreno cayéndole sobre la frente. Era un chico atractivo. Además, lucía una expresión apagada y dócil, lo que le añadía más ternura. Una bella contradicción. Estuvieron mirándose en silencio durante varios segundos, estudiándose. Las lágrimas de Grace remitieron.

—Julia me ha dado la noticia —dijo Jimmy al fin—. Habló conmigo esta mañana.

A Grace le resultaba difícil poner palabras a la nueva situación que los definía. Había aceptado la propuesta de Julia, pero sus sentimientos se encontraban en clara rebeldía. La desolación del primer momento había dejado paso a la ira y a la incomprensión. Había tardado en asimilar aquello de que Edward había quedado con otra chica. No podía creérselo.

—Así que ya es oficial —dijo ella con la voz gangosa por el llanto.
Jimmy asintió solemne.

—Estoy tan sorprendido como tú. Me gustas, Grace, eso no voy a negarlo. Sé que si me das una oportunidad podré hacerte feliz, pero jamás pensé que sería de esta manera.

Grace estaba confusa. Desconocía si Jimmy estaba al tanto de su

relación con Edward y no sabía hasta qué punto debía ser sincera. Al mismo tiempo, consideró absurdo su pensamiento, teniendo en cuenta que se encontraba ante su futuro marido. Una idea que no se asimilaba, así como así.

—¿No te ha dado opción? —preguntó Grace. Él levantó los hombros.

—Dice que todos mis problemas se solucionarán cuando siente la cabeza. Que con una familia no me echarán de la finca. Nunca he tenido una familia, o al menos lo que todo el mundo entiende como una familia. Mi vida no ha sido fácil, ya lo sabes. Sin embargo, pese a que no la conozco, al mismo tiempo sé qué es lo que quiero. Sentar la cabeza, ¿no? Es lo que todos dicen.

Una leve sonrisa deformó los labios de Grace. Una familia. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía esa calidez de cuando era una niña pequeña y vivía al otro lado del océano?

—¿Te ha comentado algo de mí? —dijo Grace. La sonrisa no había sido más que un espejismo. Jimmy dio un par de pasos hacia delante.

—Eso pertenece al pasado, ¿no crees? Suficiente tenemos con afrontar el futuro.

La ocurrencia de Jimmy tenía sentido. Este continuó.

—Todos hacemos cosas de las que un día nos arrepentimos. La cuestión es si estás dispuesta a seguir hacia delante. Nunca he tenido nada, por lo que la propuesta de la señora Preston es para mí como un regalo. Ahora mismo me siento el hombre más afortunado del mundo. —La dulzura con la que hablaba Jimmy había sorprendido a Grace. No parecía el muchacho de semanas atrás, cuando se encaraba con Melvin o lo maldecía por las esquinas.

—¿Afortunado?

Jimmy asintió.

—Al menos tengo una oportunidad para estar contigo.

Grace suspiró y movió la cabeza de un lado a otro.

—Creo que no has entendido bien la propuesta de Julia.

—Perfectamente, Grace. Si todo va bien, la boda se celebrará en octubre o quizás en noviembre, no lo sé. De lo que sí estoy seguro es que tengo unos cuantos meses para convencerte de que no es un error.

Los ojos del Grace relucieron. ¿Quién era ese Jimmy que había permanecido oculto hasta entonces?

—¿Me dejas intentarlo? —insistió Jimmy. Grace lo miró fijamente. Después de haber aceptado ante Julia, no tenía muchas más opciones.

—¿Es que no te rindes nunca? —dijo al fin. Jimmy sonrió.

—Ah, parece que no me conoces, prometida —dijo en tono de broma. Esta vez Grace no pudo ocultar la sonrisa—. ¿Te apetece que

lo celebremos mañana en el Blackie Black? Estoy segura de que la señora Preston nos dará la tarde libre.

Era jueves y para Grace tenía un significado especial. Sin embargo, si Jimmy se mostraba tan convencido, ella debía darle el beneficio de la duda.

Capítulo 23

Columbia, Carolina del sur
Septiembre de 1966

Edward bajó desanimado del autobús y se encaminó hacia la residencia de estudiantes donde vivía. Las clases habían empezado hacía poco, aunque él ya había acumulado varias faltas sin justificar y malas calificaciones que lo ataban de pies y manos para el resto del semestre. Iba a resultarle imposible regresar a Blackville hasta las vacaciones de Navidad.

Igualmente, la costumbre de ir los jueves hasta Orangeburg había llegado a su fin ese mismo día. De ahí en adelante tendría que asistir a todas las clases y aplicarse si quería mantener el nivel de sus calificaciones anteriores: notables y sobresalientes. Aunque, la verdad, le importaba poco la nota que consiguiera. Él disfrutaba en el esfuerzo, se regocijaba en él y lo exprimía hasta la última gota. Los resultados eran, por tanto, la consecuencia natural de sus actos. No obstante, si él necesitara de su ánimo para remontar el curso, este sería largo y penoso. Hacía dos meses que estuvo esperando a Grace durante horas, primero en la cafetería y después en la estación de autobuses de Orangeburg. Regresó a Columbia cabizbajo y preguntándose si le había ocurrido algo. Esa misma noche telefoneó a su madre y, disimulando su verdadero interés, le preguntó si todo iba bien por casa. Julia le dijo que sí, que todo estaba en orden y continuó hablando hasta que encontró la oportunidad de comentarte que Grace y Jimmy habían ido a Blackie Black.

—¿Los dos? —La pregunta escapó del control de Edward.

—Ah, esos jovencitos se esconden cada vez menos. Hacen buena pareja, ¿no crees? —dijo Julia, consciente de la repercusión que iban a tener sus palabras en su hijo. Este tardó un tiempo indefinido en contestar. Debía mostrar indiferencia, pero, al mismo tiempo, los celos y el desconcierto jugaban con sus sentimientos de manera cruel.

—¿Pareja? —musitó.

—¿Grace y Jimmy? Desde que llegó el muchacho, rara es la noche que no se quedan charlando hasta las tantas. No se lo digas a papá, pero alguna vez he visto a Grace entrando a hurtadillas al caserón de Jimmy. Es indecoroso, pero ¿quién soy yo para entrometerme?

A Julia no le costó mucho acabar con la relación entre Grace y su hijo. Tan solo faltó contarles medias verdades para que la confianza de

ambos sobre el otro se desmoronara. Además, utilizó también a su marido para que este le transmitiera las noticias a Edward. Sin él saberlo, se había convertido en un altavoz de las intenciones de Julia.

—Suenan campanas de boda en casa, hijo. Creo que Jimmy y esa chica van a casarse dentro de poco. —Estas frases, inocentes en los labios de Richard, arrastraban a Edward a un abismo de sufrimiento y rencor. Intentó hablar varias veces con Grace por teléfono, pero en todas contestaba su madre que le decía que estaba con Jimmy en algún sitio. Pese a todo, Edward continuó desplazándose los jueves hasta Orangeburg con la esperanza de reencontrarse con ella y poder averiguar lo que estaba ocurriendo; pero ella no apareció. Julia, que percibía el hastío de su hijo, le comentó entonces el presentarle a la hija de los Mitchell, una joven guapa e inteligente. Edward no mostró interés las primeras veces, pero finalmente, después de escuchar todo tipo de comentarios acerca de Grace y Jimmy, decidió darle una oportunidad a Anne. Su madre estaba en lo cierto. Era una chica muy guapa, esbelta, de ojos claros e inteligente. Fantástica para cualquier otro hombre que no fuera él, pues Anne no causaba sentimiento alguno en Edward, que siguió quedando con ella más por despecho que por gusto.

A su vez, Julia aprovechaba cada ocasión para comentarle a Grace que Edward estaba muy enamorado de Anne Mitchell y que una vez acabara sus estudios, se sentarían a planear la boda.

De esta manera, Julia consiguió que el cariño que se tenía Grace y su hijo se convirtiera poco a poco en rencor. Los dos se sentían traicionados por el otro y pese a que seguían enamorados, el orgullo y los continuos comentarios de Julia levantaron un muro infranqueable entre ellos.

La señora Preston observaba satisfecha como la relación entre Grace y Jimmy funcionaba. Los jóvenes tenían complicidad, conversaban y reían continuamente.

—¿Quién nos lo iba a decir? —dijo Richard cuando supo de la noticia.

—Era justo lo que necesitaban —afirmó Julia.

—La verdad que el cambio de actitud de Jimmy es notable. Debe estar muy enamorado de Grace.

Julia sonrió a medias. Su marido no se percató de un ligero gesto de desprecio. Richard regresó a su despacho. Su marcha significó para Julia una brisa, el aire que se mueve dispuesto a rellenar el hueco. Ni un beso ni una caricia. Miró a su alrededor y se vio sola de nuevo.

Al mismo tiempo, Grace y Dorothy se encontraban preparando el almuerzo. Las dos estaban sentadas con un barreño repleto de judías a las que tenían que extraer las semillas. Era una labor tediosa, pero se trataba de una petición expresa de la señora Preston. De alguna

manera siempre encontraba la manera de imponer sus deseos.

—¿Dónde está tu prometido? —dijo Dorothy—. No lo he visto en toda la mañana.

Grace sonrió. Había pasado mucho desde que Julia la obligara a aceptar el compromiso.

—Está en Blackville. Dice que el propietario del Blackie Black le ha conseguido unos discos de rock. Veremos cuánto le saca.

Había cierto orgullo en la expresión de Grace. Desde que su compromiso se hizo oficial, la actitud de ella respecto a Jimmy había cambiado por completo. Este se esforzaba por complacerla, de manera que, tras una semana, ambos recuperaron la confianza que mantuvieron meses atrás, antes de que Grace y Edward se encontraran. La melancolía por esos días seguía en el recuerdo de ella, pero poco a poco le iba dando más importancia al presente que a un pasado que se diluía lentamente.

—Se te ve feliz con él —dijo Dorothy. Después de la noticia, esta se molestó con Grace por haber mantenido en secreto su relación con Jimmy.

Por su parte, Grace no tenía la libertad suficiente para ser sincera con su amiga, por lo que la relación entre ambas se resintió. Seguían siendo amigas, pero algo había cambiado entre ellas. Grace no pudo contarle la verdad de lo ocurrido, el cómo Julia la obligó a aceptar el compromiso bajo amenaza.

—Es muy atento y más dulce de lo que parece —respondió Grace.

—Las vueltas que da la vida.

Grace miró a su amiga. Sabía qué escondían sus palabras.

—¿Crees que estoy cometiendo un error?

—No he querido decir eso. Es solo que todavía me sorprende la noticia. ¿Tienen ya fecha?

Grace agachó la mirada y respiró profundamente.

—Antes de Acción de Gracias. La señora Preston me ha ofrecido el patio trasero para celebrar con un almuerzo. Además, el señor Preston nos ha financiado una reforma del caserón donde vive Jimmy. Él mismo se está encargando.

—Me alegro por ustedes. De verdad. Ojalá yo tenga esa suerte algún día —dijo Dorothy.

—¿Por qué no ibas a tenerla? Marcus está enamorado de ti y tú de él, ¿no es así?

Su amiga asintió.

—No te olvides de Melvin. Marcus no quiere perder a su hermano. Seguiremos nuestra relación a escondidas hasta que encontremos una solución.

La situación de Dorothy y Marcus hizo pensar a Grace que el amor no era sencillo. Querer a una persona no era suficiente para

poder estar con ella. Podría decirse que los sentimientos eran tan solo uno de los ingredientes de la receta. Otros podrían ser la suerte, la casualidad o las circunstancias. ¿Por qué si no ella estaba prometida con Jimmy? Todavía no sabía cómo los habían descubierto. ¿Quién se lo habría contado a Julia? Esa persona, fuera quien fuese, había marcado para siempre la vida de Grace.

Esto último se había convertido en una obsesión para ella, pero no se atrevía a plantear sus dudas ni a Julia ni a Jimmy, del cual tampoco sabía hasta qué punto conocía lo ocurrido. Además, no quería que creyeran que seguía pensando en aquellos días, en un pasado prohibido que no volvería a repetirse. Solo le causaría problemas.

—¿Te gusta? —le preguntó Jimmy. Había regresado de Blackville después de comer. Tras las disputas con Melvin, su trabajo en la plantación se había reducido a lo mínimo y se había convertido en una especie de asistente de los señores Preston. Se encargaba de las compras, del correo, hacía de chófer en ocasiones o de acordar los precios de venta y compra con los comerciantes que se interesaban por la cosecha. Casi de casualidad, habían encontrado una utilidad a la verborrea del joven. Por ello, vestía con ropa más arreglada, aunque seguía arremangándose las camisas, luciendo la parte superior de su pecho y llevando su pelo como lo había llevado siempre, con el flequillo cayéndole a un lado de la frente.

Ambos se encontraban en el caserón de Jimmy, que cada vez se parecía más a un hogar. Él mismo se estaba encargando de la reforma, demostrando que cuando le interesaba era un trabajador aplicado y habilidoso. Había sustituido el suelo y también había añadido una habitación levantando una estructura de madera junto a un lado de la casa. Del lugar donde los mozos dejaban sus aperos años atrás quedaba muy poco. Encima de la mesa, la única que había, estaba el tocadiscos que se compraron hacía tiempo Grace y Dorothy. La primera le había pedido llevárselo hasta su nueva casa, a lo que no se opuso. Era rara la semana que Jimmy no regresaba a la residencia de los Preston con varios discos bajo el brazo, ilusionado ante la reacción de Grace. En ese preciso momento sonaba *My Generation* de The Who, una canción que acaba de lanzarse en Reino Unido.

—Tiene mucha energía —dijo Grace mientras llevaba el ritmo golpeando ligeramente el respaldo de una silla. Jimmy sonrió y encendió un cigarrillo. Después fue hasta un mueble y sacó una cerveza.

—¿Crees que podrás hacerla tuya? —preguntó Jimmy. Grace lo miró sorprendido.

—¿Te refieres a cantar esta canción? Me gusta, pero no es mi estilo.

—Oh, siempre pones excusas para no cantar. Ya sabes que podrías actuar en el Blackie Black. Están buscando músicos.

Grace asintió reflexiva. ¿Subirse a un escenario? El miedo y las ganas se repartían a partes iguales.

—¿Quieres que me abucheen?

—Te aseguro, cariño que quien lo hiciera lo pagaría caro —dijo Jimmy levantando el puño. Grace experimentó una agradable calidez en su interior. Pensativa, lo observó mientras Jimmy se levantaba rápidamente y rebuscaba en la caja donde guardaban el resto de los discos.

—¿Qué estás haciendo?

—Me has dicho que no es tu estilo. Dime cuál es. Cantas estupendamente y el mundo se merece escucharte.

—¡No hablas en serio!

Jimmy asintió con el cigarro en los labios.

—Por supuesto que sí. Mañana mismo iré al Blackie Black y cerraré un pase para el viernes por la tarde, a eso de las ocho. Más tarde se llena de borrachos.

—¡No vas a hacer eso! —dijo Grace sintiendo un extraño nerviosismo en su interior.

—Nina Simone, ¿verdad? Aunque últimamente has escuchado también a Ella Fitzgerald.

—No voy a subirme a ningún escenario.

Jimmy ignoraba sus continuas negativas con una sonrisa traviesa.

—Les preguntaré si disponen de un camerino o lo que sea. ¿Tienes un vestido? ¡Anda, un disco de Billie Holiday! Este no lo había escuchado.

Jimmy cumplió su palabra y al día siguiente llegó con una servilleta en la que podía leerse el acuerdo entre el propietario del Blackie Black y él para que Grace actuara el próximo viernes.

—Pero ni siquiera he ensayado, Jimmy. ¿Qué demonios voy a cantar?

—Lo que cantas todos los días, cuando te piensas que estás a solas. Por el amor de Dios, Grace. Tienes más talento que la mayoría de los patanes que pasan por allí.

Finalmente, Grace cedió y aceptó. Enseguida comenzó a pensar en la actuación y en las canciones que interpretaría. Estaba frenética.

Tres días más tarde, más o menos a las siete de la tarde, Grace y Jimmy llegaban al Blackie Black. La actuación de Grace se anunciaba con su nombre escrito burdamente en una pizarra. Sin embargo, para Grace era como si luciera en una marquesina en Broadway. No había mucha gente y eso la tranquilizó.

—No sé cómo me has convencido —le recriminó a Jimmy. Ver el escenario solitario, esperándola, le hizo sentir un vértigo muy

incómodo.

—Solo te he dado un empujoncito. ¿Quieres una copa? Tenemos barra libre.

—¿Podemos beber lo que queramos? —preguntó Grace, la cual había estado al margen de las negociaciones entre Jimmy y el propietario del Blackie Black.

Este que no estaba dispuesto a pagar a una novata por canturrear un rato sobre el escenario, aceptó que bebieran lo que quisieran a modo de compensación.

—El próximo concierto le apretaremos las tuercas.

«¿El próximo?», pensó Grace. Estaba convencida de que con esa experiencia tendría suficiente.

—¿Dónde está el guitarrista? —preguntó Grace mirando a su alrededor. Jimmy le sujetó las manos y le pidió que se calmara. Después señaló al otro lado de la barra, donde un hombre bebía tranquilamente. Junto a él, apoyada en la barra, estaba la funda ajada de una guitarra.

—Ahí lo tienes. Se llama Philip Edwards y me ha asegurado que lleva toda su vida en lo alto de un escenario. ¡Eh, Philip!

Este giró la cabeza hacia Jimmy y lo saludó con un gesto.

—Ella es Grace.

Cantante y guitarrista se saludaron con un estrechón de manos.

—Un placer —dijo Philip sin mucho ánimo. Su apatía le resultó incómoda a Grace. Sentía como la garganta se le cerraba poco a poco —. ¿Tienes la lista?

Jimmy asintió y le entregó una hoja donde estaban anotadas las canciones que Grace había elegido interpretar. A medida que las leía, la sorpresa se fue instalando en el rostro de Philip.

—¿De verdad? —dijo sin más, mirando a Grace.

—Son las que mejor interpreto.

Philip miró a Jimmy y después regresó a Grace. No comprendían qué estaba pasando.

—No perdamos más tiempo.

Philip se dirigió al escenario y le hizo un gesto a Grace para que lo siguiera. Jimmy le dio un beso en la mejilla y se sentó en la barra con una copa de whisky. Entraron varias personas más al Blackie Black, aunque ninguna mostraba interés en el escenario. Philip sacó su guitarra eléctrica y la conectó al amplificador. Grace lo observaba quieta como una estatua. El corazón le latía con fuerza.

—Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo antes de tocar una melodía que Grace identificó como *Love Me or Leave Me*—. No es necesario que cojas el micro todavía, solo quiero ver si es cierto.

Grace estaba confusa, pero obedeció. Esperó la señal y justo ahí, comenzó a cantar.

—*Love me or leave me and let me be lonely…*

Su voz comenzó a flotar sobre la melodía, jugando con las notas de la guitarra, marcando el tiempo con cada sílaba. Philip la acompañó incapaz de borrar la sonrisa de su rostro. En cuanto terminó la primera estrofa, le hizo un gesto para que continuara. Grace, más confiada al haber sido capaz una vez, cerró los ojos y cantó de nuevo, más decidida, con más aplomo. A falta de micro, apretaba sus manos y las movía al ritmo. Cuando terminó la canción se produjo un silencio que enseguida fue roto por aplausos de los pocos clientes que se encontraban en el Blackie Black. El más fervoroso, como cabía esperar, era Jimmy.

—Un poco de talento al fin —dijo el camarero.

—Es mi chica —afirmó Jimmy orgulloso.

—Pues tu chica va a llegar lejos. Además, tiene unas piernas de infarto.

La sonrisa fue desapareciendo poco a poco de los labios de Jimmy. Volvió a mirar al escenario y vio como Philip hablaba emocionado con ella. Luego miró el vestido negro que lucía esa noche, mientras Grace sonreía al músico. Debían comentar algo de la actuación, porque el guitarrista hacía indicaciones a las que ella asentía concentrada. Mientras tanto, los escasos clientes se sentaron en las mesas más cercanas del escenario. Se percibía un ambiente único, eléctrico, como si todos supieran que estaba a punto de ocurrir algo especial. No obstante, el humor de Jimmy cambió drásticamente. Siguió en la barra, bebiendo, fumando, pero lo hacía en un silencio reflexivo y desconfiando, mientras lanzaba miradas de rencor a todos los que aplaudían las canciones de Grace.

Sin embargo, para ella, aquello tuvo gran relevancia. Las últimas barreras que le impedían amar a Jimmy se desvanecieron tras ese concierto. Gracias a él se había atrevido a subir a un escenario y el cúmulo de sensaciones que había experimentado por ello eran el mayor regalo que había recibido hasta la fecha. Fue tal su entusiasmo, que llegó a aborrecer las muchas horas que se pasaba en silencio escuchando los discos que Edward le regalaba. De alguna manera relacionó esa época con su timidez y su negativa a cantar delante de otra persona. A partir de entonces, Grace cantaba a todas horas en la residencia de los Preston e incluso necesitaba de un público para sentirse plenamente satisfecha. Cantar no era suficiente, quería que la escucharan y la aplaudieran.

Jimmy no se mostró muy solícito, menos con el vestido que había usado la última vez, pero Grace, le prometió que iría con pantalones, solo quería volver a actuar en el Blackie Black. El propietario estaba encantado con la actuación de la joven.

Grace actuó dos veces más, tras las cuales se extendió su fama por

el condado. Si antes la mayoría de los que visitaban el bar preguntaban por Elvis, tras las actuaciones de Grace, ella se había convertido en el principal reclamo. El motivo de por qué había triunfado estaba en ella misma: su voz era hipnótica, impulsiva y sensual al mismo tiempo. La luz de los focos hacía relucir el azul de sus ojos, los cuales parecían reflejarse por toda la sala. Ya para el segundo concierto, Philip se encargó de encontrar un batería y un organista, que no hicieron más que ensalzar las actuaciones. La joven tenía la energía propia de los que están destinados a convertirse en estrellas.

Todo señalaba que Grace iba a convertirse en un pilar fundamental del Blackie Black, sin embargo, después de sus tres conciertos, la señora Preston le prohibió rotundamente volver a pisar ese antro.

—No sé cuál es tu propósito. ¿Acaso quieres perder a Jimmy? —le gritaba. Grace, por su parte, no comprendía el enfado.

—Solo canto.

—¿Solo cantas? Eso no es lo que dicen. Te insinúas como una cualquiera, enseñando tus piernas. Tu futuro marido debe sentirse avergonzado. Además, ¿crees que podemos permitir que una de nuestras empleadas se luzca de esa manera? Estás muy equivocada, Grace. Si no estuvieras prometida con Jimmy, habría ordenado que pusieran tus maletas en la puerta.

Después de la regañina, Grace regresó a su habitación confundida. No entendía qué había hecho mal. Cantar era su sueño, y Jimmy y el Blackie Black le habían dado la oportunidad de experimentarlo en su piel. ¿Qué tenía eso de malo? Confió en encontrar algo de apoyo en Jimmy, pero el joven no estaba dispuesto en oponerse al mandato de la señora Preston.

—Después de todo lo que ha hecho por nosotros, lo mínimo que podemos hacer es no contrariarla. ¿Qué sería de nosotros sin ella? Nos da trabajo, un techo. Creo que eso es más importante que actuar en un bar de mala muerte.

Capítulo 24

Las palabras de Jimmy acabaron por convencer a Grace de que su aventura como cantante, fugaz por otra parte, había llegado a su fin. Aún sentía ese anhelo de verse subida encima de un escenario, de cantar las canciones que hasta hacía poco se había limitado a tararear en soledad. Había algo mágico cuando cantaba. Era como si la niña que hacía años cantaba en aquella iglesia, se reencontrara con la mujer en la que se había convertido. Pero no solo eso. Cuando cantaba sentía que su alma se expresaba, que sus sentimientos fluían. Cada estrofa, cada frase, eran verdad emanando desde lo más profundo de su ser. En resumidas cuentas, actuar se había convertido para ella en una droga y no podía más que pensar en cuándo sería la próxima vez que podría subirse al escenario. Ni siquiera la boda con Jimmy le importaba tanto. Pero eso lo guardaría para ella. Ese se convirtió en su nuevo secreto.

Al poco de recibir la negativa por parte de la señora Preston, esta decidió inmiscuirse directamente en la organización de la boda. Lo primero que hizo fue designar una fecha exacta: el sábado antes de Navidad tendría lugar el enlace. Grace no lo vio ni mal ni bien. Había aprendido la lección que, en lo referente a su matrimonio, ella tenía poco que decidir.

—Visto lo visto, hay que celebrar la boda cuanto antes. Necesitas un marido, Grace. Después, verás las cosas de otra manera y sentarás la cabeza de una vez por todas.

El cariño y la atención que Jimmy le dispensaba ayudó a Grace a aceptar su destino. Semanas antes, la joven estaba ilusionada por la boda y solo en contadas ocasiones sentía resignación por no poder cantar en el Blackie Black, el cual no volvieron a visitar después de su última actuación. Pero lo más destacable por esos días fue el regreso de Edward a la residencia de los Preston. Grace ocultaba su nerviosismo a la par que Jimmy procuraba mantenerla entretenida la mayor parte del tiempo.

Cuando se vieron de nuevo, la primera vez después de su último encuentro en Orangeburg, ambos se saludaron con una frialdad que reconfortó a la señora Preston. Los sentimientos entre los jóvenes estaban candentes todavía, pero las artimañas de Julia habían conseguido que ambos se observaran con recelo. Cada uno se sentía traicionado por el otro y el orgullo les hizo ignorarse, lo que a su vez ahondó la distancia que los separaba. A su vez, Edward, herido,

procuró hablar de Anne Mitchell siempre que Grace se encontraba delante, lo que acabó por convencerla de que su aventura con el hijo de los Preston había sido desterrada definitivamente al pasado.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Blackville. A ellas acudieron Quinn, Dorothy y los mozos de la plantación. Grace lucía un vestido blanco ceñido, muy simple. Después de la ceremonia se trasladaron a la finca donde Julia les dejó que celebraran la unión. Había un modesto coctel para los empleados, todos trabajadores de la plantación, además de Quinn y Dorothy. Pese a tratarse de un día feliz, flotaba una tensión que convirtió toda la celebración en un acto forzado.

En cuanto a los demás, se mostraban locuaces. Melvin repudiaba a Jimmy con todas sus ganas, pero estaba feliz de que hubiera dejado de ser una amenaza, para él y su futuro con Dorothy. Continuaba ciego para ver que la mujer que tanto le gustaba mantenía una relación con su hermano.

Cuando ya terminaba la celebración, Richard se acercó donde estaba la fiesta. Saludó a los recién casados y le tendió un sobre a Jimmy y este lo abrió de inmediato. En él había una invitación para pasar varios días en uno de los mejores hoteles de Savannah. Era el regalo de los Preston para los recién casados.

En ese momento, Grace realmente creía que podría ser feliz con Jimmy. Estar con él a solas y ver qué tal se daban las cosas en ese aspecto. Él la amaba y ella quería amarlo y sentirse parte de una familia: su propia familia.

Una vez terminó la celebración, prepararon su equipaje y se despidieron de todos. Se subieron a un coche, que les prestó la familia Preston, para ir hasta Savannah y así dar inicio de una vida de amor y felicidad.

Grace, aunque estaba melancólica, intentaba sonreír y mantener la ilusión por la nueva vida que le esperaba.

Cuando llegaron al hotel, se registraron y subieron sabiendo lo que iba a ocurrir. Ya en el ascensor, Jimmy la besó apasionadamente y estuvieron a punto de ser descubiertos cuando se abrió la puerta. Entre risas, entraron en la habitación y soltaron las maletas. Habían hablado de pasear por la ciudad y tomar unos cócteles al atardecer, pero la pasión desbordante de Jimmy les hizo posponer todos esos planes. Jimmy estrechó a Grace contra su cuerpo y ella sintió su vigor masculino, sus manos que acariciaban su cuerpo y el calor de sus labios sobre los suyos.

—No sabes cuánto tiempo he soñado con este momento —dijo Jimmy mientras besaba el cuello de Grace. Esta cerraba los ojos y acariciaba el torso robusto de su marido. Se sentía deseada y eso le hacía experimentar un poder sobre Jimmy. Hacer el amor con él era lo

que necesitaba para entregarse a él por completo y el recuerdo de Edward se alejaba, se desvanecía poco a poco.

Jimmy la llevó hasta la cama y comenzó a quitarle la ropa. Primero lentamente, saboreando la piel que se iba mostrando a sus ojos. Sus manos bajaron la cremallera de su falda, la cual se abrió mostrando sus piernas, lo que sacó el lado más animal de Jimmy. Sus labios recorrían el cuerpo de Grace y ella se aferraba a su cabello intentando dejarse llevar.

Ya completamente desnudos, Jimmy se puso encima de ella y la contempló excitado, recreándose con su cuerpo desnudo.

—Empezaré despacio —dijo mientras acariciaba sus piernas—. Sé que la primera vez es dolorosa para las mujeres, pero intentaré contenerme.

Grace se mordió los labios al notar que Jimmy creía que aún era virgen. Pero no tuvo tiempo de pensar más, pues su marido espoleo su cintura hasta poseerla por completo.

Sin embargo, Jimmy se quedó quieto. Estaba encima de ella, apoyado sobre el colchón con sus fuertes brazos. Ella apretó su cintura contra la de él, tratando de imponer algo de ritmo, pero él seguía inmóvil. La miraba de una manera extraña. En un primer momento, pensó que Jimmy había terminado y acarició su rostro. Hizo el amago de besarlo, pero él se echó hacia atrás y se levantó. Estaba agitado, nervioso. Grace no sabía qué le ocurría

—¿Estás bien? —Jimmy la miró con fuego en los ojos. La tensión de su mandíbula le deformó el rostro—. ¿Jimmy?

Grace estaba sentada en la cama. De repente sintió una enorme vergüenza por estar desnuda frente a él y se tapó con la sábana. Pero no le dio tiempo a más cuando Jimmy la golpeó en la cara tan fuerte que casi la tiró al suelo.

—¡Eres una puta! —gritó. Pero Grace estaba aturdida. Él la agarró del pelo, la levantó de un fuerte tirón. Grace se cubrió la cara y comenzó a llorar, asustada. No comprendía lo que estaba ocurriendo, por qué se comportaba tan distinto a como había sido antes.

—Jimmy…

—Te has follado a Edward, eh. ¡Maldita puta! ¿A quién más te has follado?

Fue entonces cuando Grace entendió que Jimmy había pensado durante todo ese tiempo que ella era virgen. Pero no solo supo que el orgullo de Jimmy había sido herido. También le quedó claro que él ya sabía que antes tuvo algo con Edward y que seguramente fue él quien lo descubrió y se lo contó a Julia.

Enseguida, Jimmy se abalanzó encima de ella y le puso las manos sobre la boca.

—No abras la boca.

Ella asintió con los ojos cargados de lágrimas.

—Bien, porque ahora te voy a hacer gemir como lo hace un hombre de verdad. ¿Es lo que quieres no?

—Por favor, Jimmy…

Pero este no la escuchaba. La sujetó por los hombros y le dio la vuelta con una facilidad pasmosa.

—Soy tu marido y puedo hacer lo que quiera contigo —le dijo al oído.

Jimmy la tomó con violencia, convirtiendo lo que debía ser maravilloso en una pesadilla. Cuando todo terminó, Grace miró con horror al hombre que se había convertido en su marido y que la había maltratado de esa manera.

—Ahora, vístete. Julia me ha dado cien dólares y quiero beber algo.

La estancia en Savannah duró dos días más. El humor de Jimmy iba a mejor a medida que bebía, pero en cuanto regresaban a la habitación, se convertía de nuevo en un hombre violento, desconocido para Grace. La justificación de ser su marido le era suficiente para tomarla como le venía en gana. Ella procuró satisfacerlo en la medida de lo posible para mejorar la situación, pero todo fue inútil. Grace no podía luchar con su fuerza bruta y se convenció de que, si accedía a sus deseos, tarde o temprano recuperaría al Jimmy dulce que se esforzó por conquistarla. Era cuestión de tiempo. Sabía que los hombres eran muy orgullosos.

La joven confió en que el regreso a la residencia de los Preston aplacaría el carácter de Jimmy, pero de lo único que fue testigo fue una degeneración completa de su marido. Desde que lo conoció siempre había bebido, pero las semanas que siguieron a la boda, este dilapidó sus ahorros en alcohol. Además, ambos convivían en lo que antes había sido el viejo caserón, y en la soledad de las noches Jimmy trataba a Grace como si se tratara de un muñeco sin voluntad. Lo único que la consolaba era que a veces llegaba tan borracho que se quedaba dormido después de desnudarse.

Grace procuró no expresar el tormento en el que se había convertido su vida. Incluso se sintió culpable por haber humillado a Jimmy al haber estado con otro hombre. Valoró la posibilidad de haber sido sincera con él antes de la boda; quizás eso habría cambiado las cosas.

Grace aún quería formar una familia, pero ya no con Jimmy, no quería pasar el resto de su vida con el hombre en el que se había convertido su marido. Por suerte, muchas veces él ni siquiera se excitaba con ella, su comportamiento era errático y su obsesión que antes era un sufrimiento para ella, ahora se había convertido en días donde la ignoraba por completo.

Fueron meses oscuros para Grace. Las pocas veces que Edward visitaba la residencia de los Preston, Jimmy le prohibía salir de la casa. Le decía que lo hacía por ella, por su matrimonio, aunque sabía que él no soportaría verla cerca del hombre que estuvo con ella antes que él. Grace no discutía, sabía que tenía las de perder. Sin embargo, la excusa de que Edward se encontraba en casa se convirtió pronto en un pretexto para que ella apenas fuera hasta la casa de los Preston. Al poco tiempo, Julia le dijo que su lugar estaba en su casa, junto a su marido, reafirmando la actitud de Jimmy.

—Le entregaré a Jimmy todas las semanas parte de tu sueldo. Te avisaré para encargos particulares, pero, por el momento, has de convertirte en una esposa como Dios manda.

Dorothy fue la primera en preocuparse por Grace, pero ella le aseguraba que estaba bien y rehuía de sus preguntas. El motivo era que sabía que Jimmy no le quitaba ojo cuando hablaba con alguien que no fuera él. Y aun no estando presente, conseguía la manera de saber todos y cada uno de los movimientos de Grace. Esto le provocó un malestar constante que agrió su carácter. Rara vez se la veía sonreír a no ser que fuera cuando ella se imponía una media sonrisa para que Jimmy no la avasallara a preguntas o le acusara de estar pensando en Edward.

Curiosamente, pese a que ella negaba que estuviera pensando en él, la realidad era muy distinta. Edward ocupaba gran parte de sus pensamientos. Se sentía estúpida por haber creído que sería feliz con Jimmy y arrepentida por no haber tenido el valor suficiente para marcharse de la residencia de los Preston. Con nostalgia, evocaba también sus actuaciones en el Blackie Black, torturándose con la certeza de que la posibilidad de dedicarse a la música siempre estuvo ahí, al alcance de su mano, hasta que el tren se marchó y se convirtió en un imposible. El paso de las semanas la hizo odiar a Jimmy, a Julia y a todo lo relacionado con los Preston. Incluso sentía rencor hacia Edward por haberla utilizado para después iniciar una relación con Anne Mitchell. ¿Acaso el propósito de todos era verla sufrir? ¿La felicidad le estaba vetada?

Por si fuera poco, supo que la relación entre Edward y Anne iba de maravilla. Julia ya había insistido para que le pidiera la mano, lo que le hacía sospechar a Grace que era algo inminente. Visualizar a Anne en los brazos de Edward le repugnaba tanto como estar a merced de Jimmy. Pero el destino iba a darle una oportunidad o más bien iba a iniciar una serie de acontecimientos de resultados impensables para todos.

Fue una mañana de verano de 1967. Julia le pidió a Jimmy que la llevara hasta Blackville. Esta lo había tomado un asistente personal, pasando los dos muchas horas juntos a lo largo del día. A Grace le

resultaba indiferente. Incluso le parecía gratificante que desaparecieran de su vista. Respiró aliviada cuando vio al coche salir de la residencia, alejándose sobre el camino. Pensó en buscar a Dorothy y charlar un rato con ella, pero recordó que era el día libre de su amiga, que había ido junto con su madre a visitar a su familia en Walterboro. Por tanto, después de mucho tiempo, se vio sola. Decidió pasear por la finca. Los mozos trabajaban en la plantación y la saludaron a su paso, pero ninguno le prestó especial atención. Por entonces, Jimmy se había granjeado la enemistad de la gran mayoría y eso afectaba a su vez a Grace. Aunque no le importó mucho. Tenía problemas mucho más serios que le quitaban el sueño. En silencio —hacía tiempo que no cantaba ni escuchaba música, pues Jimmy dijo de un día para otro que no soportaba ese ruido infernal—, observó el paisaje. Cuando se hubo alejado lo suficiente de la casa de los Preston, al volverse para mirarla, sintió un hálito de esperanza. Pese a la complicada situación en la que se encontraba, había una salida. La casa de los Preston era como un castillo maldito que la oprimía, al igual que el caserón donde vivía con Jimmy, pero el horizonte, lo desconocido, los miles de kilómetros que el mundo ponía bajo sus pies, le hacía creer que algún día podría recuperar la felicidad. Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Respiró hondo para serenarse y continuó paseando.

No regresó a las inmediaciones de su casa hasta unas horas más tarde. Desconocía si Jimmy había regresado o no. De ser así le gritaría, pero estaba dispuesta a pagar ese precio con tal de disfrutar de un rato de libertad. A medida que se acercaba, le llamó la atención un coche que estaba estacionado junto a la casa y que no había visto antes. Sin embargo, apenas se acercó un poco cuando vio a Edward salir al porche de la casa. Los dos se observaron desde la distancia, como dos animales que fueran a enfrentarse por el control del territorio.

Sin decir nada, Edward comenzó a caminar hacia ella. Llevaba las manos en los bolsillos, tal y como acostumbraba. Su paso era lento, como si no estuviera convencido de adónde le llevaban. Al acercarse a Grace, quien había permanecido quieta, frunció el ceño.

—Hola.

—Hola —respondió ella.

A los dos les sorprendió encontrarse ante una persona desconocida y amada al mismo tiempo. Después de todo lo que habían compartido, ¿cómo podían encontrarse tan lejos?

—No sabía que iba a estar por casa —dijo Grace. No le hablaba como a Edward, sino como a un miembro de la familia Preston. Así lo había decretado Julia. Él sonrió irónicamente después de escucharla.

—Ni siquiera mi madre lo sabía. He preferido que sea así.

Grace asintió.

—Su madre no se encuentra en casa. Dorothy y Quinn tampoco, por lo que, si necesita algo, hágamelo saber.

—Quiero hablar con la Grace que conocí una vez; con la Grace de la que me enamoré.

La turbación se reflejó en el rostro de la joven. Agachó la mirada y se fijó en la alianza dorada que lucía en su dedo anular. Lejos de significar el amor eterno, para ella no era más que una marca, una señal que significaba que era propiedad de Jimmy Lamburq.

—La cambiaste por la señora Mitchell —dijo Grace secamente.

—Y a mí me cambiaste por Jimmy.

Las conclusiones a las que habían llegado ambos chocaron de lleno, surgiendo muchas dudas al respecto. Sin embargo, a ninguno se le pasó por la cabeza que todo se redujera a las artimañas de Julia. Consideraron que cada cual defendía su postura, por orgullo y que no iban a sacar nada en claro.

—Estaré ahí —dijo Grace señalando al caserón que se había convertido en su hogar. Ella se esforzaba en cuidarlo para que luciera de la mejor manera posible, pero para Edward seguía siendo el viejo caserón donde los trabajadores dejaban sus aperos y bebían cervezas después de la jornada de trabajo.

—No te di la enhorabuena por la boda —dijo Edward antes de que ella se diera la vuelta.

—Yo tampoco lo felicité por su noviazgo con la señorita Mitchell. Hacen muy buena pareja.

Edward se acercó a ella desesperado.

—No me hables como si fuera mi padre. No lo soporto.

—Es mi obligación —respondió ella al desafío. Sus ojos se encontraron y durante unos segundos no necesitaron decir nada más.

—He venido para comunicarle a mi madre que no pienso seguir viendo a Anne.

Las palabras de Edward fueron como una onda expansiva que atravesó el cuerpo de Grace. Los ojos se le humedecieron, pero, pese a su emoción, mantuvo la compostura.

—Es su decisión.

Edward no dijo nada. Al estar más cerca de ella se fijó en lo mucho que había cambiado en los últimos meses. Su cara se había afilado y el azul de sus ojos no relucía con la misma fuerza. Estaba más delgada, aunque esa no era la palabra exacta con la que Edward definía su nuevo aspecto. «Está consumida», pensó con preocupación.

—¿Va todo bien, Grace?

Ella tragó saliva y asintió en silencio. Apretaba con fuerza los labios para no romper a llorar. De manera innata, lanzó una fugaz mirada a su alrededor.

—No hay nadie más aquí —insistió él. No obstante, en cuanto Grace parecía predispuesta a hablar, el sonido de un coche les sorprendió a la espalda. Eran Jimmy y Julia.

La joven palideció y se marchó rápidamente hacia el caserón, sin decir nada, como un animalillo que huye de su depredador. El coche se detuvo y Julia se bajó rápidamente, llamando a su hijo con efusividad para que acudiera de inmediato a saludarlo. Edward obedeció, cruzándose con Jimmy a mitad del camino. Este le saludó con un claro gesto de desprecio y pasó de largo. Necesitaba meter en vereda a su esposa.

Edward se marchó con su madre a la casa, por lo que no pudo ver como Jimmy entraba en el caserón y cerraba la puerta con estrépito. Grace, que intuía represalias, lo esperaba de pie en la pequeña salita. Aquella predisposición por su parte enfadó todavía más a Jimmy, que lo tomó como una provocación por su parte.

—Aquí está la puta de los Preston —dijo avanzando hacia ella y empujándola con todas sus fuerzas. Ella mantuvo el equilibrio. Sin darle tiempo para reaccionar, la agarró del cabello encarándose con ella—. ¿Qué han hecho?

—Solo me ha saludado —dijo Grace mientras trataba de zafarse de la mano con la que Jimmy le tiraba del pelo.

—¿Por qué debería creerte? Hemos estado varias horas fuera. Has podido hacer muchas cosas.

Un nuevo tirón llevó la cabeza de Grace hacia atrás. Jimmy sonrió a su gesto de sufrimiento, el grito mudo que salía de la boca abierta de su esposa, la cual también era consciente de lo que iba a ocurrir segundos después. Después de la humillación, después de conseguir que llorara, Grace comenzaba a suplicar: quería poner fin a ese dolor. Era entonces cuando Jimmy la tomaba.

Jimmy soltó su cabello y la abrazó por la espalda. Grace podía sentir su aliento en su cuello mientras sus fuertes brazos estrujaban su cuerpo.

—Debería mostrarte cómo es un verdadero hombre, pero me das asco, Grace. No, tranquila, sé que lo estás deseando, pero no voy a darte ese gusto. Tengo otra mujer, ¿lo sabías? Una mujer que consigue que enloquezca de placer y que se presta a todo. ¿Lo comprendes, esposa? ¡Contesta!

Grace asintió mientras luchaba por llenar sus pulmones de aire. A los pocos segundos, Jimmy la soltó y la empujó a un lado.

—Ahora prepara algo de comer. Voy a lavarme.

Cuando se quedó a solas, Grace rompió a llorar. Era incapaz de entender por qué Jimmy se comportaba de esa manera, con tanta crueldad. Miró hacia la ventana y vio el resplandor blanco de la fachada de la residencia de los Preston. Iba a marcharse. No sabía ni

cuándo ni cómo, pero iba a hacerlo. Lo último que podía imaginarse era que el destino iba a darle la ocasión en unos pocos días.

Capítulo 25

Julia no dijo nada. Sentía tal ataque de ira, que ni siquiera era capaz de encontrar las palabras que pudieran dar rienda suelta al fuego que la abrasaba por dentro. No le había gustado nada ver a su hijo hablando solas con Grace, a la que pensaba reprender por ello. Había sido muy clara en sus instrucciones al respecto. Por suerte, Jimmy también se encargaría de dejarle claro cómo debía comportarse.

Sin embargo, pensó que la visita sorpresa de su hijo tal vez estuviese relacionada con su relación con Anne Mitchell y su casi seguro matrimonio. Esto se confirmó cuando ella le preguntó cómo le iba con Anne y él le contestó que le tenía que comunicar algo importante al respecto. A su cabeza vino la imagen de una iglesia decorada con flores blancas y cientos de invitados.

—He cortado con Anne.

Las palabras de Edward fueron dinamita para el cerebro de su madre. Las flores se marchitaron y la iglesia se derrumbó sumida en una vorágine de llamas.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? —dijo con una voz sutil y profunda al mismo tiempo.

—Es lo que siento, mamá.

—¿Lo que sientes? Anne es una chica fantástica, de buena familia, educada. Hay que estar loco para dejarla escapar. Lo que necesitas es tiempo, no te precipites e invéntate cualquier excusa.

Edward sonrió irónico.

—Creo que no me has entendido. Ya he puesto fin a la relación. Ayer mismo se lo comuniqué a papá.

Julia encajó el golpe como pudo. Richard se encontraba en alguna ciudad del estado, trabajando, ajeno a cualquier otra cosa, ocupado; siempre estaba ocupado. Pero que su hijo dejara a la que debía ser su esposa era lo suficientemente importante como para que la hubiera llamado de inmediato, que era lo que ella pensaba hacer en cuanto terminara de hablar con su hijo. Además, surgió en Julia una sensación de traición, como si Edward le hubiera dado la primicia a un extraño en vez de a su propio padre.

—¿Qué te dijo él? Nuestra posición al respecto es la misma.

Edward dejó escapar una sonrisa.

—Seguro que en otras cosas coinciden, pero no en esto, mamá. Me dijo que no me preocupara y que hice bien si no pensaba que era la adecuada.

Julia estaba roja de ira. ¿En qué pensaba el imbécil de su marido?

—¿La adecuada? ¿Qué más esperas de una chica?

—Que fuera Grace.

Aquello fue devastador para Julia. De repente, le faltaba el aire, creía que iba a desmayarse y al mismo tiempo sentía los latidos del corazón en la garganta.

—¿Qué has dicho?

—Estoy enamorado de Grace. No sé si lo sabes, pero salí un tiempo con ella. Lo hacíamos a escondidas, pues me imaginaba que te opondrías. Y si no estuviera casada…

—¡No sigas! ¡Mi hijo saliendo con una cualquiera!

Edward ignoraba que su madre ya estaba al tanto de su aventura con Grace, aunque la reacción de ella no fue fingida. Su indignación agitaba cada célula de su cuerpo.

—Sabía que ibas a decir eso. En fin, vuelvo a Columbia. Solo quería que lo supieras. Por cierto, le dije a papá que quería contártelo en persona. No lo pagues con él.

—Con Grace… En maldita hora la contraté. ¿Cómo crees que sentirá su marido si se entera de todo esto? —preguntó Julia. Edward se detuvo en el umbral de la puerta. Pensar en Jimmy le causaba un hastío que tardaba varios días en desaparecer.

—Ella tomó su decisión —dijo resignado—. Pero más le vale a Jimmy cuidarla como se merece. Nos veremos en un par de semanas.

Cuando Edward salió de la casa, se detuvo y miró hacia el caserón donde vivía Grace. Todo parecía en calma. Más allá se veía la silueta de los trabajadores entre el verdor de las hojas de la plantación. Había mentido a su madre. No pensaba volver a Blackville por un tiempo. Aquel lugar se había convertido en un símbolo de su fracaso. Todo le recordaba a Grace. Hasta respirar el mismo aire le resultaba insoportable.

Julia observó por la ventana como el coche de su hijo desapareció en el horizonte. Los rayos de sol comenzaban a inclinarse y el atardecer se imponía poco a poco con tonos anaranjados. Llevó su atención hacia el caserón. Creyó entrever a Grace más allá de las cortinas, aunque no se trataba más que de una silueta. No obstante, eso fue suficiente para que la maldijera en silencio. Había intentado ayudar a la joven y ella lo único que había hecho era entrometerse en su vida y en la de su familia. Aun casada con Jimmy, seguía envenenando el futuro de su hijo. Pero iba a pagarlo. Ese era el único consuelo que podía calmar a Julia en ese momento; Grace iba a pagar por todo eso.

Pero antes quería hablar con su marido. Aún no desechaba la idea de que Edward aceptara a Anne como su esposa, pero para ello necesitaba la ayuda de Richard. Aunque no le hiciera gracia, sus

ausencias no eran impedimento para que este mantuviera una relación estrecha con su hijo, una relación en la que con el paso de los años ella había quedado en segundo plano. Llamó al hotel donde se hospedaba en Augusta. Por suerte, su marido se encontraba en la habitación y le pasaron de inmediato la llamada.

—He hablado con Edward. Ha estado aquí. —Ese fue el saludo de Julia. Al otro lado se escuchó un suspiro de hartazgo.

—Hola, Julia. Yo también me alegro de escucharte.

—No me vengas con estupideces. Edward ha roto con Anne Mitchell y tú no le dices nada. No sé quién de los dos está más loco.

—Es una chica fantástica, pero nuestro hijo no siente nada por ella. Los tiempos de casarse por puro interés quedaron atrás… hace mucho.

—¿Quién está hablando de interés? Se trata de que Edward tenga a la mujer que se merece.

—La mujer que Edward se merece será la que él quiera. Eso no es asunto nuestro.

Julia resopló.

—¿Te lo ha dicho? ¿Sabes cuáles son sus sentimientos?

—Sí, Julia. Grace. Igualmente, me ha asegurado que no intentará nada, pues respeta su decisión y lo más importante, respeta a Grace. Deberías estar orgullosa de que tu hijo tenga la valentía de ser sincero con nosotros.

—Oh, sin duda eres tú el que se ha vuelto loco. No puede fijarse en ella. Ella no es nadie, no es más que una chica del servicio. —Richard suspiró hastiado. Estaban en 1967. ¿Es que su esposa no iba a cambiar nunca? El clasismo rancio que imperaba en ella comenzaba a cansarle y las palabras que llevaba tanto tiempo evitando llegaron hasta su boca.

—¿Cuántos dólares tenías en el bolsillo el día que te conocí?

La pregunta dejó a Julia sumida en un silencio lleno de vergüenza y rencor. Hacía mucho tiempo, años, que Richard no mencionaba su origen. A diferencia de su marido, ella no provenía de una familia adinerada. Ella había nacido en Moncks Corner, un pequeño pueblo de Carolina del Sur. Sus padres trabajadores humildes que pudieron costearle los estudios hasta los doce años, edad en la que tuvo que comenzar a trabajar para llevar a casa un sueldo más. Todavía se acordaba de cómo observaba con envidia a los coches de los adinerados que cruzaban cada cierto tiempo por el pueblo, aquella carretera solitaria y polvorienta que era un reflejo de su propia vida. La envidia y la frustración se entremezclaban para dar lugar a una ambición desmedida. Cuando se casó con Richard y comprobó por sí misma que nunca volvería a pasar necesidad, lejos de sentir una melancolía romántica por aquellos días o la satisfacción propia de

quien ha sido bendecido con la fortuna, en Julia creció un desprecio irracional hacia su pasado, hacia todo aquello que le recordara que una vez fue uno de esos desgraciados.

—Un dólar, Julia. Lo recuerdo perfectamente. Pero a mí no me importaba ese maldito dólar. Uno o un millón, ¿qué más da? Si yo hubiera sido como tú, no estaríamos juntos ni estaríamos manteniendo esta conversación.

Julia estaba arrinconada.

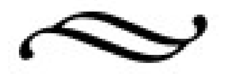
—Quiero lo mejor para mi hijo —dijo rechinando los dientes. Era lo único que le quedaba. Ondear su condición de madre coraje para justificarse.

—Tenemos dinero suficiente para que él pueda elegir con quién compartir su vida, así como lo hice yo. Entonces déjalo que viva su vida y sea feliz.

Fue lo último que dijo Richard antes de colgar el teléfono. Aun así, Julia se quedó con el auricular pegado a la oreja, rígida como una estatua, con la mirada fija en ninguna parte. La conversación que acababa de mantener con su marido había removido los cimientos más profundos de su ser, pero tan solo le bastaron unos segundos para transformar todo aquello en un odio irracional hacia Grace. Ella era la culpable de que su hijo hubiera rechazado a la mujer perfecta; la culpable de que su marido le faltara el respeto de esa manera. Sin embargo, no podía prescindir de ella. Era parte del complicado equilibrio que regía en la residencia de los Preston.

Grace experimentó en sus propias carnes las represalias de Julia. esta le encargó realizar las tareas más penosas, excluyendo de ellas a Dorothy y Quinn. Estas intentaron interceder por Grace, pero Julia fue tajante al respecto. Además, Julia había adquirido la costumbre de enviarlas a Blackville cada poco, con la excusa de realizar compras o para comprobar la correspondencia en la estafeta. En sus ausencias, era Grace quien se encargaba de suplirlas. Lo hacía de buen gusto, dejando de lado el cansancio, concentrándose en la tarea, evadiéndose de la cruel realidad en la que vivía.

Una vez más, el destino avanzaba inexorablemente, en silencio, sin que nadie en la residencia de los Preston pudiera prever los acontecimientos que iban a tener lugar en los próximos días.



Richard Preston conducía de regreso a casa. Había avisado a su esposa que llegaría después del almuerzo, aunque era costumbre que arribara poco antes del atardecer. Le gustaba aprovechar todas las horas de sol

y para ello organizaba su jornada para asegurarse que no llegaba a casa demasiado temprano. Tenía la curiosa habilidad de encontrar cuantas tareas necesitara para rellenar su agenda y aquel día iba a llegar a su casa en el momento más inoportuno.

Ese mismo día, a primera hora de la mañana, Dorothy y Quinn salían junto con Marcus rumbo a Aiken, donde Julia les había enviado a comprar sábanas, toallas y juegos de mantelería.

—Apenas hace un par de meses nos encargó comprar lo mismo —se quejaba Dorothy. Marcus, por el contrario, estaba encantado de pasarse el día conduciendo y no sudando en la plantación. Pese a que en los últimos meses Jimmy se había convertido en el hombre de los recados de la señora Preston, parte de sus tareas habían recaído en Marcus, que las aceptaba de buena gana.

—La señora Preston es la que manda, hija. Parece mentira que después de tanto tiempo tenga que recordártelo.

Dorothy lanzó una mirada de reproche, avergonzada porque le hablara de esa manera delante de Marcus. Este simulaba estar concentrado en la carretera, aunque en sus labios lucía una sonrisilla irónica que solo la joven podría traducir. Tan solo Grace conocía la relación que ambos mantenían, aunque cada vez les resultaba más complicado mantenerlo en secreto.

—¿Cuánto se tardaba en llegar a Aiken? —preguntó Dorothy.

—Una hora aproximadamente, aunque es probable que tengamos que parar a repostar.

Eran las once de la mañana. Los tres acababan de salir de la residencia de los Preston. El resto de los trabajadores, entre ellos Melvin, estaban, como cada día, en la plantación.

Julia acababa de dar instrucciones concretas a Grace: una lista de tareas que debía realizar antes de que llegara su marido. La joven aceptó sin más y se puso enseguida a trabajar. Jimmy, como acostumbraba, se había despertado malhumorado, con la resaca por lo bebido el día anterior. Hasta el mediodía no podía esperar un gesto mínimamente agradable del que era su marido. Cualquier cosa era mejor que soportar su mal despertar.

Transcurrieron varias horas, aunque Grace perdió la noción del tiempo. Estar concentrada en el trabajo le ayudaba a desinhibirse. En varias ocasiones se percató de que la señora Preston la observaba, pero a medida que transcurría la mañana, la soledad fue su única compañera. Terminó de preparar la habitación principal y se dirigió a una de las de invitados. Grace abrió la puerta con cautela y la cerró nada más atravesar el umbral. Quinn le había repetido hasta la saciedad que en el momento de limpiar una habitación siempre había que dejar puertas y ventanas abiertas, pues eso las ventilaba y ayudaba a dejar un ambiente fresco. Ella seguía siempre sus

indicaciones, pero en esa ocasión le apetecía sentarse un rato y sabía que Julia la reprendería si la veía hacer otra cosa que no fuera limpiar. Por eso cerró la puerta y abrió la que daba a un pequeño balcón de obra. Después tiró varios estropajos al suelo y se sentó apoyada en el muro. Comenzó a tararear una canción, ese simple hecho tenía el poder de aletargarle el sufrimiento, como si tuviera un efecto balsámico. Aun así, se relajó hasta cierto punto y estuvo atenta a la puerta de la habitación. Si se abría, debía levantarse de inmediato y agarrar los estropajos que había en el suelo junto a ella. Su vida en la residencia de los Preston se había convertido en una lucha por su propia supervivencia.

Una vez que terminó de descansar, comenzó la limpieza del baño, que era lo que más aborrecía. Llevó hasta allí el cubo con las bayetas y el detergente. Ese cuarto era uno de los más pequeños de la casa, por lo que Grace entornó la puerta para limpiar con mayor comodidad. Después, en silencio, escurrió uno de los trapos y comenzó a fregar el lavabo.

Como la puerta de la habitación estaba cerrada y la del baño entornada, nadie podía ver quién había al otro lado. De pronto, Grace escuchó abrirse la puerta de la habitación. La bisagra emitió un sutil chirrido que ella identificó al instante, erizándole la piel. Pensó que Julia estaría buscándola, pero no le dio tiempo a incorporarse y alcanzar el pomo de la puerta del baño cuando escuchó otra voz que le resultaba muy familiar.

—Así que tu maridito vuelve a casa esta tarde. Tendremos que aprovechar un poco.

Era la voz de Jimmy. Grace se puso las manos sobre la boca para evitar que su respiración la delatara. ¿Acaso Jimmy estaba hablando con Julia? Tan solo podía rezar para que ninguno entrara al baño.

—Aquí me tienes, Jimmy. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Grace no daba crédito. Era la voz de Julia; la voz de la señora Preston. A la vez se escuchó el sonido de cierre y el chasquido de unos labios al besar la piel. Julia dejó escapar un gemido de placer. Sonaron pasos torpes, apresurados, de un cuerpo que embestía a otro. Se quedó agachada en el suelo del baño, escuchando con los ojos cerrados aquella pesadilla que le resultaba casi imposible creer.

El colchón crujió bajo el peso de los dos cuerpos.

—Me echabas de menos, ¿verdad? —dijo Jimmy.

—No puedo soportar que te acuestes con esa desgraciada —dijo Julia acelerada. Grace sabía que hablaban de ella.

—¿Estás celosa de mi esposa?

El sonido de los cuerpos al chocar hizo que a Grace no le fuera necesario mirar por la abertura de la puerta. Era consciente de lo que estaba pasando. La tristeza, la resignación y el asco se repartían a

partes iguales por su ser.

—Ah, ¿acaso…? —A Julia le resultaba complicado mantener una conversación—. ¿Acaso te cuida tanto como yo?

A continuación. Julia se estremeció y lanzó un grito sordo de placer.

—Te gusta, ¿eh? —susurró Jimmy—. Seguro que tu marido nunca te ha hecho sentir así.

—Lo mejor que me ha pasado estos últimos años ha sido tu llegada.

—Siempre has sido muy buena anfitriona.

El frenesí sexual continuó entre ambos mientras Grace procuraba aislarse. Quería dejar de oír lo que sucedía al otro lado de la pared. Estaba tan alterada, que sin darse cuenta dejó escapar un sollozo. Advirtió su error cuando justo después se hizo un silencio absoluto.

—¿Qué sucede? —preguntó Julia entre jadeos. Grace se horrorizó ante la posibilidad de que Jimmy la hubiera escuchado. El cuarto de baño estaba iluminado por una claraboya y no había ningún lugar donde esconderse. Si alguno de los dos se limitaba tan solo a echar un vistazo, la descubrirían. Solo Dios sabía las consecuencias a las que tendría que hacer frente.

—Nada —respondió Jimmy al cabo de unos segundos. Ambos retomaron la pasión detenida y llegaron al clímax poco después. Grace, la cual estaba sobrepasada por el dolor y la sorpresa, miró con horror hacia la puerta por si a alguno se le ocurría entrar al baño. Afortunadamente, ambos se vistieron y salieron enseguida de la habitación de invitados.

A medida que iba asimilando lo que acababa de suceder, iba comprendiendo muchas de las cosas que habían tenido lugar los últimos años. Por fin encontraba explicación a que Jimmy nunca fuera despedido o que Julia lo defendiera por encima de los propios hechos. Pero lo que más le dolió a Grace, fue que su matrimonio era una farsa, tanto por parte de Jimmy como por parte de Julia. Él no la quería, la realidad era que ella no le importaba en absoluto. En cuanto a Julia, esta no quería perder a su amante y sabía que la única manera de retenerlo era casándolo con una de sus empleadas, casualmente aquella que no tenía más familia que un tío alcohólico y vividor. Además, así se aseguraba de que dejaba en paz a Edward.

Estaba tan enfadada que se agarró fuertemente del lavabo y comenzó a golpear su cabeza con la pared. Cualquiera que la estuviera observando diría que estaba sufriendo algún tipo de brote nervioso. Sin embargo, lo único que pensaba en ese momento era en el cómo se había convertido su vida en aquella turbia pesadilla. Pero existía algo positivo, una tenue esperanza resurgía entre todo aquel sufrimiento. Nunca quiso a Jimmy. Pese a que lo intentó, jamás llegó a sentir nada

por él, por lo que el hecho de que mantuviera una relación a escondidas con Julia no le afectaba demasiado. El motivo de su dolor emanaba por haberse convertido en un instrumento. La gente en la que había confiado los últimos años la habían utilizado, pero eso se había terminado. Conocía muy bien a Julia y sabía que las apariencias lo eran todo para ella.

Capítulo 26

El desafortunado suceso de la habitación de invitados se había convertido en una oportunidad para Grace de escapar de la residencia de los Preston; tenía ante sus manos la posibilidad de comenzar una nueva vida lejos de allí. De repente, la ilusión regresó a ella. Podría subirse de nuevo a un escenario, cantar, escuchar música, componer sus canciones… Descubrir la relación entre Jimmy y Julia había sido casi una bendición.

No estaba dispuesta a esperar ni un día más. Las heridas que su matrimonio le habían causado tanto física como mentalmente eran cosa del pasado. Sin embargo, tuvo la suficiente sangre fría como para pensar qué iba a decirle a Julia y qué iba a exigirle a cambio de su silencio. Por ello, aguardó hasta después del almuerzo.

Mientras comía, a Julia le llamó la atención la sonrisa permanente de Grace. Consideraba que estaba demasiado risueña, aunque no le dio más importancia. Su marido regresaría en cualquier momento y debía ponerle las cosas claras respecto a la cuestión de su hijo. Ella había mantenido una conversación con los Mitchell asegurándoles que la decisión de su hijo era fruto de la inmadurez y que pronto retomaría la relación con Anne. Pese a que ya había discutido con su marido sobre el tema, estaba convencida de que una conversación cara a cara era suficiente para ponerlo de su lado. En cuanto a Edward, Richard podría terminar de convencerlo para que se pusiera en contacto con su exnovia y retomara la relación. Sí, eso era lo más importante para ella.

Una vez terminó de almorzar, Julia se retiró a su habitación y estuvo leyendo tranquilamente hasta que el sonido de unos nudillos sobre la puerta le interrumpieron. Se preguntó si quizás su marido ya había regresado, pero en cuanto la puerta se abrió y vio a Grace al otro lado, supo que estaba ocurriendo algo anómalo. La joven mantenía la misma sonrisa que al mediodía, lo que no le gustaba para nada.

—¿Se puede saber qué quieres? Espero que tengas una buena razón para interrumpir mi lectura —dijo Julia cerrando el libro con fuerza. Esperaba que Grace reflejara temor o sumisión, pero la sonrisa permanecía en sus labios. ¿La estaba desafiando?

—Tengo que hablar con usted, señora Preston.

Julia afinó la mirada. Había algo diferente en Grace. No sabía el qué, pero lo percibía. En los últimos meses, se había acostumbrado a

verla ensombrecida, marchita como una flor bajo la canícula del verano, pero todo eso se había esfumado en ese momento.

—Más te vale que sea algo importante, porque de lo contrario…

—Es importante —interrumpió Julia—. Muy importante.

—Habla.

Grace dio un par de pasos hacia delante y cerró la puerta de la habitación, hecho que Julia consideró inadmisible. ¿Desde cuándo el servicio cerraba una puerta sin el consentimiento de la señora? Quiso reprender a la joven, pero esta le sorprendió poniendo su dedo índice sobre los labios. ¡La había mandado callar!

—Soy yo la que tengo que hablar, señora Preston. Usted limítese a escuchar, ¿lo ha entendido?

Los ojos de Julia brillaron rabiosos.

—Vas a pagar por hablarme de esa manera, desvergonzada.

Grace soltó una carcajada.

—Es curioso, pero yo diría que no soy la más desvergonzada de esta habitación, ¿verdad?

—¿Cómo te atreves? —masculló Julia. Por su cabeza no pasaba la posibilidad de que ella estuviera al tanto de su relación con Jimmy. Grace se acercó más.

—Porque los he visto, Julia. A ti y a Jimmy. Se lo han pasado muy bien esta mañana en la habitación de invitados.

Julia palideció. Su boca entreabierta y sus facciones mostraban el rigor propio de los difuntos.

—No sé de lo que hablas —dijo con un hilo de voz.

—¿Quieres que te lo cuente? ¿Podrás soportar todo lo que sé?

Pocas veces Grace se había sentido tan poderosa. No ya por tener en sus manos el futuro de Julia, sino porque, por primera vez, iba a ser fiel a su voluntad. No le importaba quién cayera por el camino o el daño que dejara a sus espaldas. Había sufrido demasiado, había callado demasiado y ya estaba cansada.

—No te atreverás.

—Puede que tengas razón, Julia. En nuestra relación nunca ha abundado la confianza. Quizás hable con su marido. Sí, él seguro que me escucha.

Julia era consciente de que no tenía sentido negar lo evidente.

—Jamás te creerá —respondió desafiante.

—Su marido regresaba esta tarde, ¿no es cierto? Podemos comprobarlo dentro de un rato.

—¿Qué es lo que quieres?

Grace sonrió. Julia la miraba con una mezcla de ira y temor.

—Ayúdeme a conseguir el divorcio. Quiero marcharme de aquí cuanto antes. Es lo único que me interesa. Si se niega, le joderé la vida.

Pese a la delicada posición en la que se encontraba Julia, su orgullo le impedía humillarse ante nadie.

—Ninguna muerta de hambre va a decirme lo que tengo que hacer —exclamó. Antes de que ninguna de las dos fuera consciente de ello, ambas se enzarzaron en una discusión sin parangón. Grace no sentía miedo ni respeto por Julia y esta la despreciaba con rabia. Los gritos se escuchaban por la silenciosa y solitaria residencia de los Preston.

Por tanto, Richard llegó en el peor momento posible. Nada más cruzar el umbral de su casa, escuchó los gritos y los reproches de ambas mujeres. Alarmado, subió las escaleras a toda velocidad, siguiendo el rastro de esas voces que lo condujeron hasta donde estaba su esposa y Grace.

En cuanto abrió la puerta, el silencio regresó con toda su solemnidad. Lo primero que vio fue a Julia, pálida y respirando de manera agitada. Junto a ella, con las manos cruzadas y cabizbaja, estaba Grace.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo después de cerrar la puerta bruscamente.

Julia creyó que en ese preciso momento iba a perder el conocimiento. La mirada de su marido recaía sobre ella, iracundo, despiadado, de la misma manera que un juez contempla al reo que acaba de condenar por el peor de los crímenes. En efecto, Richard estaba furioso, pero no por los motivos que Julia creía. No había sacado nada en claro de los gritos que había escuchado en su camino hacia la habitación. El motivo de su enfado era otro bien distinto. El señor Preston pensaba que su esposa estaba reprendiendo a Grace, pagando con ella la decisión de Edward de poner fin a su relación con Anne Mitchell, lo que consideraba como una falta gravísima por parte de su esposa.

—No es lo que te piensas —dijo Julia, herida, orgullosa. No solo estaba en juego su matrimonio, si no su modo de vida. Richard la miró y después se centró en Grace.

—¡Será mejor que no digas nada! Solo puedes empeorar las cosas.

Ni siquiera Grace fue capaz de advertir la tremenda confusión que se estaba gestando. Las palabras de uno y otro no aclaraban de qué estaban hablando. Richard no dejó claro los motivos de su enfado ni Julia los que motivaban su carácter a la defensiva. El miedo se apoderó de ella.

—Ni siquiera puedo dejarte sola porque no sé lo que harás a mis espaldas —continuó Richard. Esto le originó un vértigo muy intenso a Julia. Estaba siendo testigo del final de su vida, de su posición, de todo por cuanto había luchado a lo largo de los años. ¿Qué iba a ser de ella? ¿Se vería en un par de semanas buscando trabajo? El simple

hecho de imaginárselo le hizo temblar. No, ella no podía acabar así. Ella era Julia Preston.

—A veces pienso qué hay dentro de tu cabeza —dijo Richard encarando a su esposa. Tras años soportando su carácter, sus ideas decimonónicas y sus continuas faltas de respeto, aquella tarde había dado rienda suelta a toda su resignación; a todo el carácter que se guardó para no herirla en el pasado.

Julia soportó estoicamente hasta que un sentimiento de rabia comenzó a surgir en el silencio de sus pensamientos. ¿Para qué necesitaba a un marido ausente? ¿Un marido incapaz de satisfacerla? Jimmy sí que era capaz. Fuera de sí, como si hubiera entrado en trance, Julia aprovechó que su marido le había dado la espalda, cogió un cenicero y lo golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas. Richard dio varios pasos hacia delante antes de caer y volver a golpearse contra la puerta. Grace gritó y se tapó enseguida la boca con las manos, como si no quisiera alertar a Julia de su presencia. Esta dejó caer el cenicero, que se hizo pedazos en el suelo. Algunos trozos de cristal estaban manchados de sangre, aunque el charco más abundante se extendía poco a poco alrededor de la cabeza inmóvil de Richard.

—¿Qué has hecho? —dijo Grace. Julia no contestó, tan solo miraba el cuerpo inerte de su marido. La joven se acercó a él e intentó que reaccionara. Los ojos de Richard, sin vida ya en ellos, miraban a su esposa como si en el último segundo de su vida hubiera querido reprocharle sus actos.

—¿Está muerto? —preguntó Julia con una frialdad que heló la sangre de Grace. La joven no pudo más que asentir y alejarse apresuradamente del cuerpo, como si el hecho de confirmar su muerte lo hubiera convertido en algo terriblemente desagradable—. Ve a buscar a Jimmy.

—¿Cómo dices?

Julia se giró hacia ella.

—Que vayas a buscar a Jimmy de una maldita vez.

—Tenemos que llamar a un médico —dijo Grace llorando. Julia se acercó a ella. Su expresión era la de una persona que no alcanzaba a comprender la trascendencia de lo que acababa de ocurrir o, quizás, la frialdad de alguien que llevaba esperando ese momento mucho tiempo.

—Mi marido está muerto, Grace. Si no me obedeces, vendrá la policía, hará preguntas y te pasarás los próximos veinte años encerrada en una prisión. No es lo que quieres, ¿verdad? Querías marcharte de aquí. Ve a buscar a Jimmy de una vez. Puede que al final te salgas con la tuya.

Grace salió de la habitación temblando, presa de un pánico indescriptible. A los pocos minutos, ella y Jimmy entraron en la

habitación donde yacía el cuerpo sin vida de Richard Preston. Jimmy sonrió irónicamente cuando lo vio, manteniendo el gesto en todo momento. Por su parte, Julia estaba muy seria, pero no había en ella atisbo alguno de lástima ni arrepentimiento. Grace era la única que lloraba, desconsolada, superada por cuanto estaba ocurriendo.

—Un desafortunado accidente —dijo Julia. Grace clavó sus ojos en ella, pero no se atrevió a decir nada. Jimmy se acercó al cuerpo de Richard y le tomó el pulso en el cuello. La sangre seguía emanando de la herida de la cabeza.

—Sigue con vida.

La confirmación de Jimmy causó un gran impacto en Julia. Lentamente se acercó hasta su marido y le acarició su ensangrentado rostro. Richard reaccionó con espasmos en los ojos. Exhaló con brusquedad y se agitó, pero apenas pudo moverse más. Jimmy se acordó de los terneros que agonizaban después de recibir un disparo en la cabeza. A esos animales agonizantes había que rematarlos cuanto antes. Salvarlos podía considerarse un acto cruel.

—Tenemos que llamar a un médico —insistió Grace. Julia y Jimmy la ignoraron.

—Está malherido —dijo Jimmy—. Puede que se recupere, pero lo más seguro es que pase el resto de su vida como un inútil, postrado en la cama. Por no mencionar que podría contar lo ocurrido.

No dijo nada más.

—Mi pobre marido —dijo Julia.

El golpe en la cabeza debía haber afectado el sistema nervioso de Richard, que se movía de manera errática, como si temblara de frío o de miedo.

—Está vivo… —dijo Grace una vez más, desesperada. De manera innata, se acercó a la puerta, pero rápidamente Julia se interpuso en su camino.

—¿A dónde crees que vas?

La joven retrocedió, chocando con Jimmy, que se encontraba justo detrás.

—Está vivo, Julia. Por el amor de Dios, está vivo.

La señora Preston abofeteó a Grace.

—¿Qué crees que ocurrirá si se recupera? Lo atacaste cuando estaba de espaldas. Yo misma lo vi.

Grace la miró desencajada.

—¡Eso es mentira!

—¿A quién creerán, Grace? ¿A una empleada cualquiera o a su propia esposa?

No podía ser cierto. La vida no podía cebarse con ella de esa manera.

—Tenemos que ser consecuentes —dijo Julia mirando a Jimmy.

—Podría haberse caído por las escaleras, ¿verdad, Grace? Un desgraciado accidente. Esas cosas pasan —dijo su marido, tranquilo, sin alterarse. Sin embargo, Julia comenzó a preocuparse por la actitud de la joven. ¿Cómo podía ella asegurarse su silencio? A medida que reflexionaba, se percató de que ya no la necesitaba. Sin su marido, no habría ninguna amenaza para Jimmy. Ante ella se presentaban un sinfín de posibilidades en las que jamás había pensado.

—Querías marcharte, ¿no es cierto? —dijo Julia caminando hacia ella.

—¿De qué estás hablando? ¡Es mi esposa! —inquirió Jimmy.

—Es inútil seguir fingiendo, Jimmy. Sabe lo nuestro. Con todo lo que ha ocurrido esta jovencita no puede más que traernos problemas. —Acto seguido agarró el rostro de la joven y se lo giró hacia Jimmy—. Lo odias, ¿a qué sí? ¡Díselo! Ya no eres tan valiente, ¿eh?

Las lágrimas de la joven desbordaron los dedos de Julia.

—Yo lo amo —dijo Julia—. Poco me importa que mi agonizante marido lo escuche, que sea el último recuerdo que se lleve de este mundo. Que sea testigo por una vez de lo desgraciada que me sentía a su lado. Sus estúpidos viajes, la plantación ruinosa, sus negocios, ¿acaso yo le importaba? ¡Claro que no! No se ha dado cuenta en todos estos años de mi relación con Jimmy. Él me ha hecho sentirme mujer de nuevo.

—Eres un monstruo —dijo Grace mientras la presión de la mano de Julia se incrementaba. Julia sonrió y la empujó.

—Maldita perra —dijo Jimmy.

Un espasmo de Richard llamó la atención de los tres. Su mirada había recuperado el sentido. Aun así, no sabían si era consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Ya hablaremos esto más adelante. Ahora terminemos de una vez. —Julia cogió aire y dijo con solemnidad—. Llevémoslo hasta las escaleras.

Jimmy obedeció al instante y agarró las piernas del señor Preston. Grace los miraba horrorizados.

—No lo permitiré —gritó Grace tirando de la camiseta de Jimmy. No obstante, él se libró de ella golpeándole.

—Lo vamos a hacer entre todos —aclaró Julia. Jimmy y yo nos encargaremos de mi difunto marido. En cuanto a ti, más te vale que no quede ni un rastro de sangre antes de que llegue Dorothy y su madre, porque si no celebraremos un doble funeral. En cuanto todo esto acabe, cogerás tus cosas y desaparecerás para siempre. ¿Está claro?

—Una pena —dijo Jimmy mientras arrastraba el cuerpo de Richard—. Jamás pensé que me divorciaría.

Lo que sucedió a continuación en la residencia de los Preston fue

propio de una película de terror. En efecto, Richard continuaba con vida e iba recuperando capacidades a medida que transcurrían los segundos. El golpe que había recibido en la cabeza con el cenicero era menos grave de lo que parecía en un primer momento. Sin embargo, eso no fue impedimento para que Jimmy y Julia lo arrojaran por las escaleras. En Grace se quedó grabado el sonido sordo de su cuerpo al impactar en los escalones, en la pared, el sonido de algún hueso quebrarse y el gemido de dolor de Richard. No obstante, no falleció aun cayendo por las escaleras, lo que exasperó a Jimmy.

—Tirémoslo otra vez —dijo mientras tiraba de él escaleras arriba. Grace no miraba. El miedo le hacía mantener la cabeza fija en la sangre que limpiaba. Era pastosa y estaba fría. Se pegaba a sus uñas.

En esa ocasión Jimmy lo levantó por encima de los hombros y lo lanzó escaleras abajo, causando un estrépito. Sin embargo, eso fue suficiente para que Richard Preston falleciese. Julia le tomó el pulso y después Jimmy, para asegurarse, pero estaba muerto.

—Hemos hecho lo correcto después de todo —dijo Julia.

—¿Es buena idea que Grace se marche? Si se queda aquí me aseguraré de que no abra la boca —dijo Jimmy.

Para él, que su esposa se marchara, era una afrenta a su orgullo. La simpleza de la personalidad de Jimmy no le permitía vislumbrar las consecuencias de sus actos. Si él sentía ira, pegaba, gritaba; si estaba excitado buscaba a Julia o Grace; si quería beber, bebía. Su matrimonio había sido una farsa. Grace era atractiva, le excitaba, pero más allá de lo físico, no sentía nada por ella, como tampoco lo sentía por Julia. Con ella disfrutaba más del sexo, la dominaba, la tenía en su mano y la manejaba como una marioneta. Ese era el único tipo de relación que asimilaba Jimmy: la sumisión total de una mujer a su voluntad. Grace no era así y eso era un problema para él. Pero era su esposa, le pertenecía y eso entraba en conflicto con su difusa moral.

—Quiere marcharse, Jimmy. Lo mejor para todos es que lo haga cuanto antes. Nadie se interpondrá entre nosotros.

Para cuando llegaron Dorothy y Quinn, la señora Preston lloraba amargamente junto al cuerpo sin vida de su marido. Grace también lloraba, aunque sus motivos eran bien distintos.

El funeral tuvo lugar dos días más tarde, en el cementerio de Blackville. La conmoción de la noticia atrajo a muchos conocidos y amigos que querían despedirse de un hombre que consideraban un ejemplo en todos los aspectos. Vestidos de riguroso luto, la viuda, Edward y el resto de los empleados de la residencia Preston formaron un semicírculo alrededor del ataúd para darle el último adiós.

Edward negaba con incredulidad mientras su madre lloraba apoyada en la reluciente madera barnizada del féretro. El sacerdote comenzó el sermón, que todos escucharon en silencio. Grace, todavía

junto a Jimmy, no podía quitar su atención de Edward, que parecía buscar una explicación a lo sucedido en el cielo, los árboles o el horizonte. Sabía que estaba sufriendo mucho, pero más le dolía el no poder consolarlo; el guardarse la verdad acerca de cómo había fallecido su padre. Un desgraciado accidente, mala fortuna, un capricho de Dios, frases como esta ponían enferma a Grace, que todavía se miraba las manos y podía verlas cubiertas con la sangre de Richard. ¿Cómo era capaz de mantener la cordura después de lo que había hecho? Aunque ella no hubiera tocado el cuerpo del señor Preston, aunque no hubiera participado en su cruel muerte, ella se consideraba una asesina; un ser rastrero que había permitido que todo aquello ocurriese a cambio de su libertad. La sensación agridulce de saber que en pocos días dejaría atrás esa vida era sepultada por su conciencia. Quería marcharse, lejos, pero no por ella, sino por no tener que mirar a la cara a nadie que conociera al señor Preston, especialmente a Edward.

Por fortuna para ella, Edward tuvo que marcharse al día siguiente del funeral a Columbia, pues debía hacerse cargo de la empresa del padre. No podía permitirse más días de luto. Al poco de su marcha, Grace se reunió con Jimmy y Julia en el antiguo despacho de Richard. Su aroma continuaba allí, encerrado entre las paredes, lo que la hizo sentirse muy incómoda.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —dijo Julia poniendo sobre la mesa un fajo de billetes—. Con esto podrás costearte el viaje, aunque te recomiendo que te marches lo suficientemente lejos. Y no te acerques a Edward.

Jimmy agrió su expresión. No estaba del todo conforme.

—¿Y el divorcio? —preguntó Grace. Estaba asustada, se sentía despreciable, pero sabía que nada de eso mejoraría permaneciendo en la residencia de los Preston. Lo lamentaba también por Dorothy y Quinn, pues presentía que sin el señor Preston, aquel lugar iba a convertirse en un infierno. Julia era un juguete en manos de su amante.

—¿De qué divorcio estás hablando? —dijo Jimmy.

—Es lo que me prometió Julia.

—Suerte tienes con que te deje marchar. No te preocupes. Le contaré a todos que eras una furcia que me engañaba con varios chicos en Blackville. Así nadie hará preguntas. Eso sí, serás mi esposa hasta que uno de los dos nos vayamos al infierno. Será nuestro secreto —dijo guiñándole un ojo.

Grace reprochó a Julia con la mirada.

—Puedes quedarte aquí y discutirlo el tiempo que quieras —le dijo con ironía.

La joven cogió el fajo de billetes y se dirigió a la puerta, pero se

detuvo justo antes de salir.

—Nos veremos en el infierno.

La marcha de Grace pilló por sorpresa a Dorothy. Pese a que la relación entre ambas se había enfriado los últimos meses, lo último que esperaba era que su amiga se marchase y más después de la muerte del señor Preston.

—Mi matrimonio con Jimmy fue un error. Es lo mejor que puedo hacer.

Dorothy la miraba como si se tratara de una desconocida. No fue consciente hasta ese momento lo mucho que había cambiado la que antes fue su mejor amiga.

—Pero, Grace, no sé, quizás si se dieran un tiempo. Es posible que la señora Preston nos necesite más que nunca.

El corazón de Grace se aceleró de repente. Vivir en la mentira le resultaba imposible. Allí se asfixiaba. Tenía que marcharse cuanto antes.

—Quiero empezar de cero lejos de aquí. Te escribiré en cuanto me haya instalado. No sé muy bien a dónde dirigirme. Quiero cantar, intentarlo al menos. He pensado en instalarme provisionalmente en Los Ángeles, pero no tengo nada decidido.

—No hay manera de convencerte, ¿no es así? —dijo Dorothy mirando a su amiga con ternura. Grace le devolvió el gesto y se fundieron en un abrazo. Ambas comenzaron a llorar.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo, Dorothy. —Las lágrimas de Grace estaban repletas de culpa. El resentimiento devoraba cualquier otro sentimiento.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Dorothy.

Grace le dijo que sí, aunque no tenía forma de saberlo. Su vida estaba en manos del destino. Se abrazaron una vez más y Grace cogió un pequeño bolso en las que cargaba las pocas pertenencias que llevaba consigo. Después de varios años, su vida no había cambiado mucho, pero ella se había convertido en una mujer totalmente diferente.

Capítulo 27

TAMPA, FLORIDA
2018

Al día siguiente del karaoke, más o menos a las once de la mañana, Grace abrió la puerta de su casa con una radiante sonrisa. Al otro lado se encontraba Lucy, con gafas de sol y un humeante café en su mano derecha.

—¿De dónde sacas tanta energía? —Fue lo primero que preguntó Lucy caminando hacia el salón.

—A mi edad, si no le pones ganas, acabas postrada en una cama —contestó Grace. Lucy movió la cabeza.

—Respuestas para todo. Ese podría ser tu apellido.

Por suerte, ese día Grace no necesitaba que Lucy la llevase a algún lugar, tan solo quería que le echara una mano para acabar de decorar la casa. Había comprado cuadros, esculturas y multitud de artículos decorativos que le habían dejado en casa esa misma mañana. A grandes rasgos, la mudanza estaba finalizada. Tan solo le faltaba el toque final.

—¿Has desayunado? —preguntó Grace.

—Con el café estoy servida. El chino de anoche y la cerveza no hicieron buenas migas.

Grace soltó una leve carcajada.

—La próxima vez nos acostaremos más temprano, abuelita —dijo Grace riendo. Lucy sabía que la estaba provocando, pero no contestó, ya que sentía que sus neuronas no daban para más.

Enseguida comenzaron a desembalar los cuadros, las esculturas y todo lo demás y a buscarle el lugar adecuado a cada objeto. A Lucy le sorprendió lo mucho que coincidían en acerca de dónde colocar las cosas.

—Esta pintura transmite amplitud, por eso no sé si deberías ponerlo tan cerca de la ventana —dijo Lucy mientras sujetaba el cuadro en sus manos. Grace ladeó la cabeza y adquirió pose de crítico artístico.

—Tienes razón. ¿Y si lo ponemos en la pared de enfrente? —Se refería a la pared del fondo del salón. A Lucy le pareció perfecto y se dirigió al lugar para colgarlo.

En algún momento, Grace comenzó a tararear canciones que a Lucy le eran increíblemente familiares, pero fue incapaz de identificarlas. Lo hacía sin darle apenas importancia, pero incluso

cantando en voz baja su melodía estaba perfectamente afinada. A veces, se dejaba llevar por la propia canción y subía el volumen, momento en el que solía dedicarle a Lucy alguna mirada de complicidad que ella no sabía interpretar.

—Si estás esperando que cante otra vez, te diré que tendrán que pasar unos doscientos años antes de que de otro concierto —dijo Lucy.

—¡Qué exagerada! Además, no te lo pediría, debes cuidarte de esos nódulos —dijo Grace alineando unos floreros. Luego se volteó y le sonrió—. Pero no puedes negar que el público enloqueció con nosotras.

—¿Con nosotras? Parecía que a mi lado estaba Aretha Franklin.

No era de extrañar que la mañana se les pasara en un abrir y cerrar de ojos. Para cuando se dieron cuenta eran las tres de la tarde.

—¿Qué te apetece comer, Grace? Puedo ir a recoger algo de comida.

Para entonces ya se habían trasladado a la terraza para disfrutar de un merecido descanso. La brisa húmeda del mar resultaba agradable y revitalizadora. Grace encogió los hombros.

—¿Te apetece sushi? —preguntó Lucy. Ella la miró como si no hubiese comprendido la pregunta.

—No soy muy aficionada al pescado crudo.

—Oh, vamos. Es delicioso.

Grace no lo veía tan claro.

—Además, es una comida sana y ligera. ¡Es perfecta! —insistió Lucy.

—¿Por qué no vamos a un restaurante? —propuso Grace.

Lucy se puso en pie y se señaló a sí misma.

—Mira qué aspecto tengo. No estoy vestida para ir a comer a un restaurante. Además, es tarde. Perderemos mucho tiempo y nos encontraremos la cocina cerrada. Lo más seguro es que acabemos almorzando en una hamburguesería junto a grupos de niños y adolescentes que no callarán ni un segundo. ¿Eso es lo que quieres?

Grace la miró sorprendida.

—Cuando te interesa eres bastante convincente —dijo con cierto reproche.

—Es uno de mis dones.

Finalmente, Grace cedió.

—Está bien, Pide el sushi ese. Aunque si el mío lo pueden cocinar un poco, mucho mejor.

—¡No pueden cocinar el sushi! —indicó Lucy mientras sacaba el teléfono móvil.

—Solo un poco —insistió uniendo el pulgar y el dedo índice.

Enseguida llamó al restaurante y encargó varios nigiri, uramaki. Maki… Por la cara que Grace ponía sabía que jamás había escuchado

esos nombres.

—¿De verdad? ¿Se llaman así? —dijo en cuanto Lucy terminó la llamada. Por suerte, el restaurante contaba con repartidor a domicilio.

—Ya verás como te encanta. Es una comida que va mucho contigo.

—Ya lo veremos. ¿Tardará mucho?

—Una media hora.

Por un momento, se quedaron en silencio observando el océano y las lejanas olas, que se asimilaban a trazos de tiza sobre la superficie azul y reluciente. Escuchando el graznido de las aves que revoloteaban alrededor. Lucy agradeció la calma después de la noche movida que había tenido y sus ojos comenzaron a entornarse. Los rayos del sol caían sobre su cuerpo y le regalaban una sensación agradable. El sonido de las olas le añadía el frescor que necesitaba.

Por supuesto, Grace estaba a punto de poner fin a ese momento de relajación. Había recordado la conversación de la noche pasada, aquella que Lucy interrumpió con la fabulosa idea de actuar frente a un grupo de desconocidos.

—No me concretaste nada acerca de Adam.

Esas palabras fueron suficientes para que los latidos de su corazón se desbocaran, el sol le resultase abrasador y todo rastro de sueño desapareciera ipso facto. Se incorporó con tal brusquedad que experimentó un leve mareo.

—Creí que el tema había quedado zanjado.

Grace miró a su alrededor como si buscara a alguien más.

—¿Acaso quieres cantar otra vez? ¿De verdad pensabas que no me di cuenta de lo que hiciste?

—¡No estaba huyendo!

—No he dicho eso.

Lucy se frotó el rostro con las manos.

—No lo entiendo. ¿A dónde quieres llegar?

—¿Yo? No lo sé, dímelo tú.

Lucy se rio, aunque no de alegría, sino como lo haría una psicópata.

—No todas las relaciones están destinadas a acabar bien. Esto podría resumir mi relación con Adam. ¿Contenta?

—Si tú lo estás…

El timbre sonó poco después.

—Debe ser la comida.

Lucy se levantó rápidamente y se dirigió hacia la puerta.

—En la mesita hay dinero —dijo Grace.

—No te preocupes. Invito yo.

Lucy abrió la puerta y el repartidor la recibió con una sonrisa. Era un muchacho joven, de etnia asiática, con una mochila gigantesca de

forma cuadrada a sus espaldas. Le entregó la comida y ella le pagó. Mientras tanto, Grace fue hasta el salón y retiró algunas cajas vacías que había sobre la mesa.

Sin embargo, cuando estaba cerrando la puerta, vio a un hombre justo al otro lado de la calle, apoyado en un árbol, mirando fijamente hacia la casa. Era su abuelo Marcus. El mismo que había fallecido meses antes.

Las fuerzas la abandonaron de repente. Los recipientes con el sushi en su interior resbalaron de sus manos y cayeron al suelo.

—¿Lucy? —exclamó Grace. El repartidor, igualmente sorprendido, se arrodilló rápidamente para levantar la comida. Entonces reaccionó y, avergonzada, se agachó para recoger aquel desastre.

—Perdona, yo… No te preocupes. Ha sido culpa mía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Grace. Lucy asintió en silencio mientras recogía la comida. El repartidor se despidió rápidamente y se marchó.

—Me ha parecido… —dijo Lucy mientras miraba al lugar exacto en el que había visto aquel hombre. Grace se percató y miró hacia el mismo lugar que ella, pero allí no había nadie.

—¿Qué te ha parecido? ¿Era Adam?

Lucy movió la cabeza de un lado a otro mientras un escalofrío recorría su cuerpo. ¿Se estaba volviendo loca? Prefería eso a aceptar que había vuelto a ver a su difunto abuelo. Lo había visto antes junto a su apartamento, junto al hotel de Grace y otras veces más que su cabeza no pudo recordar en ese momento.

Preocupada, Grace cerró la puerta y se sentaron junto a la mesa.

—¿Vas a contarme qué te ocurre?

Lucy nunca le había mencionado nada a Grace y esta vez no encontró motivos para no hacerlo. Pensó que le vendría bien hablar del tema. Infló sus pulmones y suspiró con fuerza. Entonces se lo contó todo. Le dijo que desde la muerte de su abuelo Marcus le había parecido verlo en varias ocasiones, siempre a cierta distancia, siempre observándola.

—Sé que debe haber alguna explicación racional. Tal vez forme parte del duelo o sea algún truco psicológico, no lo sé. Pero cuando ocurre, tengo la sensación de que es real, de que ese hombre al que veo no forma parte de mi imaginación, sino que es de carne y hueso.

Cuando Lucy terminó de contarle su experiencia, esperó una serie de explicaciones tranquilizadoras por su parte. Por entonces ella había asimilado que Grace siempre tenía la solución para cualquier problema, lo que le hizo sentirse más relajada. Sin embargo, lo que sucedió fue bien distinto.

—¿Cómo dices que se llamaba tu abuelo? ¿El que falleció?

Lucy no entendió bien esa pregunta. Más bien no comprendió el porqué de esa pregunta.

—Marcus Johnson.

Los ojos azules de Grace se clavaron en ella de tal forma que parecía que la estaba interrogando. Comenzó a retorcer sus manos y se levantó del sofá. Lucy se sintió un poco incómoda. Se paseó de un lado a otro y Lucy veía como estaba comenzando a hiperventilar.

—Yo no le daría más importancia, querida. Será algún truco de la mente —comentó después de varios minutos.

—Claro. No te preocupes —dijo Lucy para aliviar la repentina preocupación de la anciana.

Acto seguido, abrió los recipientes de sushi y probó varios de ellos. Lucy se dio cuenta de que no debió gustarle mucho, porque apenas dio un par de bocados. Parecía nerviosa. En cuanto a Lucy, su extraña experiencia le había quitado el apetito, por lo que minutos después decidieron terminar de una vez con la decoración. No obstante, Grace estaba ausente. No le prestaba atención y se pasaba la mayor parte del tiempo con la mirada perdida, contestándole con monosílabos o con gestos.

Al poco se excusó y le dijo que debía hacer una llamada. Le confesó que había recibido un mensaje de sus sobrinos, si bien Lucy no escuchó sonar su móvil. «Lo tendrá en modo silencio», pensó.

Cuando regresó de hacer la llamada, su impaciencia resultó más patente todavía.

—Creo que debemos dejarlo por hoy.

Lucy frunció el ceño.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella suspiró.

—Los sobrinos de mi difunto esposo quieren reunirse conmigo. Al parecer quieren llegar a algún tipo de acuerdo. No sé qué me ofrecerán, pero desde luego es una oportunidad para zanjar el asunto.

—¡Eso es una buena noticia! —Lucy fingió entusiasmo. Por cómo se lo dijo, ella se dio cuenta de que Grace estaba maquillando sus palabras. Le estaba mintiendo—. ¿Dónde es la reunión? Te llevaré ahora mismo.

—No te preocupes, Lucy. Tengo que solucionar algunas cosas antes. Puedes marcharte.

Lucy quedó desconcertada. Era su chófer personal. Aquello no tenía sentido.

—Me pagas muy bien por llevarte a los sitios, Grace. Es mi trabajo.

—No insistas, Lucy. Es solo que, suficiente has hecho con ayudarme a decorar la casa. No quiero abusar de ti. Por favor, tómate el resto del día libre.

Lucy insistió. Su cambio de actitud había sido tan repentino que no podía hacer otra cosa que preocuparse por ella.

—Me marcharé si quieres, pero puede que me pille de camino. De verdad, no es ninguna molestia.

Fue entonces cuando Grace la miró muy seria, como nunca la había mirado.

—Por favor. Es mejor así. Ya te avisaré para mañana.

Lucy se dio por rendida y le dijo que podía llamarla a cualquier hora, cuando la necesitara. Ella no respondió. El sushi se quedó prácticamente sin tocar encima de la mesa. Confundida, subió al coche y se quedó varios minutos allí, sin arrancar el motor, simplemente mirando hacia la casa de Grace, asegurándose de que todo iba bien. A través de la ventana vislumbró su figura y su mirada melancólica fija en ella: estaba esperando que Lucy se marchara.

Capítulo 28

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA
1969

Kourtney metió la llave en la cerradura y al mismo tiempo que la giraba, empujó la puerta hacia arriba. Su melena morena, cortada a la altura de los hombros, se bamboleó como una campana.

—Tenemos que arreglar la puerta —dijo Grace mientras daba las últimas caladas de un cigarrillo. Kourtney, con gesto de esfuerzo, asentía a las palabras de su amiga.

—Se lo he dicho al casero varias veces, pero no me hace caso.

El resonar de la puerta sonó en el rellano mal alumbrado. A través de alguna de las puertas podía oírse el sonido de un televisor. Afortunadamente, la mayoría de las puertas del bloque estaban atrancadas y los vecinos se habían acostumbrado al ruido.

—¡Ábrete de una vez!

Por fin, después de golpearla con el hombro, la puerta cedió. Grace tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó dándole un pisotón.

—Hogar, dulce hogar —dijo Grace tirándose sobre el sofá. Estaba agotada.

Su compañera de piso se quitó los zapatos e hizo lo mismo en un viejo sillón que había justo al lado. Eran las tres de la madrugada. Grace había sido la última en actuar en un bar que no podía considerarse de lo peor, pero que quedaba muy lejos de los mejores escenarios de la ciudad. El Jameson: rock, blues, voces desgarradas y un fuerte olor a alcohol que impregnaba cada rincón. Cinco noches por semana actuaba allí, otra descansaba y otra se la reservaba para acudir a algún concierto. Cantar era importante, pero escuchar resultaba también una parte fundamental del proceso.

—Hoy has estado espléndida —dijo Kourtney mientras sacaba de su bolso una cajita metálica donde guardaba la marihuana. Sin duda, había llegado el momento de relajarse. Se lo había comprado a un hippie antes de la actuación de Grace. No fumaba a diario, pero de vez en cuando lo veía necesario.

—Eso me dices todas las noches —dijo Grace. El maquillaje hacía brillar su rostro bajo la luz tenue de la lámpara que colgaba del techo; una de esas incorporadas en un ventilador que tampoco funcionaba y que el casero había prometido arreglar hacía meses. Pronto, el calor de Los Ángeles pondría a prueba su palabra de nuevo.

—Si quieres te miento y te digo que has estado de pena. ¡Vamos!

Todos se han vuelto locos contigo.

—Lo dices por decir.

Kourtney abrió los ojos, sorprendida.

—Son las tres y diez de la madrugada, Grace. Ya mismo tengo que levantarme para ir a trabajar. Créeme, si no estuviera convencida de que vas a llegar lejos, no haría nada de esto.

Grace se sintió orgullosa por las palabras de su amiga. Pese a que estaba exhausta de actuar cada noche, sentía una felicidad plena por estar luchando por su sueño. Atrás quedaba Blackville, los Preston y todo lo que allí vivió. Incluso Edward se había convertido en un bonito recuerdo, en un halo de luz dentro de la oscuridad en la que se convirtió su vida en Carolina del Sur. La imagen del cuerpo sin vida de Richard continuaba atormentándola.

Ese secreto era un veneno en su interior. Así, lo mejor que se trajo de allí fue el dinero que Julia le entregó para que comenzara de cero; dinero con el que pudo alquilar una habitación a una chica que buscaba compañera de piso, chica que con el paso de los meses se convirtió en una especie de agente, asistente. Esa era Kourtney. Por las mañanas trabajaba en una cafetería, pero por las noches trataba de conseguir algún bolo en un bar de renombre o incrementar el caché de Grace. No tenía vena artística ni una sensibilidad equiparable a la de Grace, pero era atrevida, perspicaz y tenía cierto olfato para las oportunidades. En resumen, la mejor compañera de piso que pudo encontrar.

—¿Tú has conseguido algo? —preguntó Grace mientras observaba a su amiga enrollando el papel con la hierba.

—He estado hablando con uno que conoce al manager de The Doors. Me ha dicho que le ha hablado de ti, pero no hemos quedado en nada. Demasiado suponer para mi gusto.

—¿The Doors? ¿En serio? Puede que sea algo —dijo Grace emocionada. Rápidamente sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. La vida en Los Ángeles era muy diferente a la de Blackville, donde el tiempo parecía detenerse. Allí todo era frenético, impulsivo, refrescante… Una montaña rusa que subía y bajaba sin parar. Por todas partes se respiraba un aire joven, rebelde y sensual al mismo tiempo. Sentirse parte de ello hacía que mereciese la pena.

—Eso me ha dicho, aunque ya sabes cómo son esos listillos. Utilizan lo que sea para llevarte a la cama.

Grace se rio.

—Entonces, ¿no hay nada más?

—Bueno, tal vez sí. He estado hablando con el dueño del Sweet Dreams. Le has gustado mucho. No me ha hecho una oferta, pero estoy segura de que tus actuaciones de los próximos días serán clave para que tome una decisión.

Grace se maravilló ante la idea de actuar en el Sweet Dreams. Era uno de los locales favoritos de Jefferson Airplane, uno de sus grupos preferidos. Pese a que eran de San Francisco, la energía musical que se vivía en Los Ángeles era desbordante.

—¿Es fiable eso del Sweet Dreams o es otra de tus corazonadas? —preguntó Grace.

Kourtney era ingeniosa, aunque en ocasiones demasiado impulsiva. Justificaba sus arrebatos en algo que denominaba «inteligencia emocional», término que había encontrado en el artículo de una revista. Desde que se conocieron ayudó a Grace a instalarse en la ciudad e incluso le consiguió un trabajo en una lavandería industrial. Cuando ella le dijo que quería ganarse la vida cantando, sin decirle nada, le consiguió una actuación en un modesto bar por la que le pagaron diez dólares por pase. El talento de Grace hizo el resto y su caché fue subiendo poco a poco, hasta que tuvo la posibilidad de dejar su trabajo en la lavandería y dedicarse solamente a la música. Kourtney creyó en ella y le dio el empujón necesario. A cambio, ella se llevaba un porcentaje que Grace solía implementar con cenas, regalos o mensualidades del alquiler.

—¿Acaso mis corazonadas no son fiables?

—Tienes razón. Pero recuerda cuál es el objetivo.

Kourtney asintió con el cigarro en los labios y el humo envolviendo su rostro.

—Sí, me lo has repetido un millón de veces: ¡grabar un disco! Estoy segura de que pronto llegará ese momento.

En eso, Kourtney no se equivocaba. La carrera musical de Grace estaba en claro ascenso, aunque ni siquiera su amiga era capaz de predecir lo mucho que iba a cambiar sus vidas en los próximos meses.

Lo primero que llegó fue una invitación por parte del propietario del Sweet Dreams para que Grace actuara allí. Era una especie de audición en directo. Kourtney peleó por que le pagaran la actuación de esa noche, pero Grace no le dio más importancia y se preparó con ahínco para ese día. Aparte de un guitarrista, quería un pianista, una percusión profesional y un órgano. Kourtney habló con varios músicos, pero el coste total del espectáculo resultaba elevadísimo.

—Todo esto te costará una fortuna.

—Yo correré con los gastos —dijo Grace, despreocupada, convencida de sus posibilidades. Kourtney, aunque confiaba en su amiga, no quería que esta arriesgase el escaso colchón que había acumulado en los últimos meses. Ese dinero era lo que permitía a Grace dedicarse en cuerpo y alma a la música—. Tengo aseguradas las actuaciones del Jameson. Si la cosa sale mal, pediremos un adelanto. Joe me lo dará. Cantaré de seguido varias semanas.

Kourtney sabía que era inútil discutir con su amiga cuando una

idea se le metía entre ceja y ceja. Cada una confiaba en la otra, por lo que sabían que había momentos en los que tenían que cerrar los ojos y dejarse llevar.

La actuación de Grace tuvo lugar una semana más tarde, un viernes concretamente, por lo que el local estaba a reventar. Kourtney estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios cuando vio a tanta gente.

El Sweet Dreams era un bar cuyo centro neurálgico era el escenario, a partir del cual se distribuían las mesas, la barra y los reservados que se encontraban un peldaño por encima al resto de mesas corrientes. El humo de tabaco y las lamparitas de la mesa creaban una atmósfera densa y misteriosa al mismo tiempo, como si la realidad estuviera por formarse a partir de ese humo blanquecino. El trasiego de camareros era continuo. Bebidas de toda clase iban de un lado a otro, acompañado de carcajadas, aplausos y un rumor constante que aportaba vida al lugar. El Sweet Dreams no era un simple bar, un sitio donde beber y escuchar buena música; era un catalizador de la libertad y la energía de aquellos años, un cerebro propio cuyas neuronas las conformaban los músicos, artistas, productores y gente común que paraba allí. Las puertas se abrían a las ocho de la tarde y los últimos clientes solían marcharse con los primeros rayos de sol.

—La madre que… ¿Has visto eso? —dijo Kourtney señalando al gentío. Las dos jóvenes acababan de entrar en el establecimiento después de pasarse la última media hora discutiendo con el portero acerca de quiénes eran.

—Va a ser la primera vez que cante delante de tanta gente.

—¿Asustada?

—Con ganas más bien. Esto es lo que he estado esperando desde hace años —dijo Grace convencida, escrutando todo y a todos con sus ojos azules.

—Yo ya habría salido corriendo —dijo Kourtney.

Las dos se acercaron al escenario, donde los músicos terminaban de preparar los instrumentos. Se había originado cierta expectación entre el público al verlos. En los grupos más modestos, el cantante solía estar con ellos, por lo que la ausencia de este inició algunos rumores que se propagaron rápidamente entre las mesas. Aun así, cuando Grace comenzó a hablar con los músicos, un largo abrigo cubría su ceñido vestido verde lima, que se había comprado para la ocasión.

—Está todo preparado —dijo Grace después de conversar con los músicos. Respiró hondo y se puso un cigarrillo en los labios. El propietario del Sweet Dreams, un hombre llamado Malcom Newman, se acercó a ellas. Vestía un elegante traje de color marrón y lucía unas grotescas cadenas de oro en su cuello.

—Me imagino que tú eres Grace. Un placer.

—Muchas gracias por la oportunidad.

Malcom estrechó su mano y se acercó a ella bruscamente. Grace se percató de que no había nada obsceno en la mirada de aquel hombre, sino ambición.

—Me han dicho que tienes talento. Demuéstralo ahí arriba y tu vida cambiará para siempre.

Grace sonrió. Había aceptado el desafío.

—¿Cuál es tu nombre artístico? ¿Cómo se llama tu banda? —preguntó Malcom. Grace se giró hacia ellos como si la respuesta estuviera a sus espaldas.

—Eh, pequeña. No tengo toda la noche.

Por suerte, Kourtney salió en su ayuda.

—Gigi —dijo sin más.

—¿Gigi? —repitió Malcom. Grace clavó los ojos en su amiga. Gigi era el nombre de la mujer que protagonizaba una canción que ella había compuesto al poco de instalarse en Los Ángeles y que Kourtney le había escuchado cantar en alguna ocasión.

Gigi is free
The woman who deserves entire sea
Gigi is free
Everyone wants to see her
Gigi is free
After years of pain now she can smile

Era una canción pegadiza que a Kourtney le parecía muy graciosa, si bien Grace nunca le había contado la macabra verdad que escondía la letra.

Malcom miró a Grace de arriba abajo mientras murmuraba el nombre. Parecía que quisiera poner a prueba su físico con su nombre artístico.

—Gigi… Puede valer. Muy bien, Gigi, te presentaré dentro de quince minutos. A la derecha del escenario tienes un pequeño camerino por si necesitas cambiarte o lo que sea. Ah, y nada de drogas antes de subir a cantar.

Cuando las dos amigas se quedaron a solas, Kourtney comenzó a reírse a carcajadas.

—¿De verdad? ¿Gigi? —dijo Grace.

—¿No te gusta? A mí me parece que te viene como anillo al dedo.

Grace miró a su amiga de reojo. Jamás había pensado en qué nombre artístico iba a utilizar. Hasta ese momento, siempre se había presentado como Grace Doyle, ocupando su apellido de soltera, ya que el de casada que era Lamburq, quería olvidarlo, porque Grace Lamburq tenía un pasado que podía abalanzarse sobre ella en

cualquier momento; Grace Lamburq tenía las manos manchadas de sangre. Aquellos pensamientos la turbaron y durante unos segundos se quedó con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —preguntó Kourtney. Su amiga le dedicó una tierna sonrisa.

—Perfectamente. Tomémonos algo antes de la presentación. Me vendrá bien para aclararme la voz.

Exactamente quince minutos después, Malcom se subió al escenario, donde los músicos ya estaban preparados. Un aplauso generalizado se extendió desde las mesas del fondo hasta recorrer toda la sala. La expectación se incrementaba a cada segundo.

—Señoras y señores, buenas noches. ¡Bienvenidos al Sweet Dreams!

Otra ovación colmó el ambiente. Grace observó con una sonrisa a Malcom y pensó que era un megalómano sin remedio.

—Esta noche vamos a contar con una artista muy especial. Puede que ya la conozcan, pero si no es así les aseguro que su voz no les va a dejar indiferente. ¡Gigi!

Grace cogió aire. Había llegado el momento. Kourtney, desde una de las mesas más pegadas al escenario, no perdía detalle mientras se mordía las uñas. Nadie más en esa sala era consciente de la arriesgada apuesta que había hecho Grace al subirse a ese escenario. Sin embargo, no tuvieron que transcurrir muchos segundos para que Kourtney tuviera la certeza de que su amiga iba a convertirse en una artista habitual del Sweet Dreams.

Capítulo 29

En cuanto Grace, o Gigi, subió al escenario, quedó claro que no se trataba de una artista cualquiera. Su caminar era decidido y sus ojos azules, alimentados por los focos que incidían directamente sobre ella, desprendían una energía capaz de embaucar a cualquiera. Consciente de su poder, regaló al público una sonrisa y cogió el micrófono de la mano de Malcom, que le deseó suerte guiñándole el ojo. Gigi dio un par de pasos hacia delante y dejó a los músicos a sus espaldas, esperando la señal para comenzar a tocar. Parecía que Grace iba a agradecer la oportunidad de actuar allí o saludar al público, pero, en vez de eso, se giró e hizo la señal. Sonaron los primeros acordes, pero el hecho de que Grace todavía no hubiera abierto la boca causó una expectación mucho mayor de la esperada. A esto ayudaba también la sensualidad de cómo se movía por el escenario, sin miedo, segura de sí misma. Todos los que la vieron esa noche advirtieron que no se trataba de una artista más; Gigi era especial.

Pero la magia se produjo en cuanto llevó el micrófono a sus labios y comenzó a cantar *You and Me*, de Aretha Franklin. Le siguió *Misty* de Ella Fitzgerald. Cantó un par de canciones más, sin descanso, derrochando su voz y demostrando todo su talento. Para cuando terminó su pase, que se prolongó alrededor de cuarenta minutos, toda la sala se puso en pie para aplaudirla. Grace devolvía el cariño al público con su sonrisa y lanzando besos.

Esa noche marcó un antes y un después para la vida de Grace y Kourtney. Apenas la primera se bajó del escenario, Malcom le ofreció actuar tres noches a la semana. Aunque Grace aceptó de inmediato, Malcom no podría disfrutar mucho de la joven estrella en ciernes. Pronto se corrió la voz del talento de Gigi. Los managers de los grandes clubs acudían a verla y le ponían ofertas irrechazables sobre la mesa. Esto le permitió el no tener que actuar todas las noches, algo que agradeció especialmente su garganta, pues comenzaba a dar síntomas de cansancio.

Con su caché en continuo aumento, no tardaron mucho de dejar el modesto apartamento en el que vivían y trasladarse a uno ubicado cerca de Hollywood. Por entonces, nadie quería perderse las actuaciones de Grace y esta comenzaba a acudir a las famosas fiestas que tenían lugar en las casas de las laderas de Los Ángeles. Gigi se había convertido en una celebridad dentro del ecosistema de la ciudad y todos esperaban que, más tarde o más temprano, se catapultase

hacia el resto del país. De hecho, al no verse obligada a actuar a diario, Grace había comenzado a trabajar en sus primeras canciones, las cuales se atrevía a cantar en los conciertos, presentándolas al público y estudiando su reacción para asegurarse si les gustaba o no. En esos meses dio rienda suelta a su obsesión por la música. La escuchaba a todas horas, iba a conciertos, componía, estudiaba; su vida giraba en torno a su sueño.

Por su parte, Kourtney se había convertido oficialmente en la manager de Gigi, aunque era Grace quien tenía siempre la última palabra y la que negociaba las condiciones si se daba el caso. Era el acuerdo al que habían llegado. Grace le pagaba un sueldo a Kourtney y esta le ayudaba en cuanto podía. Sin embargo, en ningún momento desarrollaron una relación profesional. Eran dos amigas que se apoyaban, reían y lloraban juntas. La relación que Grace mantuvo con Dorothy años atrás nunca llegó a la intimidad que alcanzó con Kourtney en Los Ángeles.

—Facturas y más facturas —dijo Kourtney poniendo varias cartas sobre la mesa.

Se encontraban en su nuevo apartamento. Pese a que era la una del mediodía, Grace se acababa de despertar. La noche anterior había estado en una fiesta que ofreció Walter Matthau, cuyo final era difuso debido a que el número de invitados no bajó de cien personas en ningún momento. A Grace todavía le resultaba difícil creer que ella se estuviera codeando con esas personas, con músicos que hasta hacía poco conocía por sus voces en el tocadiscos… Había transcurrido más de un año desde su marcha de Blackville y le costaba asimilar que su vida hubiera cambiado de manera tan repentina.

—No me hables de facturas tan temprano —expuso todavía amodorrada.

—¿Temprano? —dijo su amiga—. Es la una de la tarde.

—Es temprano si te has acostado a las siete de la mañana. Por cierto, ¿sabes con quién estuve hablando ayer? Con Steve Mcqueen. Casi me da un infarto cuando me lo presentaron.

—No hablas en serio —indicó Kourtney dejando las facturas de lado. Era su actor favorito—. ¿Cómo es en persona? ¿Es tan guapo como en la pantalla? ¡Habla!

Grace ladeó la cabeza a ambos lados.

—Guapo sí que es, pero tampoco es que se pueda hablar mucho con él.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. Todo fachada. Los hombres así no me interesan —afirmó Grace. De manera instantánea, la imagen de Edward pasó por su cabeza. Fue fugaz, pero real. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio? ¿Por qué seguía pensando en él después de todo

lo que había pasado?

Kourtney se sintió un poco decepcionada por las palabras de su amiga y volvió a centrarse en el correo, clasificándolos en dos montones. Por un lado se encontraban las facturas ; en el otro el más importante de todos, donde Kourtney ponía las cartas de los empresarios que quería contratarla o cualquier otra que tuviera una relevancia fuera de lo normal.

—Tienes una carta de Dorothy.

Grace se giró hacia Kourtney. El sueño había desaparecido de su rostro.

—Hacía tiempo que no te escribía —añadió. Grace asintió.

—Antes nos escribíamos más a menudo, pero, no sé, supongo que ahora es todo más complicado.

Lo que Grace quería decir realmente era que su vida se alejaba cada vez más de Blackville en todos sus aspectos. Seguía guardando cariño por Dorothy, pero su amiga pertenecía al pasado, a un pasado al que no quería regresar.

Abrió la carta y la leyó en silencio, mientras paseaba por el salón. Dorothy le contaba que la residencia de los Preston había cambiado mucho después del fallecimiento de Richard, que era como si todos se hubieran vuelto locos. Sin ir más lejos, Jimmy casi se había instalado en la casa de Julia; la plantación estaba en un estado ruinoso y la señora Preston apenas salía. Grace leyó todo esto con tristeza. Ella había conocido el esplendor de aquel lugar antes de que la llegada de Jimmy comenzara a corromperlo todo.

—Cada vez quedan menos trabajadores en la plantación. Pronto despedirán a Marcus y Melvin. Estoy segura —leyó Grace con un hilo de voz. Sus ojos se humedecieron. El sentimiento de culpa todavía era capaz de hacerla sufrir, de masticar su corazón con dientes de acero.

—¿Va todo bien? —preguntó Kourtney al fijarse en el rostro contrariado de su amiga. Esta suspiró para tranquilizarse.

—Sí, no te preocupes. Es solo que a veces me dejo llevar por la nostalgia —dijo Grace saliendo del salón—. Me cuenta que por fin su relación con Marcus es oficial, bueno, y que su hermano al darse cuenta cayó en una profunda depresión. Una lástima. Voy a ir un momento a mi habitación. Quiero contestarle y sé que, si no le escribo ahora, tardaré semanas en hacerlo.

Kourtney la miró con tristeza como si ella hubiese conocido a las personas que Grace mencionaba.

—Déjame después el sobre en el recibidor. Tengo que ir a comprar dentro de un rato. La echaré al buzón.

Grace asintió y se dirigió apresurada a su habitación. Al entrar, se percató del ambiente cargado y el olor a alcohol y tabaco. Abrió la ventana y se sentó junto al escritorio. La punta del bolígrafo en su

mano rozaba la hoja en blanco. ¿Qué debía contestarle? ¿La vida que llevaba, el éxito que empezaba a abrazarla? ¿O quizás el origen de su nueva vida? En ese instante creyó escuchar a Richard cayendo por las escaleras, como una banda sonora maldita que no podía borrar de su cabeza. ¿Cómo pudo formar parte de eso?

Un pensamiento egoísta vino en su auxilio. Después de todo lo que había sufrido, ¿no se merecía ser feliz? ¿Cuántas noches había cantado hasta que su garganta se quedó sin voz? ¿Quién iba a recompensar su sacrificio, la vergüenza, el frío, el sueño? ¿Acaso el destino no le debía nada a cambio de los abusos recibidos por parte de Jimmy y Julia?

Esto le dio fuerzas para comenzar la carta. Grace se limitó a contarle lo bien que le iban las cosas y lo cerca que se encontraba de cumplir su sueño. Además, podía contarle también que dentro de dos noches iba a actuar en el Golden's Heaven, uno de los mejores clubs de Los Ángeles, cuya entrada estaba reservada a los personajes más exquisitos de la ciudad.

Reflejar esto último sobre el papel ahuyentó los fantasmas y Grace experimentó una felicidad súbita que se convirtió en una sensación electrificante que recorrió todo su cuerpo. Era su momento e iba a aprovecharlo.

Terminó de escribir, dobló el papel y lo introdujo en un sobre. Hizo el amago de levantarse, pero, por alguna razón, decidió en el último segundo quedarse sentada. Su mano derecha alcanzó el bolígrafo mientras la izquierda arrastraba una hoja en blanco ante ella. Cerró los ojos y dejó que la música sonara en el silencio, acompañando a sus latidos. Sus pies golpeaban el suelo, incrementando la velocidad o disminuyéndola, buscando el tempo adecuado. Sus hombros bamboleaban al ritmo de la música que nacía de ella misma, como un río que se regocijaba del agua que le da vida emanando de las rocas.

En la sala principal, Kourtney se sobresaltó cuando escuchó el chillido de Grace. Lo primero que pensó fue que se había. No obstante, cuando se encontraba a punto de abrir la puerta de su habitación, Grace repitió el sonido: un lamento repleto de música y sentimiento. Kourtney se detuvo con la mano sobre el pomo. Un segundo después, Grace comenzó a cantar. Su voz grave, perfectamente modulada, hizo vibrar todo a su alrededor.

Sin hacer el menor ruido, Kourtney se quedó junto a la puerta de la habitación de su amiga, embelesada por su voz. En cuanto Grace terminó de cantar y abrió la puerta, le dijo:

—Tienes que cantar esto en el Golden´s Heaven.

Grace sonrió.

Los periódicos locales se hicieron eco de la actuación de Gigi. La

definían como una joven de energía desbordante, sensual y elegante al mismo tiempo. Pero lo que más le gustó a Grace fue el titular de unos de los artículos: «¿A qué esperan para meter a esta chica en el estudio?».

Sin embargo, pese a la fascinación que causaba Grace sobre el escenario, ninguna gran discográfica apostaba por ella. En los meses siguientes siguió actuando, ganándose al público en cada canción, incrementando su fama. En Los Ángeles se convirtió en toda una celebridad, pero no lograba salir de ese circuito, era como que el resto del país estaba vetado para ella. Por eso la obsesión de grabar un disco también fue en aumento, pues Grace creía que era la única forma de hacer explotar su carrera. Cantar ya no era suficiente. Su ambición iba mucho más allá y eso se tradujo en las primeras discusiones con Kourtney. Esta abogaba por seguir actuando en clubs, convencida de que la oportunidad llegaría cualquier día, pero Grace no quería sentarse a esperar. Pagó de su propio bolsillo a un sello para grabar varios *singles* y comercializarlos en el estado de California, pero no consiguió el éxito que ella esperaba. La razón fue que ella era una estupenda artista, pero apenas tenía conocimientos del mercado musical, la distribución, promoción y todo lo necesario para sacar adelante un proyecto como ese. Por otra parte, Kourtney tampoco era una representante al uso y su desparpajo no era suficiente para favorecer la carrera de su amiga.

A finales de 1969, la carrera de Grace se estancó. Ella era perfectamente consciente. Ganaba dinero actuando en los mejores clubs y se codeaba con las estrellas del momento, pero pronto todo eso le resultaba insuficiente. Sabía que pronto dejaría de ser una novedad y comenzaría el declive. Por esta razón, para reservar su exclusividad y su frescura, dejó de actuar en el resto de clubs, reservándose para una noche a la semana en el Golden´s Heaven. Con el paso de los meses, su decisión le aportó un halo de artista especial, la gente comenzó a comprender que no se trataba de una cantante más.

Pero no llegaba la oportunidad de encerrarse en un estudio y grabar un disco. La actitud de Grace fue agriándose poco a poco y en algunas actuaciones era complicado ver una sonrisa en sus labios.

—No quiero convertirme en una cantante de club, Kourtney. No he pasado por tanto para acabar entreteniendo a un grupo de famosos borrachos.

Su amiga la miró intrigada. ¿A qué se referiría con eso de que había pasado por tanto? Kourtney cayó en la cuenta de que en los últimos meses Grace hacía continuamente menciones a su sufrimiento, a los sacrificios que había realizado y ese tipo de cosas. A veces parecía que su vida se había convertido en una especie de penitencia silenciosa. No iba tan desencaminada, aunque lo que Kourtney no

podía imaginar era el secreto que corroía el alma de Grace. Su frustración por no tener la oportunidad de grabar un disco se sumaba a los remordimientos que, lejos de desvanecerse con el paso del tiempo, habían redoblado sus fuerzas y se mostraban presentes en su día a día.

—Escribiré de nuevo a las discográficas.

—Diles que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. Solo necesito la oportunidad. Sé que después volaremos lejos —dijo Grace. Kourtney asintió.

Pero la mayoría de las cartas que enviaron no tuvieron respuesta y las que sí, eran una lista de excusas que justificaban su falta de interés. Aunque no todo eran malas noticias. La insistencia de Kourtney hizo que varias discográficas pusieran a Grace en el radar y enviaran a agentes a sus actuaciones para recibir impresiones de ella. Sin embargo, todo se produjo a escondidas, sin que lo supieran y a lo largo de varios meses, por lo que la frustración de Grace seguía en aumento.

—¿Vas a beberte otro? —preguntó Kourtney cuando vio a su amiga pedir otro trago de whisky. Tenía que actuar en media hora y consideraba que ya había bebido bastante.

—Es bueno para la voz —contestó secamente. La relación entre ambas no pasaba por su mejor momento. La magia de cantar se había desvanecido para Grace y subirse al escenario le resultaba complicado si no tomaba antes un par de tragos. Así le resultaba más sencillo sonreír y encandilar al público como lo hacía meses atrás.

El camarero le sirvió la copa y Grace la cogió con ansia.

—¿Estás bien? —preguntó Kourtney.

—Perfectamente —contestó, escuchando el eco de su voz en su cabeza.

Pese a todo, la vida le había concedido todo lo que había deseado. Tras la muerte de su abuela, quiso escapar de Charleston y Julia Preston le dio esa oportunidad. Quería conocer a un hombre bueno que cuidase de ella y casarse, e hizo las dos cosas, aunque con hombres distintos. Después quiso huir de la residencia de los Preston y ganarse la vida como cantante. ¿Acaso no lo había conseguido? ¿Qué pediría en esa ocasión?

Sin darse cuenta, apuró el trago y se dirigió hacia el escenario cuando escuchó su nombre a través de los altavoces. Antes esperaba ese momento tras el escenario, haciendo ejercicios de respiración para que los nervios no afectasen a su voz. Pero eso se había quedado atrás. La voz dulce que le había acompañado hasta entonces dejó paso a una voz ligeramente más ronca, más oscura. Antes cantaba una joven, ahora lo hacía una mujer.

—¡Gigi, damas y caballeros!

El público se puso en pie. Entre los asistentes había grandes empresarios de la ciudad, algún actor que estaba a punto de saltar a la fama y gente de a pie que había pagado por entrar al club. Todo estaba cambiando y Grace se dio cuenta mientras observaba al público que había esa noche en el Golden's Heaven. Era la noche de un jueves cualquiera y enseguida tuvo la sensación de ser una atracción de feria, un reclamo para turistas adinerados que pudieran permitirse pagar cinco dólares por una cerveza. De repente, deseó marcharse de allí y cantar en los bares en los que debutó en Los Ángeles. Lo último que podía esperar era que ese jueves por la noche iba a marcarle de por vida.

Justo antes de empezar a llorar, cerró los ojos con todas sus fuerzas y comenzó a cantar. Aquel sentimiento desbordado se encauzó hacia su voz y durante cincuenta minutos dejó a todos sin respiración, desgarrando su alma en el escenario, sorprendiendo a sus propios músicos.

Cuando terminó, se inclinó en una reverencia y el público le correspondió con una gran ovación. Estaba visiblemente emocionada, pero cada segundo que transcurría y la separaba del éxtasis creativo que acababa de vivir, su rostro se ensombrecía. Hizo otra reverencia, señaló a sus músicos y pidió un aplauso para ellos y fue ahí, al encarar de nuevo al público, cuando se quedó sin respiración. Sus ojos estaban fijos en la larga barra del Golden's Heaven, concretamente en el sitio donde un hombre al que conocía la miraba con una sonrisa de fascinación. De repente no fue capaz de decir nada más y haciendo otro gesto de agradecimiento, se bajó del escenario.

Capítulo 30

Sentía una presión enorme sobre el pecho. Quería ir a hablar con él con tantas ganas como salir corriendo. Angustiada, miró hacia la puerta como si quisiera asegurarse de que todavía tenía una opción para escapar. ¿Sería el final de todo? ¿Llegaría el momento de pagar las consecuencias de la muerte de Richard Preston?

Sin apenas tener tiempo para nada, se acercaron varias personas a felicitarla por su actuación. Ella les recibía con una sonrisa forzada mientras su atención permanecía fija en el hombre de la barra. Estrechaba una mano, después otra, hacía el amago de marcharse, pero seguía rodeada de aquel grupo. Por fin, pudo desembarazarse de ellos y dirigirse a la barra. Él la miraba fijamente, inexpresivo, sin que ella pudiese adivinar lo que pasaba por su cabeza. El imaginarse todo lo que podía suceder a partir de ese momento era mucho peor que la propia realidad.

—Hola —dijo él. Al saludarla metió las manos en los bolsillos, gesto que a ella le recordó al joven con quien se veía en Orangeburg.

—Hola, Edward.

No se dijeron nada más. Se limitaron a observarse, como si eso fuera todo lo necesario para ponerse al día después de dos años sin verse. Edward había cambiado. Su rostro infantil había dejado paso al de un hombre que abraza la madurez, con una ligera oscuridad que revelaba la densidad de su vello facial, aunque perfectamente afeitado. Su mirada era serena, la de una persona que está tranquila consigo misma y consciente de su lugar en el mundo. La belleza de Grace lo deslumbraba, pero en él no había timidez.

—Has estado fantástica.

—Muchas gracias.

La imagen del cuerpo sin vida de Richard Preston enturbiaba los pensamientos de Grace, impidiendo que sus sentimientos se expresaran con claridad.

—¿Puedo invitarte a una copa? —dijo él arrastrando uno de los lujosos taburetes que había en la barra. Ella asintió y se acomodó mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Edward se sentó al lado, sin dejar de observarla—. ¿No vas a decirme nada?

Grace dio una profunda calada para camuflar sus nervios. ¿Había ido hasta Los Ángeles para acusarla? ¿Para destruir todo lo que había conseguido desde que se marchara de Blackville?

—No esperaba verte por aquí. Un whisky, por favor.

El camarero le sirvió con presteza.

—Dorothy me contó lo bien que te iban las cosas. Aproveché que tenía que visitar la ciudad por trabajo. Pensé que te alegrarías de verme.

Grace dio un sorbo al licor. El calor que bajó por su garganta la reconfortó. Edward se fijó en que no quedaba nada de la Grace que conoció en casa de sus padres, ni siquiera de la chica con la que compartió un romance durante casi un año. Irradiaba poder. Su belleza llamaba la atención y muchas miradas recaían sobre ella: deseo por parte de los hombres y envidia por parte de algunas mujeres. En la residencia de los Preston se esforzaba por pasar inadvertida, una sombra bajo la esfinge todopoderosa de su madre. En cambio, Edward la estaba viendo en su plenitud, libre de ataduras, siendo ella misma.

—A ti también se te ve bien.

Edward encogió los hombros.

—Al principio fue duro, pero ahora me he hecho con las riendas del negocio de mi padre.

Grace se estremeció. Fue un espasmo nervioso de tal intensidad que estuvo a punto de reventar el vaso de whisky en sus manos. De manera torpe, lo soltó y este bamboleó sobre la barra antes de detenerse.

—Perdona. Yo… Hacía mucho tiempo que no me acordaba del señor Preston.

Que se refiriera a su padre de esa manera no llamó la atención de Edward. Tampoco su repentino nerviosismo lo llevó a ninguna sospecha. Para él, su padre había fallecido en un desgraciado accidente; así se lo había asegurado su madre.

—Es doloroso —dijo él bajando la mirada—. Todavía me cuesta asimilar lo que ocurrió. Tú estabas en la casa, ¿verdad? Mi madre me lo contó todo, así como Jimmy, pero significaría mucho para mí si pudieras responderme.

Grace apagó el cigarrillo en el cenicero e inmediatamente sacó otro de la cajetilla. ¿A qué clase de juego estaba jugando Edward? En ese momento fue consciente de que no sabía cuáles eran las versiones de Julia y Jimmy. ¿Dónde la situarían a ella? Debía mantener la calma y mostrarse cautelosa.

—Es complicado después de tanto tiempo.

Edward le sonrió.

—Tienes razón. Olvida lo que te he dicho. No estoy acostumbrado a beber tanto.

—Son las doce y media. ¿Desde cuándo te has vuelto un anciano?

La tensión se distendió con rapidez, especialmente después de que bebieran un par de copas más. Desinhibidos, pronto se llenó todo de

risas y miradas de complicidad que auguraban una noche muy larga. Recordaron con nostalgia sus aventuras en Orangeburg, pese a que el tiempo y todo lo que había sucedido hacía que no reconocieran a esos jóvenes inmaduros que, por espacio de unos meses, desafiaron al mundo. Sin embargo, a medida que avanzaban en el pasado y se acercaba el momento del compromiso entre Grace y Jimmy, los dos se sintieron reacios a continuar, como si temieran volver a revivir aquellos años. Pero tan solo una pregunta fue necesaria.

—Todavía recuerdo cuando mi madre me avisó de tu compromiso con Jimmy —dijo Edward acariciando el filo del vaso. Grace torció los labios.

—Tú estabas saliendo con Anne Mitchell —le recriminó.

Edward frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Cuando tu madre supo de nuestra relación, habló muy seria conmigo, por no decir otra cosa. Me contó que tú te estabas viendo con la hija de no sé qué matrimonio acaudalado y que nuestra relación no iría lejos. Que solo me querías para llevarme a la cama.

El alcohol hacía fácil para ambos mantener esa conversación.

—Yo empecé a salir con Anne después de tu compromiso.

Grace no comprendía nada y Edward también se mostraba confuso, aunque no tardaron mucho en percatarse de la suma habilidad con la que Julia les había manipulado. De no ser así jamás habría aprobado su relación, la habría torpedeado de mil maneras distintas. Su hijo jamás se casaría con una sirvienta. ¿Cuántas veces la había oído decir eso?

—Esto hay que celebrarlo —dijo Grace dando un golpe en la barra. El camarero vino enseguida y ella les pidió dos tragos de tequila.

—Creo que ya hemos bebido bastante —dijo Edward, que al levantarse experimentó un leve mareo.

—¡De eso nada! Tenemos que brindar por tu madre. ¡Por Julia Preston! —dijo Grace con un punto de efusividad fuera de lo común. Se había dejado engañar como una tonta y había sufrido un infierno por su culpa. Para Edward, aquello no era más que el efecto que le causaba el alcohol y no se fijó en la agitación de Grace.

—¡Por mi madre!

Brindaron y se bebieron el licor de un trago.

—Vayámonos a otro sitio. Después de todo, este es mi lugar de trabajo —dijo Grace. Se miró en la superficie metálica pulida de una de las columnas de la barra y se aplicó pintalabios. Al observarla, Edward se recreó en su figura y las suaves líneas que resaltaban bajo el vestido.

Edward se sorprendió cuando el taxi los llevó a Sunset Boulevard,

concretamente a un pequeño bar cuya puerta era más baja de lo normal. En cuanto entraron, Grace se llevó toda la atención, saludando a casi todos los que se encontraban allí. Al fondo, había un pequeño escenario donde un hombre y una mujer interpretaban *Freedom* de Richie Havens, aunque de una manera muy poco ortodoxa. Llamarlo música habría sido un cumplido.

—¿Cómo les permiten hacer ese ruido? —preguntó Edward mientras se sentaban en una de las pocas mesas que estaban libres. Había poco espacio y tanto ruido que en cada mesa se aislaba por sí misma entre tanto caos. Grace levantó la mano y al cabo de pocos segundos les dejaron en la mesa un cubo metálico repleto de botellines de cerveza.

—Aquí hay poco donde elegir —dijo refiriéndose al cubo—. En cuanto a las actuaciones, cualquiera puede subirse al escenario y hacer lo que quiera siempre que no falte el respeto. Libertad de expresión, Edward. ¡Todo lo contrario que en Blackville!

Edward asintió sorprendido. Lo cierto era que nadie reparaba en la desastrosa interpretación del dúo.

—Descubrí este sitio al poco de llegar a Los Ángeles. Es uno de los pocos donde nadie te juzga ni te exige nada. Simplemente, te subes al escenario y sacas lo que lleves dentro.

De repente, como si Grace se hubiera puesto de acuerdo con el dúo del escenario, estos se quitaron la ropa e hicieron el gesto de la paz con sus manos mientras se besaban. Edward no daba crédito. Todos comenzaron a aplaudir como si el mismo Apolo hubiera hecho acto de presencia en la escena.

—¡Están desnudos! —gritó Edward con una mezcla de hilaridad y sorpresa.

Grace le quitó importancia, tal y como hicieron el resto de los que se encontraban allí. Justo después se vistieron, bajaron del escenario y se sentaron en una mesa como si nada.

—Esto es Los Ángeles. Carolina del Sur queda cien años antes —bromeó Grace. El alcohol afilaba su lengua. No obstante, Edward se rio y brindó con ella sin motivo aparente.

Las conversaciones, los gritos y las carcajadas rellenaron pronto el silencio ocasionado tras la actuación del dúo nudista. El ruido era tan intenso que tenía que inclinarse y situarse muy cerca para poder mantener una conversación, lo que pronto dejó a Edward bajo la influencia de Grace, de su olor, de sus ojos.

—Bueno, ¿y estás prometido? ¿Casado quizás?

—La verdad que no. No he tenido tiempo —Edward repasó a Grace con la mirada—. ¿Y tú?

—Digamos que tampoco he tenido tiempo.

Ambos sonrieron con la misma ironía, presuponiendo lo que iba a

suceder. Si no se marchaban ya, si no aceptaban de una vez que iban a hacer el amor después de tanto tiempo, era porque en parte se estaban regocijando en esa espera, recreándose en la certeza de lo que ambos sabían.

Permanecieron un par de horas más en aquel bar antes de marcharse. Cada vez hablaban más cerca el uno del otro. Hasta que la mano de Edward encontró las piernas de Grace y comenzó a acariciarlas hasta llegar a la parte interior de sus muslos. Grace sonrió y lo miró fijamente, dando con ese gesto, autorización para continuar; la extraña y la adictiva sensación que recorría sus cuerpos se iba apoderando de ellos. Él la tomó de la mano, dejó veinte dólares en la mesa, y la llevó fuera del local. Grace caminaba dejándose llevar, expectante por volver a estar con él.

Aquel deseo se desbordó en cuanto cerraron la puerta de la habitación del hotel y los dos se encontraron solos después de tanto tiempo. Poco importaba lo que había sucedido o las personas que se habían cruzado en sus vidas los últimos años. Se atraían con tal deseo que el resto del mundo desapareció para ambos.

Las primeras luces del amanecer los descubrió todavía desnudos. No podía compararse con lo que vivieron en Orangeburg. Todo era distinto. Sus cuerpos, sus movimientos, las miradas y las palabras que se decían. Nada era suficiente y sabían que ni en diez vidas dejarían de estar enamorados.

Por fin, cuando la mañana ya lucía esplendorosa sobre Los Ángeles, Grace cayó rendida sobre el torso desnudo de Edward. Los latidos de ambos estaban igualmente acelerados.

—Eres el amor de mi vida, Grace

Ella lo miró fijamente y lo besó con pasión.

—Te quiero, Edward. Pararía el tiempo si estuviera en mis manos.

El roce de sus labios, el sentir sus senos contra su pecho fue suficiente para que Edward sintiera el deseo de tomarla de nuevo. Con un movimiento ágil e impulsivo, se puso encima de ella.

—Te quiero, Grace.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se mordió los labios. Cuando todo acabó, ambos se quedaron tumbados en la cama mirando al techo de la habitación. Si antes sabían lo que iba a ocurrir, en ese momento la incertidumbre los invadió. Habían hablado de muchas cosas, pero no mencionaron qué sería de ellos una vez sus vidas volvieran a la realidad.

—¿Cuántos días estarás en Los Ángeles? —preguntó Grace. Su voz queda pareció no alterar el silencio que predominaba en la habitación. Edward tardó en responder. Antes lanzó un suspiro.

—Me temo que tengo que regresar cuanto a antes a Carolina del Sur.

Grace no dijo nada. Se sentó en la cama y se cubrió el cuerpo con la sábana. La felicidad que había experimentado hasta hacía unos minutos se convirtió repentinamente en una desagradable resaca.

Consciente de su reacción, Edward se puso tras ella y la abrazó.

—No me queda más remedio que volver. Mi madre… no está preparada. Hay pérdidas de dinero importantes y la plantación ya no existe. No puedo dejarla sola.

Grace pensó qué peso tendría el propio Jimmy en el hecho de que Edward no quisiera dejar sola a su madre demasiado tiempo. Su marido, pues todavía estaban casados, tenía a la señora Preston en la palma de la mano. Se dio cuenta de que durante todas las horas que había estado con Edward había eludido el tema, no le había preguntado ni una sola vez por Jimmy.

—Es una pena —respondió.

Edward le besó el hombro.

—Ven conmigo, Grace. Los dos sabemos que funcionaría. Ni siquiera tenemos que vivir en Blackville. Podemos instalarnos en Columbia. Empezaremos una nueva vida juntos.

Grace movió la cabeza de un lado a otro, en silencio, procurando no ceder al llanto. Sus ojos bañados por las lágrimas se asimilaban a un océano congelado. No tenía el valor suficiente para regresar, no podría soportar ver las caras de Jimmy y Julia, asesinos igual que ella. Amaba a Edward, pero todo tenía un límite.

—Es complicado, Edward. ¿Tú podrías instalarte aquí?

El hijo de los Preston negó con desánimo. De nuevo el destino los obligaba a separarse.

—Nada más me gustaría en este momento, Grace, pero no puedo.

—Entonces ha sido un bonito reencuentro que recordar —dijo ella. Sus labios temblaban. Después de años sin ver a Edward estaba devastada por comprobar que sus sentimientos hacia él no habían desaparecido y que, por el contrario, sentía que lo amaba más que nunca—. Estoy cerca de cumplir mi sueño. No puedo renunciar a él.

Los dos se abrazaron en silencio. La decisión estaba tomada. Sus caminos se separaban una vez más.

—Siempre recordaré este jueves —dijo Edward.

—Y yo. Será nuestro para siempre.

Él sonrió.

—Podemos desayunar juntos una última vez, ¿no? Por los viejos tiempos.

—Por los viejos tiempos —dijo Grace.

El tiempo nunca corrió tan deprisa para ambos. Pese a que intentaron postergar la despedida, como si así pudieran evitarla, llegó el momento de decir adiós.

—Puedo volver —dijo Edward sujetando con firmeza las manos

de Grace. No era una mala oferta, pero Grace comprendió el daño que se harían. Sería como anclar sus vidas a un imposible, a un pasado que no pudo ser.

—Nos merecemos ser felices, Edward. Si no estamos juntos, prefiero olvidarte.

Edward la miró devastado por lo que acababa de escuchar. Suavemente, las manos de Grace fueron resbalando de las suyas.

—Espero que todo te vaya bien.

Él tan solo pudo sonreír, incapaz de reaccionar a las palabras de Grace. Esta, sin concederle más tiempo, se giró y comenzó a alejarse. El sonido de sus tacones fueron para Edward una señal de alarma que se fue desvaneciendo poco a poco. Para cuando alzó la vista, ella había desaparecido entre la multitud.

Capítulo 31

TAMPA, FLORIDA
2018

Lo primero que Lucy hizo al despertarse fue coger el teléfono móvil y comprobar si había recibido algún mensaje de Grace. Pero salvo unas cuantas notificaciones sin importancia, nada más resaltaba en la pantalla. No era la mejor manera de comenzar el día.

Se dejó caer de nuevo sobre la cama y trató de encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo. Habían pasado dos días desde que vio a Grace por última vez, dos días desde que le comentó que debía solucionar algunas disputas familiares.

Pensó que su vena neurótica se había apoderado de ella o, quizás, que su relación tan cercana con Grace la confundiera acerca de dónde debía detenerse y marcar límites. Ella pensaba que no era tan sencillo. Eran amigas, así lo sentía Lucy. Pero luego pensó que probablemente había construido una relación madre e hija, a raíz de sus propias carencias. Aquellos pensamientos no hacían más que incrementar su desasosiego y pensó que las cosas, tarde o temprano, siempre acababan complicándose.

Pese a que era temprano, se levantó y preparó café. Mientras bebía de su taza contemplando las escasas vistas de las que podía disfrutar a través de la ventana de su apartamento, la llamó por teléfono. No contestó, aunque minutos después le envió un mensaje en el que le pedía que no se preocupara, que pronto se pondría en contacto con ella.

Para Lucy no era tan sencillo. Había pasado demasiadas horas viendo documentales de crímenes en Netflix como para dejarlo correr. Después de todo, Grace era una anciana que se había visto involucrada en una guerra por una sustanciosa herencia. ¿Y si alguno de los sobrinos de su marido optaba por hacerla desaparecer? ¿Cuántos ancianos desaparecen a diario en Estados Unidos? Esto no la ayudaba en eso de calmarse.

¿Y si en un par de días aparecía Grace en uno de esos carteles? Sus sobrinos alegarían que estaba mal de la cabeza, la policía la buscaría durante un día o dos a lo sumo y después su nombre pasaría a engrosar la larga lista de personas que se esfumaron sin más de la faz de la tierra.

Esto provocó que Lucy le respondiera a su mensaje. Le insistió en que podía avisarle a cualquier hora. Estaba a su entera disposición. Ya

se veía testificando ante la policía.

Por si fuera poco, antes del mediodía Lucy recibió una transferencia que se correspondía a su sueldo de la última semana. «¿Dónde demonios estaría Grace?», pensó.

Era incapaz de quedarse quieta. Daba vueltas por su apartamento sin hacer nada, pensando en mil cosas, tratando de arrojar un poco de luz sobre los hechos.

—Te ha dicho que ya te llamará —se repetía, como si quisiera convencerse de no hacer ninguna estupidez—. Simplemente está ocupada. Eso no es malo.

Mientras se repetía aquel mantra, iba vistiéndose. Su yo más profundo ya había tomado la decisión de ir hasta la casa de Grace para comprobar si todo iba bien. Había bastantes probabilidades de que Grace la tomase por una pirada, pero eso de esperar no iba con ella. Así que se montó en el coche y se puso rumbo a Port Richey, convencida de que estaba haciendo lo correcto.

A medida que se acercaba a la casa de Grace, los nervios volvieron a ocupar su posición predominante. Estacionó el coche frente a la casa, pero en cuanto se bajó se quedó un rato mirando al lugar exacto donde había creído ver a su abuelo Marcus; tan real como el árbol que había allí. Se acercó y tocó suavemente el tronco con los dedos, como si se tratara de una burbuja que pudiera estallar en sus manos. Sentir la rugosidad de la corteza le hizo tener dudas acerca de lo que vio. En ese momento estaba convencida de que si hubiera estado allí cuando vio a su abuelo, lo habría podido tocar de la misma manera que estaba tocando el árbol. Entonces recordó que después de contarle a Grace lo que había pasado, fue cuando ella comenzó a comportarse de una manera extraña. Quizás era supersticiosa o había tenido alguna mala experiencia.

Se alejó del árbol sintiendo un escalofrío y fue hasta la puerta de la casa. Grace le había entregado una copia de las llaves, aunque no se sentía bien abusando de su confianza, menos después de estar dos días sin saber nada de ella. Por eso, tocó el timbre y aguardó unos segundos. Estaba al borde del colapso, acelerada. Miró a su alrededor por si algún vecino tenía algo que comentarle, pero todo estaba tranquilo y silencioso. Llamó de nuevo a la puerta y al no tener respuesta decidió dar una vuelta alrededor de la casa. La claridad del ventanal iluminaba el interior, que podía verse sin mayores problemas, pero no parecía que hubiera nadie allí. Regresó a la puerta y tocó el timbre una vez más. Nadie contestó. La puerta de la terraza estaba cerrada.

—¿Dónde te habrás metido? —susurró.

Incapaz de aceptar que el viaje hubiera sido para nada, volvió a caminar alrededor de la casa, deteniéndose en cada ventana y

analizando con ahínco el interior. Todo permanecía igual que hacía unos segundos. Sin embargo, en esa ocasión se dio cuenta de algo que llamó su atención: en el salón se encontraba la vieja bolsa de cuero que había visto días atrás en una de las habitaciones. Si realmente pertenecía a su difunto marido, ¿por qué estaba allí? Lo que le explotó la cabeza es que no estaba del todo cerrada y podía vislumbrarse algunas prendas rebosando por el borde, como si alguien las estuviera usando.

Estuvo a punto de dirigirse a la puerta y utilizar la llave. Rápidamente, pensó en excusas típicas estilo «estaba preocupada» o «un vecino había visto a alguien extraño merodear por aquí». Por suerte, consiguió convencerse de no hacer ninguna tontería.

Regresó al coche y se alejó sin más, sin un destino claro al que dirigirse. No tenía nada que hacer y algún dinero en la cuenta: ¡podía hacer cualquier cosa! Sin embargo, estaba demasiado nerviosa para centrarse. Condujo hasta el centro de Tampa y fue allí, bajo un semáforo, cuando se le ocurrió visitar a Serena. Era mediodía, por lo que Garret estaría en la escuela, Lamar trabajando y podrían hablar a solas. Por suerte, todas las variables se resolvieron a su favor. Justo cuando llegó, Serena estaba terminando de montar el castillo de Hogwarts que Grace le había comprado a su hijo por su cumpleaños.

—Lo he buscado en internet —dijo Serena mientras montaba con esmero la base de la torre principal del castillo—. Se trata de una edición de coleccionista. De los más grandes. Un montón de piezas.

—Grace es muy generosa —dijo con una sonrisa forzada.

—Este castillo ha absorbido casi cuatro días de mi vida.

—Está quedando muy bien.

—El libro de instrucciones tiene más páginas que la Biblia —insistió Serena. Lucy no pudo evitar reírse—. Ya te tocará. En fin, hablando de ella, ¿dónde está? Creía que trabajabas para Grace todos los días.

—Bajo demanda, más bien. Tiene que atender unos asuntos y me ha dado el día libre.

—¿Bajo demanda? Ahora todo es bajo demanda. Es la firma en la historia de nuestra generación. No me malinterpretes, me alegro mucho por ti. Es el resto del mundo lo que me saca de quicio.

Lucy agradeció sus palabras con una sonrisa, aunque su mirada perdida en el vacío llamó la atención de Serena.

—¿Va todo bien, Lucy? —preguntó. Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Eso creo o eso quiero creer.

Serena dejó las piezas de Lego en el suelo y se centró en Lucy.

—Te conozco mejor de lo que piensas. Cuéntamelo todo.

Lucy sabía que visitar a Serena era siempre una buena idea. Sin

perder ni un segundo, le contó todo lo que había pasado en la última semana. Necesitaba su consejo. Pese a que no se extendió mucho, la puso al día acerca de los problemas de Grace con los sobrinos, la repentina decisión de comprarse una casa y su extraña reacción a cuando le dijo que creía haber visto a su abuelo. Aparte de sentirse aliviada, el exponer todos los hechos le sirvió para aclarar sus pensamientos y terminar de convencerse de que algo anómalo estaba sucediendo.

—La verdad es que suena extraño. Te ha contratado como su conductora personal, pero, aun así, no cuenta contigo en determinadas ocasiones. No tiene mucho sentido. ¿Te ha pagado? Eso es lo más importante.

Lucy asintió.

—Esta misma mañana recibí una transferencia de su parte. El dinero no es el problema. El caso es que no comprendo por qué desaparece sin más. Tengo la sensación de que en ocasiones no quiere estar conmigo, como si quisiera ocultarme algo.

—No sé. Es como tu jefa. A mí no me afectaría mucho que mi jefa no quisiera estar conmigo.

—No es lo mismo. Hemos compartido muchas cosas. Podría decir que se ha convertido en una amiga, aunque te parezca raro.

—Si tan preocupada estás, ¿has pensado en contactar con sus sobrinos? Tal vez ellos puedan ayudarte —dijo Serena.

«¿Contactar con sus sobrinos? ¿Esos ávaros *devoraherencias*?», pensó. Hasta ese momento ni siquiera se lo había planteado. Quizás por el hecho de que, según Grace, ellos eran los malos de la historia. ¿Sería cierto o se había dejado manipular por su encanto?

—Tengo el móvil del sobrino que contactó conmigo la primera vez: un tal Dylan Foster.

Serena se impacientó.

—¿A qué estás esperando? No puedo creer que no lo hayas llamado después de todo lo que me has contado.

Lucy pensó que Serena estaba en lo cierto. En ese sentido había sido demasiado inocente. Rápidamente, buscó la conversación y llamó al número: un tono, dos tonos, tres tonos…

—No contesta.

—Inténtalo otra vez —dijo Serena. Había retomado la pared de Lego, colocando las pequeñas fichas con precisión.

Llamó de nuevo al señor Foster, pero no hubo respuesta. Aquello podía ser relevante o no significar nada.

—No ha servido de mucho —dijo decepcionada. Sin embargo, una idea vino a su cabeza—. ¡Espera! La primera vez recogí a Grace en la casa de sus sobrinos. Es posible que fuera la misma casa de Dylan Foster.

—¿Vas a ir hasta allí? —preguntó Serena. Lucy ya estaba de pie.

—¿Lo dudabas? A lo mejor ese Dylan puede explicarme qué está ocurriendo.

—Mantenme informada, ¿de acuerdo? Y por favor, Lucy, no te metas en líos. Todo esto no me da buena espina. Ya sabes que cuando hay dinero de por medio la gente es capaz de cualquier cosa. ¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario. Además, no te preocupes. Tan solo voy a ir a preguntar por Grace, por si saben algo de ella; el tema de la herencia no es asunto mío.

Serena seguía sin estar convencida.

—Envíame la ubicación en cuanto llegues, ¿de acuerdo?

A Lucy le salió una carcajada, aunque comprendía su preocupación.

—No seas exagerada, aunque lo haré si te quedas más tranquila.

Salió enseguida de la casa de Serena y se dirigió al lugar donde recogió a Grace por primera vez. En teoría no debía tener ninguna complicación. Si alguien le abría la puerta, preguntaría educadamente por Grace y trataría de no meterse en problemas. Era un plan perfecto.

Llegó allí media hora después. Detuvo el coche frente a la casa y estuvo observando durante unos minutos. Sacó el móvil y le envió la ubicación a Serena. No iba a suceder nada malo, pero no estaba de más un poco de cautela.

Se centró de nuevo en la vivienda y vio a varias personas al otro lado de la ventana. Al menos tenía la certeza de que había alguien. Sin perder más tiempo, se acercó a la puerta y tocó el timbre. Segundos después, una mujer de pelo castaño y ojos marrones, un poco mayor que ella, abrió la puerta y se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué desea? —le dijo.

—Perdona que la moleste. Solo quería hacerle una pregunta.

La mujer cerró la puerta levemente. No se fiaba de Lucy. Las dos se sentían igualmente incómodas.

—Claro —respondió con una sonrisa forzada.

—Muchas gracias. Tan solo me gustaría preguntarle si sabe algo de Grace Cooper. Soy su conductora personal y no puedo localizarla.

La mujer la miró de arriba abajo. Lucy sonreía obviando su recelo.

—¿A quién ha dicho?

—Grace Cooper.

Cerró la puerta más todavía. Su cabeza sobresalía como una cabeza flotante.

—No conozco a ninguna Grace Cooper.

Lucy no supo cómo procesar esa información.

—¿Aquí no viven sus sobrinos?

La mujer movió la cabeza con brusquedad.

—No sé quién es esa mujer a la que está buscando. Esta casa es un Airbnb. Mi familia y yo hemos venido un par de días a Tampa. ¿Hay algún problema?

La cara de desconcierto de Lucy debió incomodarla más todavía, porque la mujer se despidió, cerró la puerta y echó los cerrojos. Se dio cuenta de que debía estar observándola por la mirilla, por lo que le hizo el gesto de adiós con la mano y se alejó de allí.

Lucy no fue al coche, sino que se dirigió al banco más cercano y se dejó caer sobre él. Si antes ya le resultaba complicado saber qué estaba pasando, en ese momento sus pensamientos eran una montaña rusa que subían, bajaban, giraban y se retorcían de manera frenética. «¿Un Airbnb?», pensó. Existía la posibilidad de que los sobrinos de Grace alquilaran esa casa por alguna razón que se le escapaba, pero, de no ser así, ¿significaba que todo lo que le había contado Grace era mentira? El abanico de posibilidades era tan amplio que se sintió abrumada.

Entonces recordó que cuando recogió a Grace vio a alguien observando tras las cortinas de una de las ventanas. Pero ella tampoco le dijo nada de que hubieran alquilado esa casa. Podía ser un detalle sin importancia o una argucia por parte de sus sobrinos para engañarla y que no pudiera localizarlos después de que la ingresaran en la residencia. ¿Tenía sentido o acaso había construido esa teoría para justificar a Grace? Ni ella misma lo sabía.

Volvió al coche y le escribió un mensaje a Serena diciéndole que no había nadie en la casa y que iba a dar una vuelta. De nuevo, se vio conduciendo sin rumbo. Pensó en visitar los lugares a los que la llevó en los primeros viajes. Era consciente de que no iba a encontrar nada relevante y que posiblemente se trataba de una pérdida de tiempo, pero conducir le venía bien para pensar. Después de un par de horas, llamó a los hospitales de la ciudad, preguntando por Grace Cooper en cada uno de ellos; en ninguno constaba que hubiera sido ingresada alguien con ese nombre en las últimas cuarenta y ocho horas.

No sabía qué hacer. Simplemente condujo como un autómata hasta que le entró un poco de hambre y se dirigió a una cafetería de las afueras. Mientras tomaba un café helado y un brownie, su cabeza no paró ni un solo segundo. Analizaba cada momento que había compartido con Grace en busca de un gesto, una mirada, algo que la delatara. Era mucha información que procesar, por lo que acabó pidiéndole un papel y un bolígrafo al camarero para poder aclarar sus ideas. Gastó en el proceso dos hojas, llegando a las siguientes conclusiones:

- Grace me mintió acerca de sus sobrinos.
- También sospecho de Dylan Foster. ¿Por qué no contesta a mis llamadas?
- La bolsa de viaje. ¿De quién es realmente? ¿Por qué estaba en el salón? **INVESTIGAR.**
- ¿Qué le pasó a Grace por la cabeza cuando le conté lo del abuelo Marcus? **PREGUNTAR.**
- ¿Por qué Grace no quiere que esté presente en ciertos momentos? ¿Qué oculta?

Sin embargo, poco podía hacer si nadie le contestaba el teléfono o no hablaba directamente con ella. Valoró visitar de nuevo a su padre, aunque antes le escribió a Grace otra vez para avisarle que estaría fuera de la ciudad. Para presionarla más todavía, le comentó que quizás dormiría esa noche en la granja. Su intención era que adelantase cuándo iba a ser la próxima vez que iban a verse o que directamente le pidiese que se quedase en Tampa. Era una jugada un poco desesperada, pero pensó que no podía hacer nada más.

Esperó ansiosa a que le respondiera. Las llaves del coche bailaban entre sus dedos mientras miraba fijamente la pantalla del móvil. Por fin llegó su respuesta.

—No te preocupes, Lucy. Estoy tratando unas disputas familiares, pero todo va bien. ¡Estamos en contacto!

Su respuesta no la tranquilizó en absoluto, sino más bien todo lo contrario. Ahora que sabía que la casa de donde la había recogido la primera vez se trataba de un Airbnb, es decir, que le había mentido descaradamente, le costó creerse que fuera cierto aquello de las disputas familiares.

Lo único de lo que estaba segura era de que iba a visitar a su padre.

Capítulo 32

Los Ángeles, California
1971

Las lágrimas de Kourtney caían sobre la ropa que metía de manera apresurada en la maleta. Sin doblar, agolpada como una gigantesca bola de tela. Su orgullo, o lo que quedaba de él, también podría caber entre los calcetines, los jeans y las zapatillas; todo mezclado sin importancia o criterio alguno. ¿De verdad aquello estaba ocurriendo?

Miró de reojo a un lado y vio en el espejo la expresión triunfal del rostro de Mike Parker. Había conseguido su propósito. Grace quedaba en sus manos.

—Tardarías menos si lo metieras todo en una bolsa —dijo él mirando todo lo que sacaba del armario.

Kourtney hizo como si no lo hubiera escuchado. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Miró de nuevo al espejo. Grace estaba sentada en una silla, con un cigarrillo entre sus dedos. Mike descansaba las manos sobre sus hombros, como un custodio o más bien una alimaña dispuesta a que no se le escapara su presa, pensó Kourtney. Después de todo lo que había hecho por Grace; ¡después de todo lo que habían pasado juntas! ¿De quién era el primer vestido con el que actuó? ¿Quién pasó noches en vela con tal de tener la oportunidad de hablar con los propietarios de los clubs? Pero todo eso lo había olvidado. Lo único que le importaba a Grace era lo que Mike dijese. Sus palabras eran la verdad absoluta.

—No puedo creer que no hagas nada, Grace. No te reconozco.

Grace sonrió irónica. Parecía segura de sí misma, flamante como una reina sentada en su trono. No obstante, antes de responder, alzó la mirada levemente hacia Mike. Este asintió.

—Lo que es difícil de creer es que haya dejado aprovecharte de mí todo este tiempo.

Kourtney quiso responder, pero comprendió que era inútil. Cuando Grace le presentó a Mike, poco después de haber pasado la noche con un antiguo amigo suyo, de inmediato tuvo un mal presentimiento. Mike Parker era un productor musical que estaba de moda por haber descubierto a varios grupos prometedores y haberse llenado los bolsillos. Conoció a Grace después de verla actuar en el Golden's Heaven y desde el primer momento le dijo que debía grabar un disco. Eso fue suficiente para que ella entrase en su juego. Dos

semanas después, Kourtney los pilló acostados en la casa y al mes, Mike hacía las labores de representación que hasta ese momento había realizado Kourtney. A la joven no le importó, pues tampoco era una profesión que le apasionara. Aun así, permaneció junto a Grace, convirtiéndose más hacia una especie de asistente personal. Sin embargo, eso no fue lo que dinamitó la relación entre las dos amigas.

El paso de los años había forjado en Grace un carácter fuerte, aunque también una cabezonería que según el caso le impedía tomar decisiones correctas. Kourtney lo sabía e intentaba que valorase fríamente las distintas opciones antes de que se precipitara. Igualmente, ella miraba por su salud, se preocupaba y se enfrentaba a ella cuando creía que no estaba haciendo las cosas bien. Por ejemplo, Mike le consiguió un par de conciertos más a la semana y le facilitó unas pastillas para que pudiera seguir el ritmo. Kourtney se opuso abiertamente, pero lo único que consiguió fue que Grace la viera con desconfianza, como si ella fuera un obstáculo en su carrera hacia el éxito. Mike no tuvo que hacer mucho más para que la opinión de Kourtney se convirtiera en algo tóxico para Grace. El tiempo terminó con su relación hasta que Grace consideró que Kourtney debía marcharse cuanto antes de su vida.

—Ya la has oído. Date prisa.

—¡Vete a la mierda! —dijo Kourtney.

Mike sonrió. Estaba claro que estaba disfrutando del momento. Su primera hazaña consistió en conseguir que Grace confiara en él; la segunda, desprenderse de la única amenaza a su dominio sobre Grace.

—Grita otra vez y llamo a la policía. No lo hagas más difícil y recoge tus cosas de una puta vez.

Kourtney clavó sus ojos en él. Después miró a su amiga, suplicándole en silencio. Ella era la única que podía oponerse a aquello. Sin embargo, Grace le retiró la mirada y dio una calada con ansiedad. Kourtney comprendió que Grace no estaba del todo de acuerdo con lo que estaba ocurriendo. Quizás su deseo de grabar un disco, algo que Mike le había prometido, era para ella suficiente para traicionarla.

—Después de todo lo que hemos pasado juntas… ¿Recuerdas las noches en el Jameson?

Por un instante, la melancolía se hizo presente en Grace, pero su nuevo guardián no iba a permitirlo.

—No la escuches, Grace. Lo único que pretende es aprovecharse de ti, vivir a tu costa. Solo Dios sabe cuánto te habrá costado mantenerla a tu lado todos estos años.

Grace no dijo nada. Movió la cabeza de arriba abajo, pero resultaba complicado deducir a quién le respondía, aunque Kourtney lo interpretó como una sentencia. Cerró la maleta, la echó al suelo

bruscamente. Parecía que iba a marcharse sin más, pero se detuvo justo antes de abrir la puerta.

—Tú no eres así, Grace. Ojalá puedas encontrarme cuando te des cuenta. Puede que te perdone.

Las palabras de Kourtney llegaron a lo más profundo de Grace, pese a que su respuesta fue una tímida sonrisa que calmó las preocupaciones de Mike. Cuando se cerró la puerta y se quedaron los dos a solas, este consideró que había llegado el momento de celebrar la victoria. Hicieron el amor en el salón, entre susurros que pregonaban que Grace iba a convertirse en una gran estrella.

Mike Parker cumplió su palabra y consiguió que un sello discográfico apostara por Grace y costeara el setenta por ciento de los costes de la grabación. Mike financió la cantidad restante a cambio de royalties y derechos de representación durante los siguientes cinco años. Ella, sabiendo que iba a estar grabando sus propias canciones en poco tiempo, se desinteresó por completo de todo el papeleo y se centró en escribir. Pasó dos meses encerrada en su apartamento, escuchando música casi las veinticuatro horas del día, componiendo canciones y conformando la estructura de lo que, en un futuro cercano, iba a ser su primer disco. Su entusiasmo era suficiente para ocultar el hecho de que no sentía nada por Mike y que echaba de menos a Edward. Cuando estos pensamientos acudían a su cabeza, se limitaba a subir el volumen de la música o a beber un trago que le ayudase a diluir esa sensación incómoda que se originaba en el interior de su pecho.

La grabación comenzó a mediados de 1971. Grace tenía muy claro qué canciones quería grabar y ya las había ensayado durante innumerables horas con los músicos. Para noviembre de ese mismo año, el disco salió a la luz. *Songs of her* fue el nombre que Grace, más bien Gigi, le dio al disco: doce canciones bañadas de jazz, blues y rithym&blues, todo ello unido con su voz.

Pese a que había sido a Kourtney a quien se le había ocurrido el nombre, Grace no tuvo más motivos para buscar uno nuevo. Le gustaba y los directivos de la discográfica dieron el visto bueno.

Ya a principios de enero, *Songs of her* aparecía en la lista Billboard de los discos más vendidos, lo que terminó de convencer a la discográfica del potencial de Grace. Tras una breve campaña de marketing en la que Gigi realizó entrevistas, se cerró una gira por los Estados Unidos. La fama de Gigi estaba en pleno aumento y todos pensaban que, con suerte, se convertiría en una de las principales damas de la canción del país.

—Empezaremos dentro de tres semanas, cariño. A mediados de enero —dijo Mike, que rellenaba con ímpetu su agenda con multitud de eventos y conciertos que tenía ya programados para los próximos

meses.

Por otra parte, Grace ganaba tanto dinero que ni siquiera se fijó en que Mike se quedaba con un porcentaje elevadísimo. Estaba feliz, acariciando su sueño con las manos.

—¿Dónde es el primer concierto? —preguntó Grace.

—En San Diego. Después nos desplazaremos hasta el oeste. Si todo va bien, podríamos cerrar un concierto en Nueva York. Estoy seguro de que el Madison Square Garden se nos quedará pequeño.

Las tres semanas transcurrieron rápido. Grace comenzó la gira y antes de que pudiera darse cuenta, acumulaba más de una decena de conciertos a la espalda. Mike la convencía para aceptar presentaciones que no habían sido programadas en un primer momento. Hubo una semana en la que tuvo que actuar hasta cuatro noches recorriendo más mil de kilómetros en unos pocos días. Ella se enfrentaba al cansancio reafirmando la idea de que su sueño se estaba haciendo realidad. Recordó el Blackie Black y la leyenda de que Elvis había actuado allí cuando todavía era un desconocido. ¿Estaría en ese momento dando lugar a ese tipo de historias? ¿Estaría siendo testigo del origen de su leyenda? Una sonrisa brotaba de sus labios cuando lo pensaba.

Sin embargo, todo cambió cuando Mike le avisó de que había cerrado un concierto en Myrtle Beach, Carolina del Sur.

—Me dijiste que viviste allí cuando eras pequeña, ¿no? —dijo Mike. Grace apenas había hablado con él acerca de su pasado. Todo lo que le contó es que emigró desde Irlanda y que vivió con su abuela en Charleston antes de estar trabajando una temporada en Blackville. No le había comentado nada de la existencia de los Preston ni de que estaba casada con un hombre que le había hecho la vida imposible durante un año. Si quería dejar su pasado atrás, tenía que ignorarlo por completo. Pero, aun así, el saber que iba a regresar a Carolina del Sur, le hizo pensar de nuevo en Edward. ¿Por qué era incapaz de quitárselo de la cabeza? ¿Por qué una parte de ella se arrepentía de no haberse marchado con él?

El concierto de Myrtle Beach fue de los peores de Grace. Su voz presentaba síntomas de agotamiento y cantar un par de canciones seguidas era para ella un esfuerzo considerable. A esto debía sumarle que la cantidad de cigarrillos y tragos habían aumentado de manera exponencial las últimas semanas. Algo no iba bien. Su sonrisa era artificial, no reflejaba la realidad de lo que pasaba por su cabeza. Desde que Mike le avisara de su regreso a Carolina del Sur, la imagen de Edward se convirtió en una constante para ella. ¿Acudiría al concierto? ¿Habría escuchado el disco? Pensó también en Jimmy, pero de una manera muy lejana, casi como si se hubieran convertido en un fantasma.

Después del concierto, Mike le gritó delante de todos los músicos y le dijo que así no llegaría a nada. Grace se sintió culpable, pero no esperaba esa actitud por parte del que era su novio. Esa noche no pegó ojo, tratando de entender los sentimientos que bullían en su interior. ¿Qué estaba ocurriendo?

Su sueño siempre había sido grabar un disco y convertirse en una cantante famosa. ¿Por qué no podía disfrutar del momento? La melancolía se hizo presa de ella con el paso de las semanas, amargándola, enturbiando su rostro. Al mismo tiempo, sentía remordimientos por su propia infelicidad, lo que desembocaba en una sensación de angustia permanente que le fraguó una personalidad esquiva y sombría que para nada se correspondía con la chica que Mike había conocido. La preocupación de este fue en aumento, pues su relación con Grace era lo único que hacía que ella no corroborara los abusivos términos del contrato que habían firmado.

Mike intentaba animarla, sacarle una sonrisa, pero su buena intención se convertía en frustración cuando no conseguía su propósito. Además, él ignoraba que otro hombre empezaba a ganar protagonismo en los pensamientos de ella. Más que una despedida, el último encuentro con Edward se había convertido en la confirmación de que continuaba enamorada de él. Triunfar en la música se convirtió en algo secundario. Ya lo tenía, lo estaba viviendo, ¿era así como quería vivir? ¿En un viaje constante de escenario en escenario hasta que otra joven la relegara a actuar en las ferias de los pueblos? Todo su ser se alineó en torno a esos pensamientos tan confusos, tan alejados de la realidad que vivía por aquellos días.

—Hoy tienes buena cara.

Grace acababa de llegar a la cafetería del hotel. Esa noche actuaba en Pittsburgh, en una pequeña sala con capacidad para trescientas personas. El noreste de Estados Unidos era un público difícil para Gigi y Mike le había organizado un intenso calendario de actuaciones para tratar de incrementar su notoriedad en aquellos estados. Grace no estaba muy convencida, pero la pasividad que se había instalado en ella le había hecho aceptar sin más. Pero esto no le importó a ella en absoluto esa mañana.

—Gracias —respondió secamente.

Mike bebió lentamente de la taza de café y la dejó sobre la mesa. A primera hora de esa misma mañana había cerrado dos conciertos más en el estado de Pensilvania y tenía que conseguir la aprobación de Grace.

—¿Cómo tienes la voz para esta noche?

Grace se sirvió un poco de café. Echó un azucarillo y agitó la cucharilla antes de contestar.

—No estoy acostumbrada a este frío.

La respuesta ambigua de Grace dejó intranquilo a Mike.
—¿Quieres que avise al médico? Puede recetarte lo que necesites.
Grace movió la cabeza de un lado a otro.
—Estoy bien —respondió con un hilo de voz. Sin embargo, Mike estaba cada vez más incómodo. Percibía en la mirada de Grace algo que no podía descifrar y que, de alguna manera, le amenazaba directamente.
—Si tú lo dices. Es importante que estés en plena forma para la siguiente semana. Tenemos conciertos importantes. Son cruciales si queremos asentar tu fama en el norte del país.
Grace no reaccionó. Lentamente, sacó un cigarrillo de la cajetilla y se lo puso en los labios.
—Hoy va a ser mi último concierto. Al menos de momento —dijo la joven. Mike abrió los ojos como un loco en cuanto escuchó las palabras de Grace.
—¿Qué has dicho?
Grace expulsó el humo, que quedó como una nube blanquecina sobre sus cabezas.
—Necesito un descanso.
—¡Un descanso! —dijo Mike golpeando la mesa. Los comensales de otras mesas miraron hacia ellos—. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?
Grace no se alteró. Seguía impertérrita con el cigarrillo en sus dedos.
—Estoy cansada. Durante meses te he obedecido a ciegas, he hecho todo lo que me has pedido, pero hoy es el último día. Actuaré por respeto a los que hayan comprado las entradas para hoy, pero será el último concierto.
—Quieres joderme, ¿verdad? ¿Es que no ves que quiero ayudarte? Estás a punto de convertirte en una estrella. ¿De verdad quieres parar? ¿Lo quieres tirar todo por la borda?
—No voy a tirar nada por la borda, Mike. Necesito descansar. Así que organízalo todo.
Mike se levantó de la mesa y se acercó a Grace.
—Desayuna y da un paseo, ¿de acuerdo? Te vendrá bien un poco de aire fresco. Yo esperaré en la habitación. Ya hablaremos tranquilamente. Puede que estés un poco sugestionada o no hayas dormido bien.
—He dormido perfectamente, Mike. Anula los putos conciertos si no quieres acabar con una lista de demandas pegadas a la espalda. ¿Me has entendido?
—Estás loca. Toda esta mierda se te ha subido a la cabeza y ni siquiera eres una estrella. Falta mucho y tú quieres detenerte ahora. Así no funcionan las cosas.

Grace se quedó sola en la mesa, ajena a las miradas de curiosidad que le llegaban desde cada rincón de la cafetería. Hacía semanas que no se sentía ella misma, como si su vida se tratara de una película. Las cosas simplemente ocurrían.

Terminó con el café y se dirigió a su habitación, aunque cuando atravesó el vestíbulo del hotel optó por pasear un poco. Le jodía hacer lo que Mike le había pedido, pero prefería eso a volver a discutir con él. Su relación se había convertido en una discusión constante, en recelo y reproches. A él solo parecía importarle su carrera, que diera más conciertos, que vendiera más discos; el resto era secundario. Cuando ella le cuestionaba alguna decisión, tal y como acababa de hacer en el desayuno, él se escondía tras el hecho de que sin su ayuda jamás hubiera grabado un disco. A Grace no le quedaba más remedio que agachar la cabeza, pero ya estaba cansada. Le gustaba cantar, pero se sentía presa de su propio éxito.

Dejó atrás el hotel. El aire frío de Pittsburgh la envolvió, teniendo que abrocharse todos los botones del abrigo. Eran las diez de la mañana y el tránsito de la ciudad estaba en su cénit. Los coches recorrían avenidas atestadas. Los cláxones, el ruido de los motores y las sirenas eran la banda sonora. Grace caminó sin rumbo hasta que el frío le despertó las ganas de otro café. No tuvo que caminar mucho más antes de encontrar una cafetería. Al entrar, sintió el alivio del aire cálido. Se sentó en una mesa y pidió un café y un trozo de tarta de manzana. No tenía mucho apetito, pero le gustaba el contraste entre el dulce de la tarta y el amargor del café.

La camarera le sirvió lo pedido y la dejó sola. La cafetería no estaba muy transitada, aparte de ancianos leyendo el periódico y lo que parecía ser un hombre de negocios que hablaba enérgicamente utilizando el teléfono que había junto a los baños. «La estampa de una vida cotidiana y normal», pensó Grace. ¿Lo echaba de menos? ¿O su negativa a seguir cantando estaba relacionada con Edward?

No lo sabía. La anterior semana había contactado con un abogado de Los Ángeles para que le reorganizara sus fondos y le hiciera una previsión para los próximos dos años, tiempo que consideraba más que suficiente para reorganizar su vida.

—Has ingresado buenas cantidades el último año, por no decir que aún tienes que percibir tu parte correspondiente por las ventas del disco. Contactaré con la discográfica para que me envíen una copia del contrato y así poder calcularlo con más exactitud. Pero en términos generales, manteniendo un nivel de vida medio podríamos decir que no deberías tener apuros económicos en los próximos cinco años.

Eso era suficiente para apuntalar su decisión. De vuelta a la realidad, miró hacia el hombre enchaquetado que hablaba por

teléfono. Si Mike no se creía que ella capaz de bajarse del tren, se lo iba a demostrar.

Esperó diez minutos más y en cuanto el teléfono quedó libre fue hasta él y reservó un billete de avión con destino a Los Ángeles para el día siguiente. La gira de Gigi había llegado a su fin.

Cuando regresó a su habitación, Mike la trató con indiferencia, como si la conversación que habían mantenido en el desayuno no hubiera existido.

—Es posible que mañana también hagamos noche aquí. Te vendrá bien para descansar.

Grace se contuvo. Lo que más le irritaba de él era como daba por hecho que todo permanecía igual.

—Mañana por la noche dormiré en Los Ángeles. Ya he reservado el vuelo.

—¿Otra vez con eso? Después de todo lo que hemos conseguido. ¡Has grabado un disco, por si lo habías olvidado! ¡Y todo gracias a mí! ¿Cómo puedes ser tan desagradecida?

Grace no contestó. Tan solo se sentó sobre la cama con la mirada perdida, recapacitando acerca de su vida, mientras Mike le gritaba sin parar. Se acordó de Kourtney y las primeras lágrimas bajaron por sus mejillas. ¿Qué era lo último que le había dicho? ¿Que la perdonaría? Trataría de encontrarla cuando regresase a Los Ángeles.

—Escúchame de una puta vez —dijo Mike agarrándola de los hombros, aunque Grace lo apartó abofeteándole con todas sus fuerzas.

—No vuelvas a ponerme la mano encima. ¿Me has entendido?

Mike dio varios pasos hacia atrás y se marchó dando un portazo. Sin ellos saberlo, era la última vez que iban a hablar cara a cara. Esa noche, después del concierto, Grace se despidió de sus músicos —los cuales ignoraban sus intenciones— y se alojó en otro hotel. A primera hora se marchó hacia el aeropuerto y embarcó hacia Los Ángeles.

Capítulo 33

Esa misma tarde, al llegar a su casa, por entonces se había trasladado a una pequeña casa en Malibú, llamó a su abogado para informarle que quizás tendría que afrontar el pago de indemnizaciones por no haber cumplido su contrato. No le preocupaba demasiado. Cualquiera de los mejores locales de Los Ángeles daría lo que fuera porque ella actuara una noche.

—Has llamado en el momento idóneo. Después de insistir, he conseguido que la discográfica me enviase una copia del contrato. No sé si estabas al tanto de esto, pero casi un cincuenta por ciento de tus honorarios van para los bolsillos de Mike Parker, que si no me equivoco es tu agente, ¿no es así?

Grace cerró los ojos.

—Hijo de puta —susurró.

—¿Cómo dices?

—Nada, perdona. ¿Me has dicho que él se lleva la mitad de todo lo que gano?

Grace escuchó el sonido de las hojas al pasar.

—Así es —respondió el abogado—. Pero no te preocupes, podemos rescindir el contrato e incluso demandar a Mike. Queda a tu elección, aunque te aseguro que tienes todas las de ganar. Es un contrato abusivo donde no hay paridad entre las dos partes.

Sonaba alentador. Detestaba a Mike y la facilidad con la que la había engañado. ¿Por qué todos los hombres que atraía abusaban de ella de una manera u otra? De nuevo pensó en Kourtney y sintió una punzada de remordimiento.

—No quiero meterme en más problemas. Tan solo rescinde el contrato y llega a un acuerdo con él. Se cagará en los pantalones si le amenazas con demandarlo. Créeme.

—Así lo haré, Grace. Te avisaré en cuanto tenga novedades.

Tal y como Grace había previsto, Mike se achantó en cuanto el abogado lo amenazó con demandarlo y aceptó rescindir el contrato. A partir de entonces, gran parte de los derechos recaían en Grace, mientras que un pequeño porcentaje estaba reservado a la discográfica, lo que le aseguraba una fuente de ingresos mientras su disco continuara vendiéndose. La discográfica le insistió para que aceptara celebrar un par de conciertos al año, pero sus continuas negativas, les hicieron desistir. Le avisaron de que lo único que iba a conseguir era que el público se olvidase de ella, que perdiera la

oportunidad de asentarse en lo más alto de la industria musical del país, pero esas amenazas no surtieron ningún efecto.

Sin embargo, la repentina desaparición de Grace tuvo una consecuencia que nadie pudo prever. La discográfica no se atrevió a producir más discos debido a su actitud esquiva y el *Songs of her* se convirtió en un disco muy preciado y casi imposible de encontrar. Además, la figura de Grace adquirió cierto halo de misterio. Muchos se preguntaban por qué una chica joven con talento y en pleno auge, se retiró sin motivo aparente. Eso dio lugar a toda clase de rumores que no hicieron más que incrementar su fama como artista de culto.

A esto se sumaba sus apariciones fugaces en algunos de los mejores locales de Los Ángeles. Por regla general, se veía allí con amigos o simplemente iba sola para ver un concierto, pero, en ocasiones, se subía al escenario y los deleitaba con un par de canciones, como si fuera la dosis que necesitaba para poder regresar a su casa de Malibú, donde vivía tranquila y ajena a todo lo que significaba Gigi.

Quiso la casualidad que una de esas noches, un jueves concretamente, Grace se sentase en la barra del Golden's Heaven, justo en el mismo lugar donde vio a Edward hacía casi dos años. De vez en cuando miraba a su lado y observaba la banqueta que él había ocupado. ¿Por qué seguía en su cabeza?

—Hoy es jueves, ¿verdad? —preguntó. El camarero la miró extrañada.

—Así es, señora, aunque no falta mucho para que sea viernes.

Grace sonrió a medias por la ocurrencia del camarero.

—Jueves. Sí, fue un jueves.

El camarero no supo qué responder y creyendo que estaba borracha, se alejó un poco para no tener que darle conversación.

—*Oh, Thursday love and the last time I saw you, Oh, Thursday love…* —comenzó a canturrear Grace y algo cambió en su interior. Avisó al camarero y le pidió que llamara un taxi.

Una vez llegó a casa, se sirvió una copa de whisky y se sentó al piano.

—*Oh, Thursday love, I will always wait for you…*

Había compuesto muchas canciones, de las cuales solo unas pocas habían salido a la luz en su disco, pero lo que estaba experimentando esa noche era completamente diferente. La música emanaba de su interior y la hacía sentirse mejor. La letra, la melodía, todo estaba compuesto de tal forma que cuando escuchaba la canción sentía un derroche de esperanza que la hacía sentirse más viva que nunca.

—*In the same place; I will there.*

Cuando cantaba la letra, la cual había surgido de su interior como una voz propia que hubiera estado silenciada durante mucho tiempo,

estaba convencida de que iba dirigida a una persona muy especial. Cuando Edward escuchara esa canción sabría que ella lo seguía esperando y que su amor por él continuaba intacto. ¿Era posible o quizás era todo fruto de las copas de más? No le importaba. Para ella todo tenía sentido.

Consciente de que sus capacidades estaban mermadas por el alcohol, se aseguró de grabar varias versiones de la canción para poder escucharlas al día siguiente. Sin embargo, cuando se despertó, recordaba cada nota y empezó a trabajar de nuevo en la canción. Pasó los siguientes cuatro días haciendo arreglos, corrigiendo la letra y ajustando la música con el piano antes de realizar la última grabación, la que le presentaría a la discográfica. Ellos le habían insistido para que no abandonara su carrera, por lo que estaba segura de que le apoyarían.

—¿Cómo se llama la canción? —preguntó uno de los mandamases de la discográfica, Matthew Lewis. Acaba de escuchar la canción grabada.

—*Thursday's Love* —contestó Grace.

Matthew asintió, pero parecía confuso.

—Bien. Tráeme nueve canciones más e iniciaremos las negociaciones para sacar un nuevo disco.

Grace frunció el ceño.

—No quiero sacar otro disco. Lo que quiero es grabar esta canción. Es buena y sé que estará en lo más alto de las listas.

—¿Publicar un *single*? ¿Solo una canción? ¿Te has vuelto loca? Es un disparate. No vamos a gastar ni un solo dólar en esa idea absurda.

Grace respiró hondo antes de contestar. Había valorado todas las opciones y se había preparado para ello.

—¿Y si yo asumo los costes de la grabación?

—¿Asumir tú los costes?

—Ya te he dicho que no es mucho. Tan solo necesito un pianista y un técnico para depurar. Es una canción cruda. No necesita más.

El director recapacitó acerca de la oferta mientras giraba de un lado a otro con su sillón.

—¿Los costes de distribución?

—Joder, Matthew, no me lo estás poniendo nada fácil.

—Pues estoy mirando por ti también, aunque no lo parezca. ¿No puedes traerme dos o tres canciones más?

Grace movió la cabeza de un lado a otro.

—Es esta o ninguna.

Matthew suspiró. Grace era un diamante en bruto, pero también era muy difícil de manejar.

—Está bien. Tú la grabación y nosotros nos hacemos cargo de la distribución.

Se dieron la mano y *Thursday's Love* se lanzó un mes después, alcanzando rápidamente las primeras posiciones de las listas de las canciones más escuchadas. La nueva canción publicada por Gigi fue muy bien recibida e incrementó más todavía su fama de artista irreverente y única.

Sin embargo, eso era lo que menos le importaba a ella. La letra de la canción no dejaba lugar a dudas. En ella, Grace le hablaba al hombre con el que había coincidido un jueves por la noche en la barra de un bar, viviendo después una noche de amor que quedó para siempre en su recuerdo, rememorando un pasado que los dividió. En el estribillo de la canción, Grace repetía una y otra vez que lo estaría esperando todos los jueves en el mismo sitio. Aunque parecía la idea propia de un niño de cinco o seis años, Grace confiaba en que Edward escuchara la canción, se diera por aludido y apareciera en el Golden's Heaven un jueves por la noche. Ella lo estaría esperando.

Así, cada jueves, después de cenar, Grace iba hasta el Golden's Heaven y se sentaba en el mismo sitio en el que se sentó cuando estuvo con Edward la última vez. Allí solía esperar, bebiendo, pero sin embriagarse, al menos hasta las dos o tres de la madrugada, momento a partir del cual aceptaba resignada a que debía esperar hasta el próximo jueves.

Transcurrieron cuatro semanas más y el verano comenzó a retroceder ante la llegada del otoño, aunque en Los Ángeles no era más que una versión descafeinada de la primavera. En ese intervalo, *Thursday's Love* permaneció en lo más alto de las listas, lo que incrementaba, según Grace, las posibilidades de que Edward la escuchase. Aunque eso no le garantizaba que él fuera a cruzar el país para reencontrarse con ella.

No obstante, no desistió. Cada jueves, a eso de las diez de la noche, Grace entraba al Golden's Heaven y esperaba pacientemente.

—¿Lo de siempre? —preguntó el camarero. Ella le guiñó el ojo y se sentó en la misma butaca en la que se venía sentando los últimos meses. Mientras le servía la copa, Grace se encendió un cigarrillo. En el escenario actuaba un grupo al que nunca había visto y al que estaba segura de que no volvería a ver. Los sesenta habían quedado atrás y con ellos la música se había quedado huérfana: Jim Morrison, Janis Joplin, Jimi Hendrix… ¿Qué demonios había pasado? Muchos de los hippies que antes tomaban el sol en Venice Beach se habían convertido en descerebrados que malvivían pidiendo limosna a los turistas. El mundo estaba cambiando, se respiraba en el ambiente. El camarero le puso un Martini justo delante y ella le dedicó una media sonrisa, pero pronto volvió a ponerse seria.

Perdida en esos pensamientos, no se fijó en que alguien se sentó en la butaca que tenía justo al lado. Por un momento pensó decirle

que el sitio estaba ocupado, pero lo consideró ridículo y no levantó la vista del cenicero, donde la mantenía fija desde hacía un buen rato.

—Así que era cierto.

Grace se giró rápidamente. Edward estaba a su lado.

—¡Edward! —dijo ella tirándose a sus brazos y abrazándolo con todas sus fuerzas.

—No ha pasado un solo día que no haya pensado en ti —dijo Grace.

—Yo puedo decir lo mismo.

Se fundieron en un beso desesperado.

—No quiero volver a separarme de ti —dijo ella. Sin embargo, cuando fue consciente de sus palabras, se preguntó si podría vivir cerca de Julia o de Jimmy. En ese aspecto, sus sentimientos le habían impedido pensar con claridad.

—No. El tiempo de vivir separados ha quedado atrás —dijo él sujetándole el rostro con suavidad, maravillándose con la profundidad de sus ojos. Esta vez nada podría separarlos.

Grace cogió su copa y fueron hasta un pequeño reservado donde podrían conversar tranquilamente. Tenían que hablar.

—¿Cómo se te ocurrió lo de la canción? —preguntó Edward. Grace se azoró.

—No sé. Es ridículo, lo sé, pero sabía que la escucharías. No podía obligarte a volver ni a ponerme en contacto contigo porque no sabía si habías rehecho tu vida. No hubiera sido justo.

Edward la observaba totalmente maravillado.

—Desde el primer momento que escuché la canción supe que iba dirigida a mí, pero me faltó valor para venir; esa es la verdad. Pero eso ya no importa, ¿cómo estás?

Él se había fijado en que ella estaba más delgada y con unas leves ojeras bajo su rostro.

—No puedo quejarme, pero, aunque me cueste asimilarlo, estoy cansada de esta vida. Creía que sería feliz y que estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de convertirme en una gran estrella, pero no es así. Te echo de menos. Quiero… formar una familia, Edward.

Edward asintió. Estaba contento, pero al mismo tiempo expresaba una evidente preocupación.

—Mi situación no ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. No puedo alejarme de mi madre. Me necesita.

Grace respiró hondo. La imagen del cuerpo de Richard Preston sin vida le estremeció. Por fortuna, Edward continuó:

—Si te sirve de consuelo, no vivo en Blackville, sino en Columbia. Además, mi madre no te aceptó en su día y dudo que lo haga ahora. Ella no está bien.

Grace frunció el ceño.

—¿Qué le ocurre?

—No sabría cómo explicarte. Se aprovecharon de ella, la engañaron y perdió gran parte de la herencia que recibió de mi padre. Lo más increíble de todo es que mi madre se negó a colaborar con la policía, por lo que no sabemos quién se ha llevado ese dinero. Por eso no puedo alejarme demasiado. Aún vive en Blackville, acompañada de Dorothy, Quinn y los gemelos, ¿los recuerdas? Les debo mucho.

—¿Y Jimmy? —preguntó Grace. Edward la miró extrañado y levemente confundido.

—¿No lo sabes?

—¿A qué te refieres?

Edward cogió aire.

—No se sabe de él desde hace un año aproximadamente. Sospecho que tiene que ver con el dinero que desapareció, pues las fechas cuadran, pero no tengo más pruebas que mis palabras. Mi madre lo niega. Todavía hoy repite una y otra vez que Jimmy es inocente.

«Había sido él», pensó Grace. No le hacía falta nada más para saber que su todavía marido había estado detrás.

—Huyó con el dinero. No es una teoría tan disparatada —dijo Grace. Sintió una incomodidad repentina al saber que Jimmy estaba por ahí, en algún rincón del país. Todavía le ocasionaba terror.

—Es posible. Pero sin pruebas, ya sabes, la policía está atada de pies y manos.

Edward hablaba mientras acariciaba el filo redondeado de la copa.

—Por mi parte hice mis pesquisas. Contraté un detective privado, aunque no averiguó mucho. Tiempo después me llegaron rumores de que Jimmy falleció en un accidente de tráfico.

Las palabras de Edward fueron un antes y un después para Grace. ¿Jimmy había fallecido? Eso lo cambiaba todo.

—¿De verdad? —preguntó Grace con la emoción impropia de una viuda que acaba de tener noticia de la muerte del hombre con el que estuvo casada. Edward se sorprendió, aunque no estaba al tanto de todo lo que Grace tuvo que soportar, razón por la que ella no le dio importancia.

—Eso parece. No se te ve muy afectada.

Grace sonrió.

—No lo estoy, Edward. Jamás sentí nada por él. Borraría esos meses de mi memoria si pudiera. Pero no hablemos más de eso. Lo que importa es el presente y el presente somos nosotros.

A diferencia de la última vez, Edward pasó dos días en Los Ángeles. Ambos sabían que era el encuentro definitivo, la ocasión para emprender esa vida juntos que ansiaban desde sus días en

Orangeburg. Vivieron un idilio de amor, una luna de miel postergada cuyo final no se preveía amargo. Aun así, Grace se preguntaba si sería capaz de dar el siguiente paso. Su vida como cantante, pese a haber sido relativamente exitosa, no terminaba de llenarla. Su deseo de formar una familia y de compartir su futuro con el hombre que amaba superaba sus demás aspiraciones.

—¿Estás segura, Grace? —preguntó Edward cuando hablaron acerca del futuro, el día antes de que este tuviera que regresar a Columbia. Ella comprendía la responsabilidad con la que Edward cargaba a sus espaldas, pero, pese a que Julia no estuviera en condiciones de imponer su voluntad, lo ocurrido, el oscuro secreto que ambas compartían seguía atormentándola.

—¿Crees que tu madre lo aceptará? Ya sabes que nuestra relación no terminó de la mejor manera.

—Poco me importa lo que opine mi madre de ti —dijo él.

Grace cogió aire y pensó que ella todavía era capaz de separarlos una vez más, aun a costa de su propia libertad. Lo único positivo era la desaparición de Jimmy, al que consideraba un hombre desequilibrado y sin escrúpulos. Él sería capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Te lo agradezco, Edward, pero sigue siendo tu madre.

Él se mostró tranquilo, como si ya hubiera pensado qué hacer al respecto.

—Te quiero, Grace. Eso es lo más importante. En cuanto a nosotros, nos instalaríamos en Columbia, lejos de Blackville. Mi madre no sale de casa y dudo mucho que quiera visitarnos cuando sepa de nuestro reencuentro. No lo hará, te lo garantizo.

Grace sonrió, aunque el desasosiego imperaba en su interior. Amaba a Edward, deseaba marcharse con él y debía decidir si tomaba ese riesgo o, por el contrario, se quedaba en Los Ángeles. Había valorado una relación a distancia, aunque ella tampoco quería relegar su vida juntos a un par de días a la semana.

—¿En qué trabajaré en Columbia? —preguntó ella. Edward estalló de felicidad y la abrazó con todas sus fuerzas. La pregunta de Grace había dejado claro su decisión.

—Puedes hacer cualquier cosa, Grace. Incluso seguir en la música. Tienes mucho talento.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No es lo que más me apetece en este momento —dijo pensativa —. Pero creo que extrañaré el mar, podría ser que pasemos algunas temporadas en la playa.

Él le sonrió y la besó una vez más. De esa forma supieron que anhelaban lo mismo.

—Me parece una gran idea, cuando estemos instalados, podremos

ver alguna casa en la costa a la que podamos escapar de vez en cuando.

Edward regresó a Columbia al día siguiente mientras que Grace se quedó algunos días más en Los Ángeles para organizar su marcha. Le comunicó a Matthew Lewis su retiro temporal de la música y este intentó convencerla de lo contrario durante veinte minutos. Lo único que consiguió fue que Grace le firmara un documento por el cual se comprometía a contactar con él en el caso de que decidiese volver a los escenarios. A ella no le importó, pues estaba convencida de que su carrera musical había finalizado. Por último, puso fin al contrato de alquiler y vendió todo aquello que no quería llevar consigo.

Una semana después, por fin pudo contactar con Kourtney, aunque esta solo quiso hablar por teléfono con ella. Grace le pidió perdón y le dijo que ojalá en el futuro volvieran a encontrarse, ya que había sido como una hermana para ella. Kourtney le respondió que algún día, cuando doliera menos.

Finalmente, cuando puso sus pies en el aeropuerto, tan solo llevaba consigo dos maletas. Gigi había quedado atrás e iría desvaneciéndose a medida que la gente se fuera olvidando de ella.

Cuando el avión despegó, ella contempló la ciudad de Los Ángeles y rompió a llorar. Pese a todo, estaba feliz.

Capítulo 34

Wesley Chapel, Florida
2018.

Cuando Lucy se adentró en la finca de su familia, encontró a su padre a un lado de la casa, atareado con quitar las malas hierbas que amenazaban con convertir el lugar en una frondosa selva. En cuanto la vio, se incorporó y frunció el ceño.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó cuando confirmó que era Lucy quien conducía el coche.

—No te quejarás.

—A decir verdad, estoy sorprendido. ¿Te encuentras bien, Lu? No es muy normal que me visites tan seguido.

—Perfectamente —respondió Lucy con una sonrisa—. Tengo el día libre.

—¿Otra vez? Menudo chollo tienes con esa mujer.

Lucy disimuló el efecto que sus palabras causaron en ella. Estaba preocupada por Grace, pero no podía hacer más.

—No me quejo. ¿Qué haces? —dijo acercándose lentamente. Sus tobillos estaban acomodados al suelo firme de la ciudad y tuvo que mantener el equilibrio para no caerse en un par de ocasiones.

—Estaba quitando estos matojos. Siempre digo: mañana lo haré. Así pueden pasar semanas —respondió mientras se secaba el sudor de la frente.

—¿Te echo una mano?

—Déjalo. Iba a parar dentro de poco. Hace demasiado calor.

No les hizo falta decir nada más para saber a dónde dirigirse. En silencio, caminaron hasta el porche y se dejaron caer en sus respectivos sitios. El ambiente seguía siendo agobiante, pero al menos corría una sutil brisa.

—¿Cómo va míster simpático? —preguntó Lucy.

Pese a su delicada situación, su otro abuelo había levantado con el paso de los años un muro infranqueable que la empatía no podía salvar. Estaba enfermo y seguramente afectado por la pérdida de su único amigo, Marcus, pero eso no podía borrar años de desplantes, regañinas y aislamiento. Él le había dado la espalda al mundo; él había decidido vivir así.

—Ayer me dio los buenos días.

—¿De verdad?

Leroy se rio.

—Te lo prometo, aunque tampoco fue a más. Estoy seguro de que echa de menos al abuelo. Después de todo, mi papá era el que cuidaba de él…

—Y el único con el que hablaba —añadió Lucy.

—En eso también tienes razón. Sé que si no estuviera enfermo ya me habría enviado a la mierda, pero no le queda más remedio que soportarme. Precisamente, tengo que llevarle el almuerzo dentro de media hora.

—Puedo llevárselo yo, si quieres.

Su padre rechazó la oferta.

—Será mejor no alterarlo. Suficiente trabajo le costó que yo me encargara de cuidarlo cuando mi padre se puso enfermo. Las personas mayores son así. Tienen sus costumbres y no aceptan que cambien por nada del mundo.

Lucy pensó en Grace y trató de adivinar cuáles serían sus costumbres.

—Está claro que no conoces a Grace.

—¿A quién? —dijo su padre.

—La anciana que me ha contratado. Es una mujer muy peculiar… quizás demasiado.

—¿Puedes explicarme eso de «demasiado peculiar»?

—Pues que es diferente —explicó Lucy sabiendo que sus palabras no le iban a ser de mucha ayuda—. Tiene mucha energía y siempre se trae asuntos entre manos.

Leroy asintió.

—Deberías traerla a la granja un día. La llevaste al cumpleaños del pequeño Garret, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé hace poco con Serena —dijo su padre, esquivando la mirada de desconfianza que Lucy le lanzaba. ¿Serena y su padre hablando por teléfono? Podía suponer cuál había sido el tema principal de conversación.

—No me digas más —exclamó Lucy. Leroy lo pilló al vuelo.

—Oh, vamos, solo estamos preocupados por ti. Los dos coincidimos en que estás un poco…

—¿Un poco qué? —lo interrumpió.

—Un poco cambiada.

Lucy sabía que se avecinaba el golpe. La sutileza de su padre tenía un límite.

—Solo quiero saber si estás sufriendo por Adam. Puedes hablar conmigo si lo necesitas.

—¡Por el amor de Dios, papá! No me pasa nada y no, repito, no estoy sufriendo por Adam.

—¿Estás segura?

—¿Es que ahora no me crees?

—Claro que sí, hija.

Lucy empezaba a preocuparse del hecho de que varias personas estuvieran convencidas de que su ruptura con Adam había supuesto una hecatombe en su vida. ¿Acaso todos veían algo que para ella pasaba inadvertido? Sin embargo, y pese a que fuera así, no estaba dispuesta a discutirlo con su padre.

—Lo único que me ocurre es que estoy preocupada por Grace. Hemos congeniado desde el primer momento y creo que no está pasando por un buen momento.

Lucy sonrió, había conseguido el objetivo de cambiar la conversación. Su padre la miró desconcertado y no le quedó más remedio que variar el tema.

—¿A qué te refieres?

—Grace me contó que tenía problemas con los sobrinos de su difunto marido. Problemas de herencia, ya sabes.

—Problemas de ricos, más bien. No creo que nadie se pelee por estas tierras —afirmó mirando a su alrededor y no desprovisto de ironía.

—La cuestión es que sus sobrinos intentaron ya internarla en una residencia y me preocupa que lo estén haciendo otra vez. No sé hasta qué punto eso es legal o si pueden obligarla.

Leroy cruzó los brazos.

—No creo que se pueda encerrar a nadie en contra de su voluntad. Al menos mientras esté en sus cabales, claro.

—Te aseguro que lo está. Ya quisiera llegar a su edad y estar tan lúcida como ella.

Lucy le contó sus vivencias con Grace, especialmente la manera en la que hostigó al agente inmobiliario para conseguir el mejor precio posible. Pese a que su intención era recalcar la inteligencia de Grace, su padre se quedó con otro detalle.

—¿Dices que decidió comprar una casa de un día para otro?

—Así es.

—Eso es muy raro, Lucy. Y más cuando está metida en problemas legales con la herencia de su difunto marido. ¿De verdad no lo ves?

Esa perspectiva no dejaba a Grace en muy buena posición. Junto con lo que Lucy había descubierto las últimas horas, justificar su actitud le resultaba cada vez más complicado.

Por suerte, Leroy puso fin a la conversación. Debía preparar y llevar la comida al vecino, por lo que se vio sola durante unos minutos. Entró en casa y la recorrió sin motivo alguno, casi como si pretendiera saludar a las paredes, a las puertas y a los cuadros. Recordó con nostalgia cuando era pequeña y aquella casa le parecía un castillo, un lugar mágico por el que pasear y donde encontraba

sonrisas por doquier. Pasó frente a la puerta que conducía al sótano y experimentó un atisbo del miedo que sentía cuando la puerta estaba abierta y solo podía verse las escaleras hundirse en la oscuridad, como si estuviesen siendo devoradas por un monstruo. De repente, sintió la necesidad de enfrentarse a aquel miedo de su infancia y abrió la puerta, quedándose frente a la misma oscuridad que años atrás había protagonizado muchas de sus pesadillas.

Tan solo cinco peldaños de la escalera llegaban a verse antes de la que oscuridad lo aplanase todo. Respiró hondo y bajó un par de ellos. Eran más pequeños de lo que recordaba.

Allí estaba Lucy, a las puertas de un universo oscuro y desconocido, hábitat de monstruos y seres terroríficos que habían sido diseñados exclusivamente para atormentarla. Aquel pensamiento le sacó una carcajada, aunque no tardó mucho en alzar la mano y accionar el interruptor. El sótano se iluminó al instante. Los monstruos se transformaron en estanterías, muebles antiguos y cajas que contenían muchas de las cosas de los abuelos de Lucy, de las que Leroy no había querido desprenderse, sobre todo recuerdos de la abuela Dorothy a la que Lucy solo conoció por fotos y por las historias que su abuelo Marcus contaba.

Caminó hacia unas fotos de ella que estaban dentro de una caja. Se notaba que eran cosas de su abuelo Marcus, que se habían guardado recientemente, porque apenas había polvo acumulado sobre las cajas. Miró un cuadro donde aparecía su abuelo Marcus con Leroy en brazos. El padre de Lucy no superaba los dos años por entonces. Tras ellos se veía un descampado que seguramente eran esas mismas tierras cuando recién llegaron.

Una sonrisa tierna surgió en los labios de Lucy.

Avanzó un par de pasos y vio que había de todo. Desde ropa a libros, discos de vinilo, pósteres, cañas de pescar… Un bazar de recuerdos era la expresión que mejor se ajustaba al sótano.

Como si se encontrara en un museo, lo observó todo por encima con las manos en los bolsillos, sin querer tocar nada.

—¿Qué haces ahí abajo? —preguntó Leroy desde la puerta

—¡Qué susto! —gritó Lucy afirmándose en una caja. Su padre se reía a carcajadas.

—No era mi intención, Lu —dijo mientras bajaba los primeros peldaños.

—¿Ya le has llevado la comida? —Su padre asintió.

—Se estaba echando una siesta. La he dejado en la mesa y me he marchado. No tiene buen despertar.

Lucy sonrió por sus palabras.

—¿Todas estas cosas son de los abuelos? —preguntó.

—En gran parte.

—¿De mi madre no hay nada?

Su pregunta lo pilló por sorpresa. Lucy advirtió un gesto de reproche que rápidamente transformó en una mueca.

—Puede que algo de ropa, pero nada más.

Lucy no dijo nada. Tan solo se giró hacia las cajas. Había una en cuyo exterior estaba pintada la palabra: FRÁGIL. SIEMPRE ARRIBA. Sin saber por qué esa caja le llamó la atención.

—¿Qué hay ahí?

Leroy se acercó a la caja y la agitó levemente.

—Seguramente sean discos de vinilo de la época de tus abuelos.

—¿Puedo abrirla?

—No me tienes que pedir permiso, Lu. Son tan tuyos como míos.

Le dedicó una sonrisa y retiró la cinta que mantenía la caja cerrada.

Al retirar las solapas, se encontró con una docena de discos de grupos de los que jamás había oído hablar o cuyas portadas estaban irreconocibles. También había un disco titulado *Songs of Her*, de una artista que recibía el nombre de Gigi. La cubierta de cartón no había envejecido bien y estaba prácticamente desecha. En ese momento recordó cuando Grace en el karaoke pidió cantar una canción de una tal *Gigi* o *Mimi* o algo parecido. Quizás por eso en ese momento le resultó familiar.

—¿Alguna vez he escuchado este disco? —le preguntó a su padre.

—Puede ser. Mis padres ponían música de vez en cuando. Así que sí, lo habrás oído, aunque no lo recuerdes. A mí no me va mucho la música, ya sabes.

—¿Sigue funcionando el viejo tocadiscos?

—Lo sabremos cuando lo pruebes. No sé cuándo fue la última vez que se utilizó.

Lucy subió con el disco de Gigi en sus manos. Cuando llegó al salón, lo sacó con mucho cuidado, ya que la cubierta de cartón se deshacía en sus dedos.

—¿Cómo funciona esto?

Leroy movió la cabeza de un lado a otro.

—Levanta la aguja. Ahora pon el disco y coloca la aguja en el exterior. En esos surcos tan finos —le explicó.

Lucy era de la generación de Spotify o, como mucho, de los CD. Por lo que siguió sus instrucciones y él presionó el botón de encendido con un miedo real a que ese aparato estallase por los aires. El disco comenzó a girar como si se tratara de una pizza.

—No suena nada —dijo Lucy al cabo de unos segundos.

—Un poco de calma.

Al poco comenzó a sonar teclas de un piano, una melodía impregnada por el paso del tiempo. Luego de una larga introducción

comenzó la voz a cantar y Lucy se sorprendió de lo que había escuchado. Lo que le llamó la atención fue la voz de esa tal Gigi.

—¡Funciona! —exclamó su padre, quien estaba esperando la emoción de Lucy, pero lo que encontró fue su rostro pálido como la pared—. ¿Qué te ocurre?

—¿Puedes subir el volumen? —dijo.

Su padre encogió los hombros y subió el volumen.

—Más.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Súbelo!

Necesitaba asegurarse, pese a que con las primeras estrofas de la canción le había quedado claro que la voz de Gigi era la misma que la de Grace. Había muchos años entre una y otra, estaba claro, pero era la misma voz; la misma persona. Durante diez minutos, la voz de Grace —alias Gigi— tronó en la casa debido al exorbitado volumen con el que quería escucharla.

—¡Creo que ya es suficiente! —gritó Leroy bajando el volumen. Lucy lo miró como si hubiera cometido un sacrilegio—. ¿Qué está pasando?

Lucy no se veía capaz de explicárselo todo. Dese luego no era fácil. Ser una actriz de doblaje requiere conocer todos los entresijos de la voz, las tonalidades, las distintas maneras de respirar y un sinfín de detalles más. Por eso no tenía dudas de que Gigi era en realidad Grace; lo que explicaba que pidiera una canción suya en el karaoke o que cantara como una profesional. ¡Grace era una profesional! Se trataba de una mentira más que añadir a lo que le había contado hasta el momento. ¿Por qué no le dijo que en su día grabó un disco?

—Tengo que tomar el aire —dijo Lucy sin más.

—Me tienes muy preocupado —exclamó su padre siguiéndola muy de cerca—. ¿No vas a contarme qué está pasando?

—No está pasando nada.

—Sí, claro.

Eso de salir no había sido tan buena idea. Al abrir la puerta la recibió una masa de aire caliente que la hizo sudar a los pocos segundos. Pero no le importaba. Estaba demasiado alterada como para preocuparse por estupideces. ¿Grace había sido cantante?

—Lucy, por favor…

—Sé que estás preocupado, papá, pero necesito un par de minutos, ¿de acuerdo? Solo eso. En cuanto me calme un poco te lo contaré todo —dijo antes de alejarse y dejarlo con la palabra en la boca.

Caminó apresurada para salir de ahí lo más rápido posible y recapacitar acerca de su último descubrimiento. Fue entonces cuando se fijó en que su otro abuelo, al que nunca veía, estaba asomado

parado en la puerta de su casa. Lo primero que pensó fue que iba a regañarla por poner la música tan alta. Era lo único que sabía hacer, reprenderlos a todas horas. Pero cuando se fijó en él, se quedó de piedra: ¡estaba llorando! Nunca lo había visto llorar, pese a que nunca tuvo una relación con él como con su abuelo Marcus, se preocupó.

Marcus había sido un abuelo ejemplar que le brindó todo su cariño. Pero su otro abuelo, Edward, jamás hizo eso ni nada remotamente parecido. Apenas salía de su casa, vivía amargado y amargaba la vida a todos los que tenía a su alrededor. Vivía esperando la muerte, aunque ni esta parecía querer llevárselo consigo.

Ese era Edward Preston; el mismo que cerró la puerta entre lágrimas.

Sin darse cuenta, Lucy estaba corriendo como una loca hacia su casa. Quería conocer el motivo de esas lágrimas.

Capítulo 35

COLUMBIA, CAROLINA DEL SUR
1973

Grace apoyó las manos en el lavabo y respiró profundamente. Algunos mechones de su cabello estaban pegados a su frente. Cerró los ojos y trató de serenarse. Su estómago era un volcán en erupción.

—¿Estás bien? —La voz de Edward sonó desde el otro lado de la puerta. Ella no deseaba nada más que mandarlo a la mierda. Por suerte, respiró hondo antes de contestar.

—Todo controlado —dijo ella rápidamente, procurando que sus palabras no la hicieran vomitar de nuevo. Le dolía todo el cuerpo y tenía la sensación de que su garganta se había convertido en un desfiladero de ácido corrosivo. Quizás eso estaba relacionado con el hecho de que llevaba vomitando sin parar las últimas tres semanas.

—¿Quieres que vayamos al médico? —insistió Edward. Ella apretó sus manos hasta el límite de sus fuerzas, como si pretendiera arrancar un pedazo de la piedra del lavabo. Agradeció haber cerrado la puerta con pestillo.

—No es necesario.

—Pero, Grace, no puedes seguir así.

—¡Ya lo sé, joder! ¿Te crees que estoy disfrutando? ¡Déjame en paz!

Edward se apartó de la puerta y se alejó sin decir nada. La experiencia le había enseñado que no había que llevar a Grace hasta el límite, pues las consecuencias podían ser impredecibles. Se encontraba en el tercer mes de embarazo. Las náuseas y los cambios hormonales afectaban a su personalidad de tal grado que Edward desconocía qué versión de Grace se iba a encontrar; aunque había podido prever ciertos momentos de su ánimo. Por ejemplo, cuando sufría náuseas constantes, debía alejarse de ella, pero no tanto como para que ella pudiera reprocharle que la estaba ignorando. Cuando se despertaba en ella un apetito voraz era señal de que todo iría bien. La Grace risueña, cariñosa y radiante regresaba en todo su esplendor, aunque esto desembocaba en bastantes ocasiones en la primera Grace. Después estaba la Grace somnolienta, que echaba las cortinas, apagaba las luces y dormía durante tardes enteras.

No obstante, a partir del quinto mes, Grace fue dejando atrás las náuseas y pudo disfrutar más del embarazo. Su barriga abultaba cada día más y los movimientos de la criatura le producían una emoción

que jamás había experimentado.

—No puedo creer que dentro de unos pocos meses lo tengamos en nuestros brazos.

—¿Por qué estás convencida de que va a ser niño? —preguntó Edward. Paseaban por Riverfront park, bajo el agradable sol del mediodía. Grace echaba de menos la temperatura de Los Ángeles y el fervor que se respiraba en la ciudad. Columbia era muy distinta. El tiempo parecía discurrir más lento y Blackville estaba incómodamente cerca.

—¿Tú no quieres que sea niño?

—No me importaría tener a una pequeña Grace. Sería el hombre más feliz del mundo si tuviera dos Grace.

Ella se rio.

—Pues tengo el presentimiento de que no va a ser así.

—Ya lo veremos —dijo Edward.

La vida le sonreía una vez más. Un esplendoroso amanecer que hacía de su futuro un sueño por realizar, un lienzo en blanco que esperaba que se plasmara en él la obra más bella del mundo. Eso era lo que sentía Grace cuando pasaba sus manos por su barriga, cada vez más redondeada. Dejar Los Ángeles había sido una decisión acertada.

A su llegada a Columbia tuvo que acostumbrarse a un estilo de vida radicalmente distinto del que llevaba. Dejó de beber, redujo significativamente la cantidad de cigarrillos que fumaba, hasta que lo dejó definitivamente cuando se quedó embarazada y se adecuó a un horario más sano. Para Grace fue fundamental la relación con Edward, la cual vivieron intensamente durante los primeros meses en Columbia. Por fin, estaban juntos sin miedo a que llegara la hora de la despedida. No tenían que esconderse ni pensar en qué sería de ellos al día siguiente.

En cuanto a Julia, Edward le comunicó la noticia semanas después de que Grace se instalara con él. Como cabía esperar, se tomó mal la noticia, pero a diferencia de lo que esperaba su hijo, no le gritó ni le reprendió por su decisión. Julia se había convertido en una mujer huraña, callada, como una reina que hubiera sido despojada de todo su poder y herida en su orgullo, se refugiara en su silencio para sufrir pacientemente hasta la hora de su muerte. Por otra parte, ella vivía recluida por voluntad propia en la residencia de Blackville, donde aguardaba el regreso de Jimmy, convencida de que su repentina desaparición no era más que una jugada de su joven amante para asegurarse un futuro juntos. Esto último, lo mantenía en riguroso secreto. Tan solo Grace se aventuraba a imaginar lo que pasaba por la cabeza de su suegra después de que Edward le pusiera al día de su estado o comentara lo poco que había hablado con ella. Sin embargo, la actitud de Julia tranquilizó a Grace en lo referente a la muerte de

Richard. Todo indicaba que aquel momento oscuro de su vida se había quedado en el pasado.



Edward asintió con una mueca tensa. El intento de la enfermera por tranquilizarlo no había funcionado.

—Su esposa está en buenas manos, no se preocupe —dijo la enfermera. Edward estaba tan alterado que pensó en decirle que Grace aún no era su esposa, pues no habían llegado a casarse, pero no lo consideró necesario.

—¿Y el bebé?

La enfermera le sonrió.

—También está bien. Por favor, mantenga la calma. Dentro de poco podrá verlos a los dos. Enseguida le avisaré.

Edward se dejó caer sobre la silla de la sala de espera y hundió el rostro en sus manos. Todas sus preocupaciones se hubieran esfumado de saber que, en ese preciso momento, Grace sostenía a la pequeña Rita entre sus brazos. Pese a las dificultades previstas para el parto, todo había transcurrido bien y tanto la madre como la hija se encontraban en perfecto estado de salud.

—Hola, pequeña. Soy mamá —dijo Grace con los ojos cargados de lágrimas. Con su dedo índice acariciaba con ternura la mejilla de la pequeña.

Diez minutos más tarde permitieron entrar a Edward. Lo primero que hizo fue besar la frente de Grace para después quedarse ensimismado mirando a Rita.

—¡Es una niña! —dijo con una sonrisa permanente en los labios.

—Cómo tú querías. Ahora tendrás que soportarnos a las dos —dijo Grace.

Si Grace ya era feliz, Rita significó su máxima felicidad. Dio sentido a su vida y le mostró una parte de ella misma que le resultaba totalmente desconocida. No solo cumplió su deseo de formar una familia, sino que saldó la deuda que tenía con la Grace de su niñez, a la que la muerte y el infortunio le arrebató su familia. Pero con Rita no ocurriría eso. Nunca permitiría que le ocurriera nada malo ni la dejaría sola en el mundo. Estaba convencida y se lo repetía constantemente.

—Siempre estaré contigo.

Esta época coincidió con una buena racha en las empresas de Edward, que acumularon un semestre de beneficio tras otro, permitiéndose contratar más personal y delegar parte de sus funciones

para pasar más tiempo con su familia. Incluso comenzaron a pasar algunos días en Myrtle beach, donde aprovechaban para ver alguna casa que les gustase y así cumplir su sueño de vivir cerca del mar. Sin duda, las continuas ausencias del padre de Edward también hicieron mella en él, por lo que se prometió que sus hijos no vivirían con un padre ausente. En ese sentido, las heridas de la pareja se convirtieron en la garantía de que no cometerían los mismos errores.

Cuando Julia supo del nacimiento de su nieta, llamó a Edward felicitándolo e invitándolo a Blackville para que conociera a la niña. Él se negó, pero, finalmente, fue Grace la que acabó por convencerlo. Su opinión respecto a ella no había cambiado, pero había comprendido lo que significaba ser madre y experimentaba cierta empatía hacia ella.

Acordaron que los tres viajarían hasta Blackville, donde Grace esperaría mientras Edward y Rita pasaban un par de horas en la residencia. Dorothy aprovechó que su vieja amiga estaba en Blackville y se desplazó hasta allí para reencontrarse con ella.

Un fuerte abrazo acabó con la distancia instaurada después de tantos años. Pese a que se reconocían, al mismo tiempo tenían la sensación de encontrarse frente a una persona totalmente desconocida.

—No puedo creérmelo, Grace. ¿O debería llamarte Gigi? —dijo Dorothy.

—Prefiero Grace.

—Sabía que llegarías lejos.

La conversación giró, en su mayor parte, en torno a la vida como artista de Grace. Esta le contaba con fervor su experiencia, la vida de la noche y la cantidad de famosos a los que había conocido durante su etapa en Los Ángeles. Dorothy no podía hacer más que maravillarse. Le resultaba increíble que la misma chica que había trabajado con ella en la residencia de los Preston fuera una reconocida cantante. ¡Hasta tenía su disco en casa!

Sin embargo, esta conversación despertó en Grace un deseo que creía dormido para siempre. Rememorar sus años sobre el escenario le hizo experimentar cierta necesidad de cantar, casi de la misma manera que en ocasiones sentía la imperiosa necesidad de fumarse un cigarrillo. Es por esto que cambió el tema de la conversación en cuanto tuvo oportunidad. Había tomado una decisión al respecto y no había que darle más vueltas.

—¿Cómo van las cosas por aquí? ¿Hay algo interesante que quieras contarme? —preguntó Grace. Dorothy comprendió la intención de su amiga.

—La sutileza no es lo tuyo. Sí, me he casado con Marcus. Y como primicia te puedo contar que también buscamos ser padres muy pronto.

Grace se alegró por ellos. Su historia de amor tampoco había sido sencilla. La fuerte unión entre los dos hermanos y el enamoramiento de Melvin lo había complicado todo.

—¿Qué pasó con Melvin? ¿Cómo ha estado?

Dorothy se puso más seria.

—Cuando lo supo hace dos años, más o menos. No le sentó bien, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Es un buen chico, pero no ha tenido suerte tampoco. Algunos dirían que se trata de un amargado, pero sé que es cuestión de suerte. A veces pienso que necesita salir de aquí. Tú mejor que nadie podrías decirle la de cosas que hay ahí fuera.

—No creo que lo vea. No tengo pensado visitar la residencia de los Preston. Mi relación con Julia…

—Lo sé, Grace. No eran las mejores amigas.

—Cuando pienso en mi última etapa aquí, me pregunto si perdí la cabeza.

Dorothy suspiró.

—Si te sirve de consuelo, vinieron tiempos peores.

—¿A qué te refieres? —preguntó Grace.

—Después de la muerte del señor Preston, las cosas se complicaron. Edward apenas sabe nada y no sé si deberías contárselo. Ya no valdría de nada. ¿Puedo confiar en ti?

—Completamente. ¿Qué ocurrió?

La intriga de Grace iba en aumento. Dorothy miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiera escuchar sus palabras.

—Jimmy es lo que ocurrió. No sé muy bien qué le pasó a Julia por la cabeza. Puede que estuviera afectada por la muerte de su marido, pero perdió el control y le dio cada vez más poder a Jimmy. Fue él quien arruinó la plantación y el que casi hizo que todos acabásemos en la calle. Pero Julia no entraba en razón y lo defendía.

—Pero Edward me contó que Melvin y Marcus se quedaron con la plantación.

Dorothy asintió de nuevo.

—Eso fue después de la desaparición de Jimmy. Edward no quería reinvertir y ellos le comentaron la posibilidad de cambiar de cultivo. Edward aceptó y les cedió las tierras a cambio de una parte de los beneficios. De ese modo tan solo debía pagar dos sueldos: el de mi madre y el mío. Además, así también se aseguraba de que Julia no se quedaba sola y desatendida. Ya sabes que ella se niega a renunciar a su residencia.

—Sí, lo sé —dijo Grace con pesar. Los costos de la residencia de Blackville eran elevadísimos—. ¿Crees que fue Jimmy quien se marchó con el dinero?

—¿Quién si no? —exclamó Dorothy—. Tenía a Julia en sus manos

e incluso me atrevería a decir que pasaban las noches juntos. Hacía lo que quería con ella.

—¿Por qué piensas eso?

Grace ocultó la leve molestia que estalló en su interior. No eran celos, sino rechazo.

—No lo sé. Sensaciones, supongo. Julia estaba muy sola y creo que Jimmy se aprovechó de ello. Él era de ese tipo de hombres. —De pronto miró a su amiga y se tapó la boca con las manos—. Perdona. Había olvidado… Parece que ha pasado un siglo desde que estuviste casada con él.

—No te preocupes.

—¿Oíste los rumores? —Grace asintió.

—Un accidente de tráfico.

Dorothy arqueó los labios y suspiró.

—No me sorprendió su final. Se pasaba casi todo el día bebiendo. Era cuestión de tiempo. Perdona si hablo demasiado. Debería tener en cuenta todo el tiempo que llevamos sin vernos.

—Tranquila. Hace bastante tiempo que Jimmy no significa nada para mí —respondió Grace. No había día en el que no se alegrara de haberse alejado de él. Solo Dios sabría cómo habría acabado—. Y aunque no suene bien, su muerte me facilitaría mucho las cosas. Lamentablemente, no hay registro de aquello y figura como desaparecido. Por eso no he podido casarme con Edward.

—Pero ¿cómo no hay un certificado de defunción? —preguntó Dorothy.

—Hemos buscado y no figura en ningún sitio, pero el detective que Edward contrató le aseguró que había muerto en un accidente cerca de Tallahassee. Estamos esperando el tiempo necesario, para que lo declaren muerto legalmente y así poder casarme con Edward y no usar más su apellido —contestó Grace con una mueca de resignación.

Pese a que la conversación con Dorothy se mantuvo en la cabeza de Grace unos cuantos días, transcurridos estos, Blackville y todo lo que con ello estaba relacionado, quedó en un segundo plano. Su vida en aquella residencia pertenecía a un pasado que iba desvaneciéndose con el tiempo. Dorothy y ella prometieron verse más a menudo, aunque no llegaron a cumplir esa promesa.

Capítulo 36

Grace se volcó por completo en su familia y en su vida en Columbia. Para cuando Rita cumplió un año, Grace se había adaptado a la perfección. Cuidaba a su hija por las mañanas y por la tarde se escapaba un par de horas para dar clases de canto a jóvenes artistas. No lo hacía por el dinero, sino por acallar el gusanillo que había surgido en su interior la mañana que se reencontró con Dorothy en Blackville.

—Ya estoy en casa.

—¡Estamos en la habitación, señora! —gritó Sarah, la canguro que cuidaba a la pequeña Rita las tardes que Grace tenía clases. Una jovencita de quince años que vivía dos plantas más abajo.

—Hola, Sarah. ¿Cómo se ha portado la princesita?

La joven tenía a Rita en sus brazos. Esta sonrió al ver a su madre.

—Pues lloró un poco después de que se marchara, pero después lo hemos pasado en grande, ¿verdad?

Grace cogió a su hija en brazos. La baba le caía por su redondeada barbilla.

—¿Me has echado de menos? Tranquila, pequeña.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó Sarah.

—Es lo más seguro, pero te lo confirmo por la mañana. Una de mis alumnas está un poco acatarrada y no sé cómo se levantará.

—Sin problema —dijo Sarah. Después se despidieron y Grace se quedó a solas con su hija. Rita se acoplaba en sus brazos y miraba fijamente a su madre, que sonrió como si estuviese bajo el influjo de un hechizo.

Lentamente, con sutiles pasos, comenzó a caminar de un lado a otro. La sonrisa continuaba en sus labios y con su mano derecha acariciaba el rostro de Rita.

—¿Quieres tu concierto? ¿Lo quieres, cielo?

El bebé soltó una carcajada como si hubiera comprendido las palabras de su madre. Grace la estrechó con fuerza y comenzó a mover su cuerpo al son de una melodía que sonaba solo en su cabeza, pero que pronto iba a salir a través de sus labios.

—*Yesterday, all my troubles seem so far away…*

La dulzura de la voz de Grace pronto hizo a Rita caer en un sueño profundo y placentero. Nada le relajaba más que estar en los brazos de su madre. En cuanto a Grace, el que su hija cerrara los ojos no le impidió seguir cantando. Al igual que ella, cerró los ojos y mantuvo el

tono dulce. Nada le gustaba más en el mundo que cantarle a Rita. No era comparable con nada más.

Era un momento tan íntimo e importante para Grace que no se percató de que Edward había llegado a casa y las observaba desde el umbral. Aun después de tanto tiempo, su voz tenía la capacidad de embrujarlo, de transportarlo hasta un mundo exclusivo, alejado de todo y de todos.

Tan solo cuando Grace terminó de cantar la famosa canción de The Beatles, abrió los ojos y vio a Edward apoyado en el marco de la puerta. Su rostro estaba sesgado por una sonrisa de orgullo.

—¿Me escuchas a escondidas?

Él asintió.

—Así como cuando nos conocimos —dijo él sonriendo—. No creo que haya mejor concierto en este mundo.

—El mérito es de ella —dijo Grace alzando levemente a su hija.

Edward se acercó con las manos metidas en los bolsillos —gesto que todavía conservaba de su niñez— y besó en la frente a Grace.

—Ha llegado otra carta.

Ella lo miró de reojo, aunque enseguida se centró de nuevo en su hija.

—Puede insistirme todo lo que quiera. De hecho, es de las pocas cosas que sabe hacer. Insistir.

La carta a la que se refería Edward era la que había llegado hacía pocos días proveniente desde Los Ángeles, concretamente desde la discográfica capitaneada por Matthew Lewis. Tras casi dos años de silencio, se habían extendido rumores de que Gigi había fallecido, lo que provocó un centenar de llamadas, incrementando el interés por ella y por su música. Este era el motivo por el que Matthew quería que Grace se subiera de nuevo a los escenarios. Llevaba los suficientes años en el mundillo cómo para vislumbrar un regreso por todo lo alto.

—Bueno, eso es cosa tuya. Pero pienso que al menos deberías hablar con él.

—¿Con Matthew Lewis? Es capaz de grabar la conversación y utilizar mis palabras para sacar un disco —dijo Grace.

Edward se rio, aunque Grace intuyó que no iba a dar el tema por zanjado.

—Sé que lo echas de menos, cariño. No tiene nada de malo.

Grace frunció el ceño.

—¿Ahora sabes lo que quiero? Si lo dejé atrás fue porque no me hacía feliz, Edward.

—Está bien. No quiero discutir, ¿de acuerdo? Solo quería que lo supieras. La puerta sigue abierta —dijo Edward mientras se quitaba el nudo de la corbata.

No volvieron a hablar del asunto en las próximas semanas,

aunque las dudas de Grace fueron en aumento. El sentimiento que surgió en la conversación con Dorothy se había ido expandiendo poco a poco hasta llegar a afectarle. La gota que colmó el vaso y convirtió la nostalgia por su vida como cantante en una carencia fueron las cartas enviadas por Matthew Lewis. Diferentes factores volvían a converger para ponerle en un aprieto. ¿Merecía la pena? Era una pregunta que Grace no dejaba de hacerse y cuyas respuestas cambiaban según el momento. Si se las hacía mientras miraba a los ojos a Rita, subirse de nuevo a un escenario le parecía la idea más absurda del mundo. En cambio, cuando se entretenía en cualquier otra tarea en la que no estuviera involucrada su hija, sentía esa sensación insaciable por verse de nuevo frente al público.

A medida que su vida se estabilizó en Columbia, experimentó algo que había vivido ya en su etapa en Blackville: la monotonía. Pese a que Grace trataba de convencerse en todo momento de que no le hacía falta nada más que su familia para ser feliz, su comportamiento decía todo lo contrario. Rara era la ocasión en la que no tenía puesto el tocadiscos, estaba cantándole a Rita o tocando una vieja guitarra que había comprado en una tienda de segunda mano con la excusa de enseñar a Rita en un futuro. La música la llamaba.

—Ha llegado otra carta.

De nuevo Edward era el mensajero. En concreto, esa era la quinta que llegaba de Matthew Lewis. Grace tenía razón en eso de que sabía insistir.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con ella —dijo Grace señalando al cubo de la basura.

Edward se exasperó. Él había notado como Grace estaba cada vez más tirante. Lo último que él quería era que llegara el día en el que ella le reprochara haber dejado su carrera. Edward quería que fuera feliz y para eso, Grace debía volver a los escenarios. Por mucho que se negara, lo llevaba en la sangre, era parte de ella.

—Rita ya tiene un año, Grace. ¿No crees que ha llegado el momento de compaginar el ser madre con tu sueño?

Grace abrió los ojos exageradamente.

—Mi sueño son ustedes; mi familia —insistió.

—Y también cantar, Grace. Lo sabes igual que yo, pero estás empeñada en negarlo.

—Yo… Dejé esa vida. Ahora tenemos una hija y no quiero pasarme la mitad del año fuera de casa. No podría soportarlo.

Edward abrazó a Grace. Por fin había llegado al motivo por el cual se negaba constantemente a discutir acerca de las cartas de Matthew.

—No tienes por qué hacerlo. Nadie te obliga a estar medio año fuera. Eres Gigi, la misteriosa y fantástica Gigi. Si Matthew insiste

tanto, estoy seguro de que podrás imponer tus condiciones.

Grace miró fijamente a Edward.

—Un par de conciertos por la costa este. Solo eso —dijo Grace—. Así no me alejaré mucho de Columbia.

—Seguro que Matthew acepta.

A los tres días exactos llegó la respuesta de Matthew, que se personó directamente en Columbia para cerrar el contrato. Por supuesto, aceptaba todas las condiciones que Grace le había exigido para ponerse de nuevo tras un micrófono. Ocho conciertos en los estados de la costa este, planificados de dos en dos, con una semana de descanso entre ellos para regresar a Columbia.

—Quiero a mi antigua banda. ¿Crees que es viable? —preguntó Grace. Estaban reunidos en la cafetería del hotel donde se hospedaba Matthew. Él tenía un vaso de whisky en las manos y un cigarrillo en los labios, mientras que Grace había optado por un refresco. Los tiempos habían cambiado.

—Complicado, Grace. A tu guitarrista sí lo tengo más o menos localizado. Ahora toca para un par de bandas de segunda. En estos años se ha casado, divorciado y vuelto a casar. No ha perdido el tiempo.

—¿Y los demás?

Matthew encogió los hombros.

—¿De verdad los necesitas? Puedo formarte una banda competente en un par de días, pero dar con todos ellos me llevará más tiempo. Además, no tenemos garantías de que se dediquen todavía a la música. La gran mayoría se convierten en profesores. Ese es el cementerio de la industria musical.

Grace sonrió tras la reflexión de Matthew. Tenía razón.

—Bueno, si ves que es complicado no le des muchas vueltas. ¿Cuándo son los dos primeros conciertos?

—Tan solo puedo darte una fecha aproximada. Intentaré por todos los medios que sean a finales de verano. Lo más seguro es que comencemos en Virginia, pero ya te iré confirmando las fechas en cuanto lo organice todo.

Apenas una semana más tarde, Matthew le informó de que había cerrado un concierto en Baltimore y un segundo en Richmond. También le comunicó que había formado una banda que viajaría hasta Columbia dos semanas antes de los conciertos para ensayar con ella. El repertorio que acordaron fue el primer disco de Grace —*Songs of her*—, así como algunos hits de los últimos años.

Sin perder tiempo, Grace comenzó a trabajar en sus canciones, amoldando su voz, entrenándola para lucirse después de tanto tiempo. Edward y Rita fueron los primeros que escucharon las canciones y los distintos arreglos que Grace había realizado. Como todo, su voz había

perdido resistencia y algo de fuerza, aunque la entonación continuaba siendo su punto fuerte.

A medida que pasaban las semanas y se acercaba la fecha del concierto, Grace volvió a experimentar ese cosquilleó que sentía antes de subirse al escenario del Jameson, cuando sabía que no le quedaba más remedio que cantar de maravilla si quería llevarse un puñado de dólares con los que pagar el alquiler. El hambre y la necesidad lo hacían todo más fácil. Ahora, sin embargo, tenía a su hija para encontrar la motivación necesaria; Rita era una fuente infinita.

Por fin, se acercó el momento del primer concierto de Baltimore. Algunos medios se hicieron eco del regreso de Gigi a los escenarios y en Columbia se publicó que la joven artista había elegido su ciudad para comenzar una nueva vida.

Para el primer concierto, Grace viajó junto con Edward y Rita. Se vendieron todas las localidades y la actuación de Gigi destacó como la de una artista que se había reencontrado a sí misma. Su orgullo era inmenso cuando vio a Edward con la pequeña Rita en brazos, sumarse a la ovación que recibía por parte del resto del público. Durante toda su vida había tenido que elegir, tomar un camino y alejarse de otro, pero, en ese momento, comprendió que podía ser feliz. El público la aclamaba, el hombre de su vida la observaba orgulloso con su hija en brazos.

En el pasado hubo ocasiones en que se preguntó qué habría hecho para merecer todas las desgracias que asolaban su vida. Esa noche, subida el escenario y recibiendo un ramo de flores, entendió que los malos tiempos habían quedado atrás.

Al día siguiente, Edward y Rita regresaron a Columbia y Grace y su banda se dirigieron a Richmond para ofrecer el segundo concierto en Virginia. Tras este, regresaría también a Columbia para, después de una semana, dirigirse a Georgia.

Al igual que en Baltimore, Grace demostró que no había perdido ni un ápice de su energía y puso en pie a todo el público que fue a verla en Richmond. Los nervios estaban presentes en su primer concierto, pero en este segundo subió al escenario con más seguridad, tanto en ella misma como en su voz, que sentía mucho mejor de lo que pensaba. Después de celebrar con su banda y el propio Matthew Lewis el éxito de los dos conciertos, Grace se marchó al hotel para descansar. El vuelo a Columbia salía temprano.

El taxi la dejó en la puerta del hotel y entró en la recepción. Era tarde, pero, aun así, había un recepcionista tras el mostrador. Lo saludó alzando la mano, aunque sin detenerse.

—Perdona, ¿es usted Grace Doyle de la 546? —preguntó el recepcionista. Grace le dedicó una sonrisa.

—Sí.

Enseguida, el recepcionista bajó la mirada y puso una nota sobre el mostrador.

—La ha llamado Edward Preston. Al parecer ha intentado localizarla. Es urgente —dijo mostrándole la nota. Grace tardó un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, la angustia se apoderó de ella.

—¿No ha dicho nada más?

Ella solo era capaz de pensar en su hija. ¿Y si le había ocurrido algo?

—Nada, señora. La última vez que llamó fue hace veinte minutos. Es todo lo que puedo decirle.

Grace le pidió rápidamente el teléfono. Lo hizo con tal urgencia que el recepcionista cogió el aparato y lo puso sobre el mostrador, contagiado por la preocupación de Grace.

—Vamos, contesta… —dijo Grace después de marcar el número del apartamento de Columbia. Después de varios tonos, descolgaron el teléfono al otro lado de la línea—. ¡Edward! ¿Qué pasado? ¿Dónde está Rita? ¿Está bien?

—Rita está bien —dijo Edward con una voz solemne y extrañamente seria que heló la sangre de Grace—. Han asesinado a mi madre.

Capítulo 37

WESLEY CHAPEL, FLORIDA
2018

Lucy había corrido pocas veces desde su casa hasta la de su abuelo Edward. Para ella, al igual que para sus primos, Lamar y Lester, aquel hombre era un ogro y el jardín de su casa un yermo desangelado que rodeaba su tenebrosa morada. Nunca jugaron allí ni se sentaron bajo la sombra de los árboles que crecían de manera salvaje. A medida que se acercaba, se fijó precisamente en ellos; en las ramas largas y retorcidas que se asimilaban a maléficas manos cuya intención fuera estrujar el aire entre sus dedos.

Lucy recordó que su abuelo Marcus era el único que podía podar aquellos árboles o cortar el césped. No lo hacía por gusto, sino para evitar que aquello se convirtiera en un criadero de alimañas y mosquitos. Todavía podía verlo sentado sobre el ruidoso cortacésped, con un sombrero de paja en la cabeza y una hebra en los labios. Era tan alto que tenía que encogerse para poder conducir aquel trasto. Los trozos de hojitas, ramas y demás salían disparados a ambos lados.

—Jardinero del señor Preston hasta que la muerte nos separe —decía.

La cercanía de la casa la trajo de vuelta a la realidad. La pintura de la madera se caía dejando feos desconchones y el techo del porche había sido conquistado por las arañas hacía ya mucho tiempo.

—¡Necesito hablar contigo… abuelo! —Le costó pronunciar la frase, nunca le decía así a pesar de que ella era su única nieta. La única hija de su única hija. «¿Cuándo había sido la última vez que había hablado con él?», pensó. Aunque la pregunta más correcta sería: ¿Alguna vez habló con él?

Mientras tanto, Leroy venía también caminando hacia la casa. Estaba muy disgustado.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Déjalo en paz!

—Solo quiero preguntarle una cosa —respondió Lucy sin retirar la mirada de la puerta. Sabía que él estaba al otro lado. Había visto una sombra a través del agujero de la mirilla. Estaba ahí; mirándola.

—¿Preguntarle qué?

No supo qué responder, porque ni ella misma conocía la respuesta. Todo había sucedido demasiado rápido. Cuando puso el disco de Gigi, descubrió que cantaba igual que Grace. ¡Gigi! Por eso le resultó familiar en el karaoke, cuando Grace pidió una canción suya al

mesero. ¡Debió escuchar el disco alguna vez cuando era pequeña! O quizás en alguna conversación. Pero eso no era tan importante como el hecho de que su abuelo Edward llorase al escuchar las canciones de Gigi. Los ogros no lloran. Debía tener una razón muy importante.

—¡Márchate! —La voz grave de Edward la pilló por sorpresa. Lucy se sorprendió de lo aterradora que le seguía resultando.

—Solo quiero hacerte unas preguntas, abuelo.

Ella confiaba en que lo de *abuelo* fuera suficiente para ablandarle el corazón, si es que tenía. Tomó su silencio como un éxito por su parte.

—Estabas llorando al escuchar la música, ¿verdad? *Song's of her*, el disco de Gigi. ¿La conociste?

Varios segundos de silencio. ¿Se habría marchado?

—Simplemente recordé a Marcus.

Escueto. Ni una palabra de más que pudiera dar pie a algún tipo de interpretación. Aun así, Lucy no le creyó. Su intuición le gritaba que no estaba diciendo la verdad.

—¡Grace o Gigi! ¿La conoces?

De nuevo, silencio. Leroy llegó y le puso la mano en el hombro.

—¿No has tenido suficiente? Disculpa, Edward. Ya nos vamos.

Sin embargo, en ese momento se abrió la puerta y Edward apareció al otro lado, semioculto en la penumbra del interior. Dio un par de pasos hacia delante y los rayos de sol, que caían sobre el suelo, definieron su imagen. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio? Ante ella apareció un hombre delgado, de tez cetrina y pelo cano. Sus ojos estaban amparados en su parte superior por unas gruesas cejas grises y en la inferior por ojeras oscuras que avisaban de su mala salud. Una camisa varias tallas por encima remetida en un pantalón vaquero terminaba de darle una imagen frágil, como si estuviera desgastado por el paso del tiempo.

—Grace o Gigi —susurró.

Leroy y ella lo miraban como si se tratase de una aparición.

—¿La conoces? —preguntó Lucy de nuevo. Entonces, Edward la miró con dureza y dijo:

—Jamás he escuchado esos nombres.

Después cerró la puerta con todas sus fuerzas. Leroy aprovechó para tomarla de la mano y tirar de ella, se dejó llevar porque tenía la certeza de que su encuentro con Edward había llegado a su fin.

—Estoy empezando a preocuparme por ti —dijo su padre mientras regresaban a la casa. Pero no lo escuchaba. Ocurría algo, Lucy no sabía el qué, pero podía sentirlo. No podía dejarlo correr.

En cuanto llegaron, tomó sus cosas. Tenía que marcharse.

—¿Dónde vas? —dijo Leroy, temiendo que volviera a molestar a Edward.

—Tengo cosas que hacer. Ya te lo explicaré más adelante — dijo ella mientras salía por la puerta.

—En serio, Lu. No estás bien.

Lucy comenzó a reírse, lo que no lo tranquilizó en absoluto.

—Estoy perfectamente. Es solo que… ¡Es muy complicado! ¡Ni siquiera yo sé lo que está pasando! Pero no te preocupes, te lo contaré todo en cuanto pueda. ¡Palabra!

Montó en el coche y se marchó dejando una nube de polvo a sus espaldas y a su padre mirándola como si hubiera perdido el juicio. Lucy no sabía muy bien qué estaba buscando. Lo único que tenía claro era que Grace no había sido sincera con ella, el porqué, no lo sabía, además, su abuelo Edward tampoco lo había sido. ¿La falta de sinceridad de ambos, estaba relacionada? Era improbable o, al menos, no tenía nada que justificase esa opción.

Estaba histérica, no conocía el motivo exacto, lo que la ponía más nerviosa todavía. Tardó como diez minutos en decidir a dónde dirigirse. Finalmente, decidió ir a casa de Serena y contarle lo que le estaba ocurriendo.

Nada más llegar, Serena advirtió que a Lucy le ocurría algo. Tenía las mejillas encendidas y era incapaz de quedarse quieta.

—Te va a dar un infarto —señaló.

—No me extrañaría, la verdad.

—Tranquilízate y dime qué está ocurriendo —dijo cogiéndola de las manos. Aunque trataba de calmarla, al mismo tiempo la sujetó para que se quedara quieta de una vez.

—Es por Grace. La recuerdas, ¿verdad?

—Cómo olvidarla —dijo señalando al castillo de Hogwarts que se había erigido como protagonista de su salón—. ¿Qué es lo que pasa con ella? ¿Está bien?

Lucy movió la cabeza a un lado y a otro. Respuesta ambigua que Serena le obligó a rectificar con un apretón de manos.

—Está bien —dijo Lucy—. Te conté que tenía problemas con sus sobrinos; todo eso de la herencia, lo de la casa que se compró de la noche a la mañana. ¿Sabes de lo que hablo?

—Perfectamente.

—No sé hasta qué punto es cierto todo eso. El caso es que fui hasta la casa donde la recogí la primera vez.

—Lucy, no sé si te está dando una embolia o algo así, pero eso ocurrió esta misma mañana. Me dijiste que todo estaba bien y no he vuelto a saber de ti hasta que has aparecido en mi casa a punto de sufrir un ataque de histeria. No quiero parecer egoísta o desinteresada, pero Lamar llegará con Garret de un momento a otro, ¿vale? Así que procura calmarte.

—Vale, disculpa. En el fondo sé que tendrá una explicación, pero

ahora mismo estoy un poco sobrepasada. El caso es que la supuesta casa de los sobrinos de Grace era una farsa. Bueno, más bien se trata de un Airbnb.

—¿Hablas en serio?

Asintió con gravedad.

—Llamé a la puerta y me recibió una señora. Fue ella la que me lo dijo. Era de no sé dónde y está pasando sus vacaciones en la ciudad.

Serena se había propuesto erigirse como faro de raciocinio y tranquilidad en aquella conversación, pero, por su expresión, Lucy se dio cuenta de que le estaba resultando muy complicado.

—Quizás sus sobrinos la engañaran. Querían internarla en una residencia, ¿no es cierto? No sé, es plausible —dijo orgullosa de su razonamiento.

—Hay más. Hace un par de noches estuvimos en un karaoke. Sí, lo sé, pero eso no es lo importante —dijo anticipándose a su cara de sorprendida—. Grace pidió una canción de una tal Gigi.

—¿Gigi? —exclamó Serena de repente.

—Has escuchado ese nombre antes, ¿a que sí? —preguntó Lucy.

—Alguna vez. No recuerdo dónde ni cuándo, pero estoy segura de ello.

—El caso es que terminamos cantando otra canción. No sé si te lo dije, pero Grace canta como los ángeles y sabe moverse sobre el escenario. Me llamó la atención, pero no le di más importancia. Después de descubrir lo del Airbnb, fui hasta la granja. Quería despejarme. No sé cómo, pero de repente me vi en el sótano, rebuscando entre las cosas de mi abuelo y encontré un disco llamado *Song's of her*, de Gigi. Lo puse en el tocadiscos y…

—¡Era Grace! —interrumpió Serena.

—¡Era Grace! Y yo de voces entiendo. Pero lo más increíble es que cuando salí de casa para despejarme, descubrí a Edward llorando. Estaba en la puerta de su casa.

—¿A Edward? ¿Viste llorando a tu abuelo Edward? ¿Tienes fiebre o qué?

—¡Te lo prometo! —exclamó Lucy—. Nada más verlo, corrí hacia su casa y le pregunté si conocía a Grace.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que no, pero estoy segura de que no decía la verdad.

Rápidamente, Serena cogió su teléfono móvil y buscó en Google el nombre de Gigi.

—Tienes razón —dijo en cuanto aparecieron las imágenes de Gigi en la pantalla. Era Grace, pero cincuenta años antes. Había un centenar de fotos de ella cantando.

—¿Cómo he podido estar tan ciega? —dijo Lucy.

—Tampoco tenías por qué saberlo. Nadie piensa que la persona

que la contrata fue en su día, y leo textualmente: «la voz de la elegancia».

Lucy suspiró y trató de calmarse. Sin embargo, el destino le tenía preparada otra sorpresa. El grito de un niño y el traqueteo de unas llaves en el interior de la cerradura de la puerta anunció que Lamar y Garret acababan de llegar a casa. Eso era normal, sin embargo, venían acompañados de Adam y Amy.

La pequeña Amy, nada más ver a Lucy, fue corriendo hacia ella. Garret, seguramente por imitarla o porque la consideraba suya y de nadie más, la imitó y en pocos segundos tenía a los dos encima. Esto le permitió disponer de unos segundos para prepararse.

—¡Hola, Adam! —dijo Serena incorporándose de un salto.

Él y Lamar continuaban junto a la puerta como si no se decidiesen a entrar.

—No sabía que estaban aquí —dijo Lamar con una sonrisa incómoda.

—Pues aquí estamos —respondió Serena.

Amy y Garret dejaron de lado su amor por Lucy y se fueron directos a jugar con el castillo de Hogwarts.

—No se preocupen —dijo Adam—. Vamos, Amy. Tenemos cosas que hacer.

La pequeña ignoró a su padre.

—¡Amy! —insistió Adam.

—Pensaba que nos íbamos a tomar una cerveza —añadió Lamar arrepintiéndose nada más decirlo.

Era la oportunidad de Lucy de demostrar que había superado su relación con Adam de una manera adulta y sana.

—No tienes por qué irte, Adam —dijo Lucy sonriendo.

—No quiero molestar.

—No lo haces —insistió Lucy.

—¿Tú te vas? —le preguntó Amy a traición—. Quiero jugar contigo.

Remató su frase tomándola de la mano.

—¡Claro que no! Venga, vamos a jugar con este castillo tan lindo —respondió Lucy.

Adam sonrió y Lamar le hizo un gesto para que lo siguiera hacia la terraza.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó.

Pero antes de que terminara de formular la pregunta, sonó el móvil de Lucy, que percibió en Adam un deje de curiosidad, que se desvaneció en cuanto contestó:

—Dime, papá.

—¿Lucy? ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás? —preguntó Leroy.

Había olvidado que se había marchado de la granja como si la

persiguiera el mismísimo demonio.

—Estoy bien, disculpa. Debí avisarte. Estoy en casa de Serena y Lamar.

Su padre, como era normal, no se lo creyó y le pidió que Serena lo saludara para asegurarse.

—¿Qué hay, Leroy? Tu hija está en buenas manos.

Lucy volvió a ponerse el móvil junto a la oreja.

—Algo es algo. Estaba muy preocupado por ti. Después de que te marcharas, Edward vino a buscarme. Estaba fuera de sí. No paraba de preguntarme cómo sabías quién era Grace. ¿Se puede saber qué pasa con esa anciana?

Poner a su padre al día le llevaría un buen rato, por no mencionar la dificultad que conllevaría explicarle todo por teléfono.

—Es una larga historia, pero nada grave. De verdad. Me pasaré estos días por allí y te lo contaré todo —dijo Lucy. Su padre, consciente de que era inútil insistir, cedió.

—No puedes ni imaginarte las ganas que tengo de que vuelvas al estudio y dejes ese maldito taxi. ¿Qué te parece si hipoteco nuestra parte de la granja y te presto el dinero para el tratamiento? No tendrías que hacer frente al pago. La deuda quedará saldada en cuanto estire la pata y así…

—¡Papá! No es el momento de hablar de esas cosas. Te agradezco la oferta, pero estoy bien. Ya hablaremos luego.

La conversación tuvo lugar mientras Lucy estaba de rodillas junto al castillo. Suspiró aliviada cuando colgó.

—No te preocupes, Lamar. En verdad es tarde. ¡Vamos, Amy! —dijo Adam.

—¡No me quiero ir! —gritó Amy aferrándose a Lucy.

—Tienes que hacer caso a papá, cariño —pidió Lucy.

—No quiero —repitió.

—¡Tengo una idea! ¿Qué te parece si vamos un día al estudio? Podrías poner la voz de Elsa. ¿No es tu personaje favorito?

—¡Sí, Elsa! —exclamó Amy. Por suerte, Garret estaba concentrado en el castillo, donde un Transformer amenazaba las murallas, defendidas heroicamente por Spiderman y Ron Wesley.

Entusiasmada, Amy la abrazó de nuevo con todas sus fuerzas y después fue corriendo hacia Adam para contárselo, como si él no lo hubiera escuchado.

—¡Vamos a ir al estudio! ¡Voy a ser Elsa!

—¿De verdad? ¡Qué suerte tienes! —dijo Adam cogiéndola de la mano para asegurarse la retirada.

—¡Sí! Tú, Lucy y yo.

Adam mantuvo a duras penas la sonrisa antes de mirarla.

—Espero tu llamada —dijo él finalmente.

Lucy asintió.

—Cuenta con ello.

En ese instante a Lucy le costó asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Tenía una cita o era una demostración de madurez? Trató de averiguarlo mientras Lamar se despedía de Adam. En cuanto lo hizo, se giró hacia ellas.

—Eso ha sido…

—¿Incómodo? —dijo Serena.

—Sí, esa es la palabra —dijo Lamar—. ¿Ocurre algo? Cuando hemos entrado tenían caras extrañas.

Serena y Lucy se miraron. Afortunadamente, ella tomó la iniciativa.

—¿Recuerdas a la anciana que vino a la fiesta de cumpleaños de Garret?

—Claro.

—Pues al parecer esa mujer no ha sido del todo sincera con Lucy.

Acto seguido, entre las dos pusieron al día a Lamar, que se encontró de repente con un torrente de información y contradicciones que tardó varios minutos en asimilar. Sin embargo, lo primero que dijo fue:

—¡No me creo que el viejo Edward llorara!

—Lo vi con mis propios ojos. Lloró cuando escuchó el disco de Gigi, que es al mismo tiempo Grace.

—¿Qué te dijo cuando fuiste a su casa? —preguntó Lamar.

—Que le recordaba al abuelo Marcus, pero estoy convencida de que es mentira. Ni siquiera acudió a su funeral.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Pues no lo sé. Llevo intentando comunicarme con Grace varios días, pero no hay manera.

—Está claro que debe responder a un par de preguntas —dijo Serena—. ¿No sabes dónde puedes encontrarla?

Lucy reflexionó durante unos segundos.

—No sé. Solo se me ocurre ir al hotel donde se hospedaba, a menos que al llegar allí descubra que se trataba en realidad de un Starbucks o un Walmart.

Serena sonrió levemente.

—No es mala idea.

—Tienes razón —dijo Lamar—. Lo que sería una mala idea sería ir sola.

Lucy frunció el ceño.

—Oh, vamos, ¿qué puede pasarme? Hablamos de una anciana —dijo Lucy.

—Estoy de acuerdo con Lamar. Yo te acompañaré —remató Serena.

—Es lo mejor. Yo me quedaré con Garret.

La decisión estaba tomada. Trabajo en equipo se llama eso.

—Les agradezco —dijo Lucy.

Serena le dio un beso a Garret y fue en busca de su abrigo. La defensa de Hogwarts no le daba tregua.

—No tienes nada que agradecer. Salgamos de una vez antes de que sea más tarde.

Lucy no fue consciente de lo que estaban haciendo hasta que se subió al coche y arrancó el motor. Fue ahí cuando sintió un vértigo enorme. Lo más seguro era que Grace no se encontrara allí, pero de estar, ¿qué le diría? ¿Qué le respondería ella? Cabía la posibilidad de que la mandase a la mierda o que la tomase por una pirada.

—¿En qué piensas? —preguntó Serena después de cinco minutos de trayecto.

—En nada en especial.

—Creía que me ibas a decir que estabas pensando en Adam. ¿Iba en serio eso de ir los tres al estudio? ¿En plan familia feliz?

Un golpe bajo que Lucy no vio venir.

—No tiene tanta importancia. Amy es muy pequeña y no quiero decepcionarla. Además, serán un par de horas a lo sumo.

Lucy notaba la mirada de Serena sobre ella.

—¿Y de qué hablarán Adam y tú? ¿Del tiempo? ¿O de la última resolución del congreso?

—No sigas.

—Voy a poner en peligro mi vida por ti. Responderme es lo mínimo que podrías hacer.

—¿Poner en peligro tu vida? ¿Quién te piensas que es Grace? Lo único que estamos haciendo es ir a pedir explicaciones a una anciana —dijo—. Suena ridículo.

Serena negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Si tu abuelo Edward lloró, no puede ser una tontería.

La conversación con Serena le quitó gravedad al viaje y para cuando detuvo el coche frente al hotel, agradeció que hubiera decidido acompañarla. Podía enfrentarse a todo eso sola, pero le era más sencillo si tenía a alguien a su lado.

—Este es el hotel —señaló Lucy.

Había anochecido y Tampa se había convertido en un océano de neones. Había gente por todas partes, como si la ciudad despertara al ocaso. Serena dejó escapar un silbido.

—Pase lo que pase, hay que reconocer que Grace se las gasta bien. ¿Cuánto puede valer la noche en este hotel?

—Estuve en la habitación de Grace. Te aseguro que no era de las más sencillas.

—¿Doscientos dólares? —preguntó Serena. Lucy ladeó la cabeza.

—Diría que más.

Esa fue su conversación mientras dejaban atrás la exuberante puerta principal y se adentraban en el *hall*. Durante varios segundos dieron vueltas antes de dirigirse definitivamente hacia el mostrador de la recepción. Lucy le hizo un gesto a Serena para que la dejara hablar a ella.

El recepcionista, Bernard, según la plaquita metálica de color dorado que lucía en la camisa, fue muy amable y escuchó su petición con suma educación antes de contestarle:

—Lo lamento, señorita. Pero no puedo facilitarle ningún tipo de información acerca de nuestros clientes, en el caso de que esa tal Grace Cooper esté hospedada.

—¿No hay ninguna manera de averiguar si está aquí hospedada? —preguntó Serena. Se había contenido unos veinte segundos.

—Me temo que no —respondió Bernard con una sonrisa.

—¿Y si quisiéramos dejarle un mensaje?

Fue un movimiento hábil por parte de Serena, pero no coló y el recepcionista les pidió educadamente que se marchasen.

No obstante, Lucy no estaba desilusionada. Sabía de antemano que las posibilidades de averiguar algo acerca de Grace eran muy reducidas. Se dio la vuelta para salir cuando, de repente, necesitó el apoyo de Serena para no caer al suelo.

—¡Lucy! —exclamó ella. Solo comprendió lo que le sucedía cuando miró hacia la puerta.

Allí estaba Grace, mirándolas y junto a ella, un imposible hecho realidad, un fantasma reencarnado. Era su abuelo Marcus.

Capítulo 38

RICHMOND, VIRGINA
1974

Grace se había quedado petrificada con sus últimas palabras.

—¿Grace? ¿Me oyes? ¿Estás ahí? —La voz de Edward sonaba estridente a través del teléfono.

—Estoy aquí, Edward —dijo al fin—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, Grace. Me llamó la policía hace un par de horas. Mi madre ha aparecido sin vida cerca de Waycross. Intenté localizarte, pero me fue imposible.

La angustia se extendió por todo el cuerpo de Grace. Pensó en su hija y el sufrimiento se tornó en real.

—¿Y Rita? ¿Está bien? —preguntó.

—Sí, está conmigo. En cuanto me dieron la noticia, hablé con Marcus y vine hacia Blackville. Él y yo nos vamos de inmediato hacia Waycross.

—¿Y qué pasa con Rita?

—Se quedará con Dorothy. Sé que es un poco precipitado, pero no me queda otra opción.

Grace se quedó en silencio. Sabía que Dorothy cuidaría bien de su hija, pero sentía una necesidad casi irracional de estar con ella. Sin embargo, la situación lo requería. Ella tardaría al menos una noche en llegar.

—No te preocupes. Viajaré ahora mismo. Pero, Edward, ¿qué está pasando?

—No lo sé. Al parecer, Melvin y mi madre se marcharon en coche ayer por la mañana y no se volvió a saber de ellos.

—¿Y Melvin?

—Está desaparecido por el momento. La policía lo está buscando —dijo Edward. Grace se quedó en silencio rememorando la muerte del señor Preston.

—Voy a recoger las cosas y a partir de inmediato, ¿de acuerdo? Estaré incomunicada hasta que llegue a casa —dijo Grace.

—No te preocupes. Ya le he dicho a Dorothy que la iré informando de todo. Ahora mismo no sé… Todo esto parece una pesadilla —dijo acompañando sus palabras de un sollozo.

Las palabras de Grace murieron en su garganta. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía consolarlo?

—Todo se solucionará —dijo mientras era consciente del

sinsentido de sus palabras.

Cuando colgó el teléfono, Grace no perdió ni un solo segundo. Recogió rápidamente sus cosas, metiéndolas en la maleta de cualquier manera. Se cambió de ropa y bajó hasta la recepción. Iba tan apresurada que hasta para el recepcionista fue evidente que le había sucedido algo.

—¿Puede llamar un taxi? —dijo al detenerse frente al mostrador —. También quisiera dejar una nota a Matthew Lewis. Él iba a recogerme mañana por la mañana.

El recepcionista le tendió una hoja y un bolígrafo.

Cancela todos los conciertos.
Te llamaré en los próximos días. Lo entenderás.
Grace.

—Asegúrese de que le llega la nota, ¿de acuerdo?

—No se preocupe, señora. En cuanto al taxi, estará aquí en unos minutos. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Grace suspiró mientras miró hacia su maleta. Creía llevar todo lo necesario consigo, pero entonces echó en falta una cosa.

—¿Tendría un cigarrillo? Dejé de fumar hace tiempo, pero me vendría bien en este momento.

El recepcionista asintió, sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Grace. Esta lo encendió enseguida.

—Muchas gracias. Esperaré el taxi en la puerta. Gracias de nuevo.

Apresurada, arrastró la maleta hasta la puerta y fumó con ansiedad hasta que el cigarrillo se consumió entre sus dedos.

Era tarde y el tráfico se reducía a una veintena de coches que recorrían la avenida. Levantó la mirada para ver si alguna de las luces que se deslizaban sobre la carretera era su taxi, pero no pudo ver con claridad. Presa de los nervios, se dio la vuelta y miró hacia la recepción pensando que, quizás, le daba tiempo a fumarse otro cigarrillo. Estaba dispuesta a entrar de nuevo en el hotel cuando un coche se desvió y se detuvo junto a la puerta. Grace se giró al escuchar el ronroneo del motor creyendo que se trataba del taxi, pero cuando lo vio, se llevó una sorpresa: aquel coche estaba dejado, corroído por el óxido y abollado por todas partes. No le prestó más atención hasta que la ventanilla del copiloto se bajó y pudo ver quién estaba al volante.

—Hola, mi amor.

Grace se quedó estupefacta y quieta como una estatua. Aquello no podía ser cierto.

—¿No vas a decir nada? ¿Así es como recibes a tu marido?

Era Jimmy quien estaba al volante de ese coche destartalado. Un Jimmy que lucía demacrado, con sus mejillas hundidas, dientes amarillentos tras su sonrisa desquiciada. Después de años de abuso de

alcohol, tabaco y otras sustancias, no quedaba nada del apuesto joven con el que estuvo casada.

—Jimmy…

—¡Vaya! No has olvidado mi nombre. Tomaré eso como un cumplido.

Grace retrocedió un par de pasos de manera torpe, como si los músculos de sus piernas se hubieran convertido en uno solo a causa de la tensión.

—¿Dónde vas? —dijo Jimmy mostrando levemente la punta de una pistola. Grace clavó sus ojos en el arma—. Sube al coche. ¡Andando!

Grace reaccionó negando con la cabeza.

—Tienes cinco segundos para subir si no quieres que te haga otro ombligo o vaya tras tu hija.

Tragó saliva y confió que aquello no fuera más que una pesadilla de la que despertaría de un momento a otro.

—¡Sube de una vez! —gritó Jimmy.

Grace era consciente de que no tenía opción. Temblando, abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto. Nada más entrar, le sorprendió un olor agrio y fuerte que estuvo cerca de provocarle una arcada. El interior estaba repleto de basura, latas de cerveza vacías y colillas. En ese intervalo, Jimmy la miró de arriba abajo. Había cambiado mucho en los últimos años.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Grace con un hilo de voz. Jimmy continuaba con la pistola en la mano.

—Podría decirse que estoy atando algunos cabos sueltos —dijo con una sonrisa. Justo después, pisó el acelerador y el coche se alejó de la puerta del hotel chirriando sus ruedas. Grace tuvo que sujetarse para evitar golpearse contra la puerta.

—¿Recuerdas al señor Preston? Fuiste una niña muy mala —continuó Jimmy acariciando con la punta de la pistola el pecho de Grace.

—¡No me toques!

Jimmy soltó una carcajada y después la golpeó en la cabeza con la culata del arma. Grace se cubrió la cabeza, protegiéndose.

—Vaya humor. En fin, ¿lo recuerdas o no? ¡Contesta!

Grace asintió sin decir nada. El miedo se había apoderado de ella y no era capaz de razonar.

—Seguro que todavía tienes su sangre en las manos. —Jimmy giró bruscamente. Grace había perdido la referencia del hotel y no sabían dónde se encontraban. Escapar. Eso era lo único que le importaba.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó. Quizás si le entretenía lo suficiente, conseguía una oportunidad para escapar.

Jimmy se rio de nuevo. La pistola descansaba en su regazo. Grace le dedicó una mirada fugaz. Si se hacía con ella, podría escapar.

—Es fácil encontrar a una cantante famosa, querida. ¡Gigi! Hay que joderse. He estado en el concierto. Me has puesto a cien, vaya que sí. ¿Cómo te pude dejar escapar? Reconozco mi error.

Jimmy giró el volante para tomar una curva a la izquierda. Puso sus dos manos sobre el volante y Grace se dio cuenta de su oportunidad. Se abalanzó sobre la pistola, pero Jimmy advirtió su intención y cerró las piernas para bloquearla. Después le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas y le tiró del pelo para quitársela de encima.

—No puedes esperar a abalanzarte sobre mi polla, ¿verdad? ¿A cuántos te habrás follado estos años? Maldita puta.

Otro golpe dejó a Grace conmocionada en el asiento. Un hilillo de sangre salía de su nariz y le bajaba por los labios, percibiendo el sabor denso y metálico. Pese a todo, podía escuchar a Jimmy, que continuaba con su discurso.

—¿Qué te parece? Espero que no vuelvas a hacer otra tontería. Me jodería tener que matarte antes de pasar un buen rato. La cosa es, esposa, que hace una semana llamé a Julia para que me prestase un poco de dinero. Ya sabes, por los viejos tiempos. Aun así, le dije que, si necesitaba una buena razón, podía sacar a la luz la desgraciada manera en la que falleció el señor Preston. Sabes de lo que hablo, ¿verdad? Quedé con ella a las afueras de Waycross; en un motel abandonado.

Grace escuchaba la voz de Jimmy a través del intenso zumbido que tronaba en sus oídos a causa de los golpes. Estaba conmocionada, pero la adrenalina le permitía ser mínimamente consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Pero esa zorra faltó a su palabra —continuó Jimmy—. Lo único que le pedí es que viniera sola hasta Waycross. ¡Sola! ¿Tan difícil era de entender? Pero no, tuvo que presentarse con ese negro apestoso. ¿Acaso pretendía intimidarme? ¿Quién lo diría? La aristocrática Julia Preston amiga de los negros. Puedo imaginarme lo que buscaría en ese mandingo.

«Melvin», pensó Grace. Edward le había dicho que estaba en paradero desconocido.

—Por suerte ese negro nunca fue demasiado listo. Le golpeé en la cabeza antes de que ni siquiera pudiera verme. ¡Dulces sueños, escoria! Después me encargué de Julia.

—La mataste —dijo Grace.

—¡Respuesta correcta! El mundo es un lugar mejor sin esa arpía. No pongas esa cara, querida. Julia se aseguraba de dejarme seco para que no te tocara.

Grace experimentó un ataque de náuseas. Los golpes y la conducción brusca de Jimmy le revolvían el estómago.

—¿Mataste a Melvin?

Jimmy le lanzó una mirada de reproche y movió la cabeza de un lado a otro.

—El negro tiene la cabeza dura como el cemento. El caso es que, al momento de marcharme, me di cuenta de que seguía con vida. Debí rematarlo, pero eso podría considerarse un acto piadoso por mi parte, así que lo eché al maletero. Lleva ahí casi un día entero —dijo antes de reírse a carcajadas y gritar—: ¿Estás vivo, negro? Mi coche rezuma tu peste.

Grace no lo soportó más y vomitó. Ese era el olor que percibió al subirse al coche. Era un aroma a sangre, orín y sudor. Si Jimmy podía soportarlo era por los cigarrillos que se fumaba continuamente. Sin embargo, pese a la macabra confesión de Jimmy, Grace asimiló que en ese momento sabía demasiado. Jimmy no le iba a permitir marcharse.

—¡Qué asco! ¡Límpialo! —gritó Jimmy señalando el pequeño charco de vómito que había a los pies de Grace. Al no tener nada, no le quedó más remedio que arrancarse un trozo de vestido. Al hacerlo, la parte inferior de sus piernas quedó al descubierto y Jimmy la miró con lascivia.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Grace. Jimmy encogió los hombros.

—Bueno, después de todo, tú eras la única que estaba al tanto de mi relación con Julia. No iba a darte la oportunidad de delatarme.

Grace se sobrecogió. Su peor temor se estaba haciendo realidad.

—No te delataré si me sueltas. Durante muchos años guardé el secreto de la muerte del señor Preston. Puedo volver a hacerlo.

Jimmy la observó de reojo.

—No, no correré ese riesgo, esposa. Además, el misterio de la muerte del viejo Preston ya está solucionada. No soy tan estúpido como creías. —Grace lo miró sin entender.

—Nunca he creído que eras estúpido —dijo intentando buscar una forma de que se calmase—. ¿A qué te refieres con que la muerte de Richard está solucionada?

—A que por fin sabrán que Melvin y tú lo mataron, al igual que a Julia —dijo este riendo.

Grace lo miró desencajada.

—Jimmy, por favor, ¿qué hiciste? —preguntó con temor—. Sabes que son parte de mi familia…

—Oh, claro que no. ¡Yo soy tu familia! ¡Eres mi esposa! ¿Lo has olvidado?

Grace se derrumbó y comenzó a llorar al mismo tiempo que pensaba en la manera de escapar. Acababan de incorporarse a la

autopista, pero estaba dispuesta a saltar.

—No te pertenezco. Déjame salir.

Jimmy se rio y la golpeó de nuevo.

—Más te vale estar calladita el resto del viaje, ¿me has entendido?

La pistola de Jimmy apuntaba amenazadora hacia el vientre de Grace.

—Mi hija… —sollozó Grace, pero tan solo consiguió recibir otro golpe. Desesperada, intentó abrir la puerta, pero se horrorizó al comprobar que la maneta estaba rota. La puerta solo podía abrirse desde fuera.

Al percatarse, Jimmy hincó la punta de pistola en el estómago de Grace, que se aferró al asiento, aterrada.

—Un tiro es suficiente para dejarte agonizando durante horas, días, quizás. ¿Es lo que quieres? ¡Contesta!

Grace negó con la cabeza. Jimmy se las ingeniaba para, al mismo tiempo, conducir a toda velocidad por la autopista.

—Bien, esposa. ¿Vas a obedecerme? Quiero oírtelo decir.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —gritó Jimmy—. ¿Con quién estás hablando? ¿Conmigo o con el negro moribundo del maletero?

Grace apretó los dientes con todas sus fuerzas.

—Sí, Jimmy.

Este sonrió.

—Eso me gusta más. Ahora veamos si es cierto. Súbete el vestido. Déjame verte.

Grace clavó sus ojos en él. En su mirada había una mezcla de ira y miedo. Sin embargo, la presión de la pistola sobre su barriga le hizo comprender que no le quedaba más remedio que obedecer. Lo primordial era seguir con vida. Solo así podría volver con su hija.

Lentamente, abochornada, tiró de su vestido hasta dejar al descubierto sus piernas y su ropa interior. Jimmy sonrió y bajó la pistola hasta su sexo. Una sensación de asco recorrió el cuerpo de Grace.

—Mi esposa… —murmuró él. Ella giró la cabeza hacia la ventanilla. Las luces de Richmond iban quedando atrás—. Es una pena que tenga prisa.

Retiró la pistola y volvió a centrarse en la carretera. Rápidamente, Grace volvió a cubrirse. Su única obsesión era quitarle la pistola. Era su baza para escapar. Por ello, decidió guardar silencio y esperar la oportunidad.

Capítulo 39

Transcurrió el tiempo suficiente hasta que las primeras luces del amanecer quebraron la oscuridad del cielo. Grace estaba agotada, pero se negaba a ceder al sueño. En cuanto a Jimmy, este se mantenía a base de cocaína y pastillas. Su cara estaba desencajada y su mirada era la de una persona totalmente fuera de control. Eso aterraba a Grace, pero al mismo tiempo le daba esperanzas de poder hacerse con la pistola.

Tan solo los comentarios excéntricos y sin sentido de Jimmy rompían el rumor constante del motor. Al menos así fue hasta que un golpe sordo provino desde la parte trasera del coche. Hasta ese momento, Grace pensó que Melvin había fallecido, por lo que la idea de que siguiera con vida le pareció macabra y esperanzadora al mismo tiempo.

—Los negros son como las cucarachas. Las pisas, las machacas y, aun así, siguen con vida.

—Deberíamos ver cómo se encuentra —dijo Grace. Jimmy se giró hacia ella mostrando una sonrisa nerviosa y unos ojos exageradamente abiertos.

—Olvida al negro.

Se escuchó otro golpe.

—¡Nos está escuchando!

Finalmente, Jimmy detuvo el coche en una estación de descanso abandonada, oculta de la vista debido a la vegetación que crecía a su alrededor.

—Sin trucos —le dijo a Grace en cuanto apagó el motor. Ella asintió. Bajó la ventanilla y abrió la puerta desde fuera para después correr hacia el maletero. Al abrirlo, encontró a Melvin acurrucado y empapado de sangre y orín. La claridad lo deslumbró y rápidamente se ocultó el maltrecho rostro con las manos.

—Dios mío, Melvin —dijo Grace mientras le ayudaba a que se incorporara. Este estaba confundido al oír su voz. Una parte de él creía que ya había fallecido.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Ella miró a un lado y vio la figura de Jimmy, que se fumaba un cigarrillo mientras orinaba junto a un árbol.

—Eso no importa ahora. ¿Cómo estás?

Melvin consiguió sentarse en el maletero. El aire fresco le hizo bien y en apenas unos segundos pudo estabilizarse. Miró con rencor

hacia Jimmy, que en ese momento se había girado y se sacudía frente a él con una sonrisa burlona en los labios.

—Buenas vistas, ¿verdad, negro?

—¿Tienes agua o algo para darle? —preguntó Grace ignorando por completo lo que hacía Jimmy.

—Lo que haya tirado por el coche. No pienso gastarme en él ni un centavo. Si me lo hubieras dicho un minuto antes, podría haberle dado un poco de mi propio caldo.

Melvin luchaba por mantener el equilibrio de su cuerpo, que oscilaba de un lado a otro como una espiga de trigo movida por el aire. Su camisa estaba repleta de sangre seca y en la parte superior de su cabeza tenía una costra donde se intuía que Jimmy le había golpeado.

—Todo saldrá bien, Melvin. Confía en mí —dijo Grace. Él no contestó, sino que se limitó a hacer un gesto con su cabeza, señalando más allá de Grace. Esta se giró y vio a Jimmy apuntándole con la pistola.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Grace levantando las manos. Al soltar a Melvin, esté cayó hacia un lado del maletero. Respirar era todo un logro para él.

—Barajando distintas posibilidades.

Grace comenzó a temblar. La imagen de su hija volvió a brotar en su cabeza.

—¿Para eso nos has traído hasta aquí? ¿Para matarnos?

Jimmy afinó la mirada y cargó la pistola.

—Si los matara se acabarían todos mis problemas. Es tentador. Días después alguien encontraría sus cuerpos medio devorados por las alimañas. ¡Los asesinos de los Preston aparecen sin vida! Suena demasiado bien para no hacerlo.

Desesperada, Grace se dejó caer y se puso de rodillas.

—Por favor, Jimmy. Tengo una hija. Ya te he dicho que no le contaré nada a nadie. ¿Qué más quieres?

Jimmy se rio. Su empatía era inexistente.

—¿Otra vez con tu hija? Ya lo sé, estúpida. Julia me mantenía informado. Apuesto lo que quieras a que es el mejor día en la vida de tu querido Edward. Ese pretencioso hijo de puta. No es más que un marica —dijo antes de escupir a pocos centímetros de Grace.

Sin embargo, pese a que parecía que tenía la decisión tomada, los ojos de Jimmy reflejaron un pensamiento fugaz, una idea que pasó por su cabeza y le hizo recapacitar acerca de matarlos o no. Mientras tanto, Grace había aceptado que su vida había llegado a su fin en aquel recóndito rincón de Georgia.

Se giró para mirar a Melvin. Este tenía una media sonrisa como si estuviera feliz de que todo fuera a acabarse dentro de poco.

—Me has convencido, esposa. ¿Qué ganaría yo con tu muerte? Edward sufriría durante algún tiempo, al menos hasta que encontrarse otro coñete que meter en su cama. La muerte es alivio después de todo. No. Matarte sería demasiado sencillo.

Grace no dijo nada, apenas movió un músculo.

—Vivirás conmigo. Sí. Seremos un entrañable matrimonio de los pantanos.

A Grace le horrorizaba la idea, pero mientras estuviera con vida, seguiría teniendo opciones de volver a casa. Tan solo podía aferrarse a esa esperanza. Su tío Connor, Blackville, el destino siempre le había dado la oportunidad de salir adelante.

—En cuanto al negro… ¿Qué hacemos con el negro? Ya que vamos a vivir juntos, ¿qué opinas? —preguntó Jimmy.

Grace miró a Melvin. Estaba malherido y por sus reacciones poco le importaba la decisión que tomaran. Sin embargo, ella ya había sido cómplice de la muerte de un hombre inocente y no iba a cargar con esa culpa de nuevo.

—Llevémoslo con nosotros.

Jimmy frunció el ceño y le apuntó con el arma.

—¿Mantenerlo con vida? Podría trabajar para mí —dicho esto se acercó a Melvin—. ¿Lo has oído, negro? Vas a hacer lo que yo te diga hasta que te mueras. Disfrutaré viéndote sufrir cada día hasta que me supliques que te pegue un tiro.

Después le pegó con la culata en la cabeza y Melvin cayó a plomo en el maletero. Grace quiso auxiliarlo, pero Jimmy se lo impidió apuntándole con el arma.

—De eso nada, querida. No merece la pena. Irá en el maletero hasta que lleguemos a casa. Si para entonces continúa con vida, lo tomaré como una señal de Dios de que este negro merece vivir

—¿A casa? —preguntó Grace, todavía de rodillas.

—Sí. Un hogar donde envejecer juntos. —Sus dientes amarillos quedaron al descubierto—. Pero antes de eso, quiero que hagas una cosa. Soy muy considerado y no puedo soportar que Edward no sepa más de ti.

Grace tragó saliva.

—Quiero que le escribas una carta, que dejaremos en el buzón del pueblo más cercano.

—¿Una carta?

—Así es. Y en esa carta quiero que escribas que lo dejas porque prefieres vivir a tu manera y que lo sientes mucho por haber matado a su padre. —La sonrisa de Jimmy revelaba lo mucho que estaba disfrutando del momento—. Dile que tú lo empujaste por las escaleras. Invéntate algo, sé creativa. Se supone que eres una artista, ¿no? Además, quiero que escribas que no lo soportas, que estuviste con él

por miedo a que te descubrieran y que no quieres volver a saber de él o de tu hija. Era niña, ¿verdad? ¡Otra zorrita al mundo!

—No me hagas esto —sollozó Grace. Su sufrimiento por Edward enfadó a Jimmy, que la levantó tirándole del pelo y la obligó al subirse al coche.

—Escríbela ahora —dijo apuntándole con el arma.

Las manos temblorosas de Grace rebuscaron en su bolso, donde, por casualidad, encontró varias hojas con el membrete del hotel de Richmond y un bolígrafo.

—Es tu día de suerte. ¡Escribe!

Con las lágrimas cayendo por su rostro, Grace se apoyó en el salpicadero y comenzó a escribir. Cada palabra era un puñal directo a su corazón. Pensaba en su hija que se preguntaría dónde estaba su madre, que buscaría entre lágrimas un consuelo que no iba a tener. Por su parte, ¿qué pensaría Edward? Después del asesinato de su madre, prevenir su reacción era imposible. Lo único seguro es que su vida iba a convertirse en un tormento y que su único consuelo sería odiarla con todas sus fuerzas. Lo estaba haciendo; era real. Quedaba por escrito que ella había asesinado a Richard Preston.

Cuando terminó de escribir la carta, Jimmy la guardó en el bolsillo.

—Bien hecho, esposa.

Grace seguía sentada en el asiento del copiloto y Jimmy de pie junto a ella. En ese instante, ella advirtió que las llaves del coche estaban en el contacto. Era un movimiento arriesgado, pero quizás era la última oportunidad que tenía antes de que Jimmy destruyera su vida para siempre.

El llanto le ayudó a disimular su intención. Se echó hacia atrás y trató de calcular con exactitud el movimiento que debía realizar. Pasar de un asiento al otro, arrancar el coche y pisar el acelerador antes de que Jimmy pudiera reaccionar. No sería más que cuestión de segundos antes de escapar o morir en el intento.

Jimmy cerró la puerta del copiloto. Ahora o nunca. Grace se lanzó al asiento del conductor y giró la llave. El motor arrancó, pero antes de que pudiera hacer nada más todo quedó oscuro y silencioso.

Jimmy no le disparó. Tan solo la golpeó con todas sus fuerzas rompiendo el cristal de la ventanilla. Grace quedó inconsciente. Él la puso en el asiento trasero y retomó el camino lo más rápido posible.

Volvió en sí muy despacio. Al abrir los ojos, vio la luz tenue del ocaso, pero tendida en el asiento trasero no podía ver más que un pequeño espacio del cielo. Intentó moverse, pero descubrió que Jimmy la había maniatado. Su forcejeo lo alertó.

—Vaya, vaya. Buenos días, princesa.

Una intensa sensación de dolor recorrió la parte izquierda de la

cara de Grace. Un hilillo de sangre seca sesgaba su rostro.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de casa.

A los pocos metros, Jimmy detuvo el coche. Grace pensó que iría en su busca, pero, en vez de eso, se acercó al maletero y lo golpeó varias veces.

—¿Sigues vivo, negro?

Melvin respondió con un débil gemido.

—Así me gusta. En todas estas horas he estado pensando todas las tareas que tendrás que hacer. Tienes mucho trabajo.

Una vez se aseguró de que Melvin continuaba con vida, regresó sobre sus pasos y abrió la puerta trasera, donde se encontraba Grace, que había sido incapaz de incorporarse. Jimmy la observó con una sonrisa mientras se guardaba la pistola en el borde del pantalón, a la altura de los riñones. Después la agarró por los tobillos y tiró hacia él.

—Hueles bien —dijo Jimmy echándose encima de ella, acariciándola sin ningún reparo. Ella trató de resistirse, pero atada era inútil.

—¡No me toques! —gritó. Él la agarró del rostro y le sonrió.

—Vas a ser mía todas las veces que quiera, ¿me has escuchado?

Grace hizo un esfuerzo por girar la cabeza. El aliento de Jimmy era una mezcla de tabaco, alcohol y putrefacción. Sin decir nada más, Jimmy la obligó a sentarse. Fue en esos segundos cuando ella creyó ver, a lo lejos, un viejo cartel en el que podía leerse: LOUISIANA STATE. Sacó un trapo y lo ató a la altura de los ojos de Grace, de modo que está quedó completamente a ciegas.

—¿Ves algo? —le preguntó.

—¿Por qué haces esto? —gritó histérica.

Pero Jimmy no contestó. Se incorporó y paseó su mano frente al rostro de Grace sin que esta hiciera gesto alguno.

—¡Contéstame! —Su pánico confirmaba que no veía nada en absoluto.

—Así está mejor.

Jimmy movió de nuevo sus manos, tocando sus pechos, rajando su vestido o pellizcándola sin que Grace pudiera anticiparse. Satisfecho, cerró la puerta del coche.

—Ahora sí que podemos ir a casa.

Grace perdió la noción del tiempo, pero supuso que el viaje duró en torno a una hora. Cuando por fin se detuvo y Jimmy le quitó el trapo de los ojos, estaba oscuro y se encontraban en medio de una densa vegetación. En el silencio de la noche destacaba los zumbidos de los mosquitos y demás insectos que poblaban el lugar.

—¿Qué sitio es este?

Ella estaba de pie, pero continuaba atada y su capacidad de

movimiento era muy reducida. Salir corriendo quedaba descartado. Además, no tenía la menor idea de dónde se encontraban. La única edificación que podía ver era una casa cochambrosa de madera, cercada por densos árboles y arbustos que la camuflaban casi por completo.

—Los pantanos… —dijo Grace recordando las palabras de Jimmy. Junto con el maltrecho cartel que pudo ver justo antes de que le vendara los ojos, Grace confirmó que debían ubicarse en alguna región del sur de Luisiana.

Mientras tanto, Jimmy abrió el maletero y le pidió a Grace ayuda para llevar a Melvin hasta un poste que había cerca de la casa. A duras penas, con las manos atadas, pudo tirar de uno de los brazos de Melvin. A medida que se iban acercando a un poste, un intenso hedor llegó a la nariz de Grace.

—¿Qué es eso? —dijo aterrada. El zumbido de las moscas también se incrementó. Había algo muerto ahí. El ambiente estaba impregnado con su olor.

Jimmy apartó un par de matorrales y después soltó una risotada. Se adelantó un par de pasos y pateó el cuerpo hinchado y podrido que algún tiempo atrás debió tratarse de un perro.

—¡Mira quién tenemos aquí! ¡El pequeño Bobby! Lo dejé atado al poste cuando fui a encontrarme con Julia en Waycross. Una pena —dijo Jimmy quitando la cadena que abrazaba el cuello inerte del animal—. ¿Qué te parece, negro? Cuida bien de este lugar. Supongo que con este olor te sentirás como en casa. Puedes comértelo si quieres.

Grace dio un paso hacia atrás. Melvin estaba sentado con la espalda apoyada en el poste. Las moscas que antes se daban un festín con el cadáver del animal revoloteaban, entonces, alrededor de la cabeza herida de Melvin, como si pregonaran su próximo final.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó horrorizada.

—Asegurarme de que este negro no me causa problemas. No lo he traído hasta aquí para que me corte el cuello mientras duermo. —Mientras hablaba, Jimmy cerraba un lazo con la cadena en torno al cuello de Melvin. Atravesó dos eslabones con un candado y se aseguró de que estuviera cerrado.

—No puedes dejarlo ahí.

—Mi casa, mis normas —dijo Jimmy.

—Pero necesita atención médica —exclamó Grace.

Sin embargo, él no estaba dispuesto a tolerar sus reproches. Pasó a su lado y la empujó para que cayera al suelo. Después la agarró por debajo de sus brazos y la arrastró hasta el interior de la casa. Después de muchos años, Jimmy abusó de ella otra vez.

Grace sabía que llegaría ese momento. Lo supo desde que vio

cómo Jimmy la miraba en el coche, pero su antelación fue inútil. La repulsa, el asco y las ganas de morirse se apoderaron de ella y la dejaron sumida en un penoso silencio cuando todo acabó.

—Si quieres salvar al negro, allá tú.

Grace no dijo nada. Tenía la mirada fija en el suelo. Jimmy se acercó a ella y le quitó la cuerda que inmovilizaba sus manos.

—No intentes escaparte porque solo conseguirías dos cosas: que te pegue un tiro o acabar ahogada en alguno de los pantanos. Solo yo conozco la salida, ¿lo has entendido? Por cierto, intenta algo contra mí y te traeré la cabeza de tu hija.

Capítulo 40

Sur de Luisiana
1974

La percepción del tiempo se había convertido en algo insustancial para Melvin. Hacía mucho que se preguntaba dónde estaba. Pese a que era consciente de ese mismo pensamiento, la respuesta le era esquiva, como si no existiese o no fuese capaz de formularla. Desde hacía varios días —un espacio de tiempo que tampoco podía concretar— se encontraba atado a un poste, en un lugar pintoresco y silvestre; un rincón recóndito del país. ¿Sería el esclavo de alguien? ¿Dónde estaba su hermano?

El único momento que merecía la pena de esa larga espera —la de estar atada a un poste— era cuando la joven se acercaba hasta él y le propiciaba todo tipo de cuidados. Le curaba las heridas que tenía en la cabeza, arreglaba el humilde tejado que había erigido para que se refugiase durante las noches y le traía un poco de comida. Le resultaba familiar, aunque no conseguía concretar de quién se trataba. Ella se presentaba una y otra vez como Grace, preguntándole si se acordaba de ella. De ser sus palabras ciertas, ambos se conocieron en un lugar llamado Blackville. Pese a que insistía mucho y en ocasiones le agobiaba, le tenía un sincero afecto.

Sentimiento opuesto le ocasionaba el hombre que en ocasiones pasaba por allí. Ese hombre no le gustaba en absoluto y le ponía de muy mal humor. Lo detestaba. Era violento, casi no se entendía cuando hablaba —insultos en su mayor parte— y a veces le pegaba sin motivo. ¡Cómo echaba de menos a Marcus! Él le hubiera puesto en su sitio. En más de una ocasión había deseado no estar atado al poste para abalanzarse encima de él. Casi podía sentir el cuello quebrándose entre sus manos.

En una realidad totalmente diferente, se encontraba Grace. Para ella el tiempo era como una pesada losa que debía cargar sobre los hombros. Era consciente de su peso y de cómo este la hundía en un profundo fango que la separaba cada vez más de su familia. Sin embargo, era consciente de que no podía dejarse vencer por la pena; tenía que ocupar su mente para no enloquecer.

Grace observó a Melvin y buscó una razón en su interior que le diera fuerzas para continuar. Este estaba sentado en el suelo y con la espalda apoyada en el poste al que seguía atado. Ella sabía de su conmoción, puesto que todavía no se había planteado el hecho de

estar atado como un perro. Pese a que mejoraba muy despacio, aún poseía una mirada extraña y ajena, como si fuera otra persona la que se hubiera adueñado de su cuerpo. Apenas hablaba y no parecía entender nada de lo que decía. En esos días, habían pasado casi dos meses desde que Jimmy la secuestrara en la puerta del hotel de Richmond, Grace identificó dos reacciones en Melvin: alegría al verla e ira cuando veía a Jimmy. Era esto último lo que hacía no abandonar y era precisamente lo que estaba ocurriendo en ese instante.

En cuanto a Jimmy, estaba sentado en una vieja silla. A sus pies tenía una botella vacía de whisky y en su regazo descansaba una escopeta de gran calibre. Como era habitual, empezaba a beber apenas se levantaba del sillón donde dormitaba por las noches. Aunque más que dormir, su descanso consistía en un duermevela vigilante. Siempre estaba en tensión.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jimmy como respuesta a los susurros que habían salido de los labios de Melvin. Grace intentó que la situación no fuera a peor. Melvin estaba pagando las secuelas ocasionadas por la paliza propinada por Jimmy y no era del todo consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Creo que tiene hambre. Iré a por algo de comida —contestó sin mirarlo fijamente. Desde su llegada a aquel rincón alejado de la mano de Dios, Jimmy había abusado de ella en varias ocasiones, si bien últimamente parecía decantarse por el alcohol y las drogas. Su masculinidad no era inmune a ese estilo de vida autodestructivo.

—Es lo único que sabe hacer ese negro —dijo Jimmy bamboleándose de un lado a otro de la silla. Estaba muy borracho—. Si ese negro no está trabajando en un par de días, yo mismo le cortaré el cuello.

Grace no le prestó atención. Si quería sobrevivir allí, tenía que aprender a ignorar a Jimmy. Aislarse en sus pensamientos y sus recuerdos era la única manera que tenía para evadirse. Pensar en su hija o en Edward era igualmente valioso, pero la nostalgia y los remordimientos podían jugarle una mala pasada.

—Estará recuperado pronto. Perdió mucha sangre.

Jimmy no contestó. Se echó la escopeta a los hombros, arrojó la botella de whisky vacía contra un árbol y entró en la casa. Grace se quedó observando los trozos de cristales y después se centró en sus pies desnudos. La malicia de Jimmy seguía intacta. La misma noche en la que llegaron, después de abusar de ella, la obligó a descalzarse y a alejarse de la casa. No sabía cuáles eran sus intenciones, aunque lo adivinó en cuanto se cortó con un trozo de cristal que pisó. Los alrededores de la casa estaban repletos de cristales, alambres, clavos que hacían imposible caminar por allí con los pies descalzos. Por si no era suficiente, Jimmy añadía botellas diariamente.

Grace suspiró y se acercó a Melvin, que la miraba inexpresivo.

—¿Recuerdas cuál era tu nombre? —preguntó Grace. Él movió la cabeza de un lado a otro.

—El tuyo Grace —respondió Melvin. Ella le sonrió. Hacía pocos días que lo había memorizado. Apenas tenía conocimientos médicos, pero lo tomó como una buena señal.

—Muy bien. Tú te llamas Melvin. Nos conocimos en la residencia de los Preston, en Blackville.

Él asintió con una sonrisa, pero no dijo nada más.

Con el paso de las semanas, Grace se familiarizó con el lugar. Aprovechó sus momentos de soledad para estudiar la densa vegetación que se extendía alrededor de la casa y el disimulado camino por el que Jimmy se marchaba en su coche cuando necesitaba comprar comida, alcohol o drogas. En sus ausencias, que podían durar un día entero —incluso dos—, Jimmy ataba igualmente a Grace en el mismo poste en el que se encontraba Melvin. En las primeras ocasiones, a ella le faltó poco para entrar en pánico, pero con el tiempo se fue acostumbrando. Además, utilizaba ese tiempo para conversar con Melvin y mirar el horizonte por el que se perdía el camino que tomaba Jimmy. La vegetación ocultaba qué había más allá, pero Grace solía pasar el tiempo con la mirada fija en aquel lugar, convencida de que ese era el camino para escapar de allí.

Pese a las muchas horas en las que trató de encontrar una manera de escapar, no encontró ninguna. La cosa hubiera sido distinta con Melvin en sus plenas capacidades, pero después de casi tres meses, este tan solo comprendía órdenes y planteamientos muy simples. La recuperación de Melvin se estancó ahí y Grace perdió la esperanza de que fuera a mejor.

En cuanto a Jimmy, estaba cada día más desquiciado. Había adelgazado mucho en las últimas semanas, consumido por sus adicciones. Apenas quedaba nada del muchacho atractivo que Grace conoció en la residencia de los Preston. Hasta su mirada se había tornado lívida. En un principio creyó que estaba enfermo, pero poco a poco entendió que era ese polvo blanco, lo que le estaba devorando por dentro. Su obsesión, más que con ella, se centró en Melvin, a quien maltrataba continuamente.

—¿Por qué este negro no hace nada? —gritó un día que vio a Melvin adormilado junto al poste. Grace se alertó y fue corriendo a interponerse entre los dos. Jimmy estaba mal físicamente, pero siempre iba con un arma en la mano y les amenazaba con matarlos.

—¡Déjalo! —gritó Grace. Jimmy apoyaba el cañón de la pistola en la sien de Melvin, que no terminaba de comprender qué estaba ocurriendo. Tenía los ojos cerrados, pero mantenía una sonrisa de felicidad en su rostro. Resultaba desconcertante observar la escena.

—Por favor, Jimmy. Es un error.

Este la miró con a través de sus cejas, sonriendo.

—Un perro me saldría más barato —dijo alejándose un par de pasos—. Quiero que el negro limpie toda la mierda que hay.

—Está encadenado, Jimmy. Tendrás que soltarlo.

Él sonrió de nuevo.

—No. Todavía no está amaestrado. Ayúdale tú.

Grace asintió y se dirigió hacia Melvin. Sin embargo, en cuanto pasó junto a Jimmy, este le agarró del brazo con firmeza. A ella no dejaba de sorprenderle la fuerza de sus brazos delgados y huesudos.

—Ven a buscarme después, bonita. Tengo algo para ti.

Ella se retiró sin esconder un gesto de asco. Jimmy le lanzó un beso y se dirigió al interior de la casa, a la cual se quedó mirando Grace durante un buen rato. La pintura se había desprendido casi por completo de la fachada y el color oscuro de la madera podrida por la humedad se mezclaba con algún resto en el blanco que perduraba a duras penas. Por ello, la casa de Jimmy se convertía en un fantasma de formas cuadradas bajo la luz del sol, mientras que, por las noches, la estructura parecía camuflarse entre la oscuridad y la vegetación.

Al lado de la casa se alzaba solitario el poste metálico donde Melvin vivía encadenado las veinticuatro horas del día. Al menos había conseguido que Jimmy accediera a erigir una pequeña estructura que sirviera a Melvin como refugio para el relente o los días de tormenta. Precisamente allí estaba él, con esa expresión inhóspita en el rostro.

—Vamos, Melvin —dijo Grace señalando hacia el montón de excrementos apilados un poco más allá—. Hagamos un agujero. ¿Serás capaz?

Ella cogió una rama y comenzó a remover la tierra para que él pudiera hacerse una idea de su labor. Tardó un poco, pero finalmente comprendió qué tenía que hacer. Aprovechando que Jimmy seguía en el interior, Grace se sentó sobre una piedra y dejó pasar el tiempo. Sabía que Jimmy no le pondría la mano encima, ya que en un rato estaría lo suficientemente drogado como para hacer nada.

—Hace muchos días que no duerme —dijo Grace poniendo voz a sus pensamientos. La mayoría de las veces, Melvin no le respondía ni le prestaba atención, pero igualmente ella seguía hablando. Era la única manera de desahogarse, como si una parte de ella saliera de su cuerpo para escucharla.

Melvin continuaba horadando la tierra con el palo, concentrado en su tarea. El tintineo metálico de la cadena acompañaba el rumor de las hojas.

—¿Cuánto tiempo podrá seguir así? —dijo ella, todavía con la mirada fija en la casa. A través de una de las ventanas podía verse la

silueta de Jimmy. Sus movimientos eran nerviosos, impulsivos y su mirada la de un animal a punto de enloquecer.

En eso se estaba convirtiendo; en un animal, pensó Grace. Razonar con él era imposible. Además, cada vez sufría más ataques de paranoia que los ponía en riesgo. Por eso la amarraba todas las noches, para que no intentara escaparse o hacerse con el arma. Sumado a que los culpaba de todas las desgracias o pensaba que ellos dos habían orquestado un plan para deshacerse de él. Llegado el momento, los increpaba de todas las formas posibles, los amenazaba y les aseguraba que iba a dispararles de un momento a otro.

—No muy lejos de aquí hay un pantano repleto de caimanes. Van a acabar allí tarde o temprano —les repetía Jimmy.

A Melvin no le afectaba, pero en Grace todo eso surtía efecto, haciéndola vivir en una tensión constante que drenaba sus energías. Su vida se había convertido en un acto continuado de supervivencia y eso apenas le dejaba pensar acerca de los meses que llevaba aislada del mundo, en los pantanos de Luisiana, alejada de su familia.

La simple presencia de Jimmy era suficiente para que Grace sintiera escalofríos, pero como todo, con el paso de los días, el miedo acabó por diluirse o por convertirse en parte de ella. Empezó a valorar seriamente acerca del sentido que tenía vivir de aquella manera, igual que un niño perdido entre extraños.

—Los putos caimanes, cariño. ¡Se comerán tu bonito cuerpo! ¡Hasta los huesos! Aunque arrojaré primero al negro —decía Jimmy con una sonrisa. Su rostro estaba cubierto por una barba pobre que crecía de manera arbitraria.

No obstante, Grace prestaba mucha atención a la dirección en la que solía señalar Jimmy durante sus amenazas con arrojarlos a los caimanes: al norte, o al menos ella pensaba que se trataba del norte. Lo dedujo por el recorrido del sol, aunque eso no le preocupaba mucho. Estaba convencida de que llegaría el día en el que podría escapar y necesitaba conocer lo máximo posible más allá de la casa.

—¡Maldita puta! Debería venderte a esos sucios moteros para que se diviertan contigo —al decir esto, Jimmy señalaba hacia la dirección opuesta, la misma donde se encontraba el camino que recorría al marcharse. Más allá de la amenaza, Grace dedujo que no muy lejos, en dirección sur, encontraría algún bar de carretera. Además, también debía haber una tienda relativamente cerca, porque en alguna ocasión Jimmy había tardado menos de una hora en volver con la parte de atrás del coche repleta de whisky, cerveza y unas patatas. Eso era lo único que les traía de comer.

Así transcurrieron los días, arrastrando consigo semanas y meses en los que el tiempo pareció detenerse. Grace tenía la sensación de que llevaba años viviendo en aquel rincón maloliente de Luisiana,

aunque la realidad era que tan solo habían pasado diez meses desde que se encontró con Jimmy en la puerta del hotel.

En ese tiempo había perdido mucho peso y la piel de su rostro se había tensado remarcando sus facciones, mostrando una tez cetrina y huesuda. En cuanto a Melvin, la única muestra de humanidad por parte de Jimmy fue añadir un par de metros a su cadena para que tuviera más capacidad de movimiento. Aun así, le resultaba insuficiente para llegar a la casa, pero sí que podía cuidar un pequeño huerto que le había obligado a plantar.

—Las tornas se han cambiado, negro. Ahora trabajas para mí, aunque no seas más que un imbécil.

El huerto, por llamarlo de alguna manera, no era más que una excusa para Jimmy, que tenía la necesidad de vengarse de Melvin y recurría a esa farsa. Lo más curioso de todo era que lo único que le impedía pegarle un tiro en la cabeza eran sus propias ganas de venganza. Quería que sufriera, que le suplicase de rodillas, pero las lesiones que sufría habían mermado bastante sus capacidades sociales. A todo esto, Melvin respondía con una media sonrisa.

—Eres un ser repugnante —dijo Jimmy arrojándole a la cabeza una lata de vacía de cerveza. Melvin ni siquiera se inmutó y Jimmy comenzó a reírse a carcajadas.

Grace observó la escena con desagrado, lo que no gustó nada a Jimmy. La miró con intensidad.

—¿No te ha gustado, esposa?

—No.

Él se rio de nuevo. En sus hombros colgaba la escopeta. En ese momento era lo único que impedía a Grace abalanzarse encima de él. Pensamiento que se exacerbó cuando Jimmy se acercó a ella y pudo sentir su aliento sobre su rostro.

—Vayamos dentro —dijo él cogiéndole de la mano. En otra circunstancia, Grace no se habría negado, pero algo había cambiado en ella. Repentinamente, todo lo que había vivido hasta ese momento se tradujo en la teoría de que prefería estar muerta que vivir de esa manera. La semilla de esta conclusión había germinado semanas atrás. Quería ver de nuevo a su hija, a Edward, recuperar lo que habían construido juntos, si es que la maldita carta que Jimmy le obligó a escribir no había arrasado con todo. ¿Qué sentido tenía pudrirse lentamente y alargar la agonía de saber que su familia había de continuar su vida sin ella? ¿No era mejor acabar con todo de una vez?

—No —dijo Grace.

Hasta Jimmy se sorprendió de su negativa, aunque eso no significaba que fuera a tolerarla. Una bofetada la tiró al suelo.

—¿De verdad? Después de tanto tiempo me vas a obligar a hacer las cosas de esta manera —dijo Jimmy pisando uno de sus tobillos.

Grace se retorció de dolor, lo que no hizo más que aumentar la excitación de Jimmy—. Quítate la ropa.

Grace retrocedió en cuanto se liberó, pero se vio acorralada contra la pared de la casa.

—Vete a la mierda —dijo con sus ojos reluciendo de ira. Jimmy se rio y descolgó la escopeta de su hombro.

—Voy a meterte la escopeta en la boca y a volarte la puta cabeza como no te desnudes ahora mismo —dijo apuntándole con el arma. Grace esbozó una sonrisa. Le estaba desafiando—. ¡Ahora!

Sin perder la sonrisa, Grace se arrastró hasta quedar a los pies de Jimmy. Lentamente, comenzó a desabrocharse los botones del vestido raído que llevaba. Estaba saboreando la victoria cuando, sin poder hacer nada por esquivarlo, Grace le golpeó con una piedra en la rodilla. Fue un golpe tan certero que Jimmy cayó al suelo y disparó la escopeta por error. El impacto hizo un agujero en la pared de la casa y el arma salió despedida a varios metros de distancia.

Grace salió corriendo hacia Melvin. Tenía unos pocos segundos para liberarlo de las cadenas mientras Jimmy se levantaba del barro, pero rápidamente se dio cuenta de que era inútil.

—Lo siento, Melvin —dijo a modo de despedida. Sin embargo, por primera vez en diez meses, él le respondió.

—Tráelo hasta mí —susurró Melvin.

Ella reaccionó como si no lo hubiera escuchado. Quizás no sabía si lo que acababa de escuchar había pasado de verdad o era fruto de su imaginación.

—¡Hija de puta! ¡Te voy a sacar los ojos! —gritó Jimmy mientras utilizaba la escopeta a modo de bastón para levantarse. Al caer se había torcido la rodilla y le era imposible caminar si no contaba con un apoyo extra.

Grace se dio cuenta y se alejó unos pasos de Melvin, pero manteniendo la línea entre ambos.

—¡Muérete! —gritó ella. Jimmy sonrió.

—No vas a llegar muy lejos y cuando te atrape vas a desear que te haya pegado un tiro —dijo Jimmy avanzando hacia ella. Grace caminaba de espaldas sin perder de vista a Jimmy. Sin embargo, en medio de los dos se encontraba Melvin, el cual parecía una estatua. La oxidada cadena seguía rodeando su cuello.

Hubo un momento de confusión por parte de Grace, pues era consciente de que su vida estaba en juego. Además, ¿qué había querido decir Melvin? No podía pensar con claridad. Todo estaba sucediendo muy deprisa. Lo más seguro es que sus palabras fueran fruto de un desvarío. Tenía que huir.

—Aparta de mi camino, negro —dijo Jimmy al llegar a la altura de Melvin. Este se echó levemente hacia el lado.

Grace, superada, no pudo más que dar un par de pasos hacia atrás. Sus ojos estaban clavados en la escopeta. Tal vez le hubiera dado tiempo a arrebatársela, o a intentarlo al menos, pero fue incapaz de mover ni un solo músculo.

Jimmy se detuvo y cogió aire antes levantar la escopeta, pero cuando fue a hacerlo, se encontró que algo metálico y frío estrujaba su cuello y tiraba de él hacia atrás. Las manos de Melvin tiraban con fuerza de la cadena mientras esta se cerraba cada vez más en torno al cuello de Jimmy, que intentaba inútilmente liberarse.

Un nuevo tirón de Melvin hizo que los dos cayeran de espaldas al barro. En aquel momento, Jimmy pensó que tendría una oportunidad para escapar, pero Melvin no cedió ni un milímetro. La mueca tensa de su rostro revelaba el tremendo esfuerzo que estaba realizando.

—¡Melvin! —exclamó Grace. Fue corriendo hasta ellos, pero lo único que hizo fue agarrar la escopeta y alejarse algunos pasos.

Las piernas de Jimmy comenzaron a temblar a causa de los espasmos. Su cara amoratada y sus ojos rojos e hinchados revelaban que no iba a soportar mucho más. Antes del final, miró a Grace y levantó la mano hacia ella como si le pidiera clemencia. Ella era la única que podía detener a Melvin. Sin embargo, su respuesta fue mover lentamente la cabeza de un lado a otro mientras observaba como la vida abandonaba el cuerpo de Jimmy.

—Púdrete en el infierno —dijo Grace.

Jimmy se retorció por última vez antes de que su cuerpo se relajara definitivamente. Muy lentamente, Melvin soltó la cadena y, en cuanto se cercioró de que había muerto, se dejó caer sobre el suelo, jadeando y dolorido por el esfuerzo. Grace continuaba de pie, mirando el cuerpo sin vida de Jimmy.

Pese a que una parte de ella estaba feliz, comenzó a llorar. Primero fue un llanto silencioso, pero poco a poco fue incrementándose hasta que terminó por arrodillarse y golpear el suelo con rabia.

En cuanto recuperó fuerzas, Melvin fue hasta ella, aunque tuvo que detenerse a un par de metros porque la cadena —la misma con la que había asfixiado a Jimmy— no daba más de sí. Grace se secó las lágrimas con el antebrazo, cubriendo su rostro con suciedad.

—¿Melvin? —dijo ella. Él esbozó una media sonrisa y asintió.

—Soy yo, Grace, aunque no te lo creas. Soy yo.

Ninguno de los dos sabría decir cuánto tiempo estuvieron sentados el uno frente al otro. De vez en cuando miraban de reojo al cuerpo inerte de Jimmy, desconfiados, pero este seguía en la misma posición en la que había dado su último aliento.

El canto de los pájaros, el rumor de las hojas y el zumbido de los mosquitos demostraba la indiferencia de la naturaleza, la fuerza de la

vida que había de continuar por encima de cualquier circunstancia.

Lo primero que hizo Grace cuando se incorporó, fue librar a Melvin de la cadena. Sabía que Jimmy llevaba siempre consigo el manojo de llaves que abrían cada cerradura, puerta o candado de su casa. En pocos minutos, Melvin se vio libre. Pasó las manos por las yagas de su cuello y empezó a llorar. Grace intentó consolarlo, pero sabía que necesitaba su tiempo.

Tal vez por verlo tan vulnerable, Grace comenzó a llorar de nuevo y ambos se abrazaron. El miedo y el sufrimiento seguía oscureciendo sus corazones. La muerte de Jimmy era demasiado reciente como para que aceptaran que eran libres.

—Tenemos que deshacernos del cuerpo —dijo Melvin. Grace se separó de él y cogió aire. El destino volvía a ponerle en una situación muy similar a la de Richard Preston. Si bien ella no había estrujado su cuello hasta asfixiarlo, podía considerarse cómplice de su asesinato.

—Podemos enterrarlo —sugirió Grace. Melvin ojeó el suelo y negó con la cabeza. Sabía la manera perfecta de hacer desaparecer para siempre el cuerpo.

Grace no estaba de acuerdo, pero eso no detuvo a Melvin. Jimmy les había amenazado en bastantes ocasiones con arrojarles a los caimanes y Melvin consideró que esa era la mejor manera de deshacerse de él. Por ello, ayudándose de las indicaciones de Grace, avanzó en la dirección a la que solía señalar Jimmy hasta que llegó a orillas de un pantano. Este estaba cercado en su gran mayoría y en la valla, oxidada y retorcida en muchos de sus puntos, había carteles con el dibujo de un caimán junto a la señal de peligro.

Esa misma noche, desnudaron el cadáver de Jimmy y lo arrastraron hasta el pantano. Lo tiraron al otro lado de la valla y el cuerpo rodó por sí solo hasta la orilla. Lo macabro del acto no se reflejaba en la actitud de Grace o de Melvin. A su parecer, no estaban haciendo nada moralmente cuestionable, sino deshaciéndose de la persona que los había secuestrado, vejado y aterrorizado durante diez meses.

—Ahí vienen —susurró Melvin.

La hierba alrededor del cuerpo comenzó a moverse. Algunos rugidos destacaron sobre el silencio de la noche y en apenas un segundo el cuerpo de Jimmy Lamburq desapareció bajo el agua negra y densa del pantano.

Cuando regresaron a la casa, se sentaron y estuvieron en silencio un buen rato. Cada uno necesitaba cierto tiempo para procesar lo sucedido en las últimas horas. El ambiente era radicalmente distinto al de unas horas antes, como si la presencia de Jimmy envenenara todo lo que había a su alrededor.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto? —preguntó Melvin. Grace

movió la cabeza de un lado a otro. No tenía la respuesta. Todo comenzó años atrás cuando la vida de todos los implicados convergieron en la residencia de los Preston.

Transcurrieron unas horas más, tiempo indefinido para ambos. La percepción que tenían el uno del otro era cercana y extraña al mismo tiempo.

—¿Cuándo te recuperaste? —preguntó Grace.

—Hace semanas, aunque no podría decirte cuántas —respondió Melvin mientras se quitaba pellas de barro de las manos.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque quería matarlo. Sabía que solo tenía que esperar mi oportunidad. Tenía que acercarse lo suficiente a mí y darme la espalda para poder atraparlo, que es lo que ha ocurrido hoy. —Grace lo miraba incrédula.

—Hace poco estuvo a punto de matarte. Te puso la pistola en la sien —le recriminó Grace—. ¿Por qué no hiciste nada entonces?

—Tenía que asegurarme.

—¿De qué? —preguntó Grace.

Melvin suspiró.

—Tardé bastante en averiguar qué estaba ocurriendo, pero cuando recordé quién era Jimmy, decidí fingir. Mis piernas estaban débiles, al igual que mis brazos, por lo que necesitaba un poco de tiempo para recuperarme. Por eso no protestaba cuando me obligaba a trabajar; yo sabía que era justo lo que necesitaba. Después solo tenía que esperar la oportunidad.

Grace no daba crédito.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó Melvin.

—Me secuestró en Richmond, después de dar un concierto. Todo sucedió muy rápido. Por entonces tú ya estabas en el maletero del coche, malherido.

Melvin asintió.

—Me atacó en Waycross. Julia me pidió que la llevara hasta allí, aunque no dijo el porqué. Lo vi después de que me golpeara; antes de que asesinara a Julia.

Grace respiró con fuerza y agachó el rostro. ¿Cómo una persona podía proporcionar tanto mal a los que les rodeaban? Richard Preston fue el primero que cayó en la espiral autodestructiva de Jimmy.

Grace miró a su alrededor y comenzó a pensar en cómo salir de una vez de aquel cenagal apestoso y regresar junto a su familia. Diez meses era mucho tiempo, pero no tanto como para que se hubieran olvidado de ella. Es cierto que Jimmy la obligó a escribir esa maldita carta, pero confiaba en que Edward no se la creyera.

—Tenemos que volver —continuó Grace mientras se incorporaba —. Los dos teníamos una vida antes de que ese animal se cruzara en

nuestro camino.

Melvin continuaba sentado.

—Tienes razón. Es hora de volver a casa.

Capítulo 41

SUR DE LUISIANA
1975

Se despertaron cerca del mediodía y, aun así, se sentían cansados. Por primera vez en diez meses podían estar relajados, sin las amenazas o las vejaciones de Jimmy, y eso lo notaron en sus cuerpos. Incluso creían escuchar sus voces, el crujido de la madera bajo sus pasos o el clic metálico de las latas de cerveza. Les resultaba complicado aceptar que esa amenaza se había desvanecido para siempre.

—No sabemos qué relaciones tenía Jimmy fuera de esta casa —advirtió Melvin—. Tenemos que ser precavidos. Además, no tenemos dinero. Esperemos que el coche tenga gasolina suficiente para salir de aquí.

Grace asintió.

—Cuando se marchaba a comprar siempre lo hacía en esa dirección. Tendríamos que ir hacia allí y alejarnos lo más rápido posible de este lugar.

Melvin miró a través de la ventana. Sobre la hierba se vislumbraban débiles marcas de neumáticos. En cuanto al coche de Jimmy, estaba aparcado junto a la casa. Llevaba casi una semana sin utilizarlo, aunque Melvin confió en que funcionase.

—¿Sabes por qué Julia quiso reunirse con Jimmy? —preguntó Melvin.

—Jimmy le pidió dinero. Durante muchos años mantuvo una relación con ella a escondidas. Creo que la chantajeó. Ya sabes cómo era Julia.

Melvin no contestó, sino que se quedó pensando, con el ceño fruncido, en una conclusión a la que había llegado gracias a las palabras de Grace.

—¿Dinero? ¿Cuánto dinero?

—No lo sé, Melvin. ¿Por qué?

Se giró hacia ella.

—Porque de camino a Waycross Julia insistió que nos detuviésemos en Albany. Me comentó que quería visitar a unos parientes.

—¿Qué tiene que ver eso con Jimmy?

Melvin sonrió mientras se pasaba la mano por el cuello, acariciando suavemente las llagas que la cadena le había causado a lo largo de todo ese tiempo. Estas se quedarían en él para el resto de su

vida, aunque sus heridas se curaran bien.

—La visita no duró más de cinco minutos. Era un barrio humilde; el típico lugar donde la presencia de una mujer como Julia llama la atención. Insistí en acompañarla, pero se opuso. Podría decirse que hasta discutimos, aunque al final desistí. Cuando regresó al coche, traía consigo una bolsa de cuero. El problema es que no sé si la llevaba cuando se fue.

—¿Qué había en esa bolsa? —Grace clavó sus ojos en los de Melvin.

—Después de lo que hemos hablado, diría que había dinero. No visitó a ningún pariente. Fue a recoger dinero —dijo Melvin.

—¿Quién se lo daría?

Melvin encogió los hombros.

—Todas las maneras que se me ocurren de conseguir dinero rápido son ilegales, Grace.

Sin embargo, la atención de ella se centró en otro punto.

—¿Jimmy se lo llevó? —preguntó Grace.

—Es lo más probable. Si en esa bolsa realmente había dinero, Jimmy se la llevaría consigo.

Grace y Melvin miraron a su alrededor. Si el exterior de la casa estaba en un estado lamentable, el interior parecía estar en plena descomposición. La mayoría de la madera estaba podrida. El suelo abombado y repleto de agujeros por donde podía oírse el trasiego de las ratas y las cucarachas.

—Tiene que estar aquí. En alguna parte —dijo Melvin.

Tardaron casi tres días en encontrarlo. En un principio buscaron por la casa, aunque de una manera superficial, pero después fueron profundizando en la propia estructura del edificio, retirando listones de madera, derribando paredes o levantando el suelo. Sin embargo, a medida que la casa se asemejaba cada vez más a un esqueleto, la desesperación crecía en ellos.

—Quizás se lo gastara todo. Consumía droga y bebía de una manera enfermiza —dijo Grace. Pero Melvin le convenció de que debían seguir buscando.

—Si se hubiera quedado sin dinero nos habría utilizado para llenarse de nuevo los bolsillos. No lo hizo, así que debía tener alguna cantidad guardada. ¡Sigamos buscando!

Por fin, tras una desvencijada estantería, Melvin encontró la bolsa que, muchos meses atrás, Julia Preston llevó en su regazo durante gran parte del viaje hacia Waycross. En su interior quedaban poco más de veinte mil dólares.

—Es más que suficiente.

—Es el momento, ¿no? —preguntó Melvin.

—Marchémonos de una vez de este lugar.

Sin perder más tiempo, echaron lo que les podía ser útil en el coche y se aseguraron de que este funcionaba. Melvin arrancó el motor y pisó varias veces el acelerador para revolucionar el motor. Después, dejándolo arrancado, se bajó. Grace estaba de pie frente a la casa.

—Ya forma parte de pasado, Grace. Vámonos.

—Diez meses, Melvin. ¿Por qué hemos tenido que sufrir esto? —Las lágrimas caían por el rostro de Grace.

—Hay preguntas que no tienen respuesta. Lo importante es que se ha terminado.

Grace apretó los labios.

—Sabes igual que yo que cada vez que cerremos los ojos, cada vez que soñemos, volveremos a este lugar. Nada podrá hacer que nos olvidemos de esto.

Melvin respiró con fuerza y tosió. No acababa de acostumbrarse a la pestilencia del lugar.

Montaron por fin en el coche y se alejaron lentamente. La casa de Jimmy, su reino del terror, fue quedando atrás, oculto por la vegetación hasta desaparecer por completo, como si aquel lugar estuviese protegido por algún hechizo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Grace.

—No podemos ir muy lejos con este coche. Pese a todo, ya sabes lo que le ocurrió a Jimmy. Eso nos impide también acudir a la policía.

—Arrojamos su cuerpo a los caimanes —susurró Grace—. Además, Jimmy comentó que se había encargado de inculparte del asesinato de Julia.

—Lo hicimos desaparecer para siempre —le corrigió Melvin—. No estoy dispuesto a que me arresten por culpa de él. No después de todo lo que nos hizo.

Grace se angustió ante la encrucijada en la que se encontraban. Ella había confesado el asesinato de Richard Preston y Jimmy había hecho algo —no sabían exactamente el qué— para que pensaran que Melvin estaba detrás de la muerte de Julia. Eso les impedía acudir a la policía, aparte del hecho de que se habían desprendido de Jimmy. ¿De qué manera podían aclarar todo lo que había ocurrido? ¿Cómo podría volver a mirar a Edward a los ojos? La única prueba a medias que existía era la casa que acababan de dejar a sus espaldas.

Los cuerpos de ambos se bamboleaban por los numerosos baches del sendero. Melvin conducía con precaución. Habían partido poco antes del anochecer para refugiarse en la oscuridad. Tenían la sensación de tratarse de extraterrestres que ponían sus pies por primera vez en un planeta desconocido. De repente, esos meses se habían convertido en años.

—Nos detendremos en el primer pueblo y dejaremos el coche

escondido en cualquier parte. Quién sabe si es robado o tiene infinidad de multas sin pagar. No podemos arriesgarnos a que una patrulla de policía nos pare. Será mejor pasar desapercibidos hasta que lleguemos a Carolina del Sur —dijo Melvin, mirando con desconfianza hacia el oscuro camino que se mostraba ante ambos, pálido bajo la luz del coche.

Apenas veinte minutos después vieron a lo lejos el resplandor de lo que parecía ser un pequeño pueblo. Melvin avanzó hasta que consideró oportuno salir del camino y estacionarse bajo un árbol.

—Esperaremos aquí y al amanecer caminaremos hacia el pueblo. Así no llamaremos la atención —dijo Melvin.

—Estaremos bien aquí. Este camino no parece muy transitado —dijo Grace, confiando en que la densidad de la vegetación le diera la razón.

Pasaron el resto de la noche despiertos. Pese a que estaban cansados, la tensión era suficiente para postergar el sueño. En esas horas de espera, Grace empezó a asimilar la posibilidad de volver a ver a su hija. Aunque diez meses eran suficientes para que Rita se hubiera acostumbrado a su ausencia.

Por fin, el amanecer les avisó de que había llegado el momento de partir. Antes de dejar la casa de Jimmy se habían aseado y vestido con la ropa más decente con la finalidad de no llamar la atención una vez salieran de allí. Por fortuna, Jimmy tenía guardadas algunas prendas que no debía utilizar desde hacía bastante tiempo que se adecuaron perfectamente al cuerpo delgado de Melvin. También pudo afeitarse y Grace le recortó el cabello. Igualmente, ella pudo aprovechar la ropa que llevaba en la maleta. Todo le quedaba grande, pero ya tendría tiempo de comprarse algo decente con los más de veinte mil dólares que habían encontrado en la casa de Jimmy. Pertenecían a Julia Preston y tras su muerte, le correspondería a Edward, pero tan solo utilizarían lo necesario para regresar a Columbia y le entregarían el resto.

Salieron del coche y comenzaron a caminar por el sendero. Fue entonces cuando Grace se percató de una ligera cojera que Melvin arrastraba en la pierna izquierda. Un gesto que le hacía doblarse levemente hacia ese mismo lado.

—¿Estás bien? Puedo llevar la bolsa si quieres. —Grace se refería a la bolsa con el dinero, que Melvin cargaba en ese momento.

—No te preocupes. Desde que recuperé el sentido he tenido problemas en la pierna. No me responde como es debido —dijo Melvin con un gesto de molestia en el rostro.

Grace se fijó en cómo su rodilla apenas se doblaba al caminar.

—Creo que no es de mi pierna, sino de la cabeza.

Ella asintió.

—Lo importante es que todo eso ha quedado atrás.

—Tienes razón.

Guardaron silencio el resto del camino. Ambos se sorprendieron de la angustia que les acongojaba al echar la vista atrás. Todo lo que Jimmy les había ocasionado no iba a olvidarse tan fácilmente. «Siempre volveremos a estar aquí», había dicho Grace. Mientras se alejaban, estaban viviendo la veracidad de esas palabras.

Por fin el sendero se convirtió en un camino de tierra más amplio y vislumbraron las primeras casas de lo que parecía ser un pequeño pueblo.

—Minard Town —leyó Grace en un cartel lejano—. Jamás había oído hablar de este lugar.

—Yo tampoco —contestó Melvin con solemnidad. Sus pasos se aceleraron y al cabo de unos minutos se encontraban paseando por la acera, mirando a su alrededor como si se trataran de dos presos en plena fuga.

Minard Town era un pequeño pueblo que no llegaba al millar de habitantes. Por ello, los recién llegados recibieron algunas miradas de curiosidad que les aceleró el corazón, pero pronto llegaron a la conclusión de que los forasteros no pasaban desapercibidos. Se detuvieron en una cafetería y desayunaron como hacía mucho tiempo. Incluso Grace soltó algunas lágrimas al saborear el café después de tanto tiempo. La camarera no les quitaba el ojo de encima y al llevarles lo que habían ordenado —dos platos de tortitas, beicon y huevos revueltos—, se interesó por ellos.

—No son de aquí, ¿verdad?

La camarera era una mujer de unos cincuenta años, entrada en carnes y que vestía un delantal de dudosa higiene.

—Estamos de paso —contestó Melvin. La mesera le dedicó una sonrisa tensa y volvió su atención hacia Grace.

—¿Es su marido?

Percibió cierta tensión en sus palabras. Grace no se esperaba la pregunta y antes de que pudiera darse cuenta estaba asintiendo con la cabeza.

—Es una especie de luna de miel.

La sonrisa desapareció del rostro de la mujer.

—Que aproveche —dijo dejando los platos bruscamente sobre la mesa.

Grace esperó a que se alejase.

—¿Qué le pasa?

Melvin se tapó la boca para hablar mientras masticaba una sabrosa tira de beicon.

—Que soy negro —contestó—. No parece ser un pueblo muy acogedor.

Terminaron rápidamente su desayuno y se marcharon para evitar problemas. El estómago lleno les hizo experimentar una sensación de calidez y bienestar que les hizo sonreír sin saber bien porqué.

—Hay que encontrar un teléfono. Quiero llamar a Edward cuanto antes.

Preguntaron en un par de establecimientos, pero la presencia de Melvin les hizo recibir una negativa tras otra. Finalmente, vieron que a la salida del pueblo había un motel. Pese a que todavía no era mediodía, estaban cansados y acordaron alquilar una habitación. Allí podrían descansar y, seguramente, llamar por teléfono. Sin embargo, encontraron nuevos escollos en la recepción del motel.

—La reserva mínima son tres noches. Pago por adelantado —les dijo el recepcionista sin levantarse de la silla desde donde veía la televisión.

—Pero solo necesitamos una —dijo Grace.

—Son las normas.

Sin otro lugar al que acudir, aceptaron y abonaron las tres noches. Era una suma insignificante comparada con la cantidad de dinero que llevaban en la bolsa.

—¿Hay teléfono en la habitación? —preguntó Grace. Melvin consideró oportuno mantenerse en un segundo plano. La discriminación no era nada nuevo para él y sabía qué era lo verdaderamente importante en ese momento.

—Solo llamadas nacionales —advirtió el recepcionista. Este solo se levantó de la silla para recoger el dinero.

—Descuide —respondió Grace.

Nada más entrar en la habitación fue en busca del teléfono y marcó el número de su casa. El corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban. Sin embargo, apenas marcó el número, se percató de que no había respuesta. Miró con cara de circunstancia a Melvin y lo intentó de nuevo, hasta cinco veces, pero la respuesta fue siempre la misma.

—Es como si estuviera fuera de servicio —dijo Grace apenada.

—Llama a la casa de Blackville. Tal vez se mudaron allí después de… ya lo sabes.

Melvin le dijo el número a Grace y esta lo marcó. La desilusión le ahogó cuando tampoco obtuvo respuesta.

—¿Qué significa esto, Melvin?

—Tal vez no funcione el teléfono. Prueba a llamar a otro número que te sepas.

Grace asintió y trajo a su cabeza el número de Matthew Lewis. No iba a intercambiar ni una sola palabra con él. Tan solo quería asegurarse de que el teléfono funcionaba correctamente.

—Matthew Lewis —dijo el director de la discográfica. Escuchar su

voz causó un gran impacto en Grace, que colgó enseguida.

—El teléfono funciona perfectamente.

Melvin se acercó.

—Déjame probar a mí.

Perdieron la cuenta de las veces que llamaron tanto a la casa de Columbia como a la de Blackwille, pero en todas ellas no obtuvieron respuesta alguna. Incluso llamaron a los números de emergencias que estaban anotados en una pequeña agenda junto al teléfono. Todos contestaron.

Grace se sentó sobre la cama con los ojos vidriosos.

—¿Qué está pasando?

—Tiene que haber una explicación, Grace. Sabemos que están bien porque Jimmy fue el responsable de la muerte de Julia y él estuvo con nosotros estos últimos meses.

Grace tragó saliva.

—Pero a veces se marchaba. ¿Lo recuerdas? Por varios días. Nos dejaba atados. ¿Y si…?

—No pienses en eso. Edward, tu hija y el resto están bien. Los encontraremos. Necesitaremos un coche para salir de este pueblo y regresar a Columbia. Pronto estaremos todos juntos de nuevo. Te lo garantizo.

Pero el varapalo que se había llevado Grace la había destrozado. Agotada tanto física como mentalmente, pasó el resto del día tumbada en la cama, en un duermevela cuya protagonista era Rita. ¿Cuándo volvería a verla? ¿Estaría bien? Su vida carecía de sentido si le había ocurrido algo.

A la mañana siguiente, Grace se despertó más animada. Se guardó cinco mil dólares en el bolsillo y se marchó en busca de un coche. Le dijo a Melvin que se quedara en la habitación, pues así las cosas serían más fáciles. Al cabo de dos horas, Grace regresó al motel conduciendo una vieja ranchera. Melvin estaba muy sorprendido.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó mientras observaba el coche.

—Pregunté por ahí y un hombre me dijo que en la gasolinera tenían un par de ellos a la venta. Fui hasta allí y el resto es historia. Puse los cinco mil dólares sobre el mostrador y les dije que necesitaba uno.

—¿Has pagado cinco mil dólares por esto? —exclamó Melvin.

—Necesitábamos un coche, ¿no es así? Quería conseguirlo rápido y sin preguntas.

Melvin abrió el capó.

—Desde luego han salido ganando. Estoy seguro de que podrías haberlo conseguido por dos de los grandes.

Grace le quitó importancia al asunto.

—Lo único que importa es que ya podemos ir hasta Columbia.

—Eso será si este trasto no nos deja tirados. Debería haber ido contigo.

Pero la urgencia de Grace por salir de allí le hacía rechazar cualquier otra opción.

—Lo hará, Melvin. Pongámonos en marcha, Quiero llegar a casa cuanto antes.

Se demoraron unos veinte minutos antes de ponerse en carretera. Melvin se puso al volante y comenzaron el camino de regreso. Al cabo de unos pocos kilómetros descubrieron que se encontraban al oeste de Lafayette, por lo que tenían todavía unas veinte horas de carretera hasta llegar a Columbia.

—Pararemos a medio camino —dijo Grace. Estaba preocupada por no haber podido localizar a Edward.

—Me parece bien.

Sin embargo, apenas una hora después, el ruido del motor alertó a Melvin, que frunció el ceño e inclinó su cuerpo hacia delante como si así pudiera observar lo que estaba ocurriendo bajo el capó.

—¿Todo bien? —preguntó Grace, alertada la expresión de Melvin.

—Pues la verdad que no. El motor está perdiendo potencia.

—¿Tiene gasolina?

La pregunta resultaba evidente, pero Grace se negaba a aceptar que la situación fuera a peor. Sentía como si unos tentáculos invisibles les impidiera salir del estado de Luisiana.

—No creo que la gasolina sea el problema. Llenamos el depósito hace un par de horas.

—Entonces, ¿qué es?

Melvin torció el rostro.

—No estoy seguro, pero deberíamos parar en el primer taller que nos encontremos.

Grace clavó sus ojos en Melvin.

—Es mucho mejor eso que esperar a que el motor acabe por reventar.

Ella no dijo nada. Giró la cabeza hacia la ventanilla y contempló el paisaje con las primeras lágrimas cayendo sobre su rostro. De nuevo el destino la ponía a prueba. Melvin era consciente de lo mucho que le había afectado la noticia y optó por guardar silencio hasta que encontraron un taller no mucho después, a las afueras de Nueva Orleans.

Afortunadamente, el mecánico les dijo que el coche tenía solución, aunque le llevaría dos días como mínimo tenerlo a punto. A Grace le pasó la cabeza comprar otro para continuar el camino, pero Melvin pudo convencerla de lo contrario.

—Después de casi once meses, un par de días no son nada, Grace.

Aprovecharemos para reponernos y comprar algo de ropa.

Sin Melvin saberlo, aquella decisión les evitaría muchos problemas a corto plazo. No obstante, Grace le entregó al mecánico una propina de quinientos dólares para asegurarse de que el coche quedara arreglado lo antes posible.

Pasaron el resto de la tarde paseando por Nueva Orleans e intentando contactar tanto como con Columbia como con Blackville, pero no consiguieron nada. Era como si esos números de teléfono hubieran dejado de existir. Grace estaba tan preocupada que fue incapaz de pegar ojo esa noche. Además, experimentó un terror creciente en la oscuridad de la habitación. Su cuerpo respondía a una amenaza que ella sabía que era fruto de su experiencia traumática de los últimos meses. Jimmy parecía murmurar en la oscuridad de la habitación, susurrando su nombre, arrastrándose hacia ella. Se agobió tanto que no le quedó más remedio que salir a caminar.

Las calles estaban solitarias a las dos de la madrugada. Tan solo se acumulaban algunas personas en torno a los pubs que quedaban abiertos. Sin otro sitio a donde ir, Grace entró en uno de ellos y se pidió una cerveza. Sonaba Pink Floyd de fondo. Grace se recreó con el sonido melódico de la guitarra y la voz de Rogers Waters. Poco a poco, su vida estaba volviendo a la normalidad.

El beber un par de cervezas después de tanto tiempo, le permitió dormir plácidamente cuando regresó a la habitación. No se despertaría hasta cerca de las once de la mañana debido a los gritos de Melvin.

—¿Qué ocurre? —dijo incorporándose de un salto. Melvin le mostró una hoja de periódico.

—¡Léela!

Estaba muy alterado y eso preocupó enormemente a Grace. Agarró el periódico y comenzó a leer. Su rostro fue transformándose a medida que avanzaba en la noticia. No podía ser cierto.

—¿Qué es esto?

Melvin iba de un lado a otro de la habitación.

—Soy sospechoso del asesinato de Julia Preston, pero tú también eres sospechosa.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Grace clavando sus ojos en la noticia. Se relacionaba a Grace Lamburq debido a unas supuestas anotaciones que habían aparecido en el bolso de la fallecida Julia Preston—. Ese hijo de puta de Jimmy.

Por si no fuera suficiente, en la noticia se reflejaba que existía una carta manuscrita por la propia Grace citando a Julia.

—El hijo del aciago matrimonio espera que se haga justicia y los culpables paguen por sus crímenes… —leyó Grace.

—¿Nos persigue la policía? ¿Después de todo lo que hemos pasado? ¡Es una puta broma! —exclamó Melvin.

Capítulo 42

Eso era exactamente lo que rezaba en esa hoja de periódico. En un extenso artículo se hacía referencia al misterioso asesinato de Julia Preston, por el cual se iba tras la pista de Melvin Johnson, principal sospechoso del asesinato, así como de Grace Lamburq, también conocida como Gigi. No faltaba la teoría de la fuerte adicción a las drogas por parte de Gigi como origen de todos los problemas.

—Pero esto no es cierto —exclamó Grace—. Jimmy hizo todo esto.

—Lee todas las malditas líneas. Lo dejan bastante claro.

Grace bajó la mirada. La hoja del periódico temblaba en sus manos. Fue entonces cuando recordó lo que Jimmy les había gritado cuando Melvin estaba en el maletero, conmocionado por los golpes y las muchas horas que llevaba encerrado en la oscuridad. «Los asesinos de los Preston».

—Jimmy lo sabía… —dijo Grace.

—¿A qué te refieres?

—Jimmy lo tenía todo planeado. No le bastó con secuestrarnos. Nos ha jodido la vida. ¿Cómo podía saber que acabaría ocurriendo?

Melvin respiró con fuerza.

—Debió dejar alguna prueba que me incriminase —dijo al cabo de unos segundos.

—Me obligó a escribir la carta —concluyó Grace, que bajó su mirada de nuevo hacia el periódico.

El principal motivo que inducía a Melvin como sospechoso era la presencia de su cartera en la escena del crimen, pero hasta para Grace, aquello resultaba demasiado evidente. Además de eso, el artículo incidía en el hecho de que viajaron sin previo aviso, que había testigos que aseguran vieron a la señora Preston junto con Melvin y, aunque no lo decía de manera clara, se hacía referencia al color de piel para terminar de sustentar las sospechas en torno a él.

—Jimmy dejó una nota en el bolso de Julia haciendo referencia a la muerte de su marido. ¡Hijo de puta! Por eso me obligó a escribir la nota.

Melvin se tapó el rostro con las manos.

—No puedo creerme todo esto.

Grace procuró presuponer cuáles serían las consecuencias. Lo principal era que el verdadero asesino de Julia, Jimmy, había sido devorado por los caimanes de un pantano del sur de Luisiana.

Culparlo carecía de sentido, ya que tendrían que confesar su muerte, lo que provocaría el arresto de ambos.

—¿Qué vamos a hacer, Grace?

—No lo sé. Pero nosotros no tuvimos nada que ver en la muerte de Julia. —Grace obvió por el momento la verdad acerca de la muerte del señor Preston. Ella no lo había tirado por las escaleras, pero, aun así, fue cómplice. Sin embargo, no era el momento de complicar más las cosas. Además, Melvin estaba encerrado en el maletero cuando Jimmy le obligó a escribir la carta.

—Si vamos a Columbia nos arriesgamos a que nos arresten —dijo Melvin.

—Si no encontramos a Edward y los demás, no podremos contar lo que ocurrió.

Melvin tardó un par de segundos en comprender el razonamiento de Grace.

—Tienes razón.

Grace cerró los ojos y contuvo el llanto.

—¡Ese es el plan! Vamos a llegar sanos y salvos a Columbia y vamos a reencontrarnos con los nuestros. Contaremos la verdad y lo aclaremos todo. En cuanto a Jimmy, diremos que se fue sin más y no volvimos a saber de él.

Melvin asintió emocionado, dividido entre el miedo y el desconcierto. Era la primera vez que Grace lo veía así, abierto, mostrando sus sentimientos. Recordó sus malogrados sentimientos hacia Dorothy y se preguntó si en esas lágrimas estaría también parte del dolor por haber renunciado a ella.

La fortuna se alió con ellos y esa misma tarde, cuando pasaron por el taller, el mecánico les dijo que había reparado el coche. Los dos sabían que la propina de quinientos dólares era un potente estimulante. Sin más, partieron hacia Columbia.

Grace se emocionó cuando, casi diez horas después, el coche se detuvo frente al edificio en el que convivió con Edward. Rápidamente se bajó, corrió hacia el portal y tocó el botón de su apartamento. Mientras esperaba, jadeaba presa de la emoción. Su hija podía estar ahí mismo, tan solo unos cuantos metros sobre su cabeza. Atrás quedaban los miles de kilómetros que la habían separado los últimos meses.

Pero no contestó nadie. Desesperada, pulsó de nuevo el botón. Mientras tanto, Melvin la miraba con cara de circunstancia.

—¿Por qué no contestan? —preguntó. Melvin no supo qué decir y miró hacia la fachada del edificio como si allí pudiera encontrar la respuesta.

En ese momento, una señora mayor apareció al otro lado de la puerta principal del edificio. Esta era de cristal y durante unos

segundos, la anciana miró desconfiada a la pareja que había al otro lado. Sin embargo, Grace la reconoció enseguida. Era una vecina del edificio con la que apenas se cruzó más que en una docena de ocasiones. No obstante, la anciana no reconoció a la mujer delgada, de rostro afilado y mirada angustiada que tenía delante, acompañada de un afroamericano con multitud de cicatrices en su rostro y horripilante herida en el cuello.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó abriendo la puerta lo mínimo para que se escuchara su voz.

A Grace se le quebró la voz.

—Estamos buscando a Edward Preston —dijo al fin, tratando de ocultar su identidad. No estarían a salvo hasta que se encontraran con él y le contaran toda la verdad.

La anciana frunció el ceño.

—¿Edward Preston?

Reflexionó durante segundos que fueron siglos para Grace.

—No, ya no vive aquí. Se marchó hace un tiempo.

Melvin tuvo que sujetar a Grace por el brazo para que esta no perdiera el equilibrio. La anciana se percató del gesto y amagó con cerrar la puerta.

—¿Sabe a dónde fue o por qué? —preguntó Grace, poniendo su mano en el hueco de la cerradura.

La anciana la miró de arriba abajo antes de contestar.

—No, señorita. Lo único que sé es que se marchó a causa del fallecimiento de un familiar. En este caso de una pequeña criatura. Algo terrible.

Los ojos de Grace se abrieron de par en par mientras se preguntaba si era cierto lo que acababa de escuchar. Su corazón se rompió en pedazos.

—¿Una criatura?

—Así es. Y ahora, si me disculpan…

La anciana cerró la puerta y Grace aporreó el cristal

—¿Era una niña? ¿Falleció una niña?

Sin embargo, la paciencia de la mujer había llegado a su límite y amenazó con llamar a la policía. Melvin sabía que era el momento de marcharse. La situación no era la mejor, pero podía empeorar mucho más.

—Vámonos, Grace —dijo tirándole del brazo.

—¡Tengo que saberlo! ¡Es mi hija!

Desesperado, Melvin la cogió en volandas y la llevó hasta el coche. Con total seguridad la policía estaría allí en pocos minutos. Había muchos curiosos que los miraban desde las ventanas y la acera.

—¡Grace, por favor! ¡Tenemos que irnos!

Melvin abrió la puerta de la camioneta con una mano, mientras

con otra procuraba que Grace no se le escapara. Conocer la supuesta muerte de su hija le había hecho enloquecer. Después de varios segundos de forcejeo, Melvin consiguió subirla, momento en el que la histeria de ella dio paso a un llanto desconsolado. Él subió rápidamente y pisó el acelerador para marcharse de allí lo antes posible.

Durante un buen rato estuvieron circulando sin destino alguno por las calles de Columbia. Una copiosa lluvia los acompañaba mientras trataban de asimilar lo que acababa de suceder. Melvin sabía que era él quien debía recapacitar fríamente sobre qué hacer a continuación. Grace estaba demasiado afectada. Se había hecho un ovillo en el asiento del copiloto y lloraba con amargura.

—Mi hija…

El recuerdo de la sonrisa de Rita, de sus manos todavía torpes acariciando su rostro o sujetando con dificultad sus primeros juguetes, torturaba a Grace. Se preguntaba una y otra vez qué le había pasado, si acaso su ausencia fue lo que le costó la vida a su hija o quizás Jimmy lo hizo en alguno de sus viajes.

En varias ocasiones, Melvin trató de consolarla, pero no supo qué decirle y optó por el silencio. Compartía su dolor y hasta hubo un momento que las lágrimas desfilaron también por su rostro.

—Iremos en busca de mi hermano Marcus. Estoy seguro de que él podrá decirnos qué está pasando.

Grace no contestó. Su hija había fallecido y con ella, una parte de su propio ser. Pensar en Edward le provocó otro arrebato de llanto. Solo Dios sabría lo que él había sufrido.

Llegaron a Blackville en plena madrugada, aunque eso no fue inconveniente para que Melvin se dirigiera directamente hacia las afueras, hacia la residencia de los Preston. Averiguar qué había pasado durante la ausencia de ambos se había convertido en una necesidad tan crucial como respirar.

Inmersa en su dolor, Grace se quedó dormida poco antes de llegar a Blackville, pero Melvin estaba activo y mantenía en todo momento una mirada vigilante. Se sintió ligeramente reconfortado cuando reconoció la carretera y supo que se encontraba a pocos minutos de llegar al sendero de tierra que conducía hasta la residencia de los Preston. Abrazaría a su hermano y este les contaría qué había pasado. Tan solo faltaban unos minutos para que eso sucediese.

Tomó el desvío del sendero y aceleró para llegar cuanto antes. Sin embargo, apenas había recorrido cien metros, tuvo que pisar el freno con todas sus fuerzas para no impactar con la puerta metálica que impedía el acceso a la residencia de los Preston. La inercia empujó el cuerpo de Grace hacia delante, golpeándose con el salpicadero.

—¿Qué ha pasado? —exclamó. Pero Melvin no contestaba. Tan

solo miraba fijamente la monstruosa puerta metálica, así como la valla que cercaba la propiedad. Grace también se sorprendió al verla.

Al otro lado de la puerta, camuflada en la oscuridad, había una pequeña garita de la que salió un guarda de seguridad con una linterna que apuntó rápidamente hacia ellos. Melvin y Grace pusieron sus manos delante de sus ojos para evitar que los deslumbraran.

—¿Qué están haciendo? —dijo el guarda con un tono impaciente.

Melvin salió del coche y levantó sus manos.

—Cuidado, amigo. ¿Qué es lo que quiere? —insistió el guarda. Grace también se bajó, lo que puso al hombre más nervioso todavía, que no sabía cómo afrontar un posible ataque.

—No queremos problemas —dijo Grace, consciente de que una presencia femenina lo relajaría.

—Pues vayan por donde han venido. No tiene nada que hacer aquí.

Grace y Melvin se miraron.

—Venimos a la residencia de los Preston —dijo Grace.

Al escuchar el nombre, el guarda se relajó un poco, acercándose a la puerta.

—¿Así que a la residencia de los Preston?

—Así es, señor —dijo Melvin—. Pasada la curva que hay un poco más adelante, al otro lado de la arboleda, se encuentra la residencia.

Grace tuvo el impulso de decir que era la esposa de Edward Preston, pero cayó en la cuenta de que al hombre le resultaría sospechoso que hubieran aparecido a esas horas de la noche.

—Una preciosa casa de ladrillos rojos, ¿verdad?

Melvin y Grace se miraron extrañados ante las palabras del guarda.

—Es una casa blanca, señor —dijo Melvin. Esto provocó que el guarda dejara escapar una sonrisa. Los había puesto a prueba.

—Oiga, no sé qué es lo que quieren, pero los Preston ya no viven aquí.

—¿Cómo que no viven aquí? —se le escapó a Grace. El guarda la miró de reojo.

—Lo único que sé es que Philip Morris compró la propiedad hace unos cuantos meses. Antes había aquí una pequeña plantación que pertenecía a una tal familia Preston, pero se marcharon. No me pregunten a dónde porque no lo sé. Para cuando comencé a trabajar aquí no había ni rastro de ellos.

El guarda debió percibir el gesto de incredulidad de ambos porque encendió de nuevo la linterna y la apuntó a un cartel que había encima del techo de la garita y que había pasado inadvertido hasta ese momento. En él podía leerse: PHILLIP MORRIS TABBACO CO.

No les quedó más remedio que marcharse sin que fueran capaces

de asimilar la noticia. De nuevo, Melvin condujo sin rumbo hasta que se detuvo en un área de descanso en el que un cartel de neón anunciaba que la cafetería estaba abierta las veinticuatro horas del día. Cuando entraron, a eso de las cinco, tan solo había dos personas sentadas en sus respectivas mesas y un camarero apoyado en la barra que los miró sin mucha simpatía. No les importaba. Habían evitado a la policía hasta ese momento y eso les permitía continuar la búsqueda. Pidieron un poco de café y estuvieron en silencio un buen rato, mientras los primeros tonos del amanecer aparecían en el cielo y se animaba el tráfico de la carretera.

—Algo tuvo que pasar —dijo Grace justo antes de encender un cigarrillo. Había un puesto de venta en la misma barra. Melvin estaba serio y se acariciaba las cicatrices del cuello mientras miraba hacia ninguna parte.

—Solo han pasado diez meses, Grace.

—Lo sé, Melvin, pero tú lo has visto igual que yo. Las tierras de los Preston pertenecen ahora a Philip Morris y mi hija… —Grace apretó sus labios antes de continuar—, se ha ido de este mundo.

Dio una fuerte calada al cigarrillo para tranquilizarse. La ceniza cayó sobre la mesa y Melvin la retiró de un soplido.

—No sé qué podemos hacer.

—Estoy segura de que alguien debe saber qué ocurrió. Los Preston eran conocidos en Blackville; la venta de sus tierras no ha podido pasar inadvertida —dijo Grace.

—No podemos pasearnos por Blackville, Grace. —Bajó la voz—. Somos sospechosos de asesinato.

Grace asintió solemne y trató de concentrarse. Había otras cuestiones a las que debían hacer frente. Habían recuperado su libertad hacía poco menos de una semana, pero en ambos se repetía cada vez con más intensidad la pregunta de qué iban a vivir una vez gastaran el dinero. En un principio, confiaban en encontrar rápido tanto a Edward como a Marcus, pero ahí, mientras el sol comenzaba a brotar del horizonte una vez más, cayeron en la cuenta de que su búsqueda iba a prolongarse en el tiempo y de que estar yendo de un lado a otro constantemente era inviable.

—Hay un pueblo a pocos kilómetros de Blackville. Podemos instalarnos allí y averiguar lo máximo posible sin levantar sospechas —dijo Grace. Melvin frunció el ceño.

—¿Te refieres a Barnwell?

—Es lo único que se me ocurre.

—Empezar de cero.

—No, Melvin. Vamos a seguir buscando a nuestra familia. Solo si los encontramos podremos empezar de cero.

Cuatro días más tarde, Grace alquiló una pequeña casa en

Barnwell. Su estado era cuestionable, pero precisamente por ello, el precio del alquiler era irrisorio y eso les permitía plantear con más tranquilidad cómo iban a gestionar el dinero que les quedaba. Lo que un principio les pareció una fortuna, en pocos meses se convirtió en un bien escaso y menguante. Los dos se enfocaron únicamente en averiguar algo acerca de la venta de la residencia de los Preston o qué había sido de Marcus, Dorothy y Quinn, pero no consiguieron nada y la desesperanza creció en ellos.

El transcurso de los meses les obligó a ser más cuidadosos con el dinero hasta que llegó el momento en el que Melvin buscó trabajo en una plantación cercana, reviviendo cruelmente su pasado. Sin documentación ni más preguntas de las necesarias, corría poco riesgo de que lo descubrieran. Además, afirmaba que con su sueldo Grace podría dedicarse a continuar la búsqueda, objetivo de ambos.

—¿Estoy pagando por mis pecados? —se preguntaba. Grace hubiera dado su alma por tener una respuesta, por conocer el motivo por el cual la vida se cebaba con ella.

En esos días pensó mucho en el señor Preston, en cómo lo dejó morir; en Kourtney, a la cual dejó de lado pese a todo lo que había hecho por ella. Todo esto la llevaba a una conclusión muy dolorosa: ¿realmente era tan mala persona? Se acordó igualmente de su tío Connor y se planteó la absurda posibilidad de que su tío se hubiera convertido en el tipo de persona que era simplemente, como ella, por sucesos que escapaban de su control. ¿Qué debió hacer cuando Julia golpeó a Robert? ¿Acaso la vida del señor Preston valía más que la suya? Lo que estaba claro era que estaba pagando con creces cada una de sus decisiones de los últimos años.

Los meses que Jimmy los retuvo en Luisiana les había dejado huellas a nivel físico y psicológico, pero también había abierto un abismo en sus almas que ahondaba en los puntos más oscuros de sus vidas.

Además, la ausencia de novedades y la constante tensión había agriado el carácter de ambos. El silencio se había vuelto la tónica general entre Grace y Melvin. Habían perdido la cuenta de los días que habían pasado sin conseguir ninguna información y las noches, momento en el que solían compartir lo que habían descubierto, se habían convertido en el momento idóneo para expiar sus pecados. Lo único que hacían era sentarse uno enfrente del otro, con una botella de whisky sobre la mesa y beber hasta que el alcohol les soltaba la lengua. Entonces revivían algunos de sus peores momentos en Luisiana o se prometían que muy pronto, como si se tratara de un juramento desesperado, conseguirían recuperar su anterior vida.

Fue en esas noches, con varios tragos de whisky a sus espaldas, cuando Grace sintió la necesidad de confesar su participación en la

muerte del señor Preston. Habló despacio, dejando que sus pensamientos se ordenasen en el interior de su cabeza y dieran paso al siguiente hecho. Por su parte, Melvin no se inmutó. Escuchó la confesión de Grace sin levantar la mirada de la mesa y sujetando el vaso con líquido ambarino entre sus manos.

—Lo único que hice fue limpiar la sangre mientras escuchaba el cuerpo caer una y otra vez —dijo Grace con la mirada perdida, moviendo su mano en sucesivos círculos. Sus ojos estaban cargados de lágrimas y en su interior brotó el miedo de que Melvin la rechazara abiertamente o la tachara de cobarde, lo cual entendería perfectamente.

—Así que Julia Preston fue responsable de la muerte de su propio marido —dijo Melvin. Grace asintió.

—Todo sucedió tan deprisa… Si pudiera volver atrás en el tiempo, yo… Solo quería escapar de esa pesadilla. Hubiera dejado que me mataran a mí también de saber que iba a ocurrir todo esto. —Se acordó de Rita y un estremecimiento sacudió su cuerpo. Vida y muerte eran una constante en su vida.

—Jimmy se aprovechó de ello. No merece la pena que te tortures más.

—No me importaría morirme ahora mismo —exclamó.

Melvin estrechó sus manos con fuerza.

—Somos lo que somos, Grace. De nada te valdrá arrepentirte de lo que hiciste —dijo Melvin. Después apuró el contenido del vaso y volvió a volcar la botella sobre él. Los dos escucharon el borboteo del whisky y se sintieron aliviados de comprobar que todavía quedaba más de media botella. La necesitaban.

—Lo hice porque no soportaba más vivir con Jimmy.

Él asintió, dio un nuevo trago y suspiró.

—Mi hermano y yo matamos a un muchacho poco antes de llegar a Blackville. Era el hijo del propietario de la fábrica donde trabajábamos. El muy hijo de puta disfrutaba viéndonos sufrir y hacía todo lo posible porque así fuera. Hasta que nos hartamos y una noche le dimos una paliza. No queríamos matarlo, aunque eso tampoco justifica lo que hicimos. El caso es que tuvimos que desaparecer para evitar problemas. —Levantó la mirada hacia Grace—. Supongo que estamos empate. Los dos tenemos cosas de las que nos avergonzamos y nos arrepentimos.

Grace no se sorprendió. Si algo bueno tenía el haber vivido durante meses en el infierno era que las cosas apenas les afectaban. Tenían un gran desapego por cuanto les rodeaba.

—Por eso fueron a Blackville, ¿no es así? —preguntó mientras se colocaba un cigarrillo en los labios.

—Nos quedamos sin dinero y estábamos lo suficientemente lejos

como para empezar de nuevo. Fue entonces cuando nos encontramos con Nolan Sanders. Casualidades de la vida…

—Desde luego. Mira dónde hemos acabado años después.

Melvin sonrió.

—Lo importante es que seguimos con vida, lo que en nuestro caso puede considerarse un lujo.

—Lo que queda claro es que estamos en manos del destino —dijo Grace mientras el humo escapaba a través de sus labios.

—Es una bonita manera de decirlo —finalizó Melvin.

Capítulo 43

TAMPA, FLORIDA
2018

Lucy no podía moverse ni respirar. Lo único que sentía era la mano de Serena estrujando su antebrazo con todas sus fuerzas. Repetía unas palabras sin cesar, pero tampoco escuchaba con claridad en ese momento. Era como si todo se estuviera derrumbando a su alrededor.

La única función de la que seguía siendo plenamente consciente era la vista. Grace y su abuelo Marcus estaban delante de ellas, como a unos diez o quince pasos. Su abuelo Marcus, el mismo que se había enterrado hacía poco y el mismo hombre que había visto a lo largo de las últimas semanas.

—¿Abuelo? —dijo Lucy con dificultad.

Grace y aquel hombre se miraron. No les hizo falta abrir la boca para intercambiar algún tipo de mensaje. Lucy lo percibió. La expresión sorprendida de su supuesto abuelo se tornó a una más relajada y Grace asintió levemente.

—No es lo que parece, querida —dijo Grace mientras levantaba levemente sus manos. Estaba claro que temía que Lucy sufriera algún tipo de ataque de histeria.

Mientras tanto, los huéspedes y demás empleados del hotel seguían transitando por el vestíbulo del hotel, ajenos a aquel inexplicable suceso: la supuesta resurrección del abuelo de Lucy.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exclamó Serena. Ambas continuaban en la misma posición en la que se habían encontrado, como cuatro pistoleros del salvaje oeste. El recepcionista empezaba a preocuparse.

—Se lo vamos a contar todo, pero para ello, deben mantener la calma, ¿entendido? —dijo Grace. Fue una de las pocas veces que Lucy la vio con cara de no saber cómo afrontar la situación, lo cual, no la tranquilizó en absoluto.

—¿Quién es? —preguntó Lucy señalando al anciano afroamericano que había junto a Grace y cuyo pelo rizado le hacía aparentar ser más joven.

Grace lo miró y encogió los hombros.

—Supongo que ya no tiene sentido seguir ocultándolo. Este hombre es Melvin Johnson. Es el hermano gemelo de tu abuelo Marcus.

Todo se precipitó a continuación. El corazón de Lucy comenzó a

latir muy deprisa; Serena no se creyó ni una sola palabra de lo que había dicho Grace y Melvin se quedó quieto mientras asentía condescendiente.

Por suerte, Grace advirtió como Lucy se precipitaba hacia la inestabilidad más absoluta y las invitó a salir del hotel para tomar el aire. Se acercó a ella, la cogió de la mano izquierda, pues Serena le sujetaba la derecha, y se dirigieron a la calle como si fuera a desplomarse o estuviera aprendiendo a caminar. En cuanto a Melvin, había salido el primero y se mantenía a cierta distancia de ellas, aunque no les quitaba los ojos de encima.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Grace.

—¿Mejor? ¿Es broma? —exclamó Lucy comenzando su fase de indignación.

—Es igual a Marcus —decía Serena mientras miraba fijamente a Melvin. Este le dedicó una sonrisa incómoda.

—Era mi hermano gemelo, señorita —contestó. Lucy casi se volvió loca al escuchar su voz por primera vez. Era ligeramente más ronca que la de su abuelo, pero bastante parecida.

Lucy miró a Grace. Tenía muchas explicaciones que darle.

—¿Qué es esto?

—Es largo de explicar.

—Me importa una mierda, Grace. Me has engañado todo este tiempo. Confiaba en ti y me has tratado como una estúpida.

Ella se envalentonó.

—Nunca te he tratado como una estúpida. Me duele que pienses eso.

—¿Perdona? —dijo Lucy mientras señalaba a Melvin—. Era él a quien veía, ¿no? ¡El día que comimos en tu nueva casa, por ejemplo! Por algún retorcido motivo que en este momento no sé cuál es, este señor me ha estado espiando unas cuantas veces en las últimas semanas. Pero lo peor de todo es que no me dijiste nada cuando te lo comenté. Ah, por cierto, ¿quieres que visitemos a tus sobrinos o está ocupado el Airbnb?

Grace bajó el rostro y suspiró. No esperaba que Lucy le plantease todo aquello de manera tan brusca.

—Está bien, Lucy. Tienes razón. No lo he hecho bien. Te mereces una explicación.

En ese momento, Melvin se acercó a Lucy y cruzó las manos delante de su pecho.

—Siento mucho que me hayas conocido de esta manera. A veces las cosas no salen como esperamos, pero solo quiero decirte que Grace no ha jugado contigo en ningún momento.

—Perdone si tengo otra opinión al respecto —respondió Lucy. Melvin sonrió y Lucy sintió un escalofrío: de cerca era prácticamente

igual a su abuelo. Serena también estaba impactada.

—En el carácter y algunas facciones eres igual a Dorothy —dijo Melvin cariñosamente—. Pero a lo que iba. No deberías juzgar a Grace hasta que tengas más información.

Lucy no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—Esa es otra. ¿Quién eres? —preguntó mirando a Grace. Esta hizo un gesto ambiguo, como si ni ella pudiera dar una respuesta.

—Es una historia muy larga —contestó.

—No te preocupes, mi jefa me ha dado varios días libres —dijo Lucy.

Melvin se giró hacia Grace.

—Esto ya no tiene sentido. La muchacha tiene que saberlo.

—¿El qué tengo que saber? —preguntó Lucy que estaba histérica. Durante unos segundos los dos la ignoraron por completo.

—Sí, tienes razón. Si Dios ha querido que sea así, así será —dijo Grace.

—¿Me vas a contar la verdad? —preguntó. Grace asintió.

—Por supuesto, Lucy, pero ya te he dicho que es una historia larga, demasiado para contártela aquí de pie. Será mejor que vayamos a mi casa, ¿de acuerdo?

Serena y ella se miraron. Estaban decididas a llegar hasta el final.

—De acuerdo.

Melvin sacó unas llaves del bolsillo.

—Voy a por el coche —dijo.

Sin embargo, aquel movimiento la hizo desconfiar.

—Espera, Grace. Perdóname, pero no me fío. Yo te llevaré en mi coche.

Grace la miró sorprendida.

—Cómo quieras. Nos vemos allí, Melvin. Conduce con cuidado.

—Descuida —dijo mientras se alejaba con una leve cojera.

Minutos después iban rumbo a Port Richey. Detrás de ellas iba Melvin. Lucy lo veía a través del espejo retrovisor.

Lucy estaba indignada con Grace, la cual se comportaba como si nada anómalo estuviese ocurriendo. Nada más subirse al coche, su atención se centró por completo en la radio, cambiando continuamente de dial hasta que encontró una cadena que retransmitía éxitos de los sesenta, setenta y ochenta.

—¿No vas a decirme nada?

Ella la miró con sus labios rojos sellados.

—Es mejor que hablemos cuando lleguemos a casa y Melvin esté delante. Será más sencillo.

Lucy estrujó el volante con todas sus fuerzas.

—¿De verdad es el hermano de mi abuelo Marcus? —preguntó.

—Salta a la vista, Lucy —dijo Serena desde la parte de atrás.

Grace dibujó una media sonrisa.

—Pues sí, Lucy, es el hermano gemelo de tu abuelo. Él y yo nos conocemos desde hace bastante tiempo, pero como ya te he dicho, hablaremos de ello en cuanto lleguemos a casa.

Lucy asintió frustrada y no estaba dispuesta a conversar acerca del tiempo o del tráfico. Miró a Serena a través del espejo retrovisor como si pretendiera avisarla de sus intenciones de volver a la carga.

—Entonces es bastante probable que conozcas a mi otro abuelo, Edward Preston, ¿sabes de quién te hablo?

Grace no contestó. Mantuvo su mirada al frente mientras los vaivenes del coche movían su cuerpo.

—Edward Preston, Grace. ¿Sabes quién es? —insistió Lucy. Sin embargo, no hubo respuesta. Solamente la vio tragar saliva y respirar con fuerza.

—Hablaremos en casa, Lucy.

Capítulo 44

BARNWELL, CAROLINA DEL SUR
1980

Grace estaba sentada en el coche. Disfrutaba de los rayos de sol que incidían sobre ella, con los ojos cerrados, concentrándose en no pensar nada. A lo lejos se escuchaba el rumor de los vehículos que circulaban por la autopista. En la radio sonaba *Somebody To Love*, de Queen, en opinión de Grace, uno de los mejores grupos del momento. La voz de Freddie Mercury le parecía un prodigio de los dioses. Sus falsetes eran simplemente de otro mundo.

Un golpe sordo provino de la parte trasera del coche. No le hizo falta abrir los ojos para saber que Melvin había acabado de echar gasolina e iba a dirigirse a la caja para pagar. Ella le había pedido una caja de chicles de menta, confiaba en que no se le olvidase. Al cabo de unos minutos, Melvin regresó con la caja de chicles, el periódico y veinticinco dólares menos.

—Veamos si dicen algo interesante —dijo Melvin poniendo la prensa sobre las piernas de Grace. Esta lo cogió, observó rápidamente la portada y buscó una página en concreto.

—No creo se hayan producido muchos avances en el caso —dijo Grace mientras luchaba con las páginas. El coche no era muy espacioso.

—No puedo creerme que hayan pasado cinco años.

Grace asintió en silencio. Cinco años desde que Jimmy los arrastrara hacia el sur de Luisiana; cinco años desde que viera a Rita y a Edward por última vez; cinco años desde que Jimmy asesinó a Julia Preston y dejara algunas evidencias para que tomaran a Melvin y a ella como principales sospechosos. Sin embargo, salvo ellos, nadie más sabía la verdad de lo ocurrido.

—Aquí está el artículo —dijo ella afinando los ojos.

—¿Novedades?

—Dame un segundo.

Melvin aceleró y se incorporó a la carretera secundaria en dirección hacia el este, concretamente hacia Walterboro. Llegarían en un par de horas, alrededor de las doce del mediodía.

—Podían haberse ahorrado la tinta —dijo Grace una vez leyó la noticia.

—¿Qué dicen? —preguntó Melvin.

—Nada nuevo. Falta de pruebas. El caso sigue archivado. Al

menos eso nos libra de acabar arrestados en cualquier control policial.

—Algo bueno tiene, sí. ¿No se menciona a la familia de la víctima?

Grace negó en silencio. Diez meses fueron suficientes para que Edward, Marcus y Dorothy se desvanecieran y nadie supiera de ellos. Lo habían intentado todo, acudido a oficinas de registro, a oficinas postales, preguntado a vecinos tanto de Columbia como de Blackville, pero nadie sabía nada. Tan solo la anciana que vivía en el mismo edificio que ella, le comentó acerca de la muerte de un bebé poco antes de la marcha de Edward: su hija Rita. Una vez asimiló su muerte, el interés de Grace por recuperar su vida fue disminuyendo con el paso de los meses y los años. En cambio, Melvin insistía en seguir buscando a su hermano, pues necesitaba saber qué fue de él.

Melvin consiguió dejar la plantación y comenzó a trabajar en un taller en Barnwell, donde vio incrementado tanto su sueldo como su calidad de vida. La cojera permanente que arrastraba no era impedimento para pasarse horas bajo los coches. Además, el trasiego de personas le permitió estar al tanto de lo que sucedía en el condado y conocer a gente que había oído hablar de los Preston. No obstante, aquello no le reportó información veraz hasta que, de manera casual, escuchó a través de una mujer que Quinn Miller, la madre de Dorothy, había muerto y estaba enterrada en su ciudad natal, Walterboro. No tardaron mucho en disponerlo todo y echarse a la carretera.

—¿Crees que estarán allí? —preguntó Grace mientras dejaban atrás el pueblo de Ehrhardt. Melvin hizo un gesto ambiguo. Se habían llevado tantas decepciones que ilusionarse les parecía banal e innecesario.

—Me gustaría que fuera así, pero no lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que Dorothy acudiría al funeral de su madre. Estaban muy unidas.

Grace sonrió melancólica.

—¿Cuándo falleció Quinn?

—Por lo que me dijo la mujer, hace unos cuatro años.

Grace dejó escapar el aire con desgana.

—Siempre llegamos tarde. Es como tratar de agarrar el aire con las manos —dijo Grace pensando en las muchas veces que se había quedado con la miel en los labios.

—Lo sé, pero después de tanto tiempo puede que sea nuestra última oportunidad. Merece la pena intentarlo.

—No estoy diciendo lo contrario —contestó Grace mientras leía por encima el resto de las noticias.

No tardaron mucho más en llegar a Walterboro. Pasearon por las calles del pueblo, aunque no vieron a nadie que les resultara familiar, por lo que después de unos cuarenta minutos se dirigieron al

cementerio en busca de los restos de Quinn Miller. Les habían dicho que el operario del cementerio podría ayudarles.

—¿Quinn Miller? —dijo el operario en cuestión mientras se rascaba la cabeza y retorcía sus labios. Grace y Melvin se miraron: otra vez tarde.

—Así es. Creo que fue enterrada en este cementerio hace unos cuatro años, aunque no estoy seguro de la fecha —dijo Melvin.

—Pues ahora mismo no lo sé. Tendría que comprobar los registros. ¿Tienen prisa?

—Ninguna —respondió Grace.

—Eso está bien. Tendré que nadar en las carpetas de los registros. No les diré que no me suena, pero en los últimos años no me ha faltado el trabajo, ya me comprenden. A la gente no suele gustarle que vaya diciendo lo bien que me van las cosas. Por cierto, me llamo Tobias Holmes.

Grace y Melvin se presentaron. Ashly y Morgan, respectivamente. A Tobias no le hacía ninguna falta conocer sus verdaderos nombres. Precauciones que tomaban siempre que pensaran que podían dejar algún cabo suelto.

Acompañaron a Tobias hasta la oficina del cementerio y esperaron pacientemente mientras el operario ponía carpetas polvorientas sobre la mesa.

—Veamos. Me ha comentado que esta señora se enterró hace unos cuatro años.

—Aproximadamente —añadió Melvin.

Tobias lo miró y sonrió.

—No es la primera vez que visita el cementerio de Walterboro, ¿verdad?

Melvin sintió un escalofrío. Solo podía existir una razón para que el operario creyera haberlo visto antes.

—¿Por qué lo dice? —dijo intentando mantener la calma. Grace no quitaba sus ojos del operario.

—Bueno, la verdad es que no estoy muy seguro, pero creo recordar haberlo visto antes por aquí —dijo Tobias mientras rebuscaba en los documentos—. ¿Puede ser?

—Puede ser.

De repente, el operario se puso la mano en la frente como si acabara de caer en algo muy evidente.

—En el entierro de esta señora, ¿no? Discúlpeme. Paso muchas horas solo. En mi opinión, el cementerio lo visitan dos clases de personas: unas no quieren hablar y otras no pueden hacerlo.

—Tranquilo —dijo Grace, que estaba cada vez más nerviosa.

—Mi esposa me insiste en que la gente no tiene ganas de conversar en un cementerio, pero yo le respondo: «eh, no hago nada

malo». En fin, disculpen. Déjenme comprobar estos documentos. No soy muy ordenado.

Grace y Melvin esperaron con una sonrisa tensa en sus rostros. Después de todo lo que habían hecho para averiguar algo de los demás, ¿iban a encontrarlo en el cementerio de Walterboro?

—Aquí lo tenemos. Veamos —dijo el operario mientras se ponía unas gafas con los cristales emblanquecidos por muchos años de uso —, sí, Quinn Miller fue enterrada exactamente en marzo de 1976.

—¿Podría decirnos dónde se encuentra su tumba? Nos gustaría rezar por ella —dijo Grace. Tobias asintió levemente.

—Claro. Aquí dice que, un momento, perdonen, pero hay un anexo. Maldita sea. Mi mujer me insiste para que contrate a un oficinista. Yo le digo que es responsabilidad del ayuntamiento, pero a ella le da igual.

Melvin estaba cada vez más nervioso.

—¿Qué dice el anexo? —preguntó con cierta brusquedad.

—Al año siguiente de ser enterrada, es decir, en 1977, sus familiares exhumaron sus restos y la incineraron. ¡Claro! A usted no le recordaba del funeral, no tengo tan buena memoria, sino de la incineración. No es una práctica que se lleva mucho por aquí.

Melvin pensó en la mejor manera de salir de aquel aprieto.

—Ahí se equivoca, señor. Yo no estuve en la incineración.

Tobias miró a Melvin fijamente.

—Pues juraría que se trataba de usted.

Era Marcus. No había ninguna duda.

—¿Se llevaron las cenizas de la señora Miller? —preguntó Grace.

El operario asintió de nuevo. Tanto Grace como Melvin estaban asombrados de que a Tobias no le pareciese cuanto menos curiosa las preguntas de ambos.

—Así es. Al parecer la familia se trasladaba y querían llevarla consigo.

—¿Recuerda si mencionaron a dónde se trasladaban?

Tobias se pasó la mano por su frente rala. Realmente estaba haciendo un esfuerzo por recordar ese detalle. Su rostro se iluminó a los pocos segundos.

—¡Florida! Lo recuerdo porque ese año mi mujer y yo íbamos a ir por primera vez de vacaciones a Fort Lauderdale. Pensé que eran de allí y estuve a punto de pedirles que me recomendaran algún sitio, pero, ya saben, no era el momento; nunca es el momento.

Lo más complicado que hicieron esa mañana fue despedirse del operario, el cual siempre encontraba la manera de empezar otra conversación. No obstante, se libraron definitivamente de él cuando arrancaron y dejaron atrás el cementerio.

—¿Florida? —preguntó Grace—. ¿Por qué Florida?

Melvin conducía serio y reflexivo.

—Por nuestra parte no tenemos familiares ni conocidos en Florida.

—Edward era de Columbia y Dorothy de Walterboro —dijo Grace.

—A lo mejor por eso escogieron Florida. Quizás querían empezar de cero —dijo Melvin, lo cual tenía sentido. Blackville, Columbia y Carolina del Sur en general se habían convertido en foco de desgracia.

Pero este descubrimiento implicaba un nuevo dilema para ellos y nada más llegar a su casa de Barnwell, lo abordaron como solían hacer. Los dos se sentaron en una mesa con una botella de whisky y se sirvieron un trago. El paso del tiempo había reducido drásticamente la cantidad de alcohol que ingerían, quedando aquello más como un ritual que como una necesidad de beber para buscar consuelo.

—No hay mucho sobre lo que decidir —dijo Melvin—. Si tomamos por ciertas las palabras del operario, sabemos que al menos Dorothy y Marcus se trasladaron a Florida —a Melvin se le escapó un gesto amargo que no pasó inadvertido para Grace—, pero no tenemos manera de saber si Edward está con ellos.

—Hemos pasado cinco años buscándolos —dijo Grace.

Melvin asintió.

—Lo sé. Grace. Pero que sepamos que se encuentran en Florida no significa que vayamos a encontrarlos. Además, está lejos. Tendríamos que instalarnos allí o pasar un mes como mínimo.

—¿No quieres encontrarlos?

—Lo único que digo es que ir tras esa pista conlleva su riesgo.

Grace comprendió lo que Melvin quería decir y reflexionó durante unos segundos. Gracias a sus trabajos habían podido reservar el dinero que Jimmy escondía en Luisiana para los viajes. En los últimos años, habían estado en todos los pueblos y ciudades del condado de Barnwell y eso no resultaba precisamente barato. Pero un simple viaje a Florida acabaría con todos los ahorros.

La decisión, por tanto, conllevaba su importancia, por lo que se dieron varios días. Aunque el principal escollo era el dinero, Grace no lo aceptaba y más que decidir si iban o no a Florida, lo que ella cavilaba era la manera de trasladarse con plenas garantías. Fue entonces cuando valoró seriamente una opción que había estado mascando los últimos años, pero que no se había atrevido siquiera a plantear a Melvin. Cuando Jimmy la secuestró, su popularidad como artista estaba creciendo de nuevo e incluso se barajaba la opción de reeditar sus discos. Valoró seriamente ponerse en contacto con Matthew Lewis, el director de la discográfica, pero temía que aquello pudiese ocasionar que Melvin y ella acabasen entre rejas.

Sin embargo, ella intuía que Matthew Lewis habrían intentado

sacar el máximo beneficio a su desaparición. Ya se lo había dicho una vez, sus discos eran muy demandados y su pronta retirada la había convertido en una artista de culto. Por ello, le comentó a Melvin la posibilidad de contactar con la discográfica para averiguar qué había pasado con el dinero de los royalties. Tenían que acordar si querían correr el riesgo. Tendrían que contactar a un abogado para que mediara entre ellos y la discográfica. Sabían que era arriesgado y que las autoridades podían utilizar aquel nexo para llegar hasta ellos, pero necesitaban el dinero.

—¿De qué cantidad estaríamos hablando? —preguntó Melvin después de que Grace le comunicara su idea de recurrir a la discográfica.

—No lo sé, Melvin.

—Pero tras tu desaparición, los royalties habrían ido a parar a Edward, ¿no es cierto?

Grace movió la cabeza de un lado a otro.

—Habría sido así si me hubieran dado por muerta, pero Jimmy me obligó a escribir una carta donde le confesaba a Edward el asesinato del señor Preston. Me aferro a esto último, aunque tampoco puedo estar del todo segura. El caso es que para hacerlo bien tendríamos que contratar a un abogado para que se encargara de realizar todas las gestiones en mi nombre.

Finalmente, acordaron emplear parte del dinero que les quedaba para contratar un abogado. Este se puso de inmediato a la tarea y les comunicó la respuesta una semana después. Los royalties acumulados que le pertenecían a Grace tras cinco años de ausencia ascendían a una cantidad de ochenta mil dólares. La policía congeló esos fondos los meses posteriores a la desaparición de Grace, pero después de cinco años, aquel dinero tan solo esperaba a su dueña.

—La compañía discográfica del señor Lewis fue comprada por Industry Records, que a su vez fue adquirida por Sony hacía dos años. Pero lo importante es que la cantidad que le corresponde quedó congelada. Sin embargo, no se preocupe. Usted me pidió discreción y así será—explicó el abogado.

—¿Nadie la reclamó? —preguntó Grace.

—Por la documentación a la que he podido acceder, el dinero es todo suyo.

El abogado le recomendó hacer pequeños retiros y él actuando como su mediador, así no se registrarían grandes movimientos que alertaran a las autoridades. Cuando recibieron el primer monto que el abogado les llevó personalmente, partieron hacia Florida.

Capítulo 45

MIAMI, FORIDA
1983

Durante tres años vivieron de manera itinerante en distintas ciudades como Sarasota, Gainesville, Jacksonville, Tampa sin encontrar información acerca del resto. Grace trabajó como profesora de piano, mientras que Melvin se iba amoldando a empleos de corta duración que les permitían sufragar los gastos y no echar raíces en ninguna parte.

Por esos días, Melvin le sugirió volver a los escenarios, aunque Grace le recordó que no era muy buena idea eso de ir mostrándose. El encontrarse de nuevo sin noticias, perdidos en la oscuridad, mermó su entusiasmo.

—Sería una buena forma de acabar entre rejas.

Si en un principio vieron sus esperanzas reanimadas tras saber que se habían trasladado a Florida, el paso del tiempo acabó por desanimarles. Sin más información y cansados de estar constantemente viajando, acabaron por instalarse en Miami. Grace dio clases de música en casa, dirigida tanto a niños como adultos, conociendo allí a Spencer Cooper, un hombre de negocios, originario de Tampa. Este se enamoró de ella desde el primer momento que la vio e hizo todo lo posible porque ella aceptara tener una cita con él. Melvin fue el que la animó a que le diera una oportunidad.

—Han pasado ocho años, Grace. Tenemos que continuar con nuestras vidas.

Las palabras de Melvin le causaron un gran impacto, pero en el fondo sabía que tenía razón. Después de todo, había asimilado la muerte de su hija, lo que le resultaba más doloroso. En cuanto a Edward, quería pensar que había rehecho su vida y que el odio que tuvo que experimentar hacia ella le sirvió para seguir hacia delante.

—Puede que tengas razón.

—Lo hemos intentado todo. Es lo único que me sirve de consuelo. He estado pensando estos días. Estoy seguro de que Dorothy y mi hermano viven felices, aquí en Florida, en Carolina del Sur o donde sea. No estoy seguro de que mi regreso sea positivo para ellos.

Grace sujetó sus manos.

—No voy a dejarte solo, Melvin.

—Pero no podemos vivir como dos ermitaños. La vida nos ha hecho sufrir y hemos resistido. Ahora ha llegado el momento de

intentar ser felices. Deberías darle una oportunidad a ese hombre. Spencer era su nombre, ¿no es así?

Ella asintió.

—Spencer Cooper. Lleva varias semanas apuntado a clase de piano. Lo hace solo por verme —dijo Grace con una sonrisa— Ni siquiera se sabe las notas.

—¿Te hace reír? —preguntó Melvin. Grace se sonrojó. En los últimos siete años se había convencido de que ella no tenía derecho a rehacer su vida, como si la felicidad le estuviera vetada—. Dorothy se reía con Marcus.

Grace tardó varios días en tomar la decisión. Procuraba descifrar sus pensamientos, todavía afectados por los meses que vivió en los pantanos de Luisiana. Entregarse a un hombre, simplemente pensarlo, era para ella algo traumático. Sin embargo, llegó a la conclusión de que dejar que sus heridas rigiesen su vida sería conceder a Jimmy la victoria, algo que no estaba dispuesta a hacer.

Aceptó salir con Spencer y su relación se prolongó felizmente durante los siguientes siete meses hasta que este le dijo que debía viajar a Europa por negocios y le preguntó si quería acompañarlo. Spencer Cooper trabajaba en un despacho de ingeniería industrial y debía trasladarse un par de semanas a Cork, en Irlanda, para revisar la construcción de una nueva fábrica. Rara vez permanecía dos semanas seguidas en la misma ciudad, lo que a Grace le aportaba la libertad a la que se había acostumbrado. Para ambos aquella relación se amoldaba perfectamente a lo que necesitaban.

Esto llamó la atención de Grace, que vio en aquello la oportunidad para regresar a su tierra y cerrar de manera definitiva su etapa en los Estados Unidos, que se inició cuando ella y su abuela se instalaron junto con su tío Connor, hacía casi treinta años.

—¿Irlanda? —preguntó Melvin sorprendido. Pese a todo el tiempo que habían pasado juntos, Grace le había hablado muy pocas veces de su pasado.

Ella suspiró.

—Siento que es el momento. Tengo algo de dinero en la cuenta, aunque seguiré trabajando como profesora. Una vida tranquila en un lugar tranquilo.

—No piensas volver a los escenarios, ¿verdad? Ya ha pasado mucho tiempo.

—Soy demasiado mayor y no quiero meterme en problemas. La cuestión, Melvin, es que estaría encantada de que vinieses conmigo, pero soy también consciente de que no puedo obligarte.

Melvin se recostó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos. Tenía demasiado cariño a Grace como para separarse de ella. Su marcha, de quedarse él en los Estados Unidos, le supondría

enfrentarse a la soledad, algo que no entraba en sus planes.

—Nunca pensé que conocería Irlanda.

—Te encantará —dijo Grace abrazándolo.

—Todavía no has escuchado mi oferta.

Grace frunció el ceño.

—¿Oferta? ¿De qué estás hablando?

Melvin sonrió con malicia.

—Te acompañaré a Irlanda si me prometes que volverás a cantar.

—No me hagas esto, Melvin.

—El mundo se merece escucharte una vez más.

Grace sonrió y le prometió que lo intentaría. Luego quedó pensativa.

—¿Cómo saldremos del país? —preguntó Grace angustiada, al pensar que su plan se fuera a la basura.

—Podríamos hablar con Roberto, el hombre de la cantina de Little Habana, tú sabes que su principal negocio no es la venta de ron —respondió Melvin, quien conocía a muchas personas de ese sector de Miami, pues trabajaba en un taller mecánico del lugar.

Grace hizo una mueca y vio posible esa opción, sabía que el viejo Roberto, a quien conoció una vez que fue en busca de Melvin, hacía todo tipo de encargos, sobre todo relacionados con documentación.

Dos semanas después, Melvin llegó con las nuevas identificaciones. Desde ese día serían Grace Cooper y Ray Jackson.

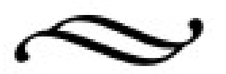
—¿Grace Cooper? —gritó ella cuando leyó su nombre—. ¿Por qué pusiste ese nombre para mí?

Melvin se encogió de hombros.

—Pensé que algún día te casarías con Spencer y estaba adelantando trabajo. —Grace lo miró con reproche. No había nada más que hacer, pues viajarían en una semana—. Muéstrame el tuyo.

Melvin se lo pasó con algo de vergüenza. Grace se rio al ver que unió los dos nombres de sus cantantes favoritos.

—Sin duda el tuyo no es mucho mejor —dijo Grace aún riendo.



Seis meses después, Grace estaba actuando en un pequeño pub de Cork, en Irlanda, mientras Melvin la observaba con una sonrisa. El público consistía en siete u ocho personas, pero eso le importaba poco. Para ella tenía mucho más valor el haber sido capaz de subirse de nuevo al escenario. Eso sí, el nombre de Gigi no cruzó el océano. Era Grace, a secas, la que renacía de sus cenizas.

Sin embargo, el éxito y reconocimiento de Grace fue

incrementándose con el paso de los meses. Sin bien no era comparable a sus años en Los Ángeles, sí que se convirtió en artista muy deseada en los pubs del sur de Irlanda.

Después de tantos años, pudo dedicarse exclusivamente a la música, mientras que Melvin se convirtió en una especie de asistente. Ambos vivieron sin contratiempos, conviviendo esporádicamente con Spencer Cooper, cuyo trabajo le obligaba a estar continuamente viajando. Melvin le planteó a Grace si no había pensado alguna vez en que Spencer tuviera más mujeres repartidas por el mundo.

—Claro que lo he pensado, Melvin. ¿Te piensas que tengo quince años? Lo que pasa es que, a mi edad, se ven las cosas de otra manera. Spencer me respeta, es divertido y lo pasamos bien juntos. Eso es más que suficiente.

Melvin envidaba la personalidad que Grace había ido gestando a lo largo de los años. El dolor y el miedo habían fraguado en ella una mujer dura, inteligente y capaz de reconocer el cómo era una persona con solo mirarle a los ojos. Ella solía decir que haber vivido en el infierno le ayudaba a relativizarlo todo y que la muerte era lo único que no tenía remedio. Sin embargo, más que el planteamiento de Grace, lo que le sorprendía a Melvin era como ella había hecho de esas palabras una realidad.

Parecía que el destino había tenido a bien conceder a Grace y Melvin un hogar definitivo en Cork, pero el repentino fallecimiento de Spencer Cooper en el año 2018 trastocó sus planes.

La relación entre él y Grace no había cambiado a lo largo de los años. El reencontrarse después de semanas o meses de separación les permitía vivir cada encuentro con pasión y disfrutar de una intensidad que hubiera sido impensable en una relación convencional. Se amaban, aunque de una manera diferente, sin necesitarse y considerando la libertad individual como un preciado tesoro. El paso de los años no hizo más que cimentar los pilares de esa peculiar relación. Spencer se empleaba a fondo en los últimos años de su carrera antes de la jubilación, momento en el que él y Grace habían acordado hacer un viaje por Europa. Pero no dio tiempo, ya que una vez más, la desgracia irrumpió en la vida de Grace.

—¿Cuándo falleció? —preguntó Grace apretando el móvil contra su oreja. Melvin la observaba en silencio.

—El señor Cooper sufrió un infarto agudo poco antes de volar hacia Nueva York. Según hemos podido saber, iba a volar hacia Irlanda en las próximas horas.

Grace cerró los ojos y las lágrimas cayeron por los surcos de su rostro. La muerte de Spencer había revivido antiguos fantasmas, sentimientos que creía ya extintos.

—El motivo de que me ponga en contacto con usted es porque el

señor Cooper incluyó su nombre en el testamento. Sin embargo, familiares suyos, sobrinos, concretamente, se oponen abiertamente a su presencia en el documento.

—¿Qué quiere decir? —Grace apenas le había prestado atención en los últimos segundos.

—Mi cliente, el señor Cooper, la dejó como heredera de gran parte de su patrimonio. Está en su derecho de aceptar la herencia, pero de ser así le recomiendo que se traslade de inmediato a Tampa y nos preparemos para las posibles consecuencias legales.

Grace no daba crédito.

—¿Consecuencias legales? ¡Lo único que me importa ahora es que Spencer ha fallecido! ¡Al diablo la herencia!

—¿Desea renunciar a su parte de la herencia? No es una decisión que deba tomarse a la ligera.

—Sí, renuncio.

El abogado se tomó unos segundos para continuar.

—Le dejaré un par de días para que reflexione, señora Cooper. Dentro de tres días se celebrará el funeral el Memorial Park Cementery de Tampa. Muchas gracias por su tiempo y lamento haberle comunicado tan aciagas noticias.

Cuando colgó, Grace se quedó inmóvil y con la mirada perdida. La muerte de Spencer le dolía, pero todo lo que él había despertado también. Al cabo de un rato le contó a Melvin el motivo de la conversación y le pidió consejo.

—Es curioso. Años atrás nos sentábamos con una botella de whisky y nos pasábamos hablando durante horas —dijo Melvin.

—Ahora bebemos té —dijo Grace señalando las tazas—. ¿Qué debo hacer, Melvin?

Económicamente, Grace no tenía necesidad de verse inmersa en disputas legales, lo que para él era primordial.

—Lo primero de todo: ¿cómo estás?

Ella sonrió a medias.

—Me cuesta creer que haya muerto. Es como si la conversación con el abogado no hubiera existido.

—Es una pena. Era un buen hombre. En cuanto a lo de la herencia, es algo muy personal.

Grace asintió.

—Necesito tiempo. Lo único que tengo claro ahora es que me gustaría despedirme de él como es debido.

Melvin miró su reloj.

—¿Te dijo cuándo iba a celebrarse el funeral?

—En tres días, pero no me importa el funeral. Si todo el tema de la herencia es tal y como dice el abogado, no seré bien recibida. Lo último que deseo es causar problemas. De igual forma iremos a

Tampa. Rezaré por él y después zanjaré el tema con el abogado.

Melvin dio un sorbo a la taza de té y después pasó sus manos por la cicatriz de su cuello, aquella que le había dejado su cautiverio de manos de Jimmy. Habían pasado muchos años desde que renunciaron a reencontrarse con Edward, Marcus y Dorothy, por lo que no estaba seguro de si Grace encontraría sentido a lo que él estaba a punto de proponerle. Pero Grace pareció adivinar lo que pasaba por su cabeza y se adelantó:

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

—Treinta y cinco años, pero quizás tengamos suerte.

Grace pasó los dedos por sus labios. Había pensado mucho en Edward y en todo el dolor que debió soportar tras su marcha. Ella no era culpable de ello, pero, aun así, se sentía responsable de lo que sucedió. A veces se imaginó cómo sería un posible reencuentro, preguntándose si le daría siquiera la oportunidad de explicarse. ¿Volvería a saber de él? Era improbable.

—He estado reflexionando a lo largo de todos estos años. Si Edward ha rehecho su vida, no pienso destrozársela de nuevo. Seguramente yo haya muerto para él y, aunque me duela, él lo ha hecho para mí.

—¿Por qué nunca me has dicho nada? Siempre he pensado que guardabas alguna esperanza.

Ella sonrió irónica.

—La realidad marchita la esperanza. No soy nadie para inmiscuirme en una familia feliz. Sé que no tuvimos culpa de lo que sucedió, pero sí que está en nuestras manos no causar más dolor.

Capítulo 46

Tampa, Florida
2018

Todas estaban sentadas en la terraza de la casa de Grace. Esta se había empeñado en servirles algo de beber pese a que Serena y Lucy se habían negado a ello. Lo único que deseaban era aclarar lo que estaba ocurriendo y quién era ese supuesto hermano gemelo de su abuelo Marcus.

Melvin, estaba tranquilamente sentado, pelando unos cacahuetes, mientras Serena y Lucy no le quitaban los ojos de encima. Grace llegó con varios refrescos, los puso sobre la mesa y tomó asiento.

—Grace… —dijo Lucy.

—Déjame hablar a mí primero —la interrumpió—. Sé que tendrán muchas preguntas. Estamos dispuestos a contestarlas todas, pero antes déjennos explicarnos.

—Está bien —respondió ella cruzando sus brazos. Grace le agradeció la paciencia y le hizo un gesto a Melvin. Este carraspeó y dejó con cuidado los restos de cáscara sobre un cuenco.

—En efecto, soy el hermano de tu abuelo Marcus. No me conoces ni seguramente has tenido noticias de mi existencia porque desaparecí en 1974. Desde entonces, Marcus no ha tenido noticias mías y, como cabía esperar, creyó que había fallecido.

Serena estaba boquiabierta.

—Al menos tengo el consuelo de que pudo verme antes de marcharse —concluyó Melvin.

Lucy frunció el ceño y recordó lo que le había contado su padre.

—¿Viste a mi abuelo antes de que falleciese? —preguntó Lucy. Melvin asintió.

—Di con él pocos días antes de que falleciese y fui a visitarlo a la granja. Tu padre, Leroy, si no me equivoco, estaba fuera. Nadie me vio.

Todo encajaba.

—Te equivocas —dijo Lucy—. Mi otro abuelo, Edward, sí te vio. Te confundió con mi abuelo Marcus y le comentó a mi padre que lo había visto pasear por el jardín. Ni yo ni mi padre le creímos, pero tenía razón. Oh, dios mío, Edward tenía razón.

Grace tenía la mirada fija en el océano, casi como si no deseara estar allí. Lucy recordó que en el coche se puso muy mal cuando le

preguntó si conocía a Edward Preston.

—El caso es que después de tener esa conversación con mi hermano, pensé que Grace también debía tener una oportunidad de contar su verdad.

—¿Su verdad? —exclamó Serena.

—¿De qué verdad están hablando?

Grace volvió a la realidad y miró a Melvin con cierta clemencia. Por su parte, este asintió y la animó con un gesto para que hablara. Ella respiró profundamente y la miró con esos ojos azules que la ponían tan nerviosa.

—Soy tu abuela, Lucy.

—Mi abuela. Así de fácil. ¿Mi abuela? —dijo Lucy sin creérselo. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Se levantó bruscamente dispuesta a marcharse—. Yo solo tuve una abuela que se llamaba Dorothy y nunca la conocí, porque murió antes de que yo naciera, pero según entiendo no podrías ser tú. He visto sus fotos y no te pareces a ella. No sé qué traman. Quizás están bromeando o no son más que unos estafadores, pero no me importa. No voy a quedarme un segundo más en esta casa.

Sin embargo, Grace se incorporó también y le cortó el paso.

—Sé que tienes motivos de sobra para pensar así, pero te juro por mi vida que es cierto, Lucy.

Grace fue tan vehemente que la hizo dudar, pues en su interior sabía que podía existir esa posibilidad por el lado de su madre. Además, sabía que lo de la estafa no tenía sentido. La única que podía sentirse engañada era ella por pagarle esa cantidad de dinero por no hacer prácticamente nada.

—Entonces, suponiendo que seas su abuela, ¿eras la esposa de Edward? —preguntó Serena.

Grace asintió y volvió a sentarse. Estaba segura de que Lucy no iba a marcharse.

—Algo así. Nunca nos casamos.

—Si realmente fuiste la mujer de Edward, ¿por qué se separaron? —preguntó Lucy.

—Por el mismo motivo que Melvin no volvió a ver a su hermano. La última vez que vi a Edward fue en 1974.

Lucy tragó saliva.

—¿Qué pasó en 1974?

Melvin y Grace se miraron con una complicidad que Lucy no supo interpretar y, al mismo tiempo, se cuestionó. ¿Acaso se fugaron juntos viviendo una historia de amor prohibido? En ese momento se esperaba cualquier cosa.

Grace hizo el amago de hablar, pero una nueva cuestión sacudió la cabeza de Lucy. Fue como un espasmo, algo tan incontrolable que

cuando se dio cuenta tenía las dos manos alzadas y miraba efusivamente a Grace.

—¡Un momento! Siempre me dijeron que mi abuela había fallecido cuando mi madre era muy pequeña.

—No te contaron la verdad, Lucy —dijo Grace—, aunque lo hicieron para protegerte.

El corazón le iba como una locomotora al máximo de potencia.

—¿Sabes lo de mi madre?

Grace la miró y asintió con una sonrisa tierna que a Lucy la dejó sin palabras.

—Por supuesto, Lucy. Esta misma mañana he hablado con ella.

—Mi madre está muerta desde… —dijo con un nudo en la garganta antes de que Grace la interrumpiera.

—Tu madre está viva, Lucy.

Capítulo 47

Tampa, Florida
Seis meses antes

Nada más salir del hotel, Melvin tuvo que pasarse un pañuelo por la frente para secarse el sudor. Después de treinta y cinco años en Irlanda, el caluroso clima de Tampa le parecía un infierno, un hábitat no apto para el ser humano. Era cierto que echaba de menos las noches templadas o el dulce sol del atardecer, pero desde luego no los mediodías en los que sol parecía poner plomo sobre sus hombros y la humedad le hacía sudar constantemente. No recordaba que el aire de Florida fuese tan denso, tan cálido mientras bajaba por su garganta en dirección a sus pulmones.

Sin embargo, necesitaba tomar el aire y refrescar la memoria. Desde que llegaron Tampa —hacía solo dos días—, Grace y él estuvieron atareados concluyendo todo lo relacionado con la herencia, algo que ella quería zanjar cuanto antes. Se reunieron con su abogado, con los abogados de la otra parte y con los sobrinos del fallecido Spencer Cooper y por fin, Grace dejó claro que no quería su parte, pero no sin antes especificar que había ido hasta Tampa para honrar su memoria. No obstante, Spencer Cooper había establecido que su propiedad de Irlanda habría de pasar a manos de Grace, exclusivamente, así como un porcentaje anual de las ganancias de su empresa durante los próximos quince años. Este anexo del testamento había sido rubricado en Irlanda, por lo que la negativa de los sobrinos fue inútil.

Eso había tenido lugar esa misma mañana, tras lo cual Grace insistió en marcharse al hotel para descansar. Melvin, por el contrario, sentía curiosidad por descubrir cuánto habían cambiado las cosas en los últimos treinta años. Una parte de él se sentía como en casa, pero en el fondo se sentía despojado de aquel lugar. Cuando se instalaron en Tampa, muchos años atrás, tenían cierto regusto a derrota, a impotencia, a no haber sido capaces de encontrar a su familia. Los sentimientos ya no eran los mismos, pero seguían siendo extraños.

Tratό de valorar si tenían alguna posibilidad de volver a saber de su hermano Marcus o de Edward, pero descartó esa opción rápidamente cuando se fijó en las aceras abarrotadas, el denso tráfico avanzando lentamente por la avenida y un cartel que anunciaba un espectáculo de teatro para diciembre de 2018. Había llovido mucho

desde la última vez.

Puede que tuvieran alguna oportunidad a finales de los setenta, pero Grace tenía razón en eso de que siempre llegaban tarde. La residencia de los Blackville, el cementerio de Walterboro… siempre tarde.

Perdido en sus pensamientos y en el ritmo frenético de la ciudad, caminó sin rumbo mientras se iba deteniendo cuando algo le llamaba la atención. Un grupo de turistas, una cafetería para gatos, un hombre disfrazado de Michael Jackson y bailando el típico *Moonwalk*… El resumen era que estaba distraído y que no prestó especial atención a la mujer de mal aspecto que pasó junto a él y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué haces aquí, Marcus? —escuchó Melvin a sus espaldas. Sin embargo, no creyó que la mujer se estuviera refiriendo a él y continuó su camino—. ¿Tú también vas a ignorarme? —insistió la desconocida.

En ese instante, Melvin se arrepintió de haber salido a pasear a solas por una ciudad que no era la misma en la que había vivido años antes. Pensó que podía tratarse de una desquiciada o una drogadicta que quería vaciarle los bolsillos.

Se dio la vuelta y se fijó en la mujer que le había gritado; la que le había llamado Marcus. Nada más verla, su corazón dio un vuelco y respirar se convirtió en todo un desafío. Lo imposible se hizo realidad.

—¿Te está dando un ataque al corazón o qué? —insistió ella, mirándolo con claro desprecio. Sin embargo, para Melvin había algo familiar en su voz. La mujer tenía mal aspecto y su excesiva delgadez revelaba que debía sufrir problemas de adicción, pero aun así estaba seguro de lo que estaba viendo. Lo había llamado Marcus.

—Eres… —dijo Melvin con un hilo de voz. Ella frunció el ceño y se acercó hasta él. Parecía haberse dado cuenta de que había cometido un error, aunque tampoco podía estar segura del todo. Estaba muy confundida, lo que confirmaba la sospecha de Melvin.

—¿Qué estás haciendo en Tampa? —dijo ella con voz temblorosa. Melvin se acercó y durante unos segundos se observaron, confusos ante lo que creían ver.

—Tú no eres Marcus —espetó la mujer.

—¿Y tú quién eres?

Consciente de que algo no iba bien, ella se alejó.

—Piérdete, viejo —dijo dándose la vuelta. Sin embargo, Melvin pudo agarrarla del brazo justo antes de que se alejara más.

—Tu padre es Edward Preston, ¿verdad?

La joven palideció. Fruto de la tensión, las venas se remarcaban por las sienes.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres Rita Preston.

La joven comenzó a asustarse, pero el anciano era tan parecido a Marcus que la curiosidad se despertó en ella y fue incapaz de moverse. No sabía qué estaba ocurriendo.

—¡Déjame en paz! ¿Cómo sabes quién soy?

La pregunta de la joven fue al mismo tiempo su respuesta y Melvin fue incapaz de decir nada. Tan solo la soltó y comenzó a llorar. La gente que pasaba junto a ellos los observaba extrañados por la peculiar escena e incluso una mujer se acercó para preguntarle a Melvin si la joven le había hecho algo.

—Me piro de aquí. ¡Estás loco, viejo! —dijo Rita. Sin embargo, Melvin la cogió de la mano en el último segundo.

—Eres Rita Preston. No lo entiendes, pero es muy importante para mí.

—¡Déjame en paz o llamo a la policía!

—No lo entiendes, Rita. Te hemos estado buscando durante mucho tiempo.

La joven se zafó de la mano de Melvin.

—¿Quién me está buscando?

—Tu madre.

Rita se quedó quieta, sin reaccionar. Los espasmos de sus labios indicaban que no encontraba las palabras adecuadas para contestar.

—Mi madre nos abandonó cuando yo era pequeña —dijo al cabo de unos segundos, como si eso fuera suficiente para zanjar la cuestión.

—No los abandonó. No le quedó más remedio que marcharse, pero te prometo que no quiso dejarlos. Dame una manera de contactar contigo: una dirección, un número de teléfono, lo que sea… Puedo demostrártelo.

La joven dudaba acerca de las intenciones del anciano, pero el excesivo parecido con Marcus y lo que le había dicho acerca de su madre le habían despertado curiosidad. ¿Quién demonios era ese hombre?

—Apunta mi número —dijo de mala manera. Melvin anotó el número y le dijo que le llamaría al día siguiente.

—¿Cómo sabes que mi madre está viva? —preguntó ella mientras se rascaba el antebrazo de forma frenética. Melvin estaba casi seguro de que ella sufría problemas de adicción. Con su aspecto ya resultaba evidente, pero le costó asimilarlo. Las pocas veces que Grace había hablado de su hija, sobre todo antes de su «muerte», la describía como una niñita adorable, por tanto, le resultaba complicado verla de esa manera.

—Es una historia muy larga de contar, Rita.

—Ya… Oye, moreno, ¿no tendrás por casualidad veinte dólares?

Melvin optó por darle el dinero. Quizás esa podía ser la manera de no perderla de vista.

—Inviértelo bien.

La mujer no se tomó a bien las palabras precavidas de Melvin y se marchó sin decir nada más, mientras lo miraba de reojo.

—Te llamaré —insistió Melvin, pero para entonces Rita se había alejado y cruzaba la calle en dirección opuesta.

Melvin la observó hasta perderla de vista y después caminó hasta el banco más cercano, donde se sentó para tratar de asimilar lo ocurrido. ¿Se había vuelto loco? Era lo que Grace le diría si le contase que se había encontrado con Rita. No solo debía enfrentarse a la distancia, sino al hecho de que su hija estaba muerta para ella. Además, de tratarse de Rita, ¿qué criatura falleció y motivó la marcha de Edward Preston de Columbia?

Tan solo estaba seguro de una cosa: no le contaría nada a Grace hasta que las tuviera todas consigo. Iban a pasar un par de días en Tampa, por lo que ese era su plazo para ganarse la confianza de la supuesta Rita y tratar de averiguar qué ocurrió con ellos a partir de 1974. Grace era una mujer fuerte, pero un error como ese, hacerle creer que su hija estaba viva para más adelante reafirmar su muerte, sería devastador.

Esa noche, antes de regresar al hotel, Melvin llamó al teléfono que le había facilitadola mujer. Cayó en la cuenta de que se puso tan nervioso durante el encuentro que ni siquiera comprobó si realmente ese número pertenecía a ella. Por suerte, Rita contestó al cabo de unos segundos.

—¿Qué es lo que quieres?

Sin duda, era ella. Melvin tragó saliva.

—Solo quería asegurarme de que el número era correcto.

Se produjo un silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper.

—¿Quién eres?

—El hermano gemelo de Marcus.

—Mentira, su hermano murió, al igual que mi madre.

—Te puedo demostrar que no es así.

—¿Cómo sabes que mi madre no está muerta? —preguntó Rita. Estaba claro que había conseguido llamar su atención.

—Porque he vivido con ella los últimos cuarenta años.

Aquello fue suficiente para Rita, que colgó de inmediato. Melvin consideró que necesitaba tiempo para asimilar sus palabras y no insistió. Sin embargo, su último descubrimiento lo había alterado. Se sentía muy cerca de averiguar qué fue de los demás y eso le afectaba tanto que, durante la cena con Grace, esta le preguntó en un par de ocasiones si se encontraba bien.

—Solo tengo un poco de acidez de estómago —decía Melvin para excusarse mientras Grace lo miraba como si adivinara lo falso de sus

palabras.

—En la habitación tengo pastillas. A mí me pasa de vez en cuando. Cuando subamos te doy una.

Melvin hizo un falso gesto de molestia a la par que asentía.

—Estaría genial.

—Dime, ¿la ciudad ha cambiado tanto como parece o nos hemos convertido en unos carcamales? —preguntó Grace con un tono irónico. Melvin agradeció en silencio que hubiera cambiado el tema de la conversación.

—Yo diría que la primera, aunque tampoco podemos descartar la segunda.

Grace sonrió.

—No puedo creer lo rápido que ha transcurrido todo.

Melvin frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A la vida —dijo ella dejando escapar un suspiro—. Volvimos a nacer en 1975, cuando escapamos de Luisiana. Respecto a los años anteriores tengo la sensación de que pertenecen a la prehistoria.

—Lo que nos ocurre es que nunca habíamos pensado en que llegaría el día en el que envejeceríamos.

—Eso también —dijo Grace. Sin embargo, pronto su mirada se posó más allá de Melvin, en algún lugar que conectaba directamente con su pasado. Apretó sus labios y su rostro se tensó, difuminando sus arrugas.

—Piensas en ellos, ¿verdad? —preguntó Melvin. Ella soltó los cubiertos sobre la mesa y se pasó la servilleta justo por encima de sus ojos.

—No ha habido día que no pensara en ellos, pero, no sé, desde que estamos en Tampa es como si todos esos recuerdos se hubieran revitalizado.

Melvin tuvo el impulso de contarle acerca de su último hallazgo, pero fue capaz de contenerse. Se había prometido que no le diría nada hasta que estuviera cien por cien seguro de la identidad de Rita, tarea en la que se centró en los días siguientes.

En un principio, Rita no contestó a ninguna de las llamadas, aunque sí que consiguió entablar una media conversación a través de WhatsApp. No era lo que a Melvin más le gustaba, pero estaba dispuesto a hacer un esfuerzo con tal de ganarse su confianza. A lo largo de los primeros días ella se mostró distante y tan solo hacía preguntas a Melvin para asegurarse de lo que decía ese hombre era cierto. Sin embargo, todas sus respuestas fueron correctas.

—¿De dónde es mi padre? —le preguntó Rita.

—Nació en Columbia, aunque creció en Blackville, Carolina del Sur.

—¿Cómo se llamaban mis abuelos?

Aquí Melvin se mostró más cauto, pues no estaba seguro de que le hubieran contado el triste final de los padres de Edward.

—Richard y Julia.

A cada respuesta de Melvin, Rita se quedaba sin motivos para dudar de él. Fue por esto que la joven accedió a quedar con él. Se encontraron en un parque, no muy lejos del hotel. Melvin comprobó con dolor que su aspecto continuaba siendo igual de lamentable. Rita estaba excesivamente delgada, demacrada por las sustancias que consumía. Sus brazos y piernas eran tan finos que parecían que iban a quebrarse si se cogían con excesiva fuerza. Sin embargo, era su cara lo que era demoledor para Melvin. Más allá de sus cicatrices y rostro afilado, se escondía un evidente parecido a Grace. A él le recordó a la Grace de los últimos meses bajo el cautiverio de Jimmy.

Pero lo más importante de todo fue que Rita aceptó que Melvin le hiciera preguntas, aunque antes le pidió un paquete de cigarrillos y unos cuantos dólares para comprar un poco de comida.

—Estoy dispuesto a comprarte los cigarrillos y la comida. Ahí mismo hay un supermercado —dijo Melvin.

—Si me das el dinero puedo hacerlo después. No quiero hacerte perder el tiempo.

—Podemos conversar mientras compramos.

Rita se soliviantó, pero finalmente se contentó con un paquete de cigarrillos. Su baza para conseguir algunas dosis no había salido bien. Además del tabaco, compraron un café y se sentaron en uno de los bancos del parque. Bajo los árboles corría un viento fresco que aliviaba la tibia humedad de Tampa.

—Tu padre…

—Sí, está vivo —respondió Rita. Melvin asintió. Tenía que ir despacio.

—¿No te llevas bien con él?

Rita movió la cabeza de un lado a otro. Estaba incómoda.

—Nunca nos hemos llevado bien. Mi padre no es un hombre con el que resulte fácil tratar. No soy capaz de recordarlo con una puta sonrisa en la cara. Sí, esa clase de hombre es mi padre.

Melvin supuso que el «abandono» de Grace había afectado a Edward. Rita continuó:

—Siempre se entrometía en mis asuntos, quería manejarme y obligarme a hacer las cosas a su manera. Cuando tenía problemas no recurría a él, hablaba con mi tío Marcus.

—Mi hermano —señaló Melvin.

—Un buen hombre. Le tengo mucho cariño.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ves? Cuando nos encontramos parecías muy sorprendida de haberlo visto.

Rita infló sus carrillos y dejó escapar el aire lentamente.

—Hace más de veinte años que me marché. No soporto ese lugar. Allí me asfixio.

Melvin frunció el ceño.

—¿De qué lugar hablas?

—De la granja donde vive mi padre y mi tío Marcus.

—¿En una granja? ¿No viven en Tampa? —exclamó Melvin.

—No. Mi padre y Marcus viven en una granja en el condado de Pasco. Estará como a una hora de aquí.

Melvin dio su sorbo al café.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de ellos?

—Hace un par de años.

Melvin tragó saliva.

—¿Sabes si siguen con vida?

Ella reflexionó durante unos segundos.

—Supongo que sí. Habrían intentado localizarme si alguno de los dos hubiera fallecido.

Melvin encajó la indiferencia de Rita de la mejor manera posible. Sabía que ella no estaba bien y que su desapego respecto a su familia tendría su origen en sus adicciones.

—¿Podrías decirme dónde está la granja?

Rita se lo indicó en Google Maps, aunque Melvin trató de memorizar la información. No terminaba de acostumbrarse a que un aparato lo hiciese todo por él. Pese a ello, le sugirió a Rita que lo acompañara hasta el lugar, aunque ella se negó rotundamente. Seguía decidida no saber nada de su familia.

Tras despedirse, mientras Melvin caminaba de regreso al hotel, advirtió que Rita apenas se había interesado por Grace, lo que le llamó la atención. Sin embargo, pensó que quizás ella temía lo que su madre pensara de ella. Era muy triste, pero Melvin quería asegurarse de hacer las cosas bien. Tenía la dirección de la granja donde supuestamente vivían Edward y Marcus. Tan solo tenía que comprobar si se trataba de ellos realmente. Si era así, organizaría un encuentro entre madre e hija.

Capítulo 48

Los billetes de vuelta a Irlanda eran para dentro de dos días, por lo que Melvin necesitaba encontrar alguna excusa para que Grace aceptase el aumentar la estancia. Al día siguiente, en el desayuno, la tanteó un poco, pero Grace tenía razón en eso de que no tenían motivos para quedarse más. Melvin no insistió y lo confió todo a que la información que le había facilitado Rita fuese cierta. De ser así, el hecho de que madre e hija se reencontraran sería más que suficiente para que Grace decidiese quedarse.

—He pensado que hoy podríamos hacer un poco de turismo —dijo Grace, la cual empezaba a sospechar de las ausencias de Melvin. Este a su vez iba a dirigirse a la granja esa misma mañana, por lo que debía encontrar una excusa convincente.

—No suena mal. ¿Te parece bien que almorcemos en algún restaurante? Podemos preguntar en la recepción.

Grace frunció el ceño.

—¿Y qué harás el resto de la mañana?

—Sigo con mis problemas estomacales. Prefiero descansar un poco en mi habitación si vamos a pasar toda la tarde fuera.

Ella afinó la mirada.

—Vale, lo veo bien. ¿Quieres que avise a un médico?

—No es necesario.

En cuanto terminaron de desayunar, los dos subieron a sus respectivas habitaciones. Sin embargo, unos segundos más tarde, Melvin salió y bajó a toda prisa al vestíbulo. Pidió un taxi y fue hasta un establecimiento de alquiler de vehículos. Veinte minutos después, Melvin conducía hacia la dirección que le había dicho Rita. El empleado de la empresa de alquiler le había ayudado a poner el sistema GPS del coche.

Después de cincuenta minutos, Melvin se detuvo en un lado de un camino de tierra cercado por árboles. Había varias entradas a distintas fincas, pero en la mayoría de los terrenos la vegetación campaba a sus anchas y reinaba el silencio. Miró la dirección en su móvil y tardó unos minutos en aclararse acerca de qué dirección tomar. Finalmente, sus pasos lo llevaron hacia un camino que llevaba a un terreno donde se levantaban dos casas que parecían ser independientes entre sí, pero que resultaba evidente que formaban parte de la misma propiedad.

El calor y la humedad le hacían sudar, pero eso no le importaba. La tensión le había rejuvenecido. Avanzó lo suficiente como para tener

una visión clara y se ocultó tras unos arbustos. El sol incidía directamente sobre él de una manera cruel, por lo que confió en no tener que pasar mucho tiempo allí.

Por suerte, al cabo de unos minutos vio una sombra en una de las ventanas de la casa que se encontraba más cercana. Segundos más tarde, un hombre salió al porche. Por sus gestos, parecía que hablaba con alguien que todavía estaba en el interior de la casa.

Melvin se fijó en aquel hombre, pero no supo reconocer de quién se trataba, lo que lo desanimó. Miró a la otra casa, la más lejana, pero las cortinas de todas las ventanas estaban echadas, como si nadie viviera allí. Cuando centró de nuevo su atención en la primera casa, estuvo a punto de desplomarse.

El hombre, al que había visto primero, estaba ayudando a salir al porche a un anciano, delgado, consumido por los años y alguna enfermedad. No obstante, Melvin lo reconoció al instante.

—Marcus…

En ese momento rompió a llorar como nunca lo había hecho. Tantos años de dolor y desconcierto, esa pátina de oscuridad y desconsuelo se había desvanecido en ese momento, cuando vio a su hermano. Era todo lo que necesitaba. Aquella joven de mal aspecto realmente era Rita; aquel hombre probablemente sería el hijo de Marcus y en la otra casa, casi con total seguridad, viviría Edward Preston.

Cuando regresó al hotel estaba más sereno. El viaje de vuelta le había servido para desahogarse y pensar fríamente acerca del siguiente paso. Por suerte, eran las doce del mediodía, por lo que todavía tenía tiempo de subir a su habitación y darse una buena ducha antes de ir a almorzar con Grace. ¿Cómo reaccionaría cuando se reencontrara con su hija? Al fin, nada les impediría estar juntas después de tanto tiempo.

Aunque la sorpresa se la llevó él. Al abrir la puerta de su habitación se encontró a Grace sentada en el butacón que había junto a la cama con un Martini en sus manos. No hubo sorpresa por parte de ella, sino más bien la confirmación de que Melvin le estaba ocultando algo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Grace sin quitar sus ojos de Melvin. Este se tomó unos segundos para contestar, aunque su reacción más inmediata fue la de sonreír.

—De dar una vuelta.

—Ya… Tenemos una edad, Melvin. No me hagas perder el tiempo. Has estado fuera toda la mañana.

Él asintió y se sentó en el borde de la cama. Sin decir nada, extendió la mano e hizo un gesto para que Grace le pasara el Martini. Se lo bebió de un trago.

—¿Y tus problemas de estómago? —dijo Grace con ironía.

—Los he encontrado.

Grace no dijo nada. Parecía no haberlo comprendido.

—¿De qué estás hablando?

Melvin sacó su teléfono del bolsillo y buscó el contacto de Rita. Después se lo mostró.

—Es el número de tu hija.

Ella no dijo nada. Miró el número —uno cualquiera, que no le decía nada— y después volvió a centrarse en Melvin. Estuvo a punto de preguntarle si se había vuelto loco o si le estaba gastando una broma, pero lo descartó.

—Mi hija…

—No falleció, Grace. No sé a qué se refería la mujer que nos encontramos en la puerta del edificio, pero tu hija está viva.

Sin decir nada, Grace se levantó lentamente, se pasó las manos por su falda para quitarle las pocas arrugas que tenía y cogió su bolso.

—Llévame hasta ella ahora mismo.

La frialdad y el autocontrol de Grace le impactó más que si hubiera comenzado a chillar o a llorar. No obstante, la decisión estaba implícita en cada gesto. De camino al vestíbulo del hotel le escribió un mensaje a Rita diciéndole que le gustaría verse de nuevo con ella, pues quería preguntarle algunas cosas. Rita no aceptó en un primer momento, pero Melvin le ofreció cien dólares a cambio. Ella subió el precio hasta doscientos y Melvin aceptó igualmente. Ser verían en el parque donde habían quedado el día anterior.

Cuando Rita llegó al parque, vio a Melvin sentado en el banco con los ojos cerrados, disfrutando tranquilamente de la brisa.

—Primero quiero los doscientos dólares. —Fue el saludo de Rita. Melvin no dijo nada. Abrió un ojo e hizo un ademán con la cabeza. Ella, sin saber a qué se refería, insistió—: Si no me los das, me marcho. Es lo que acordamos.

Pero Melvin sonrió. A las espaldas de Rita, Grace observaba la escena mientras se estremecía. Rita escuchó un sollozo y se dio la vuelta. Ver a aquella anciana temblorosa no le dijo nada en un primer momento, pero unos segundos después, comprendió lo que estaba ocurriendo.

—¿Ella es…? —dijo con un hilo de voz.

Grace dio un paso hacia delante.

—Sí, Rita, soy tu madre.

Las dos se observaron como si trataran de reconocerse en la otra. Pese a la distancia y al tiempo, ambas se sentían unidas, distintas partes de lo mismo. La última vez que se vieron, Rita no tenía más que un par de años, pero para Grace resultaba insignificante. No le importaba la edad, ni la apariencia, ni el estilo de vida que su hija

hubiese decidido llevar. Era su hija, su pequeña.

Sin decir nada, Grace se fue acercando hasta que, estando junto a Rita, la abrazó con todas sus fuerzas. Esta no reaccionó en un primer momento, pero unos segundos después, le devolvió el abrazo y comenzó a llorar. La herida que había sesgado su infancia, su vida, la ausencia del calor materno que le había cincelado una personalidad difícil y rebelde, todo el dolor silencioso que había llevado en su interior se había desvanecido de repente.

—No sabes cuánto tiempo he soñado con este momento —dijo Grace.

Rita tan solo apretó los brazos en torno al cuerpo de su madre. Sus adicciones la habían privado del cariño durante muchos años. Providencia o casualidad, Grace había aparecido en su vida en el momento más crítico.

—Te he echado de menos —dijo Rita.

—Ya estoy aquí.

Rita rompió a llorar y buscó, por primera vez en mucho tiempo, consuelo en el hombro de su madre.

La entrañable escena pudo con Melvin. Este se secó las lágrimas y se alejó un poco. Respiró hondo y se sintió rebosante de energía al saber que su hermano estaba a una hora de camino. Habían tenido que esperar muchos años, demasiados, pero lo importante era que, por fin, los habían encontrado.

Cuando se calmaron los ánimos, fueron hasta una cafetería. Grace se sentó junto a su hija, de quien no podía quitar sus ojos. Sin embargo, a medida que la emoción del primer momento fue desvaneciéndose, fue consciente de su lamentable estado físico. Melvin intuía lo mucho que le dolería verla así, pero al menos la había recuperado; después de años de luto, tenía en sus manos salvarla del abismo donde se encontraba.

—No puedo creer que estés aquí, Rita.

Su hija agachó el rostro.

—¿Por qué dices eso?

Hubo unos segundos de confusión. Rita estaba seria y rehuía la mirada de Grace.

—Todos estos años sin ti… Pensé que habías fallecido cuando aún eras muy pequeña. No me quiero justificar. Movimos cielo y tierra para encontrarte, pero fue imposible.

Los labios de Rita comenzaron a temblar. Grace pensó que era fruto de la emoción, de haberse reencontrado con su madre después de crecer creyendo que había fallecido, pero la verdad era otra que, aunque parecida, no involucraba directamente a Grace.

—Tranquila, Rita. No puedo ni imaginarme lo mucho que habrás sufrido. Habría dado mi vida por ti.

Sin embargo, las palabras de Grace no hicieron más que exacerbar el llanto de su hija. Melvin miró confundida a Grace. Otros clientes de la cafetería los miraban también.

—No me merezco esto —dijo al fin—. Soy una mala persona.

Grace arropó a su hija rodeándola con sus brazos. Lo primero que pensó era que se refería a sus evidentes problemas con las drogas.

—Estoy contigo y voy a ayudarte a superar tus problemas. Tanto él como yo no vamos a dejarte sola.

Pero la respuesta de Rita fue mover la cabeza de un lado a otro. Su negación era todo un misterio para Grace y Melvin.

—Yo… tengo una hija. La abandoné —dijo al fin, dejándolo escapar como si se tratara de un veneno que le corroía las entrañas.

Grace tuvo el impulso de retirar los brazos de su hija, pero, aun así, los mantuvo. No había llegado hasta allí para juzgarla sin más.

—¿Tienes una hija? —preguntó Melvin.

Ella asintió.

—Se llama Lucy, pero hace mucho tiempo que no la veo. La dejé con su padre, en la granja.

—¿De qué granja hablas?

Melvin se adelantó.

—De la granja donde viven Marcus y Edward. Está a una hora de aquí.

Grace abrió sus ojos de manera exagerada. «Los he encontrado».

—Fuiste allí, ¿verdad? Esta mañana. ¿Los has visto?

Melvin tragó saliva.

—Solo vi a mi hermano y a un hombre más joven que parecía cuidar de él.

—Se llama Leroy y fue mi novio. Lo abandoné cuando nuestra hija era todavía pequeña —dijo Rita—. Perdí el control, no sé… No era la vida que deseaba, era joven y simplemente me dejé llevar.

Grace se puso de pie y se preguntó si aquello se trataba de una macabra broma del destino. Pese a que llevaba años sin fumar, hizo el gesto de buscar el paquete de cigarrillos; primero en el bolso y después en los bolsillos. Al ser consciente de lo que estaba haciendo, respiró hondo y volvió a sentarse.

—¿Por qué está cuidando a Marcus?

Rita recuperó la lucidez y los miró como si la respuesta fuera evidente.

—Él es hijo de Marcus. Crecimos juntos y él siempre estuvo enamorado de mí y yo me aproveché de eso. Me quedé embarazada, yo no me vi capaz de ser madre y me fui.

—¿El hijo de Marcus? —exclamó Melvin. Eso convertía al hombre que vio primero en la granja en su sobrino—. ¿Y la esposa de Marcus?

—Te refieres a Dorothy. Falleció hace muchos años. Por entonces

yo era una adolescente.

Pese al tiempo que había transcurrido, Melvin se tomó unos segundos para encajar el golpe. Aquella conversación estaba siendo más fructífera y dolorosa que todos los años de búsqueda. Grace estaba igualmente impactada.

—Necesitamos tiempo para asimilar todo esto —dijo Grace. Rita volvió a bajar la mirada.

—Siento mucho todo esto.

Grace le dedicó una sonrisa.

—El pasado es pasado, Rita. Sin ti jamás los habríamos encontrado.

Pese a que Rita se opuso en un primer momento, Grace consiguió convencerla para que pasara la noche en una habitación en el mismo hotel en el que se hospedaban. Había recuperado a su hija e iba a hacer lo que hiciera falta por sacarla del macabro mundo de las adicciones. No iba a ser fácil, lo sabía, pero era su obligación como madre darlo todo por ella.

Sin embargo, los primeros días de Rita en el hotel no estuvieron exentos de problemas. Pese a que prometía una y otra vez que quería cambiar de vida, sus continuas recaídas provocaron numerosos problemas en el hotel —estuvieron a punto de ser expulsados—, que obligaron a Grace a tomar medidas más correctivas. Mientras tanto, Melvin estuvo visitando la granja donde vivía su hermano, aunque le faltaba el valor para acercarse hasta la casa, quedándose siempre en el mismo matorral desde donde lo había visto por primera vez.

—¿Cómo ha ido hoy? —preguntó Grace cuando Melvin regresó de la granja. Por su rostro taciturno supo cuál iba a ser la respuesta.

—No era el día.

Rita se encontraba también en la habitación de Grace. Estaba tumbada en la cama, completamente dormida. Habían pasado cuatro días desde que madre e hija se reencontraron y, pese a los esfuerzos de Grace, su hija resultó ingobernable. Siempre encontraba la manera de escabullirse o de conseguir alcohol u otra sustancia.

—Mañana lo será. Ya lo verás —dijo en un intento de consolarlo.

—Nunca pensé que me resultaría tan difícil. Estos últimos días lo he visto, Grace. Mi hermano está ahí, a unos pocos metros, pero entonces siento un vértigo terrible.

—Su hijo está con él, ¿verdad?

Melvin asintió.

—Así es. Leroy lo acompaña en todo momento. Aunque en las últimas mañanas se ha marchado un rato de la finca. No se ausenta mucho tiempo, quizás media hora o cuarenta minutos como mucho.

En ese momento, Rita se movió dormida y los otros se giraron hacia ella.

—¿Cómo está hoy? —preguntó Melvin.

—Más tranquila. En el fondo sabe que ha tomado la decisión correcta, pero continúa luchando contra sus demonios.

—¿Ha aceptado entonces ingresar en la clínica de desintoxicación?

Grace movió la cabeza de arriba abajo.

—Tengo que solucionar el tema de los papeles y la admisión, pero espero que pueda entrar antes de que acabe la semana. Temo que cambie de opinión. Soy su madre, pero, después de todo, somos dos desconocidas.

Tres días más tarde, Rita Preston ingresaba en la clínica Mercy para tratar sus adicciones. Grace habló con los médicos y le recomendaron una estancia mínima de seis meses para que Rita se recuperara tanto física como mentalmente. También establecieron el régimen de visitas y el calendario de las siguientes semanas. Grace les contestó que se quedaría el tiempo que fuera necesario y pagó por adelantado los primeros seis meses de tratamiento. Los ahorros de los últimos años junto con la renta dejada por Spencer Cooper facilitaban mucho las cosas.

—Yo me encargo de organizar estos seis meses en Tampa —dijo Grace—. Tú tienes cosas más importantes que hacer.

Melvin frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A tu hermano, Melvin. No lo dejes pasar más tiempo.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Grace se reafirmó en su negativa.

—Ya te dije que no quiero inmiscuirme en la vida de Edward. Ayudaré a mi hija y ya veremos qué pasa en un futuro. Ha dicho que tiene una hija, tal vez la busque para que Rita pueda disculparse con ella. Sería una buena manera de reparar todo el daño que le causé.

—Como quieras, Grace.

A la mañana siguiente, Melvin condujo de nuevo hacia la granja. Estacionó el coche a un lado de la calle y caminó hasta llegar a los arbustos. Comenzaba su particular penitencia. Como cada mañana, Leroy salió al porche acompañado de Marcus. Melvin respiró hondo. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía las vibraciones por todo su pecho.

Hizo el amago de incorporarse, pero fue incapaz.

—Cuando se vaya Leroy —dijo para sí mismo, esperando al mismo tiempo que ese momento no se produjera. Pero unos cuarenta minutos más tarde, Leroy montó en su camioneta y salió de la finca pasando a escasa distancia de Melvin, que se había agazapado bajo los arbustos. Comenzaba la cuenta atrás.

Capítulo 49

Cuando el coche desapareció a sus espaldas, se incorporó y se limpió la suciedad del pantalón y la camisa. Después miró hacia la casa y vio a su hermano sentado tranquilamente en el porche. Un fino tubo iba desde una bombona de oxígeno hasta una mascarilla que Marcus se ponía y se quitaba constantemente, pero eso no parecía importarle. Su respiración era pausada; estaba tranquilo.

Cerró los ojos y recorrió así los primeros metros hasta que se encontró en mitad del césped que separaba la entrada a la casa. Marcus continuaba sin verlo ni tampoco escuchaba sus pasos. Por entonces, Melvin era incapaz de aguantar el llanto y caminaba mientras las lágrimas se escurrían por su rostro.

Se acercó a la casa y se detuvo frente a las escaleras que subían hasta el porche. Marcus debió creer que se trataba de Leroy porque se giró hacia él sin sorpresa alguna. Solo cuando sus ojos se percataron de quien tenía delante, reaccionó.

Los dos hermanos se quedaron en silencio, observándose y preguntándose si aquello estaba pasando de verdad o no. Marcus se sacó la mascarilla de la cara.

—¿Melvin?

Este asintió y comenzó a subir las escaleras. Marcus intentó levantarse, pero le suponía demasiado esfuerzo.

—No, no es necesario —dijo Melvin acudiendo al auxilio de su hermano, cuyos brazos temblaban fruto del esfuerzo. Los dos quedaron frente a frente, Melvin agachado y su hermano sentado. Sin previo aviso, Marcus abofeteó a Melvin.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué nos abandonaste?

Otra bofetada impactó en el rostro de Melvin, aunque apenas había fuerzas en los brazos de Marcus.

—¿Por qué me dejaste solo? —dijo Marcus mientras una mueca deformaba su rostro. Melvin no dijo nada, tan solo abrazó a su hermano con todas sus fuerzas.

—No me quedó más remedio. Te juro que no. Pero ya estoy aquí.

Un abrazo postergado durante muchos años.

—Creí que habías muerto —dijo Marcus.

—Puede que lo estuviera durante un tiempo.

Se separaron y tras asegurarse de que no se trataba de un sueño, volvieron a abrazarse.

—Has llegado en el descuento, hermano —dijo Marcus—. No me

queda mucho.

—No me jodas, Marcus. ¿Sigues siendo tan bromista?

Los dos se rieron de repente y como dos niños que volvían a encontrarse en las vacaciones de verano, se abrazaron de nuevo.

—¿Dónde te metiste? ¿Eran ciertos esos rumores? ¿Asesinaste a la señora Preston?

Melvin ladeó la cabeza.

—Es tan largo de contar, pero no. No soy un asesino, Marcus. Fue Jimmy, él nos secuestró. A mí y a Grace.

Entonces, Melvin le contó a su hermano un breve resumen de aquellos meses donde sus vidas se separaron. Fue conciso y no profundizó mucho en lo ocurrido durante el cautiverio en Luisiana. Melvin se fijó en el gesto de alivio de su hermano y sus ojos vidriosos. Aun así, lo que más llamó la atención de Marcus era que Grace hubiera compartido todos aquellos años con su hermano.

—¿Grace está contigo? Lo último que supimos es que confesó el asesinato del señor Preston. Fue un golpe terrible para todos, pero, si te soy sincero, con Dorothy nunca lo creímos. Edward al principio tampoco lo creyó, pero luego que no pudiera dar con ella en ninguna parte, comenzó a dudar. Llegaba abatido pensando que podía estar muerta, pero después de unos meses se convenció de que Grace se había marchado para siempre —dijo Marcus hablando a través de la mascarilla, con los ojos muy abiertos—. ¿Realmente lo hizo, Melvin?

—No fue así, Jimmy otra vez estaba detrás de todo —respondió Melvin cabizbajo—. Los buscamos durante muchos años, pero fuimos incapaces de dar con ustedes.

—¿Los secuestró dices?

Melvin asintió. Comprendía que a Marcus le resultara complicado creer todo aquello o que no pudiese pensar con claridad.

—Estuvimos diez meses malviviendo en los pantanos de Luisiana, perdidos en mitad de la nada. Yo estaba malherido y tardé mucho en recuperarme. Si no llega a ser por Grace, ese cerdo me hubiera pegado un tiro.

—¿Luisiana? ¿Cómo salieron de allí? —preguntó Marcus. Su hermano sonrió.

—A Jimmy se lo comieron los caimanes. El caso es que intentamos encontrarlos, pero fue imposible. Y si lo hemos hecho ahora es gracias a Rita. Me confundió contigo en Tampa.

Marcus inhaló lentamente hasta inflar sus pulmones. Después sufrió un acceso de tos. Melvin se alertó al ver el cuerpo de su hermano estremecerse.

—¿Estás bien?

—He tenido días peores —dijo Marcus pasándose un pañuelo por los labios—. ¿Se encontraron con Rita? Oh, ¿cómo está? Hace mucho

que no sabemos nada de ella.

Melvin no sabía hasta qué punto conocían el estado actual de Rita, pero no había sitio más que para la sinceridad.

—Tiene problemas de drogadicción. No sé si estaban al tanto. Sin embargo, Grace la ha convencido para que ingrese en un centro. Hay esperanza después de todo.

Los ojos de Marcus relucieron.

—Ella y Grace… —dijo antes de romper a llorar de nuevo.

—¿Qué ocurre?

Marcus necesitó unos segundos para calmarse y recuperar el aliento. El sonido de su respiración recordaba a la de un fuelle agujereado.

—Rita siempre echó en falta a su madre. Tenía a Dorothy, pero la pobre nos dejó pronto. Además, Edward no superó jamás lo que sucedió con Grace; fuera cierto o no, para él si lo fue. Se convirtió en un amargado. Lo primero que hizo fue vender las tierras de Blackville. Por entonces, Dorothy y yo nos instalamos momentáneamente en su apartamento de Columbia.

—Estuvimos allí, Marcus. Al primer sitio que fuimos después de escapar de Luisiana fue al apartamento de Columbia, pero no había nadie.

Marcus respiró un poco de oxígeno antes de responder.

—Al poco de que desaparecieran, Dorothy estaba embarazada. Por entonces todavía vivíamos en el apartamento con Edward. Nos hacíamos cargo de la pequeña Rita. —Se llevó de nuevo la mascarilla a los labios—. Edward no estaba bien después de lo que sucedió y su hija necesitaba cariño. El caso es que hubo complicaciones en el embarazo de Dorothy y tuvieron que adelantar el parto, no sabíamos que eran dos bebés y uno de ellos nació sin vida. Era una niña.

—Lo siento —dijo Melvin aprovechando que su hermano se tomó un descanso.

—Hay almas que son bendecidas desde el primer momento por el cielo. Pero el otro bebé sobrevivió: Leroy, que es quien me acompaña en la granja. El caso es que la suma de todo lo que ocurrió fue demasiado. La desgracia parecía haberse instalado con nosotros. Es por eso que Edward decidió desprenderse tanto del apartamento como de las empresas que heredó de su padre e irse de Carolina del Sur; quería romper con su pasado. Pensábamos que nuestros caminos se separaban, pero él sabía que Rita nos necesitaría, él no era capaz de hacerse cargo de ella, estaba muy mal y por eso nos ofreció vivir todos juntos en una granja de Florida. Al parecer, estas tierras pertenecían a un antiguo socio de su padre y pudo conseguirlas a buen precio. Desde entonces hemos vivido y trabajado aquí. No es mucho, pero es lo que tenemos. Hasta me atrevería a decir que ha sido lo mejor que nos ha

pasado.

Melvin repasó con la mirada los árboles frutales que se extendían por toda la finca.

—Mi hijo Leroy es el que se encarga ahora de la plantación —añadió—. Tampoco ha tenido suerte.

—Lo dices por Rita, ¿verdad?

Su hermano asintió.

—Pensábamos que se trataba de una pareja perfecta, nuestro hijo desde siempre idolatraba a Rita, y ella era como una hija para nosotros, pero ya ves, ella decidió marcharse. No le importó siquiera tener una criatura de un año. No pudimos evitar acordarnos de Grace, especialmente Edward, que no soportó que su hija siguiera los pasos de su madre. Al menos Leroy lo llevó medianamente bien si lo comparamos con Edward —dijo Marcus.

—¿Y Edward? ¿Sigue…?

—¿Con vida? —le interrumpió Marcus—. Sí, vive en la casa que hay al otro lado. Pero no es muy sociable que digamos. No esperes que te reciba con los brazos abiertos. Quizás con Grace sea diferente, pero tampoco estoy del todo convencido. Es un ermitaño.

Melvin miró hacia la casa de Edward. Todas las cortinas estaban echadas como si allí no viviera nadie o como si quien habitara esa casa no deseara saber nada del mundo.

—Grace tampoco quiere volver a verlo. Dice que no quiere causarle más sufrimiento. Supongo que ha pasado demasiado tiempo.

—¿Más sufrimiento? Eso es imposible. Edward Preston vive en el sufrimiento y el rencor desde hace muchos años. Además, está enfermo. Yo lo cuidaba y ahora mírame. Ese cabrón va a enterrarme.

Melvin frunció el ceño.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Es difícil saberlo. No va al médico desde hace muchos años. Simplemente, está enfermo y débil. Probablemente sea cáncer. En estos días todo el mundo se muere de cáncer —refunfuñó Marcus—. No le vendría mal visitar un médico, pero es más tozudo que un burro. Es como si disfrutara estar sufriendo. Leroy se encarga de llevarle la comida y algunas pastillas, calmantes en gran parte.

—Los dos son duros de roer —dijo Melvin. Su hermano respiró de nuevo a través de la mascarilla.

—No tanto como parece. Estoy cansado, hermano.

Melvin intentó animarlo, pero todo lo que hizo fue apoyar la mano en su hombro. La fragilidad de Marcus quedaba patente en su respiración trabajosa, sus ojos entrecerrados y el temblor de sus manos. Su cuerpo parecía sufrir a cada segundo de vida.

—¿Has conocido a Lucy? —dijo Marcus de repente. Melvin negó con la cabeza—. Es mi nieta y una chica fantástica. Actriz de doblaje,

¿qué te parece? Supongo que la vena artística le viene por Grace.

—No lo sabía —dijo Melvin con una sonrisa.

—Mis nietos son un soplo de aire fresco en esta desgraciada familia. Linus, mi otro hijo, tiene dos muchachos, uno es militar igual que él y el otro, Lamar, es profesor y está casado y vive en Tampa. Pero Lucy, ella es especial.

Melvin frunció el ceño

—¿A qué te refieres? ¿Qué ocurre con Lucy? —preguntó Melvin. Comenzó a pensar que su hermano no recibía todo el oxígeno que necesitaba.

Marcus giró la rueda que había en la parte superior de la bombona y aspiró con fuerza. Cerró los ojos en cuanto vio su necesidad saciada.

—Lucy conseguirá unirlos a todos. Es la única que puede. Edward no escuchará a Grace, Leroy no escuchará a Rita, pero todos escucharán a Lucy. Ella es la clave para que esta familia cierre sus heridas de una vez por todas, tiene una fuerza y determinación que nadie puede aplacar.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Hablaré con Grace de nuevo y trataré de convencerla.

—Lucy… Ella es la única que puede, aunque también necesita ayuda para aclarar su cabeza.

Pese a que estuvieron conversando unos minutos más, Marcus le indicó que había llegado el momento de marcharse.

—Tardaríamos un siglo en aclararle a Leroy quién eres. No lo entendería. Tienen que encontrar a Lucy, ¿de acuerdo? Con ella todo será más fácil. Además, ella cree que puede con todo, pero no es así. Una figura femenina le haría muy bien: la necesita; estoy seguro de ello.

Melvin se incorporó y miró a su hermano con un gesto de ternura.

—Daremos con ella.

—Trabaja en una de esas compañías de taxis modernas. Tiene problemas de garganta y necesita dinero para recuperar su voz —añadió Marcus—. Ahora será mejor que te vayas, hermano. Me alegra mucho verte, pero no podemos precipitar las cosas.

—Volveré en cuanto hable con Grace —dijo Melvin. Marcus se llevó la mascarilla a sus labios y después la retiró mostrando una amplia sonrisa.

—Ya puedo irme tranquilo, hermano. Pese a que acepté que habías muerto, siempre confié con verte una vez más. Y quédate tranquilo que nunca me tragué que tú habías matado a Julia.

Las lágrimas regresaron a los ojos de Melvin. Marcus, en cambio, expresaba tal seguridad que sus palabras resultaban desconcertantes.

—Me verás muchas más veces, Marcus —dijo Melvin con

dificultad. Sin embargo, Marcus obvió sus palabras e insistió en lo que ya le había dicho.

—El pasado aclarado y olvidado, ahora busca a Lucy. Todos la escucharán. Ven mañana y te daré todo lo que pueda para que la encuentres. Dudo de que ahora tengamos tiempo antes de que Leroy regrese. No tengo fuerzas para ponerlo al día.

Se despidieron con un sentido abrazo. Melvin le dijo que volvería en cuanto hubiera aclarado todo con Grace. Sin embargo, esta se negó rotundamente a reencontrarse con Edward. Melvin no comprendía su tozudez al respecto y creyó que su negativa escondía también un miedo irracional por su parte. En el fondo, Grace no estaba preparada para enfrentarse a un pasado que se había visto obligada a olvidar. Temía la reacción de Edward por la confesión sobre la muerte de su padre y la supuesta implicación en la de su madre.

—He recuperado a mi hija —decía—. Con eso es más que suficiente.

Fue entonces cuando Melvin se acordó de las repetitivas palabras de su hermano: «todos escucharían a Lucy».

—¿Y qué hay de tu nieta? Ella sufrió lo mismo que sufrió tu hija, ¿no se merece conocer la verdad después de tanto tiempo?

Pese a que Grace no le dio una respuesta clara, Melvin intuyó que tarde o temprano se decantaría por acercarse a ella. Veía razonable que Grace quisiera centrarse en su hija en un primer momento, pero después buscaría la forma en que ella pueda conectar con Lucy.

Para Melvin, aportaba mucha importancia al consejo de su hermano de encontrar a Lucy, a la hija de Rita. Sin embargo, ¿por dónde podían empezar?

Tal y como habían acordado, Melvin visitó a su hermano al día siguiente, justo a la misma hora en la que se habían reencontrado el día anterior. Marcus le facilitó el número de teléfono de Lucy, así como una fotografía de su nieta. Melvin la observó con orgullo y después la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Espero que con esto sea suficiente —dijo Marcus.

—Lo será. Pronto estaremos todos juntos.

Marcus le dedicó una sonrisa que sabía a despedida.

—Seguro.

Fue la última vez que se vieron.

Para cuando Melvin regresó a la granja, apenas dos días más tarde, descubrió que su hermano había fallecido. Al lado de la casa estaba el coche de la funeraria y Leroy y una joven —que Melvin reconoció como Lucy— esperaban entre lágrimas en el porche. Quiso ir hasta allí y preguntar, pero fue consciente del tremendo impacto que causaría y prefirió esperar. Era la despedida de Marcus y nada debía arrebatarles aquel momento.

Sin embargo, cuando se marchó, se le ocurrió una idea para obligar a Grace a que se acercase a Lucy. Le diría que Edward había fallecido y que, por lo tanto, no tenía excusa para acercarse a su nieta y tantearla. Para Melvin seguía teniendo mucha importancia lo que le había dicho su hermano respecto a la joven: «Todos la escucharán».

Era justo lo que necesitaban. Edward no se lo pondría fácil a Grace y Leroy rechazaría a Rita, aunque esta le demostrase que había dejado atrás sus adicciones. Por su parte, aunque él fuera el hermano gemelo de Marcus, para ellos resultaba un completo desconocido. Su hermano le había comentado que Lucy no sabía nada del pasado de su familia, pues creía que tanto su madre como su abuela materna habían fallecido jóvenes. Melvin podía estar tranquilo en ese aspecto.

Grace encajó la noticia con resignación y aunque sus ojos se pusieron vidriosos, no derramó ni una sola lágrima.

—No se puede luchar contra el destino. Al menos ya está descansando. Ojalá haya sido feliz pese a todo lo que tuvo que soportar —fueron las palabras de Grace después de que Melvin le comunicara la falsa noticia de Edward. Pese a que pudiera parecer retorcido, todavía tenía que atar algunos cabos sueltos.

—Será mejor que no le digas nada a Rita. Estoy seguro de que es lo que menos necesita en este momento —dijo Melvin. Rita había entrado en una clínica y eso le daba a él una oportunidad.

—Descuida. Hablaré con los psicólogos del centro, pero igualmente creo que es mejor esperar hasta más adelante.

Hubo un momento de silencio en el que Grace no posó su mirada sobre nada en concreto.

—¿Estás bien? —preguntó Melvin. Ella asintió.

—No sé bien qué es lo que siento, a decir verdad. El único consuelo es que sé que estoy salvando la vida de mi hija —suspiró—. Pero a una parte de mí le hubiera gustado que Edward lo viera.

Había llegado el momento. Melvin se metió la mano en el bolsillo y puso sobre la mesa la fotografía de Lucy. Nada más verla, los ojos de Grace se iluminaron. Sus labios comenzaron a temblar.

—¿Es mi nieta?

Melvin asintió.

—Es preciosa —dijo Grace mientras observaba la imagen risueña de Lucy. Deslizó las yemas de sus dedos sobre su rostro y la primera lágrima cayó por su mejilla.

—Se merece conocer la verdad —dijo Melvin.

—Y lo hará —aseguró Grace—. Acabemos de una vez con la pesadilla que comenzó hace tantos años.

Capítulo 50

TAMPA, FLORIDA
2018

Lucy estaba al borde del infarto. Miró a Serena para saber si acababa de oír lo mismo que ella. Su rostro pálido y desencajado le confirmó que así era.

Melvin estaba sentado junto a Grace. Los dos acababan de ponerlas al día y esperaban, no sin cierto temor, a que sus cabezas terminaran de procesar tanta información.

—¿Es una broma? —Fue lo primero que se le ocurrió decir. Supuso que había como un millón de preguntas más indicadas que esa, pero es lo que se le ocurrió.

Grace y Melvin se miraron preocupados.

—No es ninguna broma, Lucy —dijo Grace—. Sabemos que es complicado, pero…

—¡No! —exclamó—. Complicado es dormir con los ojos abiertos o no sé, correr una maratón, pero esto…

Melvin se incorporó con las manos alzadas para que se calmase.

—Tranquila, Lucy.

—¿Tranquila? No solo acabo de enterarme de que mi madre está viva, sino que también está ingresada en una clínica de desintoxicación, que abandonó a mi padre y…

Le faltaba el aire. Por suerte continuaba sentada y bastó con respirar hondo un par de veces para serenarse.

—No queríamos que lo supieses de esta manera. Sabemos que es difícil —dijo Grace.

—Esto es increíble —añadió Serena.

—Hay una cosa que no entiendo. —Las ideas comenzaban a fluir en la cabeza de Lucy—. ¿Por qué le dijiste a Grace que había sido Edward el que había fallecido? ¿No era obvio que tarde o temprano se enteraría de la verdad si entablaba una relación conmigo?

Melvin no lo discutió en absoluto.

—Era un riesgo que decidí tomar—contestó—. La verdad, no creí que Grace se demoraría tanto en descubrir la verdad. Por eso a veces me dejaba ver, para que tuvieran una conversación reveladora y por fin comenzara a avanzar este plan.

Grace miró con reproche a Melvin.

—En pocas palabras me traicionó para que yo me atreviera a dar el paso. Cuando me dijiste que tu abuelo Marcus había fallecido,

comencé a caer en la cuenta de que Melvin no había sido sincero. Por eso me tomé un tiempo para intentar arreglar la situación —finalizó Grace.

—¿No te diste cuenta? Tú que sabes todo y tienes respuesta para todo —atacó Lucy.

—En este caso no. Estaba tan enfocada en ustedes, en reconstruir a mi familia, estaba siendo tan feliz estos meses, que no me di cuenta. Se suponía que cuando Rita saliese de rehabilitación, que va para largo, ya tendría la confianza contigo para contarte sobre tu madre y mi pasado. Pero no contaba que podría reencontrarme con Edward, eso me desestabilizó y cambió todos mis planes.

Tenía sentido, pensó Lucy, pero eso no quería decir que aceptara todo aquello como si nada. Se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Serena.

—Todos nos vamos —exclamó Lucy—. Nos vamos a la granja de inmediato.

Melvin y Grace se pusieron de pie y se miraron, alertados.

—¿Cómo dices? —dijo Grace.

—He dicho que todos nos vamos a la granja. Si todo esto es cierto, cosa que me cuesta creer, mi padre y Edward se merecen conocer toda la verdad.

Melvin y Grace se miraron de nuevo, sin embargo, Grace se sorprendió de la leve sonrisa que apareció en los labios de Melvin. En ese momento, estaba recordando las palabras de su hermano: «todos la escucharán». Tenía razón.

El repentino cambio de actitud de Lucy pilló a todos por sorpresa. Se sentía engañada por Grace; pese a que esta hubiera estado influida por la mentira de Melvin. Además, su abuelo y su padre la habían engañado con la supuesta muerte de su abuela y más con la de su madre. ¡Todos la habían engañado!

—Si no quieren venir se lo contaré todo mañana —amenazó desde la puerta. Esto fue suficiente para que se decidieran a acompañarla. Montaron todos en el coche y partieron de inmediato hacia el condado de Pasco.

—No hace falta ir tan deprisa —dijo Grace desde el asiento del copiloto. Lucy aminoró el ritmo.

Fue un viaje tenso y, en contra de lo que preveía, silencioso. Todos tenían que prepararse para lo que iba a suceder una vez llegaran a la granja. Lucy conducía como un autómata. ¿Su madre estaba viva? Era lo único que podía pensar.

Por el espejo retrovisor vio que Serena enviaba un mensaje a través del móvil. Avisaba a Lamar que llegaría un poco más tarde y que su prima estaba a punto de sufrir un brote de histeria. También le estaba informando que la familia se había ampliado con varios

miembros a los que consideraban fallecidos hasta hacía un par de minutos.

A medida que se acercaban a Wesley Chapel, Lucy se fijó en que los rostros de Grace y Melvin se ensombrecían, originándose en su cabeza todo tipo de teorías al respecto. ¿Y si no eran más que estafadores? ¿Tenía sentido que siguiera desconfiando de ellos después de lo que les habían contado?

Lucy atravesó a toda velocidad el sendero de tierra y detuvo el coche de manera brusca frente a la casa de su padre. El ruido de las ruedas deslizándose sobre la tierra, hizo que Leroy saliera de la casa con un bate de beisbol en la mano.

—¿Quién anda ahí? —gritó desde el porche. En cuanto Lucy se bajó del coche, tiró el bate al suelo—. Lu, cariño, ¿ocurre algo?

Fue entonces cuando Grace se bajó. Leroy la miró y después volvió a mirar a Lucy, confundido.

—¿Qué está pasa…?

No terminó de pronunciar la pregunta porque Melvin había salido también.

—No puede ser…

Leroy se quedó mirando fijamente al hombre que se había bajado del coche y que era igual a su padre. Tenía las mismas arrugas en el rostro y aunque mostraba algunas cicatrices, resultaba evidente que la vida no había sido más considerada con él. Sin decir nada, caminó un par de pasos hasta que se detuvo justo encima de la escalera que bajaba del porche. Junto a ese hombre se encontraba una mujer mayor a la que no había visto antes. Su hija y Serena se situaron al otro lado.

—Papá —dijo Lucy. Sin embargo, este señaló a Melvin.

—¿Quién es ese? —preguntó con la voz entrecortada.

—Soy Melvin Johnson. El hermano gemelo de Marcus.

Leroy abrió los ojos de par en par y miró a su hija en busca de una explicación.

—¿De papá? —dijo Leroy mientras intentaba encajar lo que acababa de escuchar. Si aquel hombre no fuera tan parecido a su padre, lo hubiera mandado de paseo. Quizás por el estado de shock en el que se encontraba, su atención se fijó en la mujer que había junto a Melvin—. ¿Y quién es ella?

Sin duda, había llegado el momento.

—Soy Grace.

No obstante, resultó evidente que Leroy no había escuchado ese nombre jamás y que Grace tendría que ser más concisa.

—Soy la madre de Rita.

Esto sí lo hizo reaccionar. Lo último que esperaba era que esa mujer se tratase de la madre de la mujer que le destrozó el corazón.

—Rita… —El rostro de Leroy pasó de la sorpresa a la nostalgia y finalmente a la ira—. ¿Le ha pasado algo? —preguntó con dureza.

—Está tratando sus problemas en una clínica. Pronto volverá a ser la de siempre.

—¿La de siempre? —exclamó Leroy, conteniéndose en el último segundo con una sonrisa nerviosa—. Durante muchos años el dolor por el abandono de la mujer que amaba lo había envenenado por dentro. Su único consuelo fue Lucy y, por tanto, recurrió a ella—. ¿Qué es todo esto? ¿Quiénes son?

Lucy no supo darle una explicación y se limitó a encoger los hombros mientras derramaba las primeras lágrimas. Esto hizo que Leroy fuera apresurado hasta ella mientras miraba de reojo a los desconocidos.

—No sé qué es lo que pretenden, pero váyanse si no quieren que avise a la policía —dijo Leroy.

Melvin y Grace se miraron. Por esa razón debían ser cuidadosos. No importaba las ganas que tuviesen de reencontrarse con su familia, sino que debían aceptar que había transcurrido mucho tiempo y que, simplemente, los habían olvidado.

—¡Márchense! —insistió Leroy. Sin embargo, en ese instante recordó lo que Edward le había comentado hacía un par de días, aquello de que había visto a Marcus caminar por el césped. Él le había dicho que era imposible, pero después de ver a aquel hombre, el avistamiento de Edward cobraba un nuevo sentido.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Leroy girándose hacia Melvin. Este asintió con cierta solemnidad.

—Estuve con mi hermano pocos días antes de que falleciese.

Leroy tuvo que apoyarse en el coche para no caer al suelo. Todos se alertaron y acudieron a su ayuda, pero había entrado en una especie de trance que le hacía hablar solo.

—Mi padre me contó una vez que tuvo un hermano gemelo, pero que murió hace como cuarenta años —dijo.

—Ni yo fallecí, ni Grace abandonó a Edward —dijo Melvin.

—Pero la madre de Rita la abandonó cuando ella era pequeña —dijo Leroy.

Las creencias de toda su vida estaban colapsando su cabeza. Para él era mucho más sencillo aceptar que esos dos ancianos eran unos maleantes a que pudiesen tener razón en algo de lo que habían contado hasta el momento.

—Me temo que lo pasó fue mucho más cruel que eso —dijo Grace.

Lucy se frotó el rostro con las manos. El relato del secuestro era tan espectacular como inverosímil. Pero antes de que pudieran seguir hablando, ocurrió algo ajeno a todos ellos. A lo lejos, concretamente

de la casa que había más allá, provino el sonido de una puerta cerrándose bruscamente.

De inmediato, todos se giraron hacia el lugar en cuestión, pues sabían de quién se trataba.

—Es Edward —dijo Melvin.

Sin decir nada, Grace comenzó a caminar hacia la otra casa.

—¿A dónde va esa mujer? —preguntó Leroy, pero enseguida todos siguieron sus pasos como si se trataran de una comitiva y a este no le quedó más remedio que ir tras ella. Durante unos segundos caminó al lado de Melvin y comprobó con una mezcla de horror y sorpresa el increíble parecido con su padre.

Bajo el cielo donde las primeras estrellas comenzaban a asomarse, Grace caminaba decidida hacia el amor de su vida, hacia el hombre que se vio obligada a abandonar; el padre de su hija. Le pasaron tantas cosas por la cabeza que el trayecto desde la casa de Leroy hasta la de Edward le pareció una eternidad.

Por fin llegó y se detuvo frente a la puerta. El resto se quedó a unos cuantos metros de distancia. Grace respiró hondo y tocó la puerta varias veces, provocando un sonido sordo que se propagó por el silencio que los rodeaba.

Entonces, se escuchó el correr metálico de la cerradura y la puerta se abrió lentamente. Al otro lado, bañado con la tenue luz del interior, se encontraba Edward Preston. Frente a él, temblorosa, estaba Grace. La tensión era tan evidente que nadie dijo nada. Durante unos segundos la suave brisa y el rumor de las hojas fue todo lo que se escuchó.

—Grace —dijo Edward al fin. Lo dijo con tal frialdad que ella se estremeció. A su cabeza vino la carta que Jimmy le obligó a escribir y sintió una punzada de dolor en el pecho.

—Hola, Edward.

Sin decir nada más, Edward miró más allá de Grace y reconoció de inmediato a Melvin, lo que le originó una sensación agridulce. Este lo saludó con un ademán como si no quisiera tomar el protagonismo.

—No puedo creer que vuelva a verte después de tanto tiempo —sollozó Grace. Edward centró su mirada de nuevo en ella, pero se mostró de nuevo inexpresivo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Sus palabras pillaron a Grace por sorpresa. Para Lucy fue impactante ver a alguien como ella derrumbarse en tan pocos segundos.

—Edward, por favor, no los abandoné ni lo que escribí en esa carta era cierto.

Pero para sorpresa de todos, él retrocedió y cerró la puerta en las narices de Grace.

—Vete. Es lo mejor que sabes hacer —dijo Edward desde el otro lado. Pero Grace se negó.

Hubiera sido más sencillo para ella si no hubiera visto el dolor latente en sus ojos, la rabia por confiar en una persona que lo dejó en el momento más delicado de su vida y sobre la que existían dudas de estar involucrada en la muerte de su padre.

—Edward, sé que estás ahí, escuchándome —dijo ella acercándose a la puerta—. No los abandoné. Eran mi vida. Rita y tú, habría dado cualquier cosa por ustedes. Por favor, abre la puerta.

Leroy observaba boquiabierto mientras Serena y Lucy sollozaban a su lado. Pese a lo extraño de la situación, tanto Melvin como Grace estaban diciendo la verdad.

—Vete, Grace. Déjame vivir en paz el tiempo que me queda.

—¡No! ¡No, Edward! Han pasado cuarenta años y necesito que al menos conozcas mi verdad —gritó ella.

Acto seguido, comenzó a relatarle lo ocurrido desde el momento que él le avisó del asesinato de su madre. La aparición de Jimmy, su secuestro, la carta que le obligó a escribir, la vida en Luisiana. Durante cincuenta minutos Grace le relató la historia sin parar. Los intentos por dar con ellos, el traslado a Florida… Los demás la observaban desde la misma posición, hechizados por sus palabras, encandilados con la dramática historia. Para cuando terminó, rota por el llanto y el cansancio, esperaba que la puerta se abriese, pero tan solo la siguió el silencio hasta que Lucy se acercó a ella. Ella era la única que permanecía allí, a la espera.

—Será mejor que vayamos a casa —dijo señalando hacia la casa de Leroy. El rostro de Grace estaba hinchado por el llanto.

—Es toda la verdad —musitó Grace. Lucy la abrazó con todas sus fuerzas y rompió a llorar también.

—Lo sé.

—Me arrebataron a mi familia.

—Tomemos algo caliente, ¿de acuerdo? Seguro que solo necesita un poco de tiempo —dijo Lucy mirando esperanzada hacia la puerta.

Grace aceptó finalmente y por fin pudo llevarla hasta la casa de su padre. Leroy, Serena y Melvin estaban sentados en el porche, conversando tranquilamente. Cuando Grace llegó, todos se pusieron de pie, como si estuvieran en presencia de un fantasma. No obstante, a Grace le sorprendió la cercanía con la Leroy parecía tratar a Melvin.

—No quiere verme —dijo Grace dejándose caer sobre una silla.

—Ya les he advertido de cómo es Edward —dijo Leroy—. A mí todavía me cuesta asimilar todo esto. Supongo que para él será mucho más difícil.

Grace hizo un gesto ambiguo.

—Estoy segura de que en un par de días cambiará de opinión —

dijo Lucy.

Leroy asintió y señaló hacia un par de fotografías antiguas que había sobre la mesa. En ellas salían Marcus y Melvin. Grace las reconoció enseguida. Habían sido tomadas en Blackville, en la residencia de los Preston. Lo más seguro, pensó, es que ella y Dorothy estuvieran al otro lado de la cámara.

—Escuché lo que le dijiste a Edward —dijo Leroy.

—Es lo que ocurrió —dijo Grace a la defensiva.

—No lo dudo —dijo Leroy con una sonrisa. A Grace le reconfortó que al menos Leroy creyera en ellos. Después de tantos años no se había parado a pensar en la credibilidad de lo que vivieron. Fue tan doloroso, tan traumático que consideraba que lo creerían enseguida.

—Eso fue en la residencia de los Preston —dijo Grace señalando a una de las fotografías.

Melvin asintió.

—Así es, aunque no tengo claro el año.

Leroy extendió sus manos hasta las de la anciana.

—Lamento mucho mi reacción. Me siento un poco estúpido.

—No tienes nada que lamentar, Leroy. Si alguien tiene que disculparse somos nosotros. No ha sido fácil —dijo Grace.

—Lo importante —señaló Melvin— es que saben la verdad.

Hubo unos segundos de silencio después de las palabras de Melvin. Grace tenía la mirada perdida.

—Tú lo conoces mejor que yo, Leroy. ¿Crees que cambiará de opinión?

—Es complicado. Lucy o Serena te lo pueden confirmar, Edward siempre se ha comportado de una manera errática. Ni siquiera acudió al funeral de mi padre y eso que tengo constancia de que se tenían aprecio. Después de que él enfermara, me enfadé mucho con Edward y más cuando no acudió a su funeral, pero después de conocer esta historia, entiendo lo mucho que debió sufrir.

Grace tragó saliva en un intento de contener el llanto.

—A ti te pasó algo parecido, ¿verdad?

La pregunta de Grace fue un dardo inesperado para Leroy.

—¿A qué te refieres?

—A lo que ocurrió con mi hija. Rita te dejó solo con Lucy.

Leroy se incorporó de un salto y mostró una sonrisa nerviosa.

—Se refiere a mi madre —dijo Lucy.

—Lo sé, cariño, y sí, Grace, por desgracia me tocó vivir algo muy parecido a Edward y por eso puedo hacerme una idea ahora de lo que está pasando.

—La pregunta es si podrás perdonarla.

Leroy se sintió arrinconado por Grace, la cual no daba ya la imagen de una anciana en apuros.

—Me encantaría que saliese de la mierda de donde está metida y fuese capaz de recuperar una milésima parte del cariño de su hija si es a lo que te refieres. Pero lo nuestro, no es posible. Yo siempre la busqué y la amé desde que éramos niños. Creo que al final ella accedió a estar conmigo por lástima. Ahora que soy mayor, veo con claridad que se sintió en deuda conmigo, que me quería como un hermano, pero que nunca me vio como una pareja. Quizás por eso nos abandonó.

Grace asintió.

—Gracias por tu sinceridad, Leroy. Y aunque no lo creas, con esto me quedo más tranquila.

Capítulo 51

Después de tantas emociones, Lucy no tardó mucho en llevar de vuelta a Port Richey a Grace y a Melvin. Era curioso que estos habían conseguido lo que habían ansiado durante tantos años y, sin embargo, apenas sentían felicidad por ello.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Lucy cuando detuvo el coche frente a la puerta de Grace.

—Yo iré mañana a pasar un rato con Leroy. Deberías venir, Grace —dijo Melvin.

—Edward no quiere verme.

—Quizás mañana sí —dijo Lucy, aunque la posición de la anciana era firme.

—No conseguiremos nada presionándolo. Si él quiere dar el paso, yo lo esperaré con los brazos abiertos; pero si no es así, tengo que aceptarlo —dijo Grace resignada—. Yo estaré aquí, en esta casa, la que compré porque me recordaba a él, a los sueños que teníamos de jóvenes.

—¿Por eso la compraste? —preguntó Lucy—. Siempre me pareció extraño que tomaras una decisión tan importante de un día para otro.

Grace sonrió y negó con la cabeza.

—No la compré por eso. Aunque la ubicación y la vista al mar era un sueño que teníamos cuando comenzamos nuestra vida juntos. —Grace miró por la ventana. Las luces de las casas junto a las olas eran una maravilla—. Cuando supe que Rita necesitaría mucho tiempo en rehabilitación y luego de haberte conocido, me di cuenta de que las necesitaba en mi vida. Vendí una propiedad que había heredado en Irlanda y decidí establecerme aquí. Aquí donde estaba mi familia, las personas que más quería en el mundo. Nadie me iba a alejar de ustedes otra vez.

Lucy no dijo nada, pero entendió las acciones de Grace y sabía que, en el fondo, buscaba recuperar el tiempo perdido y unir nuevamente a su familia.

—Espero que te quedes mucho tiempo más, Grace.

Grace le acarició la cara, se despidió y se fue a la cama. El desagradable encuentro con Edward le había servido para convencerse de que debía actuar según su propia convicción, sin dejarse aconsejar por nadie más. Por ello, decidió volcarse por completo en Rita.

A lo largo de las siguientes semanas acudió a diario al centro donde su hija estaba internada mientras Melvin visitaba a Leroy y

establecía lazos con su recién conocido sobrino. No tuvo que pasar mucho tiempo, para que el otro hijo de Marcus y el hermano de Leroy fueran a conocerlo, en un reencuentro lleno de alegría y sorpresa.

Melvin se integró rápidamente en la granja y Leroy se sentía acompañado hablando el mismo idioma que cuando su padre estaba vivo. Había recuperado parte de su padre y Melvin veía en Leroy una imagen difusa de Marcus que le hacía viajar al pasado, a tiempos más felices y en los que la unión con su hermano parecía eterna.

En cuanto a Lucy, repartía su tiempo entre la granja y la casa de Grace en Port Richey. Esta quería saber cuándo llegaría el momento de ver a su madre, aunque Grace se mostraba paciente y le pedía que confiase en ella, aunque fuese por última vez.

—Pronto llegará ese momento. Muy pronto —decía Grace.

Lucy comprendía que quizás ese encuentro no sería el que ella soñaba, pero al menos lo intentaría. Además, se daba cuenta de los esfuerzos de Grace para sacarla adelante. Por entonces comprendió que cuando Grace le decía que se tomara la mañana libre, era cuando visitaba a Rita.

Cerca de un mes después del reencuentro, Melvin pasó las primeras noches en la granja y días más tarde se encargó personalmente de llevar la comida y las medicinas al propio Edward, que no se lo tomó tan mal del todo. No obstante, no comentó nada acerca de Grace. Lo único que le preguntó a Melvin era cómo se encontraba su hija. Rita parecía ser lo único que le importaba.

Dos meses después, le concedieron a Rita los primeros permisos para pasar fuera del centro un par de días a la semana. Grace comentó con los psicólogos el caso de su hija y estos dieron el visto bueno al reencuentro, pues pensaron que tendría un efecto muy positivo en ella.

Su cambio físico había sido notable. Había engordado y aunque continuaba delgada, su cuerpo se había repuesto un poco. La ausencia de drogas en su cuerpo y el dormir también le había devuelto la frescura a su rostro. Pero donde más había cambiado Rita era en su personalidad. A lo largo de los meses, la Rita resentida y neurótica había dejado paso a una mujer inteligente y alegre en la que Grace se veía reflejada.

—Creo que tengo un problema, mamá —dijo Rita días antes de que Grace fuera a recogerla para pasar con ella los primeros días fuera del centro. A Grace se le detuvo el corazón.

—¿Qué sucede?

—¡No me entran los pantalones! —exclamó Rita.

La reacción de Grace fue reírse a carcajadas, aunque le dejó claro que lo primero que harían sería ir de compras. Entonces se le ocurrió que sería ese día cuando Rita se reencontrara con Lucy.

Cuando llegó el momento, avisó a Lucy y le preguntó si estaba preparada. La joven no la comprendía.

—¿Preparada para qué?

—Para conocer a tu madre —dijo Grace. Ambas se encontraban en el coche que había comprado. La relación profesional de Lucy con Nick Avera había llegado a su fin. Igualmente, Lucy continuaba trabajando para ella, mientras se preparaba para la cirugía de los nódulos de su garganta.

Grace le indicó que la llevara hasta el centro de rehabilitación, no sin antes advertirle que, quizás, esta primera salida no saldría como esperaban, especialmente teniendo en cuenta la vida que había llevado su madre durante muchos años y las posibles secuelas tanto físicas como psíquicas que le podían haber quedado.

Sin embargo, había algo que Lucy no acababa de entender y era el motivo por el cual Grace había dispuesto el encuentro entre ambas en la misma puerta del centro de desintoxicación. Era lo de menos, pero le sorprendió. Aun así, todos esos pensamientos esfumaron de su cabeza cuando vio salir por la puerta principal a Grace acompañada de una mujer delgada y que miraba de un lado a otro como si buscase a alguien. En cuanto la vio, Lucy bajó del coche y salió a su encuentro.

—Supongo que no hace falta presentación —dijo Grace mientras madre e hija se observaban. Lo que más llamó la atención a Lucy fue el color lechoso de la piel de su madre. Parecía una tontería, pero hasta ese momento siempre pensó que sería igual al de ella.

—Lo primero que tengo que decirte es perdón, hija. No lo hice bien y soy consciente de ello, por lo que entenderé si no quieres perdonarme. Hagas lo que hagas, respetaré tu decisión —dijo Rita.

—Eso no importa ahora —dijo Lucy.

A Grace se le saltaron las lágrimas. En ese momento, tres generaciones se daban la mano para comenzar una nueva vida.

—Quiero hacerlo bien, Lucy —dijo Rita, que mostraba una entereza envidiable—. Le pedí a… mi madre que te trajese aquí porque no quiero esconder nada y que me conozcas tal y como soy. He cometido muchos errores, pero he aprendido de ellos. Mi nueva vida comienza aquí.

Madre e hija se abrazaron y después Grace se unió a ellas sintiendo una felicidad que jamás había experimentado. No había pasado tanto tiempo desde que ella y Melvin no aguardaban esperanza alguna en reencontrarse con su familia. La muerte de Spencer Cooper y sus avariciosos sobrinos habían puesto en marcha la rueda del destino y, por primera vez en mucho tiempo, esta los había llevado a buen puerto.

Pero la progresiva recuperación de Rita no se limitaba únicamente al círculo de Grace y Lucy. Pronto esta le insistió a su

padre para que se reencontrara con ella. Leroy no lo tenía muy claro en un principio, pero Lucy acabó por convencerle con unas pocas palabras.

—No quieres ser como Edward, ¿verdad? Sé que te hizo daño, papá. No te pido que vuelvas con ella, pero para mí sería un sueño estar los tres juntos, aunque sea una vez.

Pese a que Leroy aceptó, este le pidió un par de días. Sin embargo, lejos utilizar ese tiempo para prepararse, lo empleó en hablar con Melvin y especialmente con Edward acerca de su hija. Él como padre podía imaginarse lo mucho que debió sufrir cuando su Rita se marchó, pero Edward no cedió siquiera ante la posibilidad de recuperarla.

—Vamos a reunirnos en un par de días en la casa de Grace, en Port Richey. Puedes pensártelo mientras tanto —le explicó Leroy.

—No tengo nada que pensar —dijo Edward.

Leroy no insistió más, pero Melvin, que estuvo presente en esa conversación, vio un atisbo de duda en los gestos de Edward. Sin embargo, no le comentó nada hasta que llegó el mismo día de la reunión en casa de Grace. Lucy había ido hasta la granja para recoger a su padre. Esperaba que Melvin los acompañase, pero, en el último momento, Melvin dijo que se quedaba en la granja. Se le había ocurrido una idea.

—¿Te quedas? ¿Cómo que te quedas? —preguntó Lucy. Leroy estaba igualmente sorprendido.

—Quiero hablar con Edward. ¿Puedo coger tu camioneta para ir hasta Port Richey más tarde, Leroy?

Este le dijo que no había problema y él y Lucy se marcharon. Una vez a solas, Melvin se dirigió a casa de Edward y aporreó la puerta con más fuerza de lo normal.

—¡No es la hora del almuerzo! —gritó Edward desde el interior.

—Tranquilo, señorito Preston. Solo vengo a hablar.

La puerta se abrió a los pocos segundos y Edward apareció con cara de pocos amigos.

—Ya era hora.

—¿Qué quieres? —preguntó Edward.

—Que me expliques a qué esperas para colgarte de un árbol y poner fin a todo esto.

Las palabras y el tono empleado por Melvin lo pillaron por sorpresa. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba a Edward de esa manera.

—¿Qué demonios sabes tú? —exclamó Edward.

—Por el amor de Dios, Edward. ¿Piensas que eres el único que ha sufrido? Eres tú el que no tiene ni idea de lo que sufrió Grace cuando ese animal nos arrastró hasta Luisiana. Hubieras llorado como un niño

si hubieras visto la desesperación de Grace cuando éramos incapaces de dar con ustedes. ¡No te abandonó, maldita sea! Y lo de la muerte de tu padre, hay una explicación. Todo fue culpa de ese malnacido de Jimmy.

Edward hizo el amago de pegar un puñetazo a Melvin, pero este esquivo el golpe con facilidad y se cogió del brazo.

—Por favor, Edward. Lo único que conseguiremos es que alguno de los dos se parta la cadera.

—¡Pues déjame en paz! ¡No quiero saber nada de ella!

—Hazlo por tu hija al menos. Sé que no lo hiciste bien y que, seguramente, ella pagó tu frustración, pero nunca es tarde. La mujer a la que amabas y tu hija han dejado toda su mierda atrás; han sido capaces de empezar de cero, ¿por qué tú no puedes?

Edward se apartó de Melvin y señaló hacia la casa de Leroy.

—Vete de una puta vez.

Melvin lo miró fijamente.

—Sabes que tengo razón. Vas a arrepentirte siempre de este momento, Edward. Entonces será demasiado tarde para hacer algo.

Capítulo 52

Casa de Grace
Dos horas más tarde

Al volver de la cocina, Grace observó orgullosa la peculiar reunión que había en el salón de su casa. En un lado de la mesa estaban Lucy, Rita y Leroy. El reencuentro entre los dos últimos había sido frío en un primer momento, pero pronto la sonrisa regresó a sus rostros y la cordialidad reinó entre ambos. Los dos sabían que jamás volverían a ser los amigos o la pareja que un día fueron, pero Grace estaba convencida de que ese tampoco era el objetivo de ellos.

De hecho, sería un error inocente pensar que el tiempo transcurrido y las heridas abiertas iban a sanar como si nada. Grace estaba segura de que Leroy tardaría un tiempo en confiar de nuevo en Rita, al igual que esta necesitaría su tiempo para encontrar su posición en el mundo y dejar de lado sus adicciones.

—Lamar, ¿has hablado con tu padre? —preguntó Lucy. Él y Serena también se encontraban en casa de Grace. El pequeño Garret estaba encantado de visitar la casa de la señora que le había regalado el castillo de Hogwarts.

—Así es, pero no tiene manera de venir por un tiempo.

—Qué lástima —señaló Grace.

—¿Y tu hermano?

Lamar ladeó la cabeza.

—Está destinado en el extranjero. No sé muy bien dónde. Ellos siempre nos avisan un par de semanas antes cuando van a venir. Por cierto, ¿Melvin no va a venir?

Grace miró a Lucy y esta, a su vez, a su padre.

—Decía que quería hablar con Edward —dijo Leroy.

—¿Hablar con Edward? —dijo Lamar—. Un hombre valiente, desde luego.

No hablaron más del asunto, aunque a Grace le pareció curioso la decisión de Melvin de quedarse en la granja con Edward. Trató de no pensar en ello y de concentrarse en el momento, pero la vocecilla permanecía en lo más profundo de su cabeza.

El protagonismo recaía por completo sobre Lucy, que hablaba con entusiasmo y procuraba en todo momento que Rita participara en la conversación, animándola a hablar o preguntándole directamente.

Todo marchaba estupendamente hasta que sonó el timbre. Las

caras de sorpresa eran compartidas por todos.

—Lo más probable es que se trate de Melvin —dijo Lucy levantándose de un salto. Leroy corroboró su teoría.

—Me pidió el coche antes de marcharnos de la granja. Creo que la conversación con Edward ha sido más bien corta. Nada nuevo bajo el sol.

Grace no dijo nada. Su mirada tensa recayó sobre la puerta. Se acercó hasta ella y cuando la abrió, se encontró con Melvin y Edward al otro lado. Todos se llevaron tal sorpresa que se callaron de inmediato.

—Disculpa —dijo Melvin entrando en la casa de manera apresurada.

—¿Qué sucede? —preguntó Leroy.

—Tengo que ir al baño.

Mientras tanto, Grace seguía junto a la puerta, mirando fijamente a Edward, quien mantenía su mirada en el suelo.

—¿Puedo pasar? —preguntó al cabo de unos segundos aún con la tensión impregnando sus gestos.

—Claro —contestó Grace echándose a un lado. Edward asintió y entró lentamente en la casa. Apenas atravesó el umbral, fue consciente de que todas las miradas recaían sobre él. Acostumbrado a estar solo la mayor parte del tiempo, aquello le supuso todo un esfuerzo.

Sin embargo, su expresión cambió en cuanto vio a Rita. Ella se levantó y se acercó hasta él.

—Hola, papá.

Edward alzó lentamente la mano y acarició el rostro de su hija.

—Rita… —dijo antes de que sus labios se arquearan en una mueca—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, papá. Estoy bien. Esta vez sí.

Los dos se abrazaron y Edward comenzó a llorar, lo que acabó por conmover al resto. Era tanto el sufrimiento, las mil trampas que el destino les había puesto por delante, que les costaba creer que aquello estuviese ocurriendo. Pero lo que más les llamaba la atención era que la red de mentiras que habían tejido a su alrededor ni siquiera les permitía soñar con ese momento.

—Perdóname, Rita. Te lo suplico, perdóname —balbuceó Edward.

—En eso estoy, papá.

—No te di el cariño que merecías. Te dejé sola. Perdóname, por favor.

—Ahora no es momento para eso. Estamos todos aquí. No sé si esto será un sueño, pero es un regalo —dijo Rita señalando a Grace—. Gracias por todo.

Grace movió la cabeza de un lado a otro.

—Si tú no te hubieras encontrado con Melvin, nada de esto habría

ocurrido. Tú eres la responsable.

Edward se quedó mirando a Grace y Rita le dio un ligero golpe en la espalda. Lucy cruzó sus manos en un gesto de clara ilusión.

—Ahora les toca a ustedes.

Edward asintió y miró ligeramente a su alrededor. Aun después de tanto tiempo, Grace supo qué estaba pasando por su cabeza.

—¿Quieres que salgamos a pasear a solas? —preguntó Grace. Edward asintió en silencio—. Enseguida regresamos.

Salieron de la casa y dejaron tras de sí un montón de cuchicheos nada más cerrar la puerta. Lo sabían, pero no les importaba. Los dos estaban tan nerviosos como las primeras veces que se veían en Orangeburg. Ese sentimiento primario, la raíz de donde había brotado su amor, seguía intacto.

—Hay un sendero por ahí —señaló Grace—. Recorre la cima de los acantilados.

Edward no dijo nada. Comenzó a caminar con las manos en los bolsillos, tal y como hacía antes. No había perdido la costumbre.

Una suave brisa provenía del océano, arrastrando un aroma salado y fresco que los envolvía como si los incitara a dejarse llevar. Grace se dio cuenta de que Edward le lanzaba fugaces miradas de reojo, al igual que hiciera el chico tímido que no se atrevía a hablar con ella en Blackville.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —preguntó Edward.

—En el concierto de Baltimore. Rita y tú vinieron a verme —dijo Grace con dificultad. Esos recuerdos eran muy dolorosos para ella—. Yo me quedé en Virginia para continuar la gira y ustedes regresaron a Columbia. Entonces…

—Jimmy asesinó a mi madre —dijo Edward.

Grace asintió.

—Después secuestró a Melvin y fue por mí.

—¿Por qué fue por ti?

—Poco antes de marcharme de Blackville, descubrí que Jimmy y tu madre mantenían una relación. Eso fue lo que me permitió marcharme a Los Ángeles.

—¿Qué le ocurrió a mi padre?

Al fin, después de tanto tiempo, llegó la pregunta que tanto aterrorizó a Grace.

—Fue tu madre, Edward. Ella estaba cegada con Jimmy y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. No pude detenerlos; mi vida estaba en juego.

Edward no contestó. Apretó sus labios y respiró con fuerza. Después de tantos años, por fin tuvo la certeza de conocer la verdad acerca de la muerte de su padre.

Continuaron caminando en silencio. Tan solo el sonido de la

hierba crujir bajo sus pies llegaba hasta sus oídos, salpicado con el rumor de las olas.

—Me estoy muriendo, Grace. Nadie lo sabe, pero hace años tengo una enfermedad que se llama Linfoma de Hodgkin. Desde entonces, mi vida ha sido una continua cuenta atrás que no llega a cumplirse.

Grace se detuvo.

—¿Por eso Marcus cuidaba de ti?

—Él era el único que lo sabía. Cuando supe de su enfermedad, simplemente no pude soportarlo. Se suponía que yo debía marcharme antes, pero ya ves cómo están las cosas.

—No te lamentes de estar vivo —dijo Grace.

—Y no lo hago. De lo único de lo que me quejo es de ir tras la muerte durante años y no encontrarla, porque sé que aparecerá ahora que ya no la quiero.

Grace asintió.

—Te he echado tanto de menos, Edward.

—Yo también.

Pese a la emoción que los invadía, mantenían la distancia.

—Lo intentamos, Edward. Te lo prometo, pero desaparecieron. Después, una vecina del apartamento de Columbia nos dijo que se habían mudado después del fallecimiento de una criatura. Pensamos que se refería a Rita.

—Fue la hija de Dorothy y Marcus; Laurel creo que le pusieron a la pobre, Leroy sobrevivió y nosotros acordamos alejarnos de Carolina del Sur y comenzar de cero.

Retomaron el paso y continuaron por el sendero. Poco a poco, la distancia que los separaba se fue reduciendo.

—¿Recuerdas Orangeburg? —preguntó Edward.

Grace sonrió.

—Cómo olvidarlo.

—Me gustaría visitarlo una vez más —dijo Edward posando sus ojos sobre el océano. La brisa se convirtió en un viento nervioso que hacía ondear su camisa.

—Era nuestro secreto —dijo Grace.

—Ahí comenzó todo. En la tienda de discos. ¿La recuerdas?

Asintiendo en silencio, Grace se acercó a Edward, lo abrazó y apoyó la cabeza en su hombro. Él la rodeó con sus brazos.

—Con ese tío tan rácano. ¿Cómo se llamaba?

—¿Morgan no sé qué? —dijo Edward.

—Y la cafetería donde quedábamos —dijo Grace—, los paseos por el parque, el hotel de las afueras. Creía que lo había olvidado, pero me acuerdo de todo.

Edward besó la frente de Grace.

—¿Podremos regresar? —dijo él con las primeras lágrimas

resbalando por sus mejillas—. ¿Tendremos tiempo?

—Por supuesto, Edward —contestó Grace, haciendo un esfuerzo por contener el llanto—. Compraremos un par de discos y tomaremos un batido.

—Lamento mucho que tengas que pasar por esto, Grace. De verdad.

Ella se revolvió y le sujetó el rostro con las manos.

—Estaremos juntos todo el tiempo, ¿de acuerdo? Sea el que sea, pero no me vuelvas a pedir disculpas, ¿está claro?

Edward asintió incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Los dos volvieron a abrazarse y se quedaron así durante largo rato. Pasó tanto tiempo que Lucy salió a buscarlos, preocupada de que hubieran discutido o les hubiera ocurrido cualquier cosa. En cambio, fue testigo de cómo la pareja estaba abrazada bajo la luz del sol, mecida por el viento. Por un momento pensó en regresar a la casa para avisar a los demás, pero en vez de eso, Lucy los dejó a solas y regresó sobre sus pasos.

Luego se sentó sobre una piedra, reflexiva. Estaba pensando en alguien que le gustaría que estuviese allí, en esa persona cuyo mero recuerdo era suficiente para hacerla feliz y atormentarla por no saber qué hacer. Y es que todo lo que Lucy había creído acerca de su pasado había cambiado de manera drástica, todo lo que ahora sabía cambiaba su percepción acerca del mundo.

Miró nuevamente a Grace y Edward abrazados y sintió nostalgia. Se dio cuenta de que la vida era el presente y no había tiempo que perder. Una sonrisa brotó de sus labios.

—Te guste o no, estás enamorada de él, Lucy —dijo para sí—. Te guste o no, es el amor de tu vida y debes correr antes de que sea demasiado tarde.

Fin

Epílogo

Tampa, Florida
2021

El cálido sol del mediodía bañó el cuerpo de Grace mientras su vestido bailaba al son de la caprichosa y refrescante brisa del océano. Las olas sonaban lejanas, explosiones de espuma blanca contras las rocas cuya fuerza quedaba palpable en el ambiente, como un idioma secreto, pero entendible por cuantos pudieran oírlo. Por el contrario, los cascos de las embarcaciones chapoteaban junto a los muelles, tímidos, como una burda comparación entre el poderío de la naturaleza y la acción del hombre.

Grace cerró los ojos y levantó el rostro hacia el cielo azul e infinito. Respiró hondo. Por primera vez en su vida se sentía en paz con el mundo. Los fantasmas de su pasado se habían marchado dejando tras de sí una calma absoluta, un paraíso terrenal que creía vetado hasta hacía muy poco.

—Dentro de poco estará la comida, mamá.

La voz provino desde el interior de la casa, más allá de la ventana corredera, acompañada de un delicioso olor. Nada más escucharla, los labios de Grace dibujaron una sonrisa.

—Enseguida voy, Rita —dijo Grace. Habían transcurrido casi tres años desde que madre e hija se reencontraran; desde que cada una cobrase vida de nuevo para la otra; más de dos años desde que ella y Edward volvieran a estar juntos.

Muy lentamente sus ojos se posaron de nuevo sobre el océano, relucientes, bañados con las primeras lágrimas de emoción. Había algo en la amplitud del vasto azul que la reconfortaba y le hacía estar agradecida por su vida, sin rencor, sin miedo, tan solo con la certeza de que en todo momento hizo lo correcto. Charleston, Blackville, Los Ángeles… Un largo camino que la había conducido hasta esa casa donde vivía con Rita.

—¿Sabes a qué hora vendrá? —preguntó Rita. Sin embargo, el timbre sonó en ese momento, dándole la respuesta.

Grace dejó sus pensamientos a un lado y se giró hacia el interior de la casa. Rita abrió la puerta y saludó cariñosamente a Lucy, un gesto que enterneció más todavía a Grace.

—Hola, Grace —dijo la joven con una reluciente sonrisa.

—¿Cómo estás, Lu? ¿Se te han pasado las náuseas?

—Estoy mucho mejor. La ginecóloga me ha dicho que irán a menos durante las próximas semanas —explicó Lucy situándose justo al lado de Grace. Rita había regresado a la cocina para terminar de preparar el almuerzo. Había demostrado ser una cocinera excelente.

—Es lo más común a partir del tercer mes de embarazo. Ya verás como te vas encontrando mejor día tras día.

—Seguro —afirmó Lucy mientras hacía como que no había advertido la mirada reluciente de Grace—. ¿Tú estás bien?

Grace rio levemente. Ambas habían llegado a conocerse como si se trataran de madre e hija, razón por la que no quiso mentirle.

—Ya sabes que el océano me pone melancólica. Me hace pensar —dijo Grace mirando hacia el horizonte.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

Grace asintió en silencio, apretando sus labios hasta hacerlos palidecer.

—Más que nunca. Él debería estar disfrutando de su familia.

Lucy pasó su brazo por encima de los hombros de Grace.

—Mi abuelo fue más feliz los últimos años de lo que lo fue durante gran parte de su vida, Grace. Y todo gracias a ti.

—Tienes razón. Se marchó con una sonrisa —dijo Grace.

Las lágrimas cayeron por el rostro de Grace al evocar los meses que convivió junto a Edward, aunque estas se encauzaron por el surco que dejó su sonrisa. Habían sido felices de nuevo, tal vez como no lo fueron jamás, ni siquiera en Columbia. Durante aquellos años, a medida que la vida de Edward se apagaba, vivieron cada día como si se tratara del último. Edward se volcó por completo en ella, entregando sus últimas energías en sacarle una sonrisa a la que siempre fue el amor de su vida.

Lucy fue a la cocina para ayudar a Rita y Grace se quedó sola otra vez y recordó el día que volvieron a Orangeburg.

—No creo que podamos comprar el último disco de los Beatles —dijo Edward frente a lo que un día fue la tienda de discos, donde en la actualidad se levantaba un bloque de viviendas y una mueblería. El hombre que regentaba la tienda se preguntaba malhumorado qué era lo que pretendían esos dos vejestorios que miraban hacia el escaparate como si se tratara de un monumento.

—Ya no se lleva eso de los discos. ¿Es que no conoces YouTube? ¿Spotify? Tu nieta Lucy te puede poner al día.

Edward miró a Grace con el ceño fruncido, aunque tan solo fue capaz de mantener el rostro serio durante unos segundos.

—Creo que el último disco que escuché fue el tuyo.

Grace descansó la cabeza sobre su hombro.

—Te pondré algo de música cuando lleguemos al hotel.

Edward dejó escapar una sonrisa traviesa.

—¿Recuerdas cuando íbamos al hotel?

Grace asintió con una sonrisa.

—Cómo olvidarlo. A veces tengo la sensación de que fue ayer cuando quedábamos aquí, en Orangeburg.

Edward rodeó a Grace con sus brazos, permaneciendo en silencio durante unos segundos.

—Aquí comenzó todo.

Grace sonrió y con ese recuerdo volvió a la casa donde Rita y Lucy ponían los platos. Todo le recordaba a Edward, se sentó en la mesa y vio el lugar donde él se sentaba, justo a su lado, y recordó una vez que hicieron una barbacoa en la casa de Leroy, estaba reunida gran parte de la familia. Era la primera vez que Edward pasaba el tiempo con ellos, aunque la enfermedad le impedía disfrutar del momento como deseaba. Tras su permanente sonrisa se ocultaba un dolor constante.

—¿Estás bien? —le preguntó Grace. Desde que se habían reencontrado no se separaban ni un solo segundo.

—Es lo de siempre —dijo él restándole importancia. Grace comprendió cuál era su intención y se obligó a sonreír igualmente. En el jardín, Garret, Amy y Rita apilaban pequeñas ramas para construir una cabaña, mientras Lucy y Leroy les daban instrucciones. Adam, que también se encontraba allí, ayudaba a Lamar junto a la barbacoa, la cual llevaban intentando encender un buen rato.

—Este carbón no enciende —se quejaba Lamar mientras abanicaba el conato de llamas con la esperanza de que se propagaran por toda la barbacoa.

—¿Le has echado el acelerante? —preguntó Adam. Este tenía las manos cubiertas de hollín y procuraba no acercárselas a la ropa para no marcharse.

—¡Aticen el carbón! —gritó Melvin mientras se acercaba hacia ellos.

Edward observó la escena, divertido, y estrechó con fuerza la mano de Grace. Esta se giró hacia él y ambos se miraron durante un par de segundos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella. Edward mantuvo la sonrisa y la mirada fija en ella.

—Que hacía mucho tiempo que no era tan feliz, Grace.

Sin embargo, como siempre en la historia de Grace y Edward, el tiempo no fue suficiente y los meses pasaron deprisa. Grace recordó sus últimos días en el hospital de Tampa.

Pese a encontrarse tan lejos en el espacio y en el tiempo, todavía podía escuchar la respiración entrecortada de Edward, así como el sonido de los monitores que indicaban como su vida se iba apagando latido a latido.

—¿Ahora qué? —preguntó Edward con cierta dificultad.

Grace sujetó sus manos con firmeza.

—Ahora te toca descansar y recuperarte.

Edward sonrió. En sus ojos había temor.

—Los dos sabemos cuál será el final. Siempre ha sido así. Todas las veces que intentamos estar juntos, el destino se encargó de separarnos.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Lo hicimos lo mejor que pudimos —dijo Grace mientras acariciaba su rostro y le besaba la frente.

—Cuida de Rita y Lucy, ¿de acuerdo? Sé que contigo estarán bien.

Grace derramó las primeras lágrimas.

—No tienes de qué preocuparte.

Edward asintió y después miró fijamente a Grace.

—Quiero escucharte por última vez —dijo con una voz débil.

—¿Cómo dices?

—Cántame una vez más. Quiero llevarme tu voz conmigo; quiero escucharte al otro lado.

Grace asintió y se acercó al rostro de Edward. Nunca estuvo más nerviosa que en ese momento.

Oh, Thursday love and the last time I saw you,
Oh, Thursday love…

Y con esa melodía, Edward sonrió y cerró los ojos para siempre.

Otras Obras de Marie J. Cisa

El Secreto de las Azucenas

El Secreto de Monsieur Durand

Tres Vidas por ti

El Secreto de las Azucenas

SERIE SECRETOS 1



1925

El Whisper zarpa desde España con destino al sur de América. En el viaje un grupo de jóvenes conocen el amor y la amistad, cambiando para siempre el destino de sus vidas.

En estas tierras, Ferrán y Nina serán protagonistas de un amor marcado por la esperanza, donde las costumbres de la época y los embistes del destino determinarán su futuro, dejando por muchos años una historia sin final.

1999

Azucena Arias no quiere dejar la casa que la vio crecer, pero su vida ha tomado un rumbo inesperado, por lo que se ve obligada a recorrer un camino que no estaba en sus planes.

Sumado a la mala situación económica, los desvaríos de su madre, presa del Alzheimer, son cada vez más frecuentes y reveladores, por lo que comienza a sospechar que los secretos de su familia son más de

los que creía.

Azucena, decide conocer su pasado a través de fotos y un misterioso diario, intentando reconstruir la historia de su abuelo y de todos aquellos que llegaron en el Whisper hace más de siete décadas.

El Secreto de Monsieur Durand

SERIE SECRETOS 2

Novela Finalista Premio Literario Amazon 2022



Año 2001

Marcel Durand, es un importante empresario que aprovecha sus últimos días en su residencia en el Valle de Arán.

Con noventa y cinco años y un diagnóstico de cáncer, decide dejar todo en orden y, por fin, revelar los secretos de su vida.

Sin embargo, sus planes toman otro camino al descubrir que el destino de su familia está unido a personas que dejó en Chile hace más de setenta años.

Mientras ve que el tiempo se agota, repasa su vida y recuerda los momentos más oscuros de su existencia. Una que partió en Francia, y que se desarrolló en Nueva York, una ciudad sumida en las tinieblas con el crack de 1929, la ley seca y el auge de las mafias en Estados Unidos… un lugar donde encontró el amor, la amistad y la traición.

“Mi verdadero nombre es Pascal Dubois. Nací en París, pero nunca tuve más hogar que mis palabras y mis manos. Muy pronto, siendo apenas un niño, tuve que salir a la calle a ganarme la vida. Mi única familia era

mi sombra de día y la penumbra de noche. Perdí la inocencia muy pronto y me convertí en un superviviente…”

El Secreto de Monsieur Durand, es una novela independiente, pero que rescata algunos personajes de El Secreto de las Azucenas.

Table of Contents